HISTORIA *SALAMANCA* DE LA ANTIGÜEDAD
DIRIGIDA POR JOSÉ MANUEL ROLDÁN HERVÁS

HISTORIA DE LA GRECIA ANTIGUA

MARÍA JOSÉ HIDALGO DE LA VEGA
JUAN JOSÉ SAYAS ABENGOCHEA
JOSÉ MANUEL ROLDÁN HERVÁS

Ediciones Universidad
Salamanca

1ª edición: febrero 1998
2ª reimpresión: septiembre 2005
3ª reimpresión: octubre 2008
ISBN: 978-84-7481-822-2 o.c.
ISBN: 978-84-7481-889-5
Depósito legal: S. 51-1998

Ediciones Universidad de Salamanca
Apartado 325
E-37080 Salamanca (España)

Mapas realizados por:
Creativos Diseño Gráfico
Maquetación y fotocomposición:
Intergraf

Impreso en España - Printed in Spain

CEP. Servicio de Bibliotecas

HIDALGO DE LA VEGA, María José
Historia de la Grecia antigua / María José
Hidalgo de la Vega, Juan José Sayas Abengochea,
José Manuel Roldán Hervás. - Salamanca:
Ediciones Universidad de Salamanca, 1998.
(Historia Salamanca de la antigüedad /
dirigida por José Manuel Roldán Hervás)
(Manuales universitarios, 58)

1. Grecia - Historia - 146 A.J.C.
I. Sayas Abengochea, Juan José.
II. Roldán Hervás, José Manuel.
938

ÍNDICE GENERAL

Prólogo 29

INTRODUCCIÓN: GEOGRAFÍA DE GRECIA

Regiones naturales 31
Recursos económicos 31
La importancia del mar 32

LA CIVILIZACIÓN EGEA

I EL MUNDO GRIEGO EN LA EDAD DEL BRONCE DEL III AL II MILENIO

1 La transición a la Edad del Bronce 35
La civilización egea 35
Teorías 35
Periodización y terminologia 36

2. El Bronce Antiguo en el Egeo 37
Grecia continental. Heládico Antiguo 37
– Lerna.- Tirinte.- Migraciones indoeuropeas.
Creta. Minoico Antiguo o Prepalaciego 38
Las Cícladas. Cicládico Antiguo 39
El área oriental. La Tróade 40

3. El Bronce Medio en el Egeo 40
Grecia continental. Heládico Medio 40
– Poblados y necrópolis.- Cerámica. - La "llegada de los griegos"
Creta. Minoico Medio (I y II) o Protopalaciego (Palaciego primero) 42
– Características.- Los palacios.- Economía palaciega.- El "Lineal A".
- Estructura política.- Religión.
Las Cícladas. El Cicládico Medio 44
El área oriental. La Tróade 44

Cronología y Bibliografía 45

II EL MINOICO RECIENTE. LA CRETA NEOPALACIAL

1. Consideraciones históricas ... 47
La talasocracia cretense ... 47
El ocaso de la civilización minoica ... 48
2. La cultura material ... 49
La escritura ... 49
– *El Lineal A.- El Lineal B.*
Los palacios ... 50
3. La Civilización Neopalacial ... 51
Organización política y social ... 51
– *La realeza.- Aristocracia.- El pueblo.*
Organización económica ... 53
– *Agricultura y ganadería.- Artesanía.- Comercio.*
La religión ... 54
Cronología y Bibliografía ... 55

III LA CIVILIZACIÓN MICÉNICA

1. Los restos materiales ... 57
Las fortalezas micénicas ... 57
– *Micenas.- Tirinto.- Pilos.- Beocia.- El Ática.- Tesalia.- Las Cícladas.- Creta.- Ahhiyawa.*
El ocaso de la cultura micénica ... 59
2. El mundo micénico ... 60
Fuentes documentales: las tablillas ... 60
Organización político-administrativa ... 60
– *Las fortalezas.- El* wanax.- Lawagetas.- *Consejo.*
La sociedad ... 61
Economía ... 62
– *La tierra.- Artesanía.- Comercio.*
Religión ... 62
3. El fin de la Civilización Micénica ... 63
Los "Pueblos del Mar" ... 63
Teorías sobre el declive de la civilización micénica ... 66
– *Invasiones.- Conflictos internos.- Catástrofes naturales.- Interacción de elementos.*
Los dorios y los Heráclidas ... 67
– *La migración doria.- El "regreso de los Heráclidas".*
Cronología y Bibliografía ... 69

GRECIA ARCAICA

IV LA ÉPOCA OSCURA. HOMERO Y HESÍODO

1. Concepto de Edad Oscura ... 73
Una época de cambios ... 73
La formación de la lengua griega ... 76
– *Los dialectos griegos.- El problema del dorio.- Dialectos y etnias.*
2. La evidencia arqueológica ... 77
El Submicénico ... 77
El Geométrico ... 77
3. Las fuentes literarias ... 78
La poesía "heroica" ... 78
La cuestión homérica. Composición de los poemas ... 78
– *Las "fórmulas".- La tradición oral: los aedos.*
Los poemas homéricos y la Historia ... 79
– *Los poemas como fuente histórica.- La "sociedad homérica".*
Hesíodo ... 81
– *Los Trabajos y los Días.- La Teogonía.*
4. La organización de las comunidades griegas ... 82
Los grupos aristocráticos ... 82
– *Los* gene.- Aristoi.- *El* oikos.- *El* basileys.
Los grupos no aristocráticos ... 83
– *Los campesinos.- Los* thetes.- *Los artesanos.- Los esclavos.*
El comercio y los fenicios ... 85
5. Valores aristocráticos y religión homérica ... 85
La *arete* ... 85
El Panteón homérico ... 86
Cronología y Bibliografía ... 87

V LA ÉPOCA ARCAICA GRIEGA. LA FORMACIÓN DE LA *POLIS*

1. Rasgos fundamentales de la *polis* ... 89
Genos, fratrías y tribus ... 89
– Genos.- *Fratrías.- Tribus.*
Sinecismo ... 90
Derechos ciudadanos ... 91
– *La propiedad de la tierra.- Leyes y ciudadanía.*
Diversificación social ... 91
2. La ciudad-estado aristocrática ... 91
Órganos políticos ... 92

– *Magistrados.- Asambleas.-* Stasis.
El banquete aristocrático y la hetería 92
–*El simposio.- Las heterías.*
La *politeia* y la ideología aristocrática 93
– *La* politeia.- *El* ágora.- *El* agon.- *La solidaridad aristocrática.*

3. Problemas económicos y conflicto social. *Stasis* 96
Desarrollo económico 96
– *Incremento de la actividad comercial.- Crecimiento demográfico.*
- *Integración política.*
Diversificación social y *stasis* 97
– *Los problemas agrarios.- La colonización.- Nuevos sectores sociales.*
- *Aparición de la moneda.*
Organización militar de la *polis*. Reforma hoplítica 98
– *La defensa de la comunidad.- El ejército hoplítico.- La falange.*
- *La mentalidad hoplítica.*

4. Manifestaciones culturales 99
La poesía lírica y la ideología aristocrática 99
– *La expresión de los sentimientos.- Épica y lírica.- Los nuevos ideales.- Arquíloco.*
Artes plásticas 100
– *El estilo orientalizante: la cerámica.- Escultura.- Urbanística.*

Cronología y Bibliografía 101

VI LA COLONIZACIÓN GRIEGA EN ÉPOCA ARCAICA

1. Caracteres generales 103
Apoikia y *klerouchia.*
Causas de la colonización 103
– *El problema agrario.- Ciudad-estado y colonización.- Pluralidad de estímulos.*
- *Motivos políticos.*
El acto fundacional 104
– *El* oikistes.- *El papel de Delfos.- El rito de fundación.*
Relaciones metrópolis-colonia 105
Relaciones con los indígenas 106

2. Direcciones de la colonización 107
Sur de Italia y Sicilia 107
– *La Italia meridional.-Sicilia.*
Colonización de Tracia, la Propóntide y el Mar Negro 108
– *La península Calcídica.- Los Estrechos.-Mileto.- Las colonias megarenses.*
- *Colonos e indígenas.*
El norte de África 109
– *La Cirenaica.- Egipto: Naucratis.*
El extremo occidental del Mediterráneo 110
– *Tartessos y los griegos.- Massalía.*

3. Consecuencias de la colonización 110
– *Estímulos políticos.- Estímulos comerciales.- Estímulos culturales.*

Cronología y Bibliografía 114

VII LA TIRANÍA EN ÉPOCA ARCAICA

1. Factores de desequilibrios en la sociedad aristocrática y orígenes de la tiranía 117
Diversificación de las actividades económicas 117
– *Oligarquía agraria.- Artesanía y comercio en las ciudades arcaicas.*
La moneda 118
Los legisladores y la crisis de la aristocracia 118
Concepto de tiranía 119
Sus causas 119

2. La tiranía en Grecia Asiática y las Islas 120
Trasíbulo de Mileto 120
Pítaco de Mitilene 121
Polícrates de Samos 121
Lígdamis de Naxos 122

3. La tiranía en el Peloponeso y en el Istmo 122
Fidón de Argos 122
Los Cipsélidas de Corinto 122
– *La prosperidad corintia.- Cípselo.- Periandro.*
Los Ortagóridas de Sición 123
– *Ortágoras.- Clístenes.*
Teágenes de Mégara 124

4. Significado de la tiranía 125
– *Trasfondo social.- Ilegitimidad.- Fortalecimiento del* demos.- *Crisis de la aristocracia.*

Cronología y Bibliografía 126

VIII ESPARTA EN ÉPOCA ARCAICA

1. Orígenes del estado espartano 127
Esparta y Atenas 127
El marco geográfico 127
Fuentes 128
– *El mito de Esparta.-La lírica arcaica.- Las corrientes proespartanas.*
La época micénica 128
Los dorios en el Peloponeso 129
– *El "Retorno de los Heráclidas".- Las* obai.

La Primera Guerra Mesenia 130
– *Incorporación de Mesenia.- Enfrentamiento con Argos.- El esplendor arcaico.- Fundación de Tarento.*
La Segunda Guerra Mesenia 130
–*Tirteo.- La lucha por la Tireátide.*

2. Organización política del estado espartano 131
La constitución espartana 131
– *La* politeia.- *Licurgo.- La* Rhetra.
Los reyes 132
La Gerusía 133
La Apella 133
El eforado 133

3. Organización Social de Esparta 134
Los espartiatas 134
Los hilotas 134
Los periecos 135
La educación y el militarismo espartano 136
– *La* agoge.- *Las* syssitias.

4. La Expansión de Esparta en el Peloponeso 137
Las guerras con Tegea y Argos 137
La Liga del Peloponeso 137

Cronología y Bibliografía 138

IX ATENAS HASTA LA IMPLANTACIÓN DE LA TIRANÍA

1. La Formación del estado ateniense 141
El marco geográfico 141
Fuentes 141
El Ática primitiva 142
– *El Neolítico.- El Submicénico y la Época Oscura.- Núcleos de población.*
Sinecismo y realeza 143
– *El mito de Teseo.- La organización gentilicia.- Debilitamiento de la monarquía.- Los* aristoi.
La sociedad aristocrática 144
– *Los* gennetai.-*Los eupátridas.*
Organización política y órganos de gobierno 145
– *Fuentes y problemática.- La teoría de Hignett.- Arcontado.- Areópago.* - Ekklesía.

2. Atenas en la segunda mitad del Siglo VII a.C. 146
La conjura de Cilón 146
Las leyes de Dracón 147

Desarrollo de la economía urbana 148

3. Solón y sus reformas 148
La situación del Ática a comienzos del siglo VI a.C. 148
– *El problema de la propiedad de la tierra.- Su reflejo en la milicia. - Contrastes sociales*
La figura de Solón 149
Reformas agrícolas 149
– *La* seisachtheia.- *Abolición de la esclavitud por deudas.- Solón, mediador*
Reforma de la *politeia*: sistema censitario 150
– *Sistema timocrático.- Obligaciones militares.- Derechos políticos.*
Órganos políticos 151
– *El Areópago.- La* Boulé.- *La* Heliea
Política legislativa 152
– *La* eunomia
Medidas económicas 152
– *Política agraria.- Reforma de pesos y medidas*

4. Atenas tras las reformas solonianas 153
Descontento social: la *stasis* 153
Pedieos, diacrios y paralios 153

Cronología y Bibliografía 154

X ATENAS EN EL SIGLO VI: LA TIRANÍA DE PISÍSTRATO Y LAS REFORMAS DE CLÍSTENES

1. Pisístrato y su subida al poder 157
Tensiones y grupos políticos 157
– *Los comienzos de Pisístrato*
El camino hacia la tiranía 158
– *Primer intento tiránico.- Segundo intento.- Afirmación en el poder*

2. El gobierno de Pisístrato 158
Medidas agrarias 159
Protección de la artesanía y el comercio 159
Construcción de obras públicas 159
Medidas de carácter religioso y cultural 159
Política exterior 160

3. Gobierno de Hipias e Hiparco. Caída de la tiranía 160
Harmodio y Aristogitón 160
Caída de la tiranía 161

4. Significado de la tiranía 161

5. Atenas después de la tiranía 161
Clístenes e Iságoras 161

6. Reformas de Clístenes 163
El nuevo sistema tribal 163
–*Tribus y* trittys.-Demos.-*Discontinuidad de la nueva división*
Estructuración institucional 164
– Boulé.- Heliea.- *Areópago.*
Aumento de los funcionarios 165
– *Apodectas.- Estrategos.- Oficiales del ejército.*
Reforma del calendario 165
Ostracismo 165
Significado de las reformas 166
– *El marco de las reformas.- Nuevo dinamismo estatal.- Sistema democrático.*
7. Política exterior de Atenas al final del Siglo VI a.C. 167
– *Beocios, peloponesios y calcidios.- Acercamiento a Persia.- Disensiones en la Liga. - Victorias sobre Beocia y Calcis.- Alianza tebano-egineta. - Las intrigas de Hipias.*
Cronología y Bibliografía 169

XI CULTURA Y RELIGIÓN EN LA GRECIA ARCAICA

1. El mito 171
2. La poesía 172
Épica 172
Lírica 172
3. Filosofía 173
Tales 174
Anaximandro 174
Anaxímenes 174
Jenófanes de Colofón 175
Heráclito 175
4. Artes plásticas 175
Arquitectura 175
– *Estilo dórico.- Estilo jónico.*
Escultura 176
Cerámica 177
– *Estilo geométrico (siglos XI-VIII a.C.).- Estilo orientalizante (siglo VII-VI a.C.). - Cerámica corintia.- Las figuras negras atenienses.- Las figuras rojas.*
5. Religión 179
El Panteón olímpico 179
Cultos funerarios y familiares 179
Cultos agrarios 180
Cultos cívicos 180
Cultos panhelénicos 180
– *Delfos.- Olimpia.*
Bibliografía y Cronología 182

GRECIA CLÁSICA

XII GRIEGOS Y PERSAS

La Época Clásica 185
1. El Imperio Persa 185
Las conquistas persas 185
Organización del Imperio 186
– *El gobierno central.- Las satrapías.- El ejército.*
La religión irania 187
– *Tolerancia religiosa.*
La sublevación de Jonia 188
– *La rebelión de Mileto.- Represión persa.- Causas de la sublevación. - Decadencia de Jonia.*
2. La expedición de Darío 190
Grecia continental en vísperas de la guerra 190
– *La campaña de Mardonio en Tracia. - Esparta.- Atenas.*
La campaña persa del 490 191
– *Conquista de las Cícladas.- Maratón.*
De Maratón a la campaña de Jerjes 192
– *Los griegos tras Maratón.- Milcíades y la política exterior de Atenas. - Temístocles y el fortalecimiento en el mar.*
3. La campaña de Jerjes 193
Los preparativos 193
– *El ejército de campaña persa.- Congreso de Esparta.*
Jerjes en Grecia 194
– *Las Termópilas.- La batalla del cabo Artemision.- Evacuación de Atenas. - Salamina.*
La campaña de Mardonio 196
– *Estrategias contrapuestas.- Platea.- Micale.*
4. Los griegos de occidente: Himera 198
5. Consecuencias de las Guerras Médicas 199
Causas de la victoria griega 199
El sentimiento panhelénico 199
Cronología y Bibliografía 201

XIII LA PENTECONTECIA (479-431 A.C.)

1. TEMÍSTOCLES Y EL FORTALECIMIENTO DE ATENAS 203
Las murallas de Atenas 203
– *Los recelos de Esparta.- La fortificación del Pireo.- Los "Muros Largos".*
Las campañas de Pausanias en el Egeo 204
La formación de la Liga Ático-Délica 205
– *La obra de Arístides.- Caracteres de la Liga.- Componentes de la Confederación.*

2. LA ERA DE CIMÓN 206
Campañas en el Egeo 206
– *Ocupación de Bizancio.- La campaña del Estrimón.- Conquista de Esciros.- Incorporación de Caristos.*
La defección de Naxos 207
La campaña del Eurimedonte 208
Defección de Tasos 208
La revuelta hilota y el fin de la política de Cimón 209

3. LA DEMOCRACIA RADICAL: LA ÉPOCA DE PERICLES 209
Las reformas de Efialtes y Pericles 209
– *Debilitamiento del Areópago.- La* misthophoria.
Política ateniense en el continente 210
– *Alianza con Argos.- Pacto con Mégara.*
La expedición ateniense a Egipto 211
La Primera Guerra Sagrada 211
– *Conflictos en Grecia central.- Tanagra y Enofita.- Tregua de Atenas y Esparta*
La Paz de Calias 212
Paz de los Treinta Años 213

4. EL IMPERIALISMO ATENIENSE 216
Planteamientos previos 216
Medidas de control 216
– *El empleo de la fuerza.- Difusión de las instituciones democráticas.*
- *Guarniciones militares y* episkopoi*.- La* proxenia*.- Las cleruquías.*
Aspectos económicos 218
– *La seguridad de los mares.- El* phoros*.- Unificación de pesos y medidas.*

CRONOLOGÍA Y BIBLIOGRAFÍA 220

XIV LA GUERRA DEL PELOPONESO

1. ANTECEDENTES DE LA GUERRA 223
Causas y pretextos 223
– *El conflicto de Corcira.- La cuestión de Potidea.- El decreto contra Mégara.*

Actividad diplomática prebélica 225
Fuerzas enfrentadas y planes estratégicos 228
– *Los objetivos de los contendientes.- El potencial de Esparta.- Las fuerzas de Atenas.*

2. LA GUERRA ARQUIDÁMICA 229
Los primeros años de guerra 229
– *La invasión del Ática.- La peste de Atenas.- La caída de Pericles.- Rendición de Potidea.*
Los sucesores de Pericles 232
El asedio de Platea 232
Crisis de la Liga Ateniense 233
– *La defección de Mitilene.- Guerra civil en Corcira.- Atenas y Sicilia*
La toma de Pilos 234
Los nuevos teatros de operaciones 236
– *Beocia.- La Calcídica.*

3. EL PERÍODO DE LA PAZ DE NICIAS Y LA EXPEDICIÓN A SICILIA 236
La paz de Nicias 236
Entre la guerra y la paz 237
– *Las oscilaciones de Argos.-El asedio de Melos.*
Expedición a Sicilia 238
– *Alcibíades.- La coyuntura política en Sicilia.- La mutilación de los hermes.*
- *Huida de Alcibíades.- Las operaciones en torno a Siracusa.- El desastre ateniense.*

4. LA GUERRA DE DECELIA 240
El golpe de estado del 411 en Atenas 240
– *La ocupación de Decelia.- La sublevación de los aliados.- El golpe de estado oligárquico.- La lucha por los Estrechos y el retorno de la democracia.*
De la derrota al desastre 243
– *El regreso de Alcibíades.- Lisandro y la ayuda persa.- Caída de Alcibíades. La batalla de las Arginusas.- Aegospótamos y el fin del imperio ateniense.*

CRONOLOGÍA Y BIBLIOGRAFÍA 246

XV LA DECADENCIA DE LA *POLIS*

1. GRECIA DESPUÉS DE LA GUERRA DEL PELOPONESO 249
Vencedores y vencidos 249
– *El ocaso de Atenas.- Esparta.- Tesalia.- Beocia.*
Consecuencias de la guerra 251
– *Profesionalización del ejército.- El mercenariado.- Alternativas a la democracia.*

2. ATENAS BAJO EL GOBIERNO DE LOS TREINTA TIRANOS 252

La constitución oligárquica 252
Restauración de la democracia 253

3. La hegemonía espartana 254
Esparta y Persia 254
– El dominio de Esparta.- La expedición de Ciro.
La campaña de Agesilao 255
– Conjura de Cinadón.- Agesilao en Asia.
La guerra de Corinto 256
– El oro persa.- Invasión de Tebas por Esparta.- Haliarto.- La Cuádruple Alianza.
- Nemea y Coronea.- La batalla naval de Cnido.
La paz del Rey 258
– La reunión de Sardes.- Agotamiento griego.- La paz de Antálcidas.
El dominio espartano en Grecia 259
– Venganza sobre Mantinea.- La guerra de Olinto

3. Esparta y Tebas en lucha por la hegemonía 260
La toma de la Cadmea y el contragolpe tebano 260
La Segunda Confederación Marítima Ateniense 261
Tebas y Atenas contra Esparta 262
– La Liga Beocia.- Operaciones militares.- Conferencia de paz de Esparta.
- Leuctra.

4. La hegemonía tebana 264
Jasón y los tebanos 264
Presencia tebana en el Peloponeso 265
– Agitación en el Peloponeso.- Unificación de Mantinea.-La Liga arcadia.
- Liberación de Mesenia.
El juego de las alianzas 268
– Acercamiento entre Esparta y Atenas.- Intervención tebana en Tesalia.
Congreso de paz de Delfos.- Mediación persa.- Congreso de Tebas.
La disputa por el dominio del mar 269
– Campañas en el Quersoneso tracio.- La flota tebana.- Defecciones de la liga ateniense.
La batalla de Mantinea 270
– La Guerra Sagrada.- Muerte de Epaminondas.

Cronología y Bibliografía 271

XVI LA ASCENSIÓN DE MACEDONIA

1. Macedonia antes de Filipo 275
El país y sus gentes 275
Los reyes anteriores a Filipo 276
– Alejandro I.- Perdicas.- Arquelao I.- Amintas III.- Alejandro II.- Perdicas III.

2. Los comienzos del reinado de Filipo 277
Problemas y objetivos 277
El nuevo ejército 278
Anfípolis y Pidna 278
La Guerra de los Aliados y el fin de la Segunda Confederación Ateniense 278
– Malestar en la Liga.- Las intrigas de Mausolo.

3. Filipo y la conquista de Grecia 279
La Tercera Guerra Sagrada (357-352) 279
Los asuntos de Tracia 280
La Guerra Olíntica 280
Paz de Filócrates 281
Filipo en Tracia 282
Queronea 283
– La cuestión de Anfisa.- Alianza de Tebas y Atenas.- La victoria de Filipo.
- Sus consecuencias.
El Congreso de Corinto 284

Cronología y Bibliografía 285

XVII LOS GRIEGOS DE OCCIDENTE

1. Las tiranías sicilianas: Dionisio I 287
Los griegos de Occidente 287
El período de los tiranos 287
– Gelón.- La amenaza cartaginesa.- Crisis de la tiranía.- Fortalecimiento púnico.
Dionisio de Siracusa 289
– Primeros enfrentamientos con Cartago.- Consolidación de la tiranía.
- Segunda guerra con Cartago.- Imperialismo siracusano.

2. Los sucesores de Dionisio 290
Dionisio II 290
Timoleón 291

Cronología y Bibliografía 292

XVIII ECONOMÍA Y SOCIEDAD DE LA ÉPOCA CLÁSICA

a SOCIEDAD

1. Demografía 295
– Dificultades de estudio.- La oliganthropia.

2. Grupos jurídicos 297
Grupo jurídico y clase social 297
Ciudadanos 297

– *Derechos y prerrogativas.- Requisitos.- El cuerpo ciudadano de las* poleis *griegas.- La condición de la mujer.*
Los no ciudadanos libres 299
– *Mothakes.- Inferiores.- Periecos.- Metecos.*
Los no libres........ 301
– *Poblaciones sometidas.- Esclavo-mercancía.*

b ECONOMÍA

1. Caracteres generales 304
El valor social de la tierra 304
Economía urbana........ 305
El ideal de la autarquía 305
La balanza comercial 306
El problema de los abastecimientos........ 306
2. La tierra........ 306
La tierra, criterio económico y social 306
El monocultivo........ 307
El derecho de propiedad 307
– *Las fuerzas de trabajo.- La alienabilidad de la tierra.*
3. El artesanado 308
Caracteres generales 308
– *Oficios y división del trabajo.- El taller.- La producción.*
Manufactura........ 309
– *Cerámica.- Artesanía textil.- Minería.- Metalurgia.*
4. Comercio 312
Caracteres generales 312
Comercio al por mayor 313
– *La iniciativa privada.- Comercio terrestre y marítimo.- El abastecimiento de grano.- Las importaciones.- Exportaciones.*
5. Dinero y finanzas 314
Préstamos 314
Economía y Estado 315
– *El presupuesto estatal.- El Tesoro.- Gastos.- Impuestos directos.- Impuestos indirectos.*
Bibliografía........ 318

XIX LITERATURA Y ARTE CLÁSICOS

– *El Siglo de Pericles.*
1. El drama y la comedia........ 321
La tragedia........ 321
– *Poesía épica y lírica.- Orígenes y caracteres de la tragedia.- Esquilo.- Sófocles.*

- *Eurípides.*
La comedia........ 324
– *La Comedia Antigua.- Aristófanes.- La Comedia Media.*
2. Filosofía........ 325
Los presocráticos 325
– *Heráclito y Parménides.- Empédocles y Anaxágoras.- Demócrito.*
- *Los pitagóricos.*
Los sofistas 327
Sócrates........ 327
Platón........ 328
– *Vida y obras - La teoría de las ideas.-* La República.
Aristóteles........ 329
3. Historia........ 330
Los orígenes del pensamiento histórico: los logógrafos........ 330
Heródoto 330
Tucídides........ 331
Jenofonte........ 332
4. La oratoria 332
Antifón, Lisias e Isócrates........ 332
Demóstenes........ 333
5. Las artes plásticas........ 334
Caracteres generales 334
Arquitectura........ 335
– *Urbanismo.- Arquitectura religiosa.- La Acrópolis de Atenas.*
Escultura: el siglo V........ 336
– *Caracteres comunes.- Fidias.- Policleto.- Mirón.*
La Escultura: el siglo IV........ 337
– *Cefisodoto.- Escopas.- Praxiteles.- Lisipo.*
Pintura 348
– *El reflejo de la cerámica.- Polignoto.- Apolodoro.- Zeuxis.- Apeles.*
Bibliografía........ 340

EL MUNDO HELENÍSTICO

XX ALEJANDRO MAGNO (336-323 A. C.)

El concepto de Helenismo........ 343
1. Los comienzos del reinado de Alejandro 343
– *Alejandro, rey de Macedonia.- La sumisión de Grecia.*
2. La conquista del Imperio Aqueménide 344

Razones de la expedición 344
– Darío III.
Del Helesponto a Persépolis 345
– Gránico.- Issos.- La conquista de Fenicia.- La anexión de Egipto.- Gaugamela.- La destrucción de Persépolis.- Alejandro, "rey de Asia".- Protestas del ejército.
La conquista del Irán oriental 347
– La muerte de Darío III.- La crisis del 330.- Las campañas en el Irán oriental.- Conjuras y represión. ....

3. La expedición a la India y los últimos años de Alejandro 350
La conquista de la India 350
– Razones de la expedición.-La lucha contra Poros.- Fin de la expedición.- La sumisión del valle del Indo.-La vuelta a Occidente.
Los últimos años de Alejandro 351
- Inestabilidad interna.- Restablecimiento de la autoridad.- Política de fusión.- Muerte de Alejandro.

4. La obra de Alejandro 352
Los instrumentos de poder 352
– Los poderes del rey.- El ejército.
Administración y finanzas 353
– Administración.- Finanzas.- Desarrollo del comercio.- Política de colonización
La significación de Alejandro 354
– El mito de Alejandro.- El nuevo concepto de monarquía.- Oriente y Occidente.

Cronología y Bibliografía 355

XXI LOS DIÁDOCOS (323-276 A.C.)

1. La lucha por la sucesión: del acuerdo de Babilonia a Ipsos 357
La sucesión de Alejandro 357
– El acuerdo de Babilonia.- Reparto de las satrapías.
Conflictos entre los diádocos hasta Triparadiso 358
– La Guerra Lamíaca.- Las ambiciones de Perdicas.- El acuerdo de Triparadiso.
De Triparadiso al acuerdo del 311 359
– Las intrigas de Casandro.- La lucha contra Poliperconte.- Antígono, señor de Asia.- Coalición contra Antígono.- El acuerdo del 311.
Las ambiciones de Antígono 362
– La lucha de Antígono en el Este contra Seleuco.- Casandro, señor de Macedonia.- La lucha de Antígono en Occidente contra Casandro y Tolomeo.- Coalición contra Antígono: Ipsos.- Los repartos de Ipsos.- Los nuevos estados territoriales.

2. Hacia la formación de los reinos helenísticos 364
Las aventuras de Demetrio Poliorcetes 364
– El imperio naval de Demetrio.- Demetrio en Macedonia y Grecia.- El ocaso de Demetrio.
El final de los diádocos 365
– Tolomeo y Lisímaco.- El fin de Lisímaco: Curupedion.- Las intrigas de Tolomeo Cerauno.- La invasión de los gálatas.- Antígono Gonatas, rey de Macedonia.

Cronología y Bibliografía 366

XXII LOS GRIEGOS DE OCCIDENTE EN LA ÉPOCA DE LOS DIÁDOCOS

1. Agatocles de Siracusa 369
– La conquista del poder.- El enfrentamiento con Cartago.- La expedición a África.- Agatocles, rey.- Campañas en Sicilia y el Adriático.

2. Pirro y el Occidente 370
– Roma y la Magna Grecia.- Tarento y la guerra con Roma.- La expedición de Pirro.- Victorias sobre los romanos.- La campaña de Sicilia.- La derrota de Pirro y la sumisión a Roma de la Magna Grecia.-El fin de Pirro ....

3. La conquista romana de Sicilia 372
– Los estados campanos.- Hierón II de Siracusa.- Los orígenes de la Primera Guerra Púnica.- La alianza de Hierón con Roma.- La anexión de Sicilia.

Cronología y Bibliografía 373

XXIII EL SIGLO III: LA ÉPOCA DE TOLOMEO II FILADELFO (276-246 A.C.)

1. El mundo helenístico en el siglo III a.C. 375
El "equilibrio de potencias" 375
Egipto 375
El reino seléucida 376
– Asia Menor.- La Celesiria.- Las satrapías orientales.
Macedonia y Grecia 377
– Las ligas federales.- El Egeo.- Las fronteras septentrionales.

2. Los reinos helenísticos en la primera mitad del siglo III a.C 378
La política exterior de Tolomeo II Filadelfo 378
Egipto y los Seléucidas: La Primera Guerra Siria 379
Egipto y Macedonia: la Guerra Cremonídea 379
– Antígono Gonatas: los comienzos de su reinado.- Injerencias egipcias en Macedonia.- La Guerra Cremonídea.
El Asia Menor seléucida 380
Egipto y la alianza sirio-macedonia 381
– La Segunda Guerra Siria.- La batalla naval de Cos.
El desquite macedonio: la batalla de Andros 381

El final de una época 382
Cronología y Bibliografía 382

XXIV EL SIGLO III: DE LA MUERTE DE FILADELFO A LA INTERVENCIÓN DE ROMA EN ORIENTE (246-229)

1. Macedonia, Grecia y el Egeo 385
Fortalecimiento de las ligas federales 385
– La Liga Etolia.- La Liga Aquea.- Arato de Sición.
El problema de Esparta 388
– Las reformas de Agis IV de Esparta.- Cleomenes III.
Macedonia y Grecia en la época de Demetrio II y Antígono Dosón 389
– Demetrio II y la Guerra Demetriaca.- Antígono Dosón.- Las reformas de Cleomenes III.- Fortalecimiento de Esparta.- La traición de Arato.- Selasia.
2. Lágidas y Seléucidas 391
La Tercera Guerra Siria 391
La Guerra de los Hermanos 391
La ascensión de Pérgamo 392
Las satrapías orientales y el reino seléucida hasta el advenimiento de Antíoco III. 392
– El secesionismo iranio.- Los partos.- Bactriana y Sogdiana.- Los últimos años de Seleuco II.- Seleuco III.- La subida al trono de Antíoco III.
Cronología y Bibliografía 394

XXV LA INJERENCIA DE ROMA HASTA LA PAZ DE APAMEA (229-188)

1. La intervención Romana en Iliria y la Primera Guerra Macedónica 397
Las Guerras Ilirias 397
– El reino pirata ilirio.- La Primera Guerra Iliria.- El "protectorado" romano en la costa iliria.- La actividad de Demetrio de Faros.- Segunda Guerra Iliria.
Filipo V y la Guerra de los Aliados 398
La Primera Guerra Macedónica 399
– Filipo V en Iliria. Tratado con Aníbal.- Alianza romano-etolia.- Mantinea.- Paz entre la Liga Etolia y Macedonia.- Paz de Fénice.
2. Lágidas y Seléucidas: El desequilibrio de poder 400
Antíoco III y el restablecimiento de la autoridad real 400
La Cuarta Guerra Siria 401
– Rafia.
El "Anábasis" de Antíoco III 401
Debilitamiento del poder real en Egipto 402
El expansionismo sirio-macedonio 402

– El acuerdo sirio-macedonio.- La Quinta Guerra Siria.- Campañas de Filipo V en el Egeo.- Alianza de Rodas y Pérgamo contra Filipo.- La intervención romana.
3. La Segunda Guerra Macedónica 403
El "imperialismo" romano y la intervención romana en Oriente 404
– Razones de la intervención.
El desarrollo de la guerra 404
– Las fuerzas contendientes.- Flaminino.- Cinoscéfalos.- La paz de Tempe.
La intervención romana en Grecia 405
– La "liberación" de los griegos.-La guerra contra Nabis.- Evacuación romana de Grecia.
4. Antíoco III y su enfrentamiento con Roma 406
Expansionismo sirio en el Egeo 406
Intervención romana 406
Las intrigas etolias 407
La guerra contra Antíoco 407
– La guerra en Grecia.- La guerra en Asia Menor
La paz de Apamea 408
– Los dictados de Apamea.- Nueva regulación de Asia Menor.- La significación de Apamea.
Cronología y Bibliografía 409

XXVI DE LA PAZ DE APAMEA A LA SUMISIÓN DE GRECIA (188-146 A.C.)

1. El ámbito de influencia romano en Oriente tras Apamea 415
– Roma, árbitro de Oriente.- La crisis socio-económica.
Problemas políticos 415
– Grecia.- Pérgamo.- Rodas.- Macedonia.
2. La Tercera Guerra Macedónica 419
– Perseo, rey de Macedonia.- Las intrigas de Pérgamo.- La guerra contra Perseo: Pidna.
3. La reorganización de Oriente tras Pidna 420
– Atomización política.- Macedonia, Iliria y el Epiro.- Grecia.- Rodas. - Pérgamo.
4. Lágidas y Seléucidas de Apamea a Pidna 422
– Los últimos años de Antíoco III.- La subida al trono de Antíoco IV.
- Los problemas egipcios: la Sexta Guerra Siria.- El ultimátum romano a Antíoco IV.
5. El fin de la independencia griega 424
– Nacionalismo antirromano.- La rebelión de Andrisco y la anexión de Macedonia.- Caos político en Grecia: la Liga Aquea.- Destrucción de Corinto.
Cronología y Bibliografía 426

XXVII LA DESINTEGRACIÓN DE LOS REINOS HELENÍSTICOS

– Los reinos helenísticos y Roma.

1. EL REINO SELÉUCIDA 429
 Antíoco IV y el problema judío 429
 – Las tensiones judías.-La toma de Jerusalén.- Judas Macabeo.
 Antíoco IV y las satrapías orientales 430
 Demetrio I 430
 – Restauración del poder real.- La usurpación de Alejandro Balas.- El fin de Alejandro Balas.
 Demetrio II 432
 – La independencia judía.- El problema parto.
 Antíoco VII Sidetes 432
 El regreso de Demetrio II y la desintegración seléucida 433
 – Usurpación de Zabinas y muerte de Demetrio.- Caos dinástico.- Los nabateos. - El estado judío.- La anexión de Siria por Tigranes.

2. ASIA MENOR 434
 El reino de Pérgamo 434
 – Atalo II.- Atalo III: el testamento a favor de Roma.- La rebelión de Aristónico. - La provincia romana de Asia.- Los estados de Asia Menor.

3. MITRÍDATES VI DEL PONTO Y LA LUCHA CONTRA ROMA 436
 El Ponto hasta el reinado de Mitrídates VI 436
 – Farnaces I.- Mitrídates V.
 Mitrídates VI 437
 – Política expansionista.- La intervención romana: Aquilio.- Ocupación de Asia por Mitrídates.- Atracción de Grecia.- La guerra mitridática de Sila. - Mitrídates y la alianza con Tigranes.- La Tercera Guerra Mitridática: Lúculo.
 La guerra mitridática de Pompeyo y la reorganización de Oriente 439
 – La victoria sobre Mitrídates.- La ocupación de Armenia.- Anexión de Siria. - Pompeyo y los judíos.- Reorganización del Oriente.- El nuevo mapa político de Oriente.- El Oriente romano.

4. EL FIN DE LOS LÁGIDAS 441
 La decadencia de la dinastía 441
 – Debilidad del poder real y crisis dinástica.- Tolomeo VI.- Tolomeo VIII. - La lucha por el poder a la muerte de Tolomeo VIII.- Tolomeo XII Auletés.
 Cleopatra VII: la anexión de Egipto por Roma 444
 – La guerra civil.- César y Cleopatra.- Cleopatra y Marco Antonio.- Accio.

CRONOLOGÍA Y BIBLIOGRAFÍA 445

XXVIII EL MUNDO HELENÍSTICO: ESTADO, SOCIEDAD Y ECONOMÍA

1. EL ESTADO 451
 Las nuevas monarquías 451
 Caracteres de la monarquía helenística 451
 – Justificación ideológica: antecedentes.- La ideología monárquica.- El culto al soberano.- Símbolos reales.- Caracteres hereditarios.- El papel de las reinas.
 La organización de los reinos 453
 – La corte.- Las Asambleas del Ejército.- La administración.- El ejército.

2. LA SOCIEDAD 455
 Griegos e indígenas 455
 – La emigración griega a Oriente.- La urbanización.
 Las clases sociales 456
 – Los funcionarios.- La "burguesía".- El clero indígena.- Los soldados. - Las colonias militares.-El campesinado libre.- Los esclavos.
 La *koiné* helenística 458

3 ECONOMÍA 459
 Agricultura 459
 – El "mercantilismo" egipcio ....
 Comercio 462
 – Los nuevos factores.- Corrientes comerciales.- La economía monetaria. - La banca.- Evolución del comercio helenístico.
 La economía urbana 462
 – Estancamiento de la técnica.
 Riqueza y pobreza 463

BIBLIOGRAFÍA 464

XXIX EL MUNDO HELENÍSTICO: LA CULTURA

1. CARACTERES GENERALES 465
 La *koiné* cultural: el gimnasio 465
 Ciudad y cultura 466
 – El ejemplo de Alejandría.

2. FILOSOFÍA Y RELIGIÓN 466
 Filosofía 466
 – La Academia y el Liceo.- Los nuevos sistemas.- Estoicismo.- Epicureísmo.
 Religión 468
 – Sincretismo religioso.- La religión cívica.- La religión personal: los cultos mistéricos.-Los cultos orientales.- Otras manifestaciones religiosas.

3. LITERATURA Y CIENCIA 470
 Literatura 470
 – La comedia - El mimo.- Lírica: la escuela de Alejandría.- Geografía descriptiva.

- *La novela.- La historia.*
La ciencia 472
- *Matemáticas.- Astronomía.- Geografía científica.- Medicina.*
4. EL ARTE HELENÍSTICO 473
Arquitectura y urbanismo 473
- *Urbanismo: el trazado hipodámico.- Alejandría.- Arquitectura.*
Artes plásticas 474
- *Escultura.- Pintura.*
BIBLIOGRAFÍA 475

CUADROS GENEALÓGICOS 477
BIBLIOGRAFÍA GENERAL 487
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES 489

PRÓLOGO

No son muy numerosas las síntesis de Historia de Grecia elaboradas en nuestro país. La tradición fuertemente arqueológica de nuestra Historia Antigua ha contribuido a inclinar la investigacion en gran medida hacia temas de la romanidad peninsular, mientras se abandonaba Grecia al campo de la Filología Clásica. Sólo recientemente han surgido jóvenes historiadores interesados por el mundo helénico, que, aun en minoría, empiezan a producir obras estimables en temas concretos de religión, instituciones e historia política, económica o cultural del ámbito griego.

En todo caso y salvo excepciones muy recientes, aún somos en la Universidad española dependientes en buena medida para la enseñanza de la historia griega de obras de síntesis extranjeras –francesas, inglesas y alemanas–, que, traducidas con más o menos fortuna, ruedan por las aulas.

Por estas razones hemos abordado la redacción, en el marco de la Historia *Salamanca* de la Antigüedad, de esta Historia de la Grecia Antigua, específicamente dirigida a los jóvenes estudiosos que se enfrentan por primera vez al conocimiento del mundo helénico. Ello obliga a cumplir dos requisitos: claridad y sencillez de exposición sin renunciar a la densidad de contenido. No es fácil aunar ambas características, que hemos tratado de cumplir sin regatear esfuerzos.

Tres bloques de información, confiados a otros tantos profesores, forman el conjunto de esta obra. El primero, que incluye el mundo egeo y la época arcaica, ha sido asumido por María José Hidalgo de la Vega, catedrática de Historia Antigua de la Universidad de Salamanca. La Prof. Hidalgo cuenta con una larga experiencia docente y en su investigación tiene un lugar principal el mundo de la religión y el mito, crucial en la explicación de los pilares que conforman, en sus orígenes y en los siglos de formación, la idiosincrasia griega. La fascinante aventura emprendida por el hombre griego tras la etapa preliminar egea, a través de la época micénica y de los siglos oscuros, para crear un nuevo mundo de sentimientos, instituciones e ideas que están en las raíces de nuestra cultura occidental, ha sido analizada y descrita por la Prof. Hidalgo con una brillante sencillez.

El Prof. Juan José Sayas Abengochea, catedrático de Historia Antigua de la UNED, se ha encargado de la Época Clásica. De las Guerras Persas al ocaso de la *polis* y al triunfo del estado territorial de la mano del genial Filipo de Macedonia, corren los siglos que han contemplado las más altas creaciones del espíritu griego. Al lado de la historia política, rica

y multiforme, preñada de acontecimientos esenciales como la confrontación de los griegos con el gigantesco imperio persa, la consolidación de la Liga Ático-Délica, la Guerra del Peloponeso o la efímera hegemonía tebana, corre en paralelo una espléndida historia cultural en la que brillan los más preclaros ingenios del pensamiento, las artes, las ciencias y las letras, en especial, en Atenas y en los años que ilumina la gigantesca figura de Pericles. Nadie mejor que el Prof. Sayas para sintetizar tantos y tan importantes acontecimientos por su sólida formación clásica y su interés por el mundo griego desde los tempranos años en que redactó como tesis doctoral un magnífico estudio sobre el pensamiento político de Tucídides.

Yo mismo he tomado la responsabilidad de redactar los capítulos correspondientes al mundo helenístico. Con toda su importancia crucial, estos tres últimos siglos de la historia griega han sido considerados demasiado a menudo como un simple apéndice de la historia griega sin interés suficiente para ser tratados en profundidad. La íntima conexión de la historia política griega desde comienzos del siglo II a. C. con la de la república romana es un buen pretexto para obviar su tratamiento como parte de la Historia de Grecia y diluirlos en el contexto del imperialismo romano y de su extensión por Oriente. Y sin embargo, aparte de su propia entidad, que no permite subordinarlos sin más a Roma, son absolutamente esenciales para entender incluso el devenir histórico de la ciudad del Tíber, que, en íntimo contacto con el mundo helenístico y fuertemente influenciada por él, modela en la época del imperialismo muchos de sus rasgos característicos. La preocupación preferente por la república romana y, en especial, por los períodos de expansión y de crisis de sus dos últimos siglos de existencia me han proporcionado la base necesaria para intentar una síntesis de la época helenística a partir de sí misma y hasta su muerte formal, con la desaparición del último de sus monarcas, Cleopatra VII.

En los términos griegos que aparecen en el texto hemos considerado conveniente, entre las múltiples posibilidades que se nos ofrecían, su transcripción latina y, en consecuencia, se ha prescindido de las tildes.

Es, sin duda y en última instancia sólo el lector quien puede juzgar si hemos cumplido con nuestro propósito de contribuir al conocimiento y difusión de uno de los períodos claves de la historia de la humanidad.

José Manuel Roldán Hervás

INTRODUCCIÓN: GEOGRAFÍA DE GRECIA

En la Antigüedad, la Hélade no constituía un estado unificado y ni siquiera conformó una unidad étnica delimitada. Su territorio era discontinuo y, por eso, la delimitación geográfica es imprecisa y varía de acuerdo con los movimientos expansivos u ocupaciones exteriores por medio de los que se realizó la propia formación de Grecia y del pueblo griego. La conciencia común que como tal pueblo tenían fue también producto del mismo proceso histórico, cuyo primer soporte era la lengua. Por eso, el bárbaro se definía en primera instancia como el que no hablaba griego.

Regiones naturales

El núcleo fundamental del mundo griego está rodeado por el mar Egeo. En estos territorios destacan varias regiones naturales que se pueden identificar con diversas unidades políticas más grandes, aunque es difícil establecer una geografía homogénea del mundo griego en la Antigüedad.

En la zona continental más septentrional destacan las regiones de Tesalia, el Epiro y Macedonia. La península Balcánica, integrada por regiones geográficas y unidades políticas heterogéneas, contiene las regiones naturales de Acarnania, Etolia, la Dóride, la Fócide, Lócride, Beocia, Ática y la isla de Eubea. Más al sur se extiende la península del Peloponeso, tierra abierta al Mediterráneo y a los más diversos contactos culturales.

La costa de Asia Menor presenta un relieve fragmentado en torno a sus tres regiones básicas: Eólide, Jonia y Dóride. En su territorio se produjeron los más antiguos asentamientos coloniales, que evocan la filiación étnica de sus respectivas poblaciones.

Las numerosas islas griegas establecían un puente de unión natural entre la península Balcánica y la costa de Asia Menor. La gran isla de Creta cerraba el mar Egeo por el sur. A partir del siglo VIII a.C., las diversas oleadas colonizadoras ampliaron este mapa añadiendo establecimientos en torno al mar Negro, Italia meridional y Sicilia, con sus límites más occidentales en Marsella, Ampurias y Cirene.

Recursos económicos

La península Balcánica es la más pobre y montañosa del Mediterráneo. Las montañas ocupan un ochenta por ciento del suelo y la fuerza de la erosión ha contribuido singular-

mente a la fragmentación del relieve y a la formación de llanuras de tamaño reducido, dominadas por alturas abruptas mal comunicadas, que favorecen la diversificación de los recursos naturales y el fraccionamiento político. Por ello las *poleis* griegas eran de reducido tamaño y las fronteras entre ellas, inciertas y apenas delimitadas.

En las llanuras mejor situadas y en las tierras de aluviones recientes o depósitos fluviales se podía practicar una agricultura favorable, actividad primordial y básica de la sociedad griega. Es un tipo de agricultura mediterránea con los cultivos básicos de cereal, vid y olivo, a los que se añadían los frutales. La economía agrícola se mantuvo a nivel autárquico y cualquier cambio demográfico, político o en la estructura de la propiedad generaba un desequilibrio en la explotación del suelo. Se utilizaba el arado y utensilios de labranza sencillos para la roturación de la tierra, la escardadura y la siembra. Las tareas agrícolas se concentraban en épocas concretas.

Los recursos mineros del subsuelo griego no eran abundantes y había que conseguir en el exterior materias primas fundamentales como el estaño para la aleación del bronce. En su territorio había cobre (Eubea) y hierro (Laconia, Beocia, Eubea e islas Cícladas). Son muy conocidas las minas de plata de Sifnos y de Laurión en el Ática. El oro provenía de Tasos, Macedonia y Tracia. Pronto tuvieron que acudir a buscar recursos de Asia Menor, Italia y la península Ibérica.

La abundancia de arcilla, muy pura, favoreció la extensión de los centros ceramistas y repercutió favorablemente en la vida doméstica y en el comercio exterior, a cuyos mercados iba una cerámica de gran calidad y valor artístico, convertida en objeto de lujo. También la explotación de las canteras de piedra favoreció el auge de la construcción en las ciudades. Eran famosos el mármol de Paros y la obsidiana de Melos.

La importancia del mar

Las relaciones entre las diversas regiones griegas eran difíciles por su negativas condiciones geográficas, lo que incidía en la dificultad de construir una red de carreteras para comunicarse. Por ello, el mar asumió el papel de la auténtica vía natural de comunicación entre los griegos. La navegación de cabotaje era esencial y al anochecer siempre se podía alcanzar tierra firme para pernoctar. Los progresos en la navegación fueron continuos y notables, tanto en las técnicas como en la construcción de puertos. Gracias a este desarrollo fue posible impulsar un floreciente comercio por todo el Mediterráneo.

El mar también suministraba recursos naturales basados en la pesca y en las salinas, aunque estos recursos no fueron explotados de forma sistemática ni general. De hecho, muchas regiones griegas quedaron al margen de esta actividad y en ningún momento de la historia de los griegos esta actividad desplazó o sustituyó a la agricultura. Los griegos fueron fundamentalmente campesinos, aunque su organización se desarrollara en función de la ciudad.

LA CIVILIZACIÓN EGEA

MARÍA JOSÉ HIDALGO DE LA VEGA

I EL MUNDO GRIEGO EN LA EDAD DEL BRONCE DEL III AL II MILENIO

1. La Transición a la Edad del Bronce

La civilización egea

La llegada del tercer milenio a.C. fue un acontecimiento importante en la prehistoria europea. En Grecia la Edad del Bronce comenzó poco después del año 3000 a.C. La península helénica no era una unidad aislada. Tanto en la Prehistoria como en la Historia, Grecia formaba parte de un amplio complejo egeo que geográficamente compartía clima, terreno, recursos similares y formas de vida material parecidas. El desplazamiento hacia el sur fue el reflejo de un cambio económico, en el que se aprecia una orientación hacia una agricultura más típicamente mediterránea, con la vid y el olivo como cultivos esenciales, que no perturbaban los sistemas de labranza y cría de animales ya existentes. Además, por su ubicación el mundo egeo serviría de puente entre Egipto y Oriente Próximo y entre Europa oriental y central.

Por tanto, con esta denominación de civilización egea se identifica una realidad histórica, formada por grupos de población que poseían una cultura básicamente homogénea, pero con importantes rasgos diferenciadores entre sí, debidos entre otros motivos a factores de tipo geográfico, que explican en cierto modo la fragmentación de todo el área cultural. Forma parte de la llamada Edad del Bronce en Grecia y como tal se encuadra en el fenómeno general del mundo antiguo del tránsito de unas sociedades neolíticas a otras metalúrgicas más desarrolladas por la utilización de los metales.

Teorías

Pocos datos existen para explicar razonablemente el paso de las comunidades neolíticas a la Edad del Bronce y sus innovaciones. La interpretación más aceptada y documentada supone migraciones de tribus desde Anatolia y la región sirio-palestina, pero no explica de forma autónoma esa transición, si no se le añade el análisis de los cambios diversos que se produjeron en el seno de las propias comunidades, como resultado de una larga evolución.

Esta teoría migratoria fue sustituida por la difusionista de Gordon Childe, que relacionaba la civilización egea con las del Próximo Oriente a través del comercio o de los movimientos de los prospectores de metales que recorrerían las zonas del Egeo, de forma que la transferencia tecnológica produjo el desarrollo de esa civilización.

De manera radical, Renfrew se enfrenta a las teorías *migratoria* y *difusionista* para poner el acento exclusivamente en un largo proceso evolutivo que permitiría a estas comunidades en su relación con el medio alcanzar cotas más altas de desarrollo. A pesar de la racionalidad con que está presentado este proceso de evolución continua, denominado *teoría de sistemas*, adolece de una cierta rigidez para integrar en el propio proceso interno fenómenos relacionados con movimientos migratorios de población, documentados fehacientemente, y con hechos de difusión.

Es, pues, lo más conveniente para la comprensión histórica del problema atender a todas las variables externas e internas de forma global. Desde esta perspectiva se puede entender que los factores de evolución internos posibilitarían la receptividad y el desarrollo de estas comunidades ante los influjos externos de todo tipo, a un ritmo y a un grado diversos según las propias condiciones internas de las mismas.

Esta forma de civilización, que empleaba la tecnología del metal y que fue la cuna de nuestra civilización europea, se desarrolló de forma paralela y relacionada en cuatro áreas en la cuenca del mar Egeo: Creta, las islas Cícladas, parte de Grecia continental y la zona de Asia Menor integrada por la Tróade y algunas islas cercanas.

Periodización y terminología

Debido a la escasez de documentación literaria o epigráfica que permita la elaboración de una cronología histórica aceptable, es la arqueología la que ayuda a fechar. En este sentido la cerámica ha permitido establecer una cronología relativa en función de su evolución estilística; la cronología absoluta se alcanza por posibles sincronizaciones, a partir de los objetos importados y exportados, con unas fechas conocidas, de Egipto y el Próximo Oriente.

Este período, que cubre el III y II milenio, se divide en tres grandes etapas, que adoptan una denominación concreta según el área geográfica a la que se refieren, manteniendo entre ellas una sincronización. La cronología realizada por A. Evans para Creta fue la que sirvió de modelo a las demás. Así la civilización del Bronce en Creta se denomina *Minoico*, en Grecia continental se llama *Heládico*, y en las islas centrales del Egeo, *Cicládico*. De forma un tanto convencional y rígida, cada período se subdivide en tres fases: *Antiguo*, *Medio* y *Reciente*, a su vez sistematizadas en *I*, *II* y *III*, con lo que es posible establecer divisiones cronológicas muy cortas, a pesar de la desigualdad del ritmo que se da entre el Minoico, el Heládico y el Cicládico. Para lugares concretos, como el caso de Troya, el procedimiento adoptado por sus excavadores fue el de enumerar cada fase empleando la numeración romana (I, II, III...) hasta donde fuera preciso.

Recientemente se ha considerado que este sistema cronológico presenta demasiadas dificultades y, por ello, se ha empezado a utilizar también otro sistema determinado por el radiocarbono. Nicolás Platón distingue cuatro períodos relativos a los fenómenos arquitectónicos y culturales. El *Prepalaciego* (2600-2000 a.C.), corresponde al Minoico Antiguo, anterior a las economías palaciegas; el *Palaciego primero* o *Protopalacial* (2000-1700 a.C.) es el período de los palacios antiguos, al que pusieron fin los terremotos, y se corresponde con el Minoico Medio I y II; el *Palaciego segundo* o *Neopalacial* (1700-1450 a.C.), época de los palacios nuevos que sustituyeron a los primeros, equivale al Minoico Medio III y al Minoico Reciente I y II; y el *Postpalacial* (1450-1100 a.C.) define al período que siguió a la destrucción del palacio que se conservaba en Cnosos, equivalente al Minoico Reciente III, y en el que virtualmente la cultura minoica se extinguió y Creta entró a formar parte del mundo micénico. De todas formas no hay un acuerdo general sobre la destrucción final del palacio de Minos.

2. El Bronce Antiguo en el Egeo

A comienzos del III milenio, en todas las áreas del Egeo comienzan a apreciarse cambios significativos en las formas de vida de las poblaciones asentadas. Aumenta el tamaño de los asentamientos, crece el comercio con zonas periféricas y los tipos cerámicos adoptan una mayor variedad. Cada una de las áreas egeas presenta un desarrollo propio debido a sus peculiares condicionantes geográficos, pero enmarcado en un proceso histórico común.

Grecia continental. Heládico Antiguo

Las zonas de Corinto y la Argólide son las que de forma más viva acusan los estímulos culturales del Bronce, que por la misma época penetran en Creta y en las Cícladas. Aparecen poblados más grandes, sin fortificaciones, como consecuencia de una ausencia aparente de significativos conflictos. En la agricultura se inician los cultivos de la vid y el olivo y se ocupan para ello tierras propicias; la producción artesanal de carácter doméstico adquiere un desarrollo significativo. En la Grecia central se identifica la cultura de *Eutresis* y, de ubicación más dispersa, la de *Koraku*. Los hallazgos de objetos metálicos son escasos y hay una tendencia a la reutilización de materias primas.

Lerna.– Se localizan algunos poblados más grandes, como el de *Lerna* en la costa sur de la Argólide, que llegará a convertirse en una ciudad, con la llamada "Casa de las Tejas", de planta rectangular, con habitaciones espaciosas, rodeadas de pasillos. Posiblemente este edificio, que hacía las veces de pequeño palacio, se utilizó como centro de distribución de productos agrícolas hasta su destrucción en torno al 2100 a.C., a causa de un incendio, destrucción que afectaría a otros lugares importantes de la Argólide y el Ática. Los restos arqueológicos dan cuenta de estos cambios. La presencia en Lerna de sellos diferentes

puede indicar la propiedad y confirma la opinión de que una familia de gobernantes supervisaba el almacenamiento y la redistribución de los productos agrícolas. Es probable que la gente del poblado pagase sus tributos en especie, dedicados para financiar las ceremonias religiosas y el comercio de los metales.

Tirinte.– En el Heládico antiguo III se constata la cultura de *Tirinte,* con un edificio circular de catorce metros de diámetro y con una cerámica decorada sobre un fondo claro, con variados motivos y formas, realizada a torno rápido. Esta cultura tiene su centro en el noroeste del Peloponeso.

Migraciones indoeuropeas.– En ciertos lugares, este nivel cultural se superpone a uno anterior, ya citado, en el que se atestiguan arqueológicamente destrucciones e infiltraciones de grupos humanos procedentes del norte, portadores de una nueva cultura, fenómeno que ha dado pie a que algunos investigadores pensaran sospechosamente en "la llegada de los griegos" a fines del HA II (2100 a.C.) a través de los Balcanes. Sin embargo, lo único probable es que varios grupos lingüísticos, entre los que predominarían los de habla indoeuropea, poblasen el Egeo por estas fechas, pero no dejaron documentos escritos hasta las tablillas del Lineal B. La lengua griega que conocemos como tal se formaría en Grecia a través de una evolución lingüística, que no excluye de todas formas la posibilidad de que se produjeran más migraciones al final del III milenio.

Creta. Minoico Antiguo o Prepalaciego

Esta isla del Mediterráneo oriental, de 5.120 km^2, carecía de recursos minerales, pero en la Antigüedad era famosa por sus praderas y mesetas pastoriles, sus vides y olivos, robles y cipreses. Frente al aislamiento en que vivió en época neolítica, se constata que durante el Minoico Antiguo fue centro de acogida de pequeños grupos humanos procedentes de Anatolia, la región sirio-palestina e incluso de la zona protolibia de África. Estos grupos humanos se fusionarían con la población neolítica y posibilitarían un crecimiento evolutivo, sin ruptura total con la reciente cultura neolítica, como ya en su momento consideró A. Evans.

Sin embargo, es en la fase II del período (hacia 2500 a.C.) cuando se produce una aceleración cultural sorprendente, como evidencian los objetos funerarios. Algunos investigadores atribuyen este desarrollo a la evolución interna de la isla y a la ubicación en ella de nuevos elementos de población extranjera más numerosos, de igual procedencia que la anterior; sin embargo, la continuidad de la población es una de las impresiones más sólidas que surgen del estudio de los enterramientos minoicos, que no representan ninguna ruptura con la tradición. Podemos, pues, afirmar que la historia de Creta, estudiada a partir de sus restos materiales, no indica una imitación mecánica ni es el fruto de una inmigración amplia, sino que es la historia de una sociedad que absorbió nuevos elementos dentro de un desarrollo interno propio y coherente, como ya explicó M. Finley.

Los núcleos de población se transformaron en pequeñas ciudades que presentaban una diversificación económica. En las llanuras se desarrolló la agricultura, junto con una mayor producción de cerámica y tejidos. Los asentamientos costeros se dedicaban de forma prioritaria a la pesca y al comercio exterior, pero también poseían una artesanía local. De los más de cincuenta asentamientos identificados de esta época, sólo unos pocos han sido explorados en profundidad. El más notable es la casa grande de Vasiliki, construida en madera, ladrillos de barro y yeso y posiblemente con una disposición de las estancias en torno a un patio central abierto. La organización de las dependencias y habitaciones ya prefiguran el estilo laberíntico típico de los palacios minoicos.

En un emplazamiento costero del sur, cerca de Mirtos, se constata también el incremento de población y la especialización artesanal. Cultivaban cebada, trigo, vid y olivo y criaban ovejas, cabras, cerdos y ganado vacuno. Se ha descubierto gran cantidad de cerámica y, sobre todo, volantes de husos y piedras de telar, de arcilla y piedra. En cambio hay escasas armas y una ausencia total de herramientas metálicas para la agricultura. Posiblemente las técnicas de la metalurgia la aprendieron de las Cícladas, pero los puñales de cobre eran propiamente cretenses.

En líneas generales, podemos pensar que la estructura social había adquirido ya un componente urbano y una especialización en el trabajo, pero todavía no estaba diferenciada en familias individuales, a tenor de la evidencia que nos muestran los grandes enterramientos de carácter colectivo. Es el enterramiento típico de la parte oriental de la isla, en el recinto de Malia, de forma rectangular, con una columnata y con divisiones en el interior, utilizado hasta el 1450 a.C. como tumba por el clan real de la comunidad. En la llanura de Mesara, durante las fases I y II, la estructura de enterramientos colectivos seguían siendo los *tholoi,* propios de la zona central. Son construcciones de tipo circular cubiertos con una falsa bóveda y carentes de monumentalidad, propia del megalitismo.

De este período (fases II y III) se constata el desarrollo del único estilo de arquitectura cretense en forma de celda, que culminará en los siglos posteriores en el palacio de Cnosos. Las viviendas comunes se hacen más confortables y algunas incluso presentan dos plantas y varias dependencias. Hay algunas pruebas de prácticas religiosas que constituyen un precedente de los grandes palacios. Una de las habitaciones del poblado de Mirtos se anticipa a la disposición del templo de las "Hachas Dobles" en Cnosos. Adosado a la pared hay un banco, parecido al de Cnosos, sobre el que reposaría una diosa de terracota, y en el suelo se han encontrado objetos para las ofrendas. Es el ejemplo más antiguo del templo familiar minoico y en él destaca la sencillez. En Mirtos ha aparecido una figurilla de una diosa con una jarrita. Es evidente la importancia de la Diosa Madre entre los cretenses.

Las Cícladas. Cicládico Antiguo

A comienzos de la Edad del Bronce estas islas del Egeo recibieron inmigrantes, portadores de nuevas técnicas, pero su desarrollo cultural se orientó hacia la exportación de materias primas, como la obsidiana, el esmeril, y metales, como el bronce y la plata. Por

otra parte, la actividad marítima tuvo su importancia en el contexto que estamos tratando y sus productos llegarían a las costas del Egeo en barcos de proa empinada, de los que hay numerosas representaciones en pequeños modelos de plomo.

La llamada cultura *Ceros-Siros*, contemporánea del Heládico Antiguo II y Minoico Antiguo II, marcó un apogeo y un ritmo de desarrollo que se pone de manifiesto en la cerámica y en su forma carácterística de "sartén", con grabaciones de barcos, prueba de la actividad comercial de la población. Sin embargo, los asentamientos son reducidos y diseminados, no hay santuarios ni enterramientos colectivos; incluso *Filacope*, en la isla de Melos, el poblado más importante que se conoce del Cicládico Antiguo III, carecía de fortificaciones y apenas si puede considerarse como una ciudad. De una de sus tumbas excavadas en la roca procede el modelo de granero de piedra, en realidad, un vaso compuesto, formado por siete huecos circulares y otro irregular en el centro, parecido al silo del palacio de Malia, en Creta, que da cuenta de la preocupación de sus gobernantes por el almacenamiento. Los productos más representativos eran los *idolillos* de mármol de formas geométricas, hallados en gran número en las tumbas, que responden a una forma de religiosidad desconocida.

El área oriental. La Tróade

En los niveles arqueológicos de la Troya I a V, correspondiente al Bronce Antiguo, destaca el emplazamiento privilegiado de la ciudad de Troya, al noroeste de Asia Menor, que le permitía controlar la ruta marítima del Helesponto. Su descubrimiento fue debido a las excavaciones realizadas por Heinrich Schliemann y campañas posteriores han determinado la existencia de nueve capas urbanas, desde el III milenio hasta los primeros siglos de nuestra era. La ciudad estuvo siempre fortificada y poseía un gran palacio con la sala principal de tipo *megaron*, indicador de un poder centralizado en manos de un monarca. La cerámica característica es la copa *amphikypellon*, con dos grandes asas, similar a la cicládica de Ceros-Siros. Los asentamientos de las islas de Lemnos y Lesbos, aunque más pequeños y modestos, desarrollaron un tipo de nivel cultural similar.

3. El Bronce Medio en el Egeo

El marco cronológico de este período puede establecerse entre el 2000 al 1700 a.C., período a lo largo del cual se va gestando un modelo cultural que tendrá su máxima representación en Creta con sus palacios.

Grecia continental. Heládico Medio

Poblados y necrópolis.– Es un período de transición y de escasa documentación. Los poblados son pequeños y de una construcción pobre y poco sólida, tienen un carácter agrícola y están amurallados de forma tosca con una simple acumulación de piedras pequeñas. En el interior, las casas están construidas en torno a una principal, posiblemente la del jefe, y dejan libre un espacio amplio para el ganado. Las formas de enterramientos son variadas y sencillas: las tumbas-cistas rectangulares o las tinajas de barro. Se constatan necrópolis a una cierta distancia en los poblados más grandes, como Micenas y Tebas, pero lo normal es el enterramiento junto a las viviendas.

Cerámica.– La cerámica característica de este período es la denominada *minia*, por el nombre del pueblo de los minios, que según la tradición habitó Orcómeno. Este tipo de cerámica a torno rápido tiene una contextura "jabonosa" y se localiza en Grecia, en las islas y zonas de Anatolia occidental. La elaboración de esta variedad minia se va perfeccionando hasta lograr una estabilidad en las formas y el diseño, representada en el *kantharos* conocido como *Lianokladi*, común a la de Troya VI.

Más tarde aparecerá otra variedad llamada *eginética*. Los vasos presentan en su superficie un baño de coloración clara y decorada en mate, con motivos geométricos de tonos oscuros. Algunos investigadores han relacionado la cerámica minia con las aportaciones que introdujeron poblaciones nuevas de emigrantes, a los que erróneamente identificaron como "griegos". Sin embargo, los hallazgos en Lerna (HA II) de cerámica similar a la minia, aunque más primitiva, hacen dudar de tal relación.

Tampoco el nuevo sistema de enterramiento de tumbas-cista *intra muros*, ya citado, implica necesariamente una inmigración, habida cuenta de la constatación de diversos sistemas de inhumación en la Edad del Bronce y en época histórica, que variaban según regiones y épocas, y que frecuentemente coexistían durantes largos períodos en una misma comunidad.

La "llegada de los griegos".– Por tanto, la conclusión más razonable, dado el nivel actual de nuestro conocimiento basado en la evidencia arqueológica, es que, si bien es verdad que en la Argólide se produjo una destrucción al final del III milenio por obra de poblaciones extranjeras, sin embargo, en esta región se desarrollaron y se extendieron las culturas del Heládico Antiguo III y del Heládico Medio, y ésta a su vez produjo la civilización del Heládico Reciente o Micénico. La "llegada de los griegos", con toda la complejidad y engaño que la frase contiene, significó la entrada de elementos nuevos que se fusionarían con lo anterior para crear en un lento proceso una nueva civilización que se extendió por lugares diversos. Lo viejo y lo nuevo en cuanto a población y cultura material se funden de forma compleja y transforman esa primaria realidad cultura hasta alcanzar un nivel de desarrollo superior que posteriormente desembocará en la civilización micénica.

Pero nada seguro revelan los restos materiales sobre el tipo de organización social que subyace a la posterior civilización micénica aludida. Tan sólo una proliferación de asentamientos y un aumento de población son los datos más significativos y reveladores de los cambios que se estaban produciendo.

Creta. Minoico Medio (I y II) o Protopalaciego (Palaciego primero)

Características.– Este período, que transcurre entre el 2000 a.C. al 1700 a.C., está caracterizado por la aparición de los primeros palacios. Es evidente que en la región se produjo una continuidad pacífica en los asentamientos poblacionales entre el Minoico Antiguo y el Minoico Medio. Este hecho se constata en los cultos religiosos y en la fabricación de cerámica del mismo tipo de *Camarés*. La continuidad sólo se vio alterada por movimientos sísmicos, que obligaban a una reconstrucción inmediata, por un mayor crecimiento basado en nuevos asentamientos de población, y por un aumento de los contactos con la Grecia continental. En torno al 1700 a.C., una destrucción generalizada, que arrasó los poblados y los palacios, marcó el tránsito al *Minoico Reciente* o *Neopalaciego* (Palaciego segundo) hasta el 1450 a.C.

Los palacios.– Los palacios se erigen como modelo organizativo centralizado, ubicados en cada una de las cuatro zonas naturales que dividían la isla y que configuraban en cada una de ellas unidades económicas y sociales. Los palacios más importantes fueron el de Cnosos, posiblemente el primero y situado al norte, con una extensión de casi 20.000 m^2, y el de Festo. Estos palacios, construidos sobre poblados anteriores, no presentan ningún tipo de fortificación: no eran ciudadelas, sino complejos "civiles", que evocan una continua sensación de equilibrio y tranquilidad.

El complejo palaciego contiene una serie de dependencias, distribuidas en varias plantas y dedicadas a la vivienda, al ocio y a la actividad económica: aposentos, patios, pórticos, salas, talleres, almacenes. Todo el edificio se organiza en torno a un gran patio central y posee un sistema muy refinado de construcción, canalización, iluminación y ventilación. La decoración es muy cuidada y presenta suelos enlosados y frescos en las paredes de gran belleza.

Cercanos a los palacios se ubican los poblados, con viviendas comunes que se distribuyen sin un orden fijo por las callejuelas. Las prácticas funerarias continuan los modelos de enterramientos colectivos del tipo *cercado rectangular* y los monumentos en *tholoi*.

Economía palaciega.– Este desarrollo de la vida urbana se manifiesta además en un incremento e intensificación en la explotación de los recursos materiales, aunque prácticamente se ignora el funcionamiento del sistema y del propio papel que pudo jugar el complejo palaciego en él.

Es evidente que en los talleres se fabricaban productos artesanales dedicados a la exportación y de los que tenemos prueba en la cerámica, alhajas y pequeños bronces, elaborados con una gran habilidad técnica. El trabajo en piedras preciosas, en cristal y en marfil dejó muchos objetos que evidencian la tradición de la glíptica en Creta en este período.

El comercio era una actividad económica fundamental de los palacios. Numerosos objetos demuestran la existencia de intercambios comerciales con Chipre, Egipto, las islas del Egeo, la región sirio-palestina, Mesopotamia y Anatolia.

Se acepta de forma unánime que la estructura palaciega, con una función ciertamente centralizadora, no se impuso de forma conflictiva al resto de la población, sino que actuaría como centro de intercambios y redistribución, implicando de alguna forma en esta dinámica a la población, que mantenía formas económicas más primitivas. Por tanto, aunque este modelo de organización recuerde evidentemente al de los pequeños estados de la costa sirio-palestina, el comportamiento de sus clases dominantes difería radicalmente entre sí.

El "Lineal A".– Esta estructura requería un sistema de contabilidad y registro del que nada se sabe, al no haberse conservado ningún archivo. Posiblemente esta necesidad administrativa esté en la base de la invención de la primera escritura, de carácter pictográfico, llamada impropiamente "jeroglífica" por su analogía con la egipcia, según A. Evans. Posteriormente esta grafía inicial evolucionó a una escritura más complicada, la del "Lineal A", en la que los signos representaban sílabas "abiertas" (vocales y consonantes más vocales), y de un número indefinido de ideogramas y símbolos métricos. El sistema numérico era el decimal.

Esta escritura, que pronto fue adoptada por el culto, se extendió por toda la isla, pero, a pesar de que se han podido identificar unos ciento sesenta signos, no ha sido aún descifrada, dado que su relación con la egipcia es puramente formal.

Estructura política.– La estructura política del modelo palaciego de esta época es la monarquía, cuyo reflejo aparece en la leyenda de Minos y presenta un cierto carácter teocrático en el hecho de considerar al rey, ungido por la divinidad, como transmisor de las fuerzas benefactoras divinas a toda la sociedad.

Religión.– Las ideas sobre una base religiosa del poder monárquico se relacionan con las formas de expresión religiosa y ritual del culto. En los palacios existían áreas destinadas al culto de la divinidad, representada por el rey. Sin embargo, nada se conoce de los dioses y diosas, a pesar de que fueron muy numerosos. El culto se celebraba en pequeños santuarios domésticos, en lugares sagrados fuera de la casa y en las cuevas diseminadas por la isla. Las ceremonias religiosas se centraban en una epifanía, que se producía en un árbol o una columna como respuesta a una oración, un sacrificio o una danza ritual. Estas escenas han quedado grabadas en anillos, sellos en piedra y objetos de cerámica, además de los objetos puramente religiosos de carácter simbólico como la doble hacha y los "cuernos de la consagración", de difícil interpretación, o estatuillas de animales, figurillas humanas, objetos dedicados a los dioses en general.

Las Cícladas. El Cicládico Medio

En este período se constata una pérdida de importancia de la cultura de estas islas. Los niveles del CA III aparecen destruidos por causas desconocidas y hay constancia de pequeños asentamientos comerciales cretenses y continentales, que tenían en sus manos el comercio interior y exterior. De todas formas, se produjo un aumento en el nivel de vida de las poblaciones de la isla, aunque hayan perdido la iniciativa en la actividad económica, dirigida ahora por los cretenses, ya que de algún modo tuvieron que quedar implicados en este proceso y obtener beneficios de él. Los famosos "idolillos" de mármol dejaron de fabricarse y la cerámica que se produce es tosca, imitación local de modelos minoicos o continentales llevados a las islas.

El área oriental. La Tróade

En el área troyana destaca el nivel de Troya VI, la ciudad más importante y de más larga duración. Su desarrollo se extendió desde mediados hasta final de la Edad del Bronce y en ella se distinguen ocho fases. Fue construida de acuerdo con un plan urbanístico y elementos constructivos nuevos que la diferencian de las anteriores.

Esta ciudad, que florecería durante varias centurias, presenta muros con cinco puertas de entrada, columnas y una gran torre para el aprovisionamiento del agua. Cuenta con edificios de tipo *megaron* y las casas *intra muros* se construyeron sobre terrazas, que iban hasta el centro de la ciudadela, y constatan un diseño y ejecución excelentes frente a los seismos, tan frecuentes en la zona. Resalta la llamada "Casa de las Columnas", que comprendía tres partes: un vestíbulo, una estancia principal y tres habitaciones pequeñas. Esta Troya VI fue identificada tradicionalmente con la descrita en los poemas homéricos, pero actualmente los especialistas consideran que la Troya VIIa, más reducida, es la que reflejaría la Troya homérica.

La cerámica de Troya VI es sencilla, de color gris y sin decoración, parecida a la cerámica minia, realizada con torno y un método especial de cocción. Los contactos comerciales con Grecia se atestiguan a finales de este período en las importaciones de cerámica micénica y en las imitaciones locales. En la primera fase de Troya VI se introdujo el caballo, que podría implicar la existencia de una aristocracia guerrera y un poder real, que controlarían una población dependiente.

CRONOLOGÍA

	Grecia		Creta		Cícladas		Troya
3000-2800	Hel. Antiguo	I	Minoico Antiguo	I	Cicládico antiguo	I	I
2800-2400		II		II		II	II
2400-2100		III		III		III	III-V
2100-1900	Hel. Medio	I	Minoico Medio o		Cicládico Medio		VI
1900-1750		II	Protopalacial				
1750-1600		III					

BIBLIOGRAFÍA

General. Periodización y terminología

BEST, J. G. P., *The arrival of the Greeks*, Amsterdam, 1974; BURNEY, C., *The ancient Near East*, Ithaca- Nueva York, 1977; COLES, J. M. - HARDING, A. F., *The Bronze Age in Europe*, Londres, 1979; COTERELL, A., *Los orígenes de la Civilización Europea*, Barcelona, 1986; DREWS, R., *The Coming of the Greeks*, Princenton, 1988; FINLEY, M., *El mundo Egeo*, Madrid, 1970; FITTON, J. L., *Discovery of the Greek Bronze Age*, Londres, 1995; MANNING, S., *The Absolute Chronology of the Aegean Early Bronz Age*, Sheffield Academic Press, 1995; ROYEN, R. A. VAN, *The arrival of the Greeks. The evidence from the settlements*, Amsterdam, 1979; SAKELLARIOU, M., *Les Proto-Grecs*, Atenas, 1981.

El Bronce Antiguo en el Egeo

BLEGEN, C. W., *Troy and the Trojans*, New York, 1963; BRANIGAN, K., *The foundations of palatial Crete*, Londres, 1970; CADOGAN F., *The end of the Early Bronce Age in the Aegean*, Leiden, 1986; DOUMAS, C. G., *Thera, Pompeii of the Ancient Aegean*, Londres, 1983; FORSEN, J., *Twilight of the Early Helladics*, Paul Aström Förlag, 1994; RENFREW, C., *The emergence of civilization: The Cyclades and the Aegean in the third millennium b. C.*, Londres, 1972.

El bronce Medio en el Egeo

CASKEY, J. L., "Greece and the Aegean Islands in the Middle Bronze Age", *C. A. H. II. 1. History of the Middle East and the Aegean Region, 1800-1380 b. C.*, Cambridge, 1973, pp. 117-140; COTTERELL, A., *The Minoan World*, Londres, 1979; EVANS, A., *The Palace of Minos*, Londres, 1921-1935; FINLEY, M., *La Grecia Primitiva. La Edad del Bronce y Era Arcaica*, Madrid, 1983; GILLIS, C. et alii, (eds.), *Trade and Production in Premonetary Greece: Aspects of Trade*, Athens, 1995; HOOD, S., *The Minoans. Crete in the Bronze Age*, Londres, 1971; MARINATOS, S., *Excavations at Thera*, Atenas 1967-1973; MATZ, F., *Crete and Early Greece*, Londres, 1962; MOOREHEAD, C., *The Lost Treasures of Troy*, Weindefel-Nicolson, 1994; PLATON, N., *La civilisation égéenne*, París, 1981; SIEBLER, M., *Troia*, von Zabern, 1994; THIMME, J., (ed.), *Art and culture of the Cyclades*, Chicago, 1977; TREUIL R. y cols., *Las civilizaciones egeas del Neolítico y de la Edad del Bronce*, Barcelona, 1992; VERMEULE, E., *Grecia en la Edad del Bronce*, FCE, México, 1971; WILLETS, R. F., *The Civilization of Ancient Crete*, Londres, 1977.

II EL MINOICO RECIENTE. LA CRETA NEOPALACIAL

1. Consideraciones históricas

Este período de la cultura minoica se extiende desde el 1700 a.C. hasta el 1450 a.C. aproximadamente, y, según la periodización basada en los estilos cerámicos, comprende el Minoico Medio III y el Minoico Reciente I y II. Durante estos siglos Creta alcanzará los niveles más altos y sofisticados de su civilización, comparable por sus logros con las más antiguas de Egipto, Mesopotamia y Anatolia. Los nuevos palacios que se construyeron a raíz de la total destrucción del período anterior, que impidió su reconstrucción según la forma primitiva, son los excavados por A. Evans y otros arqueólogos posteriores. Además han aparecido ciudades, núcleos agrícolas, necrópolis y santuarios. En líneas generales, sin embargo, se constatan signos de continuidad entre el modelo de los primeros palacios y el de los segundos.

El descubrimiento de la civilización minoica desde sus orígenes hasta su desaparición constituye un paso importante desde la leyenda y el mito al análisis histórico, desarrollado a partir de la evidencia arqueológica junto con el estudio de las fuentes literarias y lingüísticas. A pesar de todo, se mantienen muchos interrogantes de su proceso histórico respecto a su proyección en el Mediterráneo y a sus relaciones con el mundo micénico.

La talasocracia cretense

Heródoto y Tucídides afirmaban que Creta tuvo un rey llamado Minos, que disponía de una flota poderosa y del dominio sobre los mares. Tucídides cuenta que:

> "Minos, el primero que conocemos a través de la tradición, tuvo una flota y fue dueño de la mayor parte del mar que ahora es griego, y tuvo bajo su dominio las islas Cícladas y fue el primero en fundar colonias en la mayoría de ellas, arrojando a los carios y poniendo como soberanos a sus hijos..." (I, 4).

Tal supremacía alude a este período de la Creta neopalacial, en el que el horizonte cretense se amplía e incluye a las islas Cícladas y a la península griega, con implantación colonial. Es cuando los palacios de la costa septentrional, sobre todo Cnosos con su puerto de Amniso, experimentarán un rápido desarrollo, convirtiéndose en el primer centro de la vida política y comercial. Sabemos que los cretenses comerciaron con Egipto y es posi-

ble que llegaran de allí aportaciones culturales, aunque esta relación resulta bastante oscura y difícil de rastrear. En todo caso, durante el siglo XV los contactos con Egipto decaen al tiempo que crece la concurrencia micénica en la isla.

Obviamente en el recuerdo de la llamada "talasocracia" de Minos se mezclan alusiones de la expansión minoica y micénica, como ocurre en las leyendas acerca del Laberinto, designación originaria del palacio de Cnosos. Los signos de esta irradiación cretense son visibles en algunas formaciones de topónimos, típicos del mundo egeo-anatolio al que pertenece la Creta minoica. También es importante la influencia ejercida por la religión cretense, hasta el punto de que en la tradición griega queda el recuerdo de Creta como patria de los cultos mistéricos y ritos catárticos.

Las relaciones entre minoicos y micénicos en esta época están llenas de luces y sombras. Es difícil identificar los casos de dominio directo cretense sobre el continente, tanto porque no se sabe si los palacios minoicos ejercían como centros políticos independientes, de carácter monárquico, o si fueron sedes diversas del mismo soberano. Es obvio que la tradición sobre Minos confirma la supremacía de Cnosos, pero esta situación no implica necesariamente la unidad política de la isla en la época del monarca de Cnosos, ya que en ella lo que se refleja es la situación de unidad que conoció Creta en el período en que una dinastía aquea gobernó desde allí a toda la isla, tal como se atestigua en el archivo "micénico" de Cnosos.

El ocaso de la civilización minoica

Mucho más problemático es identificar las visicitudes de Creta en la última fase postpalacial, en la que es evidente su declive y su integración en la esfera micénica. Lo más complejo de aclarar es la forma cómo se realizó ese cambio de escenario. El derrumbamiento súbito de la civilización minoica se puede atribuir tanto a la violenta erupción de la isla de Tera en el 1500 a.C. como a los ataques de los micénicos en el 1450 a.C.

El desastre de Tera, que alteró por completo su morfología, ocasionó una dislocación económica y, como consecuencia, pudo generar un desequilibrio en la sociedad minoica, que propició las condiciones favorables para la invasión de los micénicos. En un momento determinado y dada la pujanza económica y comercial de los micénicos, los príncipes aqueos ocuparán el lugar que hasta entonces era patrimonio de los cretenses, y los navíos micénicos recorrerán las vías marítimas trazadas por los cretenses y abrirán otras nuevas hacia el este y el oeste del Mediterráneo, hasta la lejana península Ibérica.

Así, a partir del 1450 a.C. comenzarán a ejercer su dominio y, aprovechándose de la crisis en la que estaba sumida Creta, ocuparon Cnosos, extendiendo a toda la isla el dominio de una dinastía micénica. El esplendor fue breve y Cnosos se hundió a su vez en torno al 1400, pero las vajillas micénicas aparecen en la isla de forma esporádica y, aunque se constata un empobrecimiento de la civilización en Creta, no hay una ruptura total ni abandono de las llanuras. Por eso, se ha pensado tanto en una violenta reacción interna contra la dinastía de Cnosos, como en una incursión continental que destruyese definitivamente

el palacio. Este escenario, en el que se unen causas internas y externas, marcó en líneas generales el cenit del proceso del paso de la civilización minoica a la micénica.

2. La cultura material

La escritura

La técnica de la escritura cretense merece una referencia especial, tanto por sí misma como por su relación con el estudio de los orígenes y las formas de escritura de las civilizaciones vecinas. Ninguna de las escrituras atestiguadas en la civilización cretense arroja luz sobre el problema de la identidad minoica.

En la Creta protopalacial apareció el primer tipo de escritura, al que ya hemos aludido anteriormente, en forma jeroglífica-ideográfica relacionada con sellos de piedra. Posteriormente, por un proceso de esquematización, signos lineales marcan el paso hacia las escrituras *Lineal A* y *Lineal B*, que se conservan en tablillas de arcilla cocida.

El Lineal A.– El documento de escritura minoica primitiva más famoso es el *disco de Festo*, hallado en un sector del palacio de Festo de la primera fase neopalacial junto con una tablilla en Lineal A. Se trata de un disco de arcilla con signos de tipo pictográfico impresos en sus dos caras con sellos de madera siguiendo una línea espiral. A este disco se le atribuyó una procedencia minorasiática o sirio-palestina, pero actualmente se considera de factura cretense, al haberse confirmado el uso local de algunos de los signos gracias a los hallazgos de un altar de piedra del palacio de Malia y del hacha de bronce de la cueva sagrada de Arkalochori. Es totalmente ilegible, pero la recurrencia de una determinada frase ha hecho suponer que se trata de un himno religioso.

El arte de la grabación de sellos posiblemente se introdujo en el Egeo durante el III milenio desde Siria, aunque A. Evans creía firmemente que el sistema jeroglífico minoico era un invento cretense. Se ha sugerido que la primera propagación de la escritura tuvo lugar en un contexto religioso, en el que la copia de las inscripciones tenía fines religiosos aunque no fuesen comprendidas. En el caso de Creta, los jeroglíficos se obtuvieron de los sellos con el objeto de prestar un servicio importante a la compleja actividad de los palacios. El análisis de las formas que Evans hace en su *Scripta Minoa* demuestra que se centraban en los detalles de la vida cotidiana. Una figura reconocible representaba el objeto correspondiente o un concepto relacionado con el mismo.

Antes del 1700 a.C., en Festo y en Cnosos, a la escritura jeroglífica sucedió una escritura lineal, que evolucionó a partir de ella, al combinarse con un silabario. Con el tiempo los escribas de la isla utilizarán esta escritura *Lineal A*, aunque los ejemplos son muy escasos. Esta escritura está representada por inscripciones, que llevan objetos rituales, y por tablillas pertenecientes a archivos. Los documentos no se pueden leer, a pesar de que el *Lineal B* ha servido para transcribir algunos signos, pues se desconoce la lengua base utilizada.

El Lineal B.– El *Lineal B* es la escritura mejor documentada en Creta, es la última en aparecer y a ella corresponden los documentos escritos en lengua griega. Fragmentos de más de tres mil tablillas de arcilla se han encontrado entre las ruinas del palacio de Cnosos y son de la época de su destrucción. Sin duda pertenecen a los registros y contabilidad del palacio. La opinión más aceptada es que el *Lineal B* surgió de la necesidad de modificar el *Lineal A* al transcribir una lengua griega, el micénico de los dinastas de Cnosos en el período postpalacial.

En 1953, Michael Ventris y John Chadwick descifraron la escritura *Lineal B* y la consideraron la lengua de los micénicos. En 1939 se descubrieron textos en *Lineal B* en el continente griego, en Pilos y, a partir de 1945, se encontraron otras tablillas en Micenas, Tirinte y Tebas. La mayor parte de las tablillas del continente griego pertenecen a la época en que se produjeron las destrucciones de Micenas y Pilos en torno al 1200 a.C. A pesar del tiempo transcurrido, la escritura es prácticamente idéntica, fenómeno que ha dado pie a diversas interpretaciones: la que defiende su paso hacia la Grecia continental con la ayuda de los escribas minoicos, una vez que se ideó el *Lineal B* en Cnosos, o la que defiende la utilización paralela e independiente de los archivos por parte de los micénicos.

Los palacios

Los cuatro palacios cretenses, Cnosos, Festo, Malia y Zakro, fueron construidos de nueva planta sobre los emplazamientos de los antiguos, una vez demolidos sus restos. Aunque son más grandes mantienen su estructura básica fundamental, formada por un gran patio central abierto y rodeado por habitaciones, pasillos y escaleras en un orden aparentemente irregular y caprichoso, que dio pie en la leyenda griega a la idea del laberinto, la morada del Minotauro en la historia de Teseo. Su rasgo estructural característico es la planta aglomerada frente a la de los palacios en Asia occidental, cuyo principio básico era la colocación de unidades dentro de una muralla circundante.

Este diseño constructivo, que aglutina a los palacios, villas y casas más pequeñas, refleja el recuerdo de una forma colectiva de organización social. La distribución del palacio sugiere la pervivencia de una comunidad familiar amplia y de fuerte cohesión interna, que recuerda en cierto modo a las familias divinas de Mesopotamia, pero sin el dominio de los templos. Tampoco los artesanos que trabajaban en los talleres del palacio habían perdido la independencia, como se atestigua en otros núcleos similares.

En el palacio de Cnosos, que pudo servir de modelo a los demás, se observa la existencia de varias plantas y la sustentación a base de pilares y columnas en forma de conos invertidos. Tenían sistemas para introducir el agua de lluvia desde fuera y distribuirla por las dependencias. El conjunto palaciego se organiza en áreas concretas, dedicadas a diversas funciones: espacios religiosos, almacenes de productos alimenticios, talleres, zona doméstica, área teatral y aposentos en general. Destacan las dependencias privadas del rey y la reina, con retretes y baños, bien iluminadas al estar abiertas por medio de una terraza al gran patio central, lugar de celebraciones y representaciones.

La estancia principal, denominada por Evans como la "Sala de las Hachas Dobles" por su simbología en las paredes, pudo ser la habitación del propio rey, que comunica privadamente con la estancia de la reina. En la parte sur del palacio destaca un santuario en el "Templo de las Hachas Dobles". Se trata de una habitación pequeña con un banco al fondo revestido de yeso, donde había figurillas de arcilla representando a una diosa, un dios y sus sirvientes. La diosa, con el acostumbrado gesto minoico de los brazos levantados, lleva una falda larga, joyas y un sello de piedra en cada muñeca.

Las habitaciones dedicadas al culto reproducen de hecho el mundo subterráneo de las cuevas: sobresalen las "Salas con Columnas" y la llamada "Habitación del Trono", sin luz directa del sol, donde posiblemente se realizaran ritos de purificación.

Las paredes estaban cubiertas de un fino revestimiento de alabastro. La decoración de interiores dio pie a sus famosos frescos de motivos inspirados en la naturaleza o en la vida social, con un gran sentido del movimiento. Destacan el mural del "Salto del Toro", que decoraba el corredor de las procesiones, o el llamado "Príncipe de los Lirios". Estas creaciones influirían en las demás artes y oficios, como la aleación de metales o la elaboración de filigranas.

Junto a los palacios han aparecido otros edificios más pequeños, que podían comunicarse con el mismo palacio, como el Pequeño Palacio y la Villa Real, junto al de Cnosos, y el de Hagia Tríada, próximo al de Festo. No se sabe bien el uso que tendrían estas edificaciones, pero su estructura imita a la de los palacios. Algunos investigadores piensan que podrían ser residencias veraniegas de los reyes; en cambio otros las relacionan con las lujosas mansiones rurales al oeste de Cnosos y creen que serían más bien construcciones palaciales relacionadas con el surgimiento de un sector privilegiado de la aristocracia, que compartiría privilegios con los reyes y supervisaría la vida en los poblados.

El último edificio con rasgos palaciegos es una casa de la ciudad de Gurniá, posiblemente residencia del gobernador. Las casas de Gurniá son pequeñas y muy sencillas y dan la impresión de que la ciudad sería más bien un centro comercial que una ciudad palaciega; el pequeño palacio del gobernador podía desempeñar alguna actividad en el comercio artesanal tanto a nivel local como con el exterior.

3. La civilización neopalacial

Organización política y social

La realeza.– Es difícil hacer un análisis sobre la sociedad minoica neopalacial y su organización política, a pesar de que disponemos de más información que para etapas anteriores. Evidentemente hay una continuidad en lo que respecta a la importancia de la realeza en el palacio de Cnosos. El hecho de que la leyenda griega hable de la reputación de Minos como soberano de Cnosos, legislador sabio y justo pero también cruel, ha dado pie a considerar que este rey-sacerdote ejercía una soberanía en toda la isla, en la que podía expresarse algún tipo de dependencia por medio del pago de tributos.

Sin embargo, es difícil asegurar algún tipo de unificación política a partir exclusivamente de la importancia y grandiosidad de este palacio frente a los demás. Habrá que esperar al período postpalacial para constatar esa unidad, relacionada por el hecho físico de la no reconstrucción de los demás palacios destruidos. Precisamente el carácter autocrático de Minos, según la leyenda, se refiere seguramente al último rey micénico de Cnosos, cuya cruel dominación sobre la isla fue la forma por la que obtuvo riquezas suficientes para extender su poder más allá de ella. Como algunos autores han expuesto, su talasocracia posiblemente es la que quedó reflejada en el undécimo libro de la Odisea.

Los primeros textos que mencionan la talasocracia, reflejada en la leyenda del Minotauro, datan del siglo V. a.C. Tucídides dice que Minos fue el primero en poseer una flota y en conquistar el dominio del mar, y expulsó de las Cícladas a los isleños, dedicados a la piratería. La descripción de la leyenda de Teseo sigue siendo problemática y, aunque la versión tucididea sospechosamente se parece a la ateniense del siglo V, es evidente que el recuerdo de los cretenses surcando el mar en tiempos muy antiguos se hallaba lo suficientemente arraigado en la tradición griega como para tenerlo en cuenta.

Por otra parte la idea que N. Platón atribuye a la Atlántida de un poder colegiado ejercido por un grupo de reyes, puede estar inspirada en el recuerdo de una Creta prehistórica integrada por unidades soberanas en buenas relaciones, aunque también pertenece al campo de la pura especulación. Asimismo, la leyenda sobre la forma en que Minos accede al poder real en lucha contra sus hermanos Radamantis y Sarpedón tampoco aporta datos significativos sobre la realeza, pero este investigador asegura que la reputación de Minos está relacionada con la reunión que Zeus celebraba cada nueve años, con lo que puede expresar que el soberano de Cnosos debiera su cargo a una sanción divina y a un mandato que se renovaba periódicamente.

El papel de la reina es desconocido. En los palacios aparecen unas áreas residenciales destinadas a las reinas y diferenciadas de las de los reyes. Esto no quiere decir que compartiera el poder real con su esposo, pero por datos indirectos se constata la importancia de la reina como figura pública, sobre todo, en el ámbito religioso.

La evidencia arqueológica no aporta ningún dato sobre la existencia de un consejo de ancianos o similar en torno a la figura del rey. Es también muy polémica la identificación de un lugar de reunión, ágora, independiente del palacio de Malia, según datos recientes. A su vez hay una fuerte tentación de proponer un modelo parecido al de los palacios orientales, aunque queda rechazada al no observarse en Creta la efigie regia, tan omnipresente allí.

Aristocracia.– Por otro lado, construcciones y tumbas inducen a pensar en la existencia de una aristocracia no guerrera, que compartiría privilegios reales en detrimento de la sacralidad del rey. Así se deduce de la representación de varones con largas melenas rizadas y brazaletes.

El pueblo.– Los campesinos y los artesanos trabajaban ligados a fincas o a explotaciones bajo la dirección de los palacios o al margen de ellos, pero se desconoce el grado de dependencia que se daría entre estos grupos sociales y la aristocracia y el rey.

Lo evidente es que, sea cual fuere el sistema social que adoptaron, no ahogó la creatividad de los cretenses, aunque no estemos en condiciones de determinar el lugar que ocupaban los individuos en la producción.

Organización económica

Agricultura y ganadería.– La isla de Creta estaba densamente poblada y poseía tierras lo suficientemente productivas como para alimentar a toda la población y exportar al exterior un excedente de vino y aceite. Todo ello era consecuencia del incremento de la producción agrícola relacionada con la utilización de un mejor utillaje y semillas variadas: de algarrobo, guisante y lenteja, encontradas en los jarros. Sin embargo, desconocemos las técnicas de cultivos y la organización del trabajo agrícola. Se cultivaban cereales, legumbres y árboles frutales, el olivo y la higuera.

Se criaban ovejas, cabras, cerdos, bueyes y caballos; éstos últimos utilizados como animales de tiro. Los cretenses completaban sus recursos con la pesca, que consumían en forma de salazones o crudos. Posiblemente practicasen la "thonara", la pesca colectiva del atún que todavía se lleva a cabo en algunas zonas del Mediterráneo. Muchos motivos marinos decoraban sus vasijas.

Artesanía.– La actividad artesanal estaba bastante desarrollada, diversificada y de una gran variedad en la decoración. Las vasijas de cerámica se hacían a torno desde la época de los primeros palacios. Sus formas y capacidad eran muy variadas: podían servir para almacenar productos alimenticios, como armarios o como recipientes para el transporte. También trabajaban la piedra y ha sido Creta la que ha dado las más hermosas vasijas pétreas del mundo egeo. Sobresalen también los trabajos minuciosos y, en particular, la glíptica (sellos de piedra o arcilla), con verdaderas obras maestras, y la orfebrería.

En esta diversidad artesanal se constata el trabajo de canteros, carpinteros, escultores, vidrieros, herreros, curtidores, tejedores, pintores y toda una pléyade de especialistas que atendían las necesidades de los palacios. Sus actividades eran supervisadas por los escribas, que apuntaban todo lo referente a los materiales que utilizaban y los artículos que se fabricaban. Pero no sólamente hay talleres artesanales en los palacios, sino también en otros núcleos de población al margen del sistema palaciego, aunque desconocemos los modos de integración en la organización social que tenían estos artesanos.

Comercio.– Las relaciones comerciales de Creta en este período eran de gran intensidad con la Grecia peninsular, las islas del Egeo, la costa de Asia Menor, con Egipto y Siria, e incluso con las islas Lípari y Sicilia. Hubo embajadas directas con Egipto y este impor-

tante desarrollo comercial es lo que ha contribuido a hablar de la talasocracia minoica. Además ciertas materias primas procedían del exterior, como el cobre, estaño, plata, oro, marfil, piedras preciosas y también papiro. De Creta en cambio se exportaba aceite, vino, madera y productos manufacturados.

Es importante que se hayan detectado grupos permanentes de comerciantes cretenses en algunos lugares: Rodas, Encomi y Ugarit. Parece ser que en Rodas se atestigua una colonia minoica. Dos ciudades, Filácope (en Melos) y Tera, bajo las cenizas del volcán Santorín, atestiguan si no establecimientos permanentes, sí influencias de comerciantes cretenses que durante algún tiempo residieron allí. Y en el continente mismo algunos objetos hallados en tumbas pudieron ser realizados por artistas minoicos.

Había, pues, una fluida circulación de bienes y personas. Evidentemente este hecho no presupone necesariamente una práctica colonizadora, pero sí requiere una autoridad que ofrezca protección a sus usuarios. Posiblemente los palacios, sobre todo el de Cnosos, ejercerían tal tutela.

Es posible que en el comercio interior los palacios desempeñaran el papel de distribuidores de los productos de primera necesidad, aunque en ciudades costeras la población adquiría lo necesario por compra, de acuerdo con algún sistema de valoración. El pago se haría en especie, pero es posible que se utilizara algunos productos de forma estandarizada como fracciones de lingotes de oro.

La religión

Las crencias religiosas de los cretenses son de difícil interpretación, dada la total ausencia de fuentes escritas. De los estudios que se han realizado comparándolas con la religión olímpica se infiere una serie de rasgos. Había una intensa comunicación entre lo humano y lo divino. En este sentido, su énfasis en las fuerzas naturales y en los cultos de la fertilidad refleja la riqueza de sus llanuras y la grandeza de sus montañas. Estos lugares sagrados no eran concebidos como la morada de los dioses sino como sitios en los que se manifestaba la epifanía de la divinidad, propiciada por medio de danzas ritualísticas. Hay que señalar el carácter muy especial de las grutas, en las que se han encontrado muchas ofrendas, y de las criptas con pilares marcados con el signo del hacha doble.

Los aspectos místicos de la religión cretense se relacionaban con la noción de una diosa madre y de un dios doliente en conexión con el toro, celebrado posteriormente como Zeus *Kretagenes*, que recordaba al Dioniso griego. La concepción del Zeus cretense, que muere y vuelve a nacer, está tipificada por los cultos a la diosa madre en diferentes formas. Aunque la distribución funcional de lo femenino y lo masculino en las divinidades minoicas no sea bien conocida, es evidente que el elemento femenino era prioritario y relevante, aunque también el masculino se manifestó en esta época.

Desconocemos si su papel se reducía al de amante de una diosa dentro del mito de la recreación de la vida o tuvo una personalidad independiente; pero su desarrollo está relacionado con la influencia micénica del continente a finales de la Edad del Bronce. La diosa minoica no tenía un nombre específico y en ella recaían todas las advocaciones: señora de los animales, diosa de las serpientes, de las palomas, etc.; aunque no se sabe con la información que poseemos si se trata de hipóstasis de una misma divinidad o de divinidades distintas e independientes. Desde luego, en las diosas de época posterior hay un recuerdo de su función, aunque en diferentes aspecios. Por ello, se destaca la importancia de la religión cretense para el estudio y la comprensión de la religión griega en su conjunto.

CRONOLOGÍA

1700-1450	Minoico Medio II y Minoico Reciente I-II
1500	Erupción en la isla de Tera
1450	Ataque de los micénicos y hundimiento del palacio de Cnosos

BIBLIOGRAFÍA

General
BERMEJO, J., "El mundo del Egeo en el segundo milenio", *Historia del Mundo Antiguo, 14*, Akal, Madrid, 1989; BOARDMAN, J., *Pre-Classical. From Crete to Archaic Greece*, Harmondsworth, 1978; COTTERELL, A., *Los orígenes de la civilización europea*, Barcelona, 1986; EFFENTERRE, H. VAN, *Les égéens. Aux origenes de la Grèce, Chypre, Cyclades, Crète et Mycènes*, París, 1986.

La escritura
BEST, J. -WOUDHUIZEN, F., *Ancient Scripts from Crete and Cyprus*, Leiden, 1988; BRICE, W. C., *Inscriptions in the Minoan Linear Script of Class A*, Oxford, 1961; PALMER, L. R., *Mycenaeans and Minoans. Aegean Prehistory in the Light of the Linear B Tablets*, Londres, 1965.

Los palacios
BROWN, A., *Arthur Evans and the palace of Minos*, Oxford, 1986; GESSELL, G. C., *Town, Palace and House Cult in Minoan Crete*, Göteborg, 1985; POPHAM, M. -GILL, M. (eds.), *The Latest Sealings from the Palace and Houses of Knossos*, Londres, 1996.

Organización social, política y económica
FAURE, P., *La vida cotidiana en la Creta Minoica*, Barcelona, 1984; HÄGG, R. -MARINATOS, N. (eds.), *The Minoan Thalassocracy. Myth and Reality*, Estocolmo, 1984; HUTCHISON, R. W., *La Creta prehistórica*, México, 1978; PLATON, N., *La civilisation égénne. 1. Du Néolithique au bronze recent. 2. Le Bronze récent et la civilisation mycénienne*, París, 1981.

La religión
WILLETS, R. F., *Cretan Cults and Festivals*, Londres, 1962.

III LA CIVILIZACIÓN MICÉNICA

Se denomina con el término "micénica" una cultura característica de la Grecia continental que tuvo lugar a final de la Edad del Bronce, durante el período denominado por los prehistoriadores *Heládico Reciente* (1600 -1100 a.C.). Aunque en esta cultura no hay una preponderancia de Micenas, la importancia y la antigüedad de sus excavaciones han propiciado esta denominación un tanto convencional. Durante los tres siglos anteriores al 1600, los habitantes de Grecia continental vivían en comunidades pequeñas y amontonadas, sin fortificaciones, y en una situación de gran precariedad económica.

Lo que sucedió en el continente griego a partir de este período sigue siendo motivo de especulaciones y controversias entre los arqueólogos e investigadores, pero lo cierto es que Grecia central y meridional dieron un giro totalmente nuevo a su desarrollo. La cultura micénica hunde sus raíces en los elementos propios de la heládica y en una serie de rasgos propios de la minoica cretense: así es como los griegos continentales elaboraron esta cultura diferente.

A finales del siglo XVI a.C. se abre un período de esplendor en el que a los aspectos de continuidad evidentes se yuxtaponen innovaciones importantes y, sobre todo, una intensa influencia cretense, producto de las relaciones comerciales entre minoicos y micénicos en el marco de la expansión minoica de ultramar. Se constata un cambio en los enterramientos regios, sustituyéndose las tumbas de fosa rematadas con estelas por los *tholoi* del período de esplendor.

1. Los restos materiales

Las fortalezas micénicas

El apelativo de micénico no implica la existencia de una autoridad política centralizada en toda esta zona. Micenas fue uno de los principales palacios-baluartes que existieron en la Grecia central y meridional, pero no hay pruebas documentales de que constituyera el centro de un imperio micénico unificado. Es más probable que esta cultura homogénea del mundo micénico fuese la expresión de una federación de estados independientes. En el continente se han localizado unos cuatrocientos yacimientos y en ellos se constata la existencia de pueblos y aldeas que antecedieron a los palacios.

Entre el 1400 al 1200 a.C., la civilización micénica llega a su grado máximo de esplendor y se extiende prácticamente por toda Grecia continental y por el norte hasta Tesalia y

los límites del Epiro. Los palacios fortificados son las construcciones que destacan en el paisaje micénico. Estos palacios-baluarte, distintos de los cretenses pero con una función económica similar, están situados en la acrópolis y se encierran tras fortificaciones ciclópeas, que servían de refugio a las poblaciones y permitían la organización de una ciudad dentro de sus murallas.

Micenas.- En la Argólide los dos núcleos micénicos más importantes son Micenas y Tirinto. Estas dos ciudadelas registran diferentes fases constructivas por las que van ampliando el perímetro de las ciudadelas y las fortificaciones. En Micenas han aparecido dos círculos de tumbas de pozo: el más antiguo, conocido como B, fue construido en el 1600; el otro (el círculo A) es de un siglo posterior. Ambos formarían parte de un extenso cementerio, situado fuera del recinto urbano, perteneciente a la elite militar micénica de la primera época.

Posteriormente, después del 1300 a.C., al ampliarse las murallas con la construcción de la famosa "Puerta de los Leones", que permite el acceso a la fortaleza, quedó intramuros el círculo A. Dentro de las murallas se hallaba el palacio con el *megaron*, lugar de culto centralizado, precedente del templo griego y al que se accedía a través de un patio por una escalera ceremonial y una puerta con pórticos, los propíleos. Son interesantes también las monumentales tumbas circulares o *tholoi*, con sus cámaras abovedadas y revestidas de piedra, reservadas al rey y a su familia. La más representativa es la conocida como el "Tesoro de Atreo", coetánea de la "Puerta de los Leones" Estas tumbas de cámara sustituyeron a las sencillas tumbas de cista del Heládico Medio y a algunas de tipo *tholoi* más pequeñas. Micenas a partir de 1250 a.C. sufrió varias destrucciones que pusieron fin a esta época de esplendor, aunque continuó habitada con un nivel cultural muy inferior.

Tirinto.- La fortificación de Tirinto es equiparable a la de Micenas, aunque con una cobertura defensiva superior. Destaca también una inmensa puerta ceremonial y un bastión protector que permitían el acceso al palacio. Después de la destrucción del palacio, los supervivientes se asentaron en las casas situadas fuera de las murallas.

Pilos.- En Mesenia, los asentamientos de la primera fase son poco importantes y están asociados a una serie de *tholoi* con ricos objetos funerarios. En época posterior, en torno al 1300 a.C., se construyó el palacio de Pilos, de grandes dimensiones y similar en estructura a los de Micenas y Tirinto, pero sin fortificación. El palacio controlaba amplias zonas de Mesenia, según se deduce de las tablillas en *Lineal B* halladas allí. Fue pasto de las llamas poco después del 1200 a.C. y no llegó a ser reconstruido.

Beocia.- En Beocia se conocen tres núcleos importantes, Tebas, con un gran palacio amurallado, decorado con frescos y dotado de talleres, almacenes y archivos; Orcómeno, que contiene un gran palacio y un gran *tholos*, y Gla, con su fortaleza amurallada.

El Ática.- En el Ática, se han hallado tumbas micénicas. Destacan los *tholoi* de Maratón, Menidi y Thorikos, y sin duda hubo una ciudadela micénica en la acrópolis de Atenas.

Tesalia.- En Tesalia estaba Iolkos (Volos), en la costa, y cerca de Esparta hay vestigios de un antiguo edificio palaciego cerca de Menelaion, dedicado a Menelao y Helena. Los reinos aqueos que se describen en la Ilíada comienzan a tomar forma, sobre todo el de Agamenón en Micenas. Esta época de los palacios constituyó para los propios griegos antiguos el primer período de la historia griega, aunque ellos mismos se planteasen dudas sobre su carácter histórico o mítico, diferenciando con ello el tiempo de los hombres y el de los héroes.

Las Cícladas.- El ocaso de la potencia minoica permitió que los micénicos ocuparan su lugar en ultramar e incluso ampliaran sus zonas de influencia. Las Cícladas cayeron bajo influencia micénica, aunque hay pocos datos al respecto. Troya VII fue la que sufrió el asedio aqueo reflejado en los poemas homéricos. Se constata además la expansión de la cultura micénica en las islas de Rodas y Melos, donde existieron establecimientos micénicos, y en Chipre, donde pudo haber existido incluso un asentamiento permanente o una factoría comercial.

Creta.- En Creta la caída de Cnosos coincide con el predominio de lo micénico en la isla, en torno al 1450 a.C. Incluso en los poemas homéricos se alude a la existencia de un rey en Cnosos en la Creta micénica. Por otra parte, las excavaciones han revelado restos micénicos en Egipto, las costas del Mediterráneo oriental y lugares diversos de Asia Menor. Asimismo tenían contactos estables con Sicilia y el sur de Italia, llegando incluso hasta el occidente de la península Ibérica en busca del ansiado estaño.

Ahhiyawa.- Es evidente que los micénicos en su afán expansivo entraron en contacto directo con las grandes potencias del mediterráneo oriental del momento: Egipto y Ugarit, en la costa siria. Los contactos con el imperio hitita son más problemáticos y se basan en una polémica mención en documentos hititas de un país de *Ahhiyawa*, "país de los aqueos", y *Akawas*, nombre que aparece igualmente entre los "Pueblos del Mar"; pero también es el nombre con el que son designados los micénicos en los poemas homéricos y de difícil constatación.

El ocaso de la cultura micénica

Hacia el 1250 a.C. se detectan signos de graves problemas en algunos centros importantes de la Grecia micénica, que fueron destruidos por el fuego. Posteriormente diversos desastres terminaron por destruir algunos asentamientos, poniendo fin a la cultura micéni-

ca unificada. Tan sólo en algunos lugares no afectados por estos desastres se mantuvo la misma forma de vida y de organización social, aunque su centro ya no estaba en los palacios-baluarte y sus relaciones con el exterior serán poco importantes.

Hacia el 1100 a.C. esta impresionante cultura micénica llega a su final y en los lugares donde se mantuvo se convirtió en "submicénica". A partir de aquí será el Ática la región que destaque como la más innovadora de Grecia, con un reino asentado en la acrópolis, que resistirá los ataques que tuvieron lugar en esta época, sustituyendo así a la Argólida.

2. El mundo micénico

Fuentes documentales: las tablillas

Al margen de la polémica sobre la validez histórica de los poemas homéricos y de los múltiples hallazgos arqueológicos realizados en los palacios micénicos a partir de los descubrimientos de H. Schliemann con el apoyo de los textos homéricos, se constata cada vez más la importancia de las tablillas micénicas como fuente fundamental para poder explicar, en conexión con otras, el tipo de sociedad jerarquizada en la que vivieron los micénicos, con una realeza y un aparato estatal, capaz de mantener sometida a la población en un tipo de dependencia colectiva. Este proceso resulta cada vez más claro, a medida que se avanza en las excavaciones arqueológicas fuera de los palacios en torno a la distribución de los territorios exteriores.

Las primeras tablillas micénicas aparecieron en Cnosos en escritura *Lineal B*, coincidentes con las que posteriormente se descubrieron en los yacimientos del continente, sobre todo en Pilos. Esta escritura silábica, descifrada por Ventris y Chadwick, contiene textos en una forma de lengua griega que los especialistas consideran la más antigua. Son inscripciones en barro que se han conservado casualmente al cocerse las piezas por los incendios de los palacios.

De todo ello se puede sintetizar que la investigación va avanzando con los soportes de la arqueología, la epigrafía micénica y un análisis flexible de la tradición épica contenida en los poemas homéricos, hasta el punto de poder reconstruir una imagen del mundo micénico desde su historicidad.

Organización político-administrativa

Las fortalezas.– El paisaje arqueológico del mundo micénico está dominado por palacios, templos y tumbas regias, fuertemente amurallados, que proyectan una imagen de control centralizado sobre el territorio. En este sentido, los centros micénicos son unidades políticas con un rey como instancia máxima de poder centralizado en un escenario eminentemente aristocrático.

La propia estructura de las construcciones de estos palacios-baluarte es un símbolo de ese poder coercitivo que se ejerce a todos los niveles. Esta centralización exigía una fuer-

te administración, desarrollada gracias a los documentos escritos, en los que se apuntaba de forma escueta todo tipo de referencia necesaria para la organización del palacio respecto a lo que tenía que entregar la población sometida al poder político y religioso.

El wanax.– En las tablillas el título de rey se identifica con *wanax*, término usado en los poemas homéricos para referirse al rey de hombres Agamenón o al dios Zeus, rey de dioses y de hombres. En cambio el vocablo *basileus*, que en griego clásico significa rey, en Homero aparece con un significado que se corresponde con un tipo de príncipe reflejado en la realidad arqueológica funeraria descrita, cuya autoridad militar sería de ámbito local y de un rango no muy elevado en relación con el palacio, de cuya autoridad dependía. En las tablillas se denomina *pa-si-re-wa*, que se correspondería con *basilewa*, acusativo de *basileus*.

Lawagetas.– El título de *lawagetas* significa conductor del *laos* o "pueblo en armas", con lo que se refiere a un jefe militar, a quien en casos extremos el rey encomendaba dicha jefatura en la historia real o mítica. Sería el caso de Héctor en la Troya homérica, en quien delegaría el anciano Príamo.

Consejo.– En las tablillas también aparece el vocablo *ke-ru-si-ya*, *gerousia*, referido al consejo de ancianos. Los distritos administrativos estarían bajo la supervisión de unos funcionarios, *ko-re-te*, encargados de recoger los tributos y ejecutar las órdenes reales.

La sociedad

La sociedad que se rastrea en las tablillas puede identificarse con la que se define como sociedad oriental o asiática. En este tipo de sociedad la masa de la población, denominada *da-mo*, equivalente al *demos* clásico, y que alude también tanto al territorio, la aldea, como a la población que lo habita, trabaja la tierra y está en relación de dependencia con una aristocracia poderosa, vinculada a su vez al rey por lazos de clientela y de parentesco, por medio de la que se centralizaba todo el poder en torno al rey.

En la guerra es donde mejor se expresa este entramado de relaciones sociales. El rey centraliza las fuerzas de la masa del *laos* o *damo*, convertido en ejército, en el que valerosos guerreros, los *heketai*, pueden actuar a título individual, dirigiendo una parte correspondiente del *laos* en las campañas y combates, consiguiendo así la victoria pero también su poder sobre el pueblo.

Además de esta aristocracia centrada en palacio, las tablillas aluden a los *te-re-ta*, *telestai*, que podrían configurar un grupo social formado por terratenientes locales, de donde el *wanax* reclutaría a los funcionarios. Las tablillas también enumeran a multitud de personajes secundarios y a esclavos con indicación de su origen geográfico.

Economía

Las tablillas micénicas, sobre todo las del archivo de Pilos, permiten deducir la existencia de un complejo sistema económico, con una gran especialización y un nivel elevado de control y supervisión centralizada en el palacio. En líneas generales, se trata de una economía de tipo tributario, con la producción en manos de ese *damo*, ya citado.

La tierra.– Se constatan varios tipos de propiedad de la tierra. La *ke-ke-me-na ko-to-na* se identifica con la tierra de la comunidad del *damo*, tierra común. La *ki-ti-me-na ko-to-na* es de propiedad privada o adjudicada a los *telestai*, pero bajo control directo de los sectores poderosos. Un tercer tipo es el *o-na-to*, tierras dadas en arrendamientos. El *wanax* tenía derecho a poseer unas tierras especiales, *te-me-no*, identificada en los poemas homéricos con el *temenos* que poseían los reyes y que, después, en época clásica y helenística, serán las propiedades sagradas de un templo.

Artesanía.– El mismo sistema coercitivo fuertemente dirigido desde el palacio ha posibilitado el desarrollo de las actividades artesanales y metalúrgicas con un alto nivel de especialización en el trabajo. En las tablillas de Pilos, se menciona gran número de oficios artesanales: broncistas, bataneros, curtidores, albañiles, alfareros, panaderos, joyeros, que fabricaban objetos de gran calidad técnica y valor, destinados muchos de ellos al intercambio de productos de lujo en el comercio exterior. Posiblemente el palacio tuviera el monopolio del bronce como producto de mayor importancia, destinado fundamentalmente a la elaboración del armamento militar. El sistema se organiza en función del excedente exportable. El palacio aporta la materia prima y recoge la producción en forma de contribución obligatoria.

Comercio.– Las relaciones comerciales se establecían también desde el palacio a través de los funcionarios. Las mercancías se intercambiaban en el extranjero por materias primas y artículos de lujo. También se exportaba vino, aceite y quizá madera. En cambio se importaba trigo, cobre, procedente de Chipre, y estaño. La necesidad de metales explica que los navegantes micénicos recorrieran ampliamente el Mediterráneo y llegaran incluso a las costas mediterráneas y atlánticas de la península Ibérica y África, donde han aparecido restos de cerámica micénica.

Religión

En las tablillas de Pilos se leen nombres de dioses que forman parte del Panteón griego clásico: Zeus, Hera, Poseidón, Hermes, Ares.., de forma que los conocimientos que tenemos sobre la fase griega histórica sirve de ayuda para interpretar los datos micénicos. Está muy extendido el culto a la diosa-madre, divinidad relacionada con la tierra y los ciclos de la reproducción, e incluso algún sitio de culto se ha conservado arqueológicamente, como en Eleusis.

En las tablillas se menciona a la *Po-ti-ni-ja*, identificada con *Potnia*, "Señora", pudiendo ser el nombre de una diosa concreta o el epíteto atribuido a las grandes diosas, que se especifica con toda su apoteosis en Hera, esposa del padre Zeus, que posteriormente acumulará el poder desde el período de formación de la realeza patriarcal. Todas las divinidades son nombradas en relación con la contabilidad de las ofrendas realizadas. El culto a los muertos se presenta como muy relevante a tenor de la variedad de sepulturas encontradas, que reflejan además la jerarquía social.

La mitología micénica también aporta datos sobre el culto a los héroes civilizadores, como Teseo y Heracles, a través de los cuales la realeza masculina va asumiendo la iniciativa frente a las tradiciones matriarcales. De igual forma, en la tradición épica, Agamenón es asesinado por su esposa y vengado por su hijo, que a su vez será perseguido por las airadas diosas femeninas, que reclaman venganza.

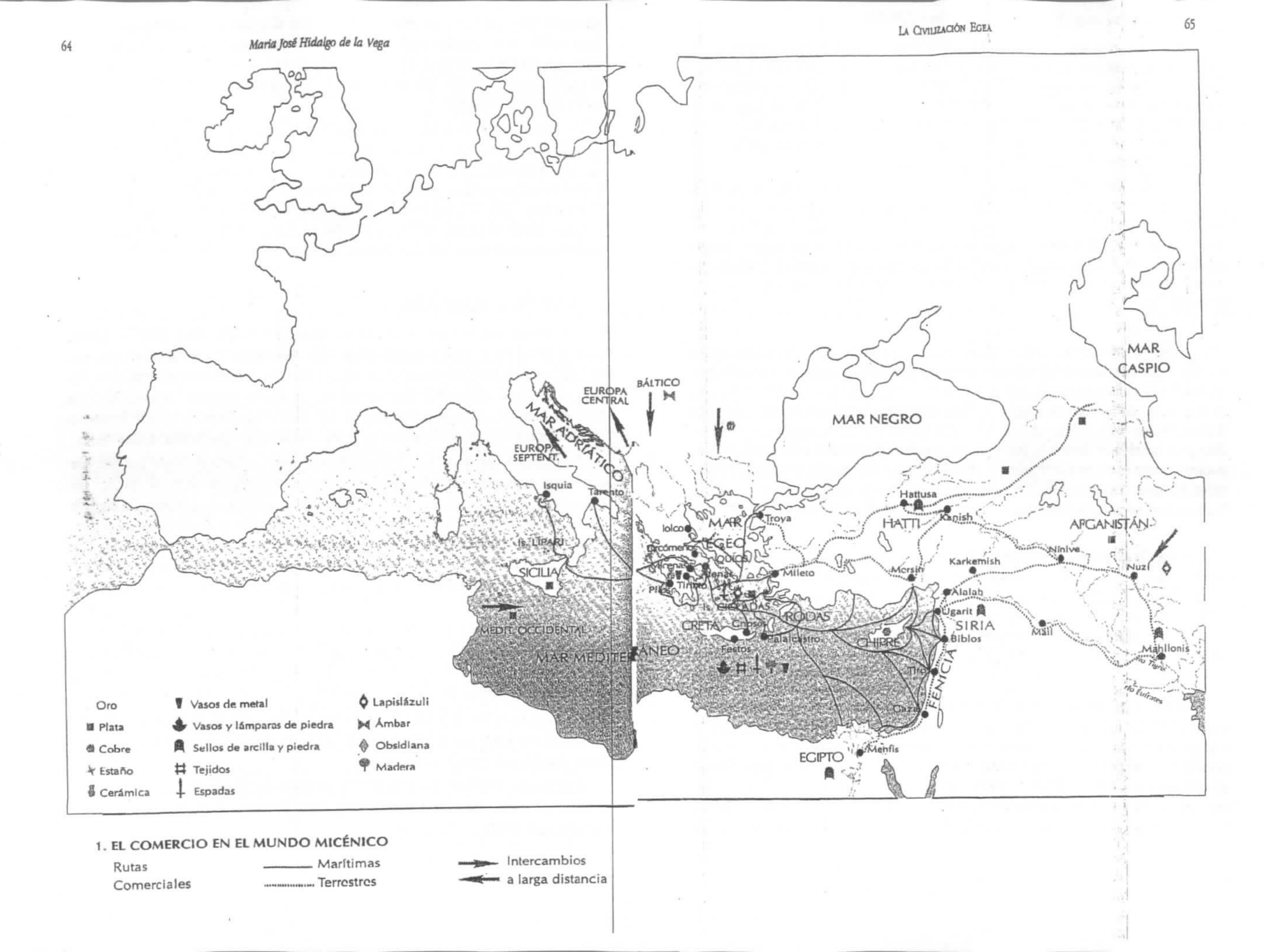
Todo ello está presentado en un contexto homérico en el que los héroes que regresan de la guerra de Troya tienen que hacer frente a una serie de conflictos en sus ciudades y en sus palacios a una conjura de las reinas, que puede representar una oposición a la realeza patriarcal. Todas estas tradiciones se conservarán incluso después de la desaparición de los palacios micénicos.

3. El fin de la civilización micénica

Los "Pueblos del Mar"

A finales del II milenio la cuenca oriental del Mediterráneo estuvo sometida a grandes migraciones de pueblos, que afectaron también a la península Balcánica y al Asia Menor, sobre todo. Durante esta época de migraciones tuvo lugar la desaparición de los estados micénicos. Sus consecuencias afectaron también a otros estados de Oriente. Causaron la desintegración del reino hitita y contribuyeron a que el poder egipcio (dinastía XX) se debilitara en Fenicia y Palestina. Como resultado de estos movimientos de población en la cuenca oriental del Mediterráneo, probablemente algunos pueblos de aquella zona emigraron hacia el oeste. Estos pueblos de carácter no bien determinado son identificados en las fuentes egipcias de la época como los "Pueblos del Mar".

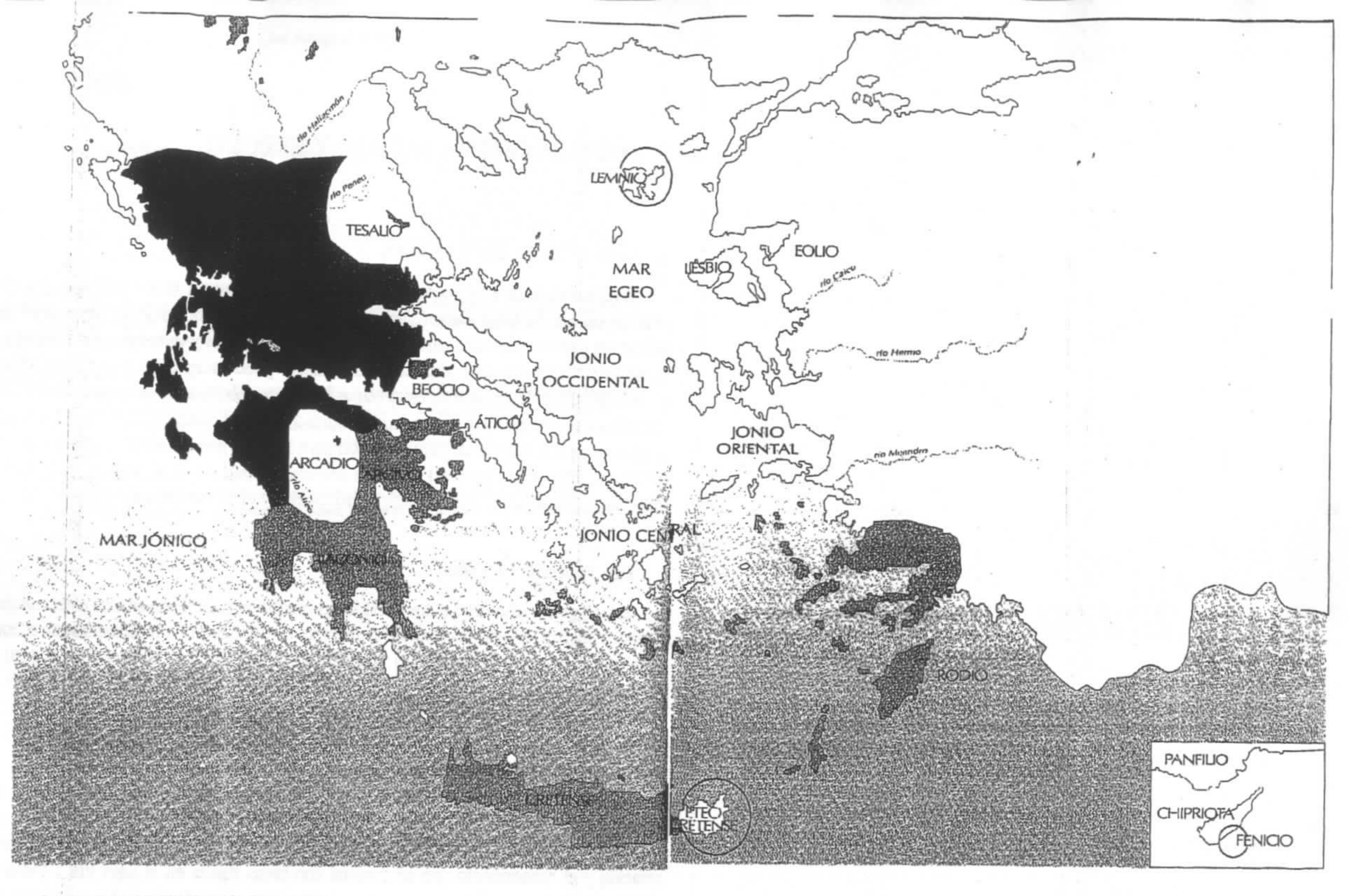
En la Grecia continental, esta convulsión, expresión de una profunda crisis, se materializó con la destrucción de los palacios micénicos, aunque a lo largo de un proceso no uniforme ni coincidente en el tiempo. Se han vertido varias teorías para explicar esta compleja y confusa situación, en la que los elementos internos y externos quedan entremezclados en un proceso de cambio, a partir del cual se producen transformaciones y conflictos más o menos violentos que obligan a movimientos generalizados de poblaciones.



1. EL COMERCIO EN EL MUNDO MICÉNICO

Rutas Comerciales — Marítimas; Terrestres

Intercambios a larga distancia



2. LOS DIALECTOS GRIEGOS (c. s. VIII a. C.)

SIGNOS CONVENCIONALES:
- Jonio
- Arcadio-chipriota
- Eolio

GRIEGO OCCIDENTAL:
- Dorio
- Griego del noroeste
- O Lenguas no griegas

JONIO CENTRAL: Dialecto

La formación de la lengua griega

Los dialectos griegos.– Los estudios dialectológicos de la lengua griega que se han realizado coinciden en lo más sustantivo con el panorama general que aportan las tradiciones legendarias aludidas. El griego, como lengua, presenta una serie de rasgos comunes que le confieren un sentido unitario importante; lengua unitaria, pero diversificada en varios dialectos, distribuidos por zonas geográficas concretas y relacionados con los movimientos de población de la Época Oscura, a los que autentifican, y que llevaron a la ocupación de Asia Menor y a la formación de los dialectos orientales.

A través del Egeo, se extienden tres zonas de dialectos. En el norte, el eólico se hablaba en la Tesalia, Beocia, Lesbos y en la costa noroeste de Asia. En el centro, el jónico se extendió en el Ática, Eubea, parte de las islas Cícladas, Quíos, Samos y la parte central de la costa occidental de Asia Menor. En el sur, el dórico se hablaba en Etolia, Acarnania, Fócide, Lócride, el Peloponeso excepto la Arcadia, las Cícladas meridionales, Creta, Rodas y en la costa del sudeste de Asia Menor. Por último, el arcadio-chipriota era el dialecto utilizado en la Arcadia y Chipre.

Aunque el desarrollo de los dialectos fue diferente en cada caso, las diferencias entre ellos no imposibilitaron la compresión mutua. Actualmente, superados los primeros estudios realizados por los lingüistas sobre la historia de la lengua griega, se acepta de forma unánime que el proceso de diferenciación dialectal se produjo durante la Edad Oscura en estrecha relación con los movimientos de población por el territorio heládico, a pesar de la dificultad de su reconstrucción.

El problema del dorio.– Sin embargo, las características propias del dialecto dorio han inducido a que ciertos investigadores lo consideraran de forma específica y relacionado con una nueva migración, que sería la causante de la destrucción del mundo micénico.

Avances lingüísticos permitieron en su momento hacer matizaciones al respecto y aportaron la idea de que el dorio era el dialecto que hablaban las clases bajas de gran parte del Peloponeso micénico (J. Chadwick, J. T. Hooker, A. Coterell). La destrucción de esa civilización, debida a una revuelta social, según estos autores, hizo que los hablantes del dórico se convirtieran en el elemento fundamental de la población.

Sin embargo, recientemente, se admite de nuevo el carácter migratorio de su aparición, pero situada en la Edad Oscura y, por tanto, más como consecuencia que como causa de la catástrofe. No se trata de una invasión exógena procedente del norte con fines relacionados con una renovación racial, sino que las características propias del dorio se sitúan desde época anterior en amplias zonas del norte y oeste de Grecia, en donde se consolidó sin sufrir la influencia de los aspectos renovadores que coadyuvaron a la formación de los dialectos orientales.

Dialectos y etnias.– Si bien es verdad que a cada grupo dialectal corresponden tradiciones culturales perceptibles en época primitiva, esta realidad no anula la unidad esencial de los griegos antiguos, a pesar de que se exageraron las diferencias entre dorios y jonios en el siglo V a.C. como consecuencia del enfrentamiento entre Esparta y Atenas después de la Guerras Médicas. Los dorios, divididos en tres tribus, y los jonios en cuatro, poseían festividades propias y formas económicas y sociales diversas pero integradas en una totalidad de la que ambas etnias participaban.

2. La evidencia arqueológica

La investigación arqueológica plantea prioritariamente una serie de dudas en torno a la propia delimitación cronológica de este período y, sobre todo, a las causas de la caída del mundo micénico y del papel que los dorios pudieron desempeñar en el mismo con su supuesta invasión. Sin embargo, como señala Snodgrass, es necesario fragmentar este largo período en dos divisiones, horizontal y longitudinal, con el apoyo de la clasificación de los estilos ceramísticos.

El Submicénico

Es evidente que la crisis del 1200 a.C. no supuso la destrucción de los palacios micénicos sino el comienzo tembloroso de un proceso de cambio, en el que, aunque se constate un empobrecimiento de la cultura material, hay pervivencias de elementos característicos micénicos en su fase última del Micénico Tardío III C.

A lo largo del siglo XII a.C., e incluso en parte del XI a.C., continuaron ocupados asentamientos micénicos y pervivieron en ellos las prácticas funerarias de enterramientos familiares en tumbas de cámara y ornamentación micénica. Incluso se detecta un aumento de población micénica en algunas regiones como Acaya, Ática oriental, las Cícladas y el Dodecaneso, compuesta posiblemente por refugiados, que se desplazaron a estos lugares procedentes de otros asentamientos afectados por las convulsiones y reocuparon los antiguos asentamientos.

Mesenia y Laconia, por el contrario, florecientes centros micénicos en el siglo XIII a.C., sufrieron enormemente los elementos de la crisis y quedaron prácticamente despoblados en torno al 1200 a.C.. Por ejemplo, en Mesenia, de 150 asentamientos constatados en el siglo anterior sólamente pervivieron quince, y en Laconia se pierde toda evidencia arqueológica hasta el siglo X. Incluso en el Ática, a pesar de la afluencia de refugiados, el número de asentamientos quedó reducido a la mitad. Esta reducción de la población junto a una disminución de las tumbas de las clases dominantes se prolonga durante el período submicénico (siglos XII y XI a.C.), según la terminología cerámica.

El Geométrico

A partir del siglo X a.C. comienza a detectarse los primeros síntomas de recuperación, aunque de forma desigual y a ritmo distinto según las zonas. Las convulsiones continúan

existiendo y movimientos de pueblos unidos a conflictos internos están en la base de la sociedad nueva que se va fraguando. Se produjeron algunos cambios importantes que afectaron a la vida cotidiana: la utilización del hierro como metal útil y democrático, la incineración en cista de piedra como forma de enterramiento y la difusión de formas cerámicas. Estos fenómenos culturales no están relacionados con una supuesta invasión doria, de la que habla la tradición literaria relacionada con el regreso de los Heráclidas.

Esta nueva fase cultural denominada *geométrica* (desde el 900 al 725 a.C.), según terminología de los estilos cerámicos, tiene su origen en la alfarería "protogeométrica" del Ática de fines del siglo XI (1025-900). De aquí se extendió a los demás asentamientos de esta nueva cultura, convirtiéndose algunos de ellos en centros de difusión de formas originales, como fue el caso de la Argólide.

Este estilo exigía un conocimiento técnico del uso del compás y la rueda. Se abandonan los motivos circulares por los abstractos, que decoran completamente la vasija. Los temas representan hombres y animales con evocaciones legendarias, que si bien es arriesgado identificar con episodios homéricos, sí expresan nuevas formas de control del mundo imaginario sometidas a la rígida lógica de la razón geométrica.

3. Las fuentes literarias

La poesía "heroica"

En general los griegos consideraban que la Ilíada y la Odisea habían sido escritas por un sólo poeta: Homero. La redacción de estos poemas se realizó entre los siglos VIII y VII a.C., pero en su base existía una larga tradición de poesía oral que los rapsodas o aedos profesionales componían y recitaban de sitio en sitio. Los temas de estas composiones orales eran los de un pasado "heroico", imaginado como real y evocado por el poeta, como si de una narración verídica se tratase.

Entre los temas heroicos más notorios de la Edad Oscura destacan el del asedio y la destrucción de Troya, llevados a cabo por una coalición de la Grecia continental, y el del regreso de los héroes que habían participado en la guerra a sus ciudades. Estos temas son los argumentos de la Ilíada y la Odisea respectivamente y recogen sólo una parte de todas las tradiciones del "ciclo troyano" que circularían por el mundo griego.

La cuestión homérica. Composición de los poemas

Las "fórmulas".– Sobre los poemas homéricos ya en el siglo XVIII se originó una polémica continuada hasta nuestros días entre analistas y unitaristas en torno a su génesis, autoría, técnica de composición e historicidad. Una cierta crítica literaria recelaba de la autoría única de los poemas, adjudicada a Homero, y del prestigio que la tradición le había atribuido, habida cuenta de las contradicciones, anacronismos e imperfecciones constatadas, hasta el punto de hacerlos inutilizables para el historiador.

La reacción contra los analistas y sus opiniones contrarias al carácter unitario de los poemas se desarrolló de forma simultánea y trató de demostrar la unidad de composición, a pesar de sus inevitables deficiencias.

Esta polémica estéril llegó a su fin con la hipótesis de Milman Parry (1934), que, al estudiar la poesía popular de pueblos eslavos y compararla con la homérica, estableció que los poemas, antes de ser fijados por escrito de forma difinitiva, habrían pasado por una serie de etapas en las que se iba creando algunos rasgos significativos de su composición, como eran las "fórmulas". Esta expresión hace referencia a un conjunto de palabras que definen una idea esencial y ocupan un lugar específico en el verso.

Las "fórmulas" se crean unas sobre otras de forma fija, aunque a veces los epítetos no se adecúen con el sentido del pasaje, y contribuyen a la recitación como recurso memorístico del poeta, al tiempo que se adapta a los necesarios esquemas métricos.

Evidentemente un sistema tan simple y a la vez tan riguroso de "fórmulas" no podía ser la creación *ex nihilo* de un poeta, sino que era el resultado de una larga tradición oral de poesía, en la que la épica no iba destinada a la lectura sino a ser recitada ante los oyentes. La misma oralidad está también en la base de las variantes dialectales que se constatan en los poemas.

La tradición oral: los aedos.– Desde esta perspectiva, los poemas homéricos representan la culminación de un proceso, de una larga tradición que posiblemente se había originado en la misma época en la que se produjeron los hechos relatados -final de la época micénica-, y se desarrollaría durante los siglos oscuros hasta fijarse finalmente por escrito al concluir el siglo VIII a.C. en alguna ciudad jonia.

A lo largo de todo este tiempo, los aedos o rapsodas irían modificando los contenidos de los poemas para adaptarlos a su contemporaneidad, extrapolando en ellos acontecimientos que podían ser fácilmente comprendidos por los oyentes. De esta forma, el propio relato enmascara la realidad de la tradición y dificulta el conocimiento de lo que es propiamente contemporáneo de los rapsodas y lo que pertenece a la invención artística.

Por ello, más interesante que determinar la historicidad de los poemas es analizar y comprender el significado que tienen como utilización de una tradición oral basada en un pasado heroico, al que manipula para que pueda ser utilizado eficazmente en la nueva sociedad que se va formando, y en la que el uso de ese pasado prestigioso sirve de legitimación autorizada de esa sociedad nueva y colabora en la imagen que los griegos van creando de sí mismos y de su pasado.

Los poemas homéricos y la Historia

Los poemas como fuente histórica.– El interés de los mismos antiguos por estos poemas era realmente significativo y constituían para ellos una de las piezas más preciada de su patrimonio cultural. Pisístrato, el tirano ateniense, encargó la primera edición oficial

transcrita y fueron utilizados como material didáctico en las escuelas. A partir del Renacimiento fueron impresos, leídos y estudiados minuciosamente. Algunas interpretaciones contemporáneas procedentes del campo geográfico han pretendido elaborar una geografía homérica buscando los lugares homéricos a la luz de las Instrucciones Náuticas. Estos estudios se deben al geógrafo francés Victor Bérard, que incluso imaginó una verdadera carta de navegación en época homérica.

Este prestigio, en cierto modo, motivó una sobrevaloración de los poemas como fuente histórica, pero en este sentido hay que ser muy cautos en aceptar de forma mimética los hechos que se describen como algo que sucedió realmente, sin ningún tipo de matizaciones. En algunos aspectos la sociedad homérica es una creación literaria artificial; sin embargo, es unánimemente reconocido que hay una base histórica para la sociedad descrita en Homero, en la manera en que el poeta proyecta en el pasado instituciones propia de su época.

La "sociedad homérica".– A pesar de que los poemas mencionen gran número de lugares micénicos, la evidencia arqueológica y las tablillas del *Lineal B* han revelado que las realidades de la sociedad micénica no tienen nada que ver con las que describe Homero. Tan sólo la época final de la Edad Oscura es representada en los poemas, aunque en ellos aparecen también elementos propios de una organización monárquica de tipo palaciego.

Así se observa en el término *anax*, equivalente al *wa-na-ka* de las tablillas, aplicado igualmente a Zeus, como expresión divina del poder monárquico. El *ra-wa-ke-ta* micénico, conductor del *laos* y ayudante del rey, puede identificarse en los poemas con Héctor, como jefe guerrero junto a Príamo. El significado de *basileys* es más complejo, ya que es una especie de rey pero subordinado al *anax*. Los *basileis* homéricos son "jefes de pueblos", "hijos de Zeus", que podían tener su equivalencia en el *pa-si-re-wa* micénico. La *ke-ru-si-ya* equivale obviamente a la *gerousia* homérica, que ya se refiere a los nobles héroes guerreros y no a los ancianos.

A pesar de estas equivalencias y pálidos reflejos de elementos micénicos, las realidades históricas que anidan en estos términos evocan una época distinta a la micénica: la Grecia del siglo VIII a.C., aunque existan muchos elementos anteriores cuya combinación sea arbitraria y contradictoria. Por tanto, se puede considerar que la propia aparición de la escritura aceleró la composición de los poemas, y las tradiciones orales que utilizó su autor serían las que se recitarían en la misma época (segunda mitad del siglo VIII a.C.), cuya situación social reflejan los poemas.

Sin embargo, al no ser los poemas una obra historiográfica, su función no es la elaboración de una imagen de una "sociedad homérica" como testimonio de un momento concreto en la historia de la *polis*, sino la de presentar algunas claves por las que los griegos se preocupaban de recuperar recuerdos lejanos y dar un valor nuevo a su pasado, aunque en un escenario de confusión y anacronismos. Así lo explica D. Plácido: "El pasado se usa, se manipula e incluso se inventa, lo que da un nuevo valor histórico a los poemas como visión del pasado desde el pasado, para comprender un nuevo aspecto de la reali-

dad micénica: el de la imagen que era capaz de transmitir y hacer perdurar a lo largo de los siglos oscuros".

Hesíodo

Los Trabajos y los Días.– Las obras de Hesíodo aportan datos sobre su vida al tiempo que reflejan la sociedad de su época de forma más segura. Hesíodo pertenecía a una familia de campesinos de la ciudad de Cime en Eolia y se trasladó a Beocia en búsqueda de mejores condiciones de vida. Un litigio por la herencia de unas tierras enfrentó a Hesíodo con su hermano Perses. Este es el pretexto de su obra poética *Los Trabajos y los Días*, que se presenta como una sucesión de consejos que da a su hermano.

El panorama que describe Hesíodo se centra en las formas de vida en Beocia a fines del siglo VIII en el ámbito reducido del *oikos*, formado por la casa, el marido, la mujer, los hijos y algún esclavo. El nivel de vida se mantiene en el límite del autoabastecimiento. Este es, según parece, el ideal que propugna Hesíodo, representado por un sector de pequeños propietarios independientes que viven de sus propios recursos, frente al modelo de los aristócratas a quienes irán enfrentándose paulatinamente. Es reacio al comercio y critica esta actividad a gran escala considerándola propia de los fenicios, pero inapropiada a la dignidad de los griegos. La agricultura es la actividad noble por excelencia, ya que permite la autarquía y la sóla dependencia de los dioses.

La Teogonía.– La *Teogonía* se centra en lo divino y es el relato del origen de los dioses y de la forma como se organiza el Universo a partir del Caos, conformando en este poema toda una tradición mítica, dispersa, fantástica y caótica, en un esquema coherente e integrador.

El nuevo sistema cosmogónico que elabora Hesíodo por medio de genealogías está presidido por Zeus y servirá de modelo a los reyes que en la realidad histórica ostentan el poder en las comunidades griegas de estos siglos arcaicos. Lo mismo que el poder monárquico de Zeus impone el orden y la unidad frente al desorden y caos primitivo, también los *basileis* gobiernan a escala local, durante la fase en que se consolida la propiedad de la tierra en el territorio.

A su vez, el pequeño propietario puede ser despojado de su propiedad y perder su independencia. Por ello arremete airado contra los "reyes devoradores de regalos", pero a pesar de ello el campesino libre se siente protegido por Zeus, modelo de reyes, y por la Justicia, aunque tenga que aceptar la sumisión a ese poder divino, identificado con el poder de estos aristócratas.

Las diferencias entre el mundo homérico y el de Hesíodo son palpables. Homero nos habla de una sociedad de aristócratas dedicados a la guerra; Hesíodo nos refleja la vida difícil de los campesinos por su supervivencia y por mantener su tierra, cuestionando inclu-

so el poder aristoctrático desde la órbita de lo que posteriormente será la ley escrita y los derechos de los ciudadanos.

4. La organización de las comunidades griegas

Los grupos aristocráticos

Los gene.– Las comunidades griegas estaban formadas por grupos consanguíneos, con vida aisladas unas de otras y con un territorio sobre el que se consolida el poder de los *basileis,* que capitalizan a su favor las relaciones gentilicias. La situación social de sus miembros venía dada por su parentesco y por la pertenencia o no al *oikos*. Esta situación favorece que se vaya configurando una sociedad aristocrática formada por los *aristoi,* literalmente "los mejores", que pertenecen a los *gene* más conocidos y mejores. Por debajo de ellos estaban todos los demás: la multitud. El parentesco, la herencia y el matrimonio entre ellos impedían cualquier tipo de movilidad social.

Aristoi.– Las condiciones que habían caracterizado la evolución interna de la sociedad griega de estos siglos posibilitaron el predominio en el siglo VIII a.C. de un grupo de individuos, con vínculos familiares y pertenecientes a *gene* con antepasados ilustres, dioses o héroes. Estos individuos, los aristócratas, utilizando a su favor la organización gentilicia, se apropian de la mayor parte de las tierras y disponen de abundante ganado.

Esta situación les permite alcanzar un nivel de vida elevado, debido a la acumulación de unos recursos económicos, que utilizarán en forma de regalo *(doron),* modo especial de distribución de riquezas, por medio del que se consolidan unas relaciones basadas en el "don-contradón". Estos *aristoi,* además de detentar el poder económico, se hacen dueños del político, legislativo, judicial, militar y religioso; de ellos depende el gobierno de la comunidad.

El oikos.– Esta sociedad aristocrática estaba encuadrada en *oikoi* autárquicos. El *oikos* es la unidad básica de producción y consumo, el centro en torno al que se organizaba la vida. El jefe del *oikos* es el organizador de ese núcleo económico, formado por sus familiares y personas dependientes de él. Su actividad no se limitaba a satisfacer las necesidades materiales de sus miembros, sino además la de organizar un cuerpo de creencias, de valores éticos y de relaciones con los dioses, que cohesionara satisfactoriamente a todos su miembros.

El basileys.– El *basileys* homérico es considerado como un *primus inter pares,* aunque tenga una serie de privilegios y su cargo sea vitalicio y hereditario. Sus iguales son los *aristoi* y la *basileia* de este período es una forma del sistema aristocrático, cuyos miembros colectivamente reciben el nombre de *basileis* y, organizados en un consejo, son solidarios con el *basileys* en el gobierno de la comunidad. Posteriormente cuando la comunidad se consolide como *polis,* el *basileys* queda relegado a una función religiosa ejercida por cualquier miembro aristócrata, salvo en regiones como Esparta en las que continuará la pervivencia de la *basileia*.

Entre los privilegios que tiene el *basileys* destacan una participación mayor en el reparto del botín de guerra y exigencia de regalos, a manera de pago, por la protección que ejerce sobre la comunidad. Dispone, además, de una tierra especial o *temenos,* confiada a su persona, que le proporciona un mayor prestigio y poder económico.

Se pretende justificar la dominación del rey y de los *aristoi* sobre el resto de la comunidad por medio de los beneficios que éstos rinden a la colectividad; entre ellos el más preciado es el de la defensa militar de la población frente a cualquier enemigo. Estas hazañas por las que manifiestan su *arete,* les erigen a su vez en los mejores, *aristoi,* legitimando en el imaginario la dependencia de la agradecida comunidad con respecto a los aristócratas. En este sentido un pasaje de la *Política* de Aristóteles es muy significativo:

> "Los primeros reyes llegaban a serlo con el consentimiento de los demás y transmitían la realeza a sus descendientes por haber sido bienhechores del pueblo en las artes o en la guerra, o por haber reunido a los ciudadanos o haberles dado tierras. Ejercían su soberanía en los asuntos de la guerra y en los actos de culto que no requerían sacerdotes y además actuaban como jueces en los juicios. Desempeñaban su función unos sin juramentos y otros con él; éste consistía en levantar el cetro. En los tiempos antiguos los reyes ejercían su autoridad continuamente tanto en los asuntos de la ciudad como en los del campo y en los exteriores; después ellos mismos abandonaron algunas de sus funciones, otras se las arrebataron las multitudes y en unas ciudades sólo dejaron a los reyes los sacrificios tradicionales, y allí donde todavía podía hablarse de realeza conservaron únicamente la dirección de las guerras extranjeras". (*Pol.*, III, 14; 1285b. Trad. J. Marías y M. Araujo).

Los grupos no aristocráticos

Los campesinos.– La imagen que presenta Hesíodo en *Los Trabajos y los Días* de individuos que sobreviven junto con su familia trabajando su pequeña parcela de tierra (*kleros) se* corresponde con la figura de los cultivadores independientes, que formaban parte del *demos,* asentamientos donde se explotaba la tierra repartida, *dasmos*. Además participan en acciones militares y se reúnen en asamblea *(Ilíada* II, 50-52) para escuchar las decisiones del *basileys* que les atañen. Su capacidad para mantener su autonomía y libertad como *demos* fue muy diversa. En algunas zonas se convirtieron en comunidades dependientes y en otras pasaron a formar un grupo social con funciones militares y poseedor de parcelas de tierra, aunque en continua tensión con los aristócratas.

Los thetes.– El *thes* homérico es el jornalero sin propiedad que trabaja en las tierras de los poderosos locales a cambio de un salario, *misthos*. Carentes de identidad como grupo, no tienen vínculo con la comunidad ni forman parte del *oikos,* y en este sentido su situación es peor que la del esclavo.

La problemática que se desarrolla en torno a estos grupos, tanto en su faceta de combatientes anónimos junto con los *aristoi* como en la de campesinos que trabajan duramente sus tierras, que se endeudan y empobrecen hasta el punto de llegar a perder sus propiedades, y que se debaten entre el descontento y la sumisión, está en la base del proceso histórico de formación de la *polis*, que determinará la organización del fenómeno colonizador griego y el desarrollo de nuevas formas políticas por toda la Hélade hasta configurar el modelo de las *poleis* de época clásica.

Los artesanos.– Es el término con el que se identifica a los *demiourgoi* del mundo homérico, que con sus manos realizan "trabajos para la colectividad", *demia erga*. La situación del artesano es ambigua; su trabajo resulta imprescindible para la comunidad y, por ello, tiene que ir de comunidad en comunidad o de lugar en lugar para realizar el trabajo especializado que le demanden, muy preciado y bien remunerado. Sin embargo, el demiurgo por su carácter itinerante no tendrá un puesto en la organización política que se va definiendo. La demanda de sus productos no es tan grande como para absorber todo lo que produce; por eso, tiene que estar siempre trasladando su taller para vender sus objetos en diversas comunidades.

Esta misma práctica es la que llevaban a cabo los aedos, poetas itinerantes que, como hacedores de palabras, transmitieron la tradición épica durante siglos. A medida que se vaya consolidando el sistema de la *polis*, los artesanos se irán sedentarizando e integrándose en las estructuras organizativas de la ciudad-estado en formación.

Los esclavos.– En los poemas homéricos hay varios términos que designan este tipo de esclavitud patriarcal, a través de su referencia a la captura o a los tipos de trabajo doméstico. Garlan constata cambios entre la Ilíada y la Odisea con respecto a los esclavos.

En el primer poema los varones vencidos son ejecutados y las mujeres son esclavizadas en el ámbito del *oikos* y realizan los principales trabajos domésticos. En cambio en la Odisea aumenta el número de hombres esclavos, que trabajan como pastores y otras funciones serviles en las casas de los aristócratas. Fuentes de sumisión serán el rapto y la piratería además de la guerra; el trato que los aristócratas ofrecen a estos esclavos es familiar, aunque es evidente que son propiedad del amo y como tal tiene sobre ellos el derecho de vida y muerte.

El fenómeno de la esclavitud en el ámbito de los *oikoi* será favorecido por el desarrollo de las relaciones comerciales y las expediciones militares para capturar hombres, luego vendidos como esclavos. Es un sistema de explotación que se diferencia tanto de las formas de dependencia del mundo micénico como de la esclavitud clásica y forma parte del proceso de configuración del *oikos* como modelo social que se desarrolla a lo largo de los siglos oscuros.

El comercio y los fenicios

La utilización más intensa del hierro y de otros metales marcó un desarrollo de la tecnología y un estímulo en las relaciones comerciales por el Mediterráneo a partir de las últimas décadas del siglo X a.C. Esta situación alteró aspectos diversos de la vida económica, haciendo posible una mayor rentabilidad del trabajo productivo y un desarrollo social.

La capacidad militar y la posibilidad de acumulación propiciaron los viajes comerciales en busca de metales. Sin embargo, en una primera etapa eran los fenicios los que controlaban el comercio a gran escala y abastecían a las monarquías del Próximo Oriente. Se convirtieron en el vehículo principal de intercambios entre los pueblos del Mediterráneo. Tuvieron acceso a los mercados griegos y a las nuevas rutas marítimas, en las que empezaron a participar los griegos.

En el 800 a.C., los eubeos se habían establecido en Al-Mina, junto a la desembocadura del río Orontes, al norte de Siria. Este enclave comercial, existente desde el siglo XIII a.C., funcionaba como centro de distribución de los productos que los griegos necesitaban: metales, marfil y objetos de lujo. En Chipre, en Rodas y en otros centros los objetos griegos aparecen mezclados con fenicios, producto de la participación de ambos en viajes comerciales en los que entraban en contacto.

A pesar de la imagen negativa que en la Odisea se da a este tipo de comercio a gran escala, es evidente que era imprescindible para el propio auge y prestigio de los *aristoi*, que demandaban tales productos. Hesíodo, aunque también reprueba el beneficio que conlleva este tipo de actividad realizada por los comerciantes, *emporoi*, separada de la agricultura, entiende y justifica su práctica cuando es un complemento de la economía doméstica y está vinculado a la producción agrícola. Una cosa es, pues, el comercio para intercambiar excedentes agrícolas y otra el comercio a gran escala que llevan a cabo los fenicios, por el que obtienen grandes beneficios.

5. Valores aristocráticos y religión homérica

La *arete*

Héctor, modelo de héroe, a pesar de conocer el cruel futuro que le espera a su esposa, a su hijo y a todos los troyanos, no acepta los consejos de prudencia que le da Andrómaca y se decide a combatir, aunque le espere la muerte. Como héroe tiene que ser fiel a su *arete*, ideal de valor que se manifiesta en la gloria que alcanza el jefe militar en la lucha contra otro jefe.

El deseo de gloria, el prestigio y el ser el mejor a través de la victoria es el *ethos* aristocrático que da sentido a su vida, aunque le acarree la muerte. Estos valores heroicos servirán de modelo a los aristócratas griegos del siglo VIII a.C., que los utilizarán como justificación ideológica para consolidar unas nuevas relaciones basadas en la solidaridad entre ellos y en el poder de cada uno sobre su comunidad, tal como ya aparecen reflejadas en Hesíodo.

El guerrero homérico y el héroe de época heroica son sinónimos. Los aristócratas basaban su solidaridad en la institución de la *xenía,* hospitalidad, por medio de la que se sentían seguros y libres en tierras ajenas. Esta solidaridad se veía reforzada por el intercambio de regalos, que formaba parte de actividades honoríficas y de competencia: era tan honroso dar como recibir.

El Panteón homérico

Este código de valores es el mismo que rige la relación con los dioses. La sociedad de los dioses es reflejo de la humana. Homero y Hesíodo serán los que transmitan a través de sus obras las diversas versiones de los mitos en los que se describen las relaciones entre los dioses y entre éstos y los hombres. Al hacerlo se convertirán, en cierto modo, en los padres de la religión griega.

En sus relatos queda reflejada la nueva situación en un escenario de relaciones conflictivas que pondrán fin a la Edad Oscura. Entre la época micénica y le época arcaica se produce una continuidad y una innovación también en las creencias religiosas, constatándose el paso de diversas experiencias a una forma común que se define entre los siglos VIII al VI a.C. Zeus se impone sobre el Caos, venciendo a los Gigantes y sustituyendo a su propio padre Crono, devorador de sus hijos después de derrotar a su progenitor, Urano.

El resultado ha sido el establecimiento de un poder organizado, a la manera del poder del *basileys.* Zeus representa al jefe del *oikos* y sus relaciones con los miembros de su familia son un remedo de las de la casa de Agamenón. En la asamblea de los dioses, convocada por Zeus, todos pueden hablar libremente y la autoridad de Zeus, como la de Agamenón, mediará en los conflictos y en los consensos.

Los dioses y los hombres están sujetos a la *moira,* un destino al que no pueden escapar. La justicia para ambos es un concepto muy ambiguo. No obstante, el castigo divino cae sobre quien atenta contra los derechos de los dioses. Aquiles, por su soberbia, *hybris,* quiso sobrepasar su condición humana y fue castigado por ello con la muerte.

Entre las divinidades griegas que aparecen en los poemas homéricos, unas remontan a época micénica y otras son productos de los cambios producidos a lo largo de la Época Oscura. Apolo procedente de Licia, Ártemis, de Asia Menor, y Leto, madre de ambos, están ya presentes en los poemas y forman una trinidad de procedencia prehistórica. El culto de Apolo se extiende por la costa de Asia Menor, por la Grecia central, el Peloponeso y las islas. Atenea, Hera y Afrodita aparecen también en los poemas, aunque esta última en un papel secundario con respecto a los lazos familiares que se desarrollan en el Panteón olímpico.

Al mismo tiempo que se va configurando un Panteón se intenta fijar un espacio para establecer lugares de culto, vinculados topográficamente más o menos con el pasado micénico. La divinidad local era defensora de la ciudad y de la comunidad allí asentada. Nace así el templo con una estructura peculiar, que con el tiempo se va desarrollando: lugar sagrado, en el que vive la divinidad, mientras el culto público, que implica a la comunidad, se celebra en el exterior. De esta forma, los santuarios junto con los propios poemas contribuyeron a dar forma a nuevos fenómenos religiosos y forjar la imagen "panhelénica" de las divinidades griegas.

CRONOLOGÍA

1150- 1000	Submicénico	Difusión del hierro
1025-900	Protogeométrico	Diferenciación dialectal: dorios, jonios, eolios
900-725	Geométrico	Surgimiento de la *polis* Homero Hesíodo

BIBLIOGRAFÍA

General

BLUM, I. et alii, (eds.), *Topographie Antique et Géographie Historique en Pays Grec,* CNRS, París, 1992; COLDSTREAM, J. N., *Geometric Greece,* Londres, 1977; DOMINGUEZ MONEDERO, A. J., *La Polis y la Expansión colonial griega, siglo VIII-VI,* Síntesis, Madrid, 1991; MUSTI, D. Ed., *Le origini dei greci. Dori e mondo egeo,* Laterza, Bari, 1985.

Evidencia arqueológica y fuentes literarias

JAMESON, M. H. -RUNNELS, C. N. -ANDEL, T. VAN, (eds.), *A Greek Countryside,* Stanford, 1994; LOZANO, A., "La edad oscura", *Historia del Mundo Antiguo, 15,* Akal, Madrid, 1988; MORRIS, I., "The use and abuse d'Homer", *Cl. Ant.* 5, 1986, pp. 81-138; MOSSÉ, Cl., *La Grèce archaique d'Homère à Eschyle,* París, 1984; MUSTI, D., *Storia greca,* Laterza, Bari, 1989; SHEEDY, K. A., ED., *Archeology in the Peloponnese,* Atenas, 1995; SHERRAT, E. S., "Reading the texts: archaeology and the Homeric questions", *Antiquity,* 1990, pp. 807-824; SNODGRASS, A. M., *The Dark Age of Greece. An Archeological Survey of the Eleventh to the Eigth Centuries B. C.,* Edimburgo, 1971.

Orgaización de las comunidades griegas

FINLEY, M. I., "Homero y Micenas propiedad y tenencia" en *Grecia Antigua,* pp. 241-263; ID., "Matrimonio, venta y regalo en el mundo homérico", en *Grecia antigua,* pp. 264-278; ID., *El mundo de Odiseo,* F. C. E., México, 1961; GSCHNITZER, F., *Historia social de Grecia,* Akal, Madrid, 1987; MELE, A., "Elementos formativos de los ethne griegos y disposiciones político-socales", en *Historia y Civilización de los griegos. Orígenes y desarrollo de la ciudad,* Barcelona, 1982; ID., *Il comercio greco arcaico. Praxis ed emporie,* Nápoles, 1979; MURRAY, O., PRICE, S., (eds.), *The Greek City from Homer to Alexander,* Oxford, 1990; PLACIDO, D., "Grecia". *Manual de Historia Universal. 2. Historia Antigua,* Historia 16, Madrid 1992, pp. 221-457; ROUSSEL, D., *Tribu et cité,* Les Belles Lettres, París, 1976; THOMAS, C. G., "From Wanax to *Basileus:* kingship in the Greek Dark Age", *H. Ant.* 6, 1976, pp. 187-206.

Valores aristocráticos y religión homérica

TAPLIN, O., *Homeric Soundings: The Shaping of the Iliad,* Oxford, 1992; ZANFER, G., *The Heart of Achilles,* Michigan, 1994.

V LA ÉPOCA ARCAICA GRIEGA. LA FORMACIÓN DE LA *POLIS*

Los dos fenómenos más significativos que definen el período arcaico son el surgimiento y evolución de la *polis* como forma organizativa y la expansión de los griegos por todo el Mediterráneo. El renacimiento que se produjo al final de los siglos oscuros marcó el punto de encuentro entre estos siglos y la época arcaica. Fue el resultado de un proceso en el que se van fraguando los elementos de una sociedad nueva con grandes transformaciones sociales y políticas y nuevos logros culturales.

Este "renacimiento griego" es el fenómeno que marca el tránsito de la comunidad homérica a la *polis*. Por tanto no hay una ruptura entre la época homérica y la época arcaica, aunque a partir del siglo VIII a.C. la sociedad griega presenta unos caracteres más definidos. Hay mayor documentación y se comienzan a delimitar los rasgos típicos del universo de la *polis*.

1. Rasgos fundamentales de la *polis*

Los antiguos no vieron la necesidad de definir la *polis*, ya que sabían perfectamente lo que estaban expresando cuando utilizaban este término. Duthoy la describe como "una comunidad micro-dimensional, jurídicamente soberana y autónoma, de carácter agrario, dotada de un lugar central que le sirve de centro político, social, administrativo y religioso y que es también frecuentemente su única aglomeración". Ante todo era una comunidad humana y no eran Atenas, Síbaris, Esparta..., las que tomaban las decisiones y actuaban, sino los atenienses, los sibaritas, los espartanos.

Genos, fratrías y tribus

Genos.– El *genos*, agrupación de *oikoi*, adopta una función diferente y sus miembros reunidos artificialmente concentran su poder y control sobre los bienes materiales y sobre grupos humanos y dirigen el proceso de cambio de la tribu a la ciudad, de manera que, como expresa D. Plácido, su propio *genos* es el único reconocible y sus miembros se consideran los herederos de un *genos* conocido, descendientes de un antepasado común, mítico.

Los *gene* representan, a la vez, la nueva diferenciación entre nobles y no nobles, y la nueva expresión operativa del poder, que han podido conseguir gracias a la constitución

misma de la comunidad y con el tipo de formación económico-social que prevalece, según E. Lepore.

Aristóteles explica que el origen de la *polis* se debió a la unión de varios clanes y aldeas. En la época homérica el término *polis* significaba más acrópolis, ciudadela, diferenciada del *asty*, que era el núcleo urbano situado al pie de la ciudadela. La acrópolis era lugar de refugio y de reunión de las comunidades para el culto religioso. El *agora* era el centro de la antigua *asty*, sitio de reunión de los habitantes para tratar de política.

Fratrías.– De forma simultánea y más antiguas en el tiempo existían las *fratrías*, de las que no sabemos si agrupaban sólo a las familias nobles de varios *gene*, como defiende A. Andrews, o si también formaban parte sus dependientes no integrados en ellos. Es indudable que la fratría era anterior a la tradición épica y su presencia estaba en todas las estirpes griegas y en conexión con el *genos*. Su función y carácter fue cambiando en el transcurso del tiempo en relación con los cambios en el desarrollo económico-social de la *polis* y los cambios en las estructuras de parentesco. En la Ilíada aparece con funciones militares, pero en época clásica asume funciones religiosas y familiares.

Aunque no hay una relación originaria entre fratrías y tribus, supusieron una mediación entre las tribus y organizaciones familiares más limitadas, como atestigua su función para el reconocimiento de la ciudadanía y el derecho sucesorio en la familia. Por eso, es una institución primitiva que refleja sus orígenes genéticos, pero también comunitarios y políticos, que fueron los que prevalecieron. En cambio las *trittyes* como subgrupo de las *fratrías* son el resultado de un acto voluntario y con un contenido numérico exclusivamente.

Tribus.– Las tribus tienen un carácter relativamente reciente en la época previa a la distribución y a los asentamientos de las comunidades. Pertenecen al patrimonio originario de los *ethne* de la Grecia septentrional. Los dorios, organizados en tres tribus y los jonios en cuatro, parecen portadores de esa tradición desde época postmicénica. La integración en el cuerpo cívico de nuevos miembros y su participación política van acompañados de una nueva reorganización de las tribus.

La propia organización de la *polis* se sirvió de estas instituciones primitivas, que se transformaron en su adaptación a las formas nuevas de organización estatal, asumiendo funciones nuevas, pero sin dejar de reflejar la naturaleza genética del grupo.

Sinecismo

Aunque la *polis* griega presenta una gran uniformidad estructural, no surgió en todas las regiones al mismo tiempo, ni de igual forma, ni con igual ritmo. La vida política se concentra en un lugar determinado, ciudad, que es el centro religioso, político y económico del territorio. Geográficamente la *polis* comprendía el núcleo urbano y el territorio *(chora)* con sus hábitats agrupados o dispersos, sin antagonismo entre campo y ciudad.

En la territorialidad jugó un papel importante el sinecismo, *synoikismos*, que constituye la superación de la diversidad de comunidades, que también en ocasiones reciben el nombre de *poleis*, aludiendo a las primitivas comunidades de aldea. Además es el fenómeno por el que se consigue la unión política de las aristocracias y una nueva expresión de la solidaridad entre ellas.

Aunque en principio sea una realidad política en beneficio de los intereses de la aristocracia, su desarrollo económico abrirá las vías para que otros grupos sociales se incorporen a su funcionamiento y a la obtención de beneficios, creando una nueva diversificación social. El fenómeno del sinecismo implica no ya un vínculo estrictamente comunal o familiar, sino un vínculo político (religioso y cultual), para crear nuevos organismos de control.

Derechos ciudadanos

La propiedad de la tierra.– La *polis* en su proceso de afirmación a nivel socio-económico, político y militar, garantiza la propiedad de la tierra cívica a una colectividad de ciudadanos con plenos derechos. La propiedad de la tierra está basada, pues, en la pertenencia a esta comunidad de ciudadanos que disfrutan de la *politeia* y son además soldados que defienden el territorio. En época arcaica la tierra no pertenecía a individuos en cuanto tales, sino al *oikos*, como han demostrado G. Thomson y J. Pecirka.

Leyes y ciudadanía.– En el universo de la *polis* los derechos de los ciudadanos están regulados por la leyes, protegidas por los dioses pero hechas por los hombres, y, por tanto, susceptibles de ser cambiadas. No todos los habitantes de la ciudad-estado tienen plenitud de derechos de ciudadanía. Los *politai* son los que regulan en común la vida económica, social, política y religiosa de la comunidad. Junto a la noción de ciudadano surge la de no ciudadano.

Diversificación social

Hay otros grupos amplios de población que no están integrados en el cuerpo de ciudadanos, ya sean libres, como los metecos atenienses o los periecos espartanos, sin derechos políticos, o no libres, como los esclavos, "servidumbre comunitaria", según Y. Garlan, los hilotas o incluso el sector del campesinado reducido a una situación de dependencia económica a causa de las deudas, aunque jurídicamente libre. Estos grupos quedaron marginados en el mismo proceso de formación de la *polis* a causa de factores de todo tipo no muy bien conocidos.

2. La ciudad-estado aristocrática

El fenómeno del sinecismo como integración de *oikoi* y de tribus propició que la *polis* en sus inicios fuera una ciudad-estado aristocrática, a través de la cual el poder de los *aris-*

toi se renueva. Detentan el poder económico basado en la propiedad de la mayor parte de las tierras y el póder político a través de magistraturas, que los igualan al *basileys*, cuya función será la de vincular a la comunidad con los dioses.

Órganos políticos

Magistrados.– Los magistrados reciben el nombre de arcontes y ocupan estos puestos los miembros de los *gene* que llegaron a monopolizar el poder, como los Baquíadas de Corinto, los Basílidas de Éfeso o los Medóntidas de Atenas. Así el clan real, que llegó a ser hereditario, se convierte en un clan aristocrático más.

Asambleas.– A su vez funcionarán órganos políticos colegiados como la *boule*, cuya función será la de defender los intereses del grupo de forma solidaria. Su configuración, formada por todos los jefes de las grandes familias o de una parte sólo, de alguna manera remitía a los antiguos consejos de ancianos, *gerontes*, nombre conservado en la denominación de *gerousia*, utilizado en algunos sitios.

La asamblea o *apella* era el órgano político en el que teóricamente recaía la soberanía. En esta fase de la realidad aristocrática no se sabe ni su composición ni sus competencias, pero a medida que la *polis* se fue consolidando la asamblea amplió sus competencias y votaba decisiones que obligaban al conjunto de la comunidad.

Stasis.– La nueva solidaridad aristocrática se basaba en un equilibrio difícil de mantener, pues el proceso de desarrollo económico y el aumento del poder aristocrático generaban conflictos internos, *stasis*. Como se explicará después, éstos conflictos proceden de la reacción reivindicativa del *demos* y de las rivalidades entre familias poderosas para controlar parcelas de poder, formándose una oligarquía que funcionará como régimen político pero sin perder sus raices genéticas aristocráticas.

El banquete aristocrático y la hetería

El simposio.– La sociedad aristocrática asentada en la *polis* mantenía sus reuniones en el marco del *oikos* con el fin de realizar fiestas y comidas en común en donde se recitaban las hazañas de los *aristoi* antepasados y por las que se transmitían las bases ideológicas del grupo. Estas reuniones comunes expresaban la solidaridad aristocrática pero también eran una manifestación pública del poder político aristocrático y promovían la adhesión hacia ellos de sus clientes.

En gran medida el simposio tenía un carácter redistributivo heredado del que tales reuniones tenían entre los pueblos primitivos junto con prácticas ritualísticas. Pero también tenía una finalidad política competitiva, "fiestas de mérito", según O. Murray, expresada por la capacidad de dar dones y recibir adhesiones en igual proporción. En el siglo VIII a.C.

parece que predominaba su carácter de reunión de nobles guerreros, pero a medida que accedieron nuevos grupos guerreros se fue difuminando su práctica.

Las heterías.– Las *beterías* en la ciudad aristocrática dejan de tener un sentido gentilicio para significar a nivel institucional una agrupación voluntaria de aristócratas, al margen del encuadramiento militar, a fin de actuar políticamente a manera de grupos de presión, y son el marco en el que tiene lugar el banquete. Desde esta perspectiva, estas instituciones junto con la poesía lírica son exponentes de las prácticas sociales y los usos ideológicos de la aristocracia en su proceso de adaptación desde la sociedad homérica a la ciudad-estado aristocrática.

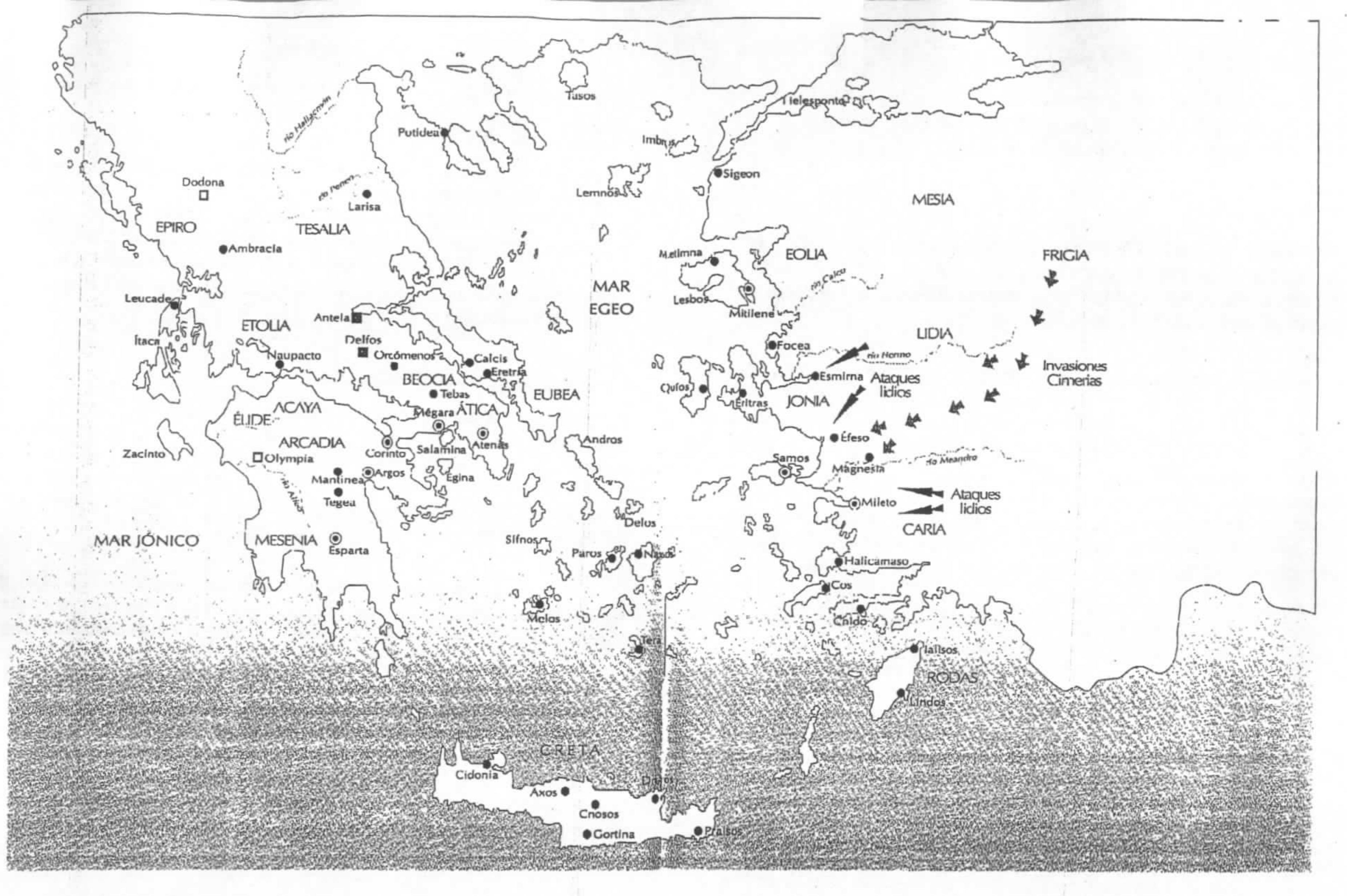
La *politeia* y la ideología aristocrática

La politeia.– La *polis*, como acto consciente e intencionado, surge como un sistema organizativo en beneficio de los intereses de los *aristoi*, que se dotan de instrumentos de gobierno colectivo para ejercer el poder. Así el poder estaba en manos de los ciudadanos, pocos o muchos, que como propietarios de tierras acceden al ejercicio de la *politeia*. Con el tiempo otros grupos sociales quedarán incorporados en el cuerpo cívico y accederán también a la *politeia*.

El agora.– La *polis* implica la existencia de un centro, *ton meson*, donde residen los órganos de gobierno y desde donde actúa la aristocracia públicamente. Este centro es el *agora*, lugar de reunión y nombre de la asamblea; también el templo poliada forma parte del mismo. Allí los *basileis* presentan sus asuntos para debatirlos, una vez que se ha tomado una resolución en común, la presentan ante el *demos*, reunido y colocado en pie de igualdad en relación con ese punto central que el ágora simboliza, para que dé su asentimiento.

Por tanto, ese centro, que es también el centro geográfico de la ciudad, es el dominio de lo público y en torno a él gira la vida de la comunidad, *koinonia*, de manera equilibrada a pesar de los conflictos y como elemento superador de los mismos. Aunque la ciudad aristocrática sea restrictiva alimenta a su vez la idea de igualdad entre todos los que forman parte del Estado, y la lucha por conseguir una sanción jurídica a ésta situación caracterizará la historia de la *polis* a partir del siglo VII a.C.

El agon.– La *politeia* significó un triunfo de los lazos políticos con base económica sobre los lazos de sangre, pero los *aristoi* siempre se considerarán depositarios de esas relaciones de parentesco que a nivel del imaginario actuarán con eficacia, consolidando un sistema ideológico por el que se pretendía justificar el presente a través del pasado. Para ello organizaban certámenes, *agones*, de contenido diverso: competiciones atléticas, cantos y recitaciones públicos, en los que se exaltaban a los héroes pasados. Participaban como atletas en los juegos panhelénicos y conseguían gloria y prestigio para su ciudad y para



3. GRECIA ARCAICA

- ◉ Grandes Ciudades - estados
- • Otras ciudades
- □ Centros religiosos
- ▣ Centros religiosos/políticos de confederaciones locales

ellos mismos. La victoria individual del noble se hace colectiva, cívica, y expresa su *arete* por medio de la victoria. La *polis* se beneficia del triunfo individual del aristócrata, cuyo prestigio en la ciudad crece por ello sobremanera, así como el de todo su grupo y ascendiente social.

La solidaridad aristocrática.– Aunque con el tiempo y en el marco de las luchas políticas que se desarrollarán en las ciudades griegas los aristócratas dejen de monopolizar el poder político y se establezcan regímenes democráticos, seguirá funcionando la solidaridad aristocrática en el ejercicio del arcontado y en la posesión de los honores, *time*, que simbolizan su superioridad política y económica. La ruptura del consenso entre las familias poderosas repercutirá en la evolución de la *polis*.

3. Problemas económicos y conflicto social. *Stasis*

Desarrollo económico

Incremento de la actividad comercial.– A lo largo del siglo VIII a.C. se atestigua una serie de factores que manifiestan un desarrollo económico en todo el mundo griego, relacionado con el aumento de los contactos comerciales entre las regiones griegas y el inicio de las navegaciones por todo el Mediterráneo oriental y occidental. La propia formación de la *polis* es consecuencia de esta transformación y, a su vez, incidirá positivamente en esa nueva realidad, aumentando la capacidad productiva del *oikos* con la ampliación de tierras cultivables de la *chora* y la utilización de técnicas agrícolas nuevas. Este despegue económico se traduce en la generación de unos excedentes, destinados a la fabricación de productos manufacturados, a la adquisición de materias primas y productos de lujo ya elaborados.

Crecimiento demográfico.– De forma simultánea, arqueológicamente se ha constatado un aumento de población, iniciado ya al final de la Época Oscura, que permitirá un aumento en la producción. Sin embargo, este proceso generará una serie de desequilibrios, cuando ambos factores no se desarrollen de forma armónica y la población no pueda ser incluida libremente en el proceso productivo. Entonces se desarrollan formas de explotación nuevas y grandes diferencias en la obtención de los beneficios.

Integración política.– A pesar de estos elementos negativos, se produce una integración política de los diversos grupos sociales que se asientan en la *polis*. Esta integración ciudadana se manifestará como solidaridad frente a otras *poleis* que sufrían los mismos procesos o frente a zonas que se intentan conquistar.

La *polis* fue así el marco en el que se desarrollaron los conflictos internos entre el *demos* y la aristocracia, y el escenario en el que se consolidó un cuerpo cívico, que iría adquiriendo conciencia de unidad y de pertenencia a un territorio colectivo, que tendría que defender unitariamente.

Diversificación social y *stasis*

Los problemas agrarios.– La *stasis* afecta a los diversos sectores de esa comunidad política, que se va consolidando, y su origen fundamental son los problemas agrarios. La aristocracia va desarrollando formas de apropiación y acumulación de beneficios paralelas a las de concentración de poder y control de la colectividad. En este proceso el campesino libre corre el riesgo de caer en dependencia clientelar, "entre la libertad y la esclavitud", como dice el lexicólogo Pólux (s. II d. C.). Es una situación similar a la de los *hilotas* espartanos, los *penestas* de Tesalia, los *mariandinos* de Heraclea, los *gimnetas* de Argos y los *corineforos* de Sición. Son situaciones de dependencia debidas a variaciones diversas en el proceso de formación de la *polis* en cada uno de estos territorios. En el caso de Atenas el campesinado, a pesar de las prácticas aristocráticas, logra consolidarse como comunidad cívica no dependiente a través de la propia *stasis*.

La colonización.– Por otra parte, el proceso colonizador, producto también de esta problemática que dejará sin tierras a muchas gentes, abrirá los horizontes del mundo griego y propiciará un aumento de las actividades comerciales y una red de complejas relaciones entre las metrópolis y las colonias y entre éstas y las poblaciones indígenas allí asentadas, fenómeno que favorecerá el intercambio de productos y de ideas.

Nuevos sectores sociales.– Las actividades productivas se diversifican y se van configurando otros sectores sociales, que participan en la colonización como medio de introducirse en otras formas de enriquecimiento y que en el interior de la ciudad apoyará a los *thetes* en sus reivindicaciones, recibiendo de ellos a modo de clientes sus apoyos en la conquista del poder político frente a otras familias aristocráticas. Esta rivalidad aristocrática producto de la *stasis* incide a su vez en ella y se resolverá de forma diversa en cada *polis*. En unas se recuperará la solidaridad perdida y en otras se implantará el poder personal a modo de tiranía por parte de algunas familias aristocráticas.

Aparición de la moneda.– Este escenario es propicio para que la moneda haga su aparición, pero, más que relacionada de forma mimética y directa con los intercambios de mercancías a gran escala, la moneda es un producto directo de las propias condiciones de sociedad agraria en las que se va desenvolviendo la *polis*. Era necesario tener un elemento que sirviera para poder redistribuir a los sectores explotados parte de la acumulación de los beneficios, que los nobles obtenían de sus propiedades gracias al trabajo de aquellos. La moneda era el instrumento más eficaz para ello y obviamente también para comprar y vender. Las familias nobles aparecen así como benefactoras del *demos* y la *polis* se erige como marco en el que se fundamenta este modelo redistributivo y de explotación simultáneamente.

Cada una de las *poleis* solucionará la *stasis* de forma distinta y, por ello, se constata una diversidad de formas políticas y de peculiaridades en cada una de estas ciudades.

Organización militar de la *polis*. Reforma hoplítica

La defensa de la comunidad.– Las nuevas necesidades derivadas de la ocupación y fijación del territorio en el proceso de formación de la *polis* obligan a que todos los miembros de la colectividad participen en su defensa, formando parte del ejército. Así la actividad militar será el punto de encuentro de los aristócratas y los campesinos propietarios de tierras con un nivel económico suficiente para costearse el armamento, aunque los aristócratas concentren sus tierras a costa de los campesinos. Este sector del *demos* que, por ser propietario, participa del esfuerzo común en la defensa de la ciudad, exigirá una igualdad de derechos políticos y se creará una clase oligárquica nueva.

El ejército hoplítico.– Esta nueva clase de propietarios forma el grueso del ejército hoplítico, hasta el punto de llegar a identificarse erróneamente ambos términos y ser denominada clase hoplítica e incluso a nivel global, sociedad hoplítica, como expresa N. G. Hammond. Evidentemente en este proceso tienen gran importancia tanto los cambios que se producen en la táctica y estrategia militar por necesidades defensivas u ofensivas, como los que se producen a nivel económico y social.

La falange.– La formación hoplítica implica que una parte importante de la comunidad dispone de medios económicos suficientes para costearse el armamento hoplítico. Esta situación propicia la configuración de un sector de ciudadanos-campesinos-soldados, que hará valer sus derechos en un contexto de *isonomia*. En este nuevo cuerpo cívico la aristocracia queda integrada manteniendo su papel dirigente, pero el soldado-hoplita constituye la base fundamental del nuevo ejército: la falange. Se costea su armamento pesado, compuesto por lanza, grebas, casco y escudo.

En el combate hoplítico las formaciones se enfrentan de forma compacta y solidaria; no es posible el combate individual, ni el duelo de carácter aristocrático. Estos elementos por separado estaban adoptados ya a comienzos del siglo VII a.C., pero será a mitad de siglo cuando cristalice la falange hoplítica como organización del ejército. Dos testimonios muestran esta situación: el "Vaso Chigi", un *olpe* del protocorintio medio, fechado entre 640-620 a.C., en el que se representa un combate hoplítico, y un pasaje de Tirteo (frag. 8 D).

Es el escudo, *hoplon*, con el sistema de abrazadera y agarrador, el que permite la solidaridad basada en la defensa de sí mismo y del compañero, al que protege por el lado izquierdo. El ejército hoplítico actúa por ello en campo abierto, espacio que permite el despliegue táctico y la demarcación del mismo. Lo importante es la ocupación de nuevos terrenos para ampliar las propiedades y los cultivos. Desde esta perspectiva, estamos en presencia de una guerra eminentemente agraria.

La mentalidad hoplítica.– La guerra aristocrática se inscribía en una mentalidad arcaica, en la que el *agon* expresa la propia superioridad y el valor. En el combate hoplítico no importa tanto la captura o la destrucción del enemigo como la ocupación del territorio y la defensa de la comunidad. Si la muerte llega realizando estas acciones al servicio de la comunidad, es gloriosa en sí misma. A pesar de todo, la mentalidad hoplítica se considera heredera de los héroes y puede conjugar la solidaridad del grupo con la identificación individual de cada soldado con un héroe legendario.

Es decir, el hombre del *demos* será un *aristos* en el combate, con lo que se preservan los valores heroicos en los que los protagonistas són los aristócratas. Estos principios de cooperación e igualdad que emergen en el campo de batalla determinarán posteriormente la vida política de la ciudad griega.

4. MANIFESTACIONES CULTURALES

La poesía lírica y la ideología aristocrática

La expresión de los sentimientos.– Todo el siglo VII a.C. va a estar marcado por el nacimiento de un nuevo género, la lírica griega, con un conjunto de actitudes y respuestas que reflejan la importancia creciente de la guerra y su actitud cambiante. Los elementos de continuidad respecto a la épica heroica son notables. Esta poesía se preocupa por los problemas contemporáneos y sus poetas, como Píndaro, pueden llegar a convertirse en representativos de toda Grecia. En sus poesías se vierten los sentimientos personales sobre la problemática que les rodea, pero partiendo de lo local y concreto se trasladan a lo general y universal. En este sentido, la poesía lírica es de una gran utilidad para conocer la mentalidad griega en esta época crucial de formación de la *polis*, de la cual los líricos son testigos y artífices de su ideología.

Épica y lírica.– Al igual que la épica, la lírica utiliza el mito como instrumento y forma de recrear el pasado para explicar el presente, con lo que en el presente quedan incorporados de alguna manera los valores de la épica. Intenta conectar el nuevo estilo de guerra con el pasado heroico, evocando el lenguaje épico y adaptándolo. Por eso cuando Arquíloco exhorta a sus conciudadanos a la conquista de Tasos, les recuerda las acciones del héroe Heracles en el mismo lugar. También Tirteo recuerda a los Heráclidas como los antepasados de los reyes espartanos y las hazañas de la Primera Guerra Mesenia, con el fin de exhortar a los soldados de su época a luchar en la nueva guerra mesenia, para la consolidación territorial de Esparta como *polis*.

Los nuevos ideales.– Son los ideales aristocráticos los que impregnan la sociedad, pero, al mismo tiempo, la aristocracia verá amenazada su hegemonía como clase dentro de la *polis* en el marco de la reforma hoplítica. Los mismos poetas líricos se hacen eco también de estas transformaciones en el seno de la ciudad aristocrática. En algunos pasajes de Tirteo se expresa un nuevo orden social, en el que se hace referencia a los hombres del *demos* como partícipes en la toma de decisiones. Los valores aristocráticos implican ahora a toda la comunidad, creándose una nueva ética. Los guerreros asumen la función defensiva de

la ciudad, reservada hasta entonces a los *aristoi* de los siglos oscuros, y heredan sus mismos ideales en los que el presente se ve reflejado.

Arquíloco.– Así la reforma hoplítica, además de crear aspiraciones de igualdad política en el colectivo de los campesinos-soldados, genera unos ideales que conforman una conciencia hoplítica que a veces se opone a la ideología aristocrática, pero también la aglutina para transformarla y hacerse su heredera. Arquíloco, contemporáneo de Tirteo y Calino, reacciona de forma contraria a éstos. Muchos de sus poemas giran en torno a la guerra, pero en la representación que hace de ella ataca los valores aristocráticos de las hazañas y del héroe. Critica la sociedad aristocrática, el afán desmedido de riquezas, el poder absoluto, causas del conflicto político. Sin embargo, Arquíloco no elabora una respuesta política ante esta situación de malestar, se erige exclusivamente en un propagador de este descontento. Por otra parte, estos temas serán recurrentes en la poesía de Alceo, Teognis y Solón con puntos de vistas diversos.

Artes plásticas

El estilo orientalizante: la cerámica.– En las artes plásticas se constata una conexión importante con Oriente, hasta el punto de que se ha hablado de un período orientalizante. El estilo orientalizante aparece en la cerámica corintia hacia el 725 a.C., con el llamado *protocorintio.* Este estilo ceramístico sustituye al geométrico ático e introduce novedades en el campo figurativo. Los motivos orientalizantes de animales en actitudes naturales cobran gran importancia, pero es más relevante la técnica de decoración de los vasos llamados de "figuras negras". El "Vaso Chigi", fechado en este tiempo, es la pieza maestra del protocorintio con su magistral friso de hoplitas, cubriéndose unos a otros con el escudo redondo y marchando al ritmo de la flauta doble.

En los talleres áticos, el estilo orientalizante protoático se introdujo más tardíamente, ya que era la zona donde el geométrico estaba fuertemente asentado y ofreció mayor resistencia al cambio. Marca una aportación importante al siguiente estilo cerámico de época arcaica en lo referente a la figura humana. Un ejemplo de cerámica protoática, fechada a mitad del siglo VII a.C., es el vaso funerario hallado en Eleusis en el que se representa una escena mitológica con Odiseo atacando al cíclope Polifemo.

Escultura.– Las diversas manifestaciones artísticas son expresión del desarrollo de la *polis* en toda Grecia, comprendida Atenas, aunque todavía esta ciudad no tenga el papel significativo que alcanzará a partir del siglo VI a.C. La escultura da signos de gran vitalidad desde finales del siglo IX a.C., pero será a finales del siglo VII a.C. cuando se realizen piezas, en mármol o en bronce, destinadas a la decoración de los templos, como la "dama de Auxerre". Hacia el 600 a.C. se desarrollará un género de escultura monumental realizado en piedra dura. Son las famosas ofrendas de estatuas de jóvenes, *kouroi* y *korai*, masculinos y femeninos, protagonistas anuales de las ceremonias que la comunidad celebra y en las que la familia aristocrática sigue desempeñando un papel específico.

Urbanística.– Para la historia de la ciudad tiene especial importancia la urbanística y la construcción de templos. El templo griego tiene una estructura geométrica y sobresale una fachada para acoger al público. Las variaciones de los templos responden a los diversos modos de manifestarse el culto público y los estilos van cambiando desde el dórico al jónico, recogiendo las tendencias orientalizantes. El templo de la divinidad poliada expresa el carácter colectivo que se manifiesta en la *polis* como comunidad de ciudadanos, pero será utilizado por los aristócratas y los tiranos de este período arcaico para ejercer su influencia en la ciudad.

CRONOLOGÍA

725-620	Período orientalizante	Desarrollo de la *polis*
640-620	*Vaso Chigi*	Reforma hoplítica Lírica griega: Tirteo
600	*Kouroi, korai* *Dama de Auxerre*	

Formación y desarrollo de la *polis*

CODINO, F., a cura di, *L'origine dello Stato nella Grecia antica*, Roma, 1984; DELORME J., *La Grèce primitive et archaique*, Paris, 1971; DE POLIGNAC, F., *La Naissance de la cité grecque*, París, 1984; DOMINGUEZ MONEDERO, A., *La polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI*, Síntesis, Madrid, 1991; DUTHOY, R., "Qu' es-ce qu' une polis?. Esquisse d'une morphologie sucinte", *LEC*, 54, 1986, pp. 3-20; HAGG, R., (ed), *The Greek Renaissance of the 8th Century b. C. Tradition and Innovation*, Estocolmo, 1983; MADDOLI, G., "Damos e Basileus. Contributo allo studio delle origine della polis", *SMEA*, 12, 1970, 7-57; PLACIDO, D., "Grecia", *Manual de Historia Universal. 2. Historia Antigua*, Madrid, 1992, pp. 221-457; SNODGRASS, A. M., *Archaeology and the rise of the Greek State: an inaugural lecture*, Cambridge, 1977; SNODGRASS, A. M., *Arqueología de Grecia*, Crítica, Barcelona, 1990; STARR, C. G., *Individual and Community. The Rise of the Polis 800-500 B. C.*, Oxford, 1986; VAN EFENTERRE, H., *La Cité Grecque. Des Origines à la Défaite de Marathon*, París, 1985.

Problemas económicos y conflicto social

AUSTIN, M., VIDAL-NAQUET, P., *Economía y sociedad en la Antigua Grecia*, Barcelona, 1986; *City and country in the ancient world*, Londres, 1991; COOK, R. M., "Speculations on the Origin of Coinage", *Historia*, 7, 1958, 257-262; GSCHNITZER, F., *Historia social de Grecia. Desde el período micénico basta el final de la época clásica*., Madrid, 1987; HAGG, R. ed., *The Greek Renaissance of the eight century B. C.: tradition and innovation*, Estocolmo, 1983; KRAAY, C. M., "Hoards, Small Change and the Origins of Coinage", *JHS*, 84, 1964, pp. 76-91; MUSTI, D., *L' economia in Grecia*, Laterza, Roma-Bari, 1981; MURRAY, O-PRICE, S. (Eds.): *The Greek City from Homer to Alexander*, Oxford, 1990; STARR, G. C., *The Economic and Social Growth of Early Greece 800-500 B. C.*, Nueva York, 1977; VIDAL-NAQUET, P., "Fonction de la monnaie dans la Grèce archaique", *Annales*, 1968, 206-208.

Reforma hoplítica

DAVIS HANSON, V. (ed.), *Hoplites. The Classical Greek battle Experience*, Routledge, London-New York, 1993; SALMON, J., "Political Hoplites?", *JHS*, 97, 1977, pp. 84-101; SNODGRASS, A. M., "The Hoplite Reform and History", *JHS*, 85, 1965, pp. 110-122; VERNANT, J. P. (Ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Paris, 1968.

Manifestaciones ideológicas y culturales

ADKINS, A. W. H., *Merit and Responsability*, Oxford, 1960; BURN, A. R., *Lyric Age of Greece*, Londres, 1960; FINLEY, J. H., *Four Stages of Greek Thought*, Oxford, 1966; PLACIDO D., "Cultura y religión en la Grecia arcaica". *Historia del Mundo Antiguo*, 22, Madrid, 1989; MURRAY O., *Grecia arcaica*, Taurus, Madrid, 1984; RODRIGUEZ ADRADOS, F., *El mundo de la lírica griega*, Madrid, 1981; VERNANT, J. P., *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*, Barcelona, 1982.

VI LA COLONIZACIÓN GRIEGA EN ÉPOCA ARCAICA

1. CARACTERES GENERALES

Apoikia y *klerouchia*

La colonización griega de época arcaica presenta caracteres distintos y nuevos con respecto a otros movimientos migratorios de siglos anteriores, pero los cambios y los viajes que tuvieron lugar a finales de la Época Oscura no le eran del todo ajenos. El término que los griegos utilizaban para designar una colonia era *apoikia*, que expresa la idea de trasladarse en busca de un nuevo *oikos*. Por otra parte, *klerouchia*, derivada de *kleros*, se refiere a los asentamientos fundados por los atenienses fuera del hogar patrio, en los que cada emigrante recibía una parcela de tierra, pero seguía perteneciendo a la comunidad ateniense, conservando la ciudadanía originaria.

En cambio, las *apoikiai* nacían como ciudades nuevas, con plena autonomía política y con sus propios ciudadanos. La *polis* de la que emigran será la *metropolis*, con la que mantendrán relaciones estrechas dentro de la independencia entre ambas.

Este fenómeno está relacionado con los cambios que se produjeron en el proceso de formación de la *polis* en época arcaica en torno a la explotación de la tierra. No le es ajeno, sin embargo, los contactos que desde época anterior habían facilitado los intercambios y habían posibilitado que la solución de los problemas se enfocara hacia la emigración a tierras nuevas del mundo mediterráneo.

Causas de la colonización

El problema agrario.– La base fundamental de esta problemática se centra en la falta de tierras, *stenochoria*, para dar trabajo y alimento a una población que había crecido de forma significativa. A esta situación se unen los cambios cualitativos realizados en la explotación de la tierra, que propició un proceso de concentración de tierras en manos de la aristocracia y un control sobre los antiguos cultivadores que fueron reducidos a una especie de servidumbre. La única salida que se presenta para evitar el agravamiento de los conflictos sociales en las *poleis* es emigrar a otros lugares, que pudieran proporcionarles posibilidades para establecer una nueva *polis*, que desde el principio tendría los rasgos típicos que se van desarrollando en su *metropolis*. Desde esta perspectiva, la colonización es

un medio de dar solución a la *stasis* producida, como ya se ha dicho, por el proceso acumulativo básico en la formación de la *polis*.

Ciudad-estado y colonización.– La *polis* se presenta como un sistema organizativo que integra y excluye a la población de forma simultánea en un cuerpo cívico. A medida que se va formando un *demos* privilegiado se van excluyendo o supeditando sectores de población creciente. En las colonias, los rasgos que las definen como *polis* serán más nítidos e innovadores, ya que se crean de forma preconcebida y tienen que adaptarse a las circunstancias concretas del entorno. A su vez el fenómeno de la colonización imprimirá un estímulo al proceso de formación de la *polis* en Grecia, hasta el punto de que no es ajeno a las grandes transformaciones que se producen en el corto período de cincuenta años, entre el 750 y 700 a.C.

Pluralidad de estímulos.– Aunque es incuestionable que la cuestión agraria fue la desencadenante del movimiento colonizador, no se puede adoptar una actitud unívoca en el debate tradicional sobre los motivos agrícolas o comerciales que determinaron el movimiento colonizador. Se trata de un fenómeno plural que participa de los diversos elementos de la realidad de su época y los integra. Problemas agrarios y actividad comercial se conjugan en este proceso en el que es importante la búsqueda de fuentes alternativas de riqueza.

Motivos políticos.– En unas ocasiones las motivaciones de la colonización vienen determinadas por causas políticas, que motivaron desequilibrios sociales como los que se produjeron en Corinto con los Baquíadas, *genos* aristocrático que ejerció el poder de forma dinástica, considerándose heredero de los héroes legendarios del mundo micénico. En el caso de la colonización organizada por Eubea, se habla del control de un grupo aristocrático caballeresco, los *hippobotai* e *hippeis*, que domina en las ciudades de Calcis y Eretria, acaparando la mayor parte de las tierras. En algún caso fue incluso la *stasis* política o la presión extranjera la que condicionó la emigración, como el caso de Focea, Samos o Colofón.

El acto fundacional

La decisión de establecer una *apoikia* implica una cierta intervención de la metrópolis para facilitar los medios necesarios y el reclutamiento de los colonos para realizar la empresa. Sin embargo, la nueva ciudad se organiza de forma consciente y con una racionalidad mayor que permite a los ciudadanos participar desde el principio de forma más igualitaria en la *politeia* y en los cultos religiosos. En algunos aspectos esta nueva *polis* sirvió de modelo a la metrópolis.

El oikistes.– Toda empresa colonial requiere el nombramiento de un organizador y fundador de la colonia, *oikistes*, perteneciente a alguna de las familias de la aristocracia metropolitana. De esta forma, también la aristocracia está presente en la configuración de estas colonias y el fundador se convertía en héroe al que se le rendirá culto, de la misma manera que se les rendía culto a los héroes legendarios de las ciudades de la Hélade.

El papel de Delfos.– La expedición tenía un carácter religioso manifestado en el papel desempeñado por el oráculo de Delfos, que en este período se estaba definiendo como centro religioso de carácter panhelénico en la Grecia arcaica. Toda empresa colonial tenía que hacer una consulta oracular por medio de la que obtenía información diversa sobre las rutas, los asentamientos más favorables y los que debían dirigir la expedición. En consecuencia, el santuario délfico fue alcanzando un prestigio cada vez mayor, a medida que avanzaba el proceso colonizador y a medida que la información que recogía y transmitía en forma de oráculos era más útil para los organizadores de las colonias. Esta situación contribuyó a que se hiciera imprescindible esta consulta e incluso que se exageraran algunas respuestas oraculares recogidas en las fuentes por la tradición. De esta forma, el santuario délfico se convirtió en un centro de información, que dosificaba en función de los intereses que tuviera por controlar las acciones coloniales como intermediario de las clases dominantes de las ciudades.

El rito de fundación.– El acto fundacional requería un ritual religioso cumplimentado por el *oikistes* y que consistía en depositar en el pritaneo de la colonia el fuego sagrado traído de la *metropolis*, con el que se inauguraba la nueva *polis*. El fundador planeaba el trazado de la colonia, supervisaba la distribución de tierras y establecía las leyes, las instituciones políticas y religiosas. Homero dice refiriéndose a Feacia:

> "Construyó un muro en torno a la ciudad, levantó casas, construyó templos a los dioses y dividió las tierras". (Odisea, 6, 9 ss).

Estas acciones convertían al *oikistes*, como garante y protector de la comunidad, en un héroe al que se le rendía culto después de muerto.

Relaciones metrópolis-colonia

Las ciudades griegas implicadas en el movimiento colonizador organizaban, equipaban la expedición y nombraban a un *oikistes* para que dirigiera el asentamiento colonial. A partir de aquí, la colonia se constituía como *polis* nueva e independiente, y los colonos serán sus nuevos ciudadanos. Con todo, ésto no significa una ruptura total de relaciones con las *metropolis*, sino que se siguen manteniendo de forma muy estrecha lazos especiales, derivados de un sentimiento inmaterial de pertenencia a linajes comunes y de participar en cultos comunes e instituciones políticas semejantes, además de poseer un dialecto común. Esta relación de índole moral y cultural, constatada en las fuentes, se enriquecía con otra de carácter material, basada en alianzas político-militares y tratados comerciales, que

beneficiaban a ambas. El vínculo moral significaba que la colonia estaba formalmente obligada a reconocer una dependencia filial respecto de su *metropolis*, cuya violación era objeto de desprecio y vituperio. Sin embargo, en la mayoría de los casos se conciliaban los intereses de ambas partes por el sentimiento común de la pertenencia a un mismo grupo.

Excepcionalmente las relaciones entre la colonia y su *metropolis* tenían forma de dependencia política, como es el caso de Corinto, que antes de la Guerra del Peloponeso enviaba anualmente a su colonia Potidea, en la Calcídica, un *epidemiurgos* con el cargo de magistrado principal de la colonia. Masalia, colonia focense y fundadora de otras colonias, ejercía una hegemonía política sobre éstas.

Relaciones con los indígenas

Las colonias griegas se establecen en regiones geográficas muy heterogéneas y distantes, como la Magna Grecia y Sicilia, la costa minorasiática, la zona del Mar Negro, la costa africana y las riberas del Mediterráneo occidental. Esta realidad física, unida a las diversas situaciones en las que se encuentren los indígenas en el momento de llegada de los colonos y junto con las condiciones en que se realicen los asentamientos, determinarán la gama diversa de relaciones entre ambos.

Habitualmente las colonias se fundan en zonas en donde existe ya un poblamiento prehelénico y en el que la población muestra una receptividad y actitud favorable hacia los griegos. Existen abundantes testimonios escritos que constatan diversas formas de colaboración a través de pactos con los indígenas, por ejemplo, para aprovisionar mujeres con vistas a la reproducción de los colonos. Asimismo la evidencia arqueológica ha puesto de manifiesto huellas evidentes de convivencia o de coexistencia pacífica entre ambas comunidades. Pero también hay datos significativos de violencia y enfrentamientos, de los que habla Arquíloco en sus poemas en torno a la fundación de Tasos y las luchas contra los "perros tracios".

En líneas generales los conflictos con la población indígena están relacionados con la necesidad de los colonos griegos de penetrar en el interior para explotar nuevas tierras de cultivo según las necesidades del crecimiento demográfico de las colonias. Esto ocurrió en Sicilia y en otras zonas, en las cuales la explotación agraria exigía una mano de obra mayor, sirviéndose de los indígenas para ello y ejecutando los llamados *pactos de servidumbre*, que son en realidad prácticas de sumisión que desembocaron en formas de dependencia "entre la libertad y la esclavitud", como las describe Pólux. Son los casos de los cilirios en Siracusa y los mariandinos en Heraclea Póntica.

En otras ocasiones el proceso de desarrollo colonial coadyuvará a una serie de cambios que permiten la existencia de la esclavitud como mercancía, con lo que serán los indígenas los que se conviertan en esclavos.

Desde una perspectiva global, toda fundación colonial implicaba al elemento indígena en sus diversas relaciones con los griegos, que podían ir desde los contactos y la colaboración estrecha, conservando su independencia aunque integrado en ella, hasta las diversas formas de sometimiento. Con todo, el resultado es el establecimiento de unas sólidas relaciones materiales y culturales entre el mundo colonial y el indígena, cuya culminación a lo largo de varios siglos se denominará "helenización".

2. Direcciones de la colonización

Cronológicamente el movimiento colonizador griego se desarrolló a lo largo de los tres siglos que van desde el VIII hasta el VI a.C., identificados como la "época de la colonización griega", dividida por la moderna historiografía en dos fases: la primera, desde mediados del siglo VIII a mediados del VII a.C., y la segunda, desde mitad del siglo VII hasta mitad del VI a.C.

Las zonas geográficas que abarcó la colonización griega fueron muy amplias, diversas y distantes, aunque se pueden distinguir tres grandes direcciones: hacia el Mediterráneo central y occidental, sur de Italia, Sicilia, y posteriormente el sur de Francia y península Ibérica; hacia el norte y noroeste, costas de Tracia, del Helesponto y el Mar Negro, y hacia el sur, las costas de África.

Sur de Italia y Sicilia

La Italia meridional.– La presencia de fundaciones griegas en el mundo itálico es de las más antiguas. Esta zona ejercía una gran atracción por la fertilidad de sus tierras. Los griegos micénicos ya conocían Sicilia e Italia y en algunas de sus regiones habían dejado huellas materiales. El conocimiento de los lugares propicios para fundar colonias procedía de los relatos de los comerciantes que se habían ya adentrado en el Mediterráneo occidental.

En torno al 770 a.C., griegos de la isla de Eubea fundaron Pitecusa (isla de Ischia). Posteriormente, en el 750 a.C., fundan Cumas en una zona de grandes posibilidades económicas. A finales del siglo, se amplía la colonización de la costa sureste itálica gracias a la actividad de los aqueos, locrios y espartanos. Los aqueos fundaron Síbaris y Crotona, los espartanos Tarento, y los locrios, Locris Epicefiria. Síbaris y Crotona, junto con las colonias que fundaron, disponían de unas tierras muy fértiles y densamente pobladas y jugaron un papel importante evitando el avance de Tarento. Esta colonia había sido fundada, según la tradición, por los hijos ilegítimos de mujeres espartanas, tenidos con aquellos que no habían podido participar en la Primera Guerra Mesenia. Al terminar la guerra fueron privados de ciudadanía y denominados "partenios"; no contentos con su suerte y obedeciendo el oráculo de Delfos emprendieron la expedición colonizadora.

Sicilia.– En Sicilia, los eubeos fundan Naxos hacia el 734 a.C., que, junto con Catania y Leontinos, les permitió desde la costa oriental penetrar en las fértiles tierras de la isla. Los corintios fundaron la colonia de Siracusa bajo la dinastía de los Baquíadas, en un emplazamiento que disponía de un excelente puerto. Su presencia en Potidea, en la Calcídica, tuvo repercusiones importantes en la posterior historia de las relaciones entre ciudades

griegas. Los megarenses fundaron Mégara Hiblea, y ésta a su vez fundó Selinunte posteriormente, en torno al 630 a.C. En el siglo VII a.C., los rodios y cretenses fundaron Gela y, posteriormente, en el siglo VI a.C., Ácragas.

Los asentamientos coloniales de la segunda etapa conjugaban la explotación agrícola con el control de las rutas comerciales, sobre todo en el estrecho de Mesina. Region y Zancle, fundadas por los calcidios, ocuparon los dos lados del estrecho. A su vez, Zancle fundó Hímera y Taormina con gentes huidas de Siracusa y colonos calcidios.

Colonización de Tracia, la Propóntide y el Mar Negro

La península Calcídica.– La península Calcídica, llamada así por el origen de sus colonos eubeos (Calcis), y la costa de Tracia al norte del Egeo fueron otras zonas de gran expansión colonial desde la primera mitad del siglo VIII a.C. Eran regiones con grandes posibilidades agrícolas, recursos madereros y atractivas reservas de oro y plata.

Los Estrechos.– La ruta marítima que comunicaba el Mediterráneo oriental con el mar Negro atravesaba dos estrechos, el Helesponto y el Bósforo, en el mar del Mármara (Propóntide), y desembocaba en el mar Negro o Ponto Euxino. Era una zona con un gran atractivo comercial y por eso los viajes exploratorios, que tuvieron sus antecedentes en época micénica, terminaron fundando colonias. Es difícil determinar de forma clara la cronología de estos asentamientos coloniales, por las discrepancias que existen entre la tradición historiográfica y los escasos testimonios arqueológicos.

Mileto.– En esta colonización destacó la ciudad jónica de Mileto, que desde el siglo VIII a.C. tomó la iniciativa y fundó una serie de asentamientos coloniales en todas las costas desde la Propóntide hasta el Mar Negro. Entre las colonias milesias del siglo VII a.C. destacan Olbia, Abido, Cícico, Apolonia Póntica, Berezan-Borístenes, Sínope, Panticapea e Istria. La isla de Paros, a comienzos del siglo VII a.C., funda Tasos, expedición en la que interviene Arquíloco, que en sus poemas se queja de la aridez de sus tierras, pero no menciona sus minas de oro.

Con esta exposición se hace evidente que en la primera etapa colonizadora la búsqueda de tierras para cultivar era el objetivo prioritario junto con la riqueza pesquera. Más adelante se manifestó la provechosa situación estratégica que tenían algunas ciudades para conseguir ingresos complementarios de las actividades comerciales: por ejemplo, Calcedonia y Bizancio, fundaciones megarenses, que controlaban el Bósforo.

Las colonias megarenses.– Es posible que los megarenses siguieran el ejemplo de los milesios, que ya estaban asentados en el Helesponto, y colonizaron el Bósforo. De esta forma la actividad comercial y portuaria se unió a las ventajas de la explotación agraria del entorno. Hacia el 560 a.C., los megarenses fundaron Heraclea, colonia agrícola, donde la

población indígena, los mariandinos, fue reducida a dependencia como en Bizancio. Heraclea, a su vez, fundó posteriormente otras colonias.

Colonos e indígenas.– Las colonias griegas del Mar Negro son poco conocidas, aunque en las últimas decadas se ha propiciado por parte de los estados de la región excavaciones arqueológicas que han permitido profundizar en su conocimiento. En este sentido, se ha avanzado en las formas de integración que aparecen en las ciudades indígenas, tracias y escitas.

Son también relevantes los estudios sobre el impacto que la presencia griega ejerció sobre los asentamientos indígenas que rodean las *chorai de* las *poleis* griegas. En líneas generales, estas colonias estaban volcadas más hacia el mar que hacia el interior de sus territorios, con lo que no se produjo un control de los territorios indígenas del interior, sobre todo de la zona norte, como pone de manifiesto el mismo Heródoto (IV, 46-58). A pesar de todo, para los griegos era evidente la importancia económica de estas regiones, de las que se exportaban cereales, metales, cuero, madera y esclavos.

El norte de África

La Cirenaica.– El norte de África fue otra de las regiones elegidas por los griegos para la fundación de colonias. Hacia el 632 a.C. colonos de Tera, dirigidos por su *oikistes*, ocuparon la isla de Platea y posteriormente fundaron Cirene, en el norte de África, punto de partida de la expansión por la costa de la península Cirenaica. Heródoto (I, 163) ha transmitido en detalle esta fundación colonial por los terenses, que en los años cuarenta del siglo VII a.C., se vieron envueltos en una aguda lucha social. Los colonos fueron elegidos por sorteo: un varón por cada familia. Su fundador, Bato, obtuvo el título de rey y dio lugar a una dinastía hereditaria. La monarquía seguía existiendo en la isla de Tera en el momento de la fundación de la colonia.

La ciudad, emplazada en una zona muy fértil, basaba su economía en el cultivo de cereales y en la elaboración y exportación de productos de tipo culinario y medicinal. Además, era el punto de llegada de rutas caravaneras procedentes de la zona del Alto Nilo. A mediados del siglo VI a.C., llegaron a Cirene nuevos colonos atraídos por sus posibilidades económicas y ésto provocó luchas con los libios, a los que se les despojó de sus tierras, y la ruptura de las buenas relaciones que hasta entonces habían mantenido.

Egipto: Naucratis.– La presencia de los griegos en Egipto tuvo dos aspectos significativos: la actividad comercial y la de carácter militar, centrada en la actuación de mercenarios griegos al servicio de los faraones egipcios. De ambas tenemos noticias referidas por Heródoto. Las actividades comerciales de los griegos tuvieron su centro en la colonia de Naucratis, en el brazo occidental del delta del Nilo. Según Heródoto (II, 178-179), fue fundada en la época de Amasis (570-526 a.C.) y tuvo un carácter específico desde su fundación, debida a la iniciativa privada de un grupo de comerciantes procedentes de ciudades

griegas de Asia Menor e islas vecinas. Los griegos de esta colonia establecieron pactos que garantizaban las relaciones con los habitantes del territorio circundante.

El faraón egipcio ejerció siempre un control sobre Naucratis y a través de ella se canalizaba el comercio entre Egipto y el mundo griego. Allí las ciudades más importantes tenían santuarios dedicados a sus divinidades y existía además otro santuario, el Helenion, común a todos los griegos.

El auge de esta colonia se produjo a lo largo del siglo VI a. C: a esa fecha corresponde la mayor parte de los hallazgos arqueológicos aparecidos en las excavaciones, realizadas a comienzos del siglo XX, en las que se ha encontrado una ciudad egipcia al sur de la ciudad griega.

El extremo occidental del Mediterráneo

Tartessos y los griegos.– Desde finales del siglo VII a.C., los griegos penetraron en la parte más occidental del Mediterráneo, siguiendo las huellas de los fenicios. Los datos sobre Coleo de Samos, aportados por Heródoto (IV, 152), aluden a contactos con Tartessos a través de una ruta relacionada con los viajes de griegos a Cirene. Pactos con la realeza indígena permitirían establecer tales contactos y llevar a Samos importantes riquezas. Posteriormente, los habitantes de Focea, en la Jonia, llegaron a Tartessos y obtuvieron riquezas, aunque no se asentaron.

Massalía.– Como consecuencia de esta actividad cada vez mayor, los focenses fundaron Masalía en el 600 a.C., que se convirtió en el centro dominante de las actividades focenses en Occidente: de él dependían otras colonias como Emporion, factoría del territorio ampuritano, en ocasiones vinculada estrechamente al mundo indígena, del que se aprovisionaba para su subsistencia. Emporion es el único lugar seguro de penetración de la cultura griega en la península Ibérica de modo directo.

3. Consecuencias de la colonización

Estímulos políticos. — La colonización griega de época arcaica tuvo un significado trascendental en el desarrollo interno de las *poleis* griegas y en la historia general del Mediterráneo. Esta colonización estuvo estrechamente vinculada con la aparición y el desarrollo de las ciudades-estados griegas. Los diversos factores históricos influyen unos sobre otros de forma recíproca. La colonización fue motivada y estimulada por la falta de tierras y el reparto irregular de ella por parte de los *aristoi*, y también por la necesidad que esta aristocracia griega tenía de buscar formas alternativas de enriquecimiento, basadas en las actividades artesanales y comerciales.

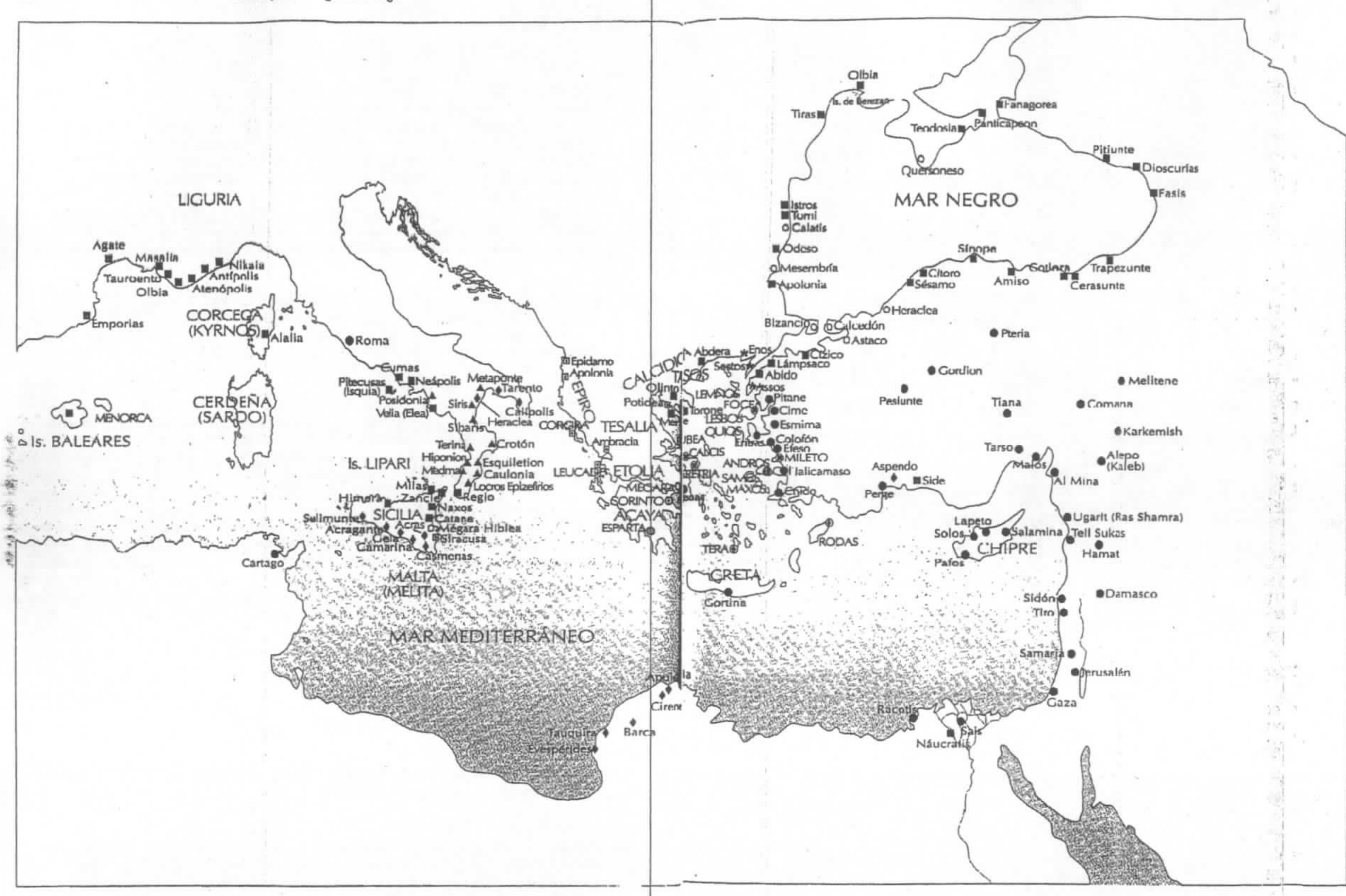
A esta situación se suma las transformaciones en el arte de combatir, que dan lugar al ejército hoplítico y a las demandas de los que forman parte de él por participar de lleno en la *politeia*. A su vez las colonizaciones incentivaron el desarrollo comercial, sobre todo, del comercio marítimo.

Estímulos comerciales.– Para la Grecia continental, que era un país árido, con pocas materia primas y cereales, la extensión del comercio tuvo consecuencias muy favorables para su propio desarrollo como *poleis*. La economía de las ciudades griegas, tanto metropolitanas como colonias, se desarrolló de manera muy rápida pero no homogénea. El enriquecimiento de sectores significativos de la población de las ciudades no comportó una contrapartida equivalente en el plano político, generándose nuevos conflictos. Las soluciones que se adoptarán variarán según los casos, pero fenómenos como las tiranías o los legisladores, que caracterizan gran parte del arcaismo griego, están relacionados evidentemente con el movimiento colonial.

Por otra parte, la exportación a regiones, ajenas hasta entonces a este modelo, de un sistema político que se estaba desarrollando además en ese mismo proceso de expansión, supuso una serie de innovaciones con respecto a los esquemas organizativos difundidos por los fenicios en el Oriente Mediterráneo.

Estímulos culturales.– De forma similar, de esta historia forman parte las relaciones que los griegos establecieron con el mundo indígena y los modelos de comportamientos de ambas partes, históricamente determinados por las formas de apropiación de la *chora* y por la capacidad de resistencia, reacción e integración del sistema social indígena. Esta situación dará origen en cada caso a diversos procesos de "helenización", que aportarán elementos novedosos a las poblaciones no griegas, de carácter material y cultural, que modificarán de formas distintas su situación anterior.

A pesar de que globalmente el proceso de desarrollo histórico de Grecia en esta época siguió una línea muy definida, sus particularidades locales presentan una serie de diversidades, que explican los diferentes fenómenos históricos que se dan dentro del cuadro general de la sociedad griega de la época arcaica.



4. LA COLONIZACIÓN GRIEGA, 750-550 a. C. (según H. Bengtson)

■ Colonias jonias ♦ Colonias dorias

* Colonias eolias ▣ Colonias corintias MILETO Nombre de Metrópoli

▲ Colonias aqueas ○ Colonias megáricas

CRONOLOGÍA

Sur de Italia

775-770	Pitecusa	(eubeos)
750	Cumas	(eubeos)
740	Region	(eubeos-mesenios)
720 ó 709	Síbaris	(peloponesios)
708	Crotona	(aqueos)
706	Tarento	(espartanos)

Sicilia

734	Naxos (calcidios)
733	Siracusa (Corinto)
727	Mégara Hiblea (Megara)
728	Leontinos (calcidios)
688	Gela
580	Agrigento

Costa septentrional del Mediterráneo

733	Corcira	
627	Epidamno	
620-600	Apolonia	(Corinto)
670	Tasos y Neápolis	
600	Potidea	(Corinto)

Zona del Mar Negro

med. s. VII	Abido, Olbia, Cízico, Sínope
660	Bizancio
fin s. VI	Heraclea Póntica

Norte de África

670 ó 630	Cirene
570	Naucratis

Mediterráneo Occidental

600	Massalía
600	Ampurias

BIBLIOGRAFÍA

General

ALVAR EZQUERRA, J., "Los medios de navegación de los colonizadores griegos", *AEA*, 52, 1979, pp. 67-87; BERARD, J., *L'expansión et la colonisation grecques*, París, 1960; BOARDMAN, J., *Los griegos en ultramar*, Alianza, Madrid, 1975; CASSON, L., *Los antiguos marinos*, Buenos Aires, 1969; DOMINGUEZ MONEDERO, A. J., *La polis y la expansión colonial griega (siglo VIII-VI)*, Síntesis, Madrid, 1991; LEPORE, E., "Ciudades-Estado y movimientos coloniales: estructura económica y dinámica social", *Historia y Civilización de los griegos. Orígenes y desarrollo de la ciudad I*, Barcelona, 1982, pp. 191-263; LEPORE, E., "Problemi dell' organizzazione della chora coloniale", *Problèmes de la terre en Gréce ancienne, M.* I. Finley, (ed.), París-La Haya, 1973; LEVEQUE, P., "Colonisation grecque et syncrétisme", *Les Syncrétismes dans les regions grecque et romaine*, París, 1973; MOSSÉ, Cl., *La colonisation grecque*, París, 1969; SANTOS, N., PICAZO, M., *La colonización griega. Comercio y colonización de los griegos en la antigüedad*, Madrid, 1980; TSETSKHLADZE, G. R. DE ANGELIS, F., (eds.), *The Archaeology of Greek Colonisation*, OUCA Monograph 40, 1994.

Acto fundacional y propaganda délfica

BOHRINGER, C., *Cultes et actes fondateurs de la cité grecque (8ème-7ème siècles)*, París, 1979; CORSANO, M., " Sparte et Tarente: le mythe de fondation d'une colonie", *Rev. Hist. Rel.* 1979, pp. 113-140; FONTEROSE, J., *The Delphic Oracle. Its Responses and Operations with a Catalog of Responses*, California, 1978; DEFRADAS, J., *Les thèmes de la propagande delphique*, París, 1972 (2); DELCOURT, M., *L'Oracle de Delphes*, París, 1955.

Relaciones con la metrópolis y con los indígenas

D'AGOSTINO, B., "Grecs et indigènes sur la cote tyrrhénienne au VII s. La transmission des idéologies entre élites sociales", *Annales (ESC)*, *32*, 1977, pp. 3 ss.; GRAHAM, A. J., *Colony and Mother City in Ancient Greece*, Manchester, 1964; ID., *Greek Colonists and Native Populations*, 1990; MARTIN, R., "Relations entre métropoles et colonies. Aspects institutionnels", *Misc. st. class. in onore di E. Manni*, Roma 1980; TORELLI, M., "Greci e indigeni in Magna Grecia; ideologia religiosa e rapporti di classe", *Stud. Stor*, 18, 4, 1977, pp. 45 ss.

Colonización de Italia y Sicilia

BERARD, J., *La colonisation grecque de l'Italie méridionale et de la Sicile dans l'Antiquité*, París, 1957; ID., *La Magna Grecia*, Turín, 1965; BERTOLDI, V., *Colonizzazione nell'antico Mediterraneo occidentale*, Nápoles, 1970; GRAHAM, A. J., "The Colonial Expansion of Greece"; "The Western Greeks", *The Cambridge Ancient History*, III, 3, Cambridge, 1982 (2); GRECO, E., "Dal territorio alla cittá. Lo sviluppo urbano di Taranto", *AION*, *3*, 1981, pp. 139 ss.; LACROIX, L., *Monnaies et colonisation dans l'Occident grec*, Bruselas, 1965; MOREL, J. P., "Greek Colonization in Italy and in the West", en *Crossroads of the Mediterranean*, Lovaina, 1984, pp. 123-161; VALLET, G., *Rhégion at Zancle. Histoire, commerce et civilisation des cités chalcidiennes du étroit de Messine*, París, 1958; ID., "La cité et son territoire dans les colonies grecques d' Occident", "Megara Hyblaea", *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París-La Haya, 1973.

Colonización del Norte de África

BRAUN, F. T. R. G., "The Greeks in Egypt", *The Cambridge Ancient History*, III, 3, Cambridge, 1982 (2); CHAMOUX, F., *Cyrène sous la monarchie des Battiades*, París, 1953.

Colonización de Tracia, la Propóntide y el Mar Negro

WASOWICZ, A., *Olbia, cité pontique*, Besançon, 1975; WASOWICZ, A., "Les indices de la civilisation et de l'hellénisation des cotes de la mer Noire dans l'antiquité", *DHA*, *6*, 1980, pp. 29 ss.

Colonización en la peninsula Ibérica

ARCE MARTÍNEZ, J., "Colonización griega en España: algunas consideraciones metodológicas", *AEA*, *52*, 1979, pp. 105-111; RIPOLL PERELLÓ, E., *Els Grecs a Catalunya*, Barcelona, 1983; RIPOLL, E., SANMARTÍ, E., "La expansión griega en la Península Ibérica", *II Congreso Internacional sobre las culturas del Mediterráneo Occidental*, Barcelona 1978, pp. 20 ss.

VII LA TIRANÍA EN ÉPOCA ARCAICA

Los autores antiguos ya señalaron que la tiranía aparecía vinculada esencialmente a un desequilibrio social, pero también la relacionaban con el engrandecimiento de las ciudades y el desarrollo del poder marítimo (Tucídides I, 13, 1). Este desequilibrio se refiere a los conflictos que se desarrollaron en las ciudades griegas durante los siglos VII y VI, expresión de la contradicciones que se habían generado en el proceso de formación de las *poleis*.

Una de las respuestas a ese desequilibrio fue el fenómeno de las colonizaciones, pero a su vez el movimiento colonial, que se desarrollaba de modo paralelo a la formación de la *polis*, influía en ésta promoviendo nuevas formas de intercambio y nuevas formas de actividades artesanales, situación que provocará nuevos problemas.

1. Factores de desequilibrios en la sociedad aristocrática y orígenes de la tiranía

Diversificación de las actividades económicas

Oligarquía agraria.- Entre el cúmulo de factores convergentes que han influido en la aparición de la tiranía destacan los cambios que se produjeron en el sistema productivo, que propiciaron la configuración de la clase hoplítica como la oligarquía de los propietarios de tierras. La base económica de las ciudades griegas era la agricultura y los grupos aristocráticos serán los que controlen la mayor parte de las tierras y las mejores. Ante esta situación, a los pequeños propietarios les sería muy difícil evitar el endeudamiento y una segura esclavización si no podían hacer frente a esa deuda.

Artesanía y comercio en las ciudades arcaicas.- En las *poleis* implicadas en el proceso colonizador se desarrolla una diversificación de las actividades económicas centradas en el comercio y en la artesanía, que paliará los efectos de la política agraria aristocrática, salvaguardando al campesino libre. La producción se diversifica y aumenta cuantitativamente, obteniéndose más rendimientos con la utilización de mano de obra servil, obtenida con la apertura de nuevos mercados.

Al tiempo que se extienden las actividades artesanales y comerciales en las ciudades, va aumentando el grupo de los *thetes*, formado por hombres libres que alquilaban su mano de obra a cambio de un salario en especie, *misthos*. A medida que se vayan consolidando

estas nuevas estructuras económicas, el *misthos* pasará a convertirse en una forma de pago y de distribución social.

También se van configurando grupos de comerciantes independientes de los *aristoi*, aunque en su origen hubiesen estado a su servicio, que serán los que en un futuro dirijan y controlen el comercio de las ciudades. Entre estos ricos comerciantes también podía haber aristócratas, como los Baquíadas de Corinto, y extranjeros establecidos en las ciudades. Todos tratarán de invertir parte de sus beneficios en tierras, instrumento de prestigio por medio del que intentan equipararse a la antigua nobleza terrateniente.

La moneda

Heródoto (I, 94) afirma que los lidios fueron los primeros en acuñar moneda en torno al último tercio del siglo VII a.C. Los datos arqueológicos también documentan que las acuñaciones lidias sirvieron de modelo a las primeras monedas griegas, pero sólo el desarrollo de la propia economía griega explica la generalización del sistema monetario a lo largo de todo el período.

La moneda tuvo una función polivalente. Evidentemente sirvió para facilitar las formas de pago en las operaciones comerciales a través de un patrón fijo por el que se evaluaba el valor de los productos, influyendo positivamente en el desarrollo del comercio exterior. Pero, además, la moneda juega un papel corrector en los desequilibrios surgidos en las formas económicas ciudadanas, ya que, por medio de ella, los que no intervienen de forma directa en la producción pueden obtener bienes. Aparece, por tanto, como instrumento de redistribución social a través del salario fijo y como garantía de la estabilidad de la *polis*, según las categorías morales que le atribuye Aristóteles.

Los legisladores y la crisis de la aristocracia

El fenómeno de los legisladores al igual que el de la tiranía forma parte de las transformaciones y de la crisis que se desarrollaba en el seno de la *polis* aristocrática. Son expresiones del desarrollo político interno de las *poleis*, al tiempo que intentan ser soluciones alternativas entre sí, en la evolución de la aristocracia griega.

En el marco de la conflictividad social que se desarrollaba en las ciudades como consecuencia del acaparamiento de tierras y acumulación de beneficios procedentes de las nuevas condiciones económicas relacionadas con el proceso colonizador y la navegación, se extiende el problema militar y la rivalidad entre familias aristocráticas. Se rompe la solidaridad aristocrática, fundamento de la *polis* en época arcaica, y las grandes familias compiten entre sí por conseguir el control de los bienes y clientelas poderosas. La respuesta vendrá por parte de miembros de los mismos círculos dirigentes, que intentarán con medidas legislativas corregir los abusos de poder de algunos de sus miembros y reequilibrar de nuevo la *politeia*, recuperando el papel equilibrador del *agora* como centro político, como *meson*.

Con este espíritu se redactaron en las ciudades griegas legislaciones, cuyos objetivos eran regular por escrito las formas de convivencia bajo un orden fijo establecido y una penalización para quien no las respetara. Esta actividad legislativa estuvo asociada al uso público de la escritura por parte de legisladores célebres, pertenecientes a la aristocracia y cuya finalidad era el control social.

En la Grecia colonial sobresalió Zaleuco (Locris) y Carondas (Catana). En Esparta y en Atenas es mejor conocida la actividad legislativa de Licurgo, Dracón y Solón. En Atenas la labor legislativa de Solón precedió a la tiranía; en otras ciudades, fue la tiranía la que sustituyó la actividad de los legisladores; hay casos en los que el tirano y el legislador se funden en uno sólo.

Concepto de tiranía

Este régimen político se basa en el poder personal del tirano, que asume todos los poderes y las funciones del gobierno de forma ilegítima, como consideran unánimemente los autores antiguos. El empleo del término *tyrannos* aparece por primera vez en Arquíloco (*frg*. 25) y, aunque no está directamente aplicado a Giges, existe una asociación en la mente del poeta entre la fortuna del rey lidio y la tiranía, como vislumbra Cl. Mossé. Por eso algunos autores creen que el vocablo tenía un origen lidio y de esta zona tomaría sus aspectos orientalizantes.

El tirano podía ser llamado también *basileys*, arconte, pritano, monarca, *aisimnetes*... Según el pensamiento político griego del siglo V a.C., el *tyrannos* es un usurpador que se sitúa al margen de las instituciones políticas del Estado y se presenta comúnmente como un demagogo, jefe popular, hostil a la aristocracia, y su actuación contribuirá a destruir no sólo el régimen aristocrático sino los cuadros sociales impuestos por esta aristocracia. En este sentido, *tyrannos* y *basileys* dejan de ser términos sinónimos y devienen en antitéticos.

Sus causas

Evidentemente la tiranía responde a una serie de rasgos más amplios de los que apuntan los autores antiguos. Sin embargo, Tucídides ya había señalado la importancia de comprender por qué la tiranía aparecía en un momento determinado de la historia griega arcaica y cuáles eran esos múltiples rasgos que la caracterizaban, para distinguirla de otras formas de tiranía que se implantaron en Sicilia y el resto del mundo griego en época clásica y helenística.

Es evidente que las causas de la tiranía son múltiples y diversas las formas de manifestarse en función de la realidad histórica de la crisis de la aristocracia en cada ciudad.

Unas veces el tirano era un aristócrata que lograba apropiarse del poder de quienes lo ostentaban, utilizando la reacción que habían suscitado; otras veces se trata de rivalidades entre familias aristocráticas, que podían llegar a provocar la usurpación del poder por alguno de ellos, apoyado por alguna facción y ante la pasividad o el apoyo del *demos*.

Por tanto, surge dentro del proceso histórico de desarrollo de las *poleis* y crea las bases de una evolución posterior. No son problemas concretos de personajes o de ciudades ubicadas en determinados territorios. Se presenta como una emanación de la aristocracia y una reacción contra ella. Constituyó un intento más de solucionar las contradicciones que se daban entre el desarrollo económico y la realidad política aristocrática que había derivado en la *stasis*, ya mencionada.

Por eso, cuando termina la tiranía se constata una ampliación del cuerpo político, es decir, del conjunto de ciudadanos que gozarán de derechos político y ocuparán un puesto en la Asamblea y que, en adelante, se confundirá con la masa de los hoplitas. De ahí que Aristóteles *(Pol.* IV, 1297b 15-28) la denomine de manera poco precisa como "república *(politeia)* de los hoplitas".

2. La tiranía en Grecia asiática y las Islas

En las ciudades costeras de Asia Menor y en las Islas, los aspectos orientalizantes de la tiranía se hacen más evidentes por su relación con los monarcas lidios y posteriormente con la monarquía persa. Las circunstancias que coadyuvaron a la instauración de la tiranía en Jonia no aparecen claras. Aristóteles *(Pol.* IV, 1310b 28) dice que los tiranos jonios establecieron su poder estando ya en posesión de una autoridad oficial, que ellos transformaron en un poder absoluto, por oposición a aquellos que llegaron a ser tiranos *ek demagogias*, pero la realidad histórica fue diferente.

Trasíbulo de Mileto

En Mileto aparece como tirano Trasíbulo, al que apoyarían los demás *gene* aristocráticos para luchar contra los lidios. Sin embargo Heródoto (I, 20) recoje una anécdota sobre el consejo que Trasíbulo dió a su amigo, el tirano Periandro de Corinto, en el sentido de cortar las espigas que sobresalieran del resto, a fin de mantener a la ciudad más segura bajo su poder. Esta noticia hizo pensar que su política fue antiaristocrática.

Mileto se convirtió en una próspera ciudad, fundadora de colonias en la ruta del mar Negro y cuna del pensamiento filosófico y científico en la corriente representada por Tales, Anaximandro y Anaxímenes. Había un enfrentamiento entre los ricos, *ploutis*, denominados también *aeinautai*, "los que siempre navegan", y la *betairía* de los *cheiromachai*, "los que combaten con las manos" (Plut. *Quast. Graec*. 32; *Moralia*, 298 c).

Estos vocablos expresan los conflictos entre los ricos propietarios de tierra, que disponían de naves para colocar sus productos en los mercados más rentables, y los hoplitas, propietarios medios y pequeños de tierra. Pero no se descarta la posibilidad de colaboración entre ambos, a pesar de esa rivalidad entre ellos, en relación con el problema con los persas. Esta tiranía terminó con un arbitraje persa en el 525 a.C., de forma que Histieo y Aristágoras ya no se pueden considerar tiranos, sino gobernadores vasallos de un soberano persa.

Pítaco de Mitilene

En Mitilene, isla de Lesbos, la *stasis* ya se constata desde principios de la época arcaica. También participó en el movimiento colonizador hacia el Helesponto y Tracia, dirigido por el *genos* aristocrático de los Pentélidas, que tenía el poder en la ciudad. Existían otros *gene* aristocráticos, a uno de los cuales pertenecía la familia del poeta Alceo, cuyos poemas ensalzan a la aristocracia y permiten reconstruir aspectos importantes de las querellas entre los diversos *gene* y sus clientelas respectivas. Hacia el 610 a.C., un tirano llamado Melancro fue expulsado por facciones aristocráticas, de las que formaban parte Pítaco, Alceo y su hermano. Posteriormente Mirsilo se alza con el poder tiránico hasta su muerte, celebrada por Alceo.

Pítaco obtuvo un gran prestigio en la guerra que Mitilene sostuvo contra la colonia ateniense de Sigeo por dar muerte a Frinón. Posiblemente por ello recibió el encargo como *aisymnetes* de mediar en los conflictos de la ciudad. Alceo lo ataca llamándolo plebeyo y tirano, pero la tradición lo incluye entre los "siete sabios" de Grecia. De él se cuenta además que moderó el lujo y el gasto de los aristócratas y limitó sus competencias. Rechazó la riqueza ofrecida por los lidios, que sí aceptaría Alceo, y Diodoro (*frag*. I. IV) nos transmite que "distribuyó a cada uno una parte igual, diciendo que el igual valía más que el más".

Polícrates de Samos

En Samos, hasta mediados del siglo VI a.C. no apareció la tiranía de Polícrates (544-533 a.C.). Dominaban en la isla los *geomoroi*, una aristocracia de grandes terratenientes, y antes de la tiranía la isla se debatía en una gran conflictividad social, de la que quiso sacar partido un tal Demoteles de forma fallida. Fue Polícrates el que impuso la tiranía con el apoyo de los hoplitas, pero su actividad económica estaba volcada hacia el mar, posiblemente heredando la actividad de otros famosos aristócratas como Coleo. Tenía una flota de cien naves y mil arqueros; durante su gobierno la isla llegó a su máximo esplendor y se construyó el templo de Hera, que marcaba los límites de la ciudad.

Sin embargo, el sabio Pitágoras, que vivía en la isla cuando Polícrates tomó el poder, se marchó de Samos por su oposición a todo signo de desmesura, representado por el tirano. En su época Samos llegó a controlar la política exterior entre las ciudades griegas de su entorno y estados del oriente del Mediterráneo, sirviendo de freno a la amenaza persa. Mantuvo buenas relaciones con Amasis de Egipto, aunque posteriormente, temeroso de su poder, rompió el pacto y envió tropas mercenarias a los persas, resistiendo de forma ejemplar a su poderío. En algunos aspectos anuncia al tirano de época clásica.

A raíz de su trágica muerte a manos del gobernador persa de Lidia, Meandro asumió el poder por un breve tiempo, en el que intentó plasmar su proyecto democrático, basado en la máxima: "poner el poder en común y proclamar la igualdad". Este intento fue abortado por los intereses aristocráticos, que se impusieron, de nuevo, de la mano del tirano Silosón, hermano de Polícrates, y ayudado por los persas.

Así terminó la independencia de Jonia. Las ciudades griegas caían en manos de tiranos, que eran verdaderos gobernadores persas, y no tenían ninguna relación con los demás tiranos griegos.

Lígdamis de Naxos

La isla de Naxos, la más importante de las Cícladas, no está ubicada junto a las costas minorasiáticas, pero convencionalmente su tiranía se incluye en esta zona. Heródoto y Aristóteles nos informan de la tiranía implantada por el aristócrata Lígdamis en el siglo VI a.C., de la que a pesar de ello se conoce poco. Tuvo relaciones con Polícrates y con Pisístrato, al que ofreció gran cantidad de recursos y tropas mercenarias, por lo que recibió su ayuda como tirano. Una expedición militar espartana puso fin a la tiranía y se estableció un régimen oligárquico, al que Heródoto llama el de "los gruesos".

3. La tiranía en el Peloponeso y en el Istmo

Fidón de Argos

Según referencias cronológicas, la tiranía de Fidón en Argos fue el primer ejemplo de esta forma de gobierno en toda Grecia. Esta ciudad tenía una preeminecia militar, que fue demostrada ante los espartanos en su proceso expansivo desde el siglo VIII a.C. Por ello, posiblemente es cierto que fueron los primeros que utilizaron el armamento hoplítico, del que hay referencias oraculares y hallazgos arqueológicos. Aristóteles (*Pol.* 1310b) dice que Fidón se hizo tirano desde la monarquía argiva, heredero de Témeno, y esta cuestión plantea problemas de datación, que se debaten entre una cronología alta, fijada a mitad del siglo VII a.C. (A. Andrewes), y una baja, a comienzos del siglo VI a.C.

Pretendía recuperar los dominios conquistados por los Heráclidas, los reinos de Agamenón y Diomedes, al norte del Peloponeso. Como rey rompió con la solidaridad aristocrática al apoyarse en los hoplitas y obtener el apoyo de grupos clientelares formados a raíz de su expasión territorial. Durante su gobierno se produjo un importante desarrollo económico en Argos, reflejado en los contactos con Oriente y expresado en su sistema de pesas y medidas, que sirvió de modelo a muchas ciudades griegas en esta época.

Los Cipsélidas de Corinto

La prosperidad corintia.– Esta ciudad del Istmo era el centro de la elaboración de la célebre cerámica protocorintia y corintia a mitad del siglo VIII a.C. Poseía conocimientos sobre las nuevas técnicas artesanales y controlaba las rutas comerciales del Oeste-Este y las comunicaciones entre el norte de Grecia y el Peloponeso. Su industria naviera participó en el movimiento colonizador y colaboró en la fundación de diversas colonias ultramarinas, que impulsaron el crecimiento de la industria y el comercio en la *metropolis*.

Cípselo.– Este proceso fue dirigido por su aristocracia, formada por los Baquíadas, que llegaron a formar una dinastía de carácter tiránico, a la que se enfrentó Cipselo, hijo de una mujer del mismo *genos* y de un padre del *demos*. Cipselo, posiblemente desde su cargo de polemarco y con el apoyo del *demos* de hoplitas, se hizo con el poder hacia el año 655 a.C.; treinta años después fue sucedido por su hijo Periandro.

Las fuentes son contradictorias sobre la valoración que hacen de su gobierno. Heródoto le considera un cruel tirano y, en cambio, otras tradiciones consideran que su acción se debe a la decisión del oráculo de Delfos, que en su caso se expresó de acuerdo con eliminar a los *monarcas* Baquíadas a favor de una nueva generación salvadora. En la base del oráculo, al margen de su veracidad, late el problema de la *stasis*, que propiciaría la instauración de la tiranía.

Igualmente es significativa la relación entre ejército y *demos* que se da en las rivalidades internas del *genos*, en una competencia por el poder que prestigió a Cípselo, pero no a su hijo Periandro, a quien la tradición considera como un tirano cruel y despótico, a pesar de que otras versiones lo incluyen entre los "siete sabios" junto a su contemporáneo Solón.

E. Will supone que confiscó tierras a la aristocracia y le atribuye repartos de tierras. Además llevó a cabo una política impositiva, difícil de determinar, dada la precariedad de la documentación al respecto, pero que E. Will determina como un diez por ciento sobre la renta. Una dificultad más reside en saber el destino de la *eisphora*: ¿ayuda a los campesinos pobres, financiación de política colonial y comercial o consagración de los bienes de los corintios a Zeus, según Aristóteles (*Econ.* l. II)?

Periandro.– Su hijo Periandro continuó con la política colonizadora y comercial de su padre, y además se le atribuye un amplio programa de obras públicas, documentado por la arqueología, que aumentó el esplendor de Corinto. S. Mazzarino no duda en atribuir a Periandro la dirección de una política egea global.

La tiranía en Argos, tras la muerte de Periandro, continuó tres años más con su sobrino Psamético, que murió asesinado en una sublevación. Posteriormente se consolidó un sistema oligárquico, denominado como *isokratia* por Heródoto, que evitó el protagonismo exclusivo de las grandes familias y vinculaba el poder político a la capacidad económica.

Los Ortagóridas de Sición

Ortágoras.– Sición era una pequeña ciudad-estado situada en el golfo de Corinto. La tiranía fue instaurada por Ortágoras, pero las acciones más significativas del régimen se atribuyen a su sucesor Clístenes, abuelo de Clístenes el ateniense. Como en el caso anterior se elaboró *a posteriori* un oráculo délfico para legitimar el poder tiránico ante las familias nobles, en el que se presentaba a Ortágoras como cocinero. Desde su humilde origen ascendió hasta ocupar el cargo de polemarco, trampolín que le permitió proclamarse tirano en el 650 a.C. con el apoyo popular.

Aristóteles (*Pol.* 1315b) vierte una opinión favorable sobre esta tiranía, aludiendo a su moderación, respeto a las leyes y preocupación por el pueblo.

Clístenes.- La actuación de Clístenes se presenta como más clara y revolucionaria. Llevó a cabo una reforma del sistema tribal y un cambio en su denominación, atribuyéndole nombres alusivos a los animales. Estas medidas, más que expresar un sentido racial anti-dorio, según A. Andrewes, difícil de determinar, están relacionadas con una reforma de la estructura militar en un contexto de enfrentamiento con la vecina Argos. Además posiblemente la redistribución de la población en nuevas tribus tenga una finalidad política, poniendo de manifiesto el carácter anti-aristocrático de su régimen, al tratar de romper la solidaridad aristocrática existente entre los miembros de tribus homónimas en Sición y en Argos, como indica A. Domínguez Monedero. El nombre que atribuye a la tribu a la que él pertenece, *arquelaos*, "jefes del pueblo en armas" (*Herod.*, V, 68), puede confirmar esta idea.

Otras medidas importantes llevadas a cabo por el tirano Clístenes fueron la prohibición de recitar los poemas homéricos, ya que en ellos, según Heródoto (V, 67), se celebraban a los héroes argivos, y la sustitución del culto al héroe Adrasto por el de Menalipo, enemigo de aquél en la tradición. Esta actuación expresa la utilización política de la épica homérica, en donde se exaltaban las formas aristocráticas por parte de la tiranía para enfrentarse a miembros de familias aristocráticas en cuyas manos estaba el control ideológico y organizativo de la ciudad.

Sin embargo, Clístenes mantendrá buenas relaciones con los Alcmeónidas atenienses y otras familias de la aristocracia griega, hecho que propicia en Heródoto una opinión favorable. Además intentó recuperar las tradiciones míticas al ofrecer su poder y la mano de su hija Agariste al vencedor de la carrera de carros en los Juegos Olímpicos (*Herod.* VI, 126 s).

El final de la tiranía parece debido a una injerencia espartana, en un contexto de expansión por el Peloponeso y de necesidad de comunicarse por tierra con el golfo de Corinto. Sición desde mediados del siglo VI a.C. se convirtió en un estado oligárquico.

Teágenes de Mégara

La ciudad de Mégara, situada en una fértil llanura en el Istmo de Corinto y con dos puertos a ambos lados, tuvo una activa participación en las expediciones colonizadoras. En el origen de su régimen tiránico también se entremezclan causas en torno a la falta de tierras y desarrollo comercial y artesanal, que proporcionaba grandes beneficios a las familias aristocráticas. De nuevo, pues, aristocracia y campesinado aparecen involucrados en este episodio de la tiranía, del que las fuentes nos informan muy escasamente.

Según la tradición Teágenes instauró la tiranía con el concurso del pueblo, al que apoyó en sus reivindicaciones contra los aristócratas que habían monopolizado la tierra común. Fue colaborador de Cilón el ateniense, aunque tuvo conflictos con él por la posesión de la isla de Salamina, recuperada definitivamente por los atenienses.

La tiranía fue reemplazada por una oligarquía moderada y dedicada al comercio, que en el el siglo VI a.C. disputará a Atenas la hegemonía en el norte del mar Egeo.

4. SIGNIFICADO DE LA TIRANÍA

Tucídides dice que "cuando Grecia se hacía más poderosa y trataba de adquirir más riquezas que antes, surgieron en general tiranías en las ciudades (antes había monarquías hereditarias con atribuciones limitadas, y los griegos comenzaron a equipar escuadras y a ocuparse del mar con mayor empeño" (I, 13, 1). El historiador relaciona la aparición de los regímenes tiránicos con el desarrollo del poder marítimo de ciertas ciudades y en una etapa histórica determinada.

Sin embargo, hay que matizar ciertas afirmaciones de Tucídides para entender el significado de la tiranía y sus características en el contexto histórico global.

Trasfondo social.- Generalmente la tiranía aparece en las ciudades más ricas y evolucionadas y genera en esas *poleis* un período de esplendor e influencia. Aparece unida a las transformaciones en la estructura social de estas ciudades, transformaciones que no son fáciles de determinar, pero que se traducen casi siempre en los mismos fenómenos: desequilibrio social, crisis agraria y hostilidad hacia la aristocracia.

Ilegitimidad.- La tiranía presenta una serie de cambios de una ciudad a otra en cuanto a las condiciones en que surge, las formas que toma y los resultados a los que desemboca. El tirano aparece siempre como un usurpador, que sustituye por la fuerza las antiguas instituciones. Esta ilegitimidad viene dada porque su acceso al poder se realiza en un contexto de fuerza, expulsando a los que detentaban el poder. En algunos casos, como hemos visto, el tirano utiliza un cargo constitucional para su provecho y el de sus partidarios.

Fortalecimiento del demos.- La tiranía, al destruir los privilegios de la aristocracia y al sustituirla, creaba las condiciones de la existencia del *demos*, como realidad jurídica y como cuerpo político soberano en el interior de la *polis*, al margen del régimen político que se instaure posteriormente. En este sentido, la tiranía es una respuesta del *demos* a la crisis, y será el que se beneficie ulteriormente del poder tiránico.

Crisis de la aristocracia.- Los tiranos pertenecían a familias aristocráticas, hecho que posibilitaba su acceso a las magistraturas de la ciudad: pritanía, polemarquía, desde las que actuaban posteriormente. Este hecho expresaba los conflictos que se daban entre los *gene* aristocráticos, pero el éxito de estos *aristoi*, que se revelan contra su grupo social, sólo se explica por el descontento generalizado en la población hacia el gobierno aristocrático.

CRONOLOGÍA

	Grecia asiática y las Islas	Peloponeso e Istmo
655-625		Cípselo de Corinto
ca. 650		Fidón de Argos
ca. 650		Ortágoras de Sición
650-600		Teágenes de Mégara
625-585		Periandro de Corinto
fin s. VII-525	Trasíbulo de Mileto	
ca. 610	Melancro de Mitilene	
fin s. VII	Mirsilo de Mitilene	
s. VI	Pítaco de Mitilene	
600-565		Clístenes de Sición
585-583		Psamético de Corinto
544-533	Polícrates de Samos	
h. 550	Ligdamis de Naxos	

BIBLIOGRAFÍA

General

ANDREWES, A., *The Greek Tyrants*, Londres, 1956; BRACCESI, L., "Las tiranías y los desarrollos políticos y económico-sociales", R. Bianchi Bandinelli (dir.), *Historia y Civilización de los Griegos*, Vol. II, Barcelona, 1978, pp. 11-63; DOMINGUEZ MONEDERO, A., *La polis y la expansión colonial griega. Siglos VIII-VI*, Ed. Síntesis, Madrid, 1991; DREWS, R. "The first Tyrants in Greece", *Historia*, 1972, pp. 129-144; LANZA, D., *Il tiranno e il suo publico*, Turín, 1977; MOSSÉ, Cl., *La tyrannie dans la Grèce antique*, París, 1969; MURRAY, O., *Grecia Arcaica*, Madrid, 1983; MUSTI, D., *Storia Greca*, Ed. Laterza, Roma-Bari, 1989; PLACIDO, D., "La crisis del poder político: legisladores y tiranías. Los nuevos factores económicos", *Grecia. 2. Historia Antigua*, Madrid, 1992, pp. 289-297.

La tiranía en la Grecia asiática y las islas

SAYAS, J. J., "Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico", *Historia del Mundo Antiguo*, Akal, Madrid, 1988; SHIPLEY, G., *A History of Samos, 800-188 b. C.*, Oxford, 1987; WHITE, M., "The Duration of Samian Tyranny", *JHS* 1954, pp. 36 ss.

La tiranía en el Peloponeso y en el Istmo

KELLY, T., *A History of Argos to 500 b. C.*, Minneapolis, 1976; BARRON, J. P., "The sixth Century Tyranny at Argos", *Class. Quart*. 1964, pp. 210-229. LEABY, D. M., "The Dating of the Orthagorid Dynasty", *Historia* XVII (1968), pp. 1-23; LEGON, R. P., *Megara. The Political History of a Greek city-state to 336 b. C.*, Ithaca, 1981; OOST, S. I., "Cypselus the Bacchiad", *Cl. Ph*, 67, 1972, pp. 10 ss.; GITTI, A., "Clistene di Sicione e le sue riforme", *Mem. Accad. Lincei*, 1929, pp. 607 ss.; SALMON, J., *Wealthy Corinth: a History of the City to 338 b. C.*, Oxford, 1984; WILL, E., *Korinthiaka*, París, 1955.

VIII ESPARTA EN ÉPOCA ARCAICA

1. ORÍGENES DEL ESTADO ESPARTANO

Esparta y Atenas

La historia de Esparta y de Atenas y las relaciones conflictivas entre ambos estados ocupan prácticamente todo el período de la época clásica griega, planteando un problema historiográfico de difícil solución. Evidentemente no son las únicas *poleis* protagonistas en la historia del mundo griego, pero la propia naturaleza de las fuentes, volcadas en el análisis de esos dos estados, condiciona nuestro conócimiento presente de las demás ciudades de Grecia, de las que tenemos menos referencias.

Si bien es verdad que en época clásica el escenario del mundo griego queda dividido, aunque de forma matizada, entre estas dos potencias del momento, dada su hegemonía real sobre las demás ciudades, para época arcaica la situación es más plural y muchas ciudades, colonias y metrópolis jugaron un papel significativo por sí mismas en el panorama de Grecia y del Mediterráneo.

En Atenas la evolución de la sociedad desembocó en un régimen democrático, que le permitió alcanzar un gran protagonismo cultural y mediatizó incluso la imagen que las fuentes mayoritariamente presentan de Esparta.

En Esparta por el contrario se consolidó un régimen aristocrático, que, aunque antagónico al de Atenas, era muy admirado por los sectores oligárquicos atenienses y por los del mundo griego en general.

El marco geográfico

La región de Laconia o Lacedemonia constituye el territorio en el que surge Esparta. Se encuentra situada en un valle muy fértil, irrigado por el río Eurotas, al sureste del Peloponeso, y rodeada por cadenas montañosas, las cordilleras del Taigeto, al oeste, y la del Parnón, al este. Ambas montañas terminan en dos largas penínsulas, entre las que se sitúa el golfo de Laconia.

El valle del Eurotas limita al norte con la Arcadia, al oeste con la llanura de Mesenia y al noreste con la Argólide. A raíz de la conquista de Mesenia en el siglo VII a.C., Esparta ocupó la parte meridional del Peloponeso y fijó definitivamente sus fronteras como esta-

do. Esta situación geográfica, montañosa e inaccesible, y con una costa abrupta poco propicia para el desarrollo de la navegación influyó evidentemente en su evolución histórica.

Fuentes

El mito de Esparta.– Las fuentes para conocer el origen y el desarrollo de Esparta son escasas y presentan muchas dificultades de interpretación. Desde la Antigüedad se ha transmitido la imagen de una Esparta ideal, capaz de evitar la tiranía, y sistema excepcional dentro del confuso panorama del mundo heleno arcaico. Este "espejismo espartano" fue propiciado por la enemistad que se produjo entre Atenas y Esparta a partir del siglo V a.C.

Esta situación, que formaba parte de las rivalidades políticas de época clásica entre oligarcas y demócratas, permitió presentar a Esparta como modelo político ideal y digno de imitación por los sectores oligárquicos atenienses. Sin embargo, esta imagen distorsionada no sirve para explicar los conflictos y rivalidades en época arcaica, producto de circunstancias históricas diferentes.

La lírica arcaica.– En Esparta la lírica griega está representada por dos extraordinarios poetas que vivieron durante los siglos VII y VI a.C., Tirteo y Alcmán. Sus poemas se hacen eco de la situación política y social por la que atravesaba Esparta en ese período, y constituyen unos materiales inestimables para el análisis de los valores y control ideológicos de la aristocracia espartana.

Las corrientes proespartanas.– Dentro del pensamiento político griego se fue extendiendo una corriente laconófila, de la que no pudieron escapar los historiadores griegos. Jenofonte, Platón y Aristóteles posiblemente sean los más representativos de esta tendencia proespartana. También las obras de Heródoto y Tucídides aparecen contaminadas de esa tendenciosidad, pero sus textos son los de mayor relevancia para el análisis histórico y su interpretación. Asimismo son de gran valor para el historiador la obra de Pausanias, *Descripción de Grecia*, y la *Vida de Licurgo* escrita por Plutarco, que aportan valiosos datos sobre el origen del estado espartano, a pesar de su tendenciosidad e incoherencias.

Por otra parte, los testimonios de la arqueología han hecho avanzar de forma significativa nuestro conocimiento de las bases materiales de la cultura espartana.

La época micénica

En los poemas homéricos aparecen los nombres de Esparta y de Lacedemonia relacionados con el rey legendario Tíndaro y con su sucesor Menelao, esposo de Helena y hermano de Agamenón de Micenas.

Así Esparta se insertaría en el marco de la civilización micénica con un cierto protagonismo, pero los hallazgos arqueológicos encontrados en la antigua ciudad tan sólo han

constatado restos muy pobres del edificio llamado *Menelaion*. Esta construcción se identifica como el palacio del rey, correspondiente al Micénico pleno (siglo XIV-XI a.C.). También hay restos del santuario de Amiclas en el sureste de Esparta, donde se estableció el culto a Apolo. Más al sur se descubrió una necropolis micénica con tumbas en forma de colmena y ajuares funerarios, entre los que destacan vasos de oro tallados. El resto del territorio parece que quedó despoblado hacia el 1100 hasta mediados del siglo VIII a.C.

Los dorios en el Peloponeso

El "Retorno de los Heráclidas".– La tradición legendaria relaciona la formación del estado espartano con el mito del retorno de los Heráclidas, de los que se hacían remontar los reyes espartanos, con lo que se recrea la imagen de Esparta como una ciudad eminentemente doria. El dialecto dorio y la existencia de las tres tribus, Hileos, Dímanes y Pánfilos, que también se constatan en otras ciudades de origen similar, son huellas del proceso migratorio dorio. Sin embargo, la clase dominante se considera doria de procedencia, pero predoria en cuanto que era heredera de los Heráclidas, que reivindicaban el territorio del que habían sido expulsados. Esta ambigüedad explica la respuesta en el siglo VI a.C. del rey Cleomenes a la sacerdotisa de la Acrópolis de Atenas, que quería expulsarlo por ser dorio. Cleomenes afirma con contundencia que él no es dorio sino aqueo; es decir predorio (*Herod.* V, 72).

Según los datos que proporcionan las fuentes históricas, los dorios tardaron bastante tiempo en irse afianzando en el territorio laconio y sacarlo del aislamiento en el que había caído después de la civilización micénica. La ocupación de Laconia fue acompañada por un largo período de luchas internas y externas. La arqueología muestra que fue durante la época homérica cuando se produjo este proceso. Tucídides dice que transcurrieron por lo menos cien años desde la entrada de los dorios en el Peloponeso hasta la formación del estado espartano.

Las obai.– A lo largo de este período los dorios van configurando una nueva forma de organizarse territorial y socialmente, cuyos resultados serán ya visibles en el siglo VIII a.C. Se asentaron en los cinco distritos o aldeas *(obai)*, que formaban el territorio de Laconia: Pitana, Mesoa, Konosura, Limnai y Amiclas. Esta quinta aldea fue la última en unirse al sinecismo para formar la *polis* de Esparta. Amiclas era un centro de tradiciones religiosas de gran prestigio que remontaban a tiempos micénicos. Posiblemente, esta última unificación, que se realizaría entre Amiclas y la primera agrupación de las otras *obai*, explicaría la diarquia espartana, ya que Amiclas pudo conservar su propia *basileia*.

Este sistema de unificación y centralización de las aldeas estaría relacionada con las necesidades militares para la ocupación del territorio y dominación de la población anterior. Por tanto, en todo este proceso se van fraguando las condiciones necesarias para que cristalicen las diferencias sociales entre los espartiatas y los hilotas y su modo peculiar de explotación del trabajo.

La Primera Guerra Mesenia

Incorporación de Mesenia.– Cuando las fuentes históricas hablan de la Primera Guerra Mesenia, esta región atravesaba por una situación de luchas internas entre las comunidades y no constituía aún una unidad política. La tradición situa la primera campaña en época del rey Teopompo, a finales del siglo VIII a.C., a raíz de la cual una parte sustancial del territorio mesenio se incorporó al estado espartano y sus habitantes se convirtieron en hilotas. Esta guerra había sido precedida, durante el reinado de Teleclo, por asentamientos coloniales en Mesenia, que provocaron el rechazo de los mesenios y la muerte del rey espartano.

Enfrentamiento con Argos.– El enriquecimiento que la conquista mesenia proporcionó a Esparta levantó recelos en Argos, que por entonces controlaba el borde oriental del Peloponeso y parte del Egeo, y se produjo un enfrentamiento entre ambas ciudades aunque sin graves consecuencias. Esparta se concentraba en la conquista del norte de Mesenia, que provocó una resistencia de mesenios en el monte Ítome y la sumisión voluntaria de comunidades que alcanzaron el *status* de periecos y quedaron excluidas de la formación de la comunidad política.

El esplendor arcaico.– La prosperidad que alcanzó Esparta a finales del siglo VIII a.C. se observa en las ricas ofrendas que la aristocracia espartana depositó en el templo de Ártemis Ortia. También en el santuario de Menelao abundan las ofrendas dedicadas a Helena. El estilo orientalizante y el comercio de lujo se desarrolla y permite la presencia de artistas espartanos en Olimpia celebrando con sus objetos a los vencedores en los juegos.

Se desarrolla la escritura laconia y el gusto por la cultura se traduce en la presencia, a comienzos del siglo VII a.C., de poetas extranjeros participando en las fiestas de la ciudad, en las que se celebra a los vencedores. Esta situación es reflejada en los poemas de Tirteo y Alcmán, que nos transmiten la imagen de una Esparta abierta al exterior, de vida alegre y amigable.

Fundación de Tarento.– Sin embargo, desde la mirada de los explotados la realidad es diferente. En el año 706 a.C., se funda Tarento por parte de los *partenios*, que se llamaban a sí mismos "hijos de vírgenes", es decir, de padres no reconocidos. Este grupo había quedado, por ello, marginado en el proceso de consolidación de la comunidad política y, al no recibir tierras en los repartos, organizó una rebelión. El oráculo de Delfos les aconsejó entonces la fundación de Tarento.

La Segunda Guerra Mesenia

Tirteo.– La evidencias más fiables de la Segunda Guerra Mesenia se contienen en los poemas de Tirteo, que tomó parte en ella. Su datación es problemática, pero tendría lugar a mediados del siglo VII a.C. y estaría provocada por la rebelión que se produjo por parte de los mesenios conquistados. Tirteo en sus poemas exhorta a los soldados a combatir a los mesenios, poniendo de manifiesto que el ejército en el que están encuadrados responde a la estructura de la falange hoplítica frente al antiguo ejército tribal.

La lucha por la Tireátide.– Este hecho sirve para esclarecer la cronología de la propia guerra, ya que en el 669 (*Paus.* 2. 47, 7) tuvo lugar un enfrentamiento entre Argos y Esparta por el territorio de la Tireátide, al noroeste de Laconia, en el que fue derrotado el ejército espartano. Esta victoria argiva suele atribuirse a la superioridad de su ejército hoplítico desarrollado en época de Fidón, frente al ejército espartano que todavía se hallaba en fase de formación. Así la Segunda Guerra Mesenia habría comenzado a mediados del siglo VII y, más concretamente, entre el 650 el 640 a.C.

La conquista final de Mesenia significó la fijación definitiva del territorio Esparta hasta el siglo IV a.C. y la configuración de un sistema constitucional determinado.

2. Organización política del estado espartano

La constitución espartana

La politeia.– El vocablo griego *politeia* se traduce normalmente por constitución, que tiene un significado más restrictivo, ya que *politeia* se refiere a la total organización política, social y educativa del estado espartano. El conjunto de estas instituciones, que dio pie a la creación de una imagen idealizada de Esparta, se expresa en un texto, *Retbra*, transmitido en su forma arcaica en la *Vida de Licurgo* de Plutarco.

Licurgo.– Como dice Plutarco (*Licurgo*, I, 1): "respecto de Licurgo, el legislador, nada puede decirse que no sea discutible", sin embargo los antiguos atribuían a este legislador legendario el texto escrito de la constitución espartana. Según la tradición, Licurgo, después de viajar por otras ciudades y estudiar sus constituciones, elaboró una normativa para su *polis*.

Las fuentes sobre la figura de Licurgo son poco claras y contradictorias. En Esparta se le rendía culto como dios de la luz. Tirteo transmite la idea de que la constitución fue concedida a los espartanos directamente por Apolo. Esta referencia está de acuerdo con lo que dice Heródoto sobre el viaje de Licurgo a Delfos, donde los sacerdotes le recibieron como a un ser divino.

Es evidente que el Licurgo que presentan las fuentes no es un personaje histórico; sin embargo, dentro de la constitución espartana hay una serie de elementos que debieron ser introducidos de manera simultánea como consecuencia de la situación conflictiva por la que atravesaba Esparta a comienzos del siglo VII a.C., relacionada con su derrota en la batalla de Hisias, en el 669 a.C. por el ejército argivo, y con las guerras mesenias.

La Rhetra.– La *Rhetra* transmitida por Plutarco y atribuida a Licurgo, es la constitución política griega escrita más antigua que se conserva. En ella se contemplan varios fenómenos organizativos: la distribución de la población en tribus y *obai*, la institución de la *gerousia* o consejo de ancianos, la confirmación de dos reyes y la organización de la asamblea o *Apella*. Tirteo (*frag.* 3) define las funciones de cada institución.

Plutarco añade que los reyes Polidoro y Teopompo le añadieron una "clausula adicional", por la que las decisiones del pueblo quedaban sometidas a la aprobación de los ancianos y de los reyes, que podían disolver la asamblea si sus medidas eran *erradas*. Unos versos de Tirteo, citados por el propio Plutarco, presentan un contenido similar y aluden al sometimiento de la oligarquía a las decisiones de reyes y ancianos.

Asimismo la *Rhetra* contemplaba el problema de la tierra, el sistema militar, *enomotiai*, y las comidas en común, *syssitia*. El resultado de todo ello sería el establecimiento en Esparta de la *eunomia*, el buen gobierno, y sus ciudadanos se denominarían *homoioi*, "iguales". Sin embargo, Heródoto cree que a pesar de todo continuó la *kakonomia* hasta el siglo VI a.C., época de los reyes León y Agasicles, en que se instauró la *eunomia* a raíz de la conquista de Tegea y la consolidación del hilotismo sobre una organización política de gran rigidez. Esta situación terminaría por afectar incluso a los propios espartiatas, como se constata por la arqueología y por las listas de vencedores olímpicos.

El problema de la datación de la *Rhetra* está relacionado con su contexto histórico. La tradición antigua se inclina por una fecha muy temprana para Licurgo (s. IX a.C.), pero es evidente que una ley escrita tan compleja no puede ser anterior al siglo VII a.C. y así lo avala el contenido de sus normas en relación con la realidad histórica.

Los reyes

El estado espartano estaba constituido de manera militar y a su frente había dos reyes. Su régimen no era propiamente una monarquía sino una diarquía.

Los dos reyes espartanos pertenecían a dos dinastías distintas: la de los Agíadas y la de los Euripóntidas. Según la tradición heroica descendían de dos hijos gemelos de un rey legendario, noticia evidentemente falsa, ya que pertenecían a linajes distintos y con lugares de enterramientos por separado. Se han dado otras opiniones referidas, bien a una dualidad étnica o una división tribal, ninguna convincente. La explicación más razonable es la de su relación con el fenómeno del sinecismo en su última fase de agrupación en torno a Amiclas, que conservaría su realeza.

Los poderes de los reyes eran vitalicios y colegiados y de ellos tenemos la información descrita por Heródoto (VI, 56-57). Eran los jefes militares supremos dentro del estado espartano, funciones típicas de los *basileis* homéricos. Este poder supremo tan sólo podía ejercerlo plenamente durante las campañas militares en las que dirigían el ejército.

En época de paz su papel dentro del estado era bastante reducido: formaban parte de la *gerousia* y desempeñaban ciertas funciones religiosas como sacerdotes de Zeus. Su

inclusión en la *Gerousia* hacía que tuvieran poderes judiciales, pero sólo como miembros de ella. También ejercían una cierta jurisdicción en el derecho de familia relativo a la organización de matrimonios de las mujeres espartanas herederas de los *kleroi* familiares.

La *Gerousia*

Según la tradición griega la *Gerousia* era una de las partes integrantes de la constitución espartana elaborada por Licurgo. Este órgano político era el Consejo de ancianos, que se remontaría al consejo de ancianos tribal transformado. Formaban este consejo treinta miembros: veintiocho elegidos, más los dos reyes. Sus miembros eran veintiocho ancianos, *gérontes*, no menores de sesenta años, elegidos para este cargo. Tenía competencia sobre los asuntos que afectaban a la comunidad: constituía el tribunal supremo judicial y tenía funciones de consejo militar, pero sólo con carácter consultivo.

La *Apella*

Esta institución política era la asamblea popular formada por todos los ciudadanos de pleno derecho, es decir, los espartiatas mayores de edad, y era convocada y presidida por los éforos. En este órgano recaía teóricamente el poder político del Estado, ya que era la que decidía las cuestiones más importantes de la vida de la comunidad.

Sin embargo el peso específico de la *Apella* en la vida política no era muy grande, ya que carecía del derecho de iniciativa para legislar. En sus sesiones sólo podían intervenir los reyes o los funcionarios más altos del Estado, que eran los que presentaban las propuestas a la asamblea. La *Apella* sólo podía aprobarlas o rechazarlas por aclamación, ya que no existían votaciones. Posiblemente en el período de formación del estado espartano el papel de la asamblea popular sería de mayor importancia.

El eforado

Era un colegio de cinco magistrados elegidos anualmente en la *Apella* y el primero –epónimo– daba el nombre al año. Su origen es problemático: se discute si procede de la antigua organización de la comunidad aldeana o fue el resultado de la instauración de la *eunomia* con Teopompo y la victoria sobre Tegea y la adquisición de nuevos hilotas. En cualquier caso, es en este momento cuando adquieren sus poderes más característicos.

Parece ser que surgió como un órgano representativo de las cinco *obai* espartanas. El eforado era independiente de la *Gerousia* y de los reyes e incluso se podría pensar que su poder se contraponía al de aquéllos. En cierto modo eran los árbitros de toda la vida política y tenían que lograr el equilibrio social entre la riqueza de unos pocos y las aspiraciones del resto de los *homoioi*.

Al tomar posesión de su cargo firmaban una especie de tratado con los reyes, por el que se comprometían a garantizar el poder real siempre que aquéllos observaran las leyes

espartanas. Es decir, que la institución del eforado había limitado en gran manera el poder de los reyes, como resalta Aristóteles de forma negativa (*Pol*. 2. 1270 b). Así se fue convirtiendo en un consejo de oligarcas que defendía los intereses de los espartiatas más ricos. En este sentido, el papel que desempeñó el éforo Quilón (556 a.C.) en la consolidación de la *eunomia* resulta simbólico y fue incluido entre los "siete sabios" de Grecia. Es el comienzo de la época clásica de Esparta.

Además de las funciones de control sobre los reyes y los otros órganos políticos, los éforos eran los encargados de mantener en obediencia a los hilotas y con este fin organizaban las *krypteiai*; al tomar posesión de su cargo, declaraban la guerra a los hilotas.

3. Organización social de Esparta

Los rasgos peculiares de la sociedad espartana estan relacionados con su propio desarrollo histórico. La población de Lacedemonia estaba dividida socialmente en tres grandes grupos: los *espartiatas*, minoría que gozaba de todos los derechos políticos; los *hilotas*, población campesina sometida y unida a la tierra en una dependencia de tipo tributario; y los *periecos*, que vivían en comunidades autónomas, pero excluidos de la comunidad política.

Los espartiatas

Eran los ciudadanos espartanos con plenitud de derechos y se consideraban como los legítimos herederos de los originarios conquistadores de Laconia. La formación de esta clase es el resultado del mismo proceso social en el que se somete a los hilotas y que duraría varias generaciones, según la propia tradición antigua. Este proceso debió de tener lugar en el escenario de una aguda lucha social, en la que se producirían también diferencias sociales entre los dorios y los predorios.

A raíz de la Segunda Guerra Mesenia es cuando se establece de manera rígida la clase dominante, organizada de manera militar. Estos espartiatas distribuyeron el valle del Eurotas en parcelas de tierras iguales, *kleroi*, que eran explotadas de forma hereditaria por las familias espartanas. La población agrícola dominada, los hilotas, fue adscrita a los *kleroi* y trabajaba la tierra bajo el control de ciertas personas designadas por el Estado.

Los hilotas

El hilotismo como sistema de dependencia de tipo tributario está relacionado con la conquista de Mesenia y la sumisión de su población. Sin embargo, no se descarta que ya anteriormente se hubiera producido un sometimiento de la población predoria, o bien de la población campesina, empobrecida como consecuencia de la acumulación de tierras en la etapa de formación de la *polis* y, por tanto, producto de una evolución interna de Esparta.

Los autores antiguos dudaban al definir el tipo de dependencia al que se sometía a los hilotas. El hilota dependía del *kleros* al que quedaba adscrito, tenía que pagar un tributo, *apophora*, al dueño de la tierra, y era explotado directamente por éste, aunque tenía una cierta autonomía en su trabajo. Pero era el Estado el único que tenía derecho de vida y muerte sobre los hilotas, aunque no podía venderlos. Estos aspectos han hecho pensar que eran esclavos de la comunidad, pero también se revelan lazos de dependencia personal, con lo que es más acertado considerar que sólo pertenecían al espartiata particular en tanto que era miembro de la comunidad y disfrutaba la tierra cívica.

El estado espartano vivió siempre bajo la amenaza de la sublevación de los hilotas y ello obligó a adoptar un régimen militar en todos los aspectos de su vida. Se establecieron una serie de medidas para reprimir a los hilotas: las *krypteiai*, llevadas a cabo con una cierta regularidad y durante las cuales los guerreros espartanos se dispersaban por el campo y atacaban de noche las aldeas de los hilotas para eliminar a los más peligrosos.

Los éforos, al tomar posesión de su cargo, declaraban solemnemente la guerra a los hilotas. A pesar de estas crueles medidas, los hilotas no dejaron de sublevarse y, en ocasiones, tuvieron tanta importancia que los espartiatas necesitaron de la ayuda de otras ciudades del Peloponeso aliadas.

Los periecos

Etimológicamente este vocablo hace referencia a "los habitantes de la periferia". Vivían en comunidades autónomas en el litoral marítimo de la cordillera del Parnón y en la parte septentrional del valle del Eurotas. Estas comunidades tenían un carácter agrícola, además de dedicarse a la artesanía y al comercio.

Esta población, con una situación económica precaria, quedaría marginada de la comunidad política en el proceso de formación de la *polis*. En efecto, Heródoto describe que, durante las Guerras Médicas, el espartano Demarato, prisionero del rey Jerjes, le contaba que había muchos lacedemonios, perc eran pocos los que participaban con total igualdad en la ciudad.

Los periecos jugaron un papel impotante en el desarrollo del estado espartano, ya que se dedicaban a actividades económicas prohibidas absolutamente a los espartiatas. El número de las aldeas de periecos debió de pasar del centenar. El arte laconio probablemente fue creado por los periecos bajo el patrocinio de los espartanos. El estilo laconio de cerámica llegó a su apogeo entre el 590 y el 550 y su distribución constata que fue muy apreciada en el comercio de lujo. También produjeron fina estatuaria de madera y objetos de bronce.

Por otra parte, los periecos debían de contribuir con una serie de deberes a la comunidad espartana: tenían obligaciones militares, aunque su organización militar no era comparable con la de los espartiatas; ayudaban a mantener las propiedades, las tierras reales y las del culto; y tenían que proporcionar a los reyes un *temenos* de las tierras que cultivaban.

A pesar de su exclusión de la comunidad cívica, las relaciones entre periecos y espartiatas no debieron ser muy conflictivas e incluso en momentos de peligro actuaron junto a los espartiatas contra los adversarios, como en el caso de las Guerras Médicas. Su emanci-

pación de la tutela espartana no se produjo hasta que Esparta dejó de ser una potencia militar en el mundo griego.

La educación y el militarismo espartano

La agoge.– La educación espartana en todos sus aspectos iba dirigida a crear buenos guerreros. Para ello la vida de todos los ciudadanos, desde que nacían, estaba sometida a una disciplina muy rígida bajo el control directo del Estado. Esta educación, *agoge*, se basaba sobre todo en ejercicios gimnásticos y militares, y a una serie de ejercicios para probar la resistencia física de los niños. Todo ello no se lograba sino con una férrea disciplina y un duro control ejercidos por los *martigophoroi*, portadores del látigo, y por los vigilantes, *eirenes*.

La educación espartana era ajena a los logros conseguidos por la cultura griega en general. La formación terminaba a los veinte años, después de haber pasado por los grados de la *agoge*, y a esa edad eran considerados ya guerreros y adquirían la plenitud de derechos ciudadanos. Como sistema educativo, promovía la disciplina, la seguridad en sí mismos, la cohesión social, la lealtad, la obediencia y la uniformidad.

Las syssitias.– El ejército espartano estaba dividido en cinco agrupaciones, *lochoi*, relacionadas con las aldeas. Cada agrupación se componía de varios destacamentos, llamados *enomotías*, y sus miembros hacían vida en común, formando una especies de fraternidades con comidas comunes, *syssitia*.

Sin embargo, a pesar de la igualdad y paridad entre los espartiatas con respecto a su origen y propiedad, hay pruebas de la existencia de una cierta clase de aristocracia y desigualdades de riquezas, ya que la propiedad de la tierra estaba sujeta a las reglas normales de la herencia. La participación en los Juegos Olímpicos de sólo unos pocos espartanos era una prueba de su mayor riqueza.

Por tanto, la base de la igualdad espartana estaba más en la participación de la *agoge* y de las *syssitia*, que en el factor económico y el propio término de *homoioi* ("los similares") expresa con precisión ese aspecto de la igualdad. El sistema lograba la igualdad a través de su adaptación al modelo social, como defiende O. Murray.

Este sistema espartano ha sido considerado como primitivo o arcaico, pero hay que matizar esta calificación. Es posible que muchas instituciones espartanas sean primitivas o incluso algunas de ellas dorias; pero lo relevante es su conservación por medio de su transformación. Lo antiguo se preserva pero con una nueva función, con lo que se transforma en su contemporaneidad, aunque de forma contradictoria los propios espartanos expliquen sus cambios como un retorno a las pasadas instituciones.

4. La expansión de Esparta en el Peloponeso

Las guerras con Tegea y Argos

Una vez que Esparta consolidó el dominio sobre Mesenia, intentó extender su hegemonía por otros territorios. La ofensiva se dirigió contra la Arcadia, posiblemente con los mismos fines que con los mesenios. Heródoto (I, 65-68) cuenta que la ciudad de Tegea fue atacada en el reinado de León y Agasicles, en los inicios del siglo VI a.C. La resistencia continua de los tegeatas impidió la victoria total espartana y la guerra terminó con una alianza entre ambas ciudades, sancionada por el oráculo de Delfos, que favorecía los intereses espartanos en el territorio de Tegea.

En la región noreste del Peloponeso se había formado un estado que podía representar un cierto peligro para Esparta. Esta *polis* era Argos, centro político principal de la región de la Argólide. Esparta le reclamó la llanura de Tirea, cuyo dominio había perdido a raíz de su derrota en la batalla de Hisias. Según parece, ambas ciudades llegaron al acuerdo de dirimir la cuestión en un combate entre trescientos soldados de cada estado, que terminó con un resultado incierto, lo que provocó una batalla convencional de la que salió victoriosa Esparta.

La Liga del Peloponeso

Después de la victoria total sobre Mesenia y a raíz de los tratados de alianza con Tegea y otras ciudades, Esparta llegó a conseguir la hegemonía sobre el Peloponeso. Los espartanos dominaron y se repartieron Mesenia, y desarrollaron una política de relaciones pacíficas y estrechas con los estados del Peloponeso, que también estaban interesados en conservar las buenas relaciones con Esparta, dada su potente y peligrosa organización militar.

Como resultado de esa política se formó en la segunda mitad del siglo VI a.C. la llamada Liga del Peloponeso, encabezada por Esparta y denominada oficialmente "los lacedemonios y sus aliados". Ciudades como Argos, Tegea, Micenas, Tirinto, Corinto, Mégara y Sición entre otras formaban parte de la alianza y, aunque Esparta ejercía la presidencia de la Liga, no se inmiscuía en los asuntos internos de los demás miembros de ella. Las ciudades conservaban su independencia y no tenían que pagar ningún tipo de tributo a Esparta. Por su parte, Esparta se comprometía a ayudar a cualquier ciudad aliada que fuera atacada por un Estado que no perteneciera a la Liga. Los conflictos bélicos entre ciudades aliadas no se prohibían, ya que los acuerdos eran entre cada una de las ciudades con Esparta.

CRONOLOGÍA

ca. s. IX	Licurgo
750-735	Primera Guerra Mesenia
706	Fundación de Tarento
h. 700	Midas, rey de Frigia
s. VII	Tirteo
669	Batalla de Hisias contra Argos. Victoria argiva con Fidón
664	Guerra naval entre Corinto y Corcira
650-640	Segunda Guerra Mesenia
fin s. VII	Alcmán de Sardes
s. VI	León y Agasicles reyes
s. VI	Conquista de Tegea
590-550	Cerámica laconia
556	Eforado de Quilón. Liga del Peloponeso

BIBLIOGRAFÍA

General

ADSHEAD, K., *Politics of the Archaic Peloponnese. The Transition from Archaic to classical Politics*, Longmead, 1986; BALADIE, R., *Le Péloponèse de Strabon. Etude de géographie historique*, París, 1980; CARTLEDGE, P., *Sparta and Lakonia. A regional history, 1300-362 b. C.*, Londres, 1979; FINLEY, M. I., "Esparta", *Uso y abuso de la Historia*, Barcelona, 1979, 248-272; FORREST W. G., *A History of Sparta 950-192 b. C.*, Londres, 1968; HOOKER, J. T., *The Ancient Spartans*, Londres, 1980; HUXLEY, G. L., *Early Sparta*, Londres, 1962; LÓPEZ MELERO, R., "El estado espartano hasta la época clásica", *Historia del Mundo Antiguo*, Akal, Madrid, 1989; ROUSSEL, *Sparte*, Paris 1939, 1960, 2a. ed.; MICHELL, H., *Sparta*, Cambridge, 1952; MURRAY, O., *Grecia Arcaica*, Madrid, 1981.

Origen y desarrollo del estado espartano

BUTHER, D., "Competence of the Demos in the Spartan Rhetra", *Historia*, 1962, pp. 385 ss.; COSTANZI, V., *Le constituzioni di Atene e di Sparta*, Bari, 1927; CRAIK, E. M., *The Dorian Aegean*, Londres, 1980; FORREST, W. G., "The Date of the Lykourgan Reforms in Sparta", *Phoenix*, 1963, pp. 157 ss.; HAMMOND, N. G. S., "The Lycurgean Reform at Sparta", *JHS* 1950, pp. 42 ss.; JONES, A. H. M., "The Lycurga Rhetra", *Studies Ehrenberg*, Oxford, 1966, pp. 165-175; KELLY, D. H., "Policy-making in the Spartan Assembly", *Antichthon*, 15, 1981, pp. 498 ss.; LEVI, M. A., *Quattro Studi Spartani e Altri Scritti di Storia Greca*, Milán, 1967; LEVY, E., "La Grande Rhetra", *Ktema*, 2, 1977, pp. 85-103; MAC DOWELL, D. M., *Spartan Law*, Edimburgo, 1986; MOMIGLIANO, A., "Sparta e Lacedemone e una ipotesi sull' origine della diarchia spartana", *At. Rom*, 1932, 3 ss.; MORETTI, L., *Ricerche sulle legue greche*, Roma 1962; RAHE, P. A., "The Selection of Ephors at Sparta", *Historia*, 29, 1980, pp. 385 ss.; THOMAS, C. G., "On the Role of the Spartan Kings", *Historia*, 23, 1974, pp. 257-270.

La sociedad espartana

CARTLEDGE, P., "En torno a la sociedad espartana", *El marxismo y los estudios clásicos*, Madrid, 1982; DIESNER, H. J., "Sparta und das Heloten problem", *Wiss. Zeit. Greifwald*, 1953, pp. 222 ss.; DUCAT, J., Aspects de l'hilotisme", *Anc. Soc.*, 9, 1978, pp. 5 ss.; ID., "Sparte archaïque et classique. Structures économiques, sociales, politiques", *R. E. G.*, 96, 1983, pp. 194 ss.; MOSSÉ, Cl. "Sparte Archaïque", *PP*, 28, 1973, pp. 7 ss.; MUSTI, D., "Sull ruolo storico della servitù iliotica. Servitù e fondazioni coloniali", *La servitù nella Grecia Antica. Stud. Stor.*, 26, 1985, pp. 857-872; OLIVA, P., *Esparta y sus problemas sociales*, Madrid, 1983; RIDLEY, R. T., "The Economic Activities of the Perioikoi", *Mnemosyne*, 27, 1974, pp. 281 ss.

La educación y el militarismo espartano

HODKINSON, St., "Social Order and Conflicts of the Values in Classical Sparta", Chiron, 13, 1983, pp. 239 ss.; JANNI, P., *La cultura di Sparta arcaica*, 2 vols. Roma, 1965-1970; JEANMARIE, H., *Couroi et Courètes*, 1939; LAZENBY, J. F., *The Spartan Army*, Warminster, 1985; MARROU, H., *Historia de la educación en la Antigüedad*, Madrid, 1958; OLLIER, F., *Le mirage spartiate*, París, 1933; LARSEN, J. A. O., "The Constitution of the Peloponnesian League", *Class. Phil*, 1933, pp. 257 ss.

IX ATENAS HASTA LA IMPLANTACIÓN DE LA TIRANÍA

1. LA FORMACIÓN DEL ESTADO ATENIENSE

El marco geográfico

La *polis* de los atenienses estaba situada en el territorio del Ática, que forma una península de cerca de 2.600 Km^2, articulada en varias llanuras. Los montes Parnés y Citerón forman los límites naturales que la separan de Beocia, y el monte Cerata la limita con la Megáride.

Los antiguos dividieron este territorio en tres zonas: la *Diacria*, situada al norte, es una zona montañosa y árida, propicia sólamente para pastos para el ganado, aunque se cultivaban vides en las laderas bajas de las montañas. El *Pedión* es la zona formada por diversas llanuras de aluvión: la del Pedión, de la que toma el nombre la región, la llanura eleusina, la del Maratón, y la del Mesogeo, alargada y regada por pequeños ríos que desembocan en la costa. En estas fértiles llanuras se cultivaba la vid, el olivo, cereales, frutales y algunas leguminosas. Además era una zona rica en arcilla, sobre todo, en las franjas cercanas a los ríos. La *Paralia* es la zona costera meridional, protegida y muy propicia para el fondeadero de las embarcaciones en sus bahías. Territorio proyectado hacia la pesca y el comercio marítimo, con puertos importantes: el de Tórico, cuya actividad estaba relacionada con las cercanas minas de Laurión; los puertos comerciales del Falerón y el Cántaro en el golfo Sarórico, y el puerto más cercano a Atenas, el Pireo. Las montañas de Laurión y Pentélico, paralelas a la costa, proporcionaban minerales y mármol respectivamente.

Este territorio articulado fue sede de diversos núcleos de población, predispuestos a la formación de poderes locales y distintos: Salamina y Eleusis, centro religioso; la llanura del Maratón con su tetrápolis: Maratón, Enoe, Tricórito y Probalinto; en la llanura de Mesogeo se asentaban las comunidades de Palene, Peana y Fila. Sin embargo, la ciudad por excelencia era Atenas, situada en el golfo de Egina, entre colinas.

Fuentes

La historia de Atenas en su época más primitiva está mal documentada en relación con su período clásico. A pesar de ello tenemos más información sobre la Atenas arcaica que sobre cualquier otra ciudad griega en esa misma etapa. Esto no es debido a que en época

arcaica Atenas fuese el estado más importante del mundo griego; otras ciudades, como Mileto o Corinto, habían tenido un proceso de desarrollo mayor que el de aquélla.

La explicación de esta mejor información se debe a que Atenas se convirtió en el siglo V a.C. en el estado más importante de Grecia y, aun después de haber perdido parte de su poder, siguió siendo centro de la cultura griega en muchos aspectos. Esta situación permitió que se escogieran y se conservaran muchos más datos sobre su historia anterior.

La fuente principal para conocer la historia de Atenas en su período arcaico, a partir del siglo VII a.C. y en secuencia cronológica, es la *Constitución de Atenas* de Aristóteles. En general, la exposición aristotélica es razonablemente correcta, aunque utilizó fuentes algo dudosas y documentos falsificados.

Aristóteles se sirvió para su exposición de relatos legendarios y de los anales, los *Atthidas*, comenzados por Helánico y continuados por otros analistas. Asimismo utilizó materiales de primera mano: documentos estatales, decretos, etc. En la parte dedicada a las reformas de Solón se basa en las propias obras del reformador, poemas en los que se refleja la lucha social y política existente en la Atenas de su época y en los que Solón explica sus objetivos al llevar a cabo sus reformas. Por ello la obra aristotélica en esta parte adquiere un valor significativo, ya que emplea escritos solonianos e incluso incluye fragmentos de ellos en sus obras.

Otras fuentes importantes son las obras de Heródoto y Tucídides, así como las de Diodoro Sículo y de Plutarco.

A estas fuentes historiográficas se añaden los datos que han aportado los hallazgos arqueológicos y las inscripciones, material inestimable para una reconstrucción coherente de la formación de Atenas como *polis*, que sirve además para comprender este mismo proceso en las demás ciudades griegas.

El Ática primitiva

El Neolítico.– En época neolítica, el territorio del Ática, donde se formaría el estado ateniense alrededor de la ciudad de Atenas, estaba ya habitado, como han puesto de manifiesto los hallazgos arqueológicos, tanto en lo que sería posteriormente la *polis* ateniense como en el territorio que la rodeaba.

El Submicénico y la Época Oscura.– En el último período de la Edad del Bronce, el Heládico Reciente, se desarrolló en el Ática una cultura de tipo micénico, semejante a la del Peloponeso y otras regiones de Grecia. En la acrópolis de Atenas se encontró un palacio micénico y tumbas de la misma época en varios puntos del Ática con restos de cerámica importada, que constataban el desarrollo de relaciones comerciales.

En la época postmicénica, en el Ática aparece la cerámica protogeométrica y geométrica. La continuidad del Ática se percibe en la temprana aparición de la cerámica geométrica, que enlaza con el Submicénico en sus aspectos locales.

En la Edad del Hierro se sitúa la sepultura del Cerámico con objetos de hierro a partir del 1100 a.C.; posteriormente, los cementerios más alejados serán los que proporcionen los mejores ejemplares. Es la época de gran apogeo del llamado Maestro del Dípilon y las tumbas del ágora se llenan de objetos de lujo de metales preciosos.

En los últimos siglos de la época homérica, entre el IX y el VIII a.C., se produjo la unificación de toda la región del Ática en torno a la ciudad de Atenas por medio del fenómeno del sinecismo.

Núcleos de población.– Según Tucídides, el Ática primitiva estaba formada por varias comunidades dispersas y autónomas, *poleis*, con sus propios órganos de gobierno: *pritaneos*, *bouleuterios* y magistrados. Plutarco, por su parte, habla de *demos* y *gene*, es decir, de aldeas rurales y agrupamientos gentilicios. Para Teofrasto (*Charac.* 26), antes de la unificación del Ática existían doce comunidades separadas.

Según la tradición legendaria, estas comunidades fueron hechas por Cécrope, primer rey ateniense. Se conocen algunas de época histórica, como la tetrápolis de Maratón, Atenas y Eleusis, que se incorporaría muy tarde a la unificación. Es decir, eran comunidades autónomas que se unificando alrededor de un núcleo urbano para formar una ciudad-estado.

Este proceso comenzaría en "época de los reyes", según la tradición, y terminaría con la constitución de la *polis*. A pesar de las variantes, fue más o menos similar en todo el mundo griego y se convirtió para los griegos en algo natural, que se reproducía automáticamente, llegando a constituir la forma estatal perfecta. Así lo manifiesta Aristóteles (*Pol.* 1253a):

> "La comunidad perfecta de varias aldeas es la ciudad, que tiene por así decirlo el extremo de toda suficiencia; y que surgió por causa de las necesidades de la vida, pero existe ahora para vivir bien. De modo que la ciudad es por naturaleza, si lo son las comunidades primeras; porque la ciudad es el fin de ellas y la naturaleza es fin".

Sinecismo y realeza

El mito de Teseo.– La tradición griega atribuye a Teseo el proceso del sinecismo y la creación de un sólo gobierno. Teseo puso fin al desmembramiento existente en el Ática, unió a toda la población en torno a Atenas e instaló un consejo común para todo el territorio, con una pritanía. Según Tucídides (II, 15): "Desde entonces los atenienses efectuan en honor de la diosa (Atenea) las fiestas populares generales del sinecismo".

La organización gentilicia.– En la base de esta realidad histórica está la organización gentilicia propia de estas comunidades primitivas del Ática, cuya división en *tribus*, *fratrías* y *gene* atestigua la propia tradición. A partir de esta organización y en un proceso no muy conocido en sus detalles concretos se forma la ciudad-estado aristocrática.

Debilitamiento de la monarquía.– En este proceso, la realeza ática primitiva, que concentraba el poder en una de las familias aristocráticas, cede su preeminencia a las familias aristocráticas repartiéndose el poder entre ellas. Esta *basileia* ática era de carácter militar y tan sólo en momentos de peligro externo agrupaba a las poblaciones a su alrededor, de manera semejante a la que se describe en los poemas homéricos.

A partir de esta unificación de los *oikoi* en un solo órgano político y la desaparición de la función regia, se crea una nueva solidaridad que se manifestará en esa nueva *polis*, que se crea con una sola *boulé*, un solo *pritaneo* y gobernada por los *arcontes*. Todo este fenómeno largo y conflictivo, que se desarrollaría a lo largo de los siglos oscuros, es el que aparece reflejado en el mito de Teseo.

Los aristoi.– Durante esta etapa el *genos* como unidad organizativa es monopolizado por las grandes familias de la aristocracia, poseedoras de los *oikoi* más ricos. Sus miembros sobresalientes, los *aristoi*, lucharán por conseguir la *basileia* en guerras como la que describe Tucídides, en la que se enfrentaron Eumolpo y Erecteo por la realeza de Atenas. Los *gene* de los Eumólpidas, Alcmeónidas, Filaidas, son familias aristocráticas que aspirarán a controlar toda la comunidad, apoyándose en sus *oikoi* donde se concreta la actividad económica.

Sin embargo, frente a esta competitividad se desarrolla la solidaridad del sinecismo y el reparto del poder entre los arcontes.

La sociedad aristocrática

Los gennetai.– Según la tradición, las instituciones sociales más antiguas del Ática fueron el resultado de la actividad de una serie de reyes legendarios. El rey Ión, antepasado de los jonios, dividió a la población en cuatro tribus *(phylai)*, cada tribu en tres *phratriai* y cada una de éstas en treinta *gene*, y cada *genos* en treinta hombres. Aunque la tradición reproduzca este modelo gentilicio de forma esquemática y manipulada, es a partir de esta organización y en el marco del sinecismo como se produce la sociedad aristocrática ateniense en época arcaica: los *gennetai*.

En este proceso, la *fratría* garantizará los privilegios de los *oikoi* más poderosos, de manera que el sistema gentilicio se tranforma y posibilita el desarrollo de la aristocracia gentilicia a través del *genos* más conocido que sobresale por encima del resto de la población, definido paulatinamente como *demos*. Sus miembros, *gennetai*, al conseguir monopolizar en su provecho el mérito y el prestigio, se erigen en *aristoi* y, una vez que han superado la competencia por la *basileia* a través del sinecismo, compartirán el poder político y económico.

Los eupátridas.– Plutarco *(Tes.* 25) atribuye a Teseo la división de la población en tres grupos: los *eupátridas*, con funciones políticas, legales y religiosas, los *geomoroi*, campesinos que sobresalían por su utilidad, y los *demiourgoi*, caracterizados por su masa.

Con estas instituciones organizativas se establece la *eunomia*, pero en el caso ateniense integrando no sólo a la población campesina, sino también a los *demiourgoi*, sin tierras, que desempeñaban actividades complementarias de la producción agrícola y relacionadas con los intereses de la *polis* como centro político redistribuidor de rentas.

Organización política y órganos de gobierno

Fuentes y problemática.– La desaparición de la realeza supuso la distribución del poder entre las familias aristocráticas atenienses a través del arcontado. Este proceso se produjo de forma gradual y sin grandes tensiones, según se constata en las fuentes. Sin embargo, su reconstrucción genera ciertas dificultades debidas a las contradicciones que aparecen en las fuentes. Aunque hay diferentes tradiciones en las listas de reyes y arcontes, está constatado que la aristocracia gentilicia puso al lado del rey uno o varios magistrados para limitar su poder.

De la *Constitución de Atenas* de Aristóteles se deduce que los magistrados aristocráticos tendrían al principio un carácter vitalicio y posteriormente serían decenales (752-751 a.C.), hasta llegar, según la lista de Eratóstenes, a la anualidad con Creón (682-681 a.C.), que fue el primer arconte epónimo.

Esta secuencia tradicional del arcontado vitalicio, decenal y anual, que trasmiten Aristóteles y las diferentes listas sobre el fin de la *basileia*, como la del "Mármol de Paros", y el "esquema de Eratóstenes" (Jacoby, *Klio*, 1902), ha sido discutida por la historiografía contemporánea. Se trata de problemas complicados de genealogías y de fuentes, aunque se ha intentado resolver las contradicciones en las fuentes y hacer una comparación de este desarrollo en Atenas con el sucedido en otras ciudades griegas. De los trabajos que se han realizado en esta dirección, se ha llegado a la reconstrucción de dicho proceso de forma razonable y rigurosa.

La teoría de Hignett.– C. Hignett ha destacado a manera de corolario que la realeza fue hereditaria en el linaje aristocrático de los Medóntidas: *genos basilikon*. Incluso en el siglo IV a.C., los Medóntidas poseían aún tierras al pie de la acrópolis, antigua residencia de los reyes. Por otra parte, considera que el arcontado sería anual desde el principio y se establecería un juramento entre el arconte *(archon)* y el rey, semejante a lo que sucedía en la monarquía espartana con respecto a los éforos. Posteriormente el polemarco asumiría el poder militar del *basileys* y, por último, el cargo del rey se convertiría en una magistratura también anual, arconte *basileys*, abierta a todos los aristócratas y con función religiosa exclusivamente. Según la interpretación de Hignett, la transición de la realeza a la aristocracia tendría lugar a mediados del siglo VIII a.C., frente a la cronología tradicional establecida hacia el 900 a.C. con los arcontes vitalicios.

Arcontado.– El poder político supremo recaía en este órgano colegiado, formado por nueve magistrados, arcontes, elegidos anualmente de entre los eupátridas. Estos arcontes se distribuían el poder ejecutivo, militar, judicial y religioso, poderes que anteriormente estaban concentrados en el *basileys*. Según la tradición, en una primera etapa del proceso hubo tres arcontes, a los que se añadieron seis más, los arcontes *thesmothetai*.

El arconte epónimo presidía el consejo y daba su nombre al año. Tenía el poder ejecutivo civil y vivía en el Pritaneon. Al comenzar su año de magistrado hacía una proclamación de defensa de la familia y de la propiedad privada. Posiblemente presidía el Consejo y la Asamblea. El polemarco era el jefe del ejército y de la flota. En época de guerra asumía plenos poderes y en época de paz tenía competencia respecto de los extranjeros residentes en el Ática. El *basileys* heredó las funciones religiosas de los reyes y su denominación. Tenía un papel relevante en determinados cultos públicos y en cuestiones de sacerdocios hereditarios. Los seis arcontes tesmotetas, según la tradición, se crearon en el 682-681 a.C. y se encargaban de vigilar la conservación de las tradiciones y costumbres antiguas. Tenían poderes judiciales e interpretaban el derecho consetudinario.

Los arcontes tenían jurisdicción independiente y ejercían sus funciones en edificios especiales. Al término de su mandato pasaban a formar parte del Areópago, *Bouleuterion*, de forma automática y vitalicia.

Areópago.– Era el órgano más prestigioso de poder político de la aristocracia. Era el antiguo consejo de ancianos transformado. Estaba formado por ex arcontes y tenía funciones judiciales. Desempeñaba un papel esencial en la vida política de Atenas con una autoridad indiscutible y con un voto decisivo en la elección de los arcontes.

Ekklesía.– Era el nombre que designaba a la asamblea. No desempeñaba un papel relevante en la época arcaica y asistían a ella los que tenían tierras y pertenecían a una fratría. El intento de ampliar las fratrías fue un modo de encuadrar a mayor número de personas de la comunidad.

Se observa, pues, que el régimen político de la Atenas arcaica se caracterizaba por el predominio de la aristocracia gentilicia, representada por los linajes de los Eumólpidas, Alcmeónidas, Medóntidas, Eteobútadas, Filaidas y algunos otros. Era la ciudad-estado aristocrática.

2. Atenas en la segunda mitad del siglo VII a.C.

La conjura de Cilón

El acontecimiento más antiguo que se conoce y que es una primera manifestación de la *stasis* en la ciudad de Atenas lo configura el intento de Cilón de establecer una tiranía hacia el 640 a.C. Según Tucídides, este personaje pertenecía a una poderosa familia aristocrática de la ciudad y fue vencedor en alguna prueba olímpica, con lo que tendría los elementos necesarios que le posibilitaron obtener los mecanismos de control. Era yerno de Teágenes de Mégara, que le prestó ayuda militar en su intento fallido de apoderarse de la acrópolis, siguiendo los consejos del oráculo de Delfos.

Según Tucídides, todos "los de los campos" acudieron a oponerse a Cilón y a tomar parte en el asedio. Cilón huyó y sus partidarios se rindieron, buscando asilo junto al altar de Atenea, pero fueron ejecutados a pesar de ser un lugar sagrado. El asedio y la ejecución fueron dirigidos por el arconte epónimo, miembro de los Alcmeónidas, familia que jugó un papel muy activo en la vida ateniense de época arcaica, aunque tuvo que cargar con este sacrilegio durante varias generaciones. Este hecho fue utilizado en diversas ocasiones como arma arrojadiza contra el *genos* o contra Atenas; a cambio, como contrapartida, los Alcmeónidas se presentan como los grandes paladines contra la tiranía.

La conjuración de Cilón aparece como un episodio de las rivalidades que se darían entre familias aristocráticas por conseguir el poder personal frente a la solidaridad entre ellas. Pero la ayuda que recibe Cilón de Teágenes así como la referencia a la Pitia introducen a Cilón en el escenario exterior panhelénico, en donde se reproducían las prácticas heroicas de la aristocracia, por las que la hospitalidad entre familias podía llegar a ponerse por encima de los enfrentamientos bélicos. Sus métodos son los de la aristocracia, aunque para conseguir sus objetivos tuviera que apoyarse y controlar a grupos marginales.

Sin embargo, al margen de estas cuestiones, el fracaso de la conjuración expresa que el campesinado ático no sólo no apoyó sino que se opuso activamente a este intento ciloniano, relacionado posiblemente con los desarrollos que se producían en el ámbito urbano. El campesinado no fue capaz de percibir las ventajas que esta situación podría proporcionarle.

Las leyes de Dracón

El episodio de la codificación legislativa atribuida a Dracón el año 621-620 a.C. se presenta en las fuentes de manera muy oscura y precaria. Aristóteles en la *Política* dice que sólo se trataba de una recopilación escrita del derecho consuetudinario existente; sin embargo en la *Constitución de Atenas* hay referencias concretas sobre las condiciones económicas necesarias para desempeñar ciertos cargos y sobre la ampliación del cuerpo político a los que podían proporcionarse armas, *bopla*. De esta forma se sancionaba legalmente el desarrollo social, posibilitando que se consolidara la oligarquía hoplítica definidora de la *politeia* en estos momentos, que acogía a los campesinos libres capaces de emanciparse de las clientelas aristocráticas.

El contenido de la legislación se refiere a varias cuestiones: la centralización en el Estado de los juicios por delitos de sangre, con lo que se libera al grupo emparentado de la responsabilidad judicial. Además se determinan los castigos que se aplicarán por los diferentes crímenes. Serán los *philobasileis*, jefes de tribus, los que tengan competencias en estos delitos. Estos "magistrados" mantendrán todavía competencia militar, por lo que serán

un referente para los estrategos y los *ephetai*, al tiempo que reflejan una práctica jurídica superadora de las instituciones gentilicias.

La legislación de Dracón también está documentada en una inscripción del siglo V a.C. en donde se reproducen algunas leyes, en las que queda reflejada la importancia que para el proceso judicial tiene el hecho de ser ciudadano o extranjero. A pesar de todo es muy difícil determinar en su verdadera dimensión la repercusión e importancia de este acontecimiento.

Desarrollo de la economía urbana

En las últimas décadas de este siglo ya se iban manifestando en el Ática el desarrollo de algunas actividades relacionadas con la vida urbana, como eran la artesanía y el comercio, complementarias de la producción agrícola. Las *naucrarías* están relacionadas con estas actividades y constituyen unas unidades administrativas de carácter territorial con el requisito de aportar un barco y dos hombres para la flota naval. Se constata la existencia de 48 naucrarías: doce por cada tribu.

Las minas de plata de Laurión se explotaban con una cierta intensidad. La navegación y el comercio con el mar Negro a través del Helesponto eran cada vez de mayor interés para los atenienses, hasta el punto que chocaron con el tirano de Mitilene, Pítaco, por la defensa de sus intereses en el mar Egeo, guerra de la que salieron victoriosos. También continuaron la guerra contra Mégara por la posesión de la isla de Salamina, que había sido ocupada por Teágenes a raíz del fracaso de Cilón.

Sin embargo, en el ámbito comercial Atenas se hallaba bajo la órbita de Egina. El desarrollo del comercio marítimo de Egina era mayor que el de Atenas y esta influencia se hace visible sobre todo en el sistema de pesas y medidas que tenían los atenienses, copiado del de Egina.

3. SOLÓN Y SUS REFORMAS

La situación del Ática a comienzos del siglo VI a.C.

El problema de la propiedad de la tierra.– A comienzos del siglo VI a.C. había en el Ática un amplio número de pequeños campesinos en relación de dependencia con las familias aristocráticas. Esta situación era producto de la forma en que la sociedad aristocrática se desarrolló en el siglo anterior y un grupo de ellas concentraba en sus manos buena parte de las tierras áticas. El antiguo campesinado libre había caído en servidumbre o dependencia como consecuencia de su empobrecimiento y endeudamiento paulatino. La conjuración de Cilón y la legislación draconiana, aunque no resolvieron el grave problema económico y social que afectaba al Ática en esa época, sirvieron para desvelar esa problemática y precipitarla.

Su reflejo en la milicia.– La agudización del problema económico a comienzos del siglo repercutió posiblemente en la organización militar, en un momento en que Atenas trataba de afianzar su poderío en la isla de Salamina, que disputaba con Mégara. Al mismo tiempo, por esta época los atenienses reanudan su actividad colonizadora en el Helesponto, expresión de sus intereses comerciales ultramarinos, de los que se tienen prueba por la aparición de vasos atenienses en la zona. Son los años en que Atenas interviene en los asuntos de Grecia central, que desembocarán en las Guerras Sagradas.

Contrastes sociales.– La reforma hoplítica tenía un significado económico y de participación en el cuerpo político de la ciudad. Esta situación requería un sector de campesinos libres con una liquidez suficiente para comprar el armamento y pertenecer de pleno derecho en la *politeia;* la realidad era que la mayoría del campesinado estaba reducido al *status* de *hektemoroi* o al de esclavitud por deudas. Las legítimas aspiraciones de igualdad de esta inmensa población ateniense agravó la situación de forma inevitable y estalló en una grave lucha entre el campesinado y la aristocracia, y entre las diversas facciones de la misma por imponer su modelo de *polis*. En este contexto tiene lugar las reformas de Solón.

La figura de Solón

A diferencia de lo que sucede con Dracón, cuya figura apenas es conocida, la de Solón está ampliamente documentada. No sólo se le conoce por las referencias de los historiadores antiguos, sino además por sus propias obras poéticas. Muchos fragmentos de sus elegías se han conservado en varios autores y especialmente en la *Constitución de Atenas* de Aristóteles. Lo importante de su obra poética es que en ella Solón aborda los temas políticos de su época, manifestándose así como material de primera mano.

Solón pertenecía a la familia aristocrática de los Medóntidas, que se dedicaba posiblemente a actividades comerciales. Plutarco dice que en el año 594 fue elegido arconte en relación con un acontecimiento de política exterior como fue la recuperación de Salamina. Solón, según este autor, pronunció una elegía exhortando a los ciudadanos a luchar contra Mégara para recuperar la isla. La impresión que la elegía causó en los atenienses fue tan grande que se abolió la ley por la que se condenaba a pena de muerte al que planteara esta cuestión. Según parece Solón dirigió la guerra y el triunfo que Atenas obtuvo en ella afianzó su autoridad y le permitió, como mediador y árbitro de la vida política, llevar a cabo una serie de reformas, que abarcaron a toda la organización de la sociedad ateniense.

Reformas agrícolas

La seisachtheia.– En primer lugar Solón dirigió sus reformas a mejorar la situación del campesinado medio y para ello anuló las deudas que ligaban a los campesinos áticos a sus acreedores y la consiguiente liberación de las tierras. Estos pobres estaban en la situación de los *peletai* o *hektemoroi*, referido éste último a lo que debían entregar a los dueños. En cambio *peletai* es un término menos concreto, expresa dependencia y es equiparable a la

situación dependiente de los clientes romanos de época arcaica. Esta anulación o descarga, *seisachtheia*, no debió de ser total, aunque las referencias aristotélicas sí lo afirman.

Abolición de la esclavitud por deudas.– Por otra parte, las leyes de Solón abolieron de manera total la esclavitud por deudas. Incluso él mismo hizo comprar y liberar a muchos atenienses que habían sido vendidos como esclavos en el extranjero. A partir de esta reforma, los deudores tan sólo responderían de sus deudas ante los acreedores con sus bienes pero no con su persona o la de su familia.

Solón, mediador.– Evidentemente estas leyes mejoraron la situación económica de los campesinos, pero no eliminaron las contradicciones existentes en la sociedad respecto a la cuestión de la tierra. Solón eludió conscientemente la cuestión de repartos de tierras. En uno de los fragmentos de las elegías conservados, afirma claramente que nunca fue su intención repartir tierras, ya que él era un árbitro y no un tirano. Puso en práctica la ideología de la *medida*, entre los intereses de los ricos y de los pobres:

"Cuanto dije, con la ayuda de los dioses lo cumplí; lo demás no lo hice en vano, ni de la tiranía me agrada usar la fuerza, ni que de la fértil tierra de la patria tengan los buenos iguales suertes que los malos" (*frg.* 24 Diehl).

"Al pueblo, si hay que insultarle claramente, lo que ahora tiene, ni con sus ojos lo hubiera visto en sueños. Mas los mayores y los que más fuerza tienen me alabarían y harían de mí su amigo. Y si algún otro, dice, hubiese alcanzado esta dignidad, no hubiera sujetado al pueblo ni se habría detenido hasta que resolviendo hubiese la nota sacado. Yo entre éstos, como entre un frente y otro, me quedé haciendo de límite" (*frg.* 25 Diehl).

La abolición de las deudas y de la esclavitud por deudas significaron un cambio evidente en la historia de Atenas. En adelante la esclavitud se nutrirá no ya a costa de los miembros de la comunidad ateniense, sino principalmente de esclavos procedentes de otras regiones y pueblos. De esta forma la *politeia* servía de protección frente a la dependencia, de la que el ateniense queda liberado.

Reforma de la *politeia:* sistema censitario

Sistema timocrático.– Esta es una de las reformas más importante atribuida a Solón, ya que consistió en una reorganización general del cuerpo político, por medio de la que la población libre ática, con excepción de los metecos, quedó distribuida en cuatro clases o categorías según sus ingresos o bienes, evaluados en medimnos, equivalentes a 51, 80 litros para los áridos, y 40 litros para los líquidos: los *pentacosiomedimnos*, con unas rentas de 500 o más medimnos entre productos sólidos (cereales) y líquidos (vino y aceite) de sus tierras; los *hippeis*, de 500 a 300; los *zeugitas*, de 300 a 200, y los *thetes*, con unos ingresos inferiores a 200 medimnos o carentes de ellos.

Esta división se basaba en los ingresos naturales de la tierra, base de la economía, pero posibilitaba a aquellos artesanos y comerciantes con recursos participar en la vida política por medio de un sistema de equivalencia en ganado o en dinero, aunque este último aspecto, referido por Plutarco, ha sido cuestionado al no existir un acuerdo sobre la difusión de la moneda en esta época. Es evidente que algún sistema premonetal estaría difundiéndose.

Obligaciones militares.– Un esbozo de estas categorías pudo existir anteriormente, relacionado con la forma de obtener liturgias a través de la organización de las naucrarías, pero con Solón adquirieron una sanción política general. Esta división sirvió de base para distribuir las obligaciones militares entre los ciudadanos. Los de la primera clase debían proporcionar todo tipo de suministros en tiempo de guerra, pero no se les conoce atribuciones específicas. Podría tratarse de un grupo de prestigio diferenciado de los *hippeis*, clase aristocrática ampliada, tan sólo por su renombre social como *gene*. Los de la segunda clase prestaban sus servicios en la caballería. Los de la tercera, *zeugitas*, formaban la infantería pesada, los hoplitas, y debían ir a la guerra con armamento completo costeado por ellos. Los *thetes* servían en la infantería ligera, *gimnetes*, y en la flota.

Derechos políticos.– Lo más importante, con todo, es que esta división censitaria sirvió para determinar los derechos políticos de los ciudadanos. Los de las dos primeras categorías poseían plenos derechos políticos, activos y pasivos: podían elegir y ser elegidos para cualquiera de los órganos de gobierno, incluido el arcontado. Los ciudadanos de la tercera categoría tenían limitados sus derechos: no podían ser elegidos arcontes, ni formar parte del Areópago. Los *thetes* tan sólo podían elegir en la *ekklesía*, pero no podían ser elegidos para ningún cargo. De esta forma, Solón abolió el privilegio de la aristocracia a acceder al arcontado exclusivamente por derecho de nacimiento. El principio gentilicio quedó subordinado a la posesión de bienes.

Órganos políticos

El Areópago.– La organización política en época soloniana reflejaba la nueva situación social. El *Areópago* siguió conservando su carácter de tribunal supremo en los asuntos criminales más importantes y ejercía un control general sobre los demás órganos de gobierno. Sin embargo, en su composición se modificó su acceso, ya que teóricamente podían entrar ciudadanos no eupátridas, pertenecintes a las dos primeras clases censitarias. Funciones administrativas pasaron a la *Ekklesía* y a la *Boulé*.

La Boulé.– La *Boulé* era un órgano político establecido por Solón. Estaba formado por cuatrocientos miembros, en representación de las cuatro tribus. En este consejo se integran

los miembros de la ciudadanía activa, los hoplitas o *zeugitas*. Sus funciones eran independientes de los arcontes y del Areópago. Preparaba los asuntos que debían tratarse en la *Ekklesía*, frenando así sus pretensiones excesivas; y restaba poder al Areópago.

La Heliea.– La *Heliea* fue creada por Solón y era un tribunal popular abierto a la plena participación ciudadana, igual que la *Ekklesía*. Las funciones que tenían eran de carácter legislativo y judicial respectivamente. Ambos órganos cobraron en este período un fuerte impulso, que tendrá su mayor trascendencia posteriormente como instrumento político del *demos*.

Política legislativa

La eunomia.– Por medio de las reformas de Solón la ciudad de Atenas va avanzando en la creación de un cuerpo cívico bien estructurado, donde se entremezclan conceptos como nacimiento y censo de bienes a la hora de repartir libertades, derechos y deberes. Esta estructura necesitaba un marco jurídico que regulara las actividades ciudadanas. Además era necesario elaborar nuevas leyes para garantizar el ideal defendido por Solón de la *eunomia* (*frg. 3* Diehl), ya demandado desde época de Hesíodo. La ley estaba por encima de los magistrados que la administraban. El mal gobierno, *disnomia*, dice Solón, acarrea a la ciudad muchas desdichas, abusos e injusticias. En cambio el buen gobierno, *eunomia*, lo deja todo en buen orden y equilibrio, alisa las asperezas y los conflictos y todos los asuntos humanos son rectos y ecuánimes (*frg. 3* Diehl). Su sentido de la *eunomia* estaba sustentado en el respeto a la ley, *nomos*, y en la ideología de la medida, el *ton meson*.

La labor legislativa de Solón abordaba también cuestiones diversas referidas al derecho familiar, como la ley sobre los testamentos y el derecho a testar libremente, y sobre adopciones. Asimismo desarrolló normas relativas al campo y a sus límites, leyes suntuarias y de carácter religioso. Con una ley, además prohibió la modificación de sus reformas y leyes durante cien años.

Medidas económicas

Política agraria.– Estas medidas han sido muy cuestionadas por la historiografía contemporánea más crítica. Se trataría de leyes que implicarían un desarrollo mayor en la sociedad soloniana del que realmente existía. Una de ellas haría referencia a la prohibición de exportar fuera del Ática cereales y a fomentar, por el contrario, la exportación de aceite. Estas medidas expresaban un cambio de los cultivos cerealísticos por los arbustivos, ya que Atenas tenía posibilidad de abastecerse de grano a través de los mercados internacionales. Esta situación implicaba la existencia de una moneda de cambio para pagar los cereales. La moneda propiamente dicha no hará su aparición en Atenas hasta el 575 a.C., utilizándose posiblemente hasta entonces alguna medida premonetal.

Reforma de pesos y medidas.– Otras medidas de las que habla la tradición irían destinadas a desarrollar los oficios artesanales. Sin embargo, la reforma más comprometida es la de pesos y medidas. Hasta esta época Atenas utilizaba el sistema monetario de la cercana isla de Egina, cuya importancia comercial durante el siglo VII a.C. había sido muy grande. Solón adoptó un sistema propio más cercano al utilizado por la isla de Eubea. De esta forma, Atenas se libraba de la influencia de Egina y con el nuevo sistema se abrían más posibilidades de desarrollo comercial a los atenienses. El sistema monetario de Eubea se había ido imponiendo sobre todo en las ciudades periféricas del mundo griego; colonias con las que el comercio de las metrópolis era muy activo.

4. Atenas tras las reformas solonianas

Descontento social: la *stasis*

A pesar de la importancia y del significado en cuanto a la consolidación del censo de bienes y de la territorialidad como principios básicos de organización estatal, estas reformas no satisfacieron completamente a ninguno de los sectores sociales implicados en la *stasis*.

Los eupátridas no aceptaban la pérdida de privilegios y de grandes sumas de dinero con tales medidas. Deseaban una vuelta a la situación presoloniana. El campesinado, aunque había experimentado cierto alivio en su situación a raíz de las medidas de Solón, exigía repartos de tierras. Los sectores no aristocráticos pero con un nivel de renta suficiente para formar parte de la segunda clase no se resignaban a que, dentro de los marcos de la nueva *politeia*, los *aristoi* siguieran conservando una considerable influencia política por medio del arcontado. Esta situación coadyuvó a que el arcontado se convirtiera en los años siguientes en un elemento importante de la lucha política ateniense y que la *stasis* entre los grupos sociales se desarrollara cada vez con más virulencia.

Esta situación es descrita así por Aristóteles en la *Constitución de Atenas*:

> "Pues el pueblo había creído que él lo iba a repartir todo y los nobles, que iba a volverlo al estado anterior o a cambiarlo poco. Solón se había puesto frente a unos y a otros (estando en condiciones de apoyarse en unos u otros, como quisiera y hacerse así tirano), prefirió hacerse odioso a unos y otros, salvando a la patria y estableciendo las leyes mejores". (XI, 2).

Pedieos, diacrios y paralios

Pronto se definieron con suficiente nitidez tres corrientes políticas, cuyas denominaciones correspondían a los nombres de las importantes regiones áticas, relacionadas con el desarrollo artesanal, propiciado en la reforma soloniana, y con el sector artesanal que se va definiendo de manera independiente. Prueba de ello es el florecimiento de los primeros artistas del estilo de las "figuras negras", que crean las pautas técnicas y estilísticas de este modelo. Heródoto dice que el conflicto había quedado reducido tan sólo a los pedieos y a los paralios. Posteriormente Pisístrato formó una tercera facción.

Los *pedieos* habitaban en el Pedión y representaban a la aristocracia terrateniente; su jefe era Licurgo, de los Eteobútadas. Los *diacrios* eran pequeños agricultores, que vivían en la región montañosa y poco fértil de la Diacria y pretendían la redistribución de tierras. Su dirigente era Pisístrato, aunque su creación fue posterior. Los *paralios*, que habitaban en la zona costera, en Atenas misma y en el Pireo, comprendían elementos heterogéneos: aristócratas, clientes, artesanos, comerciantes. Su dirigente era Megacles, del *genos* de los Alcmeónidas. Lo común de los paralios era que habían ligado sus intereses al desarrollo de la artesanía y del comercio, pero diferían entre sí en cuanto a las posibilidades de intervenir en el control del Estado.

Estas agrupaciones no eran partidos políticos, sino corrientes o facciones en las que latían aún sentimientos regionales y locales, pero pronto aparecerán en torno a ellas una comunidad de intereses, expresión de las fuerzas sociales en conflicto.

CRONOLOGÍA

s. IX-VIII	Sinecismo
1º s. VII	Estilo del Dípilon
752-751	Arcontado decenal
682-681	Creón. Primer arconte anual epónimo
682-681	Arcontes tesmotetas
678	Giges de Lidia
664	Guerra naval entre Corinto y Corcira
640	Conjuración de Cilón
621-620	Dracón. Leyes
fin s. VII	Guerra contra Pítaco de Mitilena. Victoria
600	Guerra contra Mégara. Ocupación de Salamina.
594-593	Arcontado de Solón
590	Guerra sagrada contra Crisa
585	Tales de Mileto
583-581	Arcontado de Damasias
575	Aparición de moneda en Atenas
570	Guerra entre Atenas y Mégara por el control de Nisea
	Creación de las Grandes Panateneas
569	Amasis de Egipto
561-559	Muerte de Solón

BIBLIOGRAFÍA

Formación del estado ateniense. Sinecismo ático

ANDREWS, A., *Greek Society*, Penguin, 1971; COBET, J., "Synoikismos als Konzept für die politischen Anfänge Athens und Roms", *Concilium Eirene*, Praga, 1983, pp. 21-26; COLDSTREAM, J. N., *Geometric Greece*, Londres, 1977; DE SANCTIS, G., *Atthis*, Turín, 1912; DIAMANT, S., *The Quest for Theseus*, Londres, 1970; DIAMANT, S., "Theseus and Unification of Attica", *Hesperia*, Suppl. XIX, Princeton, 1982, pp. 38 ss.; JACOBY, F., *Atthis. The Local Chronicles of Ancient Athens*, Oxford, 1949; MOGGI, M., *I sinecismi interstatali greci*, Pisa, 1976; MOMIGLIANO, A., "The Ancient City of Fustel de Coulanges", *Ancient and Modern Historiography*, Blackwell, 1977, pp. 325-343; MONTANARI, E., *Il mito dell' autoctonia. Linee di una dinamica mitico-politica ateniense*, Roma, 1981; MUSTI, D., "L' urbanesimo e la situazione delle campagne in età classica", *Storia e civiltà dei Greci*, Milán, 1979, pp. 524-532; PLACIDO, D., "Los marcos de la ciudadanía y de la vida ciudadana en Roma y en Atenas en el desarrollo del arcaísmo", *Florentia Iliberritana*, 2, 1991, pp. 419-434; ROUSSEL, D., *Tribu et cité*, Paris, 1976; WALKER, H. J., *Theseus and Athens*, Oxford 1995.

Sociedad aristocrática y organización política

CADOUX, T. D., "The Athenian Arcons from Kreon to Hypsichides", *JHS*, 1948, pp. 70 ss.; CARLIER, P., *La royauté en Gréce avant Alexandre*, Estrasburgo, 1984; DAVERIO ROCCHI, G., "Aristocrazia genetica e organizazione politica arcaica", *La Parola del Passato*, 1973, pp. 85 ss.; FERGUSON, V. S., "The Athenian phatrie", *Cl Ph.*, 1970, pp. 257 ss.; FORREST, W. G., *La Democracia Griega*, Madrid, 1966; GERNET, L., *Antropología de la Grecia Antigua*, 1982; HIGNETT, C., *A History of Athenian Constitution to the End of the Fifth Century B. C.*, Oxford, 1952; LÓPEZ MELERO, R., "La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático", *Historia del Mundo Antiguo*, Akal, Madrid, 1989; MADDOLI, G., "La civilización Jonia", *Historia y civilización de los griegos*, dir. R. Bianchi Bandinelli, Barcelona, 1978, pp. 197-244; MURRAY, O., *Grecia Arcaica*, Madrid, 1981; SEALEY, R., "Eupatridai", *Historia*, 1961, pp. 512 ss.; SNODGRASS, A. M., *Arqueología de Grecia*, Barcelona, 1990.

Cilón y Dracón

GAGARIN, M., *Drakon and Early Athenian homicide law*, New Haven, 1981; LANG, M., "Kylonian Conspiracy", *Cl Ph.* 1967, pp. 243 ss.; RUSCHENBUSCH, E., "Patrios Politeia. Theseus, Drakon, Solon und Kleisthenes", *Historia*, 1958, pp. 398 ss., STROUD, R., *Drakon' s Law on Homicide*, Berkeley, 1968; WADE-GERY, H. T., "Eupatridai Archons and Areopagus", *Cl. Quart.*, 1931, pp. 1 ss.

Situación interna del Ática en el siglo VI a.C.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., *La polis y la expansión colonial griega, siglo VIII-VI a.C.*, Madrid, 1991; FINLEY, M. I., "La esclavitud por deudas y el problema de la esclavitud", *Grecia Antigua*, pp. 166-188; FINLEY, M. I., "Entre esclavitud y libertad", *Grecia antigua*, pp. 127-147; FORREST, W. G., *La democracia griega*, Madrid, 1966; MORRIS, I., *City and Country in the Ancient World*, 1991; MOSSÉ, Cl., "Les dependents paysans dans le monde grec à l' époquè archaïque et classique", *Terre et paysans dépendants dans les societés antiques*, Besançon, 1974, pp. 85-93; ID., "Classes sociales et régionalisme à Athènes au début du VIème siècle", A Cl., 1964, pp. 401 ss.; WALLACE W. P., "The Early Coinages of Athens and Euboea", *Num. Chron.* 1962, pp. 23 ss.

Reformas de Solón

CARTLEDGE, P., MILLETT, P., TODD, S., (eds.), *Nomos: Essays in Athenian Law, Politics and Society*, 1993; CRAWFORD, M. H., "Solon's alleged reform of weights and mesures", *Eirene*, 10, 1972, pp. 5-8; ELLIS, J. R, STANTON, G. R., "Factional Conflict and Solon's Reforms", *Phoenix*, 1968, pp. 95 ss.; FERRARA, G., "Solone e cappi del popolo", *Parola del Passato*, 9, 1954, pp. 334-344; ID., *La politica di Solone*, Nápoles, 1964; FRENCH A., "The Economic Background to Solon's Reforms", *C. Q.*, 6, 1956, pp. 11-25; HAMMOND, N. G. L., "Land and Society in the Athens of Solon", *Studies in Greek History*, Oxford, 1973; HAMMOND, N. G. L., "Land Tenure in Attica and Solon's Seisachtheia", *JHS*, 1961, pp. 76 ss.; LEWIS, N., "Solon's Agrarian Legislation", *AJPh*, 1941, pp. 148 ss.; STINTON, T. C. W., "Solon, Fragment 25", *JHS*, 96, 1976, pp. 159-162; STROUD, R., *The axones and kyrbeis of Dracon and Solon*, Berkeley, 1979; WILL, E., "Soloniana", *REG*, 82, 1969.

X ATENAS EN EL SIGLO VI: LA TIRANÍA DE PISÍSTRATO Y LAS REFORMAS DE CLÍSTENES

1. Pisístrato y su subida al poder

Tensiones y grupos políticos

A pesar de la estructuración que Atenas había sufrido gracias a Solón, las tensiones continuaron. El propio Solón, que murió entre el 561 y el 559 a.C., fue testigo del proceso de deterioro político. Se demostró que era imposible resolver la gravedad de la *stasis* por medio de medidas legislativas exclusivamente. La tiranía se hizo inevitable y necesaria.

Aristóteles dice que los grupos rivales podían definirse tanto por su ubicación geográfica como por criterios políticos. Megacles y los Alcmeónidas representaban la *mese politeia*, la constitución equilibrada, preferida por Aristóteles. Licurgo buscaba la oligarquía y Pisístrato era el más demótico y popular. Los dos primeros expresaban las rivalidades entre el *genos* aristocrático por la forma en que se distribuía el poder. En cambio Pisístrato tenía el apoyo de los campesinos pobres, que continuaban en la miseria, y el de aquellos que estaban al margen de la organización gentilicia, los *tethes*, que por las leyes solonianas habían sido incorporados a la *politeia*. Es decir, que Pisístrato en las rivalidades gentilicias había ganado los apoyos ajenos a las clientelas aristocráticas y territoriales, lo que lo convirtió en el más próximo al *demos*.

Los comienzos de Pisístrato.– Pisístrato pertenecía al *genos* de los Filaidas, que se remontaba a Codro, rey de Atenas, descendiente de los Neleidas de Pilos. Era un peligro para la estabilidad representada en la aristocracia olímpica y defendida por los espartanos frente a los tiranos. Se apoyaba en los *diacrios* o *hyperakrioi*, es decir, los que vivían a lo largo o más allá de las montañas. En la región de la Diacria estaba situado el *demos* de los Filaidas y se rendía culto a Ártemis Brauronia.

El comienzo de su carrera política está relacionada con la lucha de Atenas contra Mégara. Actuó como estratego en la toma de Salamina y de Nisea, el puerto de Mégara. Estos éxitos le proporcionaron gran popularidad en Atenas. A raíz de la toma de Salamina se funda allí una cleruquía con colonos a los que se les hace donación de una parcela de tierra, *kleros*. Es una nueva forma de solucionar los problemas de la explotación agraria.

El camino hacia la tiranía

Primer intento tiránico.– La popularidad que tenía Pisístrato entre los diacrios hizo que otros *gene* se opusieran a él desde el principio. Fingió un atentado mientras se dirigía al campo y pidió ayuda al *demos*, logrando que la asamblea le concediese una guarnición de *korynephoroi*, formada por individuos de la ciudad, ajenos al ejército hoplítico. Estas gentes, denominadas igual que los dependientes de Sición, vivían en una situación precaria que podía en cualquier momento conflictivo derivar en dependencia también, aunque las reformas solonianas protegía su libertad, garantizada también por Pisístrato.

Con la ayuda de esta guardia armada, Pisístrato tomó la acrópolis en el 560 a.C. y estableció su poder personal. Sin embargo, este poder no era demasiado firme, ya que su política generaba el rechazo de la aristocracia. Por ello, a los seis años de ocupar el poder fue expulsado de Atenas por la alianza entre Licurgo y Megacles. Este pacto no duró mucho tiempo y pronto Megacles entabló negociaciones con Pisístrato, que terminaron en el matrimonio entre Pisístrato y una hija de Megacles.

Segundo intento.– El tirano regresó a Atenas e hizo una entrada solemne, bajo la protección de una Atenea representada por una opulenta mujer tracia vestida de hoplita, intentando con ello ampliar la base social de sus apoyos ciudadanos con el de los tracios, en cuyas tierras Pisístrato buscaba metales y mano de obra esclava en una nueva concepción de las relaciones sociales. A pesar de todo ello, las relaciones con Megacles habían empeorado, haciendo inevitable una segunda expulsión que durará diez años. Los Alcmeónidas se convertirán en los jefes de la oposición a la tiranía.

Afirmación en el poder.– Pisístrato regresó al Ática desde Eretria, en Eubea, con nuevos apoyos. Tenía el respaldo económico de Tebas y un ejército argivo mercenario. Lígdamis de Naxos le apoyaba para ser a su vez apoyado en su intento de establecer allí la tiranía. Pisístrato desembarcó en Maratón y allí recibió también el apoyo de la ciudad y de los distritos rurales. Se mantuvo como tirano hasta su muerte en el 528-527 a.C. y su política se hizo más moderada y flexible.

2. El gobierno de Pisístrato

Pisístrato no pretendió hacer nuevas reformas en el sistema político al estilo de Solón. Durante su gobierno siguió funcionando la constitución soloniana y la respetó. Se celebraron anualmente las elecciones de magistrados, sin excluir el cargo más elevado, el arconte epónimo. Este cargo, sin embargo, había perdido ya parte de su importancia anterior. Tanto esta magistraturas como las demás fueron ocupadas por parientes del tirano.

Su política en el interior estuvo dirigida a ampliar la base social en la que pudiera apoyarse y para ello tomó una serie de medidas.

Medidas agrarias

Aunque no hay noticias claras sobre posibles repartos de tierras realizados por Pisístrato, si sabemos que llevó a cabo una política de préstamos que beneficiaban a los agricultores y les permitía mantener el ritmo de la explotación. Aristóteles dice que ayudaba a los pobres para que cultivaran la tierra y no tuvieran que estar constantemente presentes en la ciudad. Con estas medidas se evitaban las grandes concentraciones de tierras a costa del pequeño propietario. Esta favorable situación del campesinado pequeño y mediano tenía un resultado fiscal, ya que de los beneficios que obtenían, una parte (5% o 10%) iba destinada al pago de impuestos. Instituyó los jueces de los *demoi*, encargados de impartir en ellos justicia, posiblemente sustrayendo su competencia al control ejercido por los notables locales.

Protección de la artesanía y el comercio

De igual manera actuó con respecto a estas actividades económicas. A partir del 560 a.C. empiezan a trabajar en Atenas muchos ceramistas y pintores que llevan el estilo cerámico de las "figuras negras" a las cotas más elevadas de estilo y se propagan los talleres artesanales de todo tipo.

A Pisístrato se debe la acuñación de moneda, primero en la forma de "monedas heráldicas" y posteriormente las primeras "lechuzas", sello oficial de Atenas y símbolo de su divinidad epónima. Las minas de plata de Laurión, en el Ática, y las de Tracia, donde el tirano tenía propiedades, se convertirán en su apoyo económico más importante. Esta política favorecerá los intercambios comerciales de Atenas, hasta llegar a convertirse en uno de los centros redistribuidores del momento. Estas medidas favorecían a metecos y libertos, dedicados principalmente a estas actividades, y no serían ajenas a su política exterior.

Construcción de obras públicas

Pisístrato durante su gobierno hizo que se llevara a cabo en Atenas una serie de construcciones de edificios y otras obras públicas, por medio de las que la ciudad adquirió un gran auge como centro cultural y religioso. Se edificó el templo de Zeus Olímpico y el de Atenea en la Acrópolis, para el que se importó mármol de Paros. Se construyeron acueductos para llevar agua a la ciudad, asi como una red de caminos en el Ática.

Medidas de carácter religioso y cultural

Relacionado con la construcción de templos está su política religiosa. Se trasladó a la ciudad el culto de Ártemis Brauronia y los festivales rurales y el culto de Dioniso, transformados así en cultos cívicos. Con ello se consiguió dar cohesión a toda la población dispersa del Ática, estableciendo unos cultos generales para toda la población. Estas medidas

también iban en contra de la influencia que tenían los cultos privados de los *gene* aristocráticos en la vida religiosa de Atenas.

Por otra parte, en las fiestas dionisíacas se celebraban festivales dramáticos de los que surgiría la tragedia. Las fiestas Panatenaicas adquieren un nuevo vigor, sobre todo con sus hijos Hipias e Hiparco. Se establecieron recitales públicos de los poemas homéricos e incluso se llevó a cabo la primera redacción del texto de los poemas.

Política exterior

Durante la tiranía de Pisístrato la posición de Atenas en el exterior se fue afianzando. En primer lugar se consolidó la situación de Atenas en el Helesponto y en Tracia. El tirano se apoderó de la ciudad de Sigeo en Asia Menor, y puso a su hijo como gobernador de ella. En Tracia poseía las minas del Pangeo. Milcíades se apoderó del Quersoneso tracio. El dominio de estos centros en la entrada del Mar Negro era de un valor incalculable para Atenas, ya que aseguraba sus relaciones comerciales con las costas de este mar, sobre todo con las costas septentrionales (sur de Rusia), de donde, según parece, los atenienses empezaron a importar trigo. Se establecieron cleruquías en Lemnos e Imbros.

Por otra parte, Pisístrato consiguió que Atenas consiguiera una situación de superioridad entre los jonios. Se apoderó de la isla de Naxos e hizo purificar el santuario de Apolo en la isla de Delos, centro religioso de los jonios.

Con respecto a las demás ciudades griegas mantuvo relaciones de amistad: con Tesalia y Macedonia, así como con Corinto. Con Tebas y Esparta las relaciones no eran muy estrechas, sobre todo con Esparta, considerada como beligerante con la tiranía.

3. Gobierno de Hipias e Hiparco. Caída de la tiranía

Pisístrato murió en el año 528-527 a.C. y el poder fue ocupado por sus hijos Hipias e Hiparco. El poder efectivo lo ejerció Hipias, el mayor; Hiparco mantuvo una cierta autoridad y fue considerado como un mecenas cultural de la ciudad y de su transformación edilicia. Los poetas Anacreonte de Teos y Simónides de Ceos vivieron en Atenas por esta época.

Harmodio y Aristogitón

Al comienzo de su gobierno siguieron la misma política de su padre, pero pronto cambió la situación en el interior y en el exterior. La posición de los tiranos era cada vez más débil y sus relaciones con los otros estados griegos empeoraron. Sigeo y el Quersoneso de Tracia tuvieron que reconocer la soberanía de Persia. Sólo se necesitaba un pretexto para que se organizara una oposición fuerte que hiciera caer a la tiranía.

En el 514 a.C. Hiparco fue muerto en uno de los festivales por rivalidades aristocráticas a las que se unieron, según dicen las fuentes, un asunto de celos amorosos de tipo homosexual. Harmodio y Aristogitón fueron los que ejecutaron el tiranicidio. Las fuentes son contradictorias sobre esta conjuración y, aunque posteriormente los tiranicidas recibieron culto como si fueran héroes de la democracia, Tucídides critica esta interpretación y advierte que sólo más tarde fue derrocada la tiranía y ello con el apoyo de los espartanos.

Caída de la tiranía

Efectivamente, Hipias continuó gobernando cuatro años más y ejerció el poder de forma más dura y autocrática por miedo a otras conjuraciones. La oposición a la tiranía representada por los Alcmeónidas sólo logró derrocar al tirano y expulsarle de Atenas con la ayuda militar de Esparta, bajo el mando de Cleómenes. Esparta había sido muy presionada por los Alcmeónidas, que controlaban el santuario de Delfos y que actuó a favor de ellos. Hipias acabó refugiándose en la corte del rey persa y en el 490 a.C. regresará en un vano intento de recuperar su posición en Atenas.

4. Significado de la tiranía

La tiranía jugó un papel importante en el desarrollo histórico de la ciudad de Atenas. Resolvió en parte la crisis agraria que existía y favoreció el desarrollo artesanal y comercial. Por un lado, significó la consolidación del campesinado, eje fundamental del *demos* hoplítico, que sería a su vez el fundamento de la democracia. Por otro lado, favoreció a los grupos más débiles, los *thetes*, permitiéndoles incorporarse a la vida cívica a través de una política edilicia que les proporcionaba trabajo y recursos. La tiranía no tuvo un carácter violento como en otras ciudades griegas y por eso aparece en la historiografía griega como un eslabón en la historia turbulenta del Ática del siglo VI entre Solón y Clístenes.

Con las medidas religiosas y culturales se contribuyó al nacimiento de la "ciudad-nación", en palabras de P. Lévêque-P. Vidal Naquet. Se puso fin a los particularismos locales y crearon las bases para la revolución de Clístenes.

5. Atenas después de la tiranía

Clístenes e Iságoras

A la caída de la tiranía regresaron del exilio los atenienses desterrados y volvieron a recrudecerse las rivalidades entre los miembros de la aristocracia. Por un lado Iságoras, al que Aristóteles considera amigo de los tiranos, y Clístenes, de los Alcmeónidas, familia que defendía la democracia y se oponía a la tiranía. Sin embargo, la lucha no podía resolverse entre *betairiai*, dada la situación de inferioridad de Clístenes. Iságoras fue elegido arconte para el año 508-507 a.C., pero Clístenes con una serie de medidas consiguió el apoyo del *demos*, al que trató como si fuera su *betairía*, según dice Heródoto.



5. EL TERRITORIO DEL ÁTICA TRAS LA REFORMA DE CLÍSTENES

Por su parte, Iságoras acudió al rey de Esparta, Cleómenes, con quien su familia mantenía relaciones de hospitalidad, *xenia;* las típicas de las familias aristocráticas en un contexto de panhelenismo. Ante esta situación, Clístenes abandonó la ciudad y Cleómenes entró en ella expulsando a setecientas familias atenienses, vinculadas a los Alcmeónidas por relaciones clientelares, e intentó introducir reformas en la constitución soloniana.

Este intento produjo un levantamiento general que sitió en la Acrópolis a Cleómenes y a Iságoras, donde habían logrado refugiarse. Después de dos días de asedio, se llegó a un acuerdo por el que se permitió salir al rey espartano y a sus lacedemonios. Los demás de la ciudadela, según Heródoto, fueron hecho prisioneros y ejecutados, aunque Aristóteles dice que las ejecuciones no llegaron a producirse. Los atenienses reclamaron el regreso de Clístenes como *prostates* o presidente del *demos,* y como *hegemon,* términos no institucionales, que expresan, como dice Aristóteles, que el *demos* se había hecho dueño de la situación:

> "Hecho el pueblo dueño del poder, Clístenes era su jefe, *hegemon,* y caudillo, *prostates,* del pueblo" (*Const. At,* XX, 4).

Una vez más en la *stasis* se entremezclan rivalidades aristocráticas, lucha gentilicia, tiranía y democracia, pero con la necesidad de los apoyos del *demos*. Estos elementos, aunque son contradictorios, confluyen para conseguir unos objetivos y hacen comprensible la compleja realidad del momento.

6. Reformas de Clístenes

Esta situación permitió a Clístenes poner en marcha sus reformas. La aprobación de las reformas se había llevado a cabo antes de la intervención de Cleómenes a favor de Iságoras. El objetivo de la reforma era desarticular definitivamente el poder de la aristocracia y dar al *demos* un papel preponderante en la vida política.

El nuevo sistema tribal

Tribus y trittyes.– Clístenes introdujo el cálculo decimal en el antiguo sistema tribal como modo de racionalización. Las tribus pasan a ser diez y en ellas se encuadra toda la población sin tener en cuenta las cuatro tribus anteriores, por medio de las que se ejercía la influencia aristocrática. Cada tribu estará compuesta por tres *trittyes* o tercios y a su vez por *demos:* diez, según Heródoto. Las pequeñas aldeas se fundían en un sólo *demos* y, en cambio, Atenas se dividió en varios.

Esta reforma era una simple división territorial para integrar a toda la población del Ática. Como dice Aristóteles, la reforma buscaba la *anameixis,* es decir, la mezcla de la población. En efecto, Clístenes pudo triunfar gracias al apoyo del *demos* y no por las relaciones con los *hetairoi.*

Demos.– La unidad fundamental del nuevo sistema era el *demos*, unidad territorial donde se agrupaba la población campesina y se liberaba de las dependencias gentilicias, con lo que los que antes no estaban encuadrados en el sistema gentilicio, tuvieron por primera vez acceso a la administración, ya que cada *demos* era una unidad autónoma, equivalente a lo que para nosotros sería un distrito.

Cada *demos* elegía a su jefe, el *demarco*, poseía tierras comunales, tenía sus ingresos locales y su tesoro, y promulgaba sus propias disposiciones. Tenía que llevar el registro de sus ciudadanos: el estar inscrito en un *demos* conllevaba el derecho de ciudadanía. Esta nueva situación supuso una transformación en la onomástica ática, del *genos* al *demos*, con lo que la denominación del tipo "Clístenes, Alcmeónida" queda sustituida por una fórmula como "Sócrates, (hijo) de Sofronisco, del *demos* de Alopece".

Con respecto a los extranjeros y metecos, hasta entonces marginados de los derechos cívicos, al quedar integrados en los *demos*, se les garantiza el estatuto de meteco como medida de protección frente al desarrollo de los esclavos.

Discontinuidad de la nueva división.– Aunque la nueva división se basaba exclusivamente en el principio territorial, las tribus y las *trittyes* no ocupaban territorios continuos, sino que cada una de las *trittyes* de una tribu estaba situada en cada una de las tres regiones áticas: en la ciudad de Atenas *(asty)* y sus cercanías, en las zonas marítimas *(paralia)* y en el interior *(mesogeia)*. Esto significaba que en cada tribu nueva predominaba el elemento urbano y el sistema se adecuaba mejor al concepto de *polis*. Como dice Aristóteles:

"Primero distribuyó a todos en diez tribus en lugar de en cuatro, con la intención de mezclarlos y para que tomase parte en el gobierno más número" (*Const. Aten.* XXI, 2).

Estructuración institucional

Boulé.– Este Consejo de los Cuatrocientos soloniano quedó transformado en un Consejo de quinientos miembros, para el que se elegían cincuenta representantes de cada una de las diez tribus nuevas. Sus funciones eran más amplias y se convirtió en el órgano administrativo superior, desplazando en cierto modo al colegio de los arcontes. Las elecciones al Consejo se hacían por sorteo, pero ningún ciudadano podía ser miembro de él más de dos veces en su vida.

Se supone que a una *Boulé* tan activa correspondería una *Ekklesía* fuerte y numerosa, a la que se le daría información para tomar las decisiones que eran de su competencia, como el órgano de decisión más importante. En este sentido sería considerada como un órgano de representación de la *Ekklesía*.

Heliea.– Aumentó su importancia como tribunal de jurados y sus miembros fueron elegidos por sorteo entre los ciudadanos.

Areópago.– Este órgano, que había sido tradicionalmente el instrumento de la aristocracia eupátrida, conservó su función judicial en los asuntos criminales. Los delitos de alta traición pasaron a ser competencia de la *Heliea*.

Aumento de los funcionarios

Apodectas.– Se formó un colegio de diez apodectas para regular las finanzas.

Estrategos.– A partir del año 501-502 a.C. se eligieron diez estrategos, uno por tribu, que formaban un colegio de carácter militar encabezado por el estratego polemarco.

Oficiales del ejército.– Cada tribu proporcionaba un regimiento de infantería y un escuadrón de caballería, mandados por oficiales elegidos por sorteo en la *Ekklesía*: *taxiarcas* e *hiparcas*. Los jefes militares de la tribu pasan a mandar sobre unidades heterogéneas de hoplitas, como *phylarchoi*, con tendencia a convertirse en verdaderos jefes políticos de la *polis*.

La distribución de funciones y poderes entre los órganos de gobierno nuevos y viejos se hizo con un sentido democrático, en el que el sorteo jugó un papel importante, excepto para los estrategos, escogidos por elección. Con todo ello, la tradicional práctica de que los miembros de las familias aristocráticas ocuparan todos los cargos quedó superada.

Reforma del calendario

El sistema decimal, base de la reforma tribal, fue también utilizado para una reforma del calendario político. Se conservó para la vida religiosa el antiguo calendario lunar, pero para la administración del Estado se dividió el año en diez períodos de 36 ó 37 días, denominadas *pritanías*. Cada tribu ejercía la presidencia del Consejo de los Quinientos durante cada pritanía.

Desde esta perspectiva, las reformas de Clístenes, que afectaron de manera fundamental a la estructura política ateniense, hicieron que aumentara el poder de las instituciones democráticas. Esto debió servir tanto contra la reacción de la aristocracia como contra cualquier intento de restablecer la tiranía. Aristóteles afirma que esta constitución resultó ser mucho más democrática que la de Solón.

Ostracismo

Aunque hay problemas en torno a su instauración, se atribuye al reformador Clístenes esta medida especial para eliminar el peligro de una nueva tiranía. Esta institución consistía en enviar al destierro a las personas sospechosas de querer hacerse con el poder. El

ostracismo se decidía por votación popular en la *Ekklesía* y se necesitaba un alto *quorum* de 6.000 votos para que la votación fuera válida.

Cada sexta pritanía, que coincidía con el comienzo de nuestro año, se planteaba a la asamblea popular la cuestión de si se habría de recurrir al ostracismo en el año en curso. En el caso de una respuesta afirmativa, se hacía una votación en la octava pritanía para decidir quién sería sometido a esta medida. La persona cuyo nombre aparecía escrito en mayor número de fragmentos de cerámica, *ostraka,* empleadas para votar, debía abandonar los límites del Ática en un plazo de diez días y durante diez años, aunque no perdía el derecho de ciudadanía ni sus propiedades.

Sin embargo, el primer ostracismo conocido no se llevó a cabo hasta el año 478 a.C. en una etapa conflictiva en relación con las Guerras Médicas. En este período se usó como instrumento en los conflictos políticos, fenómeno constatado por la arqueología en el análisis de los depósitos de fragmentos de *ostraka.* Por medio de esta evidencia se ha detectado la utilización de mecanismos para influir en los votantes a través de la inscripción de un determinado nombre en un número considerable de fragmentos, dispuestos para repartirse entre los ciudadanos en el momento de la reunión.

Significado de las reformas

El marco de las reformas.– Las reformas de Clístenes evidentemente no surgieron de pronto ni fueron simplemente el producto de su habilidad política, sino que hay que analizarlas como la culminación de un proceso de desarrollo económico, social y político, durante el cual se fue formando en el Ática la ciudad-estado de Atenas. Las reformas de Clístenes destruye el sistema de lealtades existentes basado en la organización de los *gene* y su primacía en la vida social y en los órganos políticos.

La división de la población del Ática según el principio territorial utilizado por Clístenes, basado en el sistema decimal, alteró completamente los antiguos vínculos gentilicios. Se crearon nuevas instituciones desconocidas para la sociedad aristocrática: instituciones democráticas.

Nuevo dinamismo estatal.– La constitución de Clístenes es un ejemplo claro de cómo cuando las instituciones de un Estado se adecúa mejor a sus estructuras sociales, le imprimen un dinamismo nuevo. A su vez, es un ejemplo de cómo al hacer una reforma política se toman antiguas instituciones y se les da un contenido nuevo. La constitución clisténea, al tiempo que eliminaba la organización gentilicia, la reproducía fielmente. Pero al no estar basada en los lazos de sangre sino en el principio de la territorialidad, aunque se mantuvieran nombres análogos a los antiguos, eran todo lo contrario a aquélla y la destruía. Por eso Aristóteles, consciente de esta situación de cambio, dice: "los que deseen investigar las estirpes no deben preocuparse de las tribus", refiriéndose a que las tribus de Clístenes no tienen nada que ver con las gentilicias.

Sistema democrático.– A pesar de todo, las reformas de Clístenes no solucionaron todos los problemas ni servirían para resolver los nuevos. Se llegará a formas más radicales de democracia, pero su triunfo tendrá como base esta constitución. En definitiva, el régimen aristocrático fue eliminado y sustituido por un sistema democrático, aunque los términos que se utilizaban para definirlo era todavía el de *isonomia* e *isegoria,* es decir, igualdad ante la ley y, de un modo impreciso, igualdad en la asamblea. Ambos conceptos tenían un contenido mayor al de época soloniana, pero todavía está lejos de expresar las connotaciones del término *demokratia,* que tendrá su sentido pleno en el siglo V a.C.

7. Política exterior de Atenas al final del siglo VI a.C.

La nueva situación creada en Atenas a raíz de las reformas de Clístenes alarmó a los estados vecinos. En ellos predominaban todavía sistemas de gobierno de tipo oligárquico. Ante esta situación Heródoto se expresa de la manera siguiente:

> "Que los lacedemonios veían que los atenienses libres ya (de la tiranía), y cada día más poderosos, no pensaban en obedecerlos, y que si continuaban con la constitución democrática les igualarían en poder".

Esta sería la actitud general hacia Atenas que adoptarían las *poleis,* que veían en la nueva Atenas un rival peligroso.

Beocios, peloponesios y calcidios.– Los beocios eran los que se sentían más alarmados, por su cercanía con el Ática. A ello se unía la pérdida de Platea, ciudad beocia, ocupada por los atenienses durante la tiranía y su obligado abandono de la Confederación Beocia. Se formó una gran coalición de ciudades contra Atenas, formada por la Liga del Peloponeso, dirigida por Esparta, y por Beocia y Calcis, en la isla de Eubea.

Acercamiento a Persia.– Para hacer frente a esta coalición Clístenes buscó la ayuda de los persas, que ya habían ocupado Asia Menor, y entró en negociaciones con Artafernes, sátrapa de Sardes. Las relaciones entre los Alcmeónidas y el sátrapa se remontaban a la época en que éstos habían estado en el exilio durante la tiranía. Sin embargo, las condiciones que exigía Artafernes de reconocer formalmente la sumisión de Grecia a Persia hicieron inviable la ayuda. La asamblea ateniense rechazó tal propuesta y condenó a los embajadores áticos por haberse atrevido aceptar esas condiciones, que representaban un sometimiento de Atenas a Persia.

Disensiones en la Liga.– Mientras tanto la coalición antiateniense se preparaba para atacar a Atenas. A comienzos del 506 a.C., los coaligados atacaron por tres frentes a la vez. Por el sur atacó el ejército peloponesio y ocupó Eleusis, el santuario de Deméter. Los beocios atacaron por el oeste y los calcidios por el este. Sin embargo los atenienses no llegaron a

entablar batalla con el ejército de la Liga a causa de las disensiones y defecciones que se produjeron en su interior. Los corintios, miembros de la Liga del Peloponeso, se consideraban amigos de los atenienses y retiraron su ejército. Por otra parte, entre los dos reyes espartanos, Cleomenes y Demarato, existía una enemistad personal y Demarato se retiró.

Victorias sobre Beocia y Calcis.– La retirada del ejército de la Liga del Peloponeso dejó libres a los atenienses para hacer frente a los beocios y a los calcidios, que trataban a su vez de unificar sus fuerzas para mayor eficacia. El ejército ateniense se dirigió primero contra el ejército beocio y lo derrotó. Posteriormente los atenienses cruzaron el Euripo y penetro en la isla de Eubea, donde vencieron a los calcidios y se apoderaron de su ciudad. En Calcis los atenienses establecieron una cleruquía, repartiendo tierras a 4.000 clerucos atenienses.

Alianza tebano-egineta.– A pesar de estas victorias atenienses la guerra continuó por parte de los tebanos, a los que se unieron los ciudadanos de Egina, amenazados por el desarrollo ateniense. Los tebanos fueron derrotados por segunda vez, pero los eginetas consiguieron saquear las costas del Ática, destruyendo varias poblaciones costeras y el puerto ateniense de Falero.

Las intrigas de Hipias.– En esos momentos surge de nuevo la amenaza de la Liga del Peloponeso. Cleomenes hizo venir al Peloponeso al antiguo tirano ateniense Hipias, retirado en Sigeo. El objetivo espartano era reponerlo en Atenas como tirano. La democracia ateniense se iba manifestando como un peligro por los regímenes oligárquicos, que veían que podía propagarse a sus estados. El plan de Cleomenes fracasó porque los corintios de nuevo se negaron a esa intervención en el Ática. El rey espartano no tuvo más remedio que desistir de su intención e Hipias se vió obligado a regresar a Asia Menor.

Hipias, una vez en Sigeo, se dirigió a Sardes para buscar la ayuda de Persia, pero los atenienses enviaron una ambajada para neutralizar las intrigas de su antiguo tirano. Sin embargo, Artafernes exigió a los embajadores atenienses que Hipias debía ser aceptado en Atenas, exigencia rechazada de nuevo por los atenienses. Esta actitud de independencia de Atenas hacia Persia sería uno de los motivos de enemistad entre ambos estados y uno de los pretextos de las Guerras Médicas.

CRONOLOGÍA

560	Primera subida al poder de Pisístrato
560-550	Guerra de Esparta y Tegea
550-549?	Segunda subida al poder de Pisístrato
546?	Conquista persa de la Grecia asiática
539-528	Tiranía de Pisístrato
630	Cerámica de figuras negras en Atenas
530	Cerámica de figuras rojas en Atenas
528	Hipias e Hiparco
514	Muerte de Hiparco por Harmodio y Aristogitón
510	Fin de los Pisistrátidas
	Destrucción de Síbaris por Crotona
508-507	Arcontado de Iságoras
508	Invasión espartana del Ática. Reforma de Clístenes
506	Invasión espartana del Ática
	Victoria ateniense sobre beocios y clacidios
501	Instauración de los diez estrategos por tribus
500	Guerra entre Atenas y Egina
499-449	Rebelión de Jonia contra los persa
478	Primer ostracismo en el marco de las Guerras Médicas

BIBLIOGRAFÍA

General

COHEN, D., *Law, Violence and Comunity in Classical Athenes*, Cambridge, 1995; FORREST, W. G., *La democracia griega*, Madrid, 1966; LEVEQUE, P., VIDAL-NAQUET, P., *Clistène l' Athénien*, París, 1964; MOSSÉ, CL., *Historia de una democracia. Atenas*, Madrid, 1981; MURRAY, O., *Grecia arcaica*, Taurus, Madrid, 1984; MUSTI, D., *Storia Greca*, ed. Laterza, Bari, 1994; VAN EFFENTERRE, H., *La cité grecque. Des origines à la défaite de Marathon*, París, 1985.

La tiranía en Atenas

ANDREWES, A. *The Greek Tyrants*, Londres, 1958; BRANDT, H., 'GES ANADASMOS und ältere Tyrannis", *Chiron*, 19, 1989, pp. 207-220; EHRENBERG, V.: *From Solon to Socrates. Greek History and Civilization during the 6th and 5th centuries*, Londres, 1968; FROST, F., "Toward a History of Peisistratid Athens", *The Craft of the Ancient Historian. Essays in hon. of Ch. G. Starr*, Lanham 1985, pp. 47 ss.; HOLLADAY, J., "The Followers of Peisistratos", *G. R.*, 24, 1977, pp. 40 ss.; MAZZARINO, S.: "La politica coloniale ateniense sotto i Pisistratidi", *Rec. Ist. Lomb.*, LXXII, 1939, pp. 285 ss., MOSSÉ CL., *La Tyrannie dans la Grèce Antique*, Paris, 1969.; OSTWALD, M.: "The Athenian Legislation against Tyranny and Subversion", *TPA Ph A.*, LXXXV, 1955, pp. 103-128; RUSSEL, H. L.: "Tyranny and Democracy", *Cl. Weekly*, 1943-44, pp. 128-130; SCHREINER, J. H., "The Exile and Return of Peisistratos", *SO*, 56, 1981, pp. 13 ss.; SMITH, *Athens under the Tyrants*, Bristol Classical Press, 1989.

Reformas de Clistenes

ELIOT C. W. J., *The coastal demos of Attica*, Toronto, 1962; KARAVITES, P., "Cleisthenes and Ostracism again", *Historia*, 20, 1971, pp. 129 ss.; LAMBERT, D., *The Phraties of Attica*, The University of Michigan Press, 1993; OSBORNE, R., *Demos: the Discovery of Classical Attica*, Cambridge, 1985; RHODES, P. J., *The Athenian Boule*, Oxford, 1972; STANTON, G. R.: "The Tribal Reform of Kleisthenes the Alkmeonid", *Chiron*, 14, 1984, pp. 1 ss.; TRAILL, J. S., *Demos and Trittys. Epigraphical and Topographical Studies in the Organization of Attica*, Toronto, 1986; WHITEHEAD, D., *The Demos of Attica 508/507-250 b. C. A Political and Social Study*, Princenton, 1986.

Política exterior de Atenas

DUCAT, J., La Confèderation Béotienne et l'expansion thébaine à l' époque archaïque", *BCH*, 97, 1973, pp. 59-73; GALLI, F., "Aspetti della politica interna ed estera degli Alcmeonidi", *QUCC*, 11, 1971, pp. 65 ss., WILL, E., *Le Monde Grec et l'Orient*, I, París, 1972; WILLIAMS, G. M. E., "Athenian Politics 508/7-480 B. C. ", *Athenaeum*, 60, 1982, pp. 521 ss.

XI CULTURA Y RELIGIÓN EN LA GRECIA ARCAICA

1. El mito

La introducción de la escritura alfabética en Grecia, como producto de la propia historia griega, fue un factor fundamental para el desarrollo cultural y religioso de la Grecia arcaica. El poner por escrito el recuerdo del pasado propició unas formas de expresión en las que siempre estaba vigente el pasado a través del presente. En la poesía épica y lírica, en la filosofía, la tragedia, la arquitectura, la escultura y la cerámica pintada siempre se manifiesta una vigencia del pasado a través del presente y una interpretación del presente apoyada en el pasado.

En este escenario complejo el mito se erige como el fenómeno más dúctil y vital, que estará presente en todas las manifestaciones culturales y artísticas, inseparable, a su vez, de la religión. También está presente en la vida política y social del mundo griego.

El mito se relaciona con la propia necesidad de los griegos de explicar y comprender el mundo que les rodea, y con la necesidad de conservar el recuerdo del pasado. En este sentido, el mito es una narración referida a un orden del mundo anterior al orden actual y destinada a explicar una ley orgánica de la naturaleza de las cosas. B. Gentili considera que el mito es un instrumento de conexión entre la cultura oral heredada y los instrumentos sociales creados por la *polis*. Así se va elaborando toda una teoría de elementos relacionados que se organizan como un *corpus* complejo y poco sistematizado, pero de una gran vitalidad. Así nace la mitología que recoge diversas tradiciones heroicas, que serán de gran eficacia en su utilización en todas las ramas del saber.

La vitalidad y eficacia del mito está en su propia ductilidad y maleabilidad. Cualquier proceso natural, político, familiar o histórico, en general, tiene su personificación en el mito, que a su vez se va renovando a medida que necesite explicar determinados cambios institucionales y culturales en un período largo de tiempo. En muchas ocasiones estos cambios quedan expresados en el mito a través de un solo acontecimiento, con el que se identifica.

Desde esta perspectiva, el mito y la leyenda constituyen un elemento cultural significativo que recoge las preocupaciones de la memoria colectiva y sirve a su vez de instrumento para la creación de nuevas perspectivas teóricas y culturales.

2. La poesía

Épica

La poesía es la forma de expresión más natural de una cultura no literaria. Con técnicas propias del lenguaje poético y con un ritmo repetitivo, se consiguió pasar de la oralidad a plasmar por escrito el recuerdo del pasado y el deseo de su permanencia. Así surge la poesía épica como práctica que en principio afecta a la aristocracia y a su necesidad de legitimar su dominio, pero pronto será asumida por toda la población y se convertirá en un código de valores morales por los que se regirá toda la sociedad.

La *Ilíada* y la *Odisea* de Homero se convierten en paradigmas de la formación del individuo y de su integración social. El canto épico se fundamentaba en la memoria colectiva y su origen se produciría en época contemporánea a los hechos que narra. Según parece, fue Jonia la zona que más influenció en la formación de los poemas, lo cual explica que la lengua sea predominantemente jónica y que los dioses homéricos representen la comunidad mítica y religiosa de los griegos desde la perspectiva de Asia Menor. El mundo social, cultural e ideológico reflejado por los poemas homéricos sería el del siglo VIII o incluso el de época anterior, entre la civilización micénica y la época arcaica.

La *Teogonía* y *Los Trabajos y los Días* de Hesíodo son poemas que recogen una tradición oral no referida al mundo heroico sino a los dioses y a la vida del campo, temas propiamente de poesía popular. En estas obras aparece la configuración de un Panteón olímpico, que reproduce los esquemas de una organización eminentemente patriarcal. Por otro lado, se expresan una serie de normas sobre la agricultura y la vida campesina, y la dificultad que tiene el campesinado de conservar sus pequeñas parcelas de tierra frente a la acumulación aristocrática.

Hay constancia de otros poemas épicos, cuya conservación es muy fragmentaria y de autores desconocidos. Entre estas obras merece destacarse la *Alcmeónida* y la *Etiópida*, procedente de Mileto, que trataba de las Amazonas y de juegos fúnebres en honor a los héroes. Las *Naupactias* tratan el tema de Jasón y sus compañeros. La *Heraclea* narraba las aventuras de Heracles en el Mediterráneo oriental.

Lírica

La poesía lírica se desarrolla en relación con la *polis* aristocrática y es un tipo de poesía más vinculada con la realidad presente. En ella se utiliza el mito de forma evidente y con una proyección contemporánea. La elegía y la poesía yámbica eran los géneros más representativos de la lírica. Arquíloco, Tirteo, Calino de Éfeso, Mimnermo de Colofón, Teognis de Mégara y Solón utilizaron estos géneros para exhortar a la defensa de la patria y a tratar temas políticos de actualidad.

Arquíloco en sus elegías utilizaba el mito de la conquista de Tasos y Torona por Heracles para enarceder a sus conciudadanos. Tirteo, aunque parte del universo homérico, lo transciende y elogia al hombre no por su *arete* heroica sino por su valor guerrero,

aethlon, que es de gran utilidad para la ciudad y para su descendencia, aunque alcance la muerte en combate.

El poeta Mimnermo vive los problemas de la costa de Asia Menor. Le preocupan los problemas económicos en el seno del *oikos*, pero también se preocupa por la ciudad. En su fragmentada *Esmirneida*, cuyo motivo es la lucha de Esmirna con los lidios, se preocupa de los problemas presentes, proyectados en una reflexión sobre el pasado, que a su vez sirve para exhortar los acontecimientos presentes.

Hiponacte se refiere a la ciudad y a la esclavitud. Refleja un mundo en transformación, en el que la pérdida de derechos y la caída en la situación servil representan una amenaza real, tal vez como alternativa social al esclavo bárbaro.

Jenófanes, además de escribir elegías, escribió un poema didáctico *Sobre la naturaleza*, que lo introduce entre los filósofos presocráticos. En las elegías trata la vida de la aristocracia, el ambiente del banquete y la necesidad de evitar la *stasis* por medio del esfuerzo y la virtud. Aunque describe la actividad del atleta, no tiene un espíritu agonístico y pone por delante la sabiduría a la fuerza.

De todos estos ejemplos se concluye que los poetas líricos están inmersos en los problemas de la *polis*. Refleja los problemas de la comunidad, al tiempo que da consejos sobre las posibles soluciones. En el siglo VII a.C., se produce la separación entre la poesía épica y la lírica, adquiriendo esta última una función más propiamente ciudadana y la épica una función panhelénica.

El poeta lírico es un aristócrata o sirve a esta clase en la defensa de sus intereses. Se erige en la conciencia de la comunidad desde su propia situación aristocrática y, por ello, en muchas ocasiones, critica el comportamiento de sus congéneres cuando actúan de forma perjudicial para ellos mismos, en tanto que ponen en peligro la solidaridad aristocrática y el equilibrio interno.

Por todo ésto se puede afirmar que el poeta es un auténtico portavoz de la ciudadanía de la *polis* arcaica y la lírica como género adquirió una gran vigencia como medio de comunicación público, según A. M. Snodgrass.

3. Filosofía

En la época arcaica se produjo un movimiento intelectual que hizo nacer del mito la filosofía y la historia. La filosofía rompió con la visión teológica del mundo para apoyarse en el pensamiento lógico y en el conocimiento experimental.

Esta corriente de pensamiento surgió en Jonia debido tanto al propio desarrollo político-cultural de las ciudades minorasiáticas como a la influencia cultural del mundo oriental babilonio y egipcio.

Los primeros filósofos, llamados por Aristóteles "fisiólogos", porque elaboraron una física con métodos filosóficos, buscaban una explicación global del mundo. Tras el aparente desorden del mundo y su inestabilidad, pensaban que hay un orden único median-

te el que se puede explicar el origen de ese mundo, su evolución y sus movimientos. Consideraban que la propia observación de los fenómenos naturales permite elaborar reglas de valor universal, por lo que fueron llamados "físicos" (de *physis*, "naturaleza"). En todo este planteamiento se sirvieron tan sólo de su raciocinio; los dioses y los mitos fueron racionalizados.

Tales (624-548 a.C.), Anaximandro (610-545 a.C.) y Anaxímenes (586 a.C. -?) eran de Mileto y, aunque posiblemente no llegaron a formar una escuela, participaban de un mismo modo de razonar y hacer crítica de sus predecedores. Sobre el conocimiento que se tiene de estos filósofos somos tributarios de la tradición aristotélica.

Tales

Consideraba que el agua era el principio de todas las cosas, pues, como dice Aristóteles, el germen que da la vida es húmedo y por eso la tierra flota sobre el agua. Se le atribuye la frase "todas las cosas estan llenas de dioses", pero expresada no en un sentido panteísta sino en el sentido de que toda materia está animada. Esta reflexión abría el camino para buscar en la misma naturaleza la explicación de los fenómenos naturales. Por este camino el mito quedaba racionalizado.

Anaximandro

El pensamiento de este filósofo se muestra más complejo. Rechazaba que el elemento 'agua' prevaleciera sobre los demás, con riesgo de destruir a su contrario, el fuego. Por el contrario concibió una sustancia original indefinible, ilimitada, el *apeiron;* término que expresaba lo infinito y lo indefinido. Este principio era el origen de la vida y del movimiento; y el equilibrio del mundo radicaba en el de los contrarios, prevaleciendo cada uno alternativamente, al igual que ocurría con los períodos estacionales. Por eso la Tierra no necesitaba ningún soporte, ya que se mantenía por la atracción de los contrarios.

Anaxímenes

Su doctrina parece una síntesis de las teorías de Tales y Anaximandro, pero superándolas. Retornó a un elemento conocido, el aire, para explicar el origen del mundo y del movimiento, pues éste es indefinido en su extensión y se modifica por condensación y rarefacción; además está animado de un movimiento eterno. El aire sostiene el mundo, como el alma, también compuesta de aire, sostiene la unidad del cuerpo.

Estos primeros filósofos intentaron explicaciones de los fenómenos astronómicos o de los orígenes del hombre e hicieron interpretaciones fantásticas, que respondían, a pesar de ello, a un intento de explicación lógica y global.

Jenófanes de Colofón

Este poeta y teólogo vivió entre el 570-475 a.C. Rechazó todo concepto antropomórfico de los dioses y fue el primero en afirmar que "Dios es Uno", eterno y bueno, independiente de toda contingencia. En cambio pensaba que la vida orgánica nacía de una mezcla de tierra y agua. Fue el precursor de la ontología de la escuela de Elea.

Heráclito

Vivió a fines del siglo VI a.C. y, preocupado por la unidad y a la vez diversidad del Universo, fue considerado como el creador de la doctrina de la "mutabilidad". Establece una reflexión filosófica pura, que considera la inteligencia como el instrumento de comprensión de los seres.

Sostiene que el Cosmos siempre ha existido y que es un fuego que siempre existirá, aunque no estén encendidas sus partes al mismo tiempo. Por este proceso de mutabilidad en su unidad, se puede explicar la diversidad y los polos opuestos de las cosas, como el calor y el frío, lo húmedo y lo seco, el día y la noche...

Posteriormente, será la Magna Grecia la que recoja la antorcha del pensamiento filosófico con Pitágoras de Samos, Anaxágoras de Agrigento y los filósofos de la escuela de Elea: Parménides, Zenón y Meliso.

A pesar de la racionalización del mito y de los intentos de separar la filosofía y el pensamiento mítico por parte de los filósofos milesios, el mito y el *logos* no se heredan de forma mecánica, sino que ambos se interfieren constantemente en el pensamiento y en la religiosidad de la época arcaica. Por ejemplo, Pitágoras logra incorporar en su pensamiento el racionalismo numérico y el misticismo de la transmigración, además de sus ideas como político moderado.

4. Artes plásticas

Arquitectura

La arquitectura arcaica griega es fundamentalmente de carácter religioso. En la *polis* el templo sustituye al santuario doméstico por medio del *temenos* de las familias aristocráticas, que extienden sus cultos particulares a toda la comunidad como medio de control.

El templo se concebía como la morada de la divinidad y no como lugar de oración para los fieles. Por eso en su origen su construcción se reducía a un habitáculo para el dios, *naos*. Posteriormente se amplia la parte exterior y quedó compuesto de tres partes desde el punto de vista arquitectónico: *pronaos*, *naos* y *opisthodomos* o vestíbulo posterior.

Desde el arcaismo griego se establecieron dos órdenes arquitectónicos: dórico y jónico. En ambos modelos se detecta una anterior construcción de madera que explicaría el origen y la pervivencia de algunos de sus elementos.

La estructura de estos templos geométricos no pueden fecharse antes del siglo VIII a.C. Los primeros santuarios tenían forma de cabaña *(Paus.* X 5, 9) y recuerdan a los micénicos a escala reducida. No se diferenciaban de la casa, donde había un hogar. A medidad que el Estado va asumiendo las responsabilidades de los cultos, el templo se va ampliando con una columnata exterior.

Estilo dórico.- Los templos dóricos más antiguos son de finales del siglo VII a.C. Fueron las ciudades de Argos, Sición y Corinto las que crearon este orden. Destacan las *stoas* de Argos, que revelan la importancia de la ciudad en la época del tirano Fidón; el Hereo de Olimpia, dedicado a Hera y con influencia del anterior, y el de Apolo en Termo. Al siglo VI a.C. pertenecen el templo de Ártemis en Corcira, el "Apolonion" de Siracusa, la "Basílica" de Posidonia, cuyos capiteles ya tienen influencia jónica, y el de Apolo en Corinto, que servirá de modelo al templo de Atenea Polias en Atenas, de época pisistrátida, y al de Apolo y Atenea Pronea en Delfos, reconstruidos entre 515-505 a.C.

Estilo jónico.- La influencia oriental se constata en la grandiosidad arquitectónica de los templos jonios y su majestuosidad coincide con el desarrollo urbanístico de las ciudades, propiciado por los tiranos que convierten la ciudad en el lugar de afirmación de su prestigio.

Un ejemplo de este tipo de construcción, mezcla de estilo jónico superpuesto al dórico y con influencia oriental, lo constituye el templo del siglo VI a.C., construido por el tirano Lígdamis de Naxos, con una estatua colosal de Apolo, y los leones, inspirados en las vías de acceso de los templos orientales.

El Artemision de Éfeso y el recinto sagrado de Apolo en Delfos merecen ser destacados. Otros santuarios, como el de Delos, Delfos y Olimpia llegaron a convertirse en templos panhelénicos, a donde acudían en peregrinación griegos de todas las ciudades.

Escultura

Con el desarrollo de la *polis* y del templo, van apareciendo formas escultóricas nuevas. En la primera mitad del siglo VII a.C., destaca el estilo dedálico, expresado en representaciones antropomórficas de divinidades, realizadas en cilindros de madera poco tallados: son las famosas *xoana*, que la tradición atribuye a Dédalo, y cuyo exponente más preciado es la Dama de Auxerre.

A finales de siglo se inicia las representaciones escultóricas de jóvenes de gran tamaño, los *kouroi* y las *korai*, que constituyen ofrendas en los grandes templos. Estas figuras no pretenden ser retratos del dedicante, aunque, de forma abstracta, son una representación de él y un monumento conmemorativo.

Los *kouroi* representan a jóvenes atletas desnudos y con los brazos pegados al cuerpo y la pierna izquierda avanzada. Las *korai* visten túnica fina y tienen la mano derecha extendida. Los ojos son grandes y almendrados, los labios gruesos y en línea recta o con una convencional sonrisa, la llamada "sonrisa arcaica". El pelo es largo y compacto, peinado en trenzas que caen sobre la espalda y los hombros. Estas estatuas destacaban por su frontalidad y policromía.

La *kore* más antigua conservada es la ofrecida por Nicandro en Delos, dedicada a Ártemis, en la primera mitad del siglo VII a.C. Entre los siglos VII y VI a.C. se produce una importante evolución como consecuencia de una mejora técnica y de un mayor conocimiento anatómico. Las estatuas adquieren más flexibilidad de movimientos y una expresividad individual, precedentes de la escultura de época clásica.

Paralelamente se va desarrollando una escultura en relieve, adaptada a la arquitectura templaria, en los frontones, metopas y frisos, donde se representaban escenas colectivas. La adaptación al espacio y la diversa decoración del mismo contribuyeron en gran medida al desarrollo del arte griego. Estas escenas escultóricas tenían una finalidad propagandística política y religiosa.

Cerámica

Estilo geométrico (siglos XI-VIII a.C.).- La cerámica geométrica es una recuperación del arte micénico y de su mundo heroico. Esta manifestación es paralela a la que se produce con los poemas homéricos y su intento de recuperar el pasado.

A partir del siglo X a.C., empiezan a destacar centros aislados de producción alfarera. El florecimiento más notable se produce en el Ática y de allí se difunde rápidamente a lo largo del siglo IX a.C.

Las primeras ánforas con figuras humanas aparecieron en el cementerio del Dipilón en Atenas, que dió nombre a esta cerámica. Son recipientes de gran tamaño, colocadas en los sepulcros en calidad de monumentos funerarios y completamente decorados. La mayoría de las representaciones son de carácter funerario con escenas del ciclo tebano o troyano. El ejemplar considerado más hermoso es la gran ánfora conservada en el Museo Nacional de Atenas, de mitad del siglo VIII a.C.

A. M. Snodgrass, en su estudio sobre el tema de los carros, destaca que primero representan el carro que conocen, el de cuatro ruedas. Posteriormente reintroducen el carro heroico con motivos no guerreros hasta introducir el carro real de las carreras, el jinete luchador y guerreros que combaten en fila. En las escenas se glorifica a la aristocracia como heredera de los héroes y el carro asume un valor simbólico, por el hecho de que los antepasados de esa aristocracia lo utilizaron en época micénica.

Estilo orientalizante (siglo VII-VI a.C.).- El arte ceramístico de este período se caracteriza por la imitación de los productos traídos de Oriente y por el nacimiento de un estilo propio. El desarrollo de los contactos comerciales griegos propició que los griegos conocieran las técnicas y los gustos de otras culturas. Esta influencia oriental se manifiesta en la presencia de animales, sobre todo leones, y en el uso de colores alegres.

Las primeras producciones de este estilo aparecieron en la Grecia asiática. Son los llamados "vasos rodios", fabricados en Rodas y otros centros: Samos, Larisa y Clazomenes. Su estilo era muy decorativo, con un dibujo muy cuidado y grandes influencias orientales expresadas en franjas de flores superpuestas, animales diversos (grifos, ánades, ciervos, cabras) en color negro con pinceladas en rojo y blanco.

Cerámica corintia.– La cerámica corintia sustituyó en los mercados a la geométrica a partir de mediados del siglo VIII a.C. y se difundió por todo el Egeo hasta finales del siglo VI a.C. en que es sustituida por la ateniense. Los pintores corintios utilizaban el dibujo de contornos y el de silueta de forma simultánea. Destaca el color amarillo de su pasta y sus dibujos orientalizantes en barniz negro.

La pieza maestra de esta etapa es el "Vaso Chigi", de la mitad del siglo VII a.C., en el que se representa la táctica hoplítica y la solidaridad en la batalla, expresada por el método de la superposición de imágenes. El despertar de la individualidad en época arcaica es complementaria de la solidaridad colectiva de la *polis* hoplítica.

Las figuras negras atenienses.– La cerámica ateniense no desapareció tras el período geométrico sino que evolucionó. En torno al 700 a.C. se inicia el período protoático, muy orientalizante y con inicios de ornamentación de figuras.

La cerámica ática de "figuras negras" comenzó en Atenas en torno al 630 a.C. En Corinto la misma técnica había comenzado ya en el 700 a.C. Fue el primer arte decorativo verdaderamente popular de la Antigüedad. Sus elementos narrativos heroicos son paralelos a los recitales de las fiestas, a cuyos juegos servían de premios. La utilización de la figura de Heracles, Teseo y Aquiles es recurrente.

De esta época destaca el llamado "Vaso François", crátera de volutas que se conserva en el Museo Arqueológico de Florencia. Data del 570 a.C. y su decoración realizada en franjas horizontales ilustra escenas de los ciclos heroicos, aunque se decanta más por el interés individual de temas concretos que por la utilización de la Ilíada como fuente a seguir.

Las figuras rojas.– A finales del siglo VI a.C. (530) se introduce la técnica de "figuras rojas", pero no desplazó a la de "figuras negras". En esta cerámica aumentan las escenas de la vida cotidiana, urbanas y de talleres artesanales, en cambio se olvida la vida del campo. También son frecuentes la representación de banquetes y juegos atléticos. En el aspecto técnico se producen también innovaciones como el estudio anatómico y el escorzo.

Destacan los pintores Nicóstenes, Andócides, Epictetos, Eutímides y Eufronio, pintor de la crátera de Heracles y Anteo, donde se pone de relieve el contraste formal entre ambos personajes.

5. Religión

Por religión se puede entender una propiciación o conciliación de los poderes superiores al hombre, que se cree dirigen y gobiernan el curso de la naturaleza y la vida humana. Consta de dos elementos, uno teórico y otro práctico, expresado en los ritos, ofrendas y sacrificios.

El Panteón olímpico

Homero y Hesíodo fueron los que crearon el Panteón griego. Los dioses olímpicos emanaron en dos generaciones de la pareja fundamental Cronos-Rea. Por tanto, la organización del Panteón reproducía la estructura familiar de los griegos. Los dioses olímpicos eran Zeus, Poseidón, Deméter, Plutón, Hades, Hera, Afrodita, Artemisa, Apolo, Atenea, Hefesto y Hermes.

Estos doce dioses del Panteón homérico y hesiódico ya han abandonado los rasgos de antropofagia y de violencia que les caracterizaba en época primitiva y se han adaptado a la vida civilizada de la *polis*. Estas divinidades son conocidas por todos los griegos y su poder conjunto se impone por encima de las fuerzas de la naturaleza y de las actividades humanas.

Cada uno de los dioses tiene diversas funciones, resultado de una absorción de pequeñas divinidades locales e, incluso, de héroes y fuerzas divinizadas. Por eso el mito es plural y está destinado a explicar el polimorfismo de los diversos cultos.

El proceso de "civilización" se desarrolló a lo largo de toda la historia griega, ya que continuamente se iban introduciendo nuevas divinidades que se iban integrando en el sistema dominante. Es lo que ocurre con Dioniso, en principio inasimilable al Panteón, pero posteriormente integrado como hijo de Zeus, con lo que se asimila a la estructura de la ciudad por medio de un rito de iniciación. A su vez, la fiesta dionisíaca queda sacralizada, "civilizada" y permitida.

Cultos funerarios y familiares

Los cultos funerarios están relacionados con la idea que los griegos tenían de la muerte. Los muertos eran enterrados en un sepulcro y sus almas o sombras deambulaban por los dominios del Hades. La suerte de estas almas dependía de los ritos obligados que los vivos tenían que realizar debidamente respecto del cuerpo del muerto.

Estos elementos constituyeron el aspecto esencial del culto familiar, que se prolongaba a través de las agrupaciones de familias, las fratrías, y de la sociedad aristocrática. Determinados ritos fúnebres se convertían en auténticas manifestaciones de riqueza y un medio de competición para obtener prestigio.

El culto de los héroes surgió del culto de los muertos y a menudo fueron confundidos con las divinidades ctónicas. Su explicación hay que centrarla en la etapa de desintegración de la sociedad gentilicia y de formación de la sociedad aristocrática. Servían de inter-

mediarios para atraer sobre los hombres la benevolencia de los poderes infernales y del conjunto de los dioses. Se les convertía en antepasados míticos, grandes personajes políticos como Teseo, matadores de monstruos como Heracles o benefactores de la humanidad como Prometeo, que enseñó a hacer fuego o Asclepio.

Cultos agrarios

Dentro de los cultos de las comunidades desempeñaron un papel importante la adoración de las divinidades de la fecundidad, de los dioses protectores de la agricultura y del ganado. De entre todas estas divinidades sobresale Deméter, que extiende su protección a la agricultura en general. La fiesta de las Tesmoforías, bien conocida en Atenas y reservada a las mujeres casadas, es una de tantas ceremonias destinadas a preservar la fertilidad del suelo. Incluso el origen más antiguo de los misterios de Eleusis, que implicaba una iniciación, estaba constituido por ritos agrarios, llevados a cabo sobre todo por mujeres para el bien de las cosechas, mediante las ofrendas de sacrificios dedicados a Deméter y Core, con su paredro Plutón, en nombre de toda la comunidad.

Cultos cívicos

Estos cultos están relacionados con el desarrollo y la consolidación de la ciudad-estado griega. La ciudad es el marco fundamental en el que se desarrollan las grandes manifestaciones religiosas y ciertos magistrados tienen a su cargo la organización de estas ceremonias. La ciudad fija el calendario de las fiestas y procura soporte material a las mismas a través de "liturgias", a cargo de los ciudadanos más ricos.

La participación de los ciudadanos era obligatoria políticamente, ya que con ello se propiciaba el interés general de la colectividad y no su propio interés personal. Los beneficios de la fiesta revierte a todos y los grandes sacrificios terminaban en un festín en común.

Así se desemboca en la creación de una especie de culto político, "nacional" y patriótico. Es el caso de los cultos a las divinidades poliadas, que tenían bajo su protección a la ciudad. En el caso de Atenas era Atenea, Hera en Argos, Artemisa en Efeso, Asclepios en Epidauro... Pisístrato quiso magnificar este culto por medio de la reorganización de la fiesta de las Panateneas, que rivalizó incluso con las grandes manifestaciones panhelénicas. La fiesta se desarrollaba entre competiciones abiertas a todos los griegos. En esta época se produce en Atenas una proliferación de las llamadas ánforas panatenaicas, con sus pinturas negras describiendo escenas olímpicas, que eran la recompensa para los vencedores.

Cultos panhelénicos

Desde los orígenes de la época arcaica había una tendencia a crear un Panteón olímpico panhelénico, que se superponía a cada una de las comunidades. En este proceso jugaron un papel importante las *anfictionías*. Esta denominación hace referencia a la

agrupación de *ethne*, colectividades tribales, en organizaciones más amplias, que tenían como centro un lugar de culto aislado, separado de cada uno de los asentamientos de los pueblos que acudían allí.

Así, de forma paralela y contradictoria, se desarrolla el culto anfictiónico, que agrupa diferentes pueblos. Las anfictionías más importantes fueron la de Delos, que agrupaba a los jonios de las islas en torno a Apolo; la de Poseidón en Mícale, para los jonios de Asia; la de Atenea Itonia, cerca de Queronea, y alguna otra más.

A su vez, se van desarrollando tendencias panhelénicas por parte de algunas ciudades, que intentan controlar los santuarios anfictiónicos con fines imperialistas, o bien intentan transformar santuarios locales en panhelénicos para aumentar su influencia. Es el caso de Atenas en la época de los Pisistrátidas con respecto a Delos y Eleusis, transformando los misterios de Deméter en una atracción panhelénica.

Los cultos panhelénicos más prestigiosos fueron Delfos y Olimpia. El primero basado en su acción oracular y el segundo en los juegos. Ambos se remontan a época heroica, como ha demostrado la arqueología. En estos cultos también se eliminan los aspectos ctónicos y de animales, representados por Gea y la serpiente Pitón, y quedan sustituidos por las divinidades olímpicas: Apolo Délfico y Zeus Olímpico.

La importancia y el desarrollo de estos cultos están relacionados con el de la ciudad, pero se sitúan por encima de ella. Pasan a simbolizar lo que hay de común entre los griegos a pesar de los particularismos de las *poleis*.

Delfos.- La fama y el prestigio de Delfos está indisolublemente unido a su importante papel en el proceso colonizador, hasta el punto de que se habla del oráculo como un archivo de conocimientos geográficos de la época. Se hizo imprescindible para los sectores dirigentes de las ciudades contar con su apoyo y pronto se convirtió en un instrumento político no sólo frente al enemigo externo sino en las rivalidades entre ciudades griegas. El santuario de Delfos apoyó el derecho de Esparta de dominar el Peloponeso. Asimismo apoyó a los Alcmeónidas atenienses, a Solón, a Clístenes e hizo posible el derrocamiento de los Pisistrátidas.

Olimpia.- La fama de Olimpia estaba unida a la organización de sus juegos, en los que los atletas disputaban su fuerza y su prestigio para su ciudad, su clase y su familia. La fama y la gloria que se desprendía de la victoria obligaba a los competidores a una dura pugna. Como complemento de las competiciones se ofrecían declamaciones poéticas y recitales musicales y de canto. Una gran multitud se concentraba en torno al santuario en campamentos improvisados. Se intercambiaban ideas y mercancías.

Los cultos panhelénicos desempeñaron, pues, un papel importante en la historia de la *polis* arcaica. Representaban la solidaridad aristocrática en la que se veían reconocidos todos los ciudadanos. Reflejaban la conciencia común griega, pero también las diversas formas de rivalidad propias del período entre ciudades, entre clases y entre aristócratas.

BIBLIOGRAFÍA

General

BIANCHI-BANDINELLI, R. (dir.), *Historia y civilización de los griegos. II. Orígenes y desarrollo de la ciudad. El arcaísmo,* Barcelona, 1982; DION R., *Aspects politiques de la Géographie antique,* París, 1977; HAVELOCK, E. A., *The Literate Revolution in Greece and Its Cultural Consequences,* Princenton Univ. Press, 1982.

Mitología

BERMEJO, J., *Introducción a la sociología del mito griego,* Madrid, 1979; ID., *Mito y parentesco en la Grecia arcaica,* Madrid, 1980; BLUNDEL, S., *The Origins of Civilization in Greek and Roman Thought,* Londres, 1986; DETIENNE, M., *Los jardines de Adonis,* Madrid, 1983; GRAVES, R., *Los mitos griegos,* Barcelona, 1984; REEDER, E. D., *Pandora: Women in Classical Greece,* Princenton 1995; VEYNE, P., *¿Creyeron los griegos en sus mitos?,* Barcelona, 1987.

Literatura

ADRADOS, F. R., *Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos (siglo VII-V),* Barcelona, 1956-59, 2 Vols.; ID., *El mundo de la lírica griega,* Madrid, 1981; BERNABE, A., *Fragmentos de la épica griega arcaica,* Madrid, 1979; BURKERT, W., *The Orientalizing Revolution,* Harvard, 1995; COHEN, B., *The Distaff Side: Representing the Famale un Homer's Odyssey,* Oxford, 1995; NAGY, G., *Poetry as Performance: Homer and Beyond,* Cambridge, 1996; NATAPOULOS, J. A.; "Homer, Hesiod and the Achaean Heritage of Oral Poetry", *Hesperia,* 29, 1960; PAGE, D., "Archilochus and the Oral Tradition", *Entretiens Fond. Hardt,* X, Vandoeuvres, Ginebra, 1963; PLÁCIDO, D., "Cultura y Religión en la Grecia Arcaica", *Historia del Mundo Antiguo,* Akal, Madrid, 1989; WEBSTER, T. B. L., *Greek Art and Literature, 750-530 B. C.,* Londres, 1959.

Filosofía

CASERTANO, G., *La nascita della filosofia vista dai Greci,* Nápoles, 197; GUTHRIE, W. K. C., *Los filósofos griegos,* F. C. E., México, 1953; LAURENTI, R., *Introduzione a Talete, Anassimandro, Anassimene,* París, 1971; ROBINSON, J. M., *An Introduction to Early Greek Philosophy,* Boston, 1968; SAMBURSKY, S., *Il mondo fisico dei greci,* Milán, 1967. THOMSON, G., *Los primeros filósofos,* Buenos Aires, 1975.

Arte

ARIAS, P. E., *Problemi di scultura greca,* Bolonia, 1965; BIANCHI-BANDINELLI, R., *L' arte classica,* Roma, 1984; BOARDMAN, J., *Greek Art,* Londres, 1985; COOK, R. M., *Greek Painted Pottery,* Londres, 1972; EAVERLY, M. A., *Archaic Greek Equestrian Sculpture,* Michigan, 1995; HAYNES, D., *Greek Art and the Idea of Freedom,* Londres, 1977; LAISNE, CL., *Art of Ancient Greece: Sculture, Painting and Architecture,* Terrail, 1995; MARTIN, R., *L' urbanisme dans la Grèce antique,* París, 1956; RICHTER, G. M. A., *Kouroi-Archaic Youths,* Londres, 1970; SPIVEY, N., *Understanding Greek Sculpture,* Thames and Hudson, 1996.

Religión

BRELICH, A., *Guerre, agoni, e culti nella Grecia arcaica,* Bonn, 1961; BURKERT, W., *Greek Religion,* Oxford, 1985; DELCOURT, M., *Les grands sanctuaires de la Grèce,* Paris, 1947; DIETRICH, B. C., *The Origin of the Greek Religion,* Berlin, 1974; GARDINER, E. N., *Olympia, Its History and Remains,* Washington, McGrath, 1973; GUTHRIE, W. C. K., *Les Grecs et leurs dieux,* Paris, 1956; LEVEQUE, P., *Betes, dieux et hommes. L' imaginaire des premières religions,* París, 1985; NILSSON, M. P., *Historia de la religión griega,* Eudeba, Buenos Aires, 1961; PETAZZONI, R., *La Religion dans la Grèce Antique,* Paris, 1953; ROUX, G.: *Delphes, son oracle et ses dieux,* París, 1976.

GRECIA CLÁSICA

JUAN JOSÉ SAYAS ABENGOCHEA

XII GRIEGOS Y PERSAS

La Época Clásica

El período cronológico de la Historia de Grecia que discurre entre las grandes confrontaciones de las Guerras Médicas (ca. 500-479 a.C.) y el reinado de Alejandro Magno (336-323 a.C.), se denomina convencionalmente "época clásica" en razón a que durante dicho período florecieron las manifestaciones culturales más granadas del espíritu creador griego. Todo ello se originó en el seno de una sociedad compleja, que, pese a su conciencia de pertenecer a un tronco étnico común, cristalizó a lo largo de la época arcaica en una pluralidad de comunidades con formas políticas diferentes.

1. El imperio persa

Las conquistas persas

Los conflictos entre griegos y persas fueron el resultado sangriento de una serie de encuentros entre dos pueblos que, aun perteneciendo originariamente al tronco común indoeuropeo, tuvieron desarrollos históricos divergentes, con claras diferencias en lo político y cultural. A lo largo de su proceso histórico, los persas construyeron un inmenso imperio que se extendía desde el Océano Índico al Cáucaso y desde Asia Central al Mediterráneo. Por el contrario, las diversas etnias griegas constituyeron estados de pequeñas dimensiones, con un reducido número de habitantes. El Ática, uno de los estados más poderosos de Grecia, apenas alcanzaba los 2.300 kilómetros cuadrados.

Entre estos dos mundos tan diversos se encontraba el reino de Lidia, con abundantes riquezas y tierras feracísimas y una posición privilegiada en las rutas comerciales entre Oriente y Occidente. Este reino fue objeto de la ambición de diversos estados extranjeros en distintos momentos históricos. También lo fue de medos y persas. La paz del 585 a.C. situó en el río Halis el límite entre ambos reinos. Cuando Ciro (559-529) subió al trono de Persia, los días del reino de Lidia como estado independiente estaban contados. En el 546 a.C., Sardes, capital del reino, cayó en poder persa y su rey Creso fue hecho prisionero. Pocos años después, fueron sucumbiendo progresivamente las ciudades griegas de Asia Menor, el reino de Babilonia y la región sirio-palestina. Persia incorporaba a su órbita de dominio unas zonas costeras con poderosas ciudades y disponibilidades comerciales sin cuento.

Para los griegos de Asia Menor el nuevo dominio no supuso un gran quebranto. Soportaron con resignación la imposición de gobiernos tiránicos fieles a Persia, el establecimiento de guarniciones militares y el pago regularizado de un tributo. A pesar de ello y aunque los reyes persas se mostraron tolerantes con las costumbres y creencias locales, la instrumentación del dominio persa creaba en el ánimo de los griegos la amarga sensación de que habían perdido las cuotas de autonomía que aparentemente creían disfrutar con los lidios. Pero esa pérdida real de autonomía política estaba atemperada y compensada con la ausencia de impedimentos en el desarrollo económico, que les brindaba la unidad política de un gran espacio geográfico surcado por grandes vías imperiales y la unidad monetaria establecida por Darío.

Organización del imperio

A la muerte de Ciro, su hijo Cambises (529-522) extendió hasta Egipto las conquistas persas. Su sucesor Darío I (522-486) se enfrentó a la ingente tarea de organizar un inmenso imperio que hasta esos momentos no era otra cosa que un abigarrado mosaico de pueblos, lenguas y culturas. El imperio estaba falto de cohesión política y de un diseño administrativo que le diese unidad y eficacia.

El gobierno central.– La institución monárquica y la base ideológica que la sustentaba, constituía uno de los elementos integradores más eficaces. El Gran Rey, como representante en la tierra de Ahura Mazda, era dueño de todas las tierras y tenían como misión principal velar por la paz y la prosperidad de todos sus súbditos. El camino elegido para lograrlo consistió en la práctica condicionada de una política de tolerancia religiosa. Pero la institución monárquica como elemento de unión de todas las tierras del imperio no podía ser entendida y sentida de igual forma por unos súbditos que atravesaban por etapas de desarrollo muy desiguales. Eran, por tanto, los diversos organismos administrativos, cuya buena o mala gestión conocía el rey a través de un cuerpo de inspectores, los que daban al imperio los elementos de unión y de cohesión necesarios. Desde la administración central, instalada en Susa, se dirigían todos los asuntos. Al frente de ella se encontraba el primer ministro, que aglutinaba los cargos de "Jefe de los Mil" y encargado del Tesoro.

Las satrapías.– Todo el imperio estaba dividido en una veintena de circunscripciones territoriales denominadas satrapías. Cada una de ellas estaba gobernada por un sátrapa (protector del reino), elegido entre los miembros de las familias aristocráticas o entre los parientes del rey. Entre sus cometidos político-administrativos estaba la percepción de los impuestos provinciales. Como ocurría con los griegos de Asia Menor, algunas de esas circunscripciones territoriales ya conocían el régimen impositivo. No representó, por tanto, ninguna novedad la decisión de Darío de establecer un sistema de contribuciones, general para todo el imperio, en el que cada provincia participaría en función de su extensión geográfica, de la calidad de sus tierras y de su importancia económica. Heródoto señala que su monto total fue de 14.560 talentos euboicos, sin contar las aportaciones en especie que pagaban aquellas satrapías cuya economía monetaria no estaba muy desarrollada.

El ejército.– La férrea urdimbre administrativa no era suficiente para mantener unido al imperio, compuesto de un conglomerado muy heterogéneo de pueblos y culturas, prestos a separarse y sublevarse tan pronto como se presentaba la ocasión propicia. Cuando esto ocurría, el poderoso ejército persa actuaba de forma implacable para restablecer la situación. Este ejército estaba integrado por unidades de caballería y de infantería pesada –entre ellas el famosos cuerpo de los Inmortales–, exclusivamente persas, complementado con contingentes de las diversas provincias, mandados por sus sátrapas.

La religión irania

La religión irania, politeísta, veneraba al Sol, a la Luna, a la Tierra *(Zam)*, al Fuego *(Atar)*, al Agua *(Apam Napat)*... De entre esta constelación de divinidades sobresalía la figura de *Ahura Mazda*, creadora del cielo y de la tierra, como reza un texto de la época de Darío I. Las líneas básicas del pensamiento religioso persa giraban en torno a la idea fundamental de la lucha eterna entre el principio del Bien, representado por *Ahura Mazda*, y el principio del Mal, *Ahrimân*.

Sobre la base de un politeísmo religioso, siempre latente en las manifestaciones religiosas iranias más arcaicas, cobraron fuerza de la mano de Zarathustra, personaje que vivió entre los siglos VII y VI a.C., las tendencias monoteístas. El núcleo de su doctrina giraba en torno a la lucha entre el Bien y el Mal.

Tolerancia religiosa.– Todos los habitantes del imperio, cualquiera que fuese su raza y cultura, estaban llamados a participar de estas creencias religiosas. No se trataba de una religión impuesta a los súbditos de forma fanática y exclusivista. En este terreno, el poder persa se distinguió por su gran paciencia y tolerancia. Estaba convencido de que la contemplación de las victorias, conseguidas gracias a sus dioses, tendrían fuerza suficiente para acercar progresivamente a los pueblos sometidos hacia la religión irania. Pero esta tolerancia religiosa no emanaba tanto de motivaciones religiosas como de razones de índole política. Al no atacar las creencias ancestrales de los pueblos sometidos, esta tolerancia hacía más soportable el yugo persa. Es cierto que era la oportunidad política la que condicionaba y regía la tolerancia religiosa. Cuando la obediencia política entraba en cuestión, el poder mostraba de inmediato el rostro adusto de la intransigencia política y religiosa. Una inscripción de Persépolis, de la época de Jerjes I, informa que por la gracia de Ahura Mazda fue suprimida la veneración de los *daewas* (dioses falsos). Desconocemos de qué dioses se trata, lo mismo que el lugar en el que se llevó a efecto este rasgo de intolerancia. En todo caso, con el tiempo, sin que decayese el culto de esta divinidad suprema, fue cobrando fuerza la veneración de otras divinidades hasta quedar constituida la tríada clá-

sica: Ahura Mazda, Anahita y Mitra, bajo cuya advocación y protección se colocó Artajerjes II (405-359 a.C.).

La sublevación de Jonia

La rebelión de Mileto.– Los griegos de Asia Menor no notaron diferencias sensibles cuando pasaron del dominio lidio al persa. Pese a ello, en el verano del 499 a.C., protagonizaron una revuelta contra el dominio persa. Heródoto le achaca motivos banales y anecdóticos: Aristágoras, tirano de Mileto, tras fracasar estrepitosamente en su intento de apoderarse de la isla de Naxos, con la ayuda del sátrapa Artafernes y temiendo del Gran Rey un castigo seguro, renunció a su tiranía y empujó a la lucha común por la libertad a todos los griegos de Asia Menor. Los sublevados, demasiado débiles para emprender la lucha en solitario, acudieron a sus hermanos continentales en solicitud de ayuda. Cuando Aristágoras propuso a los espartanos que se unieran a la lucha, el rey Cleomenes, comprometido en los preparativos para llevar la guerra contra Argos, encontró un pretexto para no intervenir en la inmensa distancia que separaba la costa jonia del núcleo del imperio.

De esta forma la precipitada sublevación tropezó con los inconvenientes de la fragmentación de la comunidad griega en pequeños estados autónomos y los egoísmos individuales, que sólo miraban por el propio interés. Únicamente Atenas y Eretria (Eubea), en un gesto más simbólico que efectivo, enviaron una ayuda de veinticinco y cinco naves respectivamente, que regresaron precipitadamente a sus bases tan pronto como se percataron de que la insurrección perdía consistencia.

Represión persa.– Es cierto que los éxitos iniciales, entre los que se encontraba la conquista de la ciudad baja de Sardes, avivaron las llamas de la sublevación de chipriotas, carios, licios y de los griegos del Bósforo y de la Propóntide. Pero faltos de la ayuda solicitada e indispensable de los griegos continentales, la sublevación estaba condenada al fracaso. Cuando Persia, con la lentitud acostumbrada, puso en movimiento su formidable maquinaria militar, el cerco en torno a los griegos se fue estrechando: los carios fueron empujados a las montañas, las ciudades chipriotas capitularon en el 496 a.C. y la conquista de Rodas fue cuestión de días. Ante este conjunto preñado de reveses y desgracias, el consejo de la federación jonia, reunido en el santuario Panionion, acordó hacer un último esfuerzo y jugar su baza decisiva en una batalla naval. Cerca de la isla de Lade, en las proximidades de Mileto, la flota griega sufrió una completa derrota (495 a.C.). Al año siguiente, Mileto, núcleo de la resistencia, fue tomado al asalto y sus supervivientes, deportados al interior de Mesopotamia.

Causas de la sublevación.– Los investigadores modernos se han preguntado reiteradamente sobre las causas de la sublevación. Se invoca el odio griego a los sistemas tiránicos, el decaimiento económico por causa de la rivalidad comercial entre los fenicios y los griegos de Asia Menor y, sobre todo, el amor profundo de los griegos por la libertad. Pero ninguna de esas causas proporciona una explicación completa del acontecimiento. Es posible que el mantenimiento persa del sistema tiránico como medio efectivo de control político produjese entre los avanzados estados griegos de Asia Menor un cierto resquemor, máxime cuando algunos otros estados griegos continentales habían puesto fin a esa institución. Pero ese odio a la tiranía no fue tan poderoso como para constituir por sí solo la causa exclusiva de la sublevación. De hecho, muchas ciudades que durante la sublevación depusieron a los tiranos, no sólo los dejaron marchar libremente, sino que el propio tirano Aristágoras, una vez que abdicó de la tiranía, se puso al frente de la sublevación.

Tampoco está claro que el dominio persa produjese entre los griegos una recesión económica y, mucho menos, que lo hiciese de forma deliberada. Cualquier quebranto económico de los griegos de Asia Menor se traducía de inmediato en una disminución de los ingresos persas. De existir el deterioro económico que algunos historiadores suponen, no se trataba de algo intencionado, sino más bien en relación con la posible competencia que los productos de Grecia y de Fenicia hacían a los griegos de Asia Menor. Pero incluso en ese supuesto, no hay que olvidar las enormes ventajas comerciales, potenciales y reales, que se ofrecían a los griegos integrados en un imperio persa inmenso, surcado por carreteras por las que transitaban sin trabas todo tipo de mercancías. El descontento griego no nacía, por tanto, de motivaciones económicas.

Hundía, más bien, sus raíces en la profunda aspiración de los griegos a la libertad. Los helenos siempre se mostraron celosos y generosos en la defensa de la autonomía e independencia de sus ciudades. Los griegos de Asia Menor no fueron la excepción. El dominio persa era inevitable, aunque soportable. Pero por debajo de la sumisión ardían los rescoldos de la libertad perdida, dispuesta a encender la chispa de la sublevación tan pronto como se tomó conciencia de que la libertad disfrutada por los griegos continentales había permitido a algunos de ellos conseguir instituciones políticas más igualitarias y menos opresivas. Es significativo a este respecto que cuando Aristágoras renunció a la tiranía, el régimen que se impuso fue el "isonómico", esto es, un sistema político que otorgaba al pueblo una participación más activa en el gobierno de la comunidad.

Decadencia de Jonia.– Durante seis años, los griegos de Asia Menor mantuvieron su independencia con valor desesperado. Pero, una vez que se puso en marcha la maquinaria militar persa, todas las ciudades griegas, una tras otra, fueron reducidas a la obediencia. Todo volvía a la situación anterior: el dominio persa quedaba restablecido y los impuestos se pagaban de nuevo. Las heridas de la represión cicatrizaron con rapidez, pero los griegos de Asia Menor, antes tan desarrollados y cultos, fueron perdiendo su importancia intelectual en el concierto de los estados griegos.

2. La expedición de Darío

Grecia continental en vísperas de la guerra

La campaña de Mardonio en Tracia.– Con respecto a los griegos continentales, Darío comprendió que la conquista de un país no queda consolidada del todo si no va seguida de la conquista de los países vecinos. Y no había duda que toda la cuenca del Egeo formaba una unidad geopolítica. No se podía controlar Egipto, el Bósforo y Asia Menor si no se conquistaban las tierras continentales y las islas griegas.

En el verano del 492 a.C., Mardonio, yerno de Darío, marchó contra Grecia por tierra y por mar. El ejército de tierra, atravesando el Helesponto, se apoderó de Tracia y Macedonia. Pero la flota persa, después de conquistar la rica isla de Tasos, naufragó en las proximidades del promontorio Atos, en la península Calcídica. Según Heródoto, las pérdidas persas se elevaron a 300 naves y 20.000 hombres, aunque sin duda alguna se trata de cifras exageradas. No todo acabó en fracaso. Persia había tomado posiciones en las tierras tracias y tenía con ello un punto de apoyo inmejorable para lanzar futuras expediciones de castigo contra atenienses y eretrios y para dar cobertura militar a Hipias en su intento de restablecer en Atenas una tiranía obediente a los persas.

El relativo fracaso de Mardonio no amilanó a los persas. Cuando al poco tiempo Darío I envió embajadores a todas las comunidades griegas para pedirles "la tierra y el agua" en señal de sumisión, el desconcierto de todos los estados griegos fue enorme. No fueron pocos los estados -Tesalia, Beocia, Egina y Argos entre ellos- que se plegaron a la demanda, movidos por intereses estrechos y mezquinos. Al decir de Heródoto, sólo Esparta y Atenas se negaron. Es posible que en esta afirmación el historiador esté utilizando un anacronismo con la intención de engrandecer a las dos ciudades que posteriormente conducirían la guerra contra Persia.

Esparta.– En cualquier caso, ambos estados no pasaban por malos momentos. Esparta retenía una cierta capacidad de maniobra en política exterior. De hecho, no puso grandes dificultades a la hora de entregar a los atenienses los rehenes eginetas solicitados. Posiblemente Esparta estuviera temiendo que la isla se pasara a los persas, o, por el contrario, pensara que podía acercar a Atenas a la Liga del Peloponeso con este proceder generoso. De cualquier forma, su posición hegemónica dentro de la Liga del Peloponeso estaba fuertemente consolidada, ya que había logrado doblegar sin dificultad la voluntad de los argivos.

Atenas.– En Atenas la situación era más compleja. En el 492 fue elegido arconte Temístocles, uno de los personajes más clarividentes de su época. Comprendió mejor que nadie la imperiosa necesidad que tenía Atenas de convertirse en una potencia marítima. En la lucha política, encontraba sus apoyos políticos en el grupo de los *thetes*, el sector social más deprimido, llamado a desempeñar un papel decisivo en la marina. Durante su arcontado se inició la fortificación de El Pireo y se adecuaron los puertos. Fueron las primeras construcciones de una infraestructura marítima, luego complementada con la construcción de una flota poderosa, que constituían la condición indispensable para ampliar las bases económicas y comerciales de Atenas. El grupo social de los *thetes* era ferviente partidario de la lucha ofensiva contra Persia, teniendo en cuenta que Atenas necesitaba controlar los Estrechos para ampliar su ámbito comercial.

El contrapeso a este sector social lo constituían los terratenientes y hoplitas, dirigidos por Milcíades, antiguo tirano del Quersoneso, que había huido de allí tras la invasión persa. También eran partidarios de la lucha contra el invasor, pero, deseosos de salvaguardar sus fincas, preferían la guerra defensiva. Tanto unos como otros consideraban que era necesario aunar todos los esfuerzos en defensa de Atenas y del mundo griego y eran conscientes de que la invasión persa podía suponer el fin de la democracia.

La campaña persa del 490

Conquista de las Cícladas.– En el verano del 490, los veinte mil infantes persas y un fuerte contingente de caballería se hicieron a la mar desde sus posiciones en Cilicia, bajo el mando de Datis y de Artafernes. Hipias, el tirano desterrado de Atenas, les acompañaba e informaba. La flota puso rumbo a las Cícladas y, tras tomar la isla de Naxos, recaló en Delos. Allí Datis realizó una ofrenda a Apolo, seguramente con la intención de sembrar, con este acto de veneración, la confusión entre los griegos e impedir que todos ellos tomaran la decisión de combatir a los persas. Después, la flota se dirigió a la isla de Eubea. La ciudad de Caristo capituló y Eretria, una de las espinas de Persia, fue tomada al asalto y sus habitantes deportados a Susa.

Maratón.– Por consejo de Hipias, el ejército persa desembarcó en la llanura de Maratón, una región que, no mucho tiempo antes, se había mostrado ferviente partidaria de la tiranía. A propuesta de Milcíades, la asamblea popular votó un decreto que ordenaba atacar al enemigo con todas las fuerzas. Sabían que la ayuda espartana tardaría en llegar: los espartanos estaban celebrando las fiestas de la *karneia* y no podían poner en movimiento su ejército hasta la llegada del plenilunio.

Los atenienses se encontraban pues solos, librados a sus propias fuerzas, con el pequeño destacamento de la fiel ciudad de Platea. Mandaba las tropas el polemarco Calímaco y entre los estrategos elegidos aquel año se encontraban Milcíades, Arístides y Temístocles. Excelentes militares y buenos conocedores de las tácticas persas, comprendieron acertadamente cuál era el punto débil del ejército persa: la imposibilidad de realizar maniobras colectivas en un terreno difícil.

El ejército griego, compuesto de diez mil hombres con armamento pesado, mil hoplitas plateos y algunos destacamentos armados a la ligera, se apostó en las alturas que se abrían a la llanura, en un estrecho desfiladero en donde la caballería persa sólo podía maniobrar con dificultad. Durante varios días ambos ejércitos permanecieron expectantes,

guardando sus posiciones. El tiempo corría a favor de los griegos. Por el contrario, los persas no podían dilatar la espera sin correr el riesgo de que las tropas espartanas se uniesen a las atenienses y, en consecuencia, fueron los primeros en moverse.

Datis dejó al grueso de sus tropas bloqueando a los griegos y embarcó a un grupo de elite para caer sobre la desguarnecida Atenas. La maniobra persa desencadenó el ataque. Los griegos se lanzaron a la carrera para esquivar a los arqueros persas e iniciaron un movimiento envolvente con las alas. Los persas, asustados por no poder utilizar su caballería, emprendieron la retirada hacia las naves. Acabado el combate, los espartanos, demasiado tarde, hicieron acto de presencia.

En términos militares, la batalla de Maratón, con 6.400 bajas persas y 192 griegas, no representaba mas que una simple escaramuza. De hecho, Persia alcanzó dos de los tres objetivos propuestos: dominar las Cícladas y castigar a Eretria. Pero, para Atenas, la batalla de Maratón se convirtió en un símbolo de gloria: ser los primeros de los griegos continentales en haber combatido y triunfado sobre los persas. El recuerdo de la batalla quedó guardado con veneración en la memoria colectiva. En el lugar de la batalla se levantó un túmulo que contenía las cenizas de todos los caídos y las monedas atenienses comenzaron a llevar una corona de laurel, símbolo de la victoria.

De Maratón a la campaña de Jerjes

El éxito de Maratón, debido exclusivamente a los esfuerzos de Atenas y Platea, no fue decisivo ni logró aunar las voluntades de todos los griegos en la defensa común. Las ciudades griegas continuaron enzarzadas en sus mutuas querellas y rencillas internas. En Esparta, los ciudadanos, descontentos con Cleomenes por su modo personal de conducir los asuntos públicos, lo condenaron por traición y lo sustituyeron por Leónidas. En la Grecia del Norte, los Aléuadas de Larisa mantenían fuertes lazos de amistad con Darío. Mientras, entre los griegos de Occidente, proliferaban regímenes políticos de corte tiránico, apoyados en el sector social de los terratenientes. Para mantenerse en el poder, estos tiranos se rodearon de tropas mercenarias y de guardias personales. En Siracusa, en el 485, Gelón se hizo con el poder, aprovechándose de la rivalidad existente entre la aristocracia, integrada por los *gamoroi* (propietarios agrícolas), y el *demos*.

Milcíades y la política exterior de Atenas.– Por su parte, Atenas, en política exterior, retornó a su antigua hostilidad con Egina. En el interior, pasado el paréntesis de la guerra, volvieron las luchas e intrigas políticas. Milcíades, héroe de Maratón, consiguió, gracias a su popularidad, convencer a los ciudadanos de la necesidad de emprender una guerra ofensiva contra aquellas islas que habían apoyado a los persas. Una expedición contra la isla de Paros exigió de sus habitantes un tributo de cien talentos. Pero, fracasados en parte los objetivos, el pueblo trocó su fervor en odio. Milcíades fue llevado a los tribunales y acusado de alta traición. Acudió en camilla a su proceso, donde conoció la multa de cincuenta talentos que se le imponía. Poco después moría a consecuencia de las heridas.

Este proceso político se encuadra en el marco de una política interior enrarecida y mezquina, que originó una serie de condenas al ostracismo de personajes influyentes de la vida política ateniense: Hiparco en el 488/487, Megacles en el 487/486, Calias en el 485 y, posteriormente, Jantipo y Arístides en el 483.

Temístocles y el fortalecimiento en el mar.– Temístocles, posible instigador del ostracismo contra Jantipo y Arístides, utilizó hábilmente este instrumento constitucional para despejar la situación política, liberarse de políticos molestos, consolidar su prestigio e impulsar reformas constitucionales como la introducción del sistema de elección para el arcontado. Desde entonces, los nueve arcontes fueron nombrados por sorteo de una lista de quinientos candidatos, elegidos previamente por los ciudadanos de cada *demos*. De esta forma, disminuían las posibilidades de que se eligiesen, año tras año, los mismos personajes. Indirectamente, las repercusiones de esta reforma afectaron también al Areópago, consejo que se nutría de los ex arcontes.

El descubrimiento y explotación de las minas de plata de Laurión, en el 483/482, permitió a Atenas contar con nuevos recursos, que Temístocles consiguió destinar a la construcción de una gran flota y al acondicionamiento y fortificación de los puertos. Esta decisión supuso un giro radical en el planteamiento estratégico de Atenas. En primer lugar, la medida tuvo unas repercusiones sociales que iban más allá del objetivo militar y estratégico inmediato. La nueva y poderosa flota necesitaba un volumen muy alto de remeros y tripulantes, que había que preparar y entrenar para lograr un alto grado de eficacia. El reclutamiento estaba abierto a todos, pero era atractivo sobre todo para las capas humildes de la sociedad, que encontraban en los nuevos puestos de trabajo una oportunidad inesperada de ganarse la vida. La creación de la flota supuso, por consiguiente, un fortalecimiento de la clase social de los *thetes*. A medida que fue tomando conciencia de su peso específico en la sociedad ateniense, su voto mayoritario, canalizado en defensa de posturas democráticas radicales, se dejó sentir en la asamblea.

3. La campaña de Jerjes

Los preparativos

El ejército de campaña persa.– Tras el fracaso de la expedición de Darío, Jerjes, que había sucedido a su padre en el 485, aunque ocupado prioritariamente en la represión de movimientos secesionistas surgidos en Egipto y Babilonia, no se olvidaba de los griegos. Se invirtieron cuatro años en la preparación de una nueva y formidable expedición de castigo: el Gran Rey reclutó un nutrido ejército (entre 150 y 260.000 soldados, que Heródoto, exageradamente, cifra en 1.700.000 hombres); ordenó que se tendieran puentes flotantes sobre el estrecho de los Dardanelos y sobre los ríos de Tracia; fue abierto un canal en la península oriental de la Calcídica para evitar los peligros de la circunnavegación del monte Atos y se construyeron en Tracia grandes almacenes para contar con los necesarios suministros.

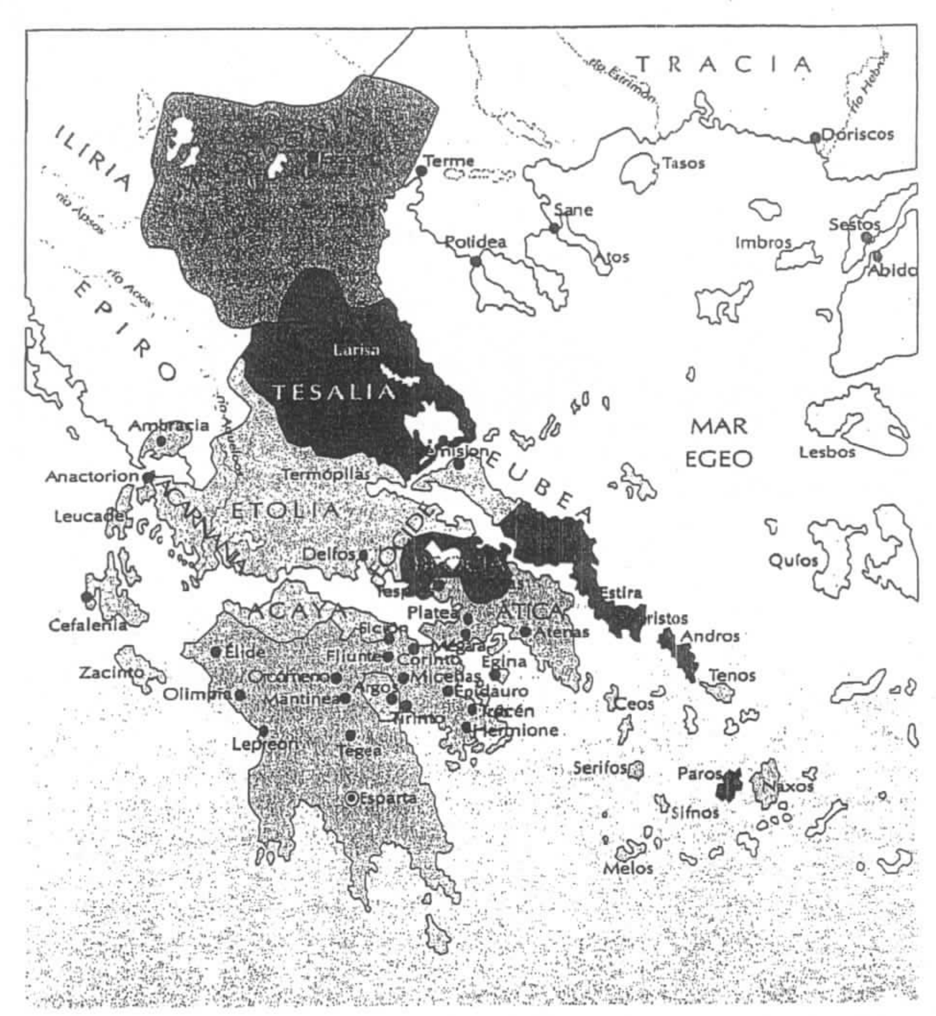
Congreso de Esparta.– Los preparativos persas alarmaron a los griegos, conscientes de la gravedad de la situación. En el verano del 481, se reunió en Esparta un congreso en el que participaron aquellos estados dispuestos a resistir. Se acordó en él poner fin a las querellas entre griegos, crear una liga defensiva y enviar embajadores a Creta, Corcira, Argos y Siracusa, entre otros estados, en solicitud de ayuda. El resultado fue desolador. Las mutuas querellas y los egoísmos particulares impidieron la unión de todos los griegos en una política defensiva común. Argos no deseaba participar en una alianza dirigida por Esparta; la mayoría de los estados de la Grecia Central, conscientes de que su posición geográfica los exponía al primer ataque, abrigaban secretas intenciones de pasarse al enemigo; la confederación aquea, con la isla de Corcira, rumiaban una calculada neutralidad; los cretenses, por su parte, consideraban que era una locura resistir. En definitiva, sólo Esparta con los miembros de la Liga del Peloponeso, Corinto, Mégara, Egina, Atenas, Platea, Tespis, Calcis, Eretria, Melos y otros pequeños estados, hasta un total de 31, hicieron causa común por encima de sus diferentes sistemas políticos.

En un segundo congreso, celebrado en la primavera del 480, los coaligados dispusieron sus planes de la guerra. Se eligió como línea defensiva el valle del Tempe, en los pasos que desde Macedonia conducían a Tesalia. Allí se envió un cuerpo expedicionario de diez mil hoplitas al mando del rey espartano Leónidas, que comprobó de inmediato la inseguridad de la posición: el paso podía ser fácilmente rodeado y la costa acantilada no permitía mantener contacto con la flota.

Jerjes en Grecia

Las Termópilas.– En consecuencia, las tropas enviadas a Tesalia se replegaron y ocuparon el desfiladero de las Termópilas, un paso angosto de sólo quince metros entre las montañas y el mar. Allí se estableció, bajo el mando de Leónidas, una nueva línea defensiva integrada por 3.100 peloponesios (de ellos trescientos espartanos), mil focidios, setecientos tespios, cuatrocientos tebanos y mil locrios, mientras la flota aliada, apostada en el cabo Artemision, les daba protección.

La batalla del cabo Artemision.– En un principio, la flota griega se manifestó superior a la flota persa en las escaramuzas frente al cabo Artemision, mientras el ejército de tierra iranio se estrellaba ante el valor desplegado por los defensores de las Termópilas. Estas experiencias negativas aconsejaron a Jerjes dar un rodeo para atacar al ejército griego por la espalda. Cogido por sorpresa, Leónidas, para permitir una retirada en orden del grueso del ejército griego, tomó la decisión de entretener a los persas, sacrificando su propia persona y la de un contingente lacedemonio de trescientos ciudadanos espartanos, que combatieron hasta la muerte. Mientras, la flota abandonaba las posiciones del cabo Artemision hacia el sur. La catástrofe militar y estratégica no impidió que la generosa acción de Leónidas quedara para siempre grabada en la memoria colectiva de los griegos.



6. GRECIA HACIA 480 a. C.

- Imperio persa
- Estados griegos neutrales
- Macedonia (vasallo persa)
- Estados griegos participantes en la guerra contra los persas
- Estados griegos aliados contra Persia

Evacuación de Atenas.- Rotas las defensas de las Termópilas, que cerraban las rutas de la Grecia Central, las fuerzas aliadas se concentraron en el istmo de Corinto. El resto del territorio griego quedó a merced de los persas, que aplicaron una política de represión o de tolerancia, según el comportamiento de los distintos estados. El próximo objetivo era Atenas. Es posible que los atenienses, conscientes de la dificultad de defender las Termópilas, hubiesen planificado con antelación la evacuación del Atica. En todo caso, Temístocles utilizó su ascendencia ante el pueblo para tomar una serie de medidas: todos los hombres útiles fueron movilizados; se levantaron los ostracismos; se llamó a los exiliados; mujeres, niños, ancianos y bienes fueron evacuados a la isla de Salamina. Cuando los persas entraron en Atenas encontraron una ciudad prácticamente desierta.

Salamina.- Quedaba pendiente la táctica a seguir por las tropas aliadas. En la reunión del Consejo hubo grandes discrepancias: cada uno deseaba que se adoptase el plan más ventajoso a sus intereses. Los espartanos, por boca de Euribíades, proponían que la flota se replegase hacia el Istmo, en donde estaban concentradas las fuerzas terrestres. Temístocles y los atenienses, que aportaban la mitad de los barcos, impusieron la estrategia de apostar la flota frente a la isla de Salamina. No está comprobado que Temístocles enviara a Jerjes un engañoso mensaje en el que le comunicaba el plan de retirada de la flota aliada de sus posiciones de Salamina. En cualquier caso, los persas no podían dilatar por mucho tiempo la situación, ante las inminentes tempestades de otoño. La flota persa encerró a la escuadra griega en el estrecho canal e, impaciente por obtener una decisiva victoria, comenzó a moverse por los dos lados del islote de Psitalía. En el momento del choque, la escuadra griega realizó un movimiento envolvente de los navíos persas, estrechando el espacio de maniobra y empujando a los barcos persas unos contra otros. Jerjes, desde tierra, hubo de contemplar impotente el desastre de la flota persa, que perdió en el combate doscientas naves.

La campaña de Mardonio

El Gran Rey, con una parte del ejército expedicionario, emprendió el camino del regreso. En Grecia quedaba Mardonio, cerebro gris de la invasión, con un formidable cuerpo de ejército, reforzado con contingentes griegos de Macedonia, Tesalia, Beocia, Fócide y Lócride, reclutados tras el paso de las Termópilas. Con estas fuerzas podía controlar y dominar toda la Grecia central hasta el istmo de Corinto y mantener capacidad militar suficiente para proseguir la guerra.

Estrategias contrapuestas.- La victoria de Salamina dio a los griegos un respiro momentáneo. El peligro continuaba y una vez más los griegos no se ponían de acuerdo sobre el dispositivo estratégico. Las ciudades del Peloponeso, que estaban levantando a toda prisa un muro de contención en el Istmo, deseaban que la flota aliada tratase de impedir cualquier desembarco enemigo tras las líneas griegas. Por el contrario, atenienses, megarenses, ciudadanos de Platea y eginetas, que habían sufrido directamente la invasión y seguían expuestos a cualquier nuevo zarpazo, eran partidarios de librar batalla en Grecia central. No hubo manera de lograr un acuerdo. La guerra psicológica emprendida por Mardonio, prometiendo el perdón y la libertad de todos los estados griegos que se aliasen con Persia, emponzoñó todavía más la situación. Ni siquiera la consigna ateniense de aspirar a la libertad de toda Grecia logró hacer cambiar la estrategia espartana de permanecer atrincherados tras los muros.

Con la llegada de la primavera del año 479, Mardonio aumentó la presión sobre los atenienses para empujarlos a romper la alianza con los espartanos y aceptar una segunda propuesta de paz. Las fuerzas persas devastaron de nuevo el Ática y la población hubo de buscar una vez más refugio en Salamina. Atenas, por su parte, presionó sobre sus aliados. En unión de las ciudades de Mégara y Platea, envió emisarios a Esparta con la amenaza de aceptar la paz de Mardonio si el ejército aliado no salía a combatir a los persas. Los éforos espartanos, tras dilatar la respuesta aún por diez días, se decidieron finalmente a intervenir y, al amparo de la noche, enviaron un poderoso ejército bajo el mando del regente Pausanias. Las cifras proporcionadas por Heródoto de 110.000 hombres, parecen exageradas; parece más razonable reducirlas a 50.000, equiparables en número al ejército persa, que contaba además con la superioridad de su caballería.

Platea.- Cuando Mardonio supo por los argivos que el ejército del Peloponeso se había puesto en marcha, se replegó rápidamente a tierras beocias, a la llanura del Asopo (entre Platea y Tebas), un terreno apto para que la caballería persa pudiera maniobrar con facilidad. El ejército griego se apostó al pie de las colinas de la cadena del Citerón, que bordeaba la llanura. Diez días se perdieron en maniobras de adaptación de griegos y persas a las características del terreno ocupado, sin que ninguno de ambos bandos se decidiera a tomar la iniciativa en el ataque. Los griegos evitaban franquear el Asopo para no adentrarse en un terreno llano favorable a la caballería enemiga; los persas tampoco se decidían a avanzar para no perder sus posiciones ventajosas en la llanura.

Pese a los consejos del sátrapa Artabazo, que recomendaba un repliegue hacia Tebas, tan pronto como Mardonio observó un movimiento táctico desorganizado de los griegos, decidió pasar a la ofensiva. En el primer impulso, superó la primera línea, defendida por los contingentes de los pequeños estados griegos; incluso los atenienses, que protegían una de las alas, perdieron contacto con el resto del ejército. La suerte de la batalla la decidió finalmente el coraje de la falange espartana y tegea, sobre la que gravitó el peso de la lucha. La muerte de Mardonio en el combate provocó la desbandada general del ejército persa. Tras atacar a los tebanos, que habían prestado su apoyo al persa, el ejército aliado penetró en Tesalia. Toda la Grecia continental quedaba liberada. Los griegos obtuvieron un rico botín y erigieron en Delfos un trípode de oro sobre una columna de serpientes en la que podían leerse los nombres de los 31 estados griegos que habían combatido en Platea.

Mícale.- La batalla de Platea fue una gran victoria terrestre, pero la flota persa aún operaba en el Egeo. Tras la batalla de Salamina, la flota aliada, al mando del rey espartano Leotíquides y del ateniense Jantipo (padre de Pericles), procedió a la liberación de las Cícladas. Hasta la base de Delos, lugar de estacionamiento de la escuadra griega, llegaron emisarios de Samos, pidiendo la liberación de las ciudades jonias, dispuestas a la insurrección. La empresa, aunque audaz, resultaba factible, ya que la flota persa, después de la retirada de las naves fenicias, no era muy numerosa. La escuadra griega puso rumbo a Samos, mientras la persa, tratando de eludir el desafío, buscó refugio en las costas de Asia Menor, en el cabo de Mícale, frente a la isla de Samos. Puestos a cubierto los barcos, los comandantes persas distribuyeron estratégicamente las tropas. Los griegos, por su parte, contando con la deserción de los jonios, desembarcaron en la costa y tomaron al asalto las posiciones enemigas. Los persas, viéndose derrotados, incendiaron las naves.

Tras la victoria de Mícale, los aliados se dirigieron al Helesponto, apoderándose de la ciudad de Abido. Los peloponesios, considerando cumplidos los objetivos de guerra, regresaron a sus bases griegas, mientras las naves atenienses proseguían operando en la zona para tratar de controlar en beneficio propio una región sumamente estratégica, por la que pasaban los suministros de trigo procedentes del Ponto. Las operaciones dieron como fruto la captura de la ciudad de Sestos.

4. Los griegos de Occidente: Hímera

Los griegos de Occidente rehusaron participar en la guerra contra los persas. También ellos estaban amenazados por un enemigo común y reproducían querellas semejantes a las protagonizadas por las viejas metrópolis. Sólo la tiranía, forma de gobierno bastante extendida en Sicilia y la Magna Grecia, iba tejiendo y destejiendo, según las circunstancias, una urdimbre de colaboraciones y alianzas, que, en ocasiones, elevaba a alguno de ellos sobre los demás permitiendo una relativa unidad de acción, como fue el caso de Gelón de Siracusa y de su suegro, Terón de Agrigento.

El tirano de Hímera, expulsado de su ciudad por Terón, pidió ayuda a los cartagineses. Estos, que ardían en deseos de intervenir en los asuntos internos de los griegos para poder ampliar sus posesiones territoriales, enviaron un poderoso ejército al mando de Amílcar, hijo de Hannón. Una tempestad dispersó los barcos que transportaban la caballería, pero el resto del ejército pudo desembarcar y emprender la marcha hacia Hímera. Terón de Agrigento tomó la delantera y se encerró en la ciudad. Su yerno acudió presuroso en su ayuda, entabló combate con los cartagineses y les infligió una dura derrota. Según la tradición, que muestra a este respecto una sospechosa coincidencia, la victoria tuvo lugar el mismo día y año de la batalla de Salamina. Tan pronto como los cartagineses tuvieron noticias de la derrota, enviaron emisarios a Siracusa para pedir la paz, entregando como compensación una suma de dos mil talentos de plata.

5. Consecuencias de las guerras

Causas de la victoria griega

Lo que parecía imposible se había hecho realidad. El expansionismo persa y su ambición política de un dominio universal se habían desvanecido para siempre. Un imperio poderoso, con inmensas reserva de hombres y medios, capaz de enviar a largas distancias contingentes numerosos, había caído derrotado estrepitosamente a manos de unas comunidades pequeñas y desunidas. El por qué de la derrota persa no fue, como lo entendían los griegos, un acto de la justicia divina (*nemesis*) que castigó a aquél que, confiando en sus fuerzas, se comportó con soberbia y desprecio.

Se ha hecho hincapié en el carácter decisivo de ciertos factores: impulso incontenible del pueblo griego, que luchó desesperadamente por su vida, su patria y su libertad; superioridad del armamento y de la falange de hoplitas y fallos cometidos por los persas en los planteamientos tácticos de las batallas decisivas. Pero estos aspectos no son tan evidentes como parecen a simple vista. En la batalla de Platea, los persas no podían rehusar el combate ni resistir encerrados indefinidamente en Tebas, dejando que los griegos se reforzaran con nuevos contingentes, al amparo del dominio del mar que tenía la flota griega. Tampoco en Mícale, atrincherados en la seguridad que proporcionaba sus defensas, los persas podían dilatar el momento de entrar en combate y dejar que los griegos provocasen insurrecciones a lo largo de toda la costa jonia.

Tampoco debe exagerarse el factor patriótico mostrado por los griegos en defensa de la patria común. Las distintas comunidades autónomas griegas tenían constituciones políticas diferentes. Con arreglo a los intereses estatales y a las circunstancias del momento, cada estado hacía una identificación propia de su amigo o enemigo y decidía un alineamiento con uno u otro bando o la neutralidad. Para los tesalios, tuvo más fuerza el deseo de librarse de los horrores de la guerra que luchar en aras de un sentimiento panhelénico difuso. Los tebanos, por su parte, consideraban a los persas menos enemigos que los atenienses, sus adversarios tradicionales. En consecuencia, lo mismo que en el pasado, los estados griegos se siguieron moviendo por intereses partidistas, sin un sentimiento panhelenista con fuerza suficiente para hacerles superar sus viejas diferencias.

El sentimiento panhelénico

A pesar de que las viejas rencillas interestatales siguieron subsistiendo, se produjeron algunos avances en el panhelenismo como consecuencia de las Guerras Médicas. Ya antes incluso, las comunidades griegas tenían conciencia de su pertenencia a un único *ethnos*, esto es, a una nación unida por la lengua, los cultos, las costumbres, las tradiciones y organizaciones políticas y sociales comunes. En la conciencia colectiva de los griegos tomó cuerpo una frontera ideológica que los separaba del resto de las gentes, a las que designaban con el término de *barbaroi*. Esta conciencia de identidad étnica y cultural se reforzó durante las Guerras Médicas. Con todo, ni estas guerras, ni el sentimiento vivo y

profundo de pertenencia a un *ethnos* único logró aunar a todos los estados griegos en una organización superior de carácter nacional. Es cierto que las Guerras Médicas llevaron a los griegos a una percepción psicológica más clara de la unidad, que ya sentían y cultivaban a través de instituciones como las fiestas panhelénicas, abiertas a la participación de los representantes de todas las comunidades griegas, incluidas las occidentales, o santuarios de carácter panhelénico como el de Delfos. Pero esta profundización no cristalizó en la creación de una nación griega.

No obstante, tampoco podía volverse al aislamiento anterior; en este sentido, las circunstancias habían cambiado radicalmente. Esparta se reveló durante la guerra como la primera potencia terrestre, con capacidad suficiente para mantener fuertemente unidos a los estados miembros de su alianza y para defender sus intereses regionales y particulares. Pero la guerra contra el persa también mostró a Atenas como potencia naval indiscutible, con los ojos puestos en la prosecución de la guerra contra Persia y en unos objetivos que iban más allá de los estrechos límites continentales tutelados por Esparta. De esta forma y como consecuencia derivada de las Guerras Médicas, se produjo la cristalización de dos bloques cada vez más antagónicos.

CRONOLOGÍA

560-546	Creso, monarca de Lidia
557-522	Ciro II el Grande, rey de los persas
546	Ciro II toma Sardes y conquista la Lidia
530-522	Cambises, rey de los Persas.
525	Cambises conquista Egipto.
522-486	Darío, rey de los Persas
513/12 (?)	Campaña de Darío I contra los escitas
499	Insurrección jonia
498	Ocupación de Sardes por los jonios
495	Derrota de la flota jonia en Lade. Caída de Mileto
492	Expedición de Mardonio a Tracia
493	Arcontado de Temístocles
490	Expedición marítima de Datis y Artafernes contra algunos estados griegos y conquista de Eretria
490	Batalla de Maratón
488 (?)	Destitución y muerte del rey espartano Clemenes I. Leónidas es nombrado sucesor
486	Primera utilización del procedimiento del ostracismo en Atenas
487/86	Reforma de la Constitución en Atenas: los arcontes son elegidos por sorteo. Importancia creciente de los estrategos
486	Muerte del rey persa Darío I y sucesión de Jerjes (486/65)
desde 483	Preparativos persas contra Grecia
483	Temístocles construye una flota de guerra. Condena de Arístides al ostracismo
481	Proclamación de una paz general en Grecia
480	Batallas de las Termópilas y del cabo Artemision. Derrota de los cartagineses en Hímera
480	Batalla de Salamina
479	Victorias de Platea y de Mícale. Defección de los jonios ante los persas

BIBLIOGRAFÍA

El Imperio persa

BURN, A.R., *Persian and the Greeks: The defence of the West, C. 547-548 B.C.*, 2ª ed., Londres, 1984; DANDAMAEV, M. A. y LUKONIN, V. G., *Cultura y economía del Irán antiguo*, Sabadell, 1991; GESHEVITCH, I., *The Cambridge History of Iran. Vol. II. The Median and Achaemenian Periods*, Londres, 1985; HARRIS, G., *Ionia under Persia* 547-477 B. C., Diss. Princeton, 1971; HEGYE, D., The Historical Background of the Ionian Revolt, *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae*, 14, 1966, pp. 285-302; LEWIS, D. M., *Sparta and Persia*, Leiden, 1977; MOMIGLIANO, A. D., "Persian Empire and Greek Freedom" en RYAN, A., (ed.), *The Idea of Freedom. Essays in Honour of Isaiah*, Berlín, 1979, pp. 39-51; MURRAY, O., "The Ionian Revolt", *CAH*, 1988, IV 2, pp. 461-490; NENCI, G., *Introduzzione alle guerre persiane*, Pisa, 1958; OLMSTEAD, A. T., *History of the Persian Empire*, Chicago (1ª ed., Londres, 1948); PICARD, O., *Les Grecs devant la menace perse*, París, 1980; TOZZI, P., *La Rivolta Ionica*, Pisa, 1978; TUPLIN, C., "The Administration of the Achaemenid Empire" en CARRADICE, I., *Coinage and Administration in the Athenian and Persian Empires. The Ninth Oxford Symposium on Coinage and Monetary History. Bar International Series*,- nº 343, Oxford, 1987; WALLINGA, H. T., "The Ionian revolt", *Mnemosyne*, 37, 1993, pp. 401-437; WALLINGA, H. T., *Ships and sea power before the great Persian War*, Leiden, 1993; WESTETTER, H. D., "Ionians in the ionian War", *CQ.*, 29, 1979, pp. 9-44; WILL, E., *Le Monde Grec et l'Orient. Vol. I: Le Ve siècle (510-403)*, Paris, 1972

La expedición de Darío

BALCER, J. M., "Persian occupied Thrace", *Historia*, 37, 1988, pp. 1 ss.; GALLOTTA, B., *Dario e l' Occidente delle guerre persiane*, Milán, 1980; HAMMOND, N. G. L., "The extent of the Persian occupation of Thrace", *Chiron*, 10, 1980, pp. 53 ss.; ID., "The Campaign and the battle of Marathon", *JHS.*, 88, 1968, pp. 13-57; JEFFERY, L. H., "Greece before the Persian Invasion", *CAH*, 1988, IV 2, pp. 347-367; LAZENBY, J. F., *The defence of Greece 490-479 B. C.*, Warminster, 1993; LENARDON, R. J., *The Saga of Themistocles*, Londres, 1978; LÉVY, E., *La Grèce au V siècle. De Clisthène à Socrate*, París, 1995; MORRISON, J. B. S y COESTES, J. F., *The Athenian trireme*, Cambridge, 1986. NENCI, G., *Introduzione alla guerra persiana*, Pisa, 1958; PETIT, T., "La réforme impériale et l'expédition européenne de Darius I", *A.C.*, 53, 1984, p. 35 y ss; ID., "La date de la réforme impériale de Darius I et de son expédition européenne. Nouvelle contribution", *Les Et. Class.*, 55, 1987, p. 175 y ss.; PODLECKI, A. J., *The life of Themistokles. A critical survey of the literary and archaeological evidence*, Montreal-London, 1975

La campaña de Jerjes

BRACCESI, L., *Il problema del decreto di Temistocle*, Bolonia, 1968; BRUNT, P. A., "The hellenic league against Persia", *Historia*, II, 1953, pp. 135 ss.; DASKALAKIS, A., *Problèmes historiques autour de la bataille des Thermopiles*, Paris, 1962; GILLIS, D, *Collaboration with the Persians*, Wiesbaden, 1979; GRAF, D. F., *Medism. Greek collaboration with Achaemenid Persia*, Ann Arbor, 1979; GREEN, P., *The Year of Salamis 480-479 B. C.*, Londres, 1970; HIGNETT, C., *Xerxes Invasión of Greece*, Oxford, 1963; GREEN, P., *The year of Salamis 480-479 B. C.*, Londres, 1970; LABARBE, J., "Chiffres et modes de répartition de la flotte grecque à l'Artémision et à Salamine", *B. C. H.*, 76, 1952, pp. 384 ss.

XIII LA PENTECONTECIA (479-431 A.C.)

Se designa con el nombre de *Pentecontecia* ("cincuenta años") el período que discurre desde la batalla de Platea hasta el comienzo de la Guerra del Peloponeso. En este período, bien conocido por la información y las reflexiones del historiador Tucídides, se ponen los fundamentos de la grandeza del estado ateniense. La ciudad, fortificada con sólidas murallas y embellecida con magníficos edificios públicos, se convirtió en el centro cultural del mundo griego y creó una liga de aliados que transformó en un imperio.

1. TEMÍSTOCLES Y EL FORTALECIMIENTO DE ATENAS

Las murallas de Atenas

Como otras muchas ciudades de la Antigüedad que se convirtieron en grandes potencias hegemónicas, Atenas disfrutaba de enormes ventajas naturales. Tenía una posición marítima privilegiada y se hallaba rodeada de un cinturón de montañas que constituían su primera línea defensiva. Pero esa posición natural de privilegio no impidió que sus habitantes fuesen evacuados dos veces y que los persas tomaran y destruyeran la ciudad.

Si Atenas deseaba convertirse en una potencia igual a Esparta, necesitaba acabar con su debilidad defensiva terrestre y dotarse de sólidas defensas. Temístocles conocía sobradamente que la parte terrestre de la ciudad estaba expuesta a todos los riesgos, todavía más inmediatos ante previsibles luchas con Esparta o con otros estados griegos. Trabajó por ello incansablemente para que se reconstruyesen las murallas de la ciudad y para que se emprendiesen nuevas construcciones en sus puertos. Era una cuestión inaplazable dotar a Atenas cuanto antes de las murallas que habían sido prácticamente destruidas durante la ocupación persa. En el año 478, la ciudad trabajó aceleradamente en su reconstrucción, utilizando para ello todos los materiales a mano. Así se materializó finalmente la primera parte del plan de Temístocles, con miras todavía más amplias.

Los recelos de Esparta.– El reamurallamiento de Atenas fue suficiente para despertar los recelos de Egina, Corinto y Mégara, pero sobre todo de Esparta, que deseaba una Atenas indefensa para mantener sin competencia su propia supremacía militar. La reconstrucción de las murallas creó una profunda inquietud entre los espartanos hasta el punto de atreverse a exigir la paralización de los trabajos. La petición se cubría con el pretexto falaz de que una Atenas amurallada podía servir de base a los persas, en el caso de una guerra futura. La petición, que sonaba a velada amenaza, dio paso a la negociación. Temístocles, según

Tucídides, se dirigió a Esparta, dejando instrucciones de que continuaran las obras. Con argucias postergó el inicio de las conversaciones formales hasta que tuvo noticias de que los muros estaban ya levantados. Sólo entonces notificó abiertamente a los espartanos que ya no había nada que negociar, una vez que los trabajos de reconstrucción habían finalizado. En este relato, Tucídides presenta a los espartanos como unos ingenuos. Es más verosímil que Temístocles ofreciese a los éforos espartanos todo tipo de seguridades y garantías de que el estado espartano no corría ningún riesgo con una Atenas aliada y amiga.

La fortificación del Pireo.– La segunda etapa del proyecto defensivo de Temístocles consistió en la fortificación del nuevo puerto del Pireo. Hasta entonces Atenas utilizaba como puerto la bahía del Falerón. Temístocles comenzó la construcción de tres puertos, defendidos por una muralla de 16 kilómetros: Muniquia, Cea y Cántaro. Los tres podía albergar naves de guerra, pero los principales puertos militares eran Cea y Muniquia, con capacidad para que fondearan 196 y 82 naves respectivamente, además de los astilleros y talleres de reparación. Cántaro, que era el más amplio, se destinó a puerto comercial. De esta forma, Atenas se dotó de un conjunto portuario bien equipado y protegido, una fortaleza prácticamente inexpugnable.

Los "Muros Largos".– Más tarde, los atenienses idearon una solución defensiva aún más efectiva, consistente en rodear la ciudad hasta el puerto del Pireo y el Falerón con un recinto fortificado, los llamados *Muros Largos*, de 7'5 y 6'5 kilómetros respectivamente, construido entre el 458 y el 456. De esta manera, Atenas se garantizaba la comunicación con sus puertos y la imposibilidad de quedar aislada y ser reducida por hambre.

Las campañas de pausanias en el Egeo

La batalla de Mícale llevó a la liberación de las islas de Rodas, Lesbos, Quíos y Samos y de algunas otras ciudades del litoral. Pero la victoria no fue definitiva, ya que los persas retenían todavía Tracia y algunas ciudades griegas y contaban con una peligrosa capacidad de reacción. Por esta razón, para algunos estados griegos, en especial, para aquellos más expuestos a probables ataques persas, proseguir la lucha hasta la victoria definitiva era una cuestión irrenunciable y deseaban sacar inmediato fruto de la victoria. El regente de Esparta, Pausanias, que había conducido el ejército aliado en la batalla de Platea, participaba de estos sentimientos y trató de ponerlos en práctica. A este fin dirigió la flota aliada contra Chipre, logrando con facilidad desalojar las guarniciones persas de las ciudades griegas. Luego marchó contra Bizancio, que no tardó en caer en sus manos.

La toma de Bizancio marca el punto de inflexión del comportamiento independiente de Pausanias, que comenzó a defraudar las esperanzas que los aliados habían puesto en él y en Esparta. Le acusaban de comportamiento grosero y cruel, de un proceder poco escrupuloso con el botín de guerra, de confraternizar con los persas de Bizancio y de adoptar sus modos y maneras. Algunas de estas acusaciones eran, sin duda, gratuitas, pero el

golpe que con ello se daba a la autoridad de Esparta era enorme. Las tropas expedicionarias le retiraron la confianza como líder de la alianza y algunos aliados se volvieron hacia Atenas para que asumiera el mando, que, de hecho, ejercería cuando los éforos, alarmados por tantas acusaciones, decidieron llamar a Pausanias a Esparta. Allí fue sometido a una minuciosa investigación, que no pudo confirmar ninguno de los cargos presentados contra él. Puesto en libertad, se retiró a Bizancio, donde permaneció como gobernante hasta su expulsión por los atenienses en el 472.

La formación de la Liga Ático-Délica

La obra de Arístides.– Las victorias de Salamina, Platea y Mícale habían convencido a muchos griegos de que, unidos, eran capaces de vencer a los persas; de hecho, las batallas libradas en situaciones límite, en defensa de su propia existencia, lo confirmaban. Pero cuando cesaron los ataques persas, los espartanos, temerosos de cualquier aventura, se mostraron reacios a proseguir una guerra que habría de librarse en escenarios alejados. Preferían que los atenienses, con los que mantenían buenas relaciones y que se habían erigido en una poderosa potencia naval con importantes intereses comerciales en la zona a liberar, se encargasen de la lucha.

Estas razones, que van más allá de la mera cortedad de miras políticas de los espartanos, explica el hecho de que Atenas, en el 477, ante la inoperancia de Esparta, encomendase Arístides la compleja tarea de formar una liga de estados aliados, cimentada en principios teóricamente equitativos. El objetivo primario de la liga era la prosecución de la guerra contra Persia y la definitiva liberación de todos los griegos. Pero el hecho de que Aristóteles recuerde como dato único al respecto que los miembros fundadores juraron tener los mismos amigos y enemigos y de que arrojaron al mar trozos de hierro para simbolizar que el pacto era perpetuo (la alianza debía mantenerse vigente mientras los trozos arrojados al mar no volviesen a la superficie), hace suponer que su objetivo iba más allá de la prosecución de la guerra contra Persia.

Caracteres de la Liga.– Desde el comienzo, la Liga presentaba dos características que resultarían fatales para su desarrollo posterior. La primera de ellas es que se trataba de una alianza con el fin primordial de luchar contra el bárbaro, suscrita a perpetuidad, sin cláusulas que concretaran (quizás porque en el momento de la fundación no se consideró oportuno especificarlo) los derechos y condiciones bajo los cuales cada uno de los miembros podía salirse de ella. Y esta indefinición sería utilizada por Atenas para sofocar brutalmente todas las insurrecciones. En cuanto a la segunda, aunque todos los miembros de la alianza disponían de un voto en la asamblea confederal que se reunía en Delos –los atenienses, dice Tucídides, *al principio ejercieron la hegemonía en plan de igualdad*–, esa igualdad era más teórica que real. No todos los miembros estaban en la misma situación. En la práctica, Atenas, como la principal potencia, controlaba los votos de los estados pequeños, que se plegaban invariablemente a sus decisiones. Además ejercía sobre todos

ellos una especie de ascendencia moral. Era ella quien fijaba la cuantía a pagar por cada miembro y quien la alteraba y cambiaba conforme lo aconsejasen las circunstancias. De hecho, los diez *hellenotamiai*, que recaudaban los tributos, pese a la calculada elección de una denominación poco comprometida, eran todos ellos atenienses.

El phoros.– Todos los aliados estaban obligados teóricamente a participar en las campañas militares. De haberse llevado estrictamente a la práctica esta exigencia, la alianza hubiese tropezado con grandes inconvenientes de organización, no sólo en razón de la diversidad de armamento y de equipamiento, de las inevitables discusiones sobre la designación del mando, sino porque muchos estados no podían o no deseaban desprenderse de sus pocos barcos y de sus hombres disponibles. Arístides resolvió estas inconvenientes, ideando un sistema de participación en el que había miembros que contribuían con barcos y otros con dinero. Mediante cálculos que tenían en cuenta los recursos económicos de cada aliado, Arístides estableció la cantidad a entregar al tesoro de la Liga en 460 talentos: parte se valoraba en barcos y parte en dinero. Hubo miembros que, aun siendo estados poderosos, prefirieron contribuir con dinero *(phoros)*, para evitar a sus ciudadanos una prestación militar lejos de la patria.

Componentes de la confederación.– Ninguna fuente antigua señala el número de miembros que integraban la confederación en sus comienzos, posiblemente más de los que inicialmente invitaron a Atenas a que se pusiese al frente de la lucha contra el persa, pero inferior al montante que conocemos posteriormente, tras sucesivas adhesiones e incorporaciones. Entre los miembros iniciales se encontraban, sin duda alguna, la mayor parte de las Cícladas, con Delos, sede oficial de la confederación, las grandes islas de Samos, Lesbos y Quíos, con sus dependencias continentales, y algunas ciudades de la península Calcídica y de Asia Menor.

2. La era de Cimón

Campañas en el Egeo

Ocupación de Bizancio.– De inmediato, los confederados comenzaron su operaciones bajo la conducción de Cimón, en seguimiento de una política expansionista ya ensayada por su padre Milcíades, el vencedor de la batalla de Maratón. Paradójicamente, las tropas aliadas se dirigieron a Bizancio para desalojar de allí a Pausanias, que desarrollaba una política ambigua de distanciamiento con su patria y de contemporización con los persas. La ocupación de Bizancio era de suma importancia económica y estratégica para Atenas, ya que con ello cortaba las comunicaciones de los persas del litoral tracio y pasaba a dominar una ciudad que controlaba el paso de los abastecimientos procedentes del Mar Negro.

La campaña del Estrimón.– Las siguientes campañas tuvieron como objetivo el desalojo de las guarniciones que los persas mantenían en el litoral tracio. Los aliados asediaron la ciudad fortificada de Eión, situada en la desembocadura del río Estrimón, que los persas defendieron valerosamente hasta su capitulación. Capturada la ciudad y vendidos sus habitantes como esclavos, el vacío demográfico originado se palió con el envío de una colonia ateniense con la misión de asegurar una zona rica en recursos madereros, indispensables para la construcción y reparación de la numerosa flota ateniense.

Conquista de Esciros.– Luego Cimón, aprovechando el pretexto religioso ofrecido por un supuesto encargo de la Pitia para que los atenienses recogieran las reliquias de su héroe Teseo y castigaran a los habitantes de la isla de Esciros por pillaje, dirigió la flota contra esta isla, nido de piratas y pesadilla constante para todos los barcos que se dirigían al Helesponto. La ciudad fue capturada y sus habitantes, vendidos como esclavos, fueron reemplazados por clerucos (colonos) atenienses.

Cada una de estas primeras actuaciones de la Liga obedecía a un plan, diseñado sin duda alguna por Atenas y dirigido a fortalecer las posiciones atenienses en el Egeo. No obstante, al mismo tiempo, los objetivos estaban de tal manera calculados que los aliados no tenían motivo para mostrarse recelosos, ya que las operaciones no sólo liberaron el suelo tracio de guarniciones persas, sino que consiguieron garantizar la tranquilidad de navegación por el Egeo. Así, con perspicacia, los atenienses habían sabido conjugar, sin salirse del marco de la Liga, el relativo acoso a los persas con el control de las rutas comerciales y la eliminación de la piratería, que los beneficiaba más que a ningún otro aliado.

Incorporación de Caristo.– Dos incidentes, que tuvieron como protagonistas a Caristo y Naxos, iban a ofrecer muy pronto serios motivos de reflexión sobre los reales propósitos de la Liga en beneficio de Atenas. La captura de Caristo, en el sur de Eubea, isla próxima a Atenas, hacia el 472, significó la incorporación forzada a la confederación de un estado soberano, que anteriormente no había querido participar en ella. De esta forma, y contra todo principio jurídico, Atenas imponía una cláusula de obligatoriedad cuando no funcionaba el principio del ingreso voluntario.

La defección de Naxos

Algunos aliados, que ingenuamente habían depositado su confianza en el liderazgo de Atenas y que esperaban que lo ejerciese con honestidad y moderación, hubieron de cambiar de opinión cuando Atenas, aprovechándose de su papel, comenzó a establecer para su exclusivo beneficio colonias en lugares estratégicos y económicamente rentables, a esclavizar poblaciones, a obligar a otros estados a entrar en la Liga y a endurecer los mecanismos de control. Quizás este tipo de reflexiones y la amarga frustración de ver que, una vez alejado el peligro persa, la Liga había perdido parte de su razón de ser, llevaron a Naxos, algo después del 470, a salirse de ella. Era la primera vez que una ciudad, que había ingresado voluntariamente en la Liga, deseaba también voluntariamente abandonarla. Y se trataba de un mal precedente que Atenas no estaba dispuesta a tolerar. Naxos fue tomada

a la fuerza y sus habitantes, obligados a entrar de nuevo en la confederación bajo condiciones más duras y a recibir una colonia ateniense.

La incorporación forzada de Caristo y la represión ejercida sobre Naxos contribuyeron a fijar y definir en interés de Atenas algunos puntos oscuros no concretados explícitamente cuando se fundó la Liga: la incorporación forzada y la obligatoriedad de sus miembros a permanecer dentro en detrimento de sus respectivas autonomías. De esta forma, vino a añadirse, por imperativo de las circunstancias, una nueva categoría de miembros, los estados sometidos, cuyo número crecía sin cesar como consecuencia del castigo impuesto a los insurrectos.

La campaña del Eurimedonte

Es, pues, lógico que algunos aliados se sintieran defraudados por la forma egoísta con la que Atenas conducía los asuntos de la Liga. Para acallar el descontento de los aliados, la ciudad hegemónica decidió reanudar la ofensiva contra los persas, que mientras tanto habían logrado reunir una poderosa flota de doscientas naves con la que amenazaba las costas de Asia Menor. Hacia allí se dirigió la flota aliada, al mando de Cimón, que acampó junto a la ciudad de Faselis, que rehusó acogerle, bien porque temiera las represalias persas, bien porque recelara que su liberación suponía caer en otra forma de dependencia. El encuentro con los persas tuvo lugar, hacia el 468, en un lugar de la Panfilia, en la desembocadura del río Eurimedonte, donde los aliados obtuvieron un rotundo éxito por tierra y por mar. La victoria facilitó la incorporación de nuevos aliados de la región de Caria y la adquisición de un rico botín, que el pueblo ateniense destinó a la construcción del muro sur de la Acrópolis.

Defección de Tasos

Pero poco después Atenas hubo de ocuparse de una nueva defección. La isla de Tasos, que disponía de importantes propiedades mineras en la región de Tracia, decidió salirse de la alianza. Una vez más, Atenas se enfrentaba a un acto de indisciplina, pero en esta ocasión protagonizado por un aliado que podía privar a la Liga de los ingresos de un estado que obtenía grandes beneficios de sus minas de plata. En esa grave decisión, Tasos no actuaba sola. Contaba con el apoyo de Esparta, que había prometido neutralizar la lógica reacción ateniense con una invasión del Ática. Tasos esperó durante dos años en vano la ayuda prometida. Al final, la ciudad fue capturada y sus muros destruidos. Tasos fue obligada a pagar una fuerte indemnización de guerra, además de entregar su flota y perder sus posesiones mineras en Tracia. Las medidas represivas eran lo suficientemente duras como para que Tasos desistiera en el futuro de un nuevo intento de rebelión, pero además los atenienses y sus aliados aseguraron la zona con el asentamiento de diez mil colonos en la llanura de Nueve Caminos *(Eneabode)*.

La revuelta hilota y el fin de la política de Cimón

La ayuda espartana prometida nunca llegó a Tasos. Por extraña paradoja del destino, Esparta, dispuesta a crear dificultades a los atenienses alentando la rebelión de un miembro de la Liga, se vio en la necesidad de pedir ayuda a Atenas para sofocar una insurrección de sus hilotas. En el 464, un terremoto arrasó Esparta, creando la confusión entre sus habitantes, angustiados ante lo que consideraban un nefasto designio divino. Los hilotas, siempre prestos a la insurrección, se sublevaron y, aprovechando el desconcierto general, se hicieron fuertes en su refugio montañoso de Ítome. Los espartanos, desesperados, solicitaron ayuda a Atenas, utilizando su vieja amistad con Cimón.

El prestigio del político ateniense y su enorme popularidad, reforzada con el argumento de que "no era oportuno dejar coja a la Hélade", pesó decididamente en el ánimo de los atenienses, que optaron por ayudar a Esparta, pese a que otros líderes, como Efialtes, defendían con ardor la conveniencia de "dejar que se hundiese el orgullo espartano". Los atenienses enviaron un ejército de ayuda de 4.000 hoplitas al mando de Cimón. Pero cuando llegaron, el peligro había pasado y los espartanos los despacharon de mala manera, ya que dudaban de las verdaderas intenciones del ejército que había acudido en su ayuda.

La política de Cimón, que había sabido conjugar armoniosamente el expansionismo ateniense con el mantenimiento de relaciones amigables con Esparta, estaba condenada a acabar. El desaire espartano descorría bruscamente el velo de la ficticia coexistencia y dejaba al descubierto la cruda realidad de una Esparta recelosa del engrandecimiento político de Atenas. Ya no había motivos para la duda y en la vida política ateniense, una vez alejado el peligro persa, se fortaleció la corriente de opinión, ya señalada por Temístocles, que veía a Esparta como un auténtico enemigo, potencial y real.

3. La democracia radical: la época de Pericles

Las reformas de Efialtes y Pericles

El desaire espartano enfureció a muchos atenienses. Cimón fue condenado al ostracismo y con ello se puso fin a la política de buenas relaciones con Esparta. Pero también el punto de vista aristocrático, inspirador de la política interior y exterior de Cimón, se rechazó ahora abiertamente. Es posible incluso que Efialtes, aprovechando la ausencia de Cimón y de los 4.000 hoplitas desplazados a Esparta, sembrara las semillas de las nuevas reformas constitucionales. El líder democrático y sus partidarios consideraban que el estado ateniense seguía estando excesivamente en manos de los miembros de las ricas familias y que los ciudadanos menos favorecidos tenían pocas posibilidades de alcanzar la participación plena de los asuntos públicos.

Debilitamiento del Areópago.– El bastión constitucional de la aristocracia ateniense seguía siendo el Consejo del Areópago, que había resistido incólume las reformas consti-

tucionales de Clístenes. Efialtes y Pericles descubrieron los manejos e intrigas que utilizaban los miembros del Areópago para torpedear aquellas medidas que afectaban a sus intereses de casta. Algunos incluso fueron acusados de corrupción. El mismo Areópago fue privado de sus funciones supervisoras –amplios poderes judiciales, asesoramiento de los magistrados y otras funciones que posteriormente asumirá el Consejo de los Quinientos– y reducido a un papel secundario: cuidado del olivo sagrado de Atenea, vigilancia de las propiedades de los dioses venerados en Eleusis y jurisdicción en ciertos casos de homicidio. Pero Efialtes pagó caro su atrevimiento: en el 461 fue muerto por un puñal asesino. El crimen sin embargo no acabó con las reformas: los partidarios de una democracia radical, ahora dirigidos por Pericles, las complementaron con otras nuevas medidas tendentes a evitar que el poder judicial pudiese caer una vez más en manos de los aristocráticas.

La mistophoria.– Una vez traspasadas parte de las atribuciones del Areópago a los tribunales de la Heliea, constituido por 6.000 ciudadanos extraídos por sorteo, era necesario para el sistema democrático garantizar la participación efectiva incluso de los ciudadanos más humildes. Para superar los inconvenientes económicos que se oponían a esta participación, en torno al 462-461, se estableció la institución de la mistoforía, esto es, la remuneración económica por formar parte de los tribunales de justicia y por el desempeño de las funciones públicas. De esta forma, el *demos*, plenamente soberano en el terreno político, reafirmaba también su papel en el terreno jurídico.

Política ateniense en el continente

Alianza con Argos.– Cuando Cimón fue condenado al ostracismo, Atenas buscó abiertamente reforzar su posición política en Grecia aceptando la alianza de cualquier estado, fuese o no aliado de Esparta. Se trataba de un riesgo calculado, si se considera que Esparta, todavía atenazada por el problema hilota, no estaba en condiciones de reaccionar cumplidamente contra la injerencia ateniense en asuntos concernientes a sus aliados. Y no tuvo otro remedio que dejar pasar, con resentimiento contenido, la avalancha de alianzas con Atenas. Así, el estado argivo, que disfrutaba de un régimen democrático y que por proximidad geográfica recelaba tradicionalmente de Esparta, se salió de la Liga del Peloponeso y se alió con Atenas, aunque sin entrar en una beligerancia activa contra Esparta. La alianza con Tesalia parecía menos sólida y segura: mientras el soberano de Farsalia la buscó deliberadamente, otros estados tesalios se mantenían remisos.

Pacto con Mégara.– Pero, de todas estas nuevas alianzas, el pacto suscrito con la ciudad de Mégara era, sin duda, el que ofrecía mayor interés para Atenas en razón de la importancia estratégica de esta comunidad. En el 461/460, tras una disputa territorial con Corinto, Mégara abandonó la Liga del Peloponeso y selló una alianza con Atenas, que de este modo se aseguraba una mejor protección contra cualquier invasión procedente del Peloponeso. La posición estratégica de Mégara creció todavía más cuando la ciudad quedó unida a su puerto de Nisea con una doble muralla. La ciudad disponía de otro puerto, el de Pegas, situado en las costas del golfo de Corinto, desde el que Atenas, a partir de ahora, podía controlar las rutas marítimas que conducían hacia el oeste.

La alianza con Mégara no supuso el inicio de las hostilidades con Esparta, pero añadió a la política exterior ateniense un nuevo factor perturbador. Ahora Corinto se sentía alarmada por la ampliación de la influencia territorial de Atenas: con su alianza con Mégara se había procurado una salida al golfo de Corinto y a las comunicaciones marítimas hacia el oeste, cruciales para los intereses de Corinto. Era, pues, esta ciudad la que con más ardor combatió, durante los años 460-446 a. de C., en los conflictos que tuvieron como escenario la Grecia central. .

La expedición ateniense a Egipto

Después de la alianza con Mégara, Atenas ampliaría su política exterior hasta el Nilo con el envío de una expedición de ayuda a Egipto. Tras la muerte violenta del rey persa Jerjes, en torno al 465 a.C., en diversos lugares de su reino se produjeron una serie de perturbaciones sociales. El príncipe libio Ínaro aprovechó la ocasión para sublevarse en Egipto. Temeroso de las operaciones de represalia de la flota fenicia, llamó en su ayuda a los atenienses. La flota de Atenas y de sus aliados se apoderó del Bajo Egipto, pero no pudo tomar la fortaleza de Menfis, en donde se habían refugiado los persas y los egipcios fieles a ellos.

Tras la primera sorpresa, los persas, finalmente, movilizaron sus tropas y, al mando de Megabazo, reunieron grandes contingentes en Cilicia, desde donde pusieron rumbo a Egipto. Rompieron el asedio de Menfis y cercaron a los griegos y egipcios sublevados en la isla de Prosopitis. Una parte importante del ejército expedicionario griego fue masacrado o hecho prisionero. Sólo un pequeño contingente pudo salvarse escapando hacia Cirene. Tampoco la flota de relevo corrió mejor suerte. La consternación por la derrota fue grande. Hay quien supone que fue entonces cuando se ordenó el traslado a Atenas del tesoro de Delos.

Las fuentes que informan de estos acontecimientos no indican los motivos que impulsaron a los atenienses a prestar esta ayuda, que pudieron ser de carácter económico y comercial: Egipto era proveedor de trigo y, aunque Atenas tenía aseguradas sus fuentes de aprovisionamiento en el mar Negro y Tracia, quizá se intentaron ampliar las zonas de abastecimiento para correr menos riesgos.

La Primera Guerra Sagrada

Conflictos en Grecia central.– En el 458 a.C., Esparta envió a Grecia central un ejército. El motivo aparente era ayudar a la pequeña comunidad de la Dóride, con la que decía tener desde antiguo lazos de hermandad, y que en esos momentos estaba siendo atacada por los habitantes de la Fócide.

Tras el pretexto sentimental se escondía el interés de Esparta por acabar con la influencia ateniense en Grecia central, mediante el aglutinamiento en torno a Tebas, aliada de Esparta, de una Beocia fuerte y unida. Por las mismas y contrarias razones, Atenas, al norte de su territorio, no podía tolerar el reforzamiento y consolidación de una potencia contraria como Tebas.

Atenas y sus aliados tenían paralizados en el frente egipcio cuantiosos efectivos militares, que no obstante no fueron retirados. Pericles movilizó en Atenas nuevas tropas y con contingentes de los aliados se dirigió a Beocia y presentó batalla en Tanagra. La defección del destacamento de caballería tesalio provocó la derrota de los atenienses, que ordenadamente se replegaron hacia Atenas. Los peloponesios regresaron a su patria sin detenerse a sacar las ventajas de la victoria.

Al poco tiempo los atenienses aprovecharon la ausencia de los espartanos para invadir otra vez Beocia y consiguieron en el 457 a.C. la victoria de Enofita. Como consecuencia de estos enfrentamientos, la Fócide y la Lócride Opuntia se unieron a la Liga de Delos, mientras que la confederación de Beocia se plegó a la voluntad política ateniense. También Egina se entregó. Abandonada a sus solas fuerzas, capituló sin condiciones: derribó sus murallas, entregó sus naves y fue obligada a entrar en la Liga de Delos.

Las operaciones anteriores se completaron con la expedición marítima de Tólmides por las costas del Peloponeso, con una estrategia pirata de ataques por sorpresa. Este tipo de operaciones eran una demostración del poderío naval y, sobre todo, una amenaza al comercio de Corinto.

Tregua de Atenas y Esparta.– El prestigio de Atenas, cimentado en la flota y en las ideas democráticas de los hombres que en ella servían, sufrió un duro golpe con esta derrota. La ambiciosa política exterior de Pericles se había manifestado como una empresa agotadora. La sangría humana, psicológicamente perturbadora, podía originar un descontento social, peligroso tras el regreso de Cimón del ostracismo. Se hacía preciso limitar los focos de lucha renunciando a alguno de ellos. La paz con Esparta era deseable y, con la presencia de Cimón en Atenas, políticamente oportuna. Por mediación de Cimón, se entró en negociaciones con Esparta con la que, posiblemente en el 454-453 a. de C., se concluyó una tregua por cinco años.

La Paz de Calias

Apaciguado el frente con Esparta, Atenas se centró en su lucha con Persia. En el 450 a.C., el propio Cimón partió con una flota de doscientas naves: sesenta pusieron rumbo a Egipto para ayudar al rey Amirteo y el resto navegó hacia Chipre. Pero las operaciones en la isla fracasaron en parte y se abandonaron. Cuando la flota ateniense emprendía el camino de regreso fue atacada por las naves fenicias y cilicias en Salamina de Chipre. Los griegos obtuvieron una gran victoria, que, no obstante, no podía compensar del desastre egipcio.

En el 449/498 a. de C. Atenas puso fin a su enfrentamiento con Persia con la suscripción de la llamada Paz de Calias, sobre la que existen opiniones encontradas no sólo en cuanto a su contenido sino incluso respecto a su propia existencia. De cualquier forma, la falta de conflictos entre Persia y Atenas a partir de esa fecha fue un hecho y ello, indudablemente, contribuyó a asegurar los logros conseguidos por Atenas.

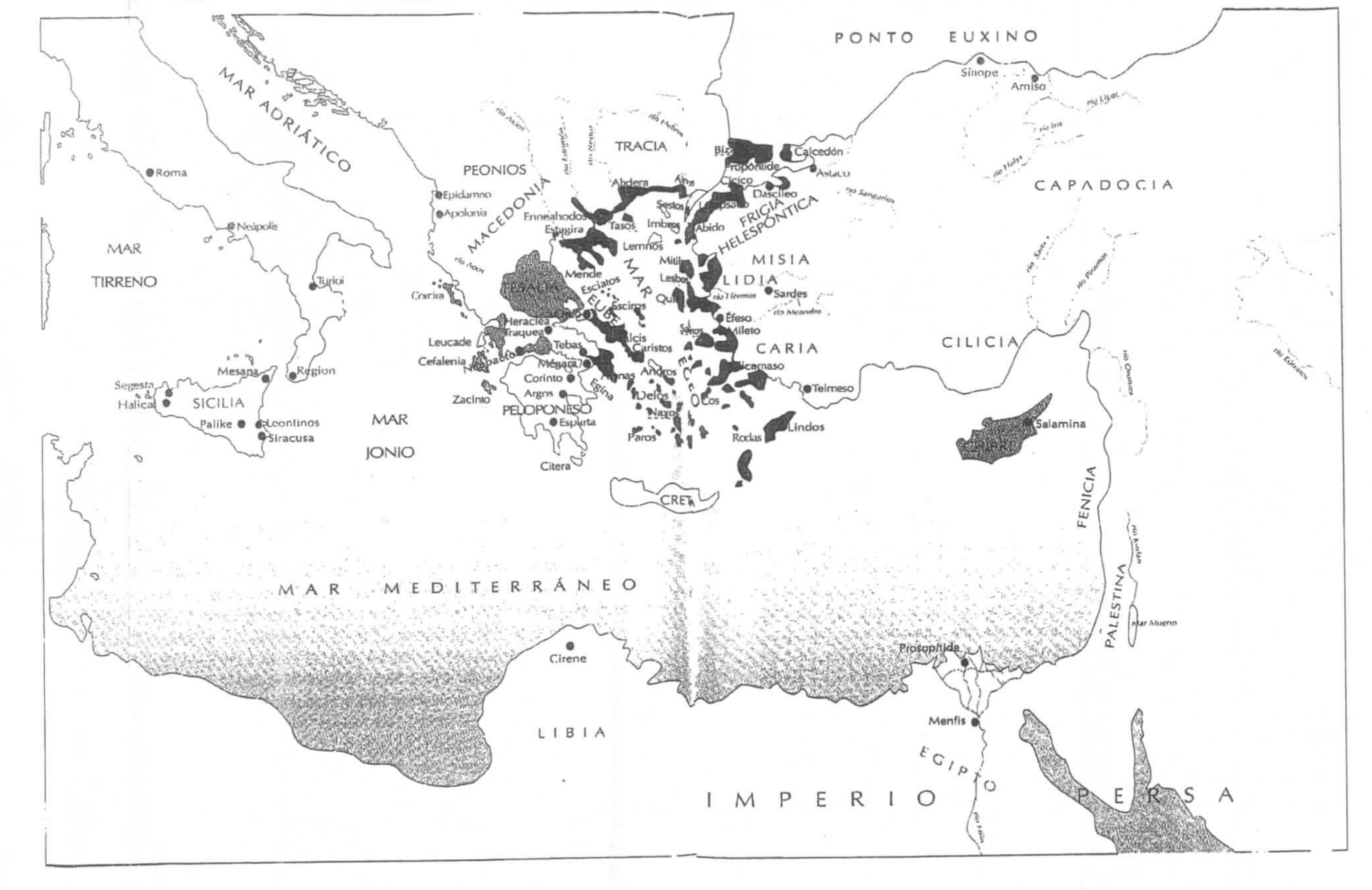
El mayor inconveniente de esta paz era de índole política. La Paz de Calias mermaba las razones de ser de la Liga de Delos. Ya con anterioridad algunos estados de la Liga habían mostrado su resentimiento contra Atenas. A ello contribuyó sin duda la implantación de cleruquías en territorios de ciudades de la Liga. Pero Atenas reaccionó con violencia y dureza contra todos aquellos que hicieron defección. Hubo desde época temprana, descontento y defecciones. Pero, mientras el peligro y la amenaza persa subsistían, la necesidad de la Liga de Delos y el mantenimiento de la unidad dentro de ella eran sentidos, con mayor o menor intensidad, por la generalidad de sus miembros. Suscrita la paz con Persia, perdía consistencia ese elemento aglutinante.

Paz de los Treinta Años

La tregua de cinco años suscrita entre Atenas y Esparta en el 451 a.C. no llegó a cumplirse. Ya en el 448, las dos rivales se verían implicadas indirectamente en Grecia central con ocasión de la Segunda Guerra Sagrada. Los espartanos intervinieron en ayuda de Delfos, de cuyo territorio se habían apoderado los focidios. Cuando el ejército espartano regresó a sus bases, los atenienses repusieron la influencia focidia en Delfos. Pese al cansancio, Atenas reaccionaba porque no deseaba renunciar a su idea de contar con un área de influencia en Grecia central.

Los acontecimientos no tardaron en precipitarse. Posiblemente durante el invierno del 447/446 a. de C., exiliados beocios y locrios, refugiados en Tebas, se apoderaron de Órcomeno y Queronea. El ejército ateniense recuperó Queronea, pero fracasó en el encuentro de Coronea. Casi al mismo tiempo, en el verano del 446 a.C., se sublevó Eubea y, mientras Pericles conducía un ejército para reprimir el levantamiento, se enteró de que Mégara también se había rebelado. Detrás estaba la mano de Esparta: la coordinación de los levantamientos, al menos los de Beocia y Eubea, sugiere la existencia de un plan. Los atenienses hubieron de evacuar Beocia; en Mégara, sus tropas fueron diezmadas, y el rey espartano Plistoanacte invadió el Ática; Pericles, que estaba reprimiendo la sublevación de Eubea, hubo de regresar a casa. Pero los atenienses no desistieron de capturar Eubea: regresaron con cinco mil hombres y la sometieron. Poco después, se retiraron de la isla y concertaron con los lacedemonios y sus aliados un tratado de paz por treinta años.

La Paz de los Treinta Años contribuía a clarificar la situación en la medida en que se reconocía la existencia de las dos ligas con un poder hegemónico de las potencias dominantes, Esparta y Atenas, sobre sus respectivas áreas de influencia. No obstante, para Atenas supuso la renuncia a su sueño de un dominio sobre Grecia central y el verse desplazada por Corinto de sus posesiones en el golfo, excepción hecha de Naupacto.



7. EL IMPERIALISMO ATENIENSE (461-431 a. C.)

- Liga Ático-Délica
- Aliados de Atenas
- Cleruquías atenienses
- Naxos — Territorios sublevados

4. El imperialismo ateniense

Planteamientos previos

La transformación de una liga basada inicialmente en una alianza interestatal voluntaria en un imperio ateniense no tuvo lugar de forma brusca; fue más bien resultado de un proceso evolutivo que se conoce de un modo muy fragmentario, pese a que algunos hechos aislados resultan especialmente significativos.

Cuando en el 478 a.C. se constituyó la Liga, los estados fundadores se integraron en ella como estados autónomos, esto es, como estados que conservaban la libertad de regirse en sus asuntos internos por leyes propias, aunque en política exterior dejaban en manos de Atenas la conducción de las operaciones necesarias. Esta circunstancia y el mismo pago del *phoros* establecía un factor de desigualdad en las relaciones entre Atenas y el resto de los aliados. Desde fechas tempranas, Atenas, en su papel director de la Liga, fue consolidando un poder hegemónico dentro de ella. Es cierto que, en contrapartida, también los aliados eran conscientes de que, gracias a la poderosa maquinaria militar de la que formaban parte, quedaban protegidos del azote persa. Por esta razón, a la mayoría de ellos no debió importarles que Atenas no tolerase ninguna defección, al menos en los primeros tiempos. Incluso es posible que las primeras incorporaciones forzadas dimanasen de una decisión tomada en el consejo federal. No obstante, en el 428, en plena Guerra del Peloponeso, ciudades aliadas como Mitilene, al decir de Tucídides, se quejaban de una falta de trato equitativo e igualitario, de mera autonomía nominal y de esclavitud, pues los aliados, "incapaces de unirse y de imponer la superioridad de sus votos, fueron esclavizados".

Resulta difícil precisar los hitos más significativos en la transformación de la Liga en imperio, aunque hay ciertas fechas que la moderna historiografía se complace en subrayar. Una de ellas es el año 454 cuando, bajo la impresión de la derrota sufrida en Egipto, los atenienses forzaron la situación y trasladaron a Atenas el tesoro federal, lejos de la mirada fiscalizadora de los aliados. Otra sería el 449/448, cuando se firma la Paz de Calias. Hay que tener presente que la Liga de Delos se había establecido primordialmente para proseguir con garantías la lucha contra Persia. Una vez suscrita la paz con el Gran Rey, las razones esenciales de la Liga desaparecían y perdía vigor la necesidad de imponer a los aliados su permanencia en ella. Si la Liga no se suprimió fue debido a otras razones, impuestas por Atenas, que la consideraba indispensable para mantener su hegemonía, muy semejante ya a un poder imperial.

Medidas de control

El empleo de la fuerza.– Atenas contaba con diversos procedimientos para imponer su poder. Uno de ellos, el más obvio, era el empleo de la fuerza. En este aspecto Atenas tenía poco que temer. Su deseo de dominio llegaba hasta donde se lo permitía Esparta, que por el momento evitaba llegar a una conflicto abierto. Contando con la indecisión espartana, Atenas no estaba dispuesta a desmantelar la Liga ni a permitir ninguna defección que perjudicara sus intereses. Para ello contaba con recursos suficientes. Disponer de una fuerte escuadra y de hombres diestros en el arte de navegar era una cuestión de dinero y Atenas lo tenía en abundancia. Merced a su poderosa flota podía dar una respuesta militar inmediata en cualquier lugar y contra cualquier aliado. Así, en el 470, Naxos fue reintegrada a la Liga y, en el 465, Tasos. Es posible que en la represión de esas primeras defecciones Atenas actuase de acuerdo con el consejo federal; pero en el sometimiento de las sublevaciones de la segunda mitad del siglo V la decisión debió de partir únicamente de Atenas.

Difusión de las instituciones democráticas.– Otro de los procedimientos utilizados para asegurar la fidelidad de los aliados fue la difusión de las instituciones democráticas y la utilización de juramentos de fidelidad. Es cierto que, en este sentido, Atenas se contentó con apoyar tales instituciones, evitando cualquier medida que los aliados pudiesen interpretar como opresora o coercitiva. Naturalmente que el estado ateniense sintió la tentación de expandir y favorecer la implantación de su sistema político, pero nunca lo hizo de un modo generalizado, al menos antes de la Guerra del Peloponeso. No lo hizo en el 450 cuando se sublevó Mileto, que continuó con su sistema oligárquico, ni tampoco inicialmente con Samos. Pero tampoco faltaron los casos contrarios.

Era natural que el estado ateniense considerase que, por solidaridad ideológica, los estados aliados que contaban con sistemas democráticos ofrecían, en principio, mayores garantías de fidelidad que los estados oligárquicos. En el 453, Atenas impuso a Eretria, tras su sublevación, un consejo democrático, vigilado y supervisado por *episkopoi* y por el jefe de la guarnición ateniense (*phrourarchos*). Al consejo de Colofón, que también se sublevó por las mismas fechas, se le obligó a un juramento de lealtad. En el caso de Calcis, el juramento de fidelidad a Atenas –los aliados no son mencionados– especificaba que a aquellos que no quisiesen someterse se les castigaría con la pena de *atimia* y la pérdida de sus bienes. Las infaustas experiencias acumuladas por los aliados a lo largo de tantos años de existencia de la Liga propiciaban estos actos de sumisión voluntaria o inducida; para aquellos que las padecían, no cabía la menor duda de que se enfrentaban a actos de imposición "imperialista".

Estacionamiento de guarniciones militares, utilización de la institución de la *proxenia* e implantación de cleruquías eran otros de los procedimientos utilizados por Atenas para vigilar a sus aliados y mantenerlos sujetos a su imperio.

Guarniciones militares y episkopoi.– Antes incluso de que comenzaran los conflictos, algunos de ellos se vieron obligados a soportar en su territorio la instalación de guarniciones militares. Otros sufrieron la presencia de inspectores (*episkopoi*) y de arcontes, cuya función, poco definida en las fuentes de información, guardaba relación con la fiscalización del cumplimiento de las disposiciones dictadas desde Atenas. La presencia de estos funcionarios en las ciudades aliadas, encaminada a impedir cualquier desviación contraria a los intereses de Atenas, lógicamente había de interpretarse como una imposición.

La proxenia.– El mismo objetivo fiscalizador tenía la institución de la *proxenia*. De acuerdo con ella, un ciudadano cualificado de un estado aliado, plenamente partidario de Atenas, asumía la defensa y representación de los intereses atenienses en esa ciudad. Su identificación con los intereses de la potencia hegemónica levantaba suspicacias entre sus compatriotas, que los veían como instrumentos fieles del poder ateniense y de la opresión. Para protegerlos de sus compatriotas, Atenas les dio cobertura legal, sustrayendo a la justicia local todos aquellos procesos legales relacionados con estos *proxenoi*. La *proxenia*, poco costosa para Atenas, se convirtió así en un instrumento indirecto de control de los aliados, ejercido por los propios aliados.

Las cleruquías.– Atenas disponía de otro medio eficaz para asegurar su dominio sobre el territorio imperial: la implantación de ciudadanos atenienses en tierras aliadas confiscadas. Este fenómeno se denominaba con el término de cleruquía. Etimológicamente, *klerouchos* era el beneficiario de un *kleros*, esto es, de un lote de tierra. Los clerucos instalados fuera de la patria seguían siendo ciudadanos atenienses, aunque sus propiedades estuviesen fuera del Ática. Las primeras cleruquías se remontan a mediados del siglo V. Había casos, como el impuesto en Lesbos, donde los colonos asentados no cultivaban directamente la tierra, sino que obtenían una renta de los lotes que les habían correspondido. Era una manera de que los aliados sufragasen la presencia de esa población ateniense, aunque, ciertamente, este tipo de cleruquías no fue muy frecuente.

Los motivos que movieron a Atenas a instalar ciudadanos fuera del Ática desde fechas muy tempranas fueron de diversa índole. En algunos casos, esos asentamientos se llevaban a cabo en territorios sublevados. Hay razones, por tanto, para pensar en acciones de represalia y en medidas cautelares y preventivas. En otros casos, han podido pesar razones de estrategia militar, especialmente en las instalaciones que jalonaban la ruta hacia el mar Negro, por donde llegaban los suministros de trigo a Atenas. Plutarco apunta también otro tipo de razones: el envío, a instancias de Pericles, de colonos a diversos puntos –el Quersoneso, Naxos, Andros, Tracia, la Magna Grecia...– "para aliviar a la ciudad de una muchedumbre holgazana, que resultaba molesta por su ociosidad, para remediar la pobreza del pueblo y para conseguir que los aliados no intentaran revoluciones al verse forzados a vivir con el miedo y con la vigilancia".

Aspectos económicos

La seguridad de los mares.– La Liga, transformada en imperio, tenía también un marcado carácter económico. La poderosa flota de la Liga de Delos daba seguridad a los mares y acabó prácticamente con la piratería. El control militar de los mares garantizaba la llegada de los suministros y favorecía el desarrollo de las actividades comerciales. De esta seguridad se beneficiaban todos los miembros de la Liga, aunque Atenas se llevase la parte del león. Cuestión distinta es que en el ánimo de muchos aliados pesase más el sometimiento al pago del tributo y la merma de autonomía que la seguridad proporcionada y los beneficios económicos.

El phoros.– El tributo parece que no era gravoso. Con arreglo a los ingresos y posibilidades económicas de cada ciudad, Arístides lo fijó con prudencia y equidad en una cuantía de 460 talentos. Con esas aportaciones se atendían a los gastos derivados del mantenimiento de las fuerzas de la Liga, la renovación de la flota y la reparación de los barcos deteriorados. El sobrante pasaba a engrosar el tesoro federal. En el 450, Pericles sacó adelante en la asamblea popular un decreto por el que se desviaban del tesoro federal 5.000 talentos destinados a sufragar los gastos de las construcciones de la Acrópolis.

Puede suponerse que el superávit resultante entre los costos invertidos en defensa y la tributación aliada impulsarían a los miembros a tratar de obtener una reducción del *phoros*. Sin embargo, las fuentes de información existentes no proporcionan ningún indicio que avale una suposición de este tipo. Sólo inciden en el aspecto negativo del impuesto y en el hecho de que al sobrante se le estaba dando un destino distinto al estipulado. La protesta, tanto dentro de Atenas como en el exterior, no tenía, primordialmente, un trasfondo económico, sino político-moral. A ese respecto, Pericles podía replicar que los aliados, al pagar su tributo, cumplían con sus compromisos y obligaciones; las de Atenas, por su parte, consistían en adoptar las medidas pertinentes para tener perfectamente equipadas las tropas de la Liga y defender en todo momento y adecuadamente a los aliados. Conseguido este objetivo, Pericles pensaba que el pueblo ateniense tenía derecho a utilizar el dinero de la confederación en lo que creyese conveniente, sin que a los aliados debiera importarles si se invertía en más armamento o en construcciones públicas.

Unificación de pesos y medidas.– Bajo un doble aspecto, positivo y negativo, habría que valorar también la unificación de los pesos, medidas y monedas, que se impuso a todo el imperio hacia el 449/448, o quizás hacia el 425/424. El decreto, que se conserva en varias copias, impone, bajo duras penas, la moneda ática y los pesos y medidas atenienses a todos los miembros de la Liga. Ciertamente, la unificación decretada por Atenas evitaba los inconvenientes derivados de la diversidad de sistemas utilizados por los distintos miembros. De manera semejante, la imposición de la moneda ateniense facilitaba la valoración de los productos bajo un único sistema y patrón monetal. Pero, una vez más, esta imposición monetal, que tantos ahorros económicos reportaba al evitar la disparidad de los cambios monetales, era valorada por los aliados como una injerencia de la potencia dominante en la autonomía interna de los estados aliados. Se consideraba una merma significativa de la conciencia de comunidad concreta e independiente, que encontraba en el uso de una moneda propia y distinta uno de los elementos más poderosos de diferenciación y de distinción.

CRONOLOGÍA

479/78	Construcción de las murallas de Atenas
478	Pausanias conquista Chipre y se apodera de Bizancio
477	Arístides, el Justo, organiza la Liga Marítima Ático-Délica
476	Pausanias expulsado de Bizancio
476/75	Conquista de Eión, punto de apoyo persa en la desembocadura de Estrimón
475	Conquista de Esciros y Caristo por las tropas de Cimón
472	Ostracismo de Temístocles
469-460	Tercera Guerra Mesenia
ca. 469	Triunfo griego por tierra y por mar en la batalla de Eurimedonte
	Defección de Naxos (c. 469)
465-462	Represión ateniense de la defección de Tasos
465	Asesinato de Jerjes y ascensión de Artajerjes (465-424)
c. 462-461	Establecimiento de la mistofória
461	Reformas constitucionales de Efialtes: reducción de los poderes del Areópago. Cimón en Mesenia
	Ostracismo de Cimón y ruptura de la alianza espartano-ateniense
461-461	Pacto ateniense con Megara
460	Ayuda ateniense a Egipto: conquista de Menfis
456	Capitulación de Egina
	Desastre ateniense en Egipto y traslado del tesoro de la Liga de Delos a Atenas
458	Comienzo de la Primera Guerra Sagrada
457	Victoria ateniense en Enofita
453 (?)	Tregua, por cinco años, entre Atenas y Esparta
451 (?)	Paz de treinta años entre Argos y Esparta
450	Triunfo ateniense sobre los persas en Salamina de Chipre
449-447	Segunda Guerra Sagrada
449	Paz de Calias entre atenienses y persas
447	Derrota de los atenienses en Coronea. Formación de la Liga Beocia
446	Congreso Panhelénico proyectado por Pericles
446/45	Paz de treinta años entre Atenas y Esparta
443	Fundación ateniense de Turios

BIBLIOGRAFÍA

Temístocles y el fortalecimiento de Atenas

AMIT, M., *Athens and the Sea. A Study in Athenian Sea-power*, Bruselas, 1965; BALCER, J. M., *Athenian Regulations for Chalkis. Studies in Athenian imperial Law*, Wiesbaden, 1978; BOERSMA, J. S., *Athenian Building Policy from 561/60 to 405/4 B. C.*, Groningen, 1970; FIGUEIRA, T. J., *Athens and Aigina in the age of imperial colonization*, Baltimore, 1991; FLACELIERE, R., "Sur quelques points obscurs de la vie de Thémistocle", *REA*, 55, 1953, pp. 5 ss.; GARLAND, R., *The Piraeus. From the Fifth to the First century B. C.*, Ithaca, Nueva York, 1987; GIOVANNINI, A. y GOTTLIEB, *Thukydides und die Anfänge der athenischen Arche*, Heidelberg, 1980; HAMMOND, N. G. L., "The origins and the nature of the Athenian alliance of 478/7 B. C.", *Klio* 87, 1976, pp. 41 ss.; LOTZE, D., "Selbstbewusstsein und Machtpolitik. Bemerkungen zur machtpolitischen Interpretation spartanischen Verhaltens in den Jahren 479-477 v. Chr.", *Klio*, 52, 1979, pp. 255 ss; Mc GREGOR, M. F., *The Athenians and their empire*, Vancouver, 1987; POWELL, A., *Athens and Sparta. Construction Greek political and social history from 478 B. C.*, Londres, 1988; A. A. V. V., *The Athenian tribute lists, I-IV*, Cambridge, 1939-53; ROMILLY, J. de, *Thucydide le athénienne. La pensê de l'historien et la genèse de l'ouvre*, París, 1951; RHODES, P. J., *The Athenian Empire*, Oxford, 1985; ROBERTSON, N. D., "The true nature of the Delian league 478-461 B. C.", *Am. J. Anc. Hist.*, 5, 1980, pp. 64 ss.; SARTORI, F., *Eterie nella vita politica ateniese del VI e del V secolo a.C.*, Roma, 1956; MEIGGS, R., *The Athenian Empire*, 4ª ed. Oxford, 1979; SEALEY, R., "The Origins of the Delian League", *Studies pres. to Ehrenberg*, Oxford, 1966, pp. 233-255; SHIPLEY, G., *A History of Samos, 800-188 B. C*, Oxford, 1987; TRVLOS, J., *Bildlexicon zur Topographie des antiken Attika*, Tubinga, 1988; WHITE, M. E., "Some Agiad Dates: Pausanias and his Sons", *JHS.*, 84, 1964, pp. 140-152; WOODHEAD, A. G., "The founding fathers of the Delian confederacy", en *Studies Mc Gregor*, Locust Valley, 1981, pp. 179 ss.

La era de Cimón

AMIT, M., "The Boeotian Confederation during the Pentekontaetia", *RSA*, 1, 1971, pp. 49-64; ASHERI, D., "Studio sulla storia della colonizzazione di Amphipoli sino alla conquista macedone", R. F., 95, 1967, pp. 5 ss.; CAWKWELL, G. L., The fall of Temistocles, *Auckland Class. Essays press. to E. M. Blaickklock*, Auckland, 1970, pp. 39 ss.; HIGHBY, L. I., *The Erythrae decree. Contributions to the early history of the Delian league and the Peloponnesian confederacy*, Klio. Beiheft 36, 1936; JACOBY, F., "Some remarks on Ion of Chios", *CQ*, 41, 1947, pp. 1-17. KLAFFENBACH, G., "Das Jahr der Kapitulation von Ithome und der Ansiedlung der Messenier in Naupaktos", *Historia*, I, 1950, pp. 231 ss.; LENARDON, R. J., "The cronology of Temistocles'ostracisme and exile", *Historia*, 8, 1959, pp. 23 ss.; LEWIS, D. M., "Ithome again", *Historia*, II, 1952, pp. 412 ss.; O'NEIL, J. L., "The exile of Themistocles and democracy in the Peloponese", *Cl. Q.*, 31, 1981, pp. 335 ss.; POUILLOUX, J., *Recherches sur l'histoire et les cultes de Thasos*, I, París, 1954; REECE, D. W., "The date of the fall of Ithome", *JHS.*, 82, 1962, pp. 111 ss.; SCHREINER, J. H., "Antithukydidean studies in the Pentekontaetia", *Symb. Osl.*, 51, 1976, pp. 19 ss; 52, 1977, pp. 19 ss; SCHUMACHER, L., "Themistokles und Pausanias. Die Katastrophe der Sieger", *Gymn.*, 94, pp. 218 ss.; SMART, J. D., "Kimon's capture of Eion", *JHS*, 87, 1967, pp. 136 ss.; STEINBRECHER, M., *Der delisch-attische Seebund und die athenisch-spartanischen Beziehungen in der kimonischen Ära (ca. 488/7-462/1)*, Wiesbaden, 1985; WILLIAMS, R. T., *The confederate coinage of the Arcadians in the fifth cent. B. C.*, Nueva York, 1965.

La democracia radical: la época de Pericles

BADIAN, E., "The peace of Callias", *J. H. S.*, 16, 1987, pp. 1 ss.; BAYER, E. y HEIDEKING, J., *Die Chronologie des perikleischen Zeitalters.*, Darmstadt, 1975; DEANE, Ph., *Thucydides dates 465-431 B. C.*, Don Mills, 1972; DIENELT, K., *Die Friedenspolitik des Perikles*, Viena, 1958; FORREST, W. G. y STOCKTON, D. L.," The Athenian archons. A note", *Historia*, 37, 1987, pp. 235 ss: , GRIFFER, M., The Boule of 500 from Salamis to Ephialtes, *AJPh.*, 62, 1941, pp. 224 ss.; GRIFFITH, G. T., "Isegoria in the Assembly of Athens", *Studies pres. to V. Ehrenberg*, Oxford, 1966, pp. 115 ss; HIGNETT, C., *A History of the Athenian Constitution to the End of the Fifth Century B. C.*, Oxford, 2ª ed. 1970; LEGON, R. P., *Megara. The political history of a Greek city-state to 336 B. C.*, Cornell Univ. Press, 1981; MALLET, D., *Les rapports des Grecs avec l'Egypte de la conquête de Cambyse à celle d'Alexandre*, El Cairo, 1922; MEISTER, K., *Die Ungeschichtlichkeit des Kalliasfrieden und deren historische Folgen*, Wiesbaden, 1982; POLECKI, A. J., *The political background of Aeschylean tragedy*, Ann Arbor, 1966; PRITCHETT, J. K., "The transfer of the Delian treasury", *Historia*, 18, 1969, pp. 17 ss; RHODES, P. J., *The Athenian Boule*, Oxford, 1972; RIHLL, T. E., "Democracy denied: Why Ephialtes attacked the Areopagus", *J.H.S.*, 115, pp. 87-98; SALMON, P., *La politique égyptienne d'Athènes (VI-V s. av. J-C.)*, Bruselas, 1965; SCHAFF, J., "Die erste ägyptische Expedition der Athener. Ein Beitrag zur Geschichte der Pentekontaetie", *Historia*, 4, 1955, pp. 308 ss.; SCHRADER, C., *La Paz de Calias. Testimonios e interpretación*, Barcelona, 1976; SEALEY, R., "Ephialtes, eisangelia and the council", *Studies Mc Gregor*, Locust Valley, 1981, pp. 125

ss.; WESTLAKE, H. D., "Thucydides and the Athenian disaster in Egypt", *Cl. Ph*, 45, 1950, pp. 204 ss.; WOODHEAD, A. G., Isegoria in the Council of 500, *Historia*, 16, 1967, pp. 396 ss.

El imperialismo ateniense

BALCER, J. M., *The Athenian regulations for Chalkis: studies in Athenian imperialism*, Wiesbaden, 1978; BALCER, J. M. et alii, *Studien zum attischen Seebund*, Constanza, 1984; BLACKMAN, D., "The Athenian navy and allied naval contributions in the Pentekontaetia", *Gr. Rom. & Byz. St.*, 10, 1969, pp. 179 ss.; ERDLEBEN, E., "Die Kleruchien auf Euböa und Lesbos und die Methoden der athenischen Herrschaft", *Klio*, 57, 1975, pp. 83 ss.; FRENCH, A., "The tribute of the Allies", *Historia*, 21, 1972, pp. 1 ss.; GAUTHIER, Ph., "Les clérouques de Lesbos et la colonisation ahténienne au V s.", *R.E.G.*, 79, 1966, pp. 64 ss.; JORDAN, B., *The Athenian navy in the classical period*, Berkeley-Los Angeles, 1975; OSTWALD, M., *Autonomia: its genesis and early history*, Chico, 1982; PECIRKA, T., "Athenian Imperialism and the Athenian Economy", *Eirene*, 19, 1981, pp. 117-25; PRICHETT, R. K., "The Hellenotamiai and Athenian finance", *Historia*, 26, 1977. pp. 295 ss.; REITER, H. A., *Athen und die Poleis des Delisch-Attischen Seebundes. Die Proxenoi und Euergetai des attischen Demos in den Poleis des Delisch-Attischen Seebundes im Licht der attischen Proxenie-und Euergesiebeschlüsse des 5. Jahrhunderts v. Chr.*, Regensburg, 1991; SCHULLER, W., *Die Herrschaft der Athener im ersten athenischen Seebund*, Berlin-Nueva York, 1974; UNZ, R. K., "The surplus of the Athenian phoros", *G.R.B.S.*, 26, 1985, pp. 21 ss.; WOODHEAD, A.G., "The Institution of the Hellenotamiae", *J.H.S.*, 1959, pp. 149-1952

XIV LA GUERRA DEL PELOPONESO

De una manera convencional, por Guerra del Peloponeso se entiende la serie de conflictos bélicos que se desarrollaron entre el 431 a.C. y el 404 a.C. separados por intervalos de paz. La guerra es el tema de la obra de Tucídides, cuya importancia como fuente obliga a utilizarla inexcusablemente como término de referencia. Pero el relato de Tucídides termina repentinamente en el año 411 a.C. Para acontecimientos posteriores hay que servirse de Jenofonte, que narra los eventos ocurridos entre el 411 y 404 a.C., o de otras fuentes, como las anónimas Helénicas de Oxirrinco.

Nunca una guerra se desarrolló hasta entonces en un escenario tan extenso, desde Sicilia y la Magna Grecia hasta Asia Menor, ni nunca hasta entonces se vieron implicados en un conflicto tantas comunidades griegas y tantos contingentes. Una guerra tan prolongada produjo en Grecia cambios interiores y exteriores profundos, pero sobre todo la desintegración de los valores tradicionales y de las antiguas normas de comportamiento.

La guerra exterior se superponía a veces a duros conflictos interiores entre los partidarios de tendencias democráticas y oligárquicas y las dificultades de la guerra contribuyeron a radicalizar la lucha política. De esta manera, las secuelas de la guerra, con sus incalculables destrucciones materiales y pérdidas humanas, el deterioro de los valores morales y la decadencia intelectual generarían la crisis de una época y el punto de arranque de otra que abre el camino a la etapa helenística.

1. Antecedentes de la guerra

Causas y pretextos

Cuando Tucídides en su análisis aborda el tema de la guerra, trata de hacer distinción entre la causa o motivación profunda del conflicto y las circunstancias que lo desencadenaron. La causa profunda se encuentra para Tucídides en el crecimiento del poder ateniense y en el temor que inspiraba a los peloponesios, que hicieron la guerra inevitable.

El conflicto de Corcira.– Pero la guerra surgió por la conjunción de varios motivos. Uno de ellos lo constituye el conflicto que Corinto tuvo con su colonia Corcira. Cuando Epidamno, colonia a su vez de Corcira, se desgarraba en disensiones internas, una facción

pidió ayuda a Corinto, que envió tropas y estableció una guarnición en Epidamno. La otra facción, a su vez, solicitó la ayuda de Corcira, que en contestación movilizó su flota para proceder al bloqueo de la isla. Corinto, que deseaba aprovechar la ocasión para consolidar y ampliar sus intereses económicos en la parte occidental de Grecia, pidió la colaboración de aliados ocasionales y con ellos atacó a los corcirenses, pero fue vencida. Corinto buscó el desquite y alistó una enorme flota para castigar cumplidamente a Corcira. La ciudad entonces, viéndose acuciada por fuerzas superiores y en situación difícil, no tuvo otra salida que entenderse con Atenas.

La asamblea ateniense, ante la petición de ayuda de Corcira, procedió con gran prudencia: evitó suscribir una alianza defensivo-ofensiva, para no violar la Paz de los Treinta Años, y se limitó a sellar un pacto defensivo. Suscrita la alianza, los atenienses remitieron una pequeña escuadra de diez naves, que, al aparecer en las aguas conflictivas en el momento oportuno, impidieron que los corintios alcanzasen una victoria decisiva.

La cuestión de Potidea.– Los atenienses empero, que tan prudentes se habían mostrado en la solicitud de ayuda de Corcira, tomarían la iniciativa en un nuevo incidente, motivo de queja para Corinto y un paso más en el camino hacia la guerra. Este incidente se desarrolló en el 433/432 a.C. en torno a Potidea, floreciente colonia corintia, aunque miembro de la Liga Ático-Délica, que seguía manteniendo estrechos contactos con su metrópoli. Los atenienses ordenaron a Potidea que demoliera sus muros y entregara rehenes. No conocemos con seguridad las razones que empujaron a Atenas a dar este paso. Quizá temiesen que Potidea pudiera ponerse del lado de la metrópoli.

Antes de cumplir el ultimátum, los de Potidea enviaron embajadores a Atenas, que se mantuvo firme en su decisión. Pero Esparta, a quien se había enviado una petición de apoyo, prometió invadir el Ática si Potidea era sitiada por los atenienses. Contando con esta promesa, Potidea y las ciudades calcídicas se sublevaron. Los atenienses cumplieron sus amenazas y cercaron la ciudad rebelde.

El decreto contra Mégara.– El tercer incidente que determinó la decisión peloponesia de declarar la guerra lo constituye el llamado "decreto antimegárico" (*psephisma megarikon*). El decreto, votado en la asamblea ateniense, cerraba a los megarenses los mercados de Atenas y de los miembros de la Liga Ático-Délica. La prohibición suponía un duro golpe para los megarenses que, disponiendo de un pequeño territorio, necesitaban productos de los que eran deficitarios y vender también su propia producción. Resulta difícil saber qué había detrás de estos pretextos. Hay quien ve en el decreto motivaciones de índole política, tendentes a hacer volver a Mégara a la órbita de influencia ateniense.

Actividad diplomática prebélica

La iniciativa que llevaría a la guerra no partió de Esparta ni de Atenas sino de los aliados de Esparta, sobre todo de Corinto. En el otoño del 432, una comisión de corintios, megarenses y eginetas acusaron duramente a Atenas ante Esparta de haber violado la Paz de los Treinta Años en los asuntos referentes a Corcira y Potidea. Una embajada ateniense, que se encontraba casualmente en Esparta, refutó los argumentos esgrimidos contra ella, hizo un llamamiento a la moderación y se mostró conforme con someterse a un arbitraje. El rey espartano, Arquídamo II, hizo, por su parte, una llamada a la moderación evitando llegar a una situación límite. Pero este deseo se vio contrarrestado por la opinión de los éforos. Puesta la cuestión a voto de aclamación, la mayoría se inclinó por la guerra y concluyó que Atenas había violado la paz.

La decisión adoptada se comunicó a los aliados de la Liga del Peloponeso. Reunida ésta, sus miembros se inclinaron mayoritariamente por la guerra. También el oráculo de Delfos se puso de lado de los peloponesios, asegurándoles la victoria si combatían con energía. La guerra estaba ya decidida; sólo faltaban los preparativos.

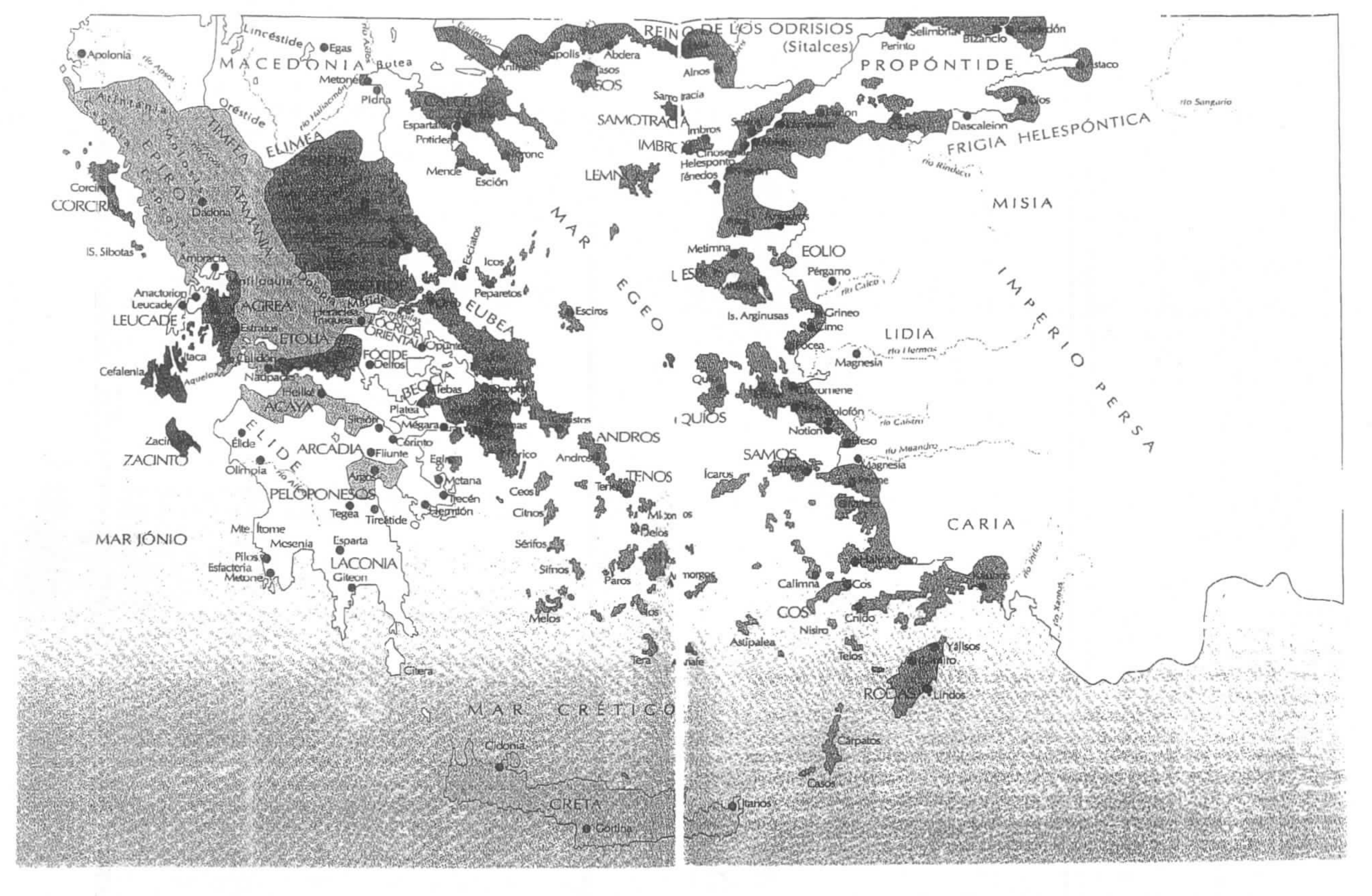
Antes de llegar al enfrentamiento directo, los espartanos abrieron con Atenas unas negociaciones en las que aumentaron sus exigencias: se le pedía a Atenas una satisfacción por el sacrilegio cometido antaño en la represión de la intentona de Cilón por apoderarse del gobierno. Esta demanda espartana sin duda tenía por finalidad socavar el terreno a Pericles, que pertenecía a la familia de los Alcmeónidas, implicada en el sacrilegio. A la petición de Esparta, respondieron los atenienses exigiendo la correspondiente expiación por el sacrilegio cometido contra Poseidón, al dar muerte a unos hilotas acogidos bajo la protección de su templo. No se trataba de otra cosa que de medidas dilatorias, sin intención seria de atender las respectivas reclamaciones.

En una segunda embajada, los espartanos exigieron el levantamiento del asedio a Potidea y la independencia de Egina, así como la supresión del decreto antimegárico. Las peticiones fueron rechazadas y Atenas reiteró sus exigencias respecto a Mégara.

Una última embajada espartana que llegó a Atenas se limitó a exponer, en frase de Tucídides, que «los lacedemonios deseaban la paz y que ésta llegaría si los atenienses daban la autonomía a todos los helenos». La notificación espartana tenía una gran significación política, al erigirse en paladines de la libertad de los griegos y, al mismo tiempo, de manera indirecta, al acusar a Atenas de ejercer sobre los miembros de la Liga Ático-Délica un poder hegemónico tiránico.

En respuesta, los atenienses notificaron que estaban dispuestos a suprimir el decreto antimegárico si los lacedemonios suspendían las expulsiones de extranjeros, atenienses y aliados; que Atenas no deseaba abrir las hostilidades sino que proponía un arbitraje de acuerdo con las estipulaciones de la Paz de los Treinta Años.

Sería Tebas quien desencadenase el comienzo de las hostilidades. En la primavera del año 431 a.C., un destacamento de trescientos tebanos al mando de dos beotarcas cayó sobre Platea y, con la colaboración de algunos de sus habitantes, se apoderó de la ciudad.



8. GRECIA EN 431 a. C.

- Esparta y sus aliados
- Estados griegos neutrales
- Atenas y sus aliados

La inmediata reacción de los plateenses frustró la acción y puso en sus manos a ciento ochenta tebanos, que fueron ejecutados de inmediato. Atenas, por su parte, ante el ataque contra su aliada Platea, instaló en la ciudad aliada una guarnición de apoyo. Definitivamente ambos bandos se preparaban para la guerra y tomaban las medidas ofensivas y defensivas oportunas.

Fuerzas enfrentadas y planes estratégicos

Los objetivos de los contendientes.– Tras los sucesos de Platea, Esparta, al apoyar decididamente a Tebas, dio el paso decisivo en la ruptura de las hostilidades. Y si lo dio fue, sin duda, porque tenía firmes esperanzas de conseguir el desmoronamiento del imperio ateniense. Precisamente, mantener sumisos a los miembros de su imperio era para Atenas la meta primordial en el conflicto. Conseguir por todos los medios esta supervivencia equivalía para Atenas a una victoria. Para Esparta, por el contrario, el derrumbamiento del imperio ateniense se agotaba en sí mismo; no podía pretender incorporar a sus miembros en provecho propio a su Liga. Se ha llamado la atención sobre el alcance limitado con el que los espartanos entendían el tema propagandístico de la liberación: libertad de los griegos respecto de Atenas, pero nada en cambio respecto de la liberación de los griegos sometidos al dominio persa.

La razón estaba en que, inmediatamente después de los hechos de Platea, Esparta inició un acercamiento a Persia para recabar ayuda económica con la que hacer frente a sus necesidades de dinero y barcos. La solicitud de ayuda persa por parte de Esparta se convirtió en un tema obsesivo. En los años siguientes nuevas embajadas fueron enviadas a Persia. Pero los persas actuaron con cautela: durante toda la primera parte de la guerra, entre el 431-421 a.C., Persia rehusó intervenir en el conflicto.

Sicilia y la Magna Grecia, con sus florecientes comunidades griegas, constituían otro sector geográfico susceptible de ampliar hasta él la guerra. Esparta lo intentó entre las que eran sus amigas. Por su parte, Atenas vio siempre con preocupación esta posibilidad. En definitiva, se consiguió que las comunidades de Sicilia, con simpatías hacia uno u otro de los bandos, se mantuviesen prácticamente al margen del conflicto durante los primeros años de la guerra.

El potencial de Esparta.– Ambas potencias ofrecían gran diversidad en cuanto a sus planes estratégicos. Esparta tenía el ejército más poderoso de Grecia. Era capaz de movilizar un ejército de 40.000 hoplitas, que podía aumentarse con los contingentes proporcionados por los aliados de fuera del Peloponeso Esta clara superioridad en tierra del ejército espartano y de los aliados se reducía por la manifiesta inferioridad de sus efectivos navales, que no alcanzaba a cien naves. Pero la superioridad del ejército en tierra tenía otra ventaja estratégica adicional: los aliados de los lacedemonios de Grecia central operando desde esta zona y los lacedemonios desde el Peloponeso podían ejercer una presión en tenaza sobre Atenas.

Con su aplastante superioridad terrestre, el plan estratégico de los espartanos consistía ante todo en arrastrar a Atenas a una gran batalla en campo abierto. Y consideraron que el procedimiento para lograrlo era arrasar las cosechas y destruir las propiedades atenienses para forzarles a salir en su defensa. Además, esta estrategia contaba con la finalidad subsidiaria de contribuir a desestabilizar la posible unanimidad interna ateniense, ya que la destrucción de las cosechas y la tala de olivos y vides provocaría sin duda el descontento de propietarios y campesinos.

Las fuerzas de Atenas.– Frente a las tropas enemigas, los efectivos que Atenas y sus aliados podían movilizar eran cuantitativamente inferiores. En cambio, gozaba de una superioridad manifiesta en el mar. A las trescientas naves que Atenas podía alinear se sumaban las flotas de Lesbos, Quíos, Corcira, Cefalenia y Zacinto. Y junto a esta superioridad numérica en naves, estaba también el mejor adiestramiento de sus dotaciones en las artes de navegar. Además, los atenienses iban a la guerra con una superioridad financiera que ni Esparta ni ninguna de sus ciudades aliadas podían igualar.

El plan estratégico de Pericles era, pues, mantenerse a la defensiva en tierra contando con que la ciudad de Atenas y el Pireo estaban preparadas adecuadamente para resistir cualquier ataque. La Atenas fortificada, el Pireo y los Muros Largos constituían una plataforma defensiva gigantesca. Desde ella los atenienses podrían lanzar una ofensiva marítima y menudear los desembarcos sobre el territorio enemigo para regresar a la seguridad de sus puertos antes de que el enemigo consiguiera reaccionar. Además, la flota podía en caso necesario transportar rápidamente hoplitas atenienses a los lugares precisos, bloquear las zonas estratégicas del enemigo e impedir el tráfico comercial marítimo, en especial el de Corinto. Frente al plan estratégico espartano, consistente en un combate decisivo, Atenas, apoyada en sus recursos financieros y en las posibilidades que le proporcionaba su flota, seguía una táctica de desgaste, sin aceptar en ningún momento un combate de serias proporciones. La estrategia de Pericles era la más adecuada desde el punto de vista militar, aunque tenía costos sociales y psicológicos muy serios. En su plan se sacrificaban los intereses del campesinado, cuyas propiedades se abandonaban al enemigo. Los evacuados, en su mayoría campesinos, debían instalarse en el espacio limitado que brindaba Atenas. El amargo factor psicológico derivado de la precariedad cotidiana de los evacuados se sumaba al sentimiento de creerse los únicos sacrificados en aras de la salvación general.

2. LA GUERRA ARQUIDÁMICA

Los primeros años de guerra

La invasión del Ática.– Tras el fracaso del ataque tebano a Platea, la ejecución de los prisioneros y el establecimiento de una guarnición ateniense en la ciudad, para Esparta ya no quedaban dudas de la inevitabilidad de la guerra, pero antes de invadir el Ática el rey Arquídamo envió a Atenas un heraldo, para intentar que la ciudad cediera a las propues-

tas espartanas. Al heraldo ni siquiera se le permitió hablar y fue escoltado hasta la frontera. Arquídamo inició entonces su ofensiva, comenzando con el asedio de Énoe, bastión importante que protegía a Atenas por la parte norte. El detenimiento del ejército peloponésico en el ataque a esta plaza permitió que los atenienses pudiesen evacuar a los habitantes del Ática y salvaran los bienes que pudieron acarrear.

Arquídamo, dejando el asedio de Énoe, penetró en la zona de Triasia y comenzó a devastar sistemáticamente los campos y las cosechas de trigo ya maduro, así como los viñedos y olivares. El ejército invasor se dirigió luego contra el *demos* de Acarnes, a diez kilómetros de Atenas, y continuó con su acción devastadora. Pero viendo que los atenienses no realizaban una salida, se retiró hacia Beocia y allí disolvió el ejército

Por su parte, Atenas, siguiendo con su plan estratégico, emprendió operaciones de represalia sobre territorio enemigo. Una escuadra de cien naves cayó por sorpresa sobre Metone, si bien la rápida ayuda de Brásidas impidió que se tomara la ciudad. Embarcados de nuevo, se dedicaron a saquear las costas de la Élide, Acarnania y Cefalenia, tomando algunas ciudades. La ofensiva ateniense alcanzó también a otros lugares de Tracia y de la Lócride, de Egina y de Mégara.

En este primer año de guerra no se produjeron, pues, hechos bélicos de importancia por ninguna de las partes implicadas ni cambios sensibles en las relaciones de fuerza.

La peste de Atenas.– En el verano del 430, aparecieron de nuevo en el Ática las tropas peloponésicas al mando de Arquídamo y comenzaron una vez más a destruir cosechas. Los atenienses, por su parte, prepararon la contraofensiva para asolar las costas de sus enemigos. Los contingentes embarcados, al mando de Pericles, fracasaron en el ataque contra Epidauro, por lo que se dirigieron a saquear las ciudades costeras de la Argólide, para alcanzar luego las costas de Laconia. Pero ya la peste había hecho su aparición en Atenas, y sus efectos iban en aumento, por lo que Pericles, con la intención quizá de librar del contagio al grueso del ejército, remitió las tropas que habían participado en la expedición de castigo a engrosar las de los atacantes de Potidea, que todavía resistía. Mas la peste, llevada por alguno de esos soldados, prendió entre las tropas atacantes, causando una gran mortandad. Sin poder impedir el contagio, el ejército de ayuda regresó a casa, y los atenienses se vieron forzados a reducir sus operaciones en torno a Potidea a un mero asedio y a impedir que los persas prestaran ayuda a los peloponesios.

Las acciones militares atenienses de este año fueron de menor cuantía mientras la peste hacía estragos en el ejército y en la población civil. Según Tucídides, esa peste, iniciada en Etiopía, fue llevada por vía marítima al Píreo. El mismo Tucídides describe prolijamente los síntomas de la enfermedad, altamente contagiosa, que eliminó a una tercera parte de la población.

La caída de Pericles.– Los dos factores, destrucción de las cosechas y perturbación de las pautas del comportamiento de los atenienses como consecuencia de la propagación de la peste, incidirán en las relaciones políticas dentro de Atenas. La amargura prendía en el ánimo de los evacuados, que veían desde las murallas cómo el enemigo arrasaba sus cosechas. Además, pese a que Atenas había desarrollado, más que ninguna otra ciudad griega, el artesanado y ampliado las actividades comerciales, la producción agraria ocupaba un lugar destacado en la economía ateniense. No se trataba tan sólo de las destrucciones de las cosechas de trigo, sino de que estas destrucciones afectaban también a la especialización que tenía la economía agraria ateniense, centrada en plantaciones de vides y olivos, cuyos productos se destinaban a la exportación.

La peste fue el revulsivo que hizo aflorar a la superficie los amargos sentimientos de los evacuados, aumentados por las condiciones de hacinamiento e insalubridad de las barracas en las que tenían que vivir. La ocasión era propicia para el recrudecimiento de la oposición. La relativa unanimidad anterior sobre el modo de conducir la guerra comenzó a resquebrajarse. Y la oposición aumentó su actividad, redoblando sus ataques contra Pericles, al que hacían responsable de la guerra. Angustiados, muchos atenienses se inclinaban hacia la paz, olvidando los intereses del Estado y de la colectividad. Así, se enviaron embajadores a Esparta solicitando la apertura de negociaciones, que no alcanzaron ningún resultado positivo.

Azuzado por la oposición, el pueblo retiró su apoyo a Pericles; un decreto de la asamblea popular lo destituyó del cargo de estratego, que había desempeñado durante quince años. Acusado de malversación de fondos en el desempeño de su función, se le impuso una multa pecuniaria. Mas la caída de Pericles no dio paso a nuevas iniciativas tendentes a conseguir la paz ni supuso tampoco una nueva orientación en la estrategia de la guerra. En la primavera del 429 a.C., el pueblo volvió de nuevo a considerarlo la persona idónea para regir los destinos del estado.

Rendición de Potidea.– Uno de los hechos de armas más importantes del 429 fue la definitiva rendición de Potidea. Acuciada por el hambre, ofreció al ejército sitiador ateniense la rendición, aceptada por los generales atenienses.

En ese mismo año, después de Potidea, los atenienses sufrieron una derrota en la Calcídica al intentar conquistar Espartolo, capital de la Botiea. Miembros de la Liga de Acarnania, aliada de Atenas, solicitaron la ayuda de Esparta con la intención de separar a la Liga de su alianza con Atenas e imponer su control sobre las islas de Zacinto y Cefalenia para alcanzar luego Naupacto. Con esto el dominio de la ruta occidental pasaría de nuevo a Corinto.

Pero cuando la flota corintia se acercaba a Acarnania, la ateniense, al mando de Formión, le salió al paso y la derrotó. No es seguro que Pericles llegara a tener conocimiento de esta victoria, ya que, afectado de la peste, murió.

Los sucesores de Pericles

La muerte de Pericles dejaba a Atenas sin un dirigente de prestigio que aglutinase en torno suyo los ánimos del pueblo. Así, su desaparición radicalizó todavía más la lucha política dentro de Atenas.

Dos personalidades de carácter y tendencias políticas distintas ejercieron desde ahora una mayor influencia sobre el pueblo. Representaban el enfrentamiento entre dos corrientes ideológicas fundamentales, la defendida por Nicias, moderada, y la encabezada por Cleón, la más radical, que abogaba por el mantenimiento del imperio. Nicias cimentaba su popularidad en los recursos que sacaba de las minas de Laurión, que le permitían ser magnánimo en sus liberalidades con el pueblo. Por otro lado, sus simpatías políticas por los lacedemonios no supusieron una merma sustancial de popularidad entre las gentes de ideas democráticas, porque no sacrificaba los intereses atenienses en favor de la consecución de su ideal político. Pero, al margen de este comportamiento íntegro, sus cualidades militares eran más bien mediocres. En realidad, Nicias no estaba muy lejos de la actuación política de Pericles; pero su condición de aristócrata, con intereses de grupo por un lado y agrarios por el otro, le empujaban a conducir la guerra con una prudencia y moderación poco acordes con las circunstancias.

Cleón, por el contrario, carecía de escrúpulos. Su personalidad respondía al tipo de demagogo violento y vulgar. A pesar de todo, el ardor que ponía en todo cuanto emprendía y la robustez de su patriotismo sin fisuras resultaban más útiles a una Atenas que se jugaba la existencia de su imperio que la timorata moderación de Nicias. Pero su capacidad militar tampoco era la que Atenas necesitaba. Cleón era partidario de la defensa a ultranza del imperio; para ello creía necesario intensificar la guerra y no detenerse ante ningún procedimiento útil para alcanzar este objetivo.

El asedio de Platea

Desaparecido Pericles, la lucha continuó. En el 429, temerosos los lacedemonios de que la peste se propagase entre ellos, desistieron desde entonces de su invasión del Ática, a no ser por razones poderosas, como en el el 428 y, sobre todo, en el 427, cuando la invasión fue un medio indirecto de prestar apoyo a la sublevación de Mitilene. El cambio de planes llevó a la búsqueda de otros objetivos. Uno de ellos era Platea, cuña que Atenas tenía dentro de Beocia.

Arquídamo hizo los preparativos para el asedio, pero falló en todos sus intentos de asalto. Ante la imposibilidad de tomar la ciudad mediante un golpe de mano, la rodeó con un doble muro de ladrillo, dejó una guarnición de asedio para impedir la salida de los sitiados y regresó a casa con el resto del ejército. Durante ese invierno, la mitad de los sitiados lograron atravesar las líneas enemigas y alcanzar Atenas.

Crisis de la Liga Ateniense

La defección de Mitilene.– En ese mismo año de 428, los atenienses debieron hacer frente a una crisis aguda de la Liga Ático-Délica. Los contrastes internos y los intereses contrapuestos entre demócratas y oligarcas tomaron cuerpo en la ciudad de Mitilene, la más importante de la isla de Lesbos, gobernada por un sistema oligárquico.

El descontento de los oligarcas de Mitilene se manifestó en un reforzamiento de la tendencia que se inclinaba por la separación de la Liga Ático-Délica. Suponían que Atenas, mermada militarmente por la peste y disminuidas sus reservas económicas, no reaccionaría. Cuando Mitilene preparó la sublevación, reparando las murallas, equipando naves y contratando mercenarios, Atenas reaccionó enviando contra ella una escuadra. La ciudad se encontraba preparada y los atenienses no se decidieron a atacarla, contentándose con bloquear sus dos puertos con la ayuda de otros aliados.

Mitilene fue aceptada en la Liga del Peloponeso, comprometiéndose Esparta a enviar a Lesbos un ejército de socorro y a invadir una vez más el Ática para evitar la presión ateniense sobre la isla. Pero la ayuda prometida se preparó con la lentitud proverbial de los espartanos, lo que permitió que los atenienses se adelantaran enviando a mil hoplitas al mando de Paques. Se cercó la ciudad con un muro, con lo que el bloqueo por tierra y por mar fue más efectivo. Al mismo tiempo, cien naves atenienses asolaron las costas de Laconia en represalia por las devastaciones que el ejército de Arquídamo causaba en el Ática. En fin, cuando los peloponesios comenzaron a moverse para prestar su ayuda a los de Mitilene, cien naves atenienses salieron a su encuentro. Angustiados por la falta de ayuda, los aristócratas de Mitilene armaron al pueblo, que, amenazando con entregar la ciudad a los atenienses, aprovechó la ocasión para reclamar una distribución más equitativa de los alimentos. Al no ver una salida adecuada a sus intereses, los oligarcas entregaron la ciudad a Paques, que remitió a Atenas a mil prisioneros. Cuando se acercaba a la ciudad, la flota peloponésica se enteró de la capitulación. La asamblea popular ateniense, con respecto al castigo que debía aplicarse a los mitilenios, decidió la condena a muerte de los mil aristócratas, la demolición de las murallas de la ciudad y la confiscación de su flota.

Los espartanos tuvieron en el verano del 427 un comportamiento semejante con la ciudad de Platea, que desde dos años antes soportaba el asedio de los peloponesios y beocios, sin que llegara la prometida ayuda ateniense. En el límite de sus fuerzas, los plateenses se entregaron; todos fueron condenados por un tribunal espartano.

Guerra civil en Corcira.– Acontecimientos muy parecidos a los de Mitilene tuvieron lugar en el 427 en Corcira, donde estalló una revolución oligárquica. Los oligarcas conjurados dieron muerte a sesenta demócratas, mientras muchos otros lograban la salvación con la huida a Atenas. Después de esta acción, los oligarcas obtuvieron durante algún tiempo el control del gobierno de la ciudad, salvo la acrópolis y uno de los puertos. Los demócratas, que controlaban el otro, pudieron introducir por él a ochocientos mercenarios del continente. En los enfrentamientos entre ambos bandos, se produjeron grandes pérdidas

materiales. La llegada de naves atenienses, remitidas desde Naupacto, produjo la paralización momentánea de los enfrentamientos. No fiándose ni de los demócratas corcirenses ni de los atenienses recién llegados, un grupo de oligarcas de Corcira ocuparon los santuarios y una isla del litoral.

La compleja situación interna de Corcira brindaba a las dos potencias griegas enfrentadas la oportunidad de intervenir. La llegada del espartano Alcidas con 53 naves fue saludada con alivio por los oligarcas corcirenses. Pero la falta de habilidad y las vacilaciones de Alcidas no permitieron sacar provecho de esa ventaja inicial. Tan pronto como Alcidas conoció que se acercaba una flota ateniense más numerosa que la suya, se retiró. Su partida fue la señal para que el pueblo corcirense comenzase la matanza de los oligarcas partidarios de los espartanos. Algunos consiguieron huir y refugiarse en el monte Istone, desde donde continuaron hostigando a la ciudad con incursiones periódicas. Las luchas terminaron en el 425 cuando una flota ateniense que se dirigía a Sicilia fondeó en la isla. Los demócratas corcirenses, con la ayuda de los atenienses, tomaron las fortificaciones de Istone. Los oligarcas se entregaron y, después de diversas vicisitudes, fueron librados a la furia de sus conciudadanos.

Atenas y Sicilia.– El interés que las dos máximas potencias ponían en Corcira guardaba relación con la intención ateniense de ampliar su campo de operaciones hacia Occidente. En el 427, Siracusa dio salida a sus ansias expansionistas, perjudicando los intereses de las ciudades de la zona, que recurrieron a Atenas en virtud de la alianza suscrita. Leontinos, en guerra con Siracusa, era apoyada por Region, Camarina y las ciudades calcídicas. Por el contrario, algunas ciudades dorias como Gela, Mesina, Selinunte, Hímera y otras apoyaban a Siracusa. A la petición, Atenas accedió enviando veinte naves al mando de Laques. La flota ateniense fondeó en Region. Su llegada propició que algunas ciudades como Mesina concertaran una alianza con Atenas.

Las razones por las que Atenas, con problemas en el continente griego, se decidió a intervenir en los asuntos de Sicilia no están claras. Posiblemente, con esta expedición, buscaba causar perjuicios a las comunicaciones de Corinto con el Mediterráneo occidental y con Sicilia y obstaculizar el que Sicilia enviase barcos a la Liga del Peloponeso. Cualquiera que sean las causas, el hecho es que esta primera expedición ateniense a Sicilia debilitaba la influencia y el prestigio de Corinto entre las ciudades de la isla y del sur de Italia.

La toma de Pilos

En el verano del año 426, Demóstenes fue elegido estratego. Dotado de excelentes dotes de mando y fuertes dosis de imaginación, este brillante militar no era un político halagador del pueblo, por lo que no contó con su apoyo ni gozó de sus simpatías. De inmediato, con treinta naves, se dirigió a operar en Grecia central con vistas a abrir nuevos frentes. En unión de las fuerzas aliadas de Acarnania, Zacinto, Cefalenia y Corcira, atacó Léucade y asoló sus campos. Pero, presionado quizá por los acarnanios, o tal vez porque considerase que la plaza era difícil de tomar, cambió sus planes y dirigió el ejército contra Etolia. El ataque, no obstante, fracasó y Demóstenes regresó a Naupacto. Pero los peloponesios, al querer sacar ventajas de la derrota ateniense a manos de los etolios, precipitaron el ataque y fueron derrotados en Olpas.

Demóstenes, tras la victoria, acariciaba planes mayores. En el 425, los atenienses enviaron como refuerzos a la flota que operaba en Sicilia cuarenta naves. Demóstenes, que se encontraba en el convoy, aprovechó la ocasión en que la flota costeaba el Peloponeso para realizar un desembarco. El sitio elegido fue Pilos. Si se tomaba la ciudad, Atenas podría unificar en torno suyo a todos los mesenios ansiosos de desquitarse de la opresión espartana y, al mismo tiempo, se podría trabajar para conseguir una sublevación general de todos los ilotas mesenios. En poco tiempo, Demóstenes logró improvisar una defensa, a cuyo frente permaneció con un destacamento de hoplitas mientras el resto de las tropas continuaron su ruta.

La contraofensiva espartana no se hizo esperar. Mientras se reunían tropas de la Liga del Peloponeso, con la intención de cercar a las tropas de Demóstenes, los espartanos desembarcaron 420 hoplitas en el islote de Esfacteria, separado de Pilos por un estrecho de sólo 120 metros. Demóstenes envió de inmediato un mensaje a la flota ateniense para que regresase en su ayuda. La flota retornó de Zacinto, bloqueó la bahía y aisló a los lacedemonios que estaban en Esfacteria. Ante situación tan desesperada, si tenemos en cuenta que, de los hoplitas bloqueados, la mitad eran espartanos, Esparta se avino a firmar un armisticio en condiciones óptimas para Atenas y a enviar embajadores para entablar negociaciones de paz.

La ocasión era propicia, pero, por desgracia en Atenas, no había un político que contase con el apoyo decidido del pueblo y que, al mismo tiempo, comprendiese las ventajas que comportaba la paz. Cleón elevó las exigencias atenienses hasta lograr que resultasen inaceptables para los espartanos. Entre tanto, Esparta, con atrevidas y arriesgadas iniciativas, lograban enviar alimentos a los sitiados de Esfacteria. La situación se iba prolongando peligrosamente también para Atenas, ya que se acercaba el periodo invernal y la flota ateniense debía regresar a puerto. Para salir de la situación, la asamblea popular encargó al propio Cleón que diese al problema un final rápido. Aconsejado por Demóstenes, Cleón desembarcó con tropas ligeras en un número superior a los sitiados y les obligó a a rendirse: de los 292 hoplitas capturados, 170 eran espartanos. Los prisioneros fueron remitidos a Atenas, donde la fama de Cleón creció desmesuradamente.

La victoria de Pilos tuvo consecuencias importantes, ya que los prisioneros espartanos podían ser utilizados como medio de presión. Además, se había obtenido una victoria en un terreno en el que los lacedemonios se consideraban invencibles. Por otra parte, Pilos quedaba en manos de los atenienses, que la entregaron a los mesenios de Naupacto, para que desde allí agitasen a sus compatriotas hilotas y emprendiesen golpes de mano sobre Laconia. Pero, sobre todo, la victoria de Pilos aumentó la popularidad de Cleón, que la aprovechó para incrementar la recaudación de fondos destinados a la continuación de la

guerra. El *phoros* que debían aportar los aliados se elevó considerablemente, hasta alcanzar la cifra de 1.460 talentos.

Los nuevos teatros de operaciones

Beocia.– Los éxitos de Cleón espolearon a Nicias, que buscó contrarrestarlos con iniciativas de resultados positivos, como la ocupación de la isla de Citera en el 424 a.C. Animados por la euforia de las conquistas anteriores, en ese mismo año los estrategos atenienses Demóstenes e Hipócrates idearon un plan de ataque combinado contra Beocia. La mayor dificultad del plan residía en la sincronización de las operaciones. Al parecer, Demóstenes atacó antes de que su colega saliese del Ática, dando tiempo a que los beocios concentraran efectivos suficientes que le impidieron lograr su objetivo, la ocupación del puerto de Sifas. Bloqueado este frente, pudieron ir al encuentro de Hipócrates, quien a duras penas pudo tomar Delión y fortificarlo. Pero en el intento, los atenienses perdieron mil hombres, entre ellos al estratego. La operación supuso, pues, un desastre.

La Calcídica.– Por lo que hace a Esparta, el decaimiento y la precaria situación en la que se encontraba merced a los éxitos atenienses cambió sustancialmente gracias a la audacia del valeroso general espartano Brásidas. Venciendo la natural resistencia lacedemonia a luchar en frentes alejados, decidió atacar a Atenas en sus posesiones tracias. Atravesando con celeridad Beocia y Tesalia, se presentó de improviso en la región de la Calcídica, donde la Liga Ático-Délica contaba con varios miembros que ardían en deseos de abandonarla. Además, Perdicas de Macedonia, en otro tiempo aliado de Atenas, había solicitado la ayuda de Esparta. Con estos precedentes, Brásidas esperaba sublevar a algunos aliados, descontentos con el trato que Atenas les daba. Acanto y Estagira se pusieron de su lado. Luego se dirigió a Anfípolis en son de guerra. Tucídides el historiador, estratego a la sazón, llegó tarde en su ayuda, por lo que fue condenado al destierro. Anfípolis se perdió, y con ella la colonia ateniense más importante en la zona; era la llave de la rica región aurífera del Pangeo, y su posesión comportaba la seguridad y regularidad de los suministros de madera necesarios para la flota. Los esfuerzos desesperados de Cleón por recuperarla acabaron en una derrota para Atenas. Brásidas y Cleón, que se habían significado en cada bando por sus deseos de proseguir la lucha, murieron en el curso de los combates.

3. El período de la paz de Nicias y la expedición a Sicilia

La paz de Nicias

Con la desaparición de Brásidas y Cleón quedó abierto el camino de la paz. A ello contribuyó la desmoralización de Atenas ante los desastres padecidos en Delión y Anfípolis y el temor de que las defecciones de los miembros de la Liga siguieran aumentando. Además, las reservas económicas, aunque todavía no agotadas, estaban muy disminuidas. Se establecieron nuevas tasas *(eisphora)* y se incrementaron los impuestos a los aliados, con el riesgo de aumentar también el resentimiento y las posibilidades de defección.

También los lacedemonios tenían sus motivos para desear la paz. Buscaban, ante todo, la recuperación de sus prisioneros e impedir una sublevación de hilotas, más fácil en una situación de guerra. Además, desde Citera los atenienses eran una amenaza constante para Lacedemonia. Por otra parte, en el 421 a.C., expiraba el tratado de paz por treinta años suscrito en el 451 entre Esparta y Argos, y nada garantizaba que esta última ciudad no se uniera en alianza con Atenas y arrastrara a otras ciudades del Peloponeso.

Así, pues, el rey espartano Plistoanacte y Nicias llegaron en el 421 a.C., con relativa rapidez, a acordarse sobre las condiciones de paz. El tratado se suscribía por cincuenta años y recogía, sobre todo, dos obligaciones: devolución de las ciudades conquistadas e intercambio de prisioneros. Pero, una vez firmada la paz, algunas de las cláusulas no fueron respetadas. Hubo miembros de la Liga Peloponésica, como corintios, megarenses, beocios y eleos, que no sólo no aceptaron la paz sino que contribuyeron a enrarecer la situación haciendo intentos para crear, en unión de los argivos, una tercera fuerza entre las dos ligas opuestas. La misma Esparta, a la que le correspondía devolver Anfípolis, retiró sus tropas y dejó la ciudad en manos de sus habitantes. De esta forma podía decir que no estaba bajo su control. También se resistió a entregar Pánacton. Ante esto, Atenas replicó a su vez negándose a entregar Pilos y la isla de Citera.

En el año 420 a.C., los lacedemonios devolvieron Pánacton no sin antes desmantelar, en contra de lo tratado, las fortificaciones. También en Pilos los atenienses hicieron una concesión parcial, al cambiar la guarnición de mesenios, que tanto irritaba a los espartanos, por una ateniense. En esta confusa situación, llena de sospechas y de mutuas susceptibilidades, se multiplicaron las embajadas entre estados con la intención de preparar alianzas separadas, que atajasen la posibilidad de quedarse aislados y más indefensos. Los espartanos suscribieron una alianza con los beocios. En respuesta, los atenienses, por influencia de Alcibíades, constituyeron una cuádruple alianza defensiva con Argos, Mantinea y Élide.

Entre la guerra y la paz

Las oscilaciones de Argos.– En el 419 a.C., los argivos iniciaron acciones bélicas contra Epidauro bajo fútiles pretextos y con ayuda ateniense saquearon su territorio. Esparta respondió remitiendo por mar una guarnición a Epidauro. Pero, en el verano siguiente, los lacedemonios, viendo a sus aliados de Epidauro en situación apurada, reunieron un gran contingente de tropas, contra las que se movió el ejército argivo ayudado por efectivos procedentes de Mantinea y de Élide. Sin embargo, en el último momento, cuando los dos ejércitos se encontraban frente a frente dispuestos al choque, los dirigentes argivos concertaron con el rey espartano Agis una tregua de cuatro meses, que impulsó al rey a retirar sus fuerzas. No obstante, mientras los lacedemonios regresaban a casa, se enteraron de que el ejército enemigo había tomado Orcómeno. Los espartanos dieron marcha atrás y con los

aliados que pudieron unírseles se dirigieron a Mantinea al encuentro del enemigo. En la batalla de Mantinea los lacedemonios obtuvieron un resonante triunfo recuperando la imagen de ejército invencible que tan deteriorada había quedado tras su claudicación en Esfacteria.

La victoria tuvo sus repercusiones. Los elementos proespartanos que actuaban en Argos podían hacerlo ya sin temor y con la mayor impunidad. La oferta espartana de una tregua acabó en alianza. Por ella los argivos se comprometieron a retirar sus tropas de Epidauro y a pedir a los atenienses que hicieran lo mismo. Los mantineos por su parte, viendo rota la cuádruple alianza, también se sometieron.

Esparta iba a utilizar también la presión militar para interferir en el sistema político de otras ciudades. Así, un contingente de lacedemonios y argivos, mil de cada parte, se encaminó a Sición para reconducir su régimen hacia posturas más oligárquicas. Luego este mismo contingente se dirigió a la propia ciudad de Argos para derrocar su régimen democrático e imponer una oligarquía favorable a los lacedemonios.

Pero el régimen oligárquico de Argos no duró mucho. En el 417 a.C., los demócratas de la ciudad comenzaron a conspirar para pasar luego a la acción, atacando a los oligarcas y haciéndose con el poder. Temerosos de las represalias que los lacedemonios pudieran tomar por esta acción, denunciaron su tratado con Esparta y buscaron como alternativa una nueva alianza con Atenas. Para lograr una mayor seguridad defensiva, comenzaron la construcción de unos Muros Largos que unieran su ciudad con el mar para que, en el caso de un asedio de los lacedemonios, pudiesen recibir ayuda ateniense por vía marítima.

El asedio de Melos.– En el 416 a.C., los atenienses, con la participación de contingentes procedentes de Lesbos, Quíos y otras islas, enviaron una expedición contra la isla de Melos, neutral durante la Guerra del Peloponeso.

Melos, colonia de los lacedemonios, era, junto con Tera, la única isla de las Cícladas que no formaba parte de la Liga Ático-Délica. Después de soportar un asedio que se prolongó durante siete meses y frustrados en su esperanza de recibir ayuda, los melios se entregaron. Los hombres fueron asesinados y las mujeres y los niños vendidos como esclavos. El severo castigo contra la neutral Melos quedaría en la conciencia de los griegos como un símbolo de crueldad.

Expedición a Sicilia

Alcibíades.– Tras la muerte de Pericles, dos eran los líderes que mantenían un relativo ascendiente en los distintos sectores del pueblo: Nicias y Alcibíades. Los dos pertenecían a la rancia aristocracia ateniense. Alcibíades estaba emparentado con la familia de los Alcmeónidas; a la muerte de su padre en la batalla de Coronea, el propio Pericles asumió su tutela.

Consciente de que la popularidad era el medio más eficaz para prosperar en política, buscó significarse ante el pueblo aun antes de poder acceder legalmente a las altas magistraturas. Con este fin envió a competir a los Juegos Olímpicos siete carros, con los que obtuvo para Atenas el primero, el segundo y el cuarto premios. Atrayente, bravo y generoso, contaba con un nutrido grupo de simpatizantes, amigos y familiares con los cuales intentaba sacar adelante sus iniciativas políticas ante la asamblea popular. En el 415 a.C. intervendrá de forma decisiva en el debate sobre la conveniencia de prestar ayuda a las ciudades siciliotas que la habían solicitado.

La coyuntura política en Sicilia.– En el año anterior, una guerra había estallado entre las ciudades siciliotas de Segesta y Selinunte. Esta última estaba apoyada por Siracusa. Segesta envió en petición de ayuda una embajada a Atenas, aclarando que disponía de recursos suficientes para financiar la expedición. Los atenienses remitieron una embajada a Segesta para investigar el alcance de las hostilidades y para comprobar si la ciudad disponía de tantas riquezas como decía. La embajada regresó trayendo sesenta talentos de plata sin amonedar, cantidad suficiente para cubrir durante un mes los sueldos de las dotaciones de las sesenta naves solicitadas, y respuestas satisfactorias respecto a las riquezas de la ciudad.

La asamblea votó una expedición de sesenta naves y eligió como generales a Alcibíades, Nicias y Lámaco, con la misión de ayudar a Segesta contra Selinunte y trabajar en Sicilia de la forma más favorable para Atenas. Nicias trató de disuadir al pueblo ateniense de tal expedición, pero el pueblo, influenciado por Alcibíades y entusiasmado con las perspectivas de la expedición, otorgó plenos poderes a los generales designados para que fijaran los contingentes que debían enviarse.

La mutilación de los hermes.– Por aquellas fechas un hecho con implicaciones religiosas enturbió los proyectos de Alcibíades. Una noche aparecieron mutilados una buena cantidad de hermes, pilastras de mármol, asociadas al dios Hermes. Al hecho se le dio gran importancia, no sólo por lo que suponía de sacrilegio sino por que se consideró como un mal presagio para la expedición y como posible señal de una conjura para derrocar la democracia. El proceso informativo abierto al respecto no arrojó resultado positivo. Pero unos metecos y esclavos denunciaron la mutilación de otras estatuas y que, además, en algunas casas particulares se celebraban con escarnio los misterios de Eleusis. Se mencionó, en relación con estos hechos, el nombre de Alcibíades y sus enemigos se apresuraron a acumular sobre su persona nuevas acusaciones. Alcibíades protestó y se mostró dispuesto a someterse a juicio antes de que la expedición se hiciera a la mar. Pero sus adversarios, temerosos de que un juicio antes de la partida pusiese de parte del acusado al ejército y a todos los que participaban en la expedición, lograron imponer la opinión de que se embarcara, sin retrasar la partida de la expedición, para ser juzgado posteriormente.

Huida de Alcibíades.– En el verano del 415 a.C. una formidable escuadra partió del puerto del Píreo hacia Corcira, para embarcar allí el resto de los efectivos. El ejército expedicionario se dirigió al sur de Italia en donde fue acogido con bastante frialdad. Tarento y Locros se mostraron hostiles, Region sólo los dejó acampar fuera de la ciudad. Únicamente Catane acabó abriéndoles las puertas. A Catane arribó la Salamina, una de las naves oficiales atenienses con el encargo de recoger a Alcibíades para ser juzgado. El general fingió acceder, pero al final escapó hacia Esparta.

Las operaciones en torno a Siracusa.– Nicias y Lámaco quedaron como únicos jefes del ejército. Había transcurrido un año desde el comienzo de la expedición cuando decidieron atacar Siracusa, que había tenido tiempo sobrado de reforzar sus defensas y de pedir ayuda a Corinto y a Esparta, al mismo tiempo que instaba a esta última a reemprender sus ataques contra el Ática. Lámaco pereció en el asedio y Nicias, único general superviviente, no pudo impedir que Gilipo, el general espartano enviado en socorro de los sitiados, lograse entrar en la ciudad con 3.000 hoplitas. Por otro lado, la flota ateniense necesitaba reparar muchos de los barcos. Había perdido, en definitiva, su superioridad por mar, mientras los siracusanos recibían trirremes proporcionadas por Corinto.

El desastre ateniense.– En situación tan comprometida Nicias envió a Atenas una nave solicitando que el ejército fuese retirado o que se enviasen nuevos refuerzos. Se movilizaron nuevas reservas en Atenas y en los estados aliados y un nuevo ejército se presentó en Sicilia al mando de Demóstenes y de Eurimedonte. Tras varias escaramuzas, la flota ateniense quedó bloqueada en el puerto de Siracusa, agotándose inútilmente en su intento de escapar de la trampa. Las dos batallas decisivas del año 413 a.C. fueron una completa derrota de la flota ateniense. El ejército se retiró hacia el interior de la isla en busca de refugio, acosado por el enemigo. Capturados, muchos de ellos acabaron sus días trabajando en las canteras de Siracusa o fueron vendidos como esclavos. Sólo unos pocos lograron regresar a la patria.

Para Atenas, la derrota de Sicilia supuso el comienzo del fin: perdió su prestigio de potencia invencible, consumió en la desgraciada aventura su capacidad naval y, desde el punto de vista moral, quemó sus sueños de dominio de otras tierras. Todo quedaba reducido a la lucha por la supervivencia.

4. La guerra de Decelia

El golpe de estado del 411 en Atenas

La ocupación de Decelia.– Cuando Alcibíades se refugió en Esparta, sugirió a los espartanos dos importantes consejos estratégicos: enviar ayuda a Siracusa y reanudar los ataques contra el Ática ocupando Decelia. Los espartanos los aceptaron. Así, en la primavera del 413 a.C., el rey espartano Agis, con un ejército de lacedemonios y otros aliados, penetró en el Ática y saqueó la región. Luego dirigió sus ataques contra Decelia, ocupándola e instalando en ella una guarnición. De este modo establecía un punto de apoyo firme y una amenaza constante para las tierras del Ática. La posesión de Decelia era sumamente ventajosa: controlaba la ruta de los aprovisionamientos que venían de Eubea, distaba apenas 22 kilómetros de Atenas y no estaba lejos de la frontera con Beocia.

La ocupación de Decelia fue otro golpe demoledor para la economía ateniense. Los saqueos del Ática ya no eran como antes anuales y esporádicos sino trágicamente continuos. La proximidad del enemigo permitió la huida de muchos esclavos, lo que afectó gravemente a la economía ateniense, ya que en buena parte eran artesanos o empleados en las minas de Laurión, con la lógica caída en la producción de plata.

La sublevación de los aliados.– Cuando los aliados tomaron conciencia del debilitamiento del poder naval ateniense, comenzaron a sublevarse. Diversos factores concurrieron en la sublevación: por un lado, estaban los persas, que no podían mantenerse al margen de un conflicto que afectaba a ciudades en otro tiempo incluidas en su órbita de dominio, aunque ello supusiese la ruptura del Tratado de Calias; por otro, los aliados, en un estado anímico ambiguo, en el que se mezclaba el deseo de verse libres de la opresión ateniense y el razonable temor de caer una vez más en la órbita de dominio persa. Y por fin y sobre todo, el papel desempeñado por Alcibíades, experto en la tarea de tejer y destejer una maraña de intrigas y maquinaciones.

Eubea, Lesbos y posteriormente Quíos tomaron la iniciativa y enviaron embajadores a Esparta pidiendo su intervención. Luego la sublevación se extendió por las ciudades minorasiáticas: Eritrea, Clazomene, Teos, Mileto, Lébedos, Metimna y Mitilene. Aún no había transcurrido un siglo desde que los griegos aunaron sus esfuerzos para luchar contra el Gran Rey cuando los dos bandos se disputaban su alianza, no tanto por motivos militares, como por la imperiosa necesidad de disponer de recursos económicos con los que poder sufragar los elevados costos de una guerra interminable. La misma Atenas pasaba por grandes dificultades. Sus reservas estaban tocando fondo y no podía sangrar más a los aliados que le quedaban, sin correr el riesgo de aumentar su resentimiento. En tales circunstancias, se creyó más conveniente imponer, además del tributo, una tasa del cinco por ciento sobre todas las mercancías que entraban y salían de los puertos de la Liga. Para hacer más efectiva la medida y disponer de medios para continuar luchando, los atenienses echaron mano de la última reserva de mil talentos y construyeron una poderosa flota.

El golpe de estado oligárquico.– No eran pocos los que pensaban que el culpable de los fracasos cosechados por Atenas en política exterior era la masa democrática, que había conducido de manera tan desastrosa los asuntos públicos. El descontento creó un ambiente enrarecido, en el que tomaron cuerpo tendencias políticas que buscaban imponer un cambio constitucional de carácter oligárquico. Las *hetairías* (sociedades secretas) oligárquicas se mostraron particularmente activas en el complot. El mismo Alcibíades, deseoso ahora de ayudar a Atenas, entra de nuevo en la escena política como refuerzo de la cons-

piración oligárquica, en la que logró involucrar a los mandos del ejército y de la flota estacionada en Samos, con la propuesta de que la alianza espartano-persa podría resquebrajarse si los atenienses transformaban el régimen democrático en oligárquico.

En el invierno del 413 creyeron llegado el momento de nombrar una comisión de diez *probouloi*, con el encargo de elaborar una serie de reformas constitucionales tendentes a "mejorar" las instituciones, mitigar las agrias tensiones internas y aliviar el negro panorama exterior.

En el 411, la democracia fue suprimida y se instauró un régimen oligárquico, en el que, como organismo supremo del Estado, actuaba un Consejo de cuatrocientos miembros. La asamblea popular decretó la supresión de las garantías constitucionales, abolió la dietas y remuneraciones –medio material que garantizaba la participación de la masa popular en la gestión del Estado–, y limitó a cinco mil el número de integrantes del cuerpo cívico con plenitud de derechos políticos, aunque supeditados en la práctica a la decisión del Consejo de los Cuatrocientos.

Estos cambios institucionales, sin embargo, no tuvieron incidencia alguna en la política exterior: ni Persia se alió con Atenas, ni Esparta buscó la reconciliación, pese al cambio constitucional producido. Sí las tuvo, en cambio, en política interior, al producir una grave escisión en el cuerpo ciudadano. La población residente en el Ática se regía ahora por un sistema oligárquico, por muy moderado que fuese. Por el contrario, la legitimidad institucional de la democracia plena la asumió aquella parte de la ciudadanía ateniense que servía en la flota estacionada en Samos. Eran dos concepciones políticas de difícil reconciliación. Por eso, después de algunos meses de gobierno oligárquico, una revuelta de hoplitas acabó con el Consejo de los Cuatrocientos y el poder quedó provisionalmente en manos de los cinco mil ciudadanos que componían el cuerpo cívico (agosto del 411).

La lucha por los Estrechos y el retorno de la democracia.– La mayoría de las ciudades del Helesponto habían sido colonias de Mileto y los atenienses temían con razón que, tras la defección de la metrópoli, también ellas se sublevarían. El peligro para Atenas era muy grande, ya que, bloqueadas por los espartanos las rutas comerciales de Sicilia y de Egipto, era a través del Bósforo por donde llegaban a Atenas los suministros; además, la ciudad obtenía ingresos no desdeñables por los derechos de paso de las mercancías a través de los Estrechos. Por eso, cuando una flota peloponesia puso rumbo al Helesponto, la ateniense que patrullaba en la zona salió a su encuentro y la derrotó en las batallas de Cinosema y Abido (411).

Al año siguiente, la flota ateniense, mandada por Alcibíades y reforzada por una pequeña escuadra conducida por Terámenes, alcanzó un sonado éxito en Cícico. Ninguna nave peloponesia se salvó y en el encuentro pereció el navarca espartano Míndaro.

Estos éxitos militares se debían exclusivamente a la flota, en la que servía el pueblo llano, que era, en definitiva, el que corría con el peso de los combates y vertía su sangre en defensa de una comunidad en la que sólo cinco mil ciudadanos tenían la plenitud de los derechos políticos. Eran ellos los que asumían los riesgos, mientras que los hoplitas, que constituían el núcleo de los cinco mil, apenas se atrevían a salir fuera de los Muros Largos. La flagrante contradicción propició el restablecimiento de la democracia plena. Los atenienses abolieron la Constitución de los Cinco Mil, se reinstauró el antiguo Consejo de los Quinientos y se restableció el sistema de las indemnizaciones, que aún se completó con una medida más radical: la concesión de dos óbolos a los ciudadanos más pobres.

De la derrota al desastre

El regreso de Alcibíades.– Después de la derrota de Cícico, los espartanos ofrecieron la paz bajo la propuesta de que cada bando mantuviese las posesiones que hasta ese momento retenía y la permuta de Decelia por Pilos y Citera. Pero el demagogo Cleofonte desplegó toda su elocuencia para impedir cualquier arreglo, invocando el restablecimiento del poder ateniense en los Estrechos gracias a la actividad militar de Alcibíades. Atenas, una vez más, rechazaba la oportunidad de cerrar una paz beneficiosa con Esparta. Para Alcibíades, por su parte. los triunfos conseguidos era el aval que necesitaba para regresar triunfalmente a Atenas (408), ser absuelto de todas las condenas pendientes y recuperar los bienes confiscados.

El regreso del cínico Alcibíades creó en los atenienses la falsa esperanza de haber recuperado a un líder carismático, que, investido de poderes ilimitados, podría conducirlos a la victoria definitiva. Era una vana ilusión. Los sátrapas persas, interesados en una política de desgaste de ambos bandos, distribuían, a conveniencia, su ayuda militar y su dinero en apoyo de uno u otro contendiente, provocando con inusitada rapidez triunfos y fracasos alternativos.

Lisandro y la ayuda persa.– El punto muerto iba a resolverse rápidamente por la conjunción de dos hechos decisivos: el primero, la entrada escena de un jefe militar espartano, Lisandro, imaginativo y falto de prejuicios, a despecho de la tradicional rigidez militar espartana. El general comprendió que la guerra no se resolvería en tierra firme ni en el Ática, sino en el mar y en Asia Menor. El otro factor decisivo fue el nombramiento, en el 408, de Ciro, hijo de Darío, como *karanos*, jefe de las fuerzas persas de Asia Menor, a donde llegó con quinientos talentos como ayuda a la flota espartana.

Caída de Alcibíades.– Con ese dinero, la flota de Lisandro podía esperar hasta que Alcibíades se viese en la necesidad de desprenderse de parte de sus efectivos para enviarlos en busca de fondos. Cuando Alcibíades ordenó esta operación, Lisandro marchó sobre el enemigo y obtuvo una victoria, que, aunque insignificante en términos globales –los atenienses sólo perdieron quince naves– tuvo profundas repercusiones políticas en Atenas: Alcibíades había cimentado su ascendencia política y su autoridad en su buena estrella y en su habilidad para salir airoso de todas las dificultades. Ahora la suerte le volvía la espal-

da. Ya no era el hombre providencial. Desposeído del cargo y sustituido por Conón, Alcibíades se retiró a sus posesiones en el Quersoneso tracio.

La batalla de las Arginusas.– En el 406, el espartano Calicrátides sucedió a Lisandro. Respondía al prototipo de espartano tradicional, enemigo de mantener relacionas amistosas con los persas. Bajo su mandato, las relaciones con Ciro se enfriaron, pero ello no fue obstáculo para que lanzara un ataque contra la flota ateniense, a la que, tras derrotar en Teos y Metimna, sometió a un rígido bloqueo en Mitilene. Parecía el fin de la escuadra enemiga; pero de nuevo los atenienses se aunaron en un esfuerzo supremo. Gracias a la colaboración de los metecos, a los que se prometía la concesión de la ciudadanía, y de los esclavos, con ofrecimientos de libertad, lograron alistar una flota de 110 barcos, que, reforzada con naves de Samos, batió a la espartana en la batalla naval de las Arginusas.

El éxito ateniense quedó empañado, sin embargo, por las pérdidas sufridas. Después de la batalla se desencadenó una tempestad que dio a pique con algunas naves, cuyas dotaciones perecieron, sin que pudiera hacerse nada para salvar a los náufragos. Atenas perdió así casi mil hombres. El pueblo, instigado por demagogos como Terámenes, buscó víctimas expiatorias en la coyuntura política. Los jefes de la flota, fervorosos demócratas, fueron citados ante la asamblea y condenados a muerte. Seis de los ocho estrategos que mandaban la flota –dos ya habían huido– fueron ejecutados. Atenas se privó así de sus mejores generales. Es cierto que la masa popular, en uno de esos cambios anímicos tan característicos de las democracias directas, al poco tiempo, como narra Jenofonte, se arrepintió y exigió responsabilidades a los instigadores. Pero los culpables lograron huir.

Egospótamos y el fin del imperio ateniense.– Los espartanos también tomaron conciencia de sus errores con mejor fortuna. Comprendieron que Lisandro debía asumir el mando efectivo y encontraron el pretexto para orillar el impedimento legal que le impedía dirigir como navarca las operaciones. Lisandro, tras hacerse cargo de la flota, se dirigió a Éfeso para reorganizar el ejército. Allí obtuvo de Ciro, cuyo regreso a la corte reclamaba su padre moribundo, la ayuda económica que necesitaba.

El general espartano comprendió que el éxito de la guerra dependía del control de los Estrechos y del bloqueo de los alimentos que salían del mar Negro con destino a Atenas. Puso así rumbo al Helesponto, atacó Lámpsaco y la tomó por la fuerza. La flota ateniense con 180 naves fondeó en la orilla opuesta del Quersoneso Tracio junto a la ciudad de Egospótamos. Lisandro aprovechó el momento en el que los atenienses habían desembarcado y atacó la flota. Todas las embarcaciones atenienses y sus tripulaciones, a excepción de nueve unidades que lograron huir, cayeron en poder de los peloponesios, que ejecutaron a tres mil prisioneros. Lisandro, a continuación, fue capturando una a una las ciudades aliadas de Atenas, desmantelando las cleruquías atenienses e imponiendo regímenes oligárquicos bajo el mando de diez hombres *(decarquías)*. Sólo Samos se resistió y permaneció leal a Atenas. En agradecimiento los atenienses les concedieron la ciudadanía ateniense, sin pérdida de la propia.

Egospótamos decidió el destino de la guerra. Dos ejércitos espartanos al mando de sus reyes Agis y Pausanias cercaron a Atenas por tierra, mientras Lisandro y la flota se acercaban para bloquear el Pireo. Después de algunos meses de asedio y cuando las reservas de alimentos escaseaban, los atenienses enviaron embajadas ante Agis proponiendo la paz y una alianza con Esparta si respetaba sus fortificaciones, incluidas las del Pireo. Agis contestó que no tenía autoridad para hacer ningún trato y los remitió a Esparta. Allí, los éforos pusieron como condición previa a toda negociación el desmantelamiento de los Muros Largos en una extensión de diez estadios.

Los oligarcas atenienses tomaron entonces la iniciativa de las conversaciones, mientras Cleofonte, líder de los demócratas radicales, era llevado a juicio y condenado a muerte. Terámenes y otros nueve embajadores fueron enviados a Esparta a negociar la paz. En la asamblea de los aliados, corintios y tebanos pedían arrasar Atenas y vender a sus habitantes como esclavos. Fue Esparta la que salvó a su vieja rival: desaparecido el peligro ateniense, le preocupaba el fortalecimiento en el futuro de los dos aliados, Corinto en el mar y Tebas en el continente.

Los atenienses y los espartanos suscribieron un tratado de paz y de alianza. De acuerdo con sus condiciones, Atenas liquidaba su imperio, desmantelaba las fortificaciones del Pireo y los Muros Largos, entregaba su flota, excepto doce naves, y se comprometía a autorizar el regreso de todos los exiliados. La alianza suscrita era de carácter ofensivo-defensivo. Por ella, los atenienses se comprometían a aceptar la hegemonía espartana y a tener los mismos amigos y enemigos que Esparta. Aceptadas las condiciones, Lisandro hizo su entrada en el Pireo. Sones de flauta acompañaron la demolición de los Muros Largos entre el júbilo de los aliados, que saludaban aquel día como el comienzo de la libertad de Grecia.

433 Injerencia ateniense en el conflicto entre Corinto y Corcira
433 Pericles exige a Potidea demoler los muros y entregar rehenes
432 Decreto contra Mégara prohibiendo el comercio con los miembros de la Liga Ático-Délica
431-421 Primera fase de la guerra, denominada Arquidámica
431 Primera invasión del Ática por los espartanos
430 La «peste» en Atenas y destitución de Pericles por un decreto de la asamblea popular
429 Rendición de Potidea. Reposición y muerte de Pericles
428 Defección de Lesbos
427 Rendición de Mitilene. Guerra civil en Corcira. Intervención de los atenienses en Sicilia
426 Derrota espartana en Olpas
425 Desembarco de Demóstenes en Pilos de Mesenia.
Rendición de los espartanos bloqueados en Esfacteria
424 Reorganización por Cleón de los tributos de los miembros de la Liga Marítima.
Derrota de los atenienses en Delión.
Intervención del espartano Brásidas en la Calcídica
424/23 Renovación de la Paz de Calias entre Atenas y Persia
423-404 Darío II, rey de los persas
422 Muerte de Cleón y de Brásidas en Anfípolis
421 Paz de Nicias
420 Pacto defensivo ateniense con Argos, Mantinea y Élide. Alcibíades es elegido estratega
418 Batalla de Mantinea: Derrota de Argos y salida de la alianza con Atenas
416 Ataque ateniense a Melos
415 Embajada de Segesta a Atenas. Escándalo de la mutilación de los hermes
415-413 Expedición a Sicilia
415 Huida de Alcibíades
414 Asedio de Siracusa por el ejército expedicionario ateniense
413-404 Guerra de Decelia
413 Ocupación espartana de Decelia. Derrota total del ejército expedicionario ateniense en Sicilia
412 Sublevación de los aliados atenienses: Quíos, Lesbos (Mitilene, Metimna) y Mileto
Nuevas medidas económicas de Atenas
411 Establecimiento en Atenas del régimen oligárquico de los Cuatrocientos.
Triunfos navales atenienses de Cinosema y Abido
410 Victoria naval de Alcibíades en Cícico. Restablecimiento del sistema democrático
408 Entrada triunfal de Alcibíades en Atenas. Ciro el Joven, gobernador de Asia Menor
407 Victoria naval del espartano Lisandro en Notión. Caída de Alcibíades
406 Triunfo naval de los atenienses en las Arginusas. Proceso contra los generales de la flota ateniense
405 Victoria naval de Lisandro en Egospótamos
404 Rendición de Atenas

BIBLIOGRAFÍA

Antecedentes de la guerra

ALEXANDER, J. A.,"Thucydides and the expedition of Callias against Potidaea 432 B. C.", *Hermes*, 96, 1968, p. 216; AMIT, M., *Great and small poleis*, Bruselas, 1973; ELOEDW E. F., "Archidamus the Intelligent Spartan", *Klio*, 65, 1983, p. 27 ss.; BRAUER H., *Die Kriegsschuldfrage in der geschichtlichen Überlieferung des Peloponnesischen Krieges*, Diss. Münster, 1933; KAGAN, D., *The outbreak of the Peloponesian War*, Ithaca y Londres, 1969; LEGON, R. P., *Megara. The political history of a Greek city-state*, Cornell Univ., 1981; LUPPINO, E., "La symmachia tra Atene e Sitalce", *Riv. St. dell'Ant.*, 9, 1981, p. 1 ss.; MAC DONALD, B. R., "The Megarian decree", *Historia*, 32, 1983, p. 385 ss.; SEALEY, R., "The causes of the Peloponnesian war", *Cl. Ph.*, 70, 1975, p. 89 ss.; STADTER, P. A., "Plutarch, Charinus and the Megarian decree", *G. R. B. S.*, 15, 1985, p. 351 ss.; WELWEI, K. W., "Das Problem des Präventivkrieges im politischen Denken des Perikles und des Alkibiades", *Gymnasium*, LXXIX, 1972, p. 289 ss.

Guerra arquidámica.

BRUNT, P. A., "Spartan Policy and Strategy in the Archidamian War", *Phoenix*, 19, pp. 255-280; EDMUNDS, L., "The Aristophanic Cleon's disturbance of Athens", *A. J. Ph.*, 108, 1987, p. 233 ss.; GILLIS, D., "The revolt at Mitylene", *A. J. Ph.*, 92, 1971, p. 38 ss; GROSSO, F., "Ermocrate di Siracusa", *Kokalos*, 12, 1966, p. 102 ss.; HARDY, W. G., "The Hellenica Oxyrhynchia and the Devastation of Attica", *CPh.*, 21, pp. 346-55; HOLLODAY, A. J., "Athenian Strategy in the Archidamian War", *Historia*, 27, 1978, pp. 399-427; KAGAN, D., *The Archidamian War*, Ithaca y Londres, 1974; KNIGHT, D. W., "Thucydides and the war strategy of Pericles", *Mnem.*, 23, 1970, p. 150 ss.; MARSHALL, M. H. B., "Cleon and Pericles Sphacteria", *Greece & Rome*, 31, 1984, p. 19 ss.; OBER, J. S., "Thucydides Pericles and the strategy of defense", *Essays C. G. Starr*, Nueva York, Londres, 1984, p. 171 ss: , QUINN, T, J., "Political groups in Lesbos during the Peloponnesian war", *Historia*, 20, 1971, p. 405 ss.; SPENCE, I. G., "Perikles and the Defence of Attica during the Peloponnesian War", *JHS*, 110, pp. 91-109; VAN DE MAELE, S., "Démosthène et Cléon à Pylos (425 av. J. C.)" en *Mélanges M. Lebel*, Québec, 1980; WENTKER, H., *Sizilien und Athen*, Heidelberg, 1956; WESTLAKE, H. D., "Seaborne raids in Periklean strategy", *CQ*, 39, 1945, p. 75 ss.; ID., "Sophocles and Nicias as Colleagues", *Hermes*, 84, 1956, p. 110 ss.; ID., "The commons at Mitylene", *Historia*, 25, 1976, p. 429 ss.; ID., "Thucydides and the fall of Amphipolis", *Hermes*, 90, 1962, p. 276 ss.

El período de la paz de Nicias y la expedición a Sicilia

ANDREWES, A, *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*, *CAH*, IV 2, 1992, pp. 433-463; AURENCHE, O., *Les Groupes d'Alcibiade, de Léogoras et de Teucros. Remarques sur la vie politique athénienne en 415 avant J. -C.*, París, 1974; BLOEDOW, E. F., *Alcibiades reexamined*, Wiesbaden, 1973; KAGAN, D., *The Peace of Nicias and the Sicilian Expedition*, Itaca y Londres, 1992 (reimpr. de1981); LIEBESCHÜTZ, "Thucydides and the Siclian expedition", *Historia*, 17, 1968, p. 289 ss.; ORBORNE, R., "The erection and mutilatión of Hermai", *Pro. Cambr. Phil. Soc.*, 31, 1985, p. 47 ss.; PEREMANS, W., "Thucydide, Alcibiade et l'expédition de Sicile en 415 av. J.-C.", *AC.*, 25, 1956, p. 331 ss.; RAUBITSCHEK, A. E., "War Melos tribupflichtig?", *Historia*, 12, 1963, p. 78 ss.; SEAGER, R., "After the peace of Nicias: diplomacy and policy 421-416 B. C.", *CQ.*, 26, 1976, p. 249 ss.; VAN DE MAELE, S., "Le livre VIII de Thucydide et la politique de Sparte en Asie Mineure (412-411 av. J. C)", *Phoenix*, 25, 1971, p. 32 ss.; WESTLAKE, H. D., "Thucydides and the uneasy peace: a study in political incompetence", *CQ.*, 21, 1971, p. 315 ss.

La guerra de Decelia

BOMMELAER, J. F., *Lysandre de Sparte. Histoire et tradition*, París, 1981; DONINI, G., *La posizione di Tucidide verso il governo dei Cinque Mila*, Torino, 1969; FONDE, S., *The Ambition of Rule: Alcibiades and the Politics of Imperialism in Thucydides*, Itaca, Nueva York, 1989; FORNIS, C., "Corinto, Beocia y la alianza argiva tras la Paz de Nicias", *Habis*, 26, pp. 47-66; FUKS, A., *The ancestral constitution*, Londres, 1953; HAMILTON, C. D., "Spartan politics and policy 405-401 B. C.", *AJPh.*, 91, 1970, p. 294 ss.; HARDING, Ph., "The Theramenes myth", *Phoenix*, 28, 1974, p. 101 ss.; LOTZE, D., *Lysandre und der Peloponnesische Krieg*, Berlin, 1964; NEMETH, G., "Der Arginusenprozess. Die Geschichte eines politischen Justizmordes", *Klio*, 66, 1984, p. 51 ss.; SARTORI, F., '*La crisi del 411 nell'Ath. Pol. di Aristotele*', Padova, 1951; SEALEY, R., "Die spartanische Nauarchie", *Klio*, 58, 1976, p. 335 ss; SMARCZYK, B., *Bündnerautonomie und athenische Seebundspolitik im dekeleischen Krieg*, Frankfurt, 1986; SORDI, M., "Teramene e il processo delle Arginuse", *Aevum*, LV, 1981, p. 3 ss.

XV LA DECADENCIA DE LA *POLIS*

1. Grecia después de la Guerra del Peloponeso

Vencedores y vencidos

La Guerra del Peloponeso afectó de una u otra forma a todos los estados griegos, vencedores y vencidos. Sus efectos se dejaron sentir en los aspectos económicos, sociales, políticos y culturales.

El ocaso de Atenas.– Pese a las disposiciones económicas tomadas por Pericles, la guerra la perdieron los atenienses, entre otras cosas, por falta de dinero. Atenas había iniciado la guerra contando con las disponibilidades económicas que le daba su imperio. Asegurarse los lugares de donde le venían los suministros y controlar las rutas de navegación para garantizar su transporte guardaba estrecha relación con la existencia de este imperio.

Tras la guerra, se perdieron las ricas posesiones ultramarinas y ya no se dispuso de lugares adonde remitir a la población desheredada de la fortuna para encontrar fuera del Ática un medio de subsistencia. Los espartanos habían invadido y saqueado el Ática reiteradamente. Los efectos económicos debieron de ser importantes. La destrucción de viñedos y olivares no sólo exige elevados costos de reposición sino varios años de espera antes de obtener la primera cosecha.

Destrucciones, confiscaciones, acaparamiento y ventas de tierras contribuyeron a crear en el Ática una situación de relativa crisis durante el siglo IV a.C. Es cierto que la peste y las pérdidas humanas derivadas de la guerra provocaron un descenso relativo de la población del Ática. *Atenas, después de la guerra del Peloponeso, tenía que alimentar menos* bocas, pero, sin el imperio, estaba en peores condiciones para hacerlo que antaño. Con menos habitantes, tenía, sin embargo, el problema de una población superflua, cualificada o no, que necesitaba medios de subsistencia. Todavía durante el siglo IV a.C., recurrió al viejo procedimiento de enviar cleruquías, pero no lo prodigó por su impopularidad. El servicio en el mercenariado y la contratación de actividades artesanales y técnicas en otros lugares del mundo griego fueron medios de ganarse la vida para muchos atenienses.

Atenas y otras comunidades de Grecia ya no realizaron con la frecuencia de antaño obras grandiosas. Todo este personal especializado y técnico emigró a otros lugares del mundo griego en donde las secuelas de la guerra se dejaron sentir menos. Una de estas

regiones era el Asia Menor. Tras la guerra, su prosperidad fue en aumento, como testimonian las construcciones momumentales emprendidas por algunas ciudades y la expansión del espacio urbano.

Esparta.– Para Esparta, la vencedora de la guerra merced al oro de Persia, las cosas no fueron mejor. Durante la guerra, pudo restañar bien que mal sus dificultades económicas merced al oro persa. Acabado el conflicto, el tesoro traído por Lisandro a Esparta y las cargas impuestas a los estados griegos permitieron una relativa recuperación del tesoro público. Pero ni el oro persa, ni el tesoro traído por Lisandro, ni los nuevos ingresos del exterior compensaron sus pérdidas humanas. El delicado equilibrio entre los ciudadanos con plenos derechos y el resto, sobre todo la población sometida de los hilotas, se había roto peligrosamente. La tensión creció y hubo un intento de aumentar el número de ciudadanos mediante la incorporación de individuos pertenecientes a las clases inferiores. Pero la intentona fue abortada, como muestra el episodio de Cinadón (pág. 243).

Tesalia.– Tesalia apenas sufrió económicamente durante la Guerra del Peloponeso. Tampoco sus efectos económicos se dejaron sentir de forma sensible cuando la guerra acabó. La amplitud de su territorio, la fertilidad y riqueza de su suelo le permitía atender sin dificultades a su población primordial rural. Después de la Guerra del Peloponeso, sus disponibilidades económicas, que le permitían exportar trigo a otro estados griegos, facilitaron su desarrollo urbanístico de la mano de personajes que habían alcanzado gran ascendencia política. Precisamente esta intensificación del poder de algunos personajes, que trataron de extenderlo a toda Tesalia, es una de las secuelas de la Guerra del Peloponeso. Licofrón de Feras, Medio de Larisa o Jasón de Feras son buenos ejemplos de este fenómeno.

Beocia.– La agrícola y arcaizante Beocia fue uno de los estados griegos que sacó provecho de la Guerra del Peloponeso. A lo largo de su desarrollo histórico, la mayor parte de los problemas en los que Beocia estuvo involucrada se debieron a su proximidad geográfica con Atenas. Pese a que la región desde muy temprano estuvo articulada políticamente en una federación, sus ciudades se mantuvieron divididas tanto en las Guerras Médicas como durante la primera Guerra del Peloponeso. Esto era posible con su sistema constitucional federal, ya que no había una ciudad que impusiese en la federación su liderazgo indiscutible.

La Guerra del Peloponeso fortaleció económica y políticamente la confederación de Beocia, especialmente a Tebas. Ya en el 427 a.C., Tebas se anexionó a Platea. Después de la guerra, cuando otros estados griegos pasaban por dificultades económicas, la riqueza y fertilidad de su suelo le permitió alimentar a una población en aumento, que, de la mano de Tebas, tendrá su plasmación política.

Consecuencias de la guerra

Profesionalización del ejército.– La Guerra del Peloponeso fue dilatada y dura. Una conflagración de estas características tenía que propiciar necesariamente cambios y transformaciones en los diversos aspectos relacionados con la práctica bélica. Durante la guerra, se ensayaron nuevas tácticas de combate, en las que los generales actuaron con mayor independencia. Ya no eran sólo los políticos de prestigio los que conducían los ejércitos, sino también profesionales distinguidos por sus cualidades militares. La frecuencia de los combates, la variedad y lejanía de los frentes disputados, la larga ausencia de las tropas de sus lugares de origen, iba convirtiendo a los ejércitos contendientes en profesionales.

El mercenariado.– Uno de los efectos más significativos de la Guerra del Peloponeso fue la frecuencia en la utilización de soldados mercenarios. El empleo de mercenarios era antiguo. Durante la Guerra de Peloponeso, su utilización no fue inusual, pero se trataba de tropas procedentes de zonas griegas o periféricas al mundo griego, que habían hecho de este oficio un medio de ganarse la vida. Después de la guerra, se intensificó la utilización de mercenarios al tiempo que se ampliaban sus zonas de procedencia. Estarán representadas otras ciudades y regiones griegas, incluso Atenas. La Expedición de los Diez Mil, que relata el Anábasis de Jenofonte, no sólo estaba compuesta de soldados procedentes de lugares que acostumbraban a suministrar mercenarios, sino también gentes de Atenas y de Esparta. Las dificultades económicas, tras la Guerra del Peloponeso, impulsaron al servicio de las armas como medio de susbsistencia a ciudadanos de muchos estados.

Alternativas a la democracia.– La grandeza y prestigio de Atenas se había sustentado en su sistema democrático, en la posesión de una potente flota y en la existencia de un imperio. Una ciudad gobernada democráticamente había sido capaz de auparse a la cabeza del mundo griego. Pero en el transcurso de la Guerra del Peloponeso, la subversión y el deterioro politico desde dentro del sistema democrático fueron muy grandes. La sangrante crueldad desatada en la lucha de facciones puso en evidencia que el mal funcionamiento del sistema era capaz de devorar a la misma democracia. Platón y Aristóteles muestran en sus escritos la desilusión ante el sistema democrático y sendas alternativas para superarlo. Este rechazo y desilusión hacia el sistema se generalizó en las posteriores elaboraciones de la teoría política. Se potenciaron desde el punto de vista teórico otros sistemas, desde la realeza, alabada por Jenofonte en la *Ciropedia* o por Isócrates en su *Filipo*, hasta una forma de tiranía benevolente y benefactora.

Tampoco, en el terreno de los hechos, la democracia era ya una mercancía que se pudiera exportar. La victoria de Esparta en la Guerra del Peloponeso llevó, de la mano de Lisandro, a imponer en muchos estados griegos regímenes oligárquicos. La misma Atenas sufrió el régimen de los Treinta Tiranos.

El poder hegemónico de Esparta en el concierto de los estados griegos enseñó también su rostro huraño, en medio de su incapacidad y debilidad militar para imponer a todos

su propia concepción política. El desarrollo del federalismo será una forma de respuesta frente a la alternativa entre democracia y oligarquía. La Federación de Beocia o la Liga de Arcadia son dos ejemplos de las nuevas posibilidades políticas.

Pero también hubo, tras la guerra, otros ensayos políticos. Una especie de tiranía fue desarrollada por algunas ciudades, como en Tesalia. Entre los griegos occidentales, Siracusa volverá a implantar la tiranía en la figura de Dionisio I.

Será, no obstante, la forma de gobierno basada en la monarquía hereditaria la que acabará por imponerse, durante el siglo IV, a todos los estados griegos. Su lenta progresión en la historia política griega, hará, de la mano de Filipo, su entrada espectacular en un contexto de división y de guerras, que evidenciaban el agotamiento del papel histórico y de las potencialidades de la ciudad-estado.

2. Atenas bajo el gobierno de los Treinta Tiranos

La constitución oligárquica

Tras la capitulación de Atenas, solamente Samos mantuvo la resistencia, y contra ella se dirigió Lisandro. En cumplimiento de las condiciones de la paz, los exiliados regresaron a una Atenas en la que parte de la población hacía responsable de la derrota al sistema democrático. Los exiliados y oligarcas se aglutinaron en torno a Critias, que había regresado del destierro. Los conspiradores, que se daban a sí mismos el apelativo de "camaradas", extendieron la opinión de que era necesario introducir drásticos cambios constitucionales, camuflados bajo el eufemismo de un regreso a la «constitución heredada de los padres». No tenían reparos en manifestar estas ideas, sabiendo que Lisandro no toleraría un régimen democrático en Atenas. En efecto, en muchos lugares, Lisandro había impuesto regímenes oligárquicos, dirigidos por comisiones de diez personas (*decarquías*), que, en unión de los jefes militares espartanos (*harmostai*), ejercían el poder.

Bajo la protección de Lisandro, los conjurados propusieron en la asamblea popular el nombramiento de un comité de treinta miembros, que se encargaría del gobierno provisional mientras revisaban las leyes y redactaban una «constitución semejante a la de los padres». La propuesta salió adelante con el apoyo de Terámenes y las armas de Lisandro.

Sobre la composición ideológica de los «Treinta», la moderna historiografía se inclina por considerarlos oligarcas extremistas y moderados. Pero la trayectoria política seguida por Terámenes se significa, más que por sus ideas oligárquicas moderadas, por sus intereses y ambiciones personales.

Los Treinta organizaron un gobierno caracterizado por un poder sin límites. El Consejo de los Quinientos fue constituido con personas seleccionadas, adictas a los Treinta. Para el gobierno del Pireo, considerado como unidad aparte, se designó un Consejo de Diez miembros, bajo la dirección de Cármides, pariente de Critias. Los Once, por su parte, se encargaban de las prisiones y de las ejecuciones, prestando a los Treinta una inestimable ayuda en la guerra sucia contra los demócratas.

Para dar una mínima apariencia de regreso a la "constitución de los padres", los Treinta abolieron la ley de Efialtes que despojaba al Areópago de su poder, se anularon los tribunales populares en favor de la Boulé y se introdujeron algunas simplificaciones en cuestiones relativas a la legislación sobre propiedades y destierro. Los Treinta, para sentirse más seguros, solicitaron de Esparta el envío de una guarnición, que se instaló en la acrópolis. El tiempo pasaba sin que se elaborase una constitución para otorgar los derechos políticos a una masa ciudadana amplia. Finalmente los Treinta propusieron una lista de tres mil ciudadanos, a los que permitieron tener armas.

Se promulgó una ley que permitía a cualquiera de los Treinta condenar a muerte y confiscar sus bienes, sin otra forma de proceso, a cualquier ciudadano que no estuviese inscrito en la lista de los Tres Mil; sólo a éstos se les garantizaba un juicio ante la Boulé. La persecución subsiguiente obedecía a motivaciones políticas, pero sobre todo económicas. Muchos ricos ciudadanos y metecos, es decir, extranjeros residentes en la ciudad, fueron procesados y perdieron sus propiedades. Terámenes se opuso con energía y fue llevado ante la Boulé en donde se defendió con éxito de los cargos que se le imputaron; pero Critias esgrimió sus poderes para borrar a Terámenes de la lista de los Tres Mil y condenarlo a muerte. El jefe de los Once hizo prisionero a Terámenes y le obligó a beber la cicuta.

Todo ateniense y meteco se sintió amenazado; muchos emprendieron la huida buscando la salvación en el exilio. En Tebas los exiliados, en número de setenta, bajo el mando de Trasíbulo, se apoderaron por sorpresa de la localidad de File, en el norte del Ática. La fuerza enviada por los Treinta contra ellos fracasó, lo mismo que el intento de cercar con un muro la posición de File.

Restauración de la democracia

Conforme el tiempo pasaba, cada vez resultaba más difícil reducir a los exiliados, que ya contaban con un contingente de setecientos hombres decididos. La protección de la guarnición espartana resultaba insuficiente. Trasíbulo y sus exiliados entraron finalmente en el Pireo. Pero, incapaces de apoderarse de todo el puerto, se atrincheraron en las alturas de Muniquia. Contra ellos movilizó Critias a la guarnición espartana, la caballería y las fuerzas de la ciudad. En el asalto sufrieron un fuerte descalabro y algunos murieron, entre ellos Critias.

La situación era extremadamente confusa: Trasíbulo dominaba el Pireo; los otros, la ciudad; algunos cabecillas como Critias habían perecido. La Asamblea de los Tres Mil se reunió para deliberar: unos eran partidarios de una reconciliación con las gentes que ocupaban el Pireo, otros, los más comprometidos con los Treinta, exhortaban a continuar la lucha; pero la mayoría dio por terminado el régimen de terror de los Treinta, que buscaron refugio en Eleusis y nombraron en su lugar un cuerpo de diez personas con unos cometidos no muy claros. Los demócratas del Pireo recibieron ayuda de Tebas y de particulares. Por su parte, los oligarcas de la ciudad y de Eleusis pidieron ayuda a Lisandro, que

les envió cien talentos para contratar mercenarios, mientras él mismo se encaminaba hacia Atenas para cercar el Pireo por tierra y por mar.

Pero los éforos, lo mismo que el rey Pausanias, se mostraban recelosos de la independencia con que Lisandro actuaba. El rey, junto con los éforos y el ejército, se acercaron a Atenas para trabajar en pro de la reconciliación de los oligarcas moderados de la ciudad y de los demócratas del Pireo. La paz finalmente se restableció en el Ática mediante un compromiso entre las dos partes. Eleusis quedaba como ciudad separada de Atenas en manos de los oligarcas. A ella podían trasladarse, en un tiempo prudencial, todos los que lo deseasen. La ciudad de Atenas y el Pireo volvieron a constituir una única comunidad. De la amnistía general que se decretó, quedaron excluidos los supervivientes de los Treinta, de los Diez que administraban el Pireo y de los Once encargados de las prisiones. Luego, en el 401 a.C., el pueblo se inclinó por la reincorporación de Eleusis a la ciudad de Atenas. Una nueva amnistía cerró el camino a las posibles represalias.

La amnistía abrió el camino a la reconciliación. No hubo revanchismo, pero quedaban pendientes las reformas de corte democrático. Los atenienses nombraron legisladores encargados de la revisión de las leyes. Se compuso un nuevo código de leyes. Probablemente los miembros de la Boulé del 403 a.C. fuesen elegidos ya por sorteo, tal y como era preceptivo en la antigua constitución.

3. La hegemonía espartana

Esparta y Persia

El dominio de Esparta.– Desde el punto de vista de la política exterior, el fin de la guerra produjo una nueva coyuntura: desaparecido el bipolarismo hegemónico, quedaba tan sólo una potencia, dominante por tierra y por mar, a la que todas las ciudades griegas estaban subordinados en mayor o menor grado. Esto dió lugar a una situación que entraba en contradicción con los reclamos propagandísticos esgrimidos durante el conflicto, pero que era consecuencia lógica de la dinámica interna de los hechos. Los espartanos habían ido a la guerra para liberar a las ciudades griegas de la tutela ateniense. Si se deseaba lograr la victoria final, las ciudades debían aceptar el establecimiento de guarniciones peloponesias y, dentro de lo posible, la instalación en el poder de gobiernos adictos y participar tanto económica como militarmente en el esfuerzo común. Con la derrota de Atenas, desaparecían las razones que hacían tolerable coyunturalmente la aceptación de estas medidas, pero Esparta no mitigó su presión sobre las ciudades de la antigua Liga Ático-Délica.

La expedición de Ciro.– Para contar con la ayuda persa los espartanos reconocieron la soberanía persa sobre las ciudades de Asia Menor. Los sátrapas persas estaban, por tanto, legitimados para imponer guarniciones y percibir impuestos. Pero la situación durante la última fase de la guerra fue en extremo confusa y los espartanos pudieron actuar como contrapeso de ese poder persa, de los que seguían siendo todavía aliados.

No obstante, hubo un acontecimiento que enturbió las relaciones de Esparta y Persia. A la muerte del rey Darío II (404), su hijo menor, Ciro, que había tenido un papel decisivo en la última fase de la guerra del Peloponeso, se sublevó contra su hermano mayor, convertido en rey con el nombre de Artajerjes II. A este fin, reunió un ejército de mercenarios griegos, desmovilizados con la finalización de la Guerra del Peloponeso. Esparta contribuyó a la expedición con una unidad de 800 hoplitas laconios, bien como muestra de reconocimiento por la ayuda prestada en el pasado, bien porque contase con la promesa de que las ciudades griegas de Asia Menor obtendrían la autonomía.

Con estos mercenarios, unidos a las tropas que tenía en Anatolia, Ciro marchó hacia Babilonia. En marzo del 401, en la aldea de Cunaxa, no lejos de Babilonia, tuvo lugar el enfrentamiento de ambos ejércitos. Los griegos salieron victoriosos, pero Ciro encontró la muerte, y los griegos se quedaron aislados en medio de un país hostil. La situación se agravó todavía más cuando Tisafernes, so pretexto de abrir conversaciones con sus jefes, se apoderó de ellos y los asesinó. Tras una larga marcha e incontables luchas, narradas en el *Anábasis* por un testigo de excepción, el historiador Jenofonte, los griegos lograron alcanzar el mar en Trebisonda (400).

Tras la batalla de Cunaxa, Tisafernes reemprendió la tarea de hacer efectivo el dominio persa sobre las ciudades de la Jonia. Las ciudades griegas apelaron a Esparta, que envió una modesta ayuda militar. Pero el gesto indicaba claramente la decisión espartana de entrar en conflicto con el poder persa. No eran muchos efectivos para obtener grandes éxitos, pero su jefe, Dercílidas, explotó las diferencias existentes entre Tisafernes y Farnabazo y logró concluir una tregua. Para los persas, la apertura de estas conversaciones (397) era un medio de ganar tiempo y preparar una ofensiva en toda regla por mar, cuyas operaciones iban a confiar al ateniense Conón, refugiado en la corte del rey Evágoras de Chipre.

La campaña de Agesilao

Conjura de Cinadón.– Tras la muerte del rey Agis II, la sucesión fue reivindicada por su hermano Agesilao y por el hijo de aquél, Leotíquidas, supuesto hijo bastardo de Alcibíades. Finalmente, la elección recayó sobre Agesilao, gracias al apoyo de Lisandro, que esperaba con esta ayuda seguir manteniendo una decisiva influencia en los asuntos espartanos.

En el 397, se descubrió una conjura instigada por Cinadón, un personaje intrigante no perteneciente a la clase de los Iguales, que contaba con apoyos entre los hilotas, los *neodamodes* (hilotas liberados) los *hipomeiones* (los Inferiores) y los periecos. Sometido a tortura, Cinadón confesó los nombres de sus cómplices.

Es posible que la conspiración no fuese tan grave como señalan las fuentes, pero en cualquier caso constituía un exponente claro de las fuertes tensiones existentes en la sociedad espartana como consecuencia de las profundas transformaciones económicas, sociales y políticas producidas durante la Guerra del Peloponeso. Exteriorizaba también el miedo

que se había apoderado de las clases superiores ante la posibilidad de que los sectores más desfavorecidos se aunasen en una revuelta común para conseguir la igualdad política.

Agesilao en Asia.– Reprimida la conspiración, Agesilao, a comienzos del 396, con un ejército de mayores proporciones, se dispuso a reemprender la lucha en Asia Menor. Corinto y Tebas se negaron a aportar tropas. Agesilao intentó dar a la expedición un carácter panhelénico, con la celebración en Áulide de un sacrificio en honor de Artemisa, como Agamenón al partir contra Troya.

Llegado a Éfeso, Agesilao marchó contra las tropas de Tisafernes y Farnabazo a las que combatió con suerte alterna. Su mayor éxito lo alcanzó en Sardes, donde, tras derrotar a las tropas de Tisafernes, sometió a pillaje los territorios reales de Asia Menor. La derrota desacreditó a Tisafernes, que fue decapitado. Su sucesor, Titrautes, en nombre del rey persa ofreció a Agesilao la autonomía de los griegos de Asia con la condición de que se embarcase y regresase a Grecia. Animado por los éxitos obtenidos en Sardes, el rey espartano rechazó la propuesta y continuó la campaña.

La guerra de Corinto

El oro persa.– Mientras Agesilao operaba con éxito en el interior de Asia Menor, la diplomacia persa dirigió todos sus esfuerzos a crear en Grecia un ambiente antiespartano que degenerase en rebelión abierta para, de esta forma, forzar el regreso de Agesilao. El arma utilizada para quebrantar el sistema de lealtades fue el oro, que comenzó a correr en Grecia en abundancia. Por orden del sátrapa Titrautes, el rodio Timócrates recorrió las principales ciudades griegas entregado oro a las personas más influyentes para que prepararan una guerra contra Esparta. No eran pocas las ciudades griegas, entre ellas Tebas, Corinto, Argos, y, en especial, Atenas, que deseaban verse libres de la hegemonía espartana. Se necesitaba sólo un pretexto para romper las hostilidades, que se presentó cuando focidios y locrios entraron en guerra por disputas territoriales.

Invasión de Tebas por Esparta.– La facción antiespartana de Tebas, acaudillada por Ismenias, se puso del lado de los locrios, que invadieron el territorio de sus enemigos. Estos pidieron ayuda a los espartanos, quienes, comprometidos de lleno en las operaciones de Asia Menor, proponían que el problema se sometiese a un arbitraje. Los tebanos persistieron en su intervención y ello obligó a los espartanos a asumir la responsabilidad de intervenir militarmente en otro frente de guerra que no deseaban.

Los éforos dispusieron una doble invasión del territorio tebano: Lisandro por el noroeste y Pausanias II desde el sur. Los tebanos, sintiéndose amenazados, enviaron embajadores a Atenas con la propuesta de una alianza defensiva a perpetuidad, que de hecho suponía una implicación total en la lucha. Trasibulo, líder de la democracia ateniense, que hasta entonces había evitado por todos los medios involucrar a Atenas en un conflicto con Esparta, defendió esa alianza, que, al margen de los riesgos que comportaba, permitía a

Atenas romper el aislamiento político y militar en el que la derrota de la guerra del Peloponeso la había sumido y volver a actuar como gran potencia.

Haliarto.– La pretendida conjución de los ejércitos espartanos en Haliarto fue un desastre. Lisandro se presentó antes y, sin esperar al resto de las tropas, presentó batalla: fue derrotado y pereció en el combate. Cuando llegó Pausanias, cuyos pasos eran seguidos por un destacamento ateniense que corría en ayuda de Tebas, encontró a los tebanos dispuestos para la batalla. Dudando del éxito de la batalla, el general espartano prefirió retirarse y pactar una tregua, que le supuso su destitución.

La Cuádruple Alianza.– El triunfo en Haliarto animó a los enemigos de Esparta. De inmediato, Corinto y Argos se unieron a la coalición tebano-ateniense. Los cuatro estados constituyeron un Consejo común, con sede en Corinto, que rápidamente obtuvo la adhesión de los eubeos, acarnienses, las colonias corintias de Leucade y Ambracia y algunas ciudades de la Calcídica y de la costa de Tracia. Estos cambios sustanciales en la relación de fuerzas creaban a los espartanos una situación muy comprometida, por el peligro de que el teatro de operaciones se trasladase al Peloponeso.

Nemea y Coronea.– En efecto, los aliados decidieron concentrar parte de sus tropas en la zona del istmo de Corinto con el objetivo táctico de bloquear las tropas de Esparta y de sus aliados peloponésicos dentro del Peloponeso. Ante el inminente peligro, se ordenó a Agesilao regresar de Asia Menor. Mientras aún estaba en camino, el mando militar espartano decidió romper las posiciones enemigas que bloqueaban el istmo. Los espartanos y sus aliados vencieron en Nemea.

Agesilao se enteró de la victoria espartana cuando se encontraba en Anfípolis. Cruzó con rapidez la Tesalia y en la llanura, cerca de Coronea, se enfrentó en el 394 a.C. a las tropas de la Cuádruple Alianza. El triunfo cayó del lado espartano, aunque su alcance fue limitado. Agesilao no pudo romper el cerco del istmo de Corinto y regresó a su patria por vía marítima.

La batalla naval de Cnido.– Pero este éxito perdió todo su valor ante la derrota naval que la flota persa, dirigida por el sátrapa Farnabazo y por el ateniense Conón, infringió a la espartana en aguas de Cnido, en el sudoeste de Asia Menor (verano del 394), que acabó con la episódica hegemonía naval de Esparta.

Conón y Farnabazo se movieron con rapidez. Numerosas islas y ciudades de la costa de Asia Menor, con el apoyo de la flota vencedora hicieron defección, expulsando a las guarniciones espartanas y a los harmostas que las gobernaban. Los espartanos apenas pudieron retener Abido y Sestos. Otra vez la flota persa pudo moverse con libertad e impunidad por todas las aguas del mar Egeo. Llegaron incluso a ocupar la isla de Citera, próxima al Peloponeso, con lo que se amenazaba directamente la seguridad de la propia Esparta.

A año siguiente (393), Conón hizo su entrada triunfal en Atenas al frente de una poderosa flota. Los atenienses, olvidando la derrota de Egospótamos, le aclamaron como libertador y, con el oro persa, emprendieron la reconstrucción de los Muros Largos que ponían a Atenas a cubierto de cualquier ataque. El oro persa no sólo posibilitó el reforzamiento de Atenas y el debilitamiento de Esparta, sino que fomentó la creación del estado corintio-argivo, como intento prematuro de superar los estrechos límites de la *polis*.

La Paz del Rey

La reunión de Sardes.– Esparta incapaz de concluir con éxito la guerra, tanto en tierra como en el mar, envió en el 392 a.C. ante el nuevo sátrapa Tiribazo al navarca Antálcidas para trabajar por la paz y para arrebatar a Atenas en favor de Esparta la ayuda persa. Pretextaron que Conón, con el oro persa, trabajaba en favor de Atenas y no de Persia. Enterados los miembros de la Cuádruple Alianza de esta gestión espartana, enviaron también a Sardes a sus embajadores. Tiribazo los recibió a todos a la vez. En la reunión de Sardes, el espartano Antálcidas ofreció la paz bajo estas condiciones: todas las ciudades griegas de Asia Menor pasarían a pertenecer al rey de Persia; el resto, con las islas, serían declaradas autónomas. La propuesta, bien acogida por Tiribazo, alarmó a los miembros de la Cuádruple Alianza. Atenas, que había recuperado sus antiguas posesiones de Esciros, Lemnos e Imbros, temía perderlas si se aceptaba la propuesta de autonomía. Algo parecido ocurría con la unión parcial conseguida por Corinto y Argos con la federación de Beocia. No se llegó a ningún acuerdo. Tiribazo fue sustituido por Estrouses, quien recibió la orden de proseguir la lucha y continuar ayudando a Atenas y a sus aliados.

Agotamiento griego.– Con diversas alternativas, la guerra prosiguió todavía durante diez años, aumentando el agotamiento de los estados griegos. El falso papel de gran potencia interpretado por Atenas no contaba con el respaldo de una sólida base económica. Persia había cortado sus suministros; la tesorería ateniense estaba exhausta; los ricos utilizaban todos los procedimientos legales para eludir los impuestos; la contribución de guerra (*eisphora*) resultaba insuficiente. Sin recursos suficientes para sufragar la guerra, Trasibulo reintrodujo en Bizancio el impuesto de peaje del diez por ciento para todos los barcos que cruzaran los Estrechos y una tasa del cinco por ciento para las mercancías que salieran y entraran por los puertos aliados. La insuficiencia de estas medidas obligó a los jefes del ejército a recurrir a la rapiña y extorsión de las ciudades de Asia Menor.

La paz de Antálcidas.– Persia acabó por darse cuenta de su equivocación al utilizar a Atenas como ariete contra Esparta. Era al estado lacedemonio al que había que apoyar y tratar con él la conclusión de la paz. En el 388-387 a.C., los espartanos eligieron como navarca a Antálcidas para que negociase la paz con Tiribazo. Ambos marcharon a Susa para escuchar las condiciones del Gran Rey, Artajerjes. Para obligar a Atenas a aceptarlas, Antálcidas con una poderosa escuadra, reforzada con naves de Dionisio I, se dirigió a los Estrechos e impidió el paso de los barcos que llevaban suministros de trigo a Atenas.

Falto de aprovisionamiento, el pueblo ateniense se decidió a aceptar la paz. Las otras ciudades de la cuádruple alianza siguieron el ejemplo de Atenas. Respondiendo a la invitación de Tiribazo, los estados griegos beligerantes enviaron sus representantes a Sardes para escuchar los términos en los que Artajerjes proponía la paz: "Artajerjes, el Gran Rey, considera justo que las ciudades de Asia le pertenezcan y, entre las islas, Clazómenas y Chipre, y que, por el contrario, se deje a las otras ciudades griegas, grandes y pequeñas, su autonomía, excepto Lemnos, Imbros y Esciros que, como en los tiempos antiguos, han de pertenecer a los atenienses. Aquellos que no acepten estas condiciones de paz, yo les haré personalmente la guerra con la ayuda de aquellos que las acepten, por mar y tierra, con mi flota y con mis riquezas".

Esta Paz del Rey o Paz de Antálcidas eran humillante para los griegos, especialmente en lo referente a la cláusula de la autonomía, que suponía la supresión del incipiente imperio ateniense y el desmantelamiento de la Liga de Beocia, centralizada en torno a Tebas. Asímismo, quedaba deshecha la unión alcanzada entre Corinto y Argos.

En cambio, con la suscripción de la paz, Esparta salía aún más fortalecida de lo que había estado tras la Guerra del Peloponeso. La Liga del Peloponeso, que ella lideraba, al ser una asociación de carácter voluntario, no se vio afectada por la cláusula de autonomía. Este fortalecimiento no tardaría en hacerse sentir sobre los griegos.

Pero también, merced a la paz, las ciudades griegas de Asia Menor se vieron en adelante casi libres de las intrigas de sus hermanos continentales y conocieron años de desarrollo y de prosperidad. Incluso en el terreno político los persas les permitieron gobernarse sin interferencias de acuerdo con sus instituciones tradicionales, oligárquicas o democráticas.

El dominio espartano en Grecia

Venganza sobre Mantinea.– Esparta fue la comunidad griega más favorecida con la paz. Consciente de su fuerza, tomó una serie de iniciativas tendentes a restablecer su predominio no sólo en el Peloponeso y Grecia central, sino también en regiones alejadas del norte del Egeo. La primera víctima fue, en el 385, la ciudad de Mantinea, que en las guerras precedentes se había negado a proporcionar contigentes y había abastecido de trigo a Argos. Los espartanos la asediaron y la obligaron a capitular. El motivo real que inspiró la intervención era el odio, pero se cubrió con la apariencia legal de aplicar la cláusula de autonomía: la ciudad había surgido del sinecismo de varias aldeas independientes, que debían ahora recuperar su autonomía. Los mantineos hubieron de aceptar la destrucción de su ciudad y su fragmentación en cinco aldeas. También la ciudad de Fliunte, que se había plegado a las exigencias espartanas y aceptado el regreso de los oligarcas exilados, fue sometida por Agesilao.

La guerra de Olinto.- A Esparta, en el 382, se le presentó la oportunidad de intervenir en el norte de Grecia. Dos ciudades de la Calcídica, que se negaban a entrar en una confederación organizada en torno a Olinto, la ciudad más poderosa de la región, reclamaron la ayuda de Esparta. Olinto, que conocía sobradamente de qué forma acostumbraba Esparta a aplicar el principio de autonomía, máxime cuando esa ayuda se la solicitaba también el rey de Macedonia, Amintas III, entabló negociaciones con Tebas y Atenas, sabedora de que ni los atenienses aceptaban de buena gana la Paz del Rey ni de que los tebanos olvidaban que les había obligado a disolver la Liga Beocia.

Convocado un congreso de los aliados de Esparta, la guerra fue declarada, pero no todos los aliados estaban dispuestos a participar en una campaña tan alejada. Se decidió entonces que las ciudades que quisiesen podían comutar su aportación de hombres por dinero. Esparta aceptó la propuesta, porque con ese dinero podía contratar mercenarios y pagar a sus *neodamodes*. El ejército expedicionario, cuando llegó ante Olinto se reforzó con la tropas del rey Amintas de Macedonia. Después de dos años de lucha, Olinto se entregó, la confederación fue disuelta y sus miembros obligados a ingresar en la Liga Espartana (379). El rey Amintas recuperó los territorios que le habían sido arrebatados.

3. Esparta y Tebas en lucha por la hegemonía

La toma de la Cadmea y el contragolpe tebano

En el verano del 382, cuando el ejército expedicionario espartano se dirigía contra Olinto, una avanzadilla, mandada por Fébidas, fue solicitada por una de las facciones tebanas que se disputaban el poder y, atendiendo a su petición, penetró en la ciudad y ocupó la ciudadela de Tebas, la Cadmea. Un grupo reducido de oligarcas, dirigidos por Leontíadas, se apoderó del poder. El jefe de la facción antiespartana, Ismenias, fue apresado y ejecutado. Trescientos de sus partidarios encontraron asilo en Atenas. La indignación se extendió a toda Grecia, ya que el golpe de fuerza de Fébidas suponía una agresión injustificada del principio de autonomía, que precisamente Esparta, valedora de la paz, debía respetar con especial ciudado. Para cubrir las apariencias, se le impuso una multa por haber obrado sin autorización. Pero que Fébidas había actuado en connivencia con los dirigentes espartanos, se deja entrever en lo exiguo de la pena y en el hecho de que siguieron ocupando la Cadmea.

No obstante, en el 379, un pequeño grupo de conjurados tebanos, refugiados en Atenas, logró introducirse en la ciudad y, tras asesinar a los principales jefes proespartanos, se apoderó de la acrópolis y logró expulsar a la guarnición lacedemonia. La liberación de Tebas no sorprendió a Atenas. De hecho, había contribuido a ello acogiendo a los exilados y con la ayuda "no oficial" que las tropas atenienses estacionadas en la frontera proporcionaron a los sublevados. El momento era muy delicado y exigía actuar con gran prudencia. Atenas supo aprovechar la nueva situación creada para enviar embajadores a muchas ciudades griegas, animándolas a participar en la "causa común de la libertad". Esta actividad diplomática dió su fruto y varias ciudades concluyeron con Atenas alianzas bilaterales, que constituyeron el germen de la futura confederación ateniense. Pero, al mismo tiempo, también temía las represalias espartanas y no estaba dispuesta a entrar en guerra contra Esparta a través de una alianza con Tebas. Por eso, y para verse libres de la responsabilidad de la ayuda prestada en las fronteras de Beocia, la ciudad condenó a los estrategos responsables.

Pero un nuevo acontecimiento estrechó los lazos entre atenienses y tebanos. En el 378, al amparo de la noche, Esfodrias salió de Tespias con el ejército con la intención de apoderarse por sorpresa del Pireo, cuyas puertas no estaban todavía fortificadas. Era evidente que trataba de repetir el golpe de mano que tres años antes Fébidas dió en Tebas al apoderarse de la Cadmea. Sus cálculos fallaron y, todavía se encontraba en Trías, cuando los atenienses, alertados sobre la invasión, se aprestaron a la defensa. Sin contar ya con el factor sorpresa, Esfodrias renunció a sus intenciones y regresó. Atenas protestó enérgicamente ante los espartanos y suscribió un pacto de amistad con Tebas, preparándose de mutuo acuerdo para declarar la guerra por tierra y por mar.

La Segunda Confederación Marítima Ateniense

Considerando la guerra con Esparta inevitable, Atenas hizo un esfuerzo para enfrentarse a ella en las mejores condiciones: acabó las defensas, construyó nuevos barcos y reorganizó sus finanzas para disponer de los recursos necesarios.

Con estos presupuestos, Atenas podía emprender la aventura de formar una segunda confederación (377), que no llegaría a tener más de 75 miembros, número muy inferior al de la primera.

Las bases de esta liga estaban ya establecidas merced a los tratados bilaterales que Atenas había establecido en el 384/3 con Quíos y, posteriormente, en el verano del 378, con las ciudades de Lesbos, Mitilene y Metimna y con Rodas, Bizancio y Tebas. Estas alianzas bilaterales eran las únicas consentidas, conforme al espíritu de la paz de Antálcidas.

En la primavera del 377, Atenas y sus aliados sellaron una nueva alianza. Como principio político fundamental, se asumía la libertad y autonomía no sólo de los estados griegos y bárbaros que no formaban parte y que eran animados a adherirse a ella, sino la de los propios aliados, que podrían regirse por el gobierno que prefirieran. La nueva liga imponía algunas limitaciones de índole política y material: libertad de cada miembro para elegir el sistema político que desease, prohibición de imponer a los miembros guarniciones y gobernadores, renuncia a la instalación de cleruquías atenienses en tierras confiscadas a los aliados y de recuadación de contribuciones económicas, en la forma de un *phoros*.

Pero una alianza como ésta, en el fondo dirigida contra Esparta, necesitaba para funcionar de recursos económicos, si quería cumplir sus objetivos. Y aunque inicialmente se renunció al *phoros*, de amargo recuerdo, en el 373, si no antes, la necesidad lo impuso, aunque bajo la forma más suave de aportaciones (*syntaxeis*).

La Liga era gobernada y administrada por un consejo confederal con sede en Atenas, en el que cada aliado tenía su voto. Pero para que una decisión del *synedrion* fuese válida, debía contar con la aprobación de la asamblea popular.

Tebas y Atenas contra Esparta

La Liga Beocia.– La liberación de la Cadmea y la constitución de la Segunda Confederación Ateniense modificaron sustancialmente la relación de fuerzas. El anterior e indiscutible dominio espartano era ahora contestado por Tebas y Atenas. La serie de acontecimientos que llevaron a la consolidación de estas potencias sirvieron para destacar a una nueva generación de líderes, como Calístrato, y estrategos enérgicos, como Ifícrates, Cabrias y Timoteo, el hijo de Conón. En este aspecto, Tebas tampoco iba a la zaga. Liberada de la ascendencia espartana, la ciudad beocia volvió a las instituciones democráticas. Bajo la dirección de líderes inteligentes como Pelópidas y Epaminondas, los tebanos comenzaron la reconstrucción de la Confederación Beocia. En esta ocasión, ciudades como Orcómenos, Tespias y Platea, que sufrían la presencia de guarniciones espartanas, no entraron a formar parte de la Liga.

La reconstrucción de la Liga Beocia requirió una gran habilidad diplomática, pero también una política de fuerza, posible gracias a las reformas militares emprendidas. Hasta entonces, el ejército cívico beocio estaba compuesto por campesinos movilizados intermitentemente para las campañas. Ahora recibieron un entrenamiento más concienzudo. Además, se creó con carácter permanente un cuerpo de trescientos soldados de elite, el Batallón Sagrado.

En la especial coyuntura política del momento, las tres potencias contaban con distintas alternativas: para los tebanos, era primordial la recuperación de toda Beocia, incorporando a la Confederación aquellas ciudades que todavía no habían ingresado, pero también debían precaverse de un acercamiento entre Atenas y Esparta. En el caso de los atenienses, era evidente el deseo de extender todo lo posible su zona de influencia, pero, al mismo tiempo, tenían que ver como una amenaza futura, cercana a su frontera, el reforzamiento de Tebas y de su confederación en la Grecia central; y este temor llevaba inevitablemente a buscar la paz con Esparta. Para ésta última, las opciones eran claras: romper las confederaciones de Beocia y de Atenas.

Operaciones militares.– Entre el 377 al 375, todos los esfuerzos espartanos se dirigieron a la consecución de esos dos objetivos con resultados desastrosos. En el 375, los tebanos de Pelópidas, con un ejército dos veces inferior, vencieron a los lacedemonios en Tegira, cerca de Orcómenos.

Tampoco las cosas les iban mejor en el mar. En el 376, los espartanos enviaron una flota para bloquear los envíos de trigo hacia Atenas y reducirla por hambre; pero el general Cabrias logró romper el bloqueo y derrotó a la escuadra espartana en Naxos, ganando entre las islas de las Cícladas nuevas adhesiones para la confederación. Todavía, al año siguiente, Timoteo obtuvo éxitos parecidos en Alicia, que proporcionaron nuevas adhesiones.

A finales del 375, se produjo una suspensión previsoria de las hostilidades, que apenas duró: los espartanos acudieron en ayuda de los oligarcas corcirenses, pero los atenienses, reaccionando con prontitud, enviaron una flota al mando de Timoteo que incorporó la isla a la confederación.

Pronto, sin embargo, en el 373, se iba a producir cierta tensión entre Atenas y Tebas. Con métodos brutales, los tebanos abatieron las murallas de Tespias, destruyeron Platea y expulsaron a sus habitantes, tradicionales amigos de Atenas. Se constató así que Tebas era un incómodo aliado, al que era preciso pararle los pies. Y esta reflexión llevó a Atenas a ponerse decididamente del lado de la paz.

Conferencia de paz de Esparta.– En el 371, tuvo lugar en Esparta una nueva conferencia general de la paz, en la que estuvieron representadas las partes en conflicto, el enviado del rey de Persia y Amintas de Macedonia. Los atenienses reconocieron oficialmente la hegemonía de Esparta en tierra, y Esparta, por su parte, la de Atenas en el mar, respetándose el principio general de autonomía de las ciudades griegas. Era una paz que satisfacía a todas las ciudades griegas excepto a los tebanos, que, representados por Epaminondas, pretendían firmarla en nombre de todos los beocios, lo que equivalía al reconocimiento oficial de la Liga Beocia. Pero Agesilao, esgrimiendo el principio general de autonomía, se negó a aceptar que en el documento figurasen como firmantes "beocios" en lugar de "tebanos".

Leuctra.– Todos los firmantes tenían motivos suficientes para pensar que los tebanos estaban cavando su tumba. De inmediato, el rey espartano Cleómbroto, que todavía mantenía su ejército en la Fócide, recibió la orden de invadir la Beocia y atacar a los tebanos, cuya situación vino a ser extremadamente comprometida: si se encerraban tras los muros de la ciudad corrían el riesgo de que el resto de las ciudades beocias desertasen. Decidieron, por tanto, presentar batalla en Leuctra, a once kilómetros de Tebas.

En el encuentro, Epaminondas puso a prueba sus grandes innovaciones estratégicas. Hasta ese momento, el planteamiento estratégico tradicional consistía en el choque frontal de ambos ejércitos, dispuestos en líneas cerradas paralelas de doce líneas de fondo, con un ligero reforzamiento del ala derecha. La innovación de Epaminondas en esta batalla consistió en alinear una densa columna en el ala izquierda, constituida por cincuenta filas, y lanzarla contra el ala derecha del enemigo, en donde se encontraba Cleómbroto con la flor y nata del ejército lacedemonio. En el ímpetu del choque, Cleómbroto cayo muerto y con él, entre otros muchos, 400 espartiatas, un tercio de los ciudadanos en edad de combatir. Las pérdidas beocias fueron insignificantes.

4. La hegemonía tebana

Jasón y los tebanos

Tras la batalla, aún quedaban muchos supervivientes lacedemonios, que los tebanos querían aniquilar. Los atenienses declinaron participar en la matanza. Pero fue el aliado de Tebas, Jasón de Feras, el que forzó a los tebanos a un arbitraje, que permitió a los supervivientes regresar a sus casas. De vuelta a Tesalia, Jasón tomó Heraclea Traquinia, con lo que dispuso desde entonces de un punto estratégico clave en el camino que llevaba a Grecia central.

La ascendencia de Jasón estaba basada en el rápido crecimiento de Tesalia. Tesalia era una rica y extensa región agraria, que producía un excedente de cereales significativo, destinado a la exportación. El desarrollo urbano permitió el crecimiento de las actividades artesanales y comerciales. Este desarrollo económico tuvo su reflejo en el terreno político. Hasta muy poco antes, las viejas familias aristocráticas, con la fuerza que proporcionaban sus destacamentos de caballería, los más famosos del mundo griego, controlaban políticamente unas ciudades cuyas tierras eran cultivadas por siervos (*penestai*). Por otra parte, los pueblos periecos, sometidos por estos aristócratas, estaban sujetos a fuertes impuestos. El desarrollo del urbanismo, el fortalecimientos de los sectores artesanales y comerciales, junto con el despertar de los sectores sociales oprimidos, alteraron sensiblemente las relaciones en en seno de la sociedad tesalia. El gobierno de la aristocracia tesaliota comenzó a ser sustituido por regímenes tiránicos.

Ya Licofrón, en la década de los 90, había logrado el control del norte de Tesalia, quebrantando el poder de algunas familias aristocráticas. En el 389, le sucedió Jasón, que, utilizando los abundantes recursos económicos obtenidos por derechos de aduanas, contrató a numerosos mercenarios. Dinero y mercenarios contribuyeron decididamente al fortalecimiento de Jasón en el contexto de las familias aristocráticas tesalias, hasta hacerse nombrar por ellas jefe federal (*tagos*) de toda la Tesalia. Así, pudo disponer de un estimable ejército, además de la aportación económica de los pueblos periecos y de la colaboración del rey del Epiro Alcetas. Según Jenofonte, Jasón abrigaba aspiraciones imperialistas no sólo sobre Grecia, sino incluso sobre Persia. En estas pretensiones, había mucho de propaganda, pero también un fondo de verdad. Por vez primera, una potencia del norte de Grecia hace su aparición en el contexto del mundo griego con un desarrollo económico, demográfico y militar significativo.

Tebas tenía sobrados motivos para inquietarse con su aliado del norte. Mientras Jasón desplegaba su actividad política en Grecia, Tebas limitaba su actividad expansionista a reforzar su papel dentro de la Confederación Beocia. Tras la batalla de Leuctra, como sabemos, Jasón impidió la masacre de los supervivientes lacedemonios y logró imponer una tregua. Sólo cuando Jasón desapareció, asesinado mientras pasaba revista a la caballería tesalia (370), Tebas tuvo las manos libres para arrastrar a su esfera de influencia a comunidades que hasta entonces se habían mostrado reticentes: focidios, locrios, malios, acarnienses y otros que, como los eubeos, abandonaron la Confederación Ateniense.

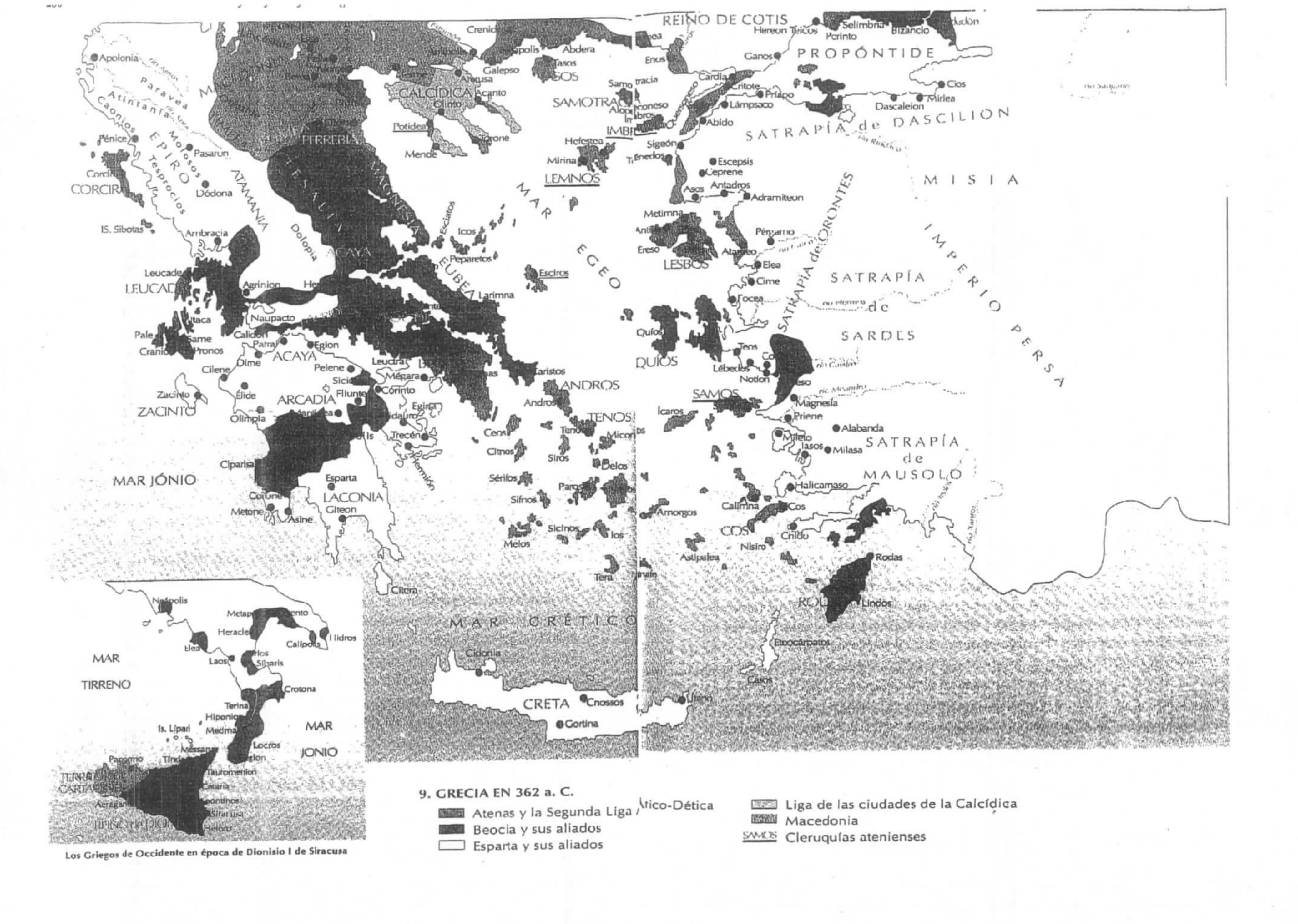
Presencia tebana en el Peloponeso

Agitación en el Peloponeso.- Con la victoria de Leuctra afloraron a la superficie las tensiones políticas que anidaban en muchas comunidades griegas. La naciente hegemonía tebana estuvo acompañada por la independencia de algunas regiones, que lograron su unidad bajo la dirección de ciudades poderosas. El debilitamiento espartano dió pie en el Peloponeso a la agitación social y a la imposición de regímenes políticos de corte democrático. Hubo ciudades que asesinaron a los harmostas espartanos, mientras otras descargaban sus frustaciones políticas contra las clases adineradas. En Argos, por ejemplo, los pobres, armados de garrotes, asesinaron a 1.200 ciudadanos acomodados.

Unificación de Mantinea.- Atenas trató de reconducir esta grave situación con la convocatoria de un congreso, en el que se erigía como garante de la Paz del Rey. El impreciso principio de autonomía, tan reiteradamente esgrimido en todas las reuniones generales de los estados griegos, fue utilizado por los mantineos para reunificar en una sola ciudad la población de las cinco aldeas en las que, en el 385, había sido repartida la ciudad por imposición espartana.

La Liga Arcadia.- Mientras, en Tegea estalló una guerra civil entre oligarcas laconizantes y demócratas, que lograron hacerse con el poder. De esta forma se removieron los obstáculos que impedían constituir la nueva Liga de la Arcadia, que contó con la ayuda y protección de Epaminondas. Una nueva ciudad, Megalópolis, fue fundada como capital de la Liga, que se comprometía a respetar el sistema político que cada uno de sus miembros. Y en uso de esa libertad, algunos miembros de la confederación llegaron a acuñar su propia moneda. Las cuestiones comunes y generales de la confederación se dilucidaban mediante el dictamen emitido por un consejo federal y por una asamblea de 10.000 ciudadanos, que disfrutaban de la plenitud de los derechos políticos. El resto de la población se utilizaba como tropas mercenarias.

En defensa de esta Liga, que Esparta se negaba a reconocer, movió Epaminondas su ejército, poniendo con ello de manifiesto que Tebas no se conformaba con su expansión regional, sino que aspiraba a ejercer un papel hegemónico en el resto del mundo griego. Nunca a lo largo de su historia los espartanos habían visto tan cerca de su ciudad, desprovista de murallas, un ejército enemigo. Ante la amenazadora proximidad, los hilotas desertaban en masa y los periecos se resistían a empuñar las armas, esperando que los tebanos premiaran este gesto con la independencia de sus comunidades. Esparta se enfrentaba a una situación muy grave sin contar con efectivos militares suficientes para hacerle frente. Para engrosar sus escasas fuerzas, los espartanos prometieron la libertad a todos los hilotas que se alistasen. Con esas tropas y los contingentes enviados por Corinto, Fliunte, Pelene, Epidauro y Sición, Agesilao se aprestó a la defensa. La crecida del Eurotas impidió a los tebanos pasar al ataque.



9. GRECIA EN 362 a. C.

Los Griegos de Occidente en época de Dionisio I de Siracusa

Liberación de Mesenia.– Antes de regresar a Beocia, Epaminondas alcanzó uno de los objetivos de la expedición. Penetró en Mesenia, la eterna rival esclavizada por Esparta, y la liberó. Todos los mesenios y descendientes de mesenios dispersos por el mundo griego fueron invitados a regresar a la patria. Sobre las cumbres de Ítome, refugio natural de la región, Epaminondas fundó la capital del nuevo estado de Mesenia. Con la constitución de este estado, los espartanos perdieron un tercio de su territorio y una parte importante de la mano de obra que lo trabajaba. Muchos espartanos ya no fueron capaces de mantener el *status* económico necesario para poder gozar de la plenitud de de los derechos políticos. Con ello se redujo todavía más el cuerpo de ciudadanos, ya disminuido como consecuencia de las frecuentes guerras y del descenso demográfico.

El juego de las alianzas

Acercamiento entre Esparta y Atenas.– La expedición tebana del invierno del 370/369 obligó a Esparta a buscar la alianza de Atenas. La necesidad de equilibrar las fuerzas y el propio interés de Atenas imponía ayudar a la debilitada Esparta contra la prepotente Tebas. Ambos estados sellaron un tratado de defensa mutua sobre la base de una coparticipación en las operaciones militares. Era la ocasión para que los atenienses rompiesen su anterior alianza con Tebas, que, por otro lado, no tenía ya ninguna utilidad. En ayuda de Esparta, además de los atenienses, acudieron naves y 2.000 mercenarios enviados por Dionisio I de Siracusa. Esas tropas impidieron que Epaminondas obtuviera ningún éxito apreciable en su segunda invasión del Peloponeso (369).

Intervención tebana en Tesalia.– Hasta la muerte de Jasón de Feras (379), los tebanos no pudieron reforzar su presencia en Tesalia y Macedonia, en el norte griego. Desaparecido el tirano, las luchas dinásticas estallaron con inusitada virulencia. Respondiendo a la petición de ayuda de los tesalios hostiles a los tiranos de Feras, Pelópidas intervino en los asuntos de Tesalia y en las disputas suecesorias del trono de Macedonia, cuyas tropas, enviadas en socorro de los aristócratas tesalios, ocupaban algunas ciudades de Tesalia. En el 369, después de expulsar de la ciudad tesalia de Larisa a los tropas macedónicas, el militar tebano penetró en Macedonia en persecución del rey Alejandro II, regresando con cincuenta rehenes, entre ellos el joven Filipo.

En Tesalia tuvo menos suerte. En el 368, Pelópidas fue capturado por el tirano Alejandro de Feras y retenido como prisionero. Fueron precisas dos expediciones y arduas gestiones diplomáticas para su puesta en libertad. En el 364, Pelópidas obtuvo una victoria sobre Alejandro, pero pereció en el combate.

Congreso de paz de Delfos.– En la primavera del 368, se convocó en Delfos un nuevo congreso de paz. Era el momento oportuno para hacer balance de los conflictos y diseñar la paz. Pero el congreso fracasó estrepitosamente ante la imposibilidad de poner de acuerdo a espartanos y tebanos sobre la cuestión de Mesenia, que Esparta no podía asimilar.

Mediación persa.– Al año siguiente, embajadores de los estados griegos acudieron a Susa. Los buenos oficios diplomáticos de Pelópidas lograron una decisión favorable a Tebas. Las condiciones de la paz sugeridas por los persas no podía ser más negativas: Esparta debía reconocer la autonomía de Mesenia y Atenas desguazar sus barcos. Quienes desobedecieran estas disposiciones serían considerados como enemigos para el resto de los estados griegos.

Congreso de Tebas.– Los tebanos, como garantes de la nueva paz general, reunieron en Tebas, en el 366, un congreso general para que las distintas ciudades griegas firmaran esas propuestas tan humillantes. Algunos estados griegos se resistieron. El representante de Arcadia, que debía entregar Trifilia con arreglo a las propuestas de paz, se retiró de la reunión. La resistencia de muchos estados a firmar dio al traste con el congreso.

La disputa por el dominio del mar

Campañas en el Quersoneso tracio.– Atenas no sólo no se desprendió de sus naves, sino que supo sacar partido de las disputas de los sátrapas y de las tensiones existentes entre los griegos para ir ampliando su área de influencia. Timoteo se dirigió a Asia Menor en ayuda del sátrapa sublevado Ariobarzanes, que estaba en lucha con los otros sátrapas de la zona. De camino hacia Asia Menor, se apoderó de la isla de Samos, de la que expulsó a la guarnición persa existente, e instaló una cleruquía de dos mil colonos atenienses (365). La ayuda prestada al sátrapa sublevado fue recompensada con la cesión de Critone y Sestos, en el Quersoneso tracio, y con el reconocimiento por parte del rey persa de los derechos históricos atenienses sobre la antigua colonia de Anfípolis.

Hacia esa región del norte del Egeo puso rumbo en el 364 la flota de Timoteo. En la zona macedónica, se apoderó de Metone y de Pidna, y en la región calcídica, de Torone y Potidea, donde se instaló una nueva cleruquía. Fracasaron, no obstante, en la toma de Anfípolis.

La flota tebana.– Persas y tebanos contemplaban con creciente inquietud el rápido crecimiento de la influencia ateniense. Tebas, que necesitaba ampliar su poder hegemónico a otras áreas geográficas, buscó contrarrestar la influencia ateniense creándole dificultades. Ya en el 366, se adueñó de la localidad de Oropo, en la frontera entre el Ática y Beocia. Pero el poder de Atenas y su influencia política sobre estados alejados geográficamente se cimentaba en su flota: sólo podía contrarrestarse, por tanto, con la creacción de una flota tebana.

Defecciones de la Liga Ateniense.– Con las primeras naves disponibles, Epaminondas se dirigió hacia los estrechos del mar Negro y logró que Bizancio, Rodas y Quíos se separasen de la Confederación Ateniense. Los logros materiales eran pequeños, pero desde el punto de vista cualitativo, muy importantes. Desde Bizancio y Rodas, lugares estratégicos

de primer orden, podían comprometerse los suministros atenienses. La defección de esas ciudades podía alimentar el resentimiento de otros aliados atenienses, que observaban con recelo cómo con sus aportaciones económicas se emprendían operaciones militares que sólo a Atenas beneficiaban. Por otra parte, la instalación de cleruquías podía interpretarse como una vuelta a los procedimientos imperialistas de antaño.

La hábil gestión diplomática de Epaminondas, apoyada en la flamante flota, debilitó la fuerza de la Liga Ateniense, pero no logró eliminarla. En el fondo, la política naval de Epaminondas estaba condenada al fracaso. Tebas carecía de una tradición marinera –excepto en el caso de algunas ciudades aliadas de última hora– y no disponía de un entramado financiero que sustentara por largo tiempo la nueva flota llamada a disputar a Atenas el dominio de los mares. Así, después de estas primeras escaramuzas, la flota tebana dejó de tener significación alguna.

En el 364, los tebanos hubieron de intervenir en Tesalia para cortar las aspiraciones expansionistas de Alejandro, tirano de Feras. En Cinoscéfalos, Pelópidas derrotó a las tropas del tirano, pero encontró la muerte en la refriega. Alejandro pidió la paz y se vió obligado a reducir sus posesiones a sólo el territorio de Feras.

La batalla de Mantinea

La Guerra Sagrada.– En el 364, las querellas fronterizas entre Arcadia y Élide por el control de Trifilia degeneraron en guerra abierta, librada en el mismo "territorio sagrado" de Olimpia a la vista de todos los asistentes a los Juegos Olímpicos. El triunfo correspondió a los arcadios, que se apoderaron de los tesoros sagrados como préstamo para poder sufragar los costos de la guerra y pagar a sus mercenarios. Los mantineos protestaron por esta sacrílega utilización y forzaron una reunión de la asamblea federal, que recriminó a los arcadios su atrevimiento. Los nuevos dirigentes de la confederación y la mayoría de los componentes de la asamblea de los Diez Mil, compuesta por grandes y pequeños propietarios, aceptaron la decisión impuesta. No necesitaban utilizar los fondos sagrados: ellos mismos podían contribuir con sus propios recursos al mantenimiento del ejército federal y dieron los primeros pasos para concluir una paz con los eleos. Pero la renuncia suponía dejar sin medios de subsistencia al sector más pobre de los arcadios, que se empleaban como mercenarios.

Estos cambios de orientación política ocasionaron una división entre los miembros de la Liga Arcadia. Mantinea y la mayoría de las ciudades arcadias hicieron causa común con Esparta, Atenas, Élide y Acaya, mientras que Tegea y Megalópolis se alinearon del lado de Tebas.

Muerte de Epaminondas.– Si Epaminondas quería recuperar la ascendencia política sobre Ardadia y restablecer su prestigio en el Peloponeso debía intervenir de inmediato. En el verano del 362, se dirigió por última vez al Peloponeso. Rechazado en una primera intentona por ocupar Esparta, con tropas beocias, eubeas, argivas, mesenias, tegeatas, megalopolitanas y la caballería tesalia, se dirigió al encuentro del ejército enemigo, compuesto por mantineos, aqueos, eleos, espartanos y atenienses, que habían tomado posiciones en la llanura de Mantinea. La formación cerrada, que tantos éxitos había proporcionado con anterioridad, mostró de nuevo en esta ocasión su excelencia. Pero Epaminondas, que peleaba en primera fila, recibió en el curso del combate una herida mortal.

CRONOLOGÍA

404-358	Artajerjes II, soberano de los Persas
404/403	Gobierno de los Treinta Tiranos en Atenas
403-402	Amnistía general en Atenas y restablecimiento de la democracia
402-400	Guerra entre Esparta y Élide
401	Expedición de los Diez Mil. Batalla de Cunaxa
400-396	Guerra espartano-persa en Asia Menor
399	Muerte de Sócrates
397	Conjura del espartano Cinadón
395	Comienzo de la Guerra de Corinto. Derrota y muerte del espartano Lisandro en Haliarto
394	Victorias espartanas en Nemea y en Coronea.
	Triunfo de la flota persa, dirigida por el ateniense Conón, en Cnido
393	Entrada triunfal de Conón en Atenas
392-386	Unión de Corinto y Argos
392	Negociaciones de paz entre Atenas y Esparta. Embajada del espartano Antálcidas a Sardes
	Negociaciones de paz bajo la presidencia del sátrapa Tiribazo
387	Negociaciones de Paz en Susa
386	Paz de Antálcidas
385	Fragmentación de Mantinea en cinco aldeas, por decisión espartana
382	Guerra entre Esparta y Olinto: ocupación de la Cadmea tebana por las tropas del espartano Fébidas
379	Rendición de Olinto y disolución de la Confederación Calcídica
	Pelópidas libera a Tebas de la guarnición espartana
378/77	Fundación de la Segunda Liga Marítima Ático-Délica
377 y 376	Ejército espartano derrotado por Pelópidas en Tegira, cerca de Orcómeno

XVI LA ASCENSIÓN DE MACEDONIA

1. Macedonia antes de Filipo

El país y sus gentes

Macedonia limitaba por el oeste con las belicosas tribus ilirias; por el sur y el sudoeste, con el Epiro, la Tesalia y la península Calcídica; por el este, con las tribus tracias. Constituía el más extenso de todos los estados griegos, pero escasamente organizado y cohesionado política, cultural y económicamente, lo que lo convertía en muy vulnerable a todas las presiones de los pueblos vecinos.

Las costumbres y la organización política del reino macedonio, modeladas a lo largo de muchos años de aislamiento, eran muy diferentes de aquellas de las ciudades griegas. Esto hacía que, en ocasiones, fuera incluido entre los pueblos bárbaros. Sin embargo, los macedonios hablaban un griego que puede clasificarse dentro del grupo denominado noroccidental. Se trataba de un dialecto poco evolucionado en consonancia con una sociedad política, económica y culturalmente muy atrasada respecto a la griega.

Macedonia disponía de abundantes recursos: sus montañas estaban cubiertas de frondosos bosques, sus dilatadas llanuras eran apropiadas para el cultivo cerealístico, disponía de ricos pastizales que alimentaban cuantiosos rebaños y no le faltaban importantes recursos mineros.

En épocas anteriores, parte del territorio de la posterior Macedonia estuvo ocupado por tribus independientes. Parece que en el siglo VII tuvo lugar el asentamiento de la tribu de los Argéadas, que impuso su dominio sobre parte del territorio. Eran tierras pobladas por gentes diversas, gobernadas por reyes no muy diferentes de los monarcas griegos de época homérica. La debilidad de Macedonia procedía principalmente de su división y fragmentación, que no le permitió sacar ventajas de sus disponibilidades económicas ni de su relativo potencial humano: los soberanos de la alta Macedonia rechazaban reconocer la soberanía de la estirpe de los Argéadas; los Argéadas mismos, con trágica reiteración, se enzarzaban en querellas dinásticas, aprovechadas por las potencias limítrofes para intervenir. Así, debilidad interior y presión exterior se conjugaban y superponían.

376	Victoria naval del ateniense Cabrias en Naxos
375/4	Congreso de la Paz en Esparta
373/72	Destrucción de Platea y expulsión de sus habitantes por los tebanos
372	Tesalia unificada por Jasón de Feras, muerto en 370
371	Paz entre Atenas y Esparta. Triunfo de Epaminondas en Leuctra
	Segundo Congreso de la Paz en Esparta
370	Fundación de la Liga Arcadia. Primera expedición de Epaminondas en el Peloponeso
369	Epaminondas libera Mesenia y crea un estado mesenio independiente
368	Congreso de la Paz de Delfos
367	Pelópidas abre en Susa negociaciones de una paz favorable a los intereses tebanos
366	Congreso de algunos estados griegos en Tebas
365	Timoteo conquista Samos y otras ciudades del Quersoneso tracio para Atenas
364	Operaciones navales de Epaminondas contra la flota ateniense.
	Triunfo y muerte de Pelópidas en la batalla de Cinoscéfalas contra Alejandro, tirano de Feras
362	Batalla de Mantinea: muerte de Epaminondas
362/61	Paz general en Grecia, sin el concurso de Esparta

BIBLIOGRAFÍA

Grecia después de la Guerra del Peloponeso

ANDREYEV, A. N., "Some Aspects of Agrarian Conditions in Attica in the Fifth to Third Centuries B. C.", *Eirene, 12*, 1974, pp. 5-46; BUCK, R. J., *A History of Boeotia*, Edmonton, 1979; DAVID, E., *Aristophanes and the Athenian Society of Early Fourth Century B. C.*, Leiden, 1984; COZZOLI, U., *Propietà fondiaria ed esercito nello stato spartano dell'età classica*, Roma, 1979; DAVID, E., *Sparta between Empire and Revolution (404-243). Internal Problemes and Their Impact on Contemporary Greek Consciousnes*, Salem, New Hampshire, 1981; HANSEN, M. H., *Demography and democracy: the numer of Athenian citizens in the fourth century B. C.*, Gjellerup, Herning, 1986; SORDI, M., *La lega tessala fino ad Alessadro Magno*, Roma, 1958; LAZENBY, J. F., *The Spartan Army*, Londres, 1985; MOSSÉ, Cl., "Le rôle politique des armées dans le monde grec à l'époque classique" en VERNAN, J. -P. (ed), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, Paris, 1968, 1968, pp. 221-229; PARKE, H. W., *Greek Mercenary Soldiers from the Earliest Times to the Battle of Ipsus*, Oxford, 1933; PRICHETT, K. W., *The Greek State at War*, Berkeley, 1974; WESTLAKE, H. D., *Thessaly in the Fourth Century B. C.*, Gronnigen, 1969.

Atenas bajo el gobierno de los Treinta Tiranos

CLOCHÉ, P., *La Politique étrangère d'Athènes de 404 à 338 av. J. -C*, Paris, 1934; ID., *La restauration démocratique à Athènes en 403 av. J-C.*, Paris, 1915; GEHRKE, H. J., *Stasis. Untersuchungen zu den inneren Kriegen in den griechischen Staaten des 5. und 4. Jh. v. Ch.*, Munich, 1985; KRENTZ, P. *The Thirty ar Athens*, Dis. Univ. de Yale, Itaca y Londres, 1980; LEVY, E., *Athènes devant la défaite de 404. Histoire d'une crise idéologique*, Paris, 1976; LOENING, T. C., *The reconciliation agrement of 403-402 B. C. in Athens. Its content and application*, Stuttgart, 1987; PECIRKA, J., "The Crisis of the Athenian Polis in the Fourth Century B. C.", *Eirene*, 14, pp. 5-29; SALMON, P., "L'établissement des Trente à Athènes", *A.C.*, 38, 1969, p. 497 ss.; WHITEHEAD, D., "Sparta and the Thirty tyrants", *Anc. Soc.*, 13-14, 1982-1983, p. 105 ss.

Hegemonía espartana

ACCAME, S., *Ricerche inorno alla guerra corinzia*, Nápoles, 1951; BOMMELAER, J. F., *Lysandre de Sparte. Histoire et traditions*, París, 1981; CARTLEDGE, P., *Agesilaos and the Crisis of Sparta*, Londres, 1987; ID., *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 B. C.*, Londres 1979; CARTLEDGE, P., HAMILTON, C. D., *Sparta's Bitter Victories. Politics and Diplomacy in the Corinthian War*, Itaca y Londres, 1979; DAVID, E., "The Conspiracy of Cinadon", *Athenaeum*, 57, 1979, pp. 239-59; FORREST, W. G., *A Hisotry of Sparta 950-192 B. C.*, Londres, 1980; KAGAN, D., *Politics and policy in Corinth: 421-336 B. C.*, Londres, 1958; LEWIS, D. M., *Sparta and Persia*, Leide, 1977; PARKE, H. W., "The Development of the Second Spartan Empire", *JHS*, 50, pp. 37-79; ROBERTS, K. L., *Corinth following the Peloponnesian War: success and stability*, dis. Unv. Evanston, Illinois, 1993; SEAGER, R., "The King's Peace and the balance of power in Greece, 386-362 B. C.", *Athenaeum*, 54, 1974, pp. 34-63; SMITH, R. E., "The Opposition to Agesilaus'Foreign Politicy 394-371 B. C.", *Historia*, 2, 1953/4, pp. 274-88; SNYDER, W. W., *Peloponnesian studies: 404-371*, dis. Princeton, 1972.

Esparta y Tebas en lucha por la hegemonía

ACCAME, S., *La lega ateniese del secolo IV a.C.*, Roma, 1941; CARGILL, J., *The Seconde Athenian League. Empire or Free Alliance?*, Berkeley, Los Angeles y Londres, 1981; CAWKWELL, G. L., "Notes on the Peace of 375/4", *Historia*, 12, 1963, pp. 84-95; ID., "The Decline of Sparta", *CQ*, 33, 1983, pp. 385-400; ID., "The Foundation of the Second Athenian Confederacy", *CQ*, 23, 1973, pp. 47-60; DULL, C. J., *A Study of the Leadership of the Boeotiaan League from the Invasión of the Boiotoi to the King's Peace*, Dis. Univ. Wisconsin, 1975; HAMILTON, C. D., *Agesilaus and the Faillure of Spartan Hegemony*, Itaca y Londres, 1991; PASCUAL GONZALEZ, J., *Tebas y la confederación beocia en el período de la guerra de Corinto*, Madrid, 1995 (microfichas); SALMON, P., *Etude sur la Confèderation béotienne (447/6-386). Son organisation et son administration*, Bruselas, 1978; SEALEY, R., "I. G. II2, 1609 and the Transformation of the Seconde Athenian Sea League", *Phoenix*, 11, 1957, pp. 95-111; STRAUSS, B. S., *Athens afteur the Peloponnesian War. Class, Faction and Policy, 403-386 B. C.*, Londres, 1986.

Hegemonía tebana

BEISTER, H., *Untersuchungen zu der thebanischen Hegemonie*, Munich, 1970; BUCKLER, J., *The Thebar Hegemony (371-362 B. C.)*, Cambridge, 1980; ID., "Alliance and Hegemony in the Fourth-Century Greece: The Case of the Theban Hegemony", *Anc. W.*, 5, 1982, pp. 79-89; CARRATA THOMES, F., *Egemonia beotica e potenza marittima nella Politica di Epaminonda*, Turín, 1952; DIPERSIA, G., "La nueva popolazione di Messene al tempo di Epaminanda", en SORDI, M., *Contributi dell'Istituto di Storia antica*, 2, Milán, 1974, pp. 54-61; ORNBLOWER, S., "When was Megalopolis founded?", *ABSA*, 85, pp. 71-78; PASCUAL GONZALEZ J., "Las facciones políticas tebanas en el período de la hegemonía (379-371 a. C) I: la conspiración democrática del 379", *Polis*, 3, 1991, pp. 1211-135; ID., "Las facciones políticas tebanas en el período de la hegemonía (379-371 a. C) II: liderazgo y democracia 378-371 a. C", *Polis*, 4, 1992, pp. 187-208; ROY, J., "Arcadia and Boeotia in the Peloponnesian Affairs, 370-362 B. C.", *Historia*, 20, 1971, pp. 569-99; SHRIMPTON, G. S., "The Theban Supremacy in the fourth century literature", *Phoenix*, 25, 1971, pp. 310-318.

Los reyes anteriores a Filipo

Alejandro I.– En el siglo V, la figura más descollante de Macedonia fue Alejandro I (494-454) conocido por el nombre de "Filheleno". El fue quien inició la reforma del ejército macedonio para convertirlo en un eficaz instrumento para ampliar las conquistas y consolidarlas. A los notables (*hetairoi* o "compañeros"), que combatían a caballo acompañados por sus gentes, Alejandro I incorporó la masa de campesinos que combatían a pie, a los que les dio el nombre de *pezhetairoi* ("compañeros de a pie").

Los vínculos familiares, las relaciones de amistad o, en última instancia, el deseo de no implicar al reino en confrontaciones arriesgadas llevaron a Alejandro I a mantenerse al margen en el conflicto de las Guerras Médicas. Ello no fue obstáculo para que fuese el primer rey macedonio admitido a los Juegos Olímpicos, lo que suponía la legitimación de su estirpe como griega.

Perdicas.– A la muerte de Alejandro I, sus hijos, Filipo, Alcetas y Perdicas, se enzarzaron en interminables rencillas y retuvieron sus respectivas áreas de influencia. Alcetas, no obstante, fue muy pronto desplazado por sus hermanos. La inestable situación fue aprovechada por Atenas para establecer en la zona la colonia de Anfípolis y, posteriormente, para conseguir que Metone entrase en la Liga Ático-Délica. Para obstaculizar la penetración ateniense, Perdicas propició la unión de las ciudades situadas en la proximidad a Olinto en una confederación. El estallido de la guerra del Peloponeso fue aprovechado por Perdicas II para desembarazarse de su hermano Filipo, al mismo tiempo que, en sus relaciones con los dos bandos contendientes, desplegaba una gran habilidad diplomática para no implicar definitivamente a su reino.

Arquelao I.– Perdicas murió en el 413. Dejaba un reino consolidado, que fue heredado por su hijo bastardo Arquelao I (413-399). Según Tucídides, este rey hizo más que ningún otro por dotar al reino de sólidas bases económicas y por reorganizar el ejército. Creó una eficiente red de caminos para el uso del ejército y para potenciar las actividades comerciales y levantó una serie de fortalezas. Todo ello contribuyó al afianzamiento y consolidación del poder central, que extendió sus tentáculos sobre la nueva división administrativa, que articulaba Macedonia en distritos territoriales. Trasladó la capital del reino de Egas a Pella, geográficamente situada en una zona más próxima al mar y en una región en la que confluían los intereses de los estados griegos. Hizo de esta capital un centro intelectual, visitado por el poeta Quérilo de Samos, el músico Timoteo de Mileto y los poetas trágicos atenienses Agatón y Eurípides. Su palacio estaba adornado con pinturas de Zeuxis.

La consolidación económica y la reforma del ejército permitieron a Arquelao desarrollar una política propia en el concierto de los estados griegos. En el 407, un decreto ateniense concedía a Arquelao y a sus hijos el título de "amigo y benefactor", posiblemente por los suministros proporcionados a la flota ateniense. Ya antes, en el 410, la flota ateniense les prestó ayuda cuando sitiaba Pidna. Al final de su vida, con un reino políticamente consolidado, se decidió a intervenir por cuenta propia en los asuntos internos de la Liga Tesalia, apoyando a los oligarcas de Larisa. Todo parecía conducir a un enfrentamiento con Atenas cuando, en el 399, Arquelao fue asesinado.

Amintas III.– Los años siguientes fueron de confusión y anarquía. Las presiones exteriores se sumaron a la inestabilidad interna. Esa era la situación que se encontró Amintas III cuando subió al trono (393-392). Los ilirios del noroeste bajo la guía del rey Bardilis penetraron en Macedonia y ocuparon parte del territorio. Para recuperar las regiones perdidas, Amintas III pidió ayuda a la Confederación Calcídica, que pretendió quedarse con parte de los territorios liberados; no obstante, gracias a la intervención de Esparta, pasaron definitivamente a Macedonia.

Alejandro II.– A su muerte (370), el rey dejaba tres hijos legítimos, Alejandro, Perdicas y Filipo. Alejandro II, que se hizo con el poder, intervino en los asuntos internos de Tesalia y provocó con ello las suspicacias de Tebas, la nueva potencia hegemónica, que le obligó a regresar a Macedonia.

Cuando los tebanos abandonaron Macedonia, Alejandro fue asesinado y Ptolomeo se convirtió en regente de los hijos del rey, pero fue a su vez asesinado en 365, cuando Perdicas III acababa de alcanzar la mayoría de edad.

Perdicas III.– El reinado de Perdicas (365-359) fue muy breve pero trascendental, tanto en política interior como exterior. En política interior, acabó con la autonomía de la región de Lincéstide, eliminando a su rey Menelao, y en el terreno económico reguló los derechos portuarios con la ayuda del ateniense Calístrato. En política exterior, debilitó a la Confederación Calcídica, colaborando con Atenas en la conquista de Torone y Potidea, pero reteniendo en su poder Anfípolis. El peligro mayor vino de la mano de los ilirios de Bardilis: el ejército macedonio fue derrotado y Perdicas, con 4.000 de su soldados, pereció en el combate.

2. Los comienzos del reinado de Filipo

Problemas y objetivos

Cuando Filipo subió al trono, a la edad de 22 ó 23 años, la supervivencia del reino estaba en entredicho. Todos los estados vecinos querían sacar provecho de la situación; incluso Atenas esperaba recuperar Anfípolis, apoyando a Argeo, un pretendiente que había prometido entregarla. Acuciado por problemas exteriores e interiores, Filipo se fijó un orden de prioridades: eliminar a Argeo, arrojar a las fuerzas ilirias invasoras del territorio macedonio y suscribir una alianza con Atenas para impedir las incursiones ateniense desde la costa.

El nuevo ejército

En menos de dos años se liberó de esos peligros y pudo dirigir todas sus energías hacia la reorganización de un nuevo ejército nacional, dotado del mejor armamento posible y de un entrenamiento concienzudo. Aumentó el número de "compañeros de a pie" (*pezhetairoi*) y creó, inspirado en el "Batallón Sagrado" de Tebas, un cuerpo profesional de infantería de elite (*hipaspistai*).

Los componentes de la falange macedónica de hoplitas –adaptación, con mayor fondo, de la falange de Epaminondas– estaban armados a la ligera para conseguir una mayor movilidad y disponían en formación cerrada de una larga pica de más de cinco metros, la *sarissa*, con las que formaban una masa impenetrable. La hábil distribución de infantería y caballería, permitían un despliegue táctico de gran eficacia.

Con tan formidable maquinaria militar, Filipo expulsó del país a las tropas ilirias del rey Bardilis, que murió en combate, e impuso su autoridad en la alta Macedonia, obligando a los dinastas de la zona a instalarse en Pella.

Anfípolis y Pidna

Desembarazo de sus enemigos septentrionales y arreglados los asuntos internos, Filipo se consideró lo suficientemente fuerte como para emprender la conquista de Anfípolis y buscar una salida al mar. También Olinto, que había constituido con las ciudades del entorno una alianza contra Filipo, ambicionaba esa posesión, sobre la que Atenas se consideraba con derechos históricos. Filipo maniobró con habilidad para evitar una entente olinto-ateniense. Secretamente, prometió conquistar Anfípolis para los atenienses a cambio del reconocimiento por parte de Atenas de la posesión macedónica de Pidna, una vez que fuese conquistada. Efectivamente, tomó ambas ciudades, pero se negó a entregar Anfípolis alegando como justificación que Macedonia había conquistado Pidna con su propio esfuerzo. Era de esperar la reacción ateniense y, para adelantarse a los acontecimientos, Filipo negoció una alianza con los olintios bajo la promesa de conquistar para ellos la ciudad de Potidea, que se encontraba en manos atenienses.

La Guerra de los Aliados y el fin de la Segunda Confederación Ateniense

Malestar en la Liga.– Pero la reacción ateniense no se produjo. La vida política ateniense se veía alterada por un torbellino de procesos políticos contra estrategos y demagogos, como consecuencia de los continuos fracasos en política exterior. Bizancio había hecho defección, algunas islas de la confederación habían sido atacadas por el tirano Alejandro de Feras e incluso Eubea seguía bajo la influencia de Tebas. La agitación política engendró una mayor dureza en la conducción de la Liga, de instalación de cleruquías, de continuas campañas para recuperar Anfípolis y para garantizar la llegada de suministros, de continuos e incesantes gastos derivados de tanta campaña.

Con todo ello, Atenas violaba las garantías y cautelas impuestas en la constitución de la Segunda Liga Marítima y, pese a ello, se mostraba impotente para defender con eficacia a sus aliados del norte y este del Egeo. El talante despótico de la potencia hegemónica empujó a algunos de los aliados, frustrados en sus aspiraciones, a buscar el camino de la defección. La inquietud de los aliados se transformó en hostilidad abierta, que degeneró en guerra, la llamada Guerra Social o de los Aliados.

Las intrigas de Mausolo.– Su causa inmediata fueron las maquinaciones de Mausolo, poderoso dinasta minorasiático, que aspiraba a extender su poder sobre las islas del Egeo oriental. Con la cobertura de un centenar de naves de Mausolo, algunos de los aliados más potentes –Bizancio, Quíos, Cos y Rodas– hicieron defección de la Confederación, mientras Filipo asediaba Anfípolis y Atenas centraba sus esfuerzos en la zona del Helesponto, vital para asegurar la ruta de avituallamiento ateniense. Desde allí, Cares y Cabrias se dirigieron con una nutrida flota contra los sublevados. Cabrias encontró la muerte atacando el puerto de Quíos. Los sublevados reaccionaron y saquearon las cleruquías de Imbros, Lemnos y Samos.

En el verano del 356, los atenienses hicieron un nuevo esfuerzo y enviaron sesenta naves al mando de Timoteo y de Ifícrates en ayuda de Cares. En Ambata, cerca de Eritras, Cares, sin poder contar con esta ayuda, paralizada por una tormenta, sufrió un gran descalabro. Falto de dinero, Cares se puso al servicio del sátrapa Artabazo, que se había sublevado contra el rey persa El Gran Rey exigió su inmediato regreso bajo la amenaza de unirse a los enemigos de Atenas poniendo a su servicio trescientas naves. Los atenienses llamaron a Cares y reconocieron la independencia de los estados sublevados. De esta forma tan poco digna acabó la Guerra Social. De acuerdo con los términos de la paz, Atenas reconoció la independencia de los estados aliados que hicieron defección.

3. Filipo y la conquista de Grecia

La Tercera Guerra Sagrada (357-352)

La Tercera Guerra Sagrada es un ejemplo paradigmático de cómo un conflicto insignificante pudo degenerar en una guerra generalizada en toda Grecia. De antiguo, los focidios eran enemigos de los tebanos, de la misma manera que los habitantes de Delfos lo eran de los focidios. Tras la batalla de Leuctra, los focidios se vieron obligados a aceptar la hegemonía tebana, de la que intentaban liberarse aprovechando su presente debilidad. Tebas utilizó la mayoría de votos que tenía en la anfictionía para imponer a los focidios una pesada multa por aprovechamiento sacrílego de las tierras del templo de Delfos y secundariamente para incluir en la condena a los espartanos por la ocupación de la Cadmea en el pasado. La multa era exagerada: quinientos talentos para los focidios y otros tantos para los espartanos, más de los ingresos que en el siglo V Atenas obtenía de todo su imperio.

Los focidios, como era de esperar, se negaron a pagar y, bajo el mando de Filomeno, ocuparon Delfos, se apoderaron de los tesoros del templo y los utilizaron para alistar tropas mercenarias.

Filomeno murió en Neón (354) combatiendo a los tebanos, que en unión de otras ciudades habían declarado la guerra a los focidios. Le sucedió en el mando el experimentado general Onomarco, que contó con la colaboración del tirano de Feras, mientras otras ciudades tesalias, como Larisa, le eran contrarias. Fueron estas ciudades las que llamaron a Filipo para que les ayudara contra los focidios, pero, derrotado en dos ocasiones por Onomarco, se vio obligado a abandonar Tesalia.

Filipo, que necesitaba restablecer su autoridad en Grecia central, maduró un proyecto de revancha. Al año siguiente (352), penetró de nuevo en Tesalia con un poderoso ejército y logró derrotar completamente a Onomarco, que pereció en combate. Su venganza fue terrible: crucificó el cadáver de Onomarco y arrojó al mar a tres mil prisioneros focidios, como castigo por su comportamiento sacrílego. Arreglados los asuntos de Tesalia, de la que Filipo asumió la autoridad suprema, dirigió el ejército contra la Fócide. Pero, en el desfiladero de las Termópilas, un ejército ateniense le cerró el paso y le obligó a retirarse.

Los asuntos de Tracia

Después de la retirada de las Termópilas sin presentar batalla, las siguientes noticias sobre Filipo se refieren a Tracia. Por entonces, la región estaba fragmentada en tres reinos: la parte oriental, gobernada por Quersobleptes; la central, bajo el mando de Amádoco, y la occidental, controlada por Berisades. Macedonia, por razones de proximidad, y Atenas, por motivos comerciales, tenían grandes intereses en la zona. A ambas potencias les convenía mantener la fragmentación política y una y otra utilizaban el juego diplomático para influir en una situación que cambiaba con inusitada rapidez. De hecho, Atenas buscó reforzar su posición estableciendo una cleruquía en Sestos (353/352).

Por eso, cuando en el 352 Filipo puso sitio a Heraion Teichos como paso previo al sometimiento definitivo de Quersobleptes, Atenas se sintió profundamente alarmada, ya que con la operación de Filipo quedaban amenazadas las cleruquías atenienses en el Quersoneso y los suministros de trigo. Fue entonces cuando Demóstenes, esgrimiendo el fantasma del imperialismo macedonio en su *Primera Filípica,* logró la movilización de algunos efectivos expedicionarios con menguados resultados.

La Guerra Olíntica

Hacía años que los olintios temían el crecimiento progresivo del poder macedónico y buscaron un acercamiento a Atenas aprovechando un momento en el que Filipo estaba ocupado en asegurar sus fronteras septentrionales y occidentales y en la reorganización de Tesalia.



10. MACEDONIA BAJO FILIPO II (350-336 a. C.)

Macedonia en 359
Anexiones 359-336

En el 349, Filipo decidió pasar a la ofensiva, poniendo como pretexto la negativa de Olinto a conceder la extradición de algunos pretendientes al trono de Macedonia. Los olintianos, sintiéndose amenazados, recordaron a los atenienses su alianza y les conminaron a prestarles su ayuda. Demóstenes los apoyó haciendo uso de su inflamada elocuencia en los *Discursos Olintíacos* y, finalmente, la asamblea aprobó el envio de fuerzas de apoyo. Así, en el verano del 349, se remitieron dos cuerpos expedicionarios y ya se preparaban

nuevos socorros para el año siguiente cuando sobrevino la sublevación de Eubea, acaso fomentada por el propio Filipo. Los atenienses se encontraron de pronto atrapados en dos conflictos que no podían resolver al mismo tiempo. Se imponía un orden de prioridades, que se discutió ampliamente en la asamblea popular. Finalmente, el pueblo se inclinó por atender el peligro más cercano, aplazando para más adelante el envío de la proyectada expedición de ayuda a Olinto. Cuando esta ayuda llegó, Olinto ya había caído en manos de Filipo. La ciudad fue destruida y sus habitantes vendidos como esclavos. Atenas sufría un doble revés en la Calcídica (347) y en Eubea.

Paz de Filócrates

Antes incluso de la captura de Olinto, Filipo ofreció la paz a Atenas, cuya neutralidad resultaba conveniente para la preparación de su futura expansión por los territorios del sur y este griegos. También a Atenas el logro de la paz le resultaba ventajosa, ya que le permitía consolidar momentáneamente sus posiciones en el Quersoneso e impedir la expansión de Macedonia más allá de los pasos de las Termópilas.

En el 346, una embajada, en la que figuraban Esquines y el propio Demóstenes, negoció la denominada Paz de Filócrates sobre la base del *statu quo* existente en el momento de la firma, con la salvaguarda de que Filipo se reservaba el derecho de solucionar personalmente el problema de la Fócide, enzarzada todavía con los tebanos en la Tercera Guerra Sagrada.

Focidios y beocios no disponían de fuerzas suficientes para alcanzar una solución militar definitiva. Los tebanos pidieron ayuda a Filipo, que envió un pequeño contingente para no comprometer sus proyectos futuros en la zona. En la primavera del 346, la situación evolucionó a favor de Filipo. Una nueva revolución estalló en la Fócide, que permitió al tirano y jefe de mercenarios Faleco hacerse con el poder.

Tras laboriosas discusiones interpretativas sobre las cláusulas de la paz que se iba a firmar, Filipo marchó hacia el sur. Faleco, dejado a su suerte por el resto de los estados griegos, tuvo que rendirse. Los miembros de la anfictionía de Delfos fueron convocados con el objeto de pronunciarse sobre el castigo que debía aplicarse a la sacrílega Fócide: todas las ciudades focidias, excepto Ábai, deberían ser fragmentadas en aldeas; los tesoros sagrados, devueltos, y el lugar y votos que la Fócide tenían en la anfictionía, entregados a Macedonia. La liga nombró presidente a Filipo y, en septiembre del 346, el rey de Macedonia obtenía la presidencia de los Juegos Píticos como reconocimiento del papel que Macedonia desempeñaba en los asuntos griegos.

Filipo en Tracia

A partir del 346, la vida política en sus relaciones con Filipo dio muestra de un gran desconcierto. En el 344/343, Filipo, temeroso de un acercamiento de los atenienses a Persia, envió a Atenas emisarios con la propuesta de revisar algunas cláusulas del tratado de paz. En las conversaciones, Atenas propuso que se garantizase a cada una de las partes la posesión de todo aquello que les pertenecía. La aceptación de esta cláusula hubiera supuesto la recuperación por parte de Atenas de Anfípolis y otras ciudades que estaban en posesión de Filipo. Lógicamente los macedonios rechazaron la propuesta.

A partir del 342 y con objeto de asegurar las fronteras orientales macedonias hasta el Danubio, Filipo inició la conquista de la región, lo que suponía una amenaza directa del Quersoneso, de vital importancia para los intereses de Atenas. Los atenienses reaccionaron de inmediato y enviaron a toda prisa un contingente de tropas mercenarias bajo el mando de Diópites, que atacó a Cardia, aliada de Filipo, y sometió a pillaje muchas ciudades tracias, pertenecientes al rey macedonio. Filipo protestó airadamente exigiendo su regreso, pero Demóstenes defendió su comportamiento en el *Discurso sobre el Quersoneso* y en la *Tercera Filípica*.

El mismo Demóstenes se dirigió al Helesponto y negoció una alianza con Bizancio y Perinto. La reacción de Filipo no se hizo esperar, pero fracasó estrepitosamente cuando en el 340 atacó ambas ciudades. Filipo necesitaba reponer de inmediato su prestigio ante sus tropas y aliados y hacer sentir a sus adversarios su poder. Cuando el almirante Cares bajó la guardia en la protección de un convoy que transportaba suministros a Atenas, cayó por sorpresa sobre las naves y se apoderó del cargamento. Los atenienses, indignados por ese acto de piratería, no tuvieron otro remedio que declarar la guerra a Macedonia.

Queronea

La cuestión de Anfisa.– Las intrigas constantes en el seno de la anfictionía de Delfos, cuyos votos controlaba Filipo en su mayoría, fueron aprovechadas por el rey macedonio para intervenir de nuevo en los asuntos de Grecia central. En la reunión del 340, los enviados atenienses tuvieron conocimiento de que los representantes locrios de Anfisa iban a proponer una moción para que se aplicase a Atenas, por sacrílega, una multa de cincuenta talentos. El enviado ateniense Esquines replicó a esos ataques denunciando a su vez a los ciudadanos de Anfisa por haber cultivado por su cuenta ciertas tierras consagradas a Apolo. Los miembros de la anfictionía encontraron motivos suficientes para enviar contra Anfisa un ejército expedicionario en el que no tomaron parte ni Tebas ni Atenas. Los tebanos aprovecharon la ocasión para apoderarse de Nicea, fortaleza que controlaba las Termópilas y que estaba protegida por una guarnición tesalia. Pensaban que con este golpe de mano controlarían la situación e impedirían que Filipo, que había recibido de la anfictionía el encargo de conducir la guerra en calidad de general supremo, pudiese penetrar en Grecia central.

Alianza de Tebas y Atenas.– Pero en 339, Filipo, infiltrándose por una ruta interior, se apoderó de la fortaleza tebana de Elatea. La situación era preocupante, especialmente para Atenas, que tenía sobrados motivos para temer que los tebanos fuesen captados por el macedonio. Se imponía obrar con rapidez y una embajada, en la que figuraba Demóstenes,

fue despachada a Tebas para negociar una alianza, que se logró bajo la condición de entregar a los tebanos el mando de las tropas aliadas terrestres, la dirección alterna de la flota y el aporte ateniense de dos tercios de los costos de la guerra.

Los atenienses enviaron inmediatamente sus tropas a Beocia para establecer con las de la región un cordón defensivo que impidiera a Filipo penetrar más allá de la línea de Tebas y Anfisa. También enviaron embajadas a los estados griegos con la esperanza de obtener una gran alianza defensiva contra el macedonio. Eubea, Acaya, Mégara, Corinto, Acarnania, Léucade y Corcira se comprometieron a apoyar a Atenas y Tebas. Al ejército de Filipo se unieron tropas etolias, algunos contingentes de focidios y los locrios orientales.

La victoria de Filipo.– El ejército de Filipo avanzó tomado Anfisa, Quereto y Naupacto. El rey macedonio brindó a Tebas y Atenas una nueva posibilidad de paz, pero las ciudades aliadas prefirieron el resultado de las armas. La batalla de Queronea, en el 338 a.C., se resolvió en una brillante victoria para el rey macedonio. Muchos atenienses cayeron en el combate y del resto de los supervivientes la mayoría fueron hechos prisioneros. Pero Filipo renunció a la aniquilación total. Soñaba con la unión de toda Grecia contra Persia.

Sus consecuencias.– Tras la derrota de Queronea, Atenas se sumió en el pánico. Todos estaban dispuestos a salvar a la patria, aun a riesgo de socavar los fundamentos del orden social. Un decreto, a propuesta de Hipérides, prometió la ciudadanía a los metecos y la libertad a los esclavos que se enrolasen en el ejército de la ciudad. No fue preciso, ya que Filipo, actuando con gran moderación, ofreció la paz junto con la devolución de los caídos y prisioneros de guerra.

La paz se estipuló en términos muy generosos para Atenas: conservación del régimen democrático, disolución de la Liga Marítima con la conservación, no obstante, de las cleruquías de Lemnos, Imbros, Esciros y Samos, así como la administración del santuario de Delos; renuncia a las ciudades del Quersoneso tracio y de la península Calcídica, aunque recuperaba la ciudad de Oropos, arrebatada a Tebas. La ciudad beocia salía muy perjudicada: se instaló una guarnición macedonia en la Cadmea, aunque parece que la Liga Beocia no fue disuelta.

El Congreso de Corinto

En la primavera del 337, se reunió en Corinto un congreso de todas las comunidades griegas. Esparta no acudió a él, irritada por la convocatoria cursada a Mesenia, cuyo reconocimiento político se negaba a aceptar. Los estados que enviaron representantes a Corinto constituyeron una liga, regida por un *synedrion*, con poderes para declarar la guerra y la paz, imponer tasas y decretar la movilización de efectivos. Filipo fue declarado jefe supremo de un ejército que debía dirigirse a Asia para vengar los ofensas acumuladas a lo largo de la historia por las comunidades griegas contra Persia. Una avanzadilla de diez mil hombres al mando de Parmenio y Atalo fue enviada a Asia Menor. *Cícico, Quíos y Éfeso* les abrieron las puertas como libertadores. Pero el destino no permitió que Filipo fuese el conquistador de Persia. En el 336, fue asesinado por Pausanias, uno de los componentes de su escolta.

CRONOLOGÍA

C. 494-450	Alejandro I Filheleno
c. 454-413	Perdicas II
413-399	Arquelao I
393-370	Amintas III
370-369/8	Lucha entre los tres hijos del rey. Alejandro II se hace con el poder
369/8-365	Regencia de Tolomeo, tras el asesinato de Alejandro II
365-359	Reinado de Perdicas III
359	Muerte del rey en lucha con los ilirios de Bardilis
359-336	Regencia de Filipo
359-338	Reinado de Artajerjes III Ocos de Persia
358	Filipo II derrota a los ilirios de Bardilis, que muere en combate
357-356	Filipo ocupa Anfípolis y luego Pidna
357-355	Sublevación de los aliados atenieses: Bizancio, Rodas, Cos y Quíos
356	Fin de la Guerra Social ateniense
356-352	Tercera Guerra Sagrada
356	Nacimiento de Alejandro (Magno). Los focidios son acusados ante la anfictionía de Delfos
354	Victoria y muerte del focidio Filomelo en Neón
353	El focidio Onomarco vence en dos ocasiones a Filipo de Macedonia
352	Filipo II somete la Tesalia, venciendo a Onomarco.
	Los atenienses cierran el paso de las Termópilas al rey de Macedonia
349-348	Guerra Olíntica
346	Fin de la Tercera Guerra Sagrada y Paz de Filócrates
343	Pacto entre Macedonia y Persia
340	Atenas declara la guerra a Filipo. Cuarta Guerra Sagrada: Filipo ataca a los locrios de Anfisa
339	Filipo se apodera de Elatea.

338 Victoria de Filipo II en Queronea
337 Constitución de la Liga Panhelénica.
Congreso de Corinto en el que decide la guerra contra los persas
336 Parmenión y Átalo, con 10.000 hombres pasan a Asia Menor. Filipo II es asesinado por Pausanias

BIBLIOGRAFÍA

Macedonia antes de Filipo

BORZA, E. N., *In the Shadow of Olympus. The Emergence of Macedon*, Princenton, 1990; CLOCHÉ, P., *Histoire de la Macédoine jusqu'à l'avènement d'Alexandre le Grand (336 avant J. -C.)*, París, 1960; ERRINGTON, R, M., *The Macedonian state. Origins, institutions and history*, Oxford, 1989; ROSEN, K., "The Gründung der Makedonischen Herrschaft", *Chiron*, 8, 1978, pp. 1-27.

Los comienzos del reinado de Filipo

CABANES, P., *Des Illyriens de Bardylis à Genthios (IVe-IIe siècle av. J. -C.)*, Paris, 1988; CARLIER, P., *Démosthène*, París, 1990; CAWKWELL, G. L. *Philip of Macedonia*, Londres, 1978; ID., "Notes on the Social War", *Classical et Mediaevalia*, 234, 1962, pp. 34-49; ID., "Philip and the Amphyctyonic League" en *Philip of Macedon*, Atenas, 1980; ELLIS, J. R., "The Unification of Mecedonia", *Philip of Macedon*, Atenas, 1980; GRANIER, F., *Die makedonische Heeresversammlung*, Munich, 1931; GRIFFITH, G. T., "Philip as a General and the Macedonian Army", *Philip of Macedon*, Atenas, 1980; HAMMOND, N. G. L., *Collected studies II. Studies concerning Epirus an Macedonia before Alexander*, Amsterdam, 1993; MARCH, D. A., "The King of Makedon: 399-369 B. C.", *Historia*, 44, pp. 760-790; STE. CROIX, G. E. M. DE, "The Alleged Secret Pact between Athens and Philip II corcerning Amphipolis and Pydna", *CQ*, 133, 1963, pp. 110-119; WIRTH, G., *Philipp II*, Stuttgart, 1985.

Filipo y la conquista de la Grecia

BUCKLER, J., *Philip II and the Sacred War*, Supl. 109 Mnemosyne, Leiden, Nueva York, 1989; CARTER, J. M., "Athens, Eubea and Olynthus", *Historia*, 20, 1971, pp. 418-429; CAWKWELL, G. L., "Aeschines and the Peace of Philokrates", *TEG*, 83, 1960, pp. 416 ss.; ID., "The defence of Olynthus", *CQ*, 19, 1969, pp. 245-265; ID., "The Peace of Philokrates again", *CQ*, 28, 1978, pp. 93 ss; ELLIS, R., *Philip II and Macedonian Imperialism*, Londres, 1976; ELLIS, J. R., "The Assassination of Philip II", en *Studies in Ancient Macedonian History and Archaeology in Honour of C. F. Edson*, Tesalónica, 1981, pp. 99-137; HACKETT, N. J., *The Third Sacred War*, Cincinnati, 1970; KIENAST, D., *Philipp II von Makedonien und das Reich der Achaimeniden*, Munich, 1973; MARKLE, M. M., *The Peace of Philocrates. A study of Athenian Foreign Relations 348-346 B. C.*, Diss. Princeton, 1967; PERLMAN, S, *Philip and Athen*, Cambridge, 1873; PICKARD-CAMBRIGE, A. W., *Demosthenes and the last days of Greek freedom 384-322 B. C.*, Londres, 1978; SEALEY, R., *Demosthenes. A Study of Defeat*, Londres, Nueva York, 1993; ZAHNT, M., *Olynth und die Calkidier*, Munich, 1971.

XVII LOS GRIEGOS DE OCCIDENTE

1. Las tiranías sicilianas: Dionisio I

Los griegos de Occidente

Las colonias griegas de Sicilia y de la Magna Grecia formaban parte de la unidad cultural del mundo griego: participaban en los festivales, realizaban ofrendas a los santuarios griegos y su intelectualidad surcaba el Mediterráneo en uno o en otro sentido. Pero su ámbito geográfico y sus condicionantes históricos impusieron líneas de evolución económico-política muy distintas. En algunas ciudades, las tensiones sociales exacerbaron los ánimos y agravaron la situación. De esas tensiones, favorecidas por un aumento del poder militar, surgió la institución de la tiranía. Sin la carga peyorativa que asumiría posteriormente, la tiranía sirvió en algunos casos para suavizar o suprimir las tensiones sociales.

El periodo de los tiranos

Gelón.- La riqueza de Sicilia, los excedentes de su producción agraria y comercial y los grandes desplazamientos de población originaron una profunda crisis social, que explica la aparición de la tiranía, favorecida por la presencia amenazante de los pueblos indígenas y de los cartagineses, que propiciaron la imposición de un sistema de gobierno fuerte. Hacia el 505, Gela conoce la tiranía de Cleandro, sustituida en el 498 por la de su hermano Hipócrates: el nuevo tirano patrocinó una política expansionista sobre tierras sículas e impuso su dominio sobre las comunidades griegas de Leontinos, Catane, Naxos y Zancle, poniendo los fundamentos de un pequeño imperio, que se consolidará cuando Gelón se apodere del poder (491), instaurando la dinastía de los Deinoménidas (491-466). Anexionó Siracusa y la hizo su capital, que reforzó con ciudadanos de Camarina, Mégara Hiblea y de Gela. Su hermano Hierón, que le sucedió en el trono (478-477), reforzó sus posiciones siguiendo la práctica de traslados forzados de poblaciones hacia lugares estratégicos, medida que también practicó el tirano Terón de Agrigento, que además incorporó a la ciudadanía a muchos mercenarios.

Los griegos occidentales no participaron en las Guerras Médicas ni hicieron un frente común contra su poderoso enemigo, Cartago, que ocupaban la parte occidental de Sicilia. Algunas comunidades griegas, como Selinunte, Himera y Region, incluso se sentían cómo-

dos con la amistad cartaginesa frente al bloque antipúnico, formado por Gelón de Siracusa y su suegro Terón de Agrigento.

La amenaza cartaginesa.– Durante la época de las Guerras Médicas, el tirano de Hímera, expulsado por Terón, llamó en su ayuda a los cartagineses, que ardían en deseos de intervenir en los asuntos griegos. Los cartagineses enviaron un poderoso ejército al mando del general Amílcar, que sitió la ciudad de Hímera. Gelón pidió ayuda a su suegro y derrotó estrepitosamente al ejército cartaginés, supuestamente en el mismo día y año que la batalla de Salamina. Algunos historiadores no descartan en el 480 un pacto entre cartagineses y persas para atacar conjuntamente a los griegos.

La derrota de Hímera debilitó durante mucho tiempo el poderío cartaginés en la isla. Todavía, seis años más tarde, la batalla librada entre sicilianos y etruscos en aguas de Cumas (cerca de Nápoles) liberó a los latinos de la ascendencia etrusca.

Crisis de la tiranía.– En el período comprendido entre el 471 al 461, la tiranía desaparece de las ciudades de Siracusa, Zancle, Hímera, Gela y Agrigento, tanto por falta de habilidad de los tiranos para mantenerse en el poder como por las aspiraciones políticas de los ciudadanos, reluctantes a aceptar poderes personales autárquicos.

La desaparición de la mayoría de las tiranías supuso el desencadenamiento de luchas intestinas y de confrontaciones, que se tradujeron en alargamientos o restricciones del cuerpo de ciudadanos, como en Agrigento, o en la institución de una especie de ostracismo, como fue el caso Siracusa. Por otra parte, subsistía el problema de los mercenarios, movilizados por las tiranías e incorporados por voluntad unilateral de los tiranos al cuerpo ciudadano, así como el de la consolidación territorial y política de los indígenas sículos, que de la mano de Ducetio lograron constituir una federación.

La desaparición de la tiranía y la pérdida de su área de influencia no apagaron los impulsos imperialistas de los siracusanos, que ocuparon de nuevo territorios sículos, establecieron relaciones amistosas con algunas colonias dorias y sometieron a otras. Este trasfondo general de luchas entre ciudades y el reforzamiento de Siracusa eran los rasgos políticos más sobresalientes cuando los atenienses, en el 415, decidieron intervenir en los asuntos sicilianos.

Fortalecimiento púnico.– Después del desastre ateniense de Sicilia, los cartagineses consideraron llegado el momento oportuno para consolidar sus posiciones en la isla aprovechando la debilidad griega. Operaciones militares cartaginesas en el 409 causaron la destrucción de Selinunte y, más tarde, la de Hímera, que fue evacuada mientras las fuerzas siracusanas enviadas en socorro de la ciudad se replegaban vergonzosamente. Nuevas operaciones en el 406 y 405 llevaron a la destrucción y ocupación de los territorios de Agrigento, Gela y Camarina.

Dionisio de Siracusa

Primeros enfrentamientos con Cartago.– La retirada de las tropas siracusanas causó una profunda indignación. Un joven oficial de 25 años, Dionisio, acusó a los estrategos ante la asamblea popular. Luego fue enviado a Gela, donde intervino a favor del pueblo contra los grandes propietarios. Con la confiscación de sus bienes pudo contar con nuevos recursos para pagar a sus tropas. A su regreso a Siracusa fue proclamado estratego con plenos poderes (*strategos autokrator*).

En el verano del 405, los cartagineses invadieron el territorio de Gela y asediaron la ciudad. La contraofensiva de Dionisio resultó ineficaz y, ante la imposibilidad de obtener mejores resultados, ordenó la evacuación de los habitantes de Gela y Camarina, a los que instaló en Siracusa.

Hacia finales del 405, Dionisio concluyó una paz con los cartagineses en la que reconocía sus conquistas: Selinunte, Hímera y Agrigento pasaban a dominio cartaginés; los habitantes de Gela y Camarina podían reconstruir, sin murallas, sus ciudades y pasaban a ser tributarios de Cartago. En contrapartida, se reconocía a Dionisio el dominio sobre Siracusa, mientras que el resto de las ciudades gozarían de una "autonomía" garantizada por Cartago.

Consolidación de la tiranía.– La paz con Cartago proporcionó a Dionisio la tranquilidad suficiente para cimentar sus poderes en bases más sólidas: amuralló la isla de Ortigia para contar con un refugio seguro en situaciones apuradas y consolidó políticamente la tiranía mediante un programa calculado de confiscaciones y concesiones gratuitas de la ciudadanía a mercenarios y a esclavos liberados. La fidelidad de su numerosa escolta y la ilimitada capacidad de reclutar mercenarios gracias a las propiedades confiscadas o a la entrega de tierras, permitió al tirano reemprender su política expansionista contra Naxos y Catane, que fueron destruidas, sus habitantes vendidos como esclavos y el territorio entregado a mercenarios campanos y sículos. Luego dirigió su atención hacia Leontinos, a cuya población, transferida a Siracusa, se le confirió posteriormente el derecho de ciudadanía. Con estas y otras operaciones Dionisio creó para Siracusa un extenso imperio territorial.

Dionisio calculó certeramente que los cartagineses no intervendrían en defensa de la autonomía de las ciudades de la Sicilia oriental, de cuya independencia eran valedores. También era consciente de que el expansionismo siracusano sobre la zona de influencia cartaginesa exigía reemprender la guerra. Para poder enfrentarse a ella con posibilidades de éxito, reforzó las fortificaciones, ordenó la construcción de numerosas fábricas de armas y levantó nuevos diques y artilleros, cuya actividad puso en sus manos una flota de trescientas naves de guerra.

Terminados estos preparativos, declaró la guerra a Cartago, que se inició con irritantes provocaciones: se confiscaron los bienes de los residentes cartagineses y se procuró extender por toda la isla sentimientos anticartagineses para aunar los ánimos de las ciudades griegas en una empresa común. Erigido en líder de una causa panhelénica, Dionisio

asedió en el 397 la isla fortificada de Motia, el mayor bastión militar de Cartago en Sicilia. Pero los cartagineses la recuperaron al año siguiente, obligando a Dionisio a refugiarse en Siracusa, que fue asediada por el ejército cartaginés. La situación para el tirano era grave, pero una oportuna peste diezmó las tropas púnicas. Incapaz de alcanzar los objetivos propuestos, Himilcón se retiró con los ciudadanos púnicos por vía marítima, dejando abandonados al resto de los soldados, que fueron vendidos como esclavos, excepto los contingentes iberos, contratados por Dionisio como mercenarios.

Tras varios años de guerra indecisa, se concluyó finalmente una paz con Cartago, que ratificó el dominio de Dionisio, nombrado "arconte de Sicilia" sobre casi toda la isla, a excepción de la parte noroccidental, que quedaba en manos cartagineses.

Imperialismo siracusano.– Después de la paz y contando con la alianza de Locros, Dionisio orientó sus esfuerzos a conseguir la sumisión de las ciudades situadas a uno y otro lado del estrecho de Mesina. En el 388, comenzó las operaciones contra la liga itálica con el asedio de Caulonia y Crotona. Un ejército federal de 25.000 hombres salió a su encuentro y junto al río Eléporo se enfrentó con las fuerzas de Dionisio, que consiguió la victoria. Se hicieron numerosos prisioneros, devueltos a sus ciudades en un acto de generosidad calculada para tener las manos libres en el ataque a Region, que de esta forma quedaba aislada. Después de penosas vicisitudes, la ciudad capituló, reducida por el hambre (386).

Tras estas conquistas, Dionisio tenía la manos libres para actuar en todas direcciones. En Grecia lo hizo reiteradamente a favor de Esparta. En la costa adriática, fundó la colonia de Lissos; ayudó a la colonización de Paros y Ginos y es posible que participase también en la creación de los puertos de Ancona y Adria, por donde podía entrar en contacto con los galos, nueva fuente de reclutamiento de mercenarios. Dueño de extensos dominios y en posesión de una poderosa flota, controlaba el comercio del Mediterráneo oriental y occidental, tenía capacidad suficiente para poner freno a la proliferación de la piratería y podía impedir el paso de cualquier escuadra militar por las proximidades de las tierras que mantenía en su órbita de influencia.

2. Los sucesores de Dionisio

Dionisio II

A la muerte de Dionisio le sucedió su hijo mayor, Dionisio II (367-357), que desde el comienzo estuvo muy mediatizado por su tío materno, Dión. Dión se había distinguido por su riqueza y por su fidelidad a Dionisio y ahora aspiraba a aumentar su ascendencia política, reforzada con la aureola de filósofo, alimentada con el trato con Platón, que fue invitado a Siracusa para poner en práctica su concepción del Estado, ideal e utópica. El joven rey estaba dispuesto a conformar su gobierno con arreglo a las ideas filosóficas sostenidas por Dión siempre que no supusiesen un quebranto –y esto era inevitable– de las bases tiránicas sobre las que sustentaba su poder. Pero interesados rumores propalaron que Dión pretendía derrocarlo y, por ello, fue enviado al destierro.

Aconsejado por Filisto, el tirano siguió una política moderada y de contención: en el interior, emprendió algunas reformas de contenido social y político, como la reducción de los impuestos y el regreso de los desterrados; en el exterior, mantuvo la paz con Cartago y ayudó a la liga italiota contra los lucanos. Pero carecía de las dotes de su padre y fue siempre muy por detrás de los acontecimientos. En el 357, el desterrado Dión, con ayuda cartaginesa, regresó a Siracusa y se hizo nombrar "general con plenos poderes". Poco tiempo después, fue asesinado (354) y una serie de disturbios ensombrecieron la vida política de Siracusa, hasta que, en el 347, Dionisio II se hizo de nuevo con el poder.

Mientras estos acontecimientos turbulentos y confusos se desarrollaban en Siracusa, muchas ciudades de Sicilia, como Leontinos, Catane, Tauromenion o Mesana, sufrían la tiranía impuesta por los jefes de los mercenarios o eran presa de conflictos violentos.

Timoleón

En el 345, un enemigo de Dionisio II, Hicetas, que se había asentado en Leontinos con un cuerpo de mercenarios, solicitó la doble ayuda de cartagineses y corintios. Corintio envió a Timoleón con una expedición, pero antes de que darle tiempo a reunir mercenarios suficientes, los cartagineses desembarcaron y con la aquiescencia de Hicetas arrebataron a Dionisio II una parte importante de su territorio. Dionisio II, tras la llegada de Timoleón a Siracusa, renunció a la tiranía y se retiró a Corinto donde acabó modestamente su vida como privado.

Durante cuatro años, Timoleón guerreó con éxito contra tiranos de diversas ciudades de Sicilia. Cuando, en el 339, los cartagineses reemprendieron la ofensiva, Timoleón había logrado aunar los ánimos de muchas ciudades griegas en un sentimiento panhelénico generalizado. Sintiéndose fuerte, Timoleón se decidió finalmente a atacar a las tropas cartaginesas, más numerosas, cuando atravesaban el río Crimiso y obtuvo un brillante éxito.

Después de la victoria y libre tanto del peligro cartaginés como del estorbo de los tiranos, pudo dedicarse a arreglar los problemas internos de las ciudades de Sicilia y a organizarlas políticamente. Se reconstruyeron y repoblaron algunas con gentes venidas de Grecia; todas las tiranías –excepto la de Andrómaco de Tauromenion– fueron suprimidas y se impusieron nuevos sistemas políticos a medio camino entre la democracia y la oligarquía. Así, en Siracusa, se instauró un consejo con los seiscientos ciudadanos más acaudalados, que gobernaban en unión con la asamblea popular. La paz y la tranquilidad permitieron la recuperación económica de la isla y una época de riqueza y bienestar.

En el 337, las ciudades siciliotas formaron una liga liderada por Siracusa. Hasta entonces, Timoleón había ejercido un poder personal de carácter tiránico. Consecuente con su carácter de luchador por la libertad, abdicó del cargo de estratego plenipotenciario y vivió como uno más de los habitantes de Sicilia hasta su muerte, en el 336. Pero tras su desaparición, las ciudades griegas volvieron a sus antiguas discordias y algunas incluso se aliaron con Cartago.

CRONOLOGÍA

540	Batalla de Alalia
ca. 505	Cleandro, tirano de Gela
498-491	Hipócrates, tirano de Gela, impone su dominio a Leontinos, Catana, Naxos y Zancle
494-476	Tiranía de Anaxilao de Region
493	Temístocles, arconte
492	Expedición de Mardonio a Tracia
491-466	Gelón, tirano de Gela, instaura la dinastía de los Deinoménidas
485	Gelón se apodera de Siracusa y la hace su capital
480	Gelón derrota a los cartagineses en Hímera
478	Muerte de Gelón; su hermano Hierón se convierte en tirano de Siracusa
474	Triunfo de Hierón sobre los etruscos en Cumas
c. 471-461	Crisis y desaparición de la mayoría de las tiranías occidentales
444/43	Los atenienses fundan la colonia de Turios
415-413	Expedición de los atenienses a Sicilia
413	Derrota del ejército expedicionario ateniense en Sicilia
409	Conquista y destrucción de Selinunte y de Hímera por los cartagineses
405-367	Tiranía de Dionisio I de Siracusa (406/05)
404	Paz entre Siracusa y Cartago y reconocimiento a los cartagineses de la posesión de un parte de Sicilia
397	Dionisio inicia en Sicilia la Segunda Guerra contra los cartagineses
396	Himilcón desembarca en Panormo y asedia Siracusa
392	Paz entre Siracusa y Cartago
388	Victoria de Dionisio I sobre la liga itálica, junto al río Eléporo
386	Dionisio I controla los territorios a uno y otro lado del Estrecho de Sicilia
367	Muerte de Dionisio I
367-357	Tiranía de Dionisio II
344	Timoleón desembarca en Sicilia
341	Timoleón triunfa en Crimiso sobre los cartagineses
339	Paz entre Timoleón y los cartagineses
337	Liga siciliota liderada por Siracusa

BIBLIOGRAFÍA

Las tiranías sicilianas: Dionisio I

ARIAS, P. E., *Dionigi il Vecchio*, Catania, 1943: BERVE, H., *Dion*, Wiesbaden, 1957; CAVEN, B., *Dionysius I, War-Lord of Sicily*, Londres, 1990; CHATRAINE, H., "Syrakus und Leontinoi", *Jbb. f. Num. u. Geldgesch.*, VIII, 1957, pp. 1 ss.; FINLEY, M. I., *Ancient Sicily to the Araba conquest*, Londres, 1968; GRIFFO, P y von MATT, L., *Géla: déstin d'une cité grecque de Sicile*, Parı́s, 1963; GARLAN, Y., "Etudes d'histoire militaire VIII: à propos du parallèle Himère-Salamine", *B. C. H.*, 1970, pp. 607 ss.; GAUTHIER, Ph., "Le parallèle Himère-Salamine au Ve et au IVe s. avant J.-C.", *R. E. A.*, 68, 1966, pp. 5 ss.; FROLOV, E, "Organisation und Charakter der Herrschaft Dionysos des Älteren", *Klio*, 57, pp. 103-122; 58, pp. 377-404; GABBA, E. y VALLET, G. (ed.), *La Sicilia antica*, 2 vol., Nápoles, 1982; SANDERS, L. J., *Dionysios of Syracuse and Greek Tyranny. Dionysos I, Gestalt und Geschichte des Tyrannen von Syrakus*, Wiesbaden, 1958; VALLET, G., *Rhégion et Zanclè. Histoire, commerce et civilisation des cités chalcidiennes du détroit de Messine*, Paris, 1958.

Los sucesores de Dionisio

ADAMESTEANU, D., "L'ellenizzazione della Sicilia ed il momento di Ducezio", *Kôlaios*, 8, 1962, pp. 199-209; BERVE, H., *Die Herrschaft de Egathokles*, Munich, 1953; FONTANA, M. J., "Fortuna di Timoleonte", *Kôlaios*, 4, 1958, pp. 3-23; FUNS A., "Redistribution of Land and Houses in Syracuse in 356 B. C. and its Ideological Aspects", en *Social Conflict in Ancient Greece*, Leiden, 1982, pp. 213-229; HANS, L. M., *Karthago und Sizilien. Die Entstehung und Gestaltung der Epikratie auf dem Hintergrund der Beziehungen der Karthager zu den Griechen und den nicht griechischen Völker Siziliens (VI-III Jahrhundert v. Chr.)*, Zurich, 1983; ORLANDINI, P., "La rinascità dellla Sicilia nell'età di Timoleonte alla luce delle nuove scoperte archeologique", *Kôlaios*, 4, 1958, pp. 24-30; SORDI, M, *Timoleonte*, Palermo, 1951; ID., *La Sicilia dal 368/7 al 337 a.C.*, Roma, 1983; TALBERT, R., *Timoleon and the Revival of Greek Sicily*, Cambridge, 1975; WESTLAKE, H. D., *Timoleon and his relations with Tyrants*, Manchester, 1952.

XVIII ECONOMÍA Y SOCIEDAD DE LA ÉPOCA CLÁSICA

a SOCIEDAD

1. Demografía

Dificultades de estudio.– La escasez de las fuentes arqueológicas y la limitada credibilidad de las literarias sólo permite obtener una idea aproximada de la sociedad griega. Con mayor razón, estas dificultades y el riesgo añadido de aplicar a la sociedad antigua métodos de la moderna demografía, con la obligada referencia a cifras convencionales de movilizaciones de combatientes o consumo de cereales, en el caso de Atenas, dan a los ensayos estadísticos sólo un valor meramente indicativo, tanto en lo que se refiere al hipotético número de habitantes por kilómetro cuadrado, con sus correspondientes variaciones regionales, como a los porcentajes de población por categorías jurídicas y sus oscilaciones a lo largo del tiempo en estados como Atenas, Esparta y Beocia. A título meramente indicativo ofrecemos los cuadros elaborados por V. Ehrenberg:

16-21h/km²	30h/km²	33-43h/km²	60-75h/km²	Más de 75 h/km²
		Laconia	Beocia	
Etolia				Coríntide (110)
Acarnia	Acaya			
Dóride		Mesenia	Megáride	
Lócride	Élide			Ática (160)
Fócide		Argólide	Siciónide	
Arcadia	Tesalia	Eubea		Egina (600)

ATENAS	hacia 480	hacia 432	hacia 400	hacia 360
Ciudadanos	25-30.000	35-45.000	20-25.000	28-30.000
Ciud. + familias	80-100.000	110-150.000	60-90.000	85-110.000
Metecos	4-5.000?	10-15.000?	6-8.000?	10-15.000?
Metecos + familias	9-12.000?	25-40.000?	15-25.000?	25-50.000?
Esclavos	80-110.000	80-110.000	40-60.000?	60-100.000?
Total	**120-150.000?**	**215-300.000?**	**115-175.000?**	**170-255.000?**

ESPARTA	480-460	371	BEOCIA	sigloV	Siglo IV
Espartanos	4-5.000	2.500-3.000	Ciudadanos	28-30.000	35-40.000
Id. de derecho inferior	500?	1.500-2.000	Ciudadanos + familias	85-90.000	110-125.000
Espartanos + familias	12-15.000	7-9.000	Metecos + familias	5-10.000	5-10.000
Periecos	40-60.000?		Esclavos	20.000	30.000
Ilotas	140-200.000?				
Total	**190-270.000**		**Total**	**110-125.000**	**145-165.000**

Estas estimaciones intentan recoger los procesos regionales divergentes, equilibrados entre sí: los descensos demográficos experimentados por algunos estados griegos en razón de su peculiar trayectoria histórica o de calamidades naturales, se equilibran con el auge de otras comunidades del norte y oeste de la Hélade, con mejores tierras y una población campesina en expansión.

La oliganthropia.– Es obvio que algunas de las potencias más significativas del mundo griego, que durante el siglo V disfrutaban de un panorama demográfico acorde con su desarrollo económico y su estabilidad política y social, ofrecen en el siglo IV una escasez de población (*oliganthropia*) explicable por causas parciales –descenso de natalidad, frecuencia de abortos, homosexualidad, mortandad...– y por razones históricas específicas.

Las secuelas de muertes, destrucciones y devastaciones de las guerras civiles y exteriores en las que Siracusa se vio implicada, obligaron a la incorporación de nuevos ciudadanos de las comunidades vecinas. Incluso avanzado el siglo IV, Timoleón asentó en Siracusa y su comarca a 50.000 nuevos ciudadanos. En este sentido, la Guerra del Peloponeso tuvo para Atenas consecuencias desastrosas: huida de una gran cantidad de esclavos y de metecos y pérdida de una parte importante de la población, que ya no recuperó su antiguo dinamismo. La comunidad de Esparta siguió una trayectoria peculiar. Por falta de evidencia, se desconocen los movimientos de población sufridos por los periecos e hilotas. Estos sectores, lo mismo que los ciudadanos de Esparta, sufrieron pérdidas cuantiosas durante la Guerra del Peloponeso, de las que al parecer se recuperaron posteriormente. Pero es el sector de los ciudadanos de pleno derecho, los espartiatas, el que desde mediados del siglo V experimenta un descenso continuo, desde los hipotéticos 10.000 ciudadanos de la época de Licurgo, a los 2.500 en tiempos de la batalla de Mantinea.

2. Grupos jurídicos

Grupo jurídico y clase social

Las comunidades políticas griegas, conformadas a lo largo del período arcaico, desarrollaron sus propias iniciativas políticas, caracterizadas por un desarrollo desigual de sus constituciones ciudadanas, de su estructura social y de la vida económica, con un espectro que va desde democracias avanzadas a estados arcaicos, poco desarrollados en estos ámbitos fundamentales.

Si utilizamos la denominación de "categorías" o "grupos jurídicos" es porque en los estados griegos categoría jurídica y clase social no se corresponden, como tampoco categoría social y papel económico guardan una relación necesaria: ciudadanos, extranjeros, libres y esclavos estaban implicados en las mismas actividades económicas.

Los estatutos jurídicos que regulaban la población de un estado, variaban de unos lugares a otros. Pero había situaciones comunes a todos ellos: cuerpo de ciudadanos de pleno derecho; carencia de derechos políticos para la mujer; existencia de hombres y mujeres privados de libertad, con variedad de situaciones concretas, y subsistencia de un elevado número de personas libres que no participaban de la categoría de ciudadanos.

Ciudadanos

Derechos y prerrogativas.– El sector ciudadano, al que se pertenecía por nacimiento y reconocimiento paterno, se definía por su participación en el poder político, del que estaba excluido el resto de la población. Sus derechos no se traducían únicamente en términos políticos y jurídicos. Alcanzaban también al ámbito económico: el más importante era la posesión de la tierra, auténtico elemento económico de distinción entre el ciudadano y el no ciudadano. En Atenas, además, capacitaba para beneficiarse de las distribuciones de trigo, asistir gratuitamente a los espectáculos y recibir indemnizaciones por el desempeño de funciones políticas. La persona libre no ciudadana sólo de forma esporádica y excepcional podía verse favorecida en Atenas con la *enktesis* o derecho a adquirir una finca o una casa.

Requisitos.– La ciudadanía proporcionaba, pues, grandes beneficios y prerrogativas. Este disfrute egoísta puede dar la explicación de por qué los estados democráticos, especialmente Atenas, tan generosos en la defensa del principio de igualdad, se mostraran tan avaros en la concesión de los derechos de ciudadanía a extranjeros, sólo posible por decisión extraordinaria de la asamblea popular. A diferencia de las épocas arcaica y helenística, que mantuvieron a este respecto una actitud más liberal, una ley de Pericles del 451/450, vigente todavía en el 403, restringía la ciudadanía a los descendientes de padre y madre ciudadanos. Pero no sólo Atenas cerraba celosamente las puertas de acceso a la ciudadanía. Esparta cuidó con mayor rigor el cumplimiento de los derechos y obligaciones de sus ciudadanos. Es cierto que no todos los estados obraban con la misma severidad. Aristóteles recuerda que en muchos bastaba que uno de los padres fuese ciudadano para

transmitir el derecho a su descendencia. Y cuando las circunstancias exigían la recomposición del cuerpo de ciudadanos, no faltan casos de concesiones masivas, como las efectuadas en Siracusa por Timoleón, en la segunda mitad del siglo IV.

El cuerpo ciudadano de las poleis *griegas.*– Por lo que se refiere al cuerpo de ciudadanos, las diferencias de un estado a otro eran muy grandes. En Esparta, los ciudadanos *(homoioi)*, que constituían una casta guerrera, representan un caso extremo, al estar liberados de toda actividad económica y depender para sus necesidades del resto de las categorías sociales, periecos e hilotas. Sus tierras eran cultivadas por los hilotas, adscritos a ellas, que satisfacían a sus dueños una parte elevada del producto obtenido. El disfrute de los derechos cívicos dependía de estos recursos, pues sólo con ellos podía contribuir, con la regularidad exigida, a las comidas en común con sus compañeros, condición indispensable para mantener estos derechos.

Con métodos variables, los diversos estados griegos organizaron su cuerpo de ciudadanos. En estados federales como el beocio, al menos para el 395, la posesión de un mínimo de fortuna era indispensable para acceder a los consejos y posiblemente también para pertenecer a la asamblea. Esto no sucedía en Esparta. El ideal de los ciudadanos espartanos, que ya tenían cubiertas sus necesidades con la posesión de las tierras, tendía como utopía inalcanzable a la igualdad, como señala la propia denominación de *homoioi* ("iguales"). Pero, en realidad, no todos disfrutaban de los mismos privilegios. Había una minoría que destacaba por su riqueza e influencia y que formaba, de hecho, una especie de aristocracia dentro del cuerpo de los Iguales. El caso de Atenas era distinto. Todos los ciudadanos, poseyeran o no bienes inmuebles, tenían participación casi plena en los derechos políticos, al menos desde mediados del siglo V.

A diferencia de lo que ocurría con los espartanos, los ciudadanos de algunos estados griegos, como el ateniense, no sólo eran los propietarios de la tierra, sino que se dedicaban a diversas profesiones y actividades comerciales, que podían cambiar a voluntad. En el cuerpo de ciudadanos existía un escalonamiento, cuyo punto de referencia era la riqueza y el patrimonio. La aristocracia cultural y social, que tenía por base el nacimiento, estaba compuesta mayoritariamente de grandes terratenientes, mientras iba en aumento el número de medianos y pequeños propietarios y, por supuesto, de *thetes*, que se veían abocados a dedicarse a actividades artesanales, a servir en la marina como remeros o a ganarse el jornal en la agricultura. Hasta la Guerra del Peloponeso, la clase política se nutrió de estos aristócratas terratenientes. A partir de entonces, comenzaron a proliferar nuevos ricos no terratenientes, que aspiraban a conducir al pueblo en sustitución de la aristocracia de cuna, aún en posesión de un gran predicamento.

La condición de la mujer.– En los estados griegos, desde que nace hasta que muere la mujer está subordinada a la autoridad del padre y del esposo. Era una ciudadana pasiva, sin participación en la vida política de la ciudad. Esta inferioridad de carácter político, que se consideraba como natural, colocaba a la mujer en una situación potencialmente inferior a la del meteco e incluso a la del esclavo. Si las circunstancias lo requerían, ambos grupos sociales podían ser llamados a participar en la defensa de la ciudad (la mujer no) y podían recibir la ciudadanía, especialmente los metecos, y con ella la casi totalidad de los derechos políticos.

Pero en Atenas, desde Pericles y durante el siglo IV, estas "ciudadanas pasivas" eran imprescindibles para la transmisión de la ciudadanía y de la herencia, que se realizaba a través de la institución del *epiclerato* (casamiento con el pariente más próximo por línea paterna), necesaria en los núcleos familiares en los que el padre había desaparecido y no había hermanos que recibiesen el legado familiar. Esta marginalidad de la mujer de la vida política estaba parcialmente compensada por su significado papel en el seno familiar y en las fiestas religiosas, donde tenía participación activa, amén de la influencia indirecta que, con habilidad, algunas de ellas ejercían sobre sus maridos. Un autor del siglo IV advierte a los jueces del riesgo de emitir un veredicto favorable a una cortesana, argumentando la dificultad de justificarlo ante sus esposas cuando regresasen a sus hogares.

Fuera del contexto familiar, las relaciones sociales de las mujeres, al menos las de las atenienses, eran muy limitadas. No podía salir de casa sin permiso del marido y sólo por motivos justificados. Estas costumbres restrictivas que imponía el comportamiento de buen tono, no rezaban para la ciudadana pobre a la que la necesidad obligaba a salir de casa para vender en el mercado o ejercer una actividad artesanal. De todas formas, la situación de las mujeres atenienses, que los modos sociales imponían, representa un caso extremo. En Esparta, las mujeres recibían una formación colectiva y realizaban actividades deportivas con toda naturalidad. Aunque no hay mucha evidencia al respecto y desconocemos con precisión cuál ha podido ser la evolución de la condición de la mujer para todos los estados griegos a lo largo de los dos siglos que consideramos, es muy posible que la situación más general y común de la mujer haya que situarla entre ambos extremos.

Los no ciudadanos libres

Si no se reunían los requisitos jurídicos necesarios o si no se podían cumplir algunas de las exigencias que el Estado imponía, se perdía la condición de ciudadano y se pasaba a pertenecer a los grupos sociales intermedios. En estos grupos se incluían, por lo general, los frutos de las uniones entre ciudadanos y esclavas, aunque, en realidad, la concreta situación jurídica de los nacidos de estas uniones variaban de unos estados a otros. En Atenas, se desconocían legalmente estas uniones, que el Código de Gortina, redactado posiblemente entre el 480 y el 460, recogía.

Mothakes.– En Esparta, los frutos de las uniones de espartano e hilota componían el grupo social de los *mothakes*. Los miembros de este grupo, al igual que los hilotas manumitidos por el Estado, eran libres, pero no disfrutaban de los derechos que poseían los Iguales.

Inferiores.– Por otro lado, el espartano que no estaba en condiciones de aportar la obligada contribución a la comida en común, perdía su condición ciudadana y descendía a la categoría de los Inferiores (*hypomeiones*). Y a esa condición inferior eran reducidos también los ciudadanos que flaqueaban en el combate o desertaban. Estos grupos intermedios, de difícil clasificación en un estado que, como el espartano, no definía claramente las nociones de ciudadanía y libertad, como era el caso de Atenas, parece oportuno incluirlos en la categoría jurídica de libres no ciudadanos o con derechos disminuidos.

Periecos.– En la categoría jurídica de los no ciudadanos tiene una especial significación el grupo de los periecos y de los metecos.

La existencia de comunidades periecas no era una característica exclusiva del estado espartano. Se daba también en Tesalia, Creta, la Argólide, Licia..., aunque, por lo poco que las fuentes informan al respecto, parece que no tenían características homogéneas. Mucho menos puede suponerse que sus derechos jurídicos fuesen equiparables a los de los metecos atenienses.

En Esparta, las comunidades periecas –casi un centenar– gozaban de una autonomía local supeditada a los intereses del estado espartano, tenían una cota de participación importante en el Estado, denominado colectivamente con el término genérico de "los lacedemonios" (periecos más espartanos), pero carecían de voz y voto en las decisiones estatales. Por el contrario, los periecos de Tesalia, comunidades sometidas pero calificadas por los textos como aliados, constituían verdaderos estados, con capacidad jurídica para acuñar moneda y para tener representación en la anfictionía de Delfos.

A diferencia de los metecos de Atenas, los periecos no eran considerados como extranjeros, sino miembros de comunidades autóctonas, sometidas tempranamente, o estados conquistados con posterioridad, a los que se impuso esa condición de subordinados; retenían parcelas de soberanía local, entre ellas la propiedad de la tierra. En Esparta, por la forma especial en la que estaba organizado el Estado, los periecos desarrollaban las actividades económicas que los ciudadanos tenían prohibido realizar.

Metecos.– Durante la Época Clásica, las guerras intestinas entre estados, los conflictos internos, la abundancia de mercenarios y soldados de fortuna y la existencia de potentes centros de actividad comercial y artesanal que funcionaban como focos de atracción para quienes aspiraban a mejorar de condición, originaron una ingente masa de desplazados, que pululaban por todo el mundo griego y territorios bárbaros.

Los metecos eran extranjeros libres, griegos o no, que se domiciliaban en una ciudad griega con carácter permanente o transitorio. En la Atenas del siglo IV, período en el que la documentación es más abundante, fueron muy numerosos. El meteco ateniense se distinguía del extranjero de paso por determinadas características jurídicas, que le permitían una cierta integración en la ciudad.

Pasado un mes de permanencia en Atenas, el extranjero visitante debía inscribirse como meteco en un *demo* y procurarse un patrono valedor ateniense (*prostates*) que le representase ante la justicia. Su condición de no ciudadano quedaba puesta de manifiesto en su sometimiento al pago de una tasa (*metoikion*) de carácter personal, de una cuantía de doce dracmas anuales, si se trataba de un varón, o de seis, si era una mujer cabeza de familia. Por otra parte, y salvo el caso excepcional de que se viesen gratificados con la concesión de la "igualdad de impuestos" (*isotelia*), estaban obligados, además, como el resto de los extranjeros transeúntes, al pago de la tasa que les daba derecho a comerciar en el mercado. A mayor abundamiento, los metecos ricos, igual que los ciudadanos acomodados, estaban obligados a contribuir con su dinero en las liturgias de la ciudad y en la *eisphora*, impuesto extraordinario destinado a financiar los gastos de guerra.

Aunque privado de derechos políticos y sin un procedimiento regular que permitiese el acceso a la ciudadanía de forma automática tras un cierto tiempo de residencia, las personas y bienes del meteco estaban jurídicamente protegidos por el Estado. Disfrutaba, por tanto, de un grado muy elevado de integración en la vida de la ciudad: intervenía en las ceremonias religiosas y participaba en la defensa de la ciudad como tropa de guarnición o como remero de la flota.

Al estar excluidos del derecho de poseer bienes inmuebles (fincas y casas), los metecos canalizaron todas sus energías en aquellas actividades productivas –artesanía, comercio, banca...– que no les estaban vedadas. Su importancia económica creció sin cesar, hasta el punto de convertirse en elementos indispensables de la vida económica de la ciudad. Su elevado número y trascendencia económica no dio lugar en Atenas a un sentimiento xenófobo; por el contrario, el propio Estado alentó su presencia en la ciudad por las ventajas económicas que se derivaban de ello: no costaban nada al Estado, pagaban cuantiosos impuestos, suministraban y complementaban servicios que los ciudadanos no cubrían en su totalidad y, además, servían en el ejército y la marina.

Los no libres

Desde el punto de vista cuantitativo, la categoría jurídica de los no libres variaba de un estado a otro. En aquellos que experimentaron un gran desarrollo económico o bien organizaron la sociedad de un modo peculiar, como Esparta, el número de esclavos era muy elevado. Esparta, Quíos y Atenas figuran entre los estados con mayor número de esclavos. En otros, como los estados montañosos de Fócide y Lócride, su presencia es muy exigua.

No sólo en el aspecto cuantitativo presentaba la esclavitud diferencias en los estados griegos, también sus características eran distintas en un lugar o en otro, como resultado de la forma específica en la que se produjo la pérdida de la libertad, y de su evolución histórica concreta.

Poblaciones sometidas.– Impedimentos legales, como sabemos, prohibían a los espartanos dedicarse a otras actividades que no fuesen las militares. Otros sectores sociales

debían realizar por ellos las tareas productivas. Este era el caso de los periecos, pero, sobre todo, el de los hilotas. En Esparta, la existencia del esclavo-mercancía apenas si es puramente testimonial. Eran los hilotas los que, para beneficio de los ciudadanos, cultivaban la tierra, principal fuente de riqueza de Esparta.

La existencia de esta categoría social, producto del sometimiento de poblaciones indígenas que se reproducen dentro del marco legal de sometimiento, es común en varios estados griegos. Representan un tipo peculiar dentro de la categoría jurídica general de los no libres. De hecho, y como indicio de su sometimiento colectivo y de su homogeneidad, los componentes de este grupo aparecen denominados en las fuentes con nombres específicos: *mariandynoi* en Heraclea Póntica, *klarotai* en Creta, *gymnetai* en la Argólide, *hilotas* en Esparta, *penestai* en Tesalia... Pese a los rasgos comunes a todos ellos, las diferencias que los separan son también importantes. Es el caso, por ejemplo, de dos estados que, cómo el tesalio y el espartano, también coincidían en compartir la categoría jurídica de los periecos.

Por lo que respecta a los *penestai* tesalios, su relación de dependencia con el cuerpo ciudadano no se percibe en las fuentes con la claridad deseada. En ocasiones, los presentan como esclavos asalariados; en otras, como personas que pueden disponer de mayor riqueza que sus dueños. Estos *penestai*, que consiguieron progresivamente su emancipación a lo largo del siglo IV, son considerados por la moderna historiografía a caballo entre la esclavitud y la libertad.

Sobre los hilotas espartanos estamos mejor informados, aunque subsisten todavía muchos puntos oscuros. Las fuentes literarias consideran siempre a los hilotas como esclavos. Tucídides recuerda que, cuando se firmó la paz de Nicias en el 421, a instancias de los espartanos se especificaba, sin duda con referencia a los hilotas, que "si se sublevan los esclavos (*douleia*), los atenienses ayudarían a los lacedemonios con todas sus fuerzas". Atenas, en cambio, no imponía una cláusula semejante, quizás porque no considera posible una sublevación de sus esclavos, carentes de homogeneidad étnica y de conciencia de grupo compacto. Estos caracteres sí los tenían, en cambio, los hilotas espartanos, más desdibujados en las comunidades esclavizadas de Laconia, pero todavía vivos en las de Mesenia, sometidas más recientemente.

Aunque a los hilotas no les era ajena alguna actividad artesanal y doméstica de tono menor, desde el punto de vista económico y social eran, ante todo, campesinos dependientes que cultivaban la tierra y pagaban el canon establecido al dueño del *kleros*. Pero no eran propiedad exclusiva del amo. Pertenecían al mismo tiempo a la ciudad y al dueño, de tal manera que, aunque el propietario de la tierra era el beneficiario directo del trabajo del hilota, el Estado mantenía sobre él una cierta jurisdicción, evidente en el impedimento legal que prohibía al dueño vender o liberar a sus hilotas. Esta relación imprecisa, que vinculaba al esclavo con el Estado, se pone de manifiesto en su utilización en el ejército y en el hecho de que su liberación por actos de servicio era concedida por el Estado y no por los particulares.

A diferencia del trato más liviano que recibían los campesinos dependientes de otros estados griegos, los hilotas espartanos eran objeto de las vejaciones más execrables, con la intención de minarlos moral y psicológicamente. Esta política de aniquilamiento moral se reforzó con un sistema de terror, que buscaba resquebrajar la conciencia de identidad de origen, todavía viva entre los hilotas mesenios, y su deseo de independencia.

Esclavo-mercancía.- En la Época Clásica, los esclavos se convirtieron en la mano de obra insustituible. En los estados que disfrutaban de un gran desarrollo económico, la inversión en esclavos era una de las operaciones financieras más rentables, especialmente durante el siglo IV. Esclavos de todos los orígenes y procedencias llegaban en abundancia a los mercados. En Atenas, su número creció sin cesar conforme se ensanchaba el marco de las actividades económicas. Tucídides recuerda que en el curso de la Guerra de Decelia huyeron veinte mil esclavos, muchos de ellos artesanos. No había rama de la actividad económica y doméstica ateniense que no contase con mano de obra esclava. Si nos atenemos a las cifras que proporcionan las fuentes del siglo IV, el número de esclavos era tan elevado que incluso los pequeños campesinos disponían de alguno y, con mayor razón, las clases adineradas.

En todas las actividades económicas, los esclavos trabajaban al lado de los libres sin distinción. Sólo el trabajo en las minas de Laurión, debido a su dureza, se descargaba sobre esclavos en su inmensa mayoría. Consecuentemente, no era el tipo de trabajo lo que en Atenas, como en otros estados griegos, distinguía al hombre libre del esclavo, sino la finalidad por la que se trabajaba y en interés de quién revertían los beneficios del trabajo. La persona libre, ciudadano o no, trabajaba por su propia cuenta y en beneficio propio, mientras que el esclavo, salvo excepciones, lo hacían por cuenta propia y en provecho ajeno.

Desde el punto de vista jurídico, el esclavo carecía de derechos. Era propiedad del Estado, si se trataba de un esclavo público, o de un dueño privado, que, salvo algunas medidas restrictivas, podía disponer de él a su antojo, como si se tratase de un bien mueble.

Pese a la ausencia total de derechos, generalizable a todos, la situación concreta de los esclavos variaba considerablemente. No estaban en la misma situación los esclavos de las minas, que trabajaban en condiciones lamentables, que los esclavos domésticos o los que "vivían aparte" (*choris oikountes*), es decir, siervos dedicados a un trabajo artesanal, que, tras entregar al dueño el canon convenido, podían amasar un peculio con el que comprar su libertad. En Atenas, los esclavos públicos y privados no se convertían automáticamente en ciudadanos por el hecho de la manumisión. Alcanzaban un estatuto jurídico semejante al de los metecos y quedaban sometidos a un cierto número de obligaciones respecto a su antiguo dueño, que se convertía en valedor de su nueva situación.

b ECONOMÍA

1. Caracteres generales

A lo largo de la Época Clásica, la economía de los estados griegos estuvo sujeta a numerosas variaciones y transformaciones, exponentes de situaciones circunstanciales o de fenómenos de mayor duración. Sobre todo, la dilatada Guerra del Peloponeso y sus desastrosas consecuencias constituyeron un elemento de profunda transformación, especialmente para la Atenas clásica. Pero aunque en la vida económica griega de esta época las variaciones y cambios hayan sido numerosos, la amplitud y la profundidad de los cambios no han sido tan grandes como para tener que tratar por separado la economía de los siglos V y IV. Tanto en un siglo como en el otro, la sociedad se encuentra sometida a los mismos principios jurídicos básicos y aunque las mentalidades y manifestaciones culturales evolucionan a lo largo de todo el período, lo hacen con gran lentitud. No supone, por tanto una distorsión excesiva de la realidad considerar globalmente las manifestaciones económica de ambos siglos e insistir de forma singular en aquellas evoluciones importantes desarrolladas en un período cronológico concreto.

El valor social de la tierra

En las decisiones internas y externas de los estados griegos, las cuestiones económicas nunca constituyeron un ámbito independiente: estuvieron siempre subordinadas a otro tipo de consideraciones, especialmente de carácter político. Todos los estados necesitaban disponer de fuentes de riqueza y parte de su población debía trabajar para que la comunidad subsistiera. La riqueza, especialmente la agrícola, poseída en gran parte por la aristocracia, no sólo proporcionaba bienestar económico; era también fuente de prestigio y reconocimiento social.

El ciudadano alcanzaba su mayor grado de libertad cuando podía desarrollar su existencia sin una dependencia económica de otro y sin tener que trabajar. En Esparta, hubiera sido impensable que los ciudadanos, que vivían de las rentas del lote asignado, se dedicasen a una actividad económica, y, por supuesto, no eran los únicos. Parecida era la actitud mantenida en Tebas y en otros estados griegos, donde se despreciaba el trabajo dependiente con respecto a otras actividades políticas y culturales.

En este sentido, la actitud de Atenas difería esencialmente. Una ley de Solón, o atribuida al menos a Solón, prohibía la ociosidad y exhortaba a los padres a enseñar un oficio a los hijos. Otra ley ateniense impedía echar en cara a otro su pobreza o el oficio ejercido. Dentro de los ideales democráticos defendidos por Pericles estaba el que a ningún ciudadano se le "impidiese en caso de pobreza, si podía hacer cualquier beneficio a la ciudad, el ser honrado en la cosa pública". Pero lo que se proclamaba y defendía eran valores políticos más que económicos. Al menos, la democracia ateniense atemperó algunas actitudes hostiles imperantes en otros estados griegos respecto de la actividad económica. Los ciudadanos trabajadores del campo, los artesanos o los comerciantes, por el hecho de trabajar en esas actividades, no estaban excluidos del disfrute de la plenitud de los derechos políticos. Pero la democracia ateniense, generadora de cambios y creadora de nuevas perspectivas, no dio más pasos decisivos en este terreno ni creó un sistema de valores que hiciese de la actividad económica el elemento fundamental que sustituyese a los valores aristocráticos. Estos valores seguían siendo apetecidos y estimados. Baste recordar las burlas de los comediógrafos de la segunda mitad del siglo V contra la nueva ola de demagogos que ejercían un oficio o se dedicaban a actividades económicas: Cleón, curtidor; Hipérbolo, comerciante de lámparas; Cleofonte, fabricante de liras...

Economía urbana

Los productos destinados a la exportación, excepto los agrarios y ganaderos, procedían y tenían como destino la ciudad. En el campo, las necesidades eran limitadas y los instrumentos sencillos. La mayoría de las necesidades del agricultor se satisfacían en el propio campo, sin necesidad de acudir a buscarlo al exterior. Lo normal era que los miembros de la familia fuesen capaces de realizar trabajos muy diferentes: arar, sembrar, cosechar, hacer pan, fabricar herramientas, calzados, vestidos... También en la ciudad algunas de estas actividades se realizaban en el seno de la familia. Pero la ciudad constituía un mundo más amplio en la producción de objetos más complejos y en la capacidad de consumo. Las ciudades eran canalizadores de las exportaciones de los excedentes agrícolas del entorno y de los productos manufacturados en ellas, así como focos de atracción de las mercancías que se necesitaban.

El ideal de la autarquía

La máxima aspiración económica de todo estado griego era la autarquía, es decir, producir todo lo que necesitaba sin necesidad de recurrir al exterior. Era un ideal utópico, pues las ciudades no podían ser autosuficientes. Necesitaban materias primas, bienes suntuarios y esclavos, que pagaban con los recursos de que disponían. En este aspecto, las ciudades presentaban unas grandes diferencias. Las ciudades del tipo de Tebas, que cifraban en la agricultura su mayor fuente de riqueza, ofrecían productos agrarios. Otras, que gozaban de una posición envidiable en las rutas comerciales, desarrollaron profusamente el sector servicios, especializándose en la elaboración de algunos productos. Antes de las Guerras Médicas, los centros comerciales más activos se localizaban en Asia Menor. Con la derrota persa, el centro económico se desplazó a algunas ciudades continentales e insulares: Corinto, Egina, Quíos, Atenas... El desarrollo económico experimentado por las ciudades griegas durante el siglo V comportó un aumento importante de las actividades artesanales y comerciales, que generaron un engrosamiento considerable de la población libre y esclava.

La balanza comercial

El trabajo artesanal y comercial no ocupó en la vida económica de todos los estados griegos el mismo lugar. Había estados como Esparta, Tebas, Tespias, o Epidauro que consideraban el trabajo artesanal limitador de la capacidad del ciudadano en su actividad cívica. En los estados que habían dado pasos decisivos en el desarrollo económico, la demanda interior, con mayor peso que la producción destinada a la exportación, hizo florecer los talleres dedicados a satisfacerla. Las fuentes literarias aluden a las exportaciones de productos manufacturados de algunas ciudades, pero inciden más en la excelencia de productos de calidad que en la cantidad de las exportaciones. Por deficiencias de las fuentes de información, no podemos conocer con exactitud el papel que, en el contexto de la producción interna –agrícola y artesanal– de los estados griegos, desempeñaban estos productos de calidad. No se puede hacer, por tanto, un balance fiable del que pueda deducirse si la relación entre las importaciones y exportaciones era favorable o no en la economía de un estado. De la misma manera que no había una industria y un comercio estatales (actividades que en el Ática estaban mayoritariamente en manos extranjeras), tampoco los estados griegos se preocuparon por comparar y relacionar el estado de las importaciones respecto de las exportaciones.

El problema de los abastecimientos

Pero los estados griegos, especialmente los más desarrollados como Atenas, necesitaban recurrir a importaciones de productos de consumo y de materias estratégicas para alimentar a una población numerosa y mantener las cotas de crecimiento. Ante este tipo de importaciones, los estados griegos, sobre todo Atenas, manifestaba grandes preocupaciones económicas, valoradas no tanto como problemas económicos *per se*, sino como problemas políticos que era preciso atender y resolver. En el ámbito de sus preocupaciones e iniciativas políticas permanentes, Atenas hizo denodados esfuerzos por controlar directa e indirectamente las regiones en las que se encontraban esas fuentes de aprovisionamiento: en el siglo V, lo logró haciendo uso de su imperio y de una política agresiva; en el IV, tejiendo una tupida red de relaciones con las comunidades que disponían de importantes reservas de trigo y de materias estratégicas y desarrollando una legislación comercial que diese garantías suficientes a los exportadores y comerciantes de esos productos y materias prioritarias.

2. La tierra

La tierra, criterio económico y social

En las comunidades griegas, incluidas las que disfrutaban de un desarrollo artesanal y comercial significativo, la agricultura siguió manteniendo un papel económico preponderante y una estimación social superior. Había un sentimiento ampliamente difundido en el tejido social de que la propiedad de la tierra era un privilegio de los ciudadanos. De hecho, en muchos estados griegos sólo los propietarios de tierras disfrutaban de la plenitud de los derechos políticos.

También en la Grecia Clásica, como antes en la arcaica, poseer tierra proporcionaba poder económico y prestigio social. A nadie le pudo causar extrañeza que en un siglo como el IV, de grandes transformaciones y cambios, la agricultura fuese valorada por Jenofonte como "la profesión más honrada porque da a la ciudad sus mejores ciudadanos". Durante la Época Clásica, Grecia, y sobre todo el Ática, conoció un gran desarrollo agrícola, unido a una fundamental transformación agraria: la producción, en lugar de destinarse en su totalidad al consumo directo e inmediato, se orientó en parte hacia la exportación.

El monocultivo

Los estados griegos, conscientes de que era imposible crear con sus tierras una unidad económica autosuficiente, acentuaron la tendencia de especializar su producción agrícola e importar lo necesario. Atenas se concentró en el cultivo del vino y de la vid para la exportación y acudió a las importaciones de trigo para alimentar a una población urbana en constante crecimiento, sin descuidar totalmente la producción interna de cereales. Los intereses agrarios del suelo ático y los comerciales de Atenas y del Pireo no eran opuestos, sino complementarios. Sólo cuando durante la Guerra del Peloponeso se produjo la evacuación hacia Atenas de la población campesina, se creó un distanciamiento entre los intereses de esta población y la urbana. Atenas dependía cada vez menos de su producción agraria y necesitaba en medida creciente de las importaciones que entraban por el Pireo.

El derecho de propiedad

Las fuerzas de trabajo.– En los estados griegos había grandes diferencias en la cantidad de tierras poseídas por los ciudadanos. En algunos de ellos, como Esparta, estas diferencias no eran muy acusadas. En Atenas, al menos hasta la Guerra del Peloponeso, la tierra constituía la parte primordial de la riqueza de los aristócratas y de las familias acomodadas. Muchos ciudadanos acomodados tenían por costumbre dejar en manos ajenas la administración de sus propiedades; otros, por el contrario, se desplazaban cotidianamente a sus campos para vigilar el trabajo de sus operarios y esclavos. Jenofonte establece una clara distinción entre los propietarios que trabajan la tierra con sus manos y los que se encargan únicamente de la supervisión de la explotación. Para la inmensa mayoría de los propietarios del Ática, que eran precisamente los que tenían propiedades medianas y pequeñas, no quedaba otra opción que cultivar personalmente sus tierras, ayudándose ocasionalmente con asalariados y esclavos.

Es difícil saber la cantidad de propietarios que había en el Ática. Cuando, en el 403, Formión intentó infructuosamente que los derechos políticos quedaran reservados en

exclusiva a los propietarios de tierras, la medida restrictiva sólo afectó a cinco mil ciudadanos: los pobres de solemnidad, artesanos y comerciantes.

La alienabilidad de la tierra.– La Guerra del Peloponeso generó cambios y transformaciones. La invasión del Ática obligó a evacuar la población campesina, que se refugió en Atenas. Viñedos, olivares y cosechas fueron reiteradamente destruidos por los espartanos. Muchas tierras quedaron yermas. Una vez que el enemigo se retiró, hubo campesinos que no tuvieron recursos suficientes para volver a poner en cultivo sus tierras o para poder resistir varios años sin obtener beneficios, si se trataba de viñedos y olivares. Muchos de ellos prefirieron vender sus tierras. Un pasaje del *Económico* de Jenofonte recuerda que el padre de Isómaco compraba tierras yermas, las preparaba para el cultivo y las vendía.

En el siglo IV, las enajenaciones de patrimonios agrícolas son abundantes. La cuestión es si lo fueron con anterioridad a la Guerra del Peloponeso, como defiende algún historiador. Aristóteles, de forma imprecisa y hasta cierto punto contradictoria, sugiere que la tierra no se podía vender, lo que ha provocado la suposición de que la tierra no podía salir del *genos*, o al menos del círculo familiar. Este tipo de afirmaciones no se encuentran apoyadas en textos explícitos. Es posible, no obstante, que con anterioridad al siglo IV el derecho de propiedad del padre de familia estuviese reforzado en algunos estados griegos. Y este reforzamiento, al poner obstáculos a que las tierras saliesen fuera del contexto familiar, posibilitaría a la larga que los patrimonios originales estuviesen vinculados por más tiempo a las mismas familias. Pero poner obstáculos no supone necesariamente impedir. De hecho, resultaría extraño que las fuentes escritas no hubiesen dejado constancia de un cambio tan radical, en el supuesto de que durante la Guerra del Peloponeso se hubiese pasado de la inalienabilidad a la enajenación de las tierras.

3. El artesanado

Caracteres generales

Oficios y división del trabajo.– Antes de la Época Clásica, los oficios estaban ya muy desarrollados y diversificados. Ello no impedía el que determinados objetos y alimentos (vino, aceite, cerámica común, vestidos, objeto de cuero y herramientas, entre otros) tuviesen una elaboración doméstica tanto en la ciudad como en el campo, aunque en detrimento de la calidad. Fueron las aglomeraciones urbanas las que, al crear unas necesidades que no podían atenderse con la producción doméstica, contribuyeron a singularizar los oficios y a diversificar el trabajo. Los diferentes oficios y profesiones no sólo elaboraban determinados productos, sino que, como recuerda Jenofonte, la especialización se había introducido con fuerza en el interior de ciertos oficios, como los de sastre o zapatero.

El operario especializado en la realización de la misma operación laboral adquiría una habilidad que se traducía tanto en la facilidad de producir un objeto como en su calidad. Pero el griego no veía, exclusivamente, en la especialización un medio de conseguir un aumento de la producción a unos precios más baratos, en competencia con los productos

de otros artesanos menos hábiles y rápidos. El deseo de calidad y de perfección del producto iba más allá de las simples motivaciones económicas. Hundía sus raíces en el carácter agonístico que iluminaba la concepción griega de la vida.

El taller.– No había grandes talleres. Una de las factorías más grandes de Atenas, que fabricaba escudos, utilizaba, aproximadamente, ciento veinte operarios. La mayoría de los talleres empleaba una media de veinte trabajadores. Lo corriente era que los artesanos trabajasen en sus casas o en pequeños talleres. La masiva difusión del trabajo artesanal en el hogar fue la razón primordial de que no existiese una organización artesanal de grandes dimensiones. Las factorías más grandes y los pequeños talleres limitaban su producción a las necesidades internas y a las demandas recibidas. La petición de productos de lujo y de bienes suntuarios era minoritaria y no sufría grandes alteraciones, ya que el número de personas con alto poder adquisitivo era muy pequeño y no varió mucho a lo largo del tiempo. La demanda del resto de los productos manufacturados sufría mayor variación. Si la demanda interior crecía como consecuencia del aumento de población o por circunstancias coyunturales como la guerra, la respuesta inmediata era la elevación de la producción con un aumento del número de talleres dedicados a la fabricación de los objetos solicitados, pero no se invertían grandes cantidades de dinero en la ampliación de las factorías o en el aumento de la mano de obra. El expediente normal era la proliferación de talleres pequeños, (muchos de ellos en los propios hogares), que, por la sencillez y bajo precio de las escasas herramientas utilizadas y por la disponibilidad de mano de obra esclava, no requerían grandes inversiones de capital. Y no es que faltasen esos capitales.

La producción.– Gentes adineradas arriesgaban su fortuna en peligrosas operaciones comerciales marítimas, pero no se veían tentados en inversiones destinadas a la ampliación de las factorías y al perfeccionamiento del utillaje. Desde el punto de vista de los rendimientos económicos, de nada servía incrementar la cantidad de factorías y aumentar la cuantía de la mano de obra para trabajar sobre un volumen mayor de objetos. Con ello se aumentaba la producción, pero los costos eran los mismos y consecuentemente el precio de los productos parecido. En la balanza de los rendimientos, se hubiese producido un cambio cualitativo si uno de los talleres hubiese desarrollado una innovación tecnológica, que, puesta al servicio de la misma mano de obra, hubiera permitido producir más con sólo una ligera elevación de los costos de producción. Así se habrían podido vender los productos a precio más barato. Pero las innovaciones tecnológicas no tuvieron lugar, posiblemente porque el propietario rehusaba embarcarse en arriesgadas aventuras de innovaciones del utillaje y prefería más comprar mano de obra esclava que costaba poco dinero.

Manufactura

Cerámica.– Los productos cerámicos estaban prácticamente en todas las actividades de la vida cotidiana: se utilizan en las ceremonias religiosas, en las tumbas, como vajillas

y lámparas de alumbrado, como depósitos y contenedores de líquidos y áridos y como objetos de decoración. Las disponibilidad de arcilla para elaborarlos era muy abundante por toda Grecia y los alfares locales podían, por tanto, satisfacer la demanda interior de los productos más usuales. La importancia de esta rama artesanal se cifra en el elevado volumen de producción de trabajo que proporcionaba. Como elemento de exportación, la cerámica se circunscribía a aquellos productos de lujo que satisfacían los gastos de un sector de la sociedad griega, reducido pero pudiente, que merecía la pena atender. En este sentido, las cerámicas áticas de calidad, primero las de figuras negras y luego las de figuras rojas, se atestiguan hasta en los rincones más apartados de la cuenca del Mediterráneo. Su producción no requería mucha mano de obra. Los talleres eran pequeños y las herramientas sencillas. Aunque diversos operarios trabajaban la misma pieza, la división del trabajo era muy simple: el alfarero diseñaba la pieza y otros artesanos se ocupaban o le ayudaban en el resto de las operaciones. El pintor diseñaba las escenas mitológicas o de la vida cotidiana, adaptándolas a la forma de la pieza. Alfarero y pintor (generalmente metecos y extranjeros, como puede deducirse de los nombres estampados) se complacían en su trabajo individualizado.

A lo largo del siglo IV, Italia, Escitia y otros mercados tradicionales de cerámica ática desarrollaron sus propios talleres. La producción de cerámica ateniense con destino a la exportación decayó lentamente al no encontrar mercados en los que colocar sus productos.

Artesanía textil.– Toda la población de Grecia necesita vestidos. La lana y el lino eran las materias primas más utilizadas en su confección. En las zonas rurales, no era inusual la utilización de pieles. Casi todos los estados griegos, unos en mayor proporción que otros, disponían de ganados, que aportaban la lana necesaria para la confección de los vestidos. El lino no era una planta originaria de Grecia continental. En un principio, tanto la planta como los tejidos elaborados con ella se importaron de Jonia, pero se aclimató rápidamente en el continente y diversos estados griegos confeccionaron con esa fibra.

Desde época antigua, como reflejan los poemas homéricos, la actividad textil era una ocupación primordialmente doméstica. La dueña de la casa, asistida de criadas y esclavas, hilaba, tejía, cortaba la tela y confeccionaba los vestidos para los miembros de la familia. En el siglo IV, cuando las fuentes de información proporcionan más datos, algunas familias vendían los excedentes en los mercados para aumentar sus ingresos. Pero estas actividades domésticas no constituían una competencia importante para los productos salidos de los talleres de confección, especialmente si se trataba de artículos de alta calidad. Esa competencia era muchísimo menor en lo que respecta a la confección de las telas. La maceración del tallo del lino para sacar las fibras, el cardado, bataneo, desbarbado y prensado de las telas de lana requerían operaciones muy trabajosas que exigían mano de obra masculina. La mayor parte de estas operaciones se realizaban en talleres. Obtenidas las telas o la materia prima ya preparada, la confección de los vestidos podía hacerse en el hogar o en talleres especializados.

Los griegos no eran ajenos a la fascinación por los ricos y elegantes vestidos, en consonancia con el poder adquisitivo, el rango social, la coquetería y los criterios de la moda. La demanda imponía una rica variedad de cualidades y coloridos de los vestidos. Las telas de alta calidad se importaban de lugares concretos, celebrados tradicionalmente por sus productos especializados: Mileto se especializó en telas de lana fina; Corinto, en vestidos largos de lino; Amorgos, en delicadas túnicas de esta misma fibra.

Minería.– No todos los estados griegos disponían de recursos mineros. Las regiones con metales preciosos eran muy pocas. La isla de Tasos era rica en oro y plata; el monte Pangeo en Tracia, la isla de Sifos y las minas de Laurión del Ática destacaban por su mineral de plata. En Rodas, Chipre y Cos se extraía plomo. Chipre y Eubea abundaban en mineral de cobre. Las minas de hierro estaban extendidas por diversas regiones de Grecia: destacaban las de Beocia, Eubea, Laconia y las islas de Esciros y Andros. Con excepción de las minas de metales preciosos, hay que pensar que la extracción de los minerales más corrientes se paralizaba cuando las dificultades extractivas o los costos de extracción superaban a los beneficios.

Los estados griegos que contaban con distritos mineros disponían de una fuente de ingresos muy importante, que trataron de asegurar con el monopolio en la posesión de las minas. Las fuentes de información proporcionan pocos datos sobre los modos precisos de explotación. El caso mejor conocido es el de las minas de Laurión. El estado ateniense se reservaba la propiedad de las minas, pero arrendaba la explotación de los pozos a ciudadanos particulares, según se desprende de las inscripciones del siglo IV, por un período determinado y por cantidades de dinero que variaban según la riqueza de la veta y las dificultades de extracción. Algunos de esos arrendatarios explotaban personalmente su concesión, pero, por lo general, dadas las condiciones inhumanas en las que se realizaba el trabajo, se utilizaba mano de obra esclava, que en los momentos de explotación más intensa podía alcanzar los 20.000 ó 30.000 esclavos.

Sacado el mineral a la superficie, se trabajaba en talleres a pie de mina. Ciudadanos y metecos podían ser propietarios de estos talleres, en los que encontraban trabajo operarios sin recursos suficientes. De la explotación de las minas se beneficiaban muchas personas. No siempre el concesionario empleaba esclavos propios; prefería alquilarlos por un óbolo al día a dueños de esclavos.

Metalurgia.– Las familias agrarias, pero también algunas urbanas, después de comprar las materias primas, fabricaban sus propios utensilios domésticos. Había complejos artesanales que, dentro del mismo taller, fabricaban diversos objetos; otros sólo se dedicaban a un producto concreto, como hoces, trípodes, calderos, etc. Pero fue, sobre todo, la industria del armamento la que, dentro del sector metalúrgico, alcanzó durante la Época Clásica gigantescas proporciones. Era lógico que, en una actividad con una demanda creciente, se impusiese la especialización de los talleres: unos hacían escudos, otros espadas, otros lanzas, otros cascos, otros armaduras... Esta actividad creció desmesuradamente durante la

Guerra del Peloponeso en detrimento de otras profesiones artesanales. En tono irónico Aristófanes sostiene que la paz traería beneficios económicos generales a todos y específicos a otros sectores de la producción, pero también provocaría el descenso de beneficios de los fabricantes y vendedores de material de guerra. Acabada la Guerra del Peloponeso, los incesantes conflictos bélicos del siglo IV reclamaron continuamente nuevas provisiones de material armamentístico. La producción no decayó y las fuentes de información dejan constancia, aquí y allá, de algunos casos de fabricantes de armas relacionados con personajes conocidos. El padre del orador forense Lisias era un meteco originario de Siracusa que tenía un taller de escudos y ciento veinte esclavos, una parte importante de los cuales, sin duda, trabajaba en ese taller. Y el padre de Demóstenes dejó en herencia, entre otras cosas, un taller con treinta esclavos, que fabricaban espadas, y otro de muebles con veinte esclavos contratados.

4. Comercio

Caracteres generales

En la Época Clásica, hay que distinguir el comercio al por menor del exterior. El centro de operaciones del primero se encontraba en el mercado público y en él la relación entre producción y venta era muy estrecha. Transportando a lomos de mulos, asnos o sobre sus propias espaldas las mercancías, el pequeño agricultor, el pescador, el artesano y el buhonero de otras regiones próximas al Ática acudía a la ciudad para vender directamente al público sus mercancías. Existían también pequeños intermediarios, que compraban uno o varios productos para revenderlos y obtener alguna ganancia. No faltaban tampoco importadores, que disponían de tiendas para vender los objetos que compraban en otros lugares, ni comerciantes que se hacían cargo de los productos vendidos en bloque por los terratenientes.

Estos pequeños vendedores e intermediarios tenían mala reputación, ya que a menudo desplegaban todo tipo de tretas para zafarse de la vigilancia de los empleados municipales, que velaban por los pesos y medidas y por la limitación de los precios. El desprecio de que eran objeto también guardaba relación con su baja extracción social y con la inevitable necesidad que tenían de dedicarse a ese oficio. Aristófanes buscó provocar en *Los Acarnienses* la hilaridad del público recordando que la madre del laureado Eurípides era verdulera.

En cuanto a las pequeñas adquisiciones necesarias en la vida cotidiana, el intercambio y el trueque fue usual en el campo y no desconocido en el ágora ateniense, si damos credibilidad a las referencias de Aristófanes: por unos puerros, una ristra de ajos. Para el siglo V, no conocemos con exactitud si en las transacciones al por menor intervenía la moneda con la asiduidad que se aprecia para el IV, cuando se acuñaron monedas de bronce que facilitaban este tipo de operaciones comerciales.

Comercio al por mayor

La iniciativa privada.– Los estados griegos no desarrollaron una política "comercial", que considerase como un asunto nacional las importaciones y exportaciones. Por consiguiente, no emprendieron ninguna iniciativa para tratar de colocar en los mercados exteriores sus propios productos en competencia con otros estados. Eran los particulares los que la tomaban, si veían en ello una ganancia. Sólo en dos ámbitos básicos el estado ateniense se mostró especialmente sensible: crecimiento de los recursos fiscales y garantía de abastecimiento de cereales a la ciudad.

Comercio terrestre y marítimo.– La accidentada orografía de Grecia y los caminos interiores difíciles y pedregosos dificultaban el desarrollo de las actividades comerciales por vía terrestre. A veces se necesitaban materiales del interior (mármoles, piedras de cantería y otros productos) que forzosamente era preciso importar, pese a que los elevados costos de transporte disparaban considerablemente los precios. Por esta razón, las ciudades del interior adaptaban su actividad comercial a los recursos del entorno y frenaban el consumo indiscriminado de productos del exterior.

A partir de finales del siglo VI, Atenas consolidó su importancia comercial. En el siglo V, era la ciudad más cosmopolita y comercial de toda la cuenca del Mediterráneo. Era, como decían los atenienses, la "reina del mar", ya que la mayoría de los estados griegos dependían comercialmente de las instalaciones del Pireo. Productos de los lugares más distantes de Grecia llegaban al puerto. Atenas sostenía un comercio directo con la cuenca del Mar Negro, las costas de Asia Menor e islas adyacentes, la península de los Balcanes, el norte de África, Italia y Sicilia. De esos lugares provenían productos alimenticios, materias primas (minerales, madera...) y artículos manufacturados de lujo.

El abastecimiento de grano.– En el amplio abanico de las importaciones, el comercio de cereales fue el único objeto de una política estatal, dirigida a asegurar el suministro de granos y a proteger los intereses de las consumidores con una reglamentación jurídica. La política expansionista e "imperialista" ateniense, los convenios suscritos con otros estados y los honores concedidos a determinados personajes a lo largo del siglo IV estuvieron dictados en gran parte por la dependencia del Ática con respecto a otros países en lo que respecta al suministro de cereales. Para alimentar a su numerosa población, Atenas necesitaba entre dos millones y medio y tres millones y cuarto de *medimnoi* (medida de capacidad para sólidos equivalente a 51, 88 litros) de trigo y cebada. Una inscripción del año 329 cifra la producción del Ática en torno a los 30.000 *medimnoi* de trigo y 340.000 de cebada, y la de las cleruquías de Esciros y Lemnos en 70.000 y 275.000 respectivamente. Estas cifras permiten hacerse una idea general de las necesidades atenienses. Para evitar los altibajos accidentales en los suministros, Atenas diversificó los lugares de aprovisionamiento. La zona del Bósforo era la principal proveedora; le seguían Egipto y Sicilia. También Macedonia y el Quersoneso tracio proporcionaban grano en cantidades menores.

Las importaciones.– Sin la preocupación mostrada por los suministros de grano, los atenienses fueron también sensibles a garantizarse las materias primas necesarias para mantener su poderío naval. En este aspecto, como recuerda el Pseudo Jenofonte en la *República de los Atenienses*, los intereses de proveedores y compradores coincidían. Los primeros porque no temían perder las mercancías por abordajes, dada la seguridad que la flota ateniense imponía en el mar, y porque contaban con compradores seguros para sus excedentes. Los segundos, comerciantes atenienses y metecos, porque conseguían sustanciosas ganancias con unas materias muy solicitadas. El cobre provenía de Chipre y la madera destinada a la construcción de barcos, que requería ciertas exigencias en cuanto a tamaño y calidad, se importaba de las ciudades aliadas de Tracia y Macedonia y, en menor cantidad, de Beocia.

Exportaciones.– Para compensar las importaciones, aunque sin lograr jamás equilibrar la balanza, Atenas exportaba productos manufacturados, como armas, cerámica y productos de lujo; materias primas, como plata en lingotes o amonedada, en un volumen muy alto, y los excedentes de aceite.

5. Dinero y finanzas

Préstamos

A pesar del volumen de las mercancías compradas y vendidas en la Grecia Clásica, ninguna ciudad-estado alcanzó la categoría de auténtica potencia comercial. Incluso Atenas, la ciudad más desarrollada económicamente, tenía un sistema financiero rudimentario e inadecuado, cuyos ingresos más sustanciosos procedían de los impuestos recabados en el exterior. La debilidad de las instituciones financieras, la poca cobertura de las inversiones, las escasas leyes comerciales internacionales, en su mayoría del el siglo IV, y el desdén social hacia los prestamistas, contribuyeron a que las instituciones de crédito no se desenvolvieran en proporción a las posibilidades potenciales que ofrecía un marco comercial tan amplio.

El dinero cumplía, ante todo, el papel de instrumento de cambio entre compradores y vendedores y, en un tono menor, la función creadora de elemento económico generador de riqueza. Sin este papel del dinero como elemento productor de riqueza, las actividades artesanales y comerciales de los estados griegos se hubiesen visto contraídas todavía más. En el siglo IV, sobre el que contamos con más información, los préstamos con interés se daban con frecuencia en operaciones financieras relacionadas con inversiones en tierras, talleres, tiendas y transportes marítimos.

En el comercio marítimo se utilizaban diversos tipo de préstamos. Los había sobre las mercancías si el receptor era dueño de la nave, sobre ésta o sobre ambas a la vez. Con arreglo a las características del viaje, al riesgo y a la distancia, el interés del préstamo variaba. El interés fijado por las mercancías o por la nave que las transportaba en un viaje de ida no era el mismo que el que se imponía a una nave que hacía el recorrido de ida y vuelta. Un interés de un 12, 5 por ciento era lo normal para el recorrido de Sestos a Atenas. El viaje Atenas-Bósforo-Atenas se gravaba con un interés más elevado, en torno al treinta, según se desprende del testimonio de Demóstenes. Prestamistas quisquillosos y desconfiados embarcaban a sus representantes en las naves, sobre todo en las que hacían el viaje de ida para evitar fraudes en las mercancías, cosa que no debía ser infrecuente a juzgar por los procesos entablados. Si la mercancía se iba a pique, el prestamista no podía reclamar la suma prestada; si sólo se perdía una parte, tenía derecho a reclamar el préstamo y los intereses sobre las mercancías salvadas. De ahí la presencia fiscalizadora del representante o del prestamista en persona.

Economía y Estado

El presupuesto estatal.– Fuera de esa preocupación por las importaciones indispensables, el resto de las actividades económicas quedaba abandonado en manos de la iniciativa particular. Los estados griegos no realizaban un balance general de ingresos y gastos, con el que esbozar una mínima planificación económica para obtener mayores ingresos o frenar la demanda. A este respecto y dentro de un planteamiento estrictamente teórico, Jenofonte en su obra *Poroe* ("Ingresos") propone engrosar los ingresos públicos mediante la elevación de la producción de plata, incorporando al trabajo un número mayor de esclavos y atrayendo a la ciudad mayor cantidad de metecos, agentes económicos muy activos, mediante el establecimiento de condiciones de residencia más atractivas y favorables.

Los estados griegos estaban lejos de hacer previsiones económicas para el futuro. Vivían al día. Por eso cuando los espartanos y sus aliados consideraron inevitable el enfrentamiento con Atenas en la Guerra del Peloponeso no tomaron medidas económicas previsoras. Lo dejaron en manos de los particulares y a la improvisación. De ahí que las previsiones impuestas por Pericles con vistas a la guerra aparezcan como algo singular. Era lo sumo que podía esperarse de un estado incapaz de organizar una rudimentaria economía de guerra o de coordinar, bajo las directrices de un organismo estatal único, los diversos servicios administrativos para poder obtener un balance general de todos los ingresos y gastos anuales. No es que faltase la contabilidad de estos ingresos y gastos, ya que había que rendir cuentas de ellos ante una democracia celosa y exigente, pero esos servicios dependían y estaban gestionados por organismos administrativos independientes y faltos de coordinación.

Cuando los ingresos superaban a los gastos lo acostumbrado era repartir entre los ciudadanos el superávit o consumirlo en donaciones religiosas o en gastos suntuarios, pero no en acumular un fondo de reserva. Los atenienses se encontraron en esta disyuntiva cuando se descubrieron nuevos filones en las minas de Laúrion. En lugar de diluir estos beneficios en repartos improductivos, Temístocles convenció al pueblo para que se canalizasen hacia la construcción de una flota, columna vertebral del posterior poderío ateniense.

En Atenas lo más parecido a un fondo de reserva estatal era el tesoro de Atenea, formado por donaciones públicas y privadas, por la sexagésima parte (una mina por talento) de los impuestos anuales librados por los aliados y por los beneficios obtenidos de las tierras sagradas. Lo era también el tesoro de la Liga Ático-Délica, trasladado de Delos a la Acrópolis de Atenas por razones de seguridad, que los atenienses utilizaron en su propio interés.

Al abandonar el cargo, los administradores de los tesoros de los dioses dejaban inscritas en una estela las anotaciones de la riqueza perteneciente a cada divinidad y lo que se debía a cada una de ellas. Estas anotaciones permiten comprender cómo en situaciones límite se tomaban préstamos de los tesoros sagrados con el compromiso de reponer las sumas con los intereses correspondientes.

Gastos.- En vísperas de la Guerra del Peloponeso, el estado ateniense tenía unas reservas de 6.000 talentos, pese a que los gastos que el sistema democrático imponía eran muy numerosos. Entre ellos, figuraba el pago por el desempeño de las magistraturas, la remuneración de los componentes del Consejo, de los integrantes de los diversos tribunales de justicia, de los asistentes a las asambleas y los gastos de sostenimiento de los esclavos públicos. La partida más importante la consumía el mantenimiento del ejército y la marina que, si en tiempo de paz era ya muy elevada, en tiempos de guerra se disparaba: el asedio de Potidea consumió dos mil talentos y el sofocamiento de la rebelión de Samos, mil doscientos. A estas sumas hay que añadir los gastos derivados de la organización de festivales, procesiones religiosas, concursos, construcciones suntuarias y la costumbre, convertida luego en institución, de entregar a los ciudadanos pobres dos óbolos para la entrada al teatro.

Para atender estos gastos y acumular con el sobrante un fondo de reserva, el estado ateniense disponía de una serie de ingresos.

Impuestos directos.- De los ordinarios, la partida más importante procedía del tributo (*phoros*) que pagaban todos los aliados. En época de Arístides alcanzaba un montante de 460 talentos y en la de Pericles, 600. Estaban luego los beneficios de los arriendos de las minas de Laurión. Los metecos pagaban un impuesto anual (*metoikion*) de doce dracmas anuales para los hombres y seis para las mujeres. Otros ingresos provenían del impuesto del dos por ciento que gravaba todas las importaciones y exportaciones. De menor cuantía eran los ingresos recabados por derechos de puerto, de mercado, de tribunales...

La *eisphora* era un impuesto extraordinario para situaciones de emergencia. El más antiguo conocido se recaudó para atender a los gastos de la sublevación de Mitilene del año 428 y alcanzó la cifra de doscientos talentos. Durante el siglo IV, a medida que los ingresos normales de Atenas decaían, los impuestos extraordinarios se hicieron más frecuentes. A partir del 378, para hacer más operativa la percepción de este impuesto, los ciudadanos quedaron agrupados en cien unidades impositivas (*symmoriai*). Más adelante, en el 360, se dispuso que los trescientos ciudadanos más acomodados (tres por cada *symmoria*) adelantasen al estado la suma que cada unidad debía desembolsar.

Las liturgias (*leitourgiai*) o servicios públicos que los ciudadanos ricos y los metecos estaban obligados a cumplir en beneficio de su ciudad, no eran propiamente un impuesto percibido por el Estado, aunque le suponían un ahorro considerable. El cumplimiento de estas cargas era una obligación, pero también un honor y un motivo de orgullo. La mayoría de estos "servicios públicos", que comportaban cuantiosos gastos, guardaban relación con la esfera de lo religioso: provisión y preparación del coro para los festivales dramáticos (*coregia*), del grupo de la carrera de antorchas de algunas fiestas (*gimnasiarquia*), de las embajadas enviadas a los festivales fuera del Ática (*arqueteoria*) o de los convites para los representantes de las tribus en festividades religiosas (*bestiasis*). Los había también de contenido militar, como la *trierarchia*, honor y obligación exclusiva de los ciudadanos ricos, que consistía en encargarse de la dotación y mantenimiento de una nave estatal.

Impuestos indirectos.- El establecimiento por los estados griegos de impuestos indirectos sobre las mercancías no buscaba favorecer la producción interna y frenar las importaciones. Era otra manera de acrecentar los ingresos. En el caso de Atenas, el impuesto de la quincuagésima gravaba con un dos por ciento todas las mercancías que entraban y salían del Ática.

Por un pasaje de Andócides, conocemos, para los comienzos del siglo IV, a cuánto se elevaba el arriendo de la percepción de este impuesto y la ganancia de algunos de los arrendatarios. Si en un año se obtuvo la contrata por un montante de treinta talentos, al siguiente, otros litigantes la consiguieron por 36 y reconocieron haber obtenido algún beneficio. En unos momentos en los que la actividad comercial había decaído, estos datos permiten conocer a grandes rasgos el volumen de importaciones y exportaciones que movía el Pireo: si la cuantía de la contrata del dos por ciento estaba entre 30 y 36 talentos, el valor global de las mercancías rondaría los 2.000, cifra que muchos investigadores consideran exagerada.

Aunque las cifras que las fuentes proporcionan son sólo indicativas, el porcentaje citado no desentona con la riqueza mobiliaria e inmobiliaria del Ática, valorada en 5.750 talentos durante el arcontado de Nausico (378-377). Puede suponerse con bastante fundamento que Atenas importaba como mínimo dos millones de *medimnoi* de grano. Si el precio medio, muy a la baja, era de dos dracmas, el impuesto alcanzaría una cifra de 666 talentos, y eso sobre un único producto. Tampoco la cifra de 2.000 talentos por el impuesto sobre las mercancías parece exagerada si la relacionamos con la medida adoptada por Atenas en el 413 de sustituir el impuesto de los aliados, que en esos momentos alcanzaba al parecer la cifra de 1.300 talentos, por un impuesto del cinco por ciento. Tucídides aclara que la medida no fue aleatoria, sino que calcularon que "de este modo obtendrían más dinero".

BIBLIOGRAFÍA

a SOCIEDAD

Demografía y aspectos generales

BELOCH, J., *La popolazione del mondo greco-romano*, Milán, 1909; DAVIES, J. K., "Wealth and the Power of Wealth in Classical Athens" *CQ*, 39 pp. 22-44; GAUTHIER, Ph., *Un commentaire historique des Poroi de Xénophon*, París, 1976; GOMME, A. W., *The population on Ancient Athens in the V and IV centuries*, Oxford, 1933; HANSEN, M. H., *Demography and democracy: the numer of Athenian citizen in the fourth century B. C.*, Gjllerup, Herning, 1986; HUMPHREYS, S. C., "Economic and Society in Classical Athens", *ASNP.*, 39, pp. 1-26; MICHELL, H., *The economics of ancient Greece*, 2ª ed., Leiden, 1958; MIGEOTTE, L., *Les souscriptions publiques dans les cités grecques*, Ginebra, Quebec, 1992; MOSSÉ, Cl., *El trabajo en Grecia y Roma* (trad. esp.), Madrid, 1980; MUSTI, D., *L'economia in Grecia*, Roma, 1981; OSBORNE, R. G., *Demos: Discovery of Classical Attica*, Cambridge, 1985; SALMON, P., "La population de la Gèce antique", *Lettres d'Humanité*, 1959, pp. 448-476; SALMON, J. B., *Wealthy Corinth: A History of the City to 338 B. C.*, Oxford, 1984; SARGENT, R. L., *The Size of the Slave Population at Athens during the Fifth and Fourth Centuries before Christ*, Roma, 1971; TOUTAIN, J., *La economía en la edad antigua* (trad. esp.), Barcelona, 1929.

Grupos jurídicos

BASLEZ, M. F., *L'étranger dans la Grèce antique*, París, 1984; BLUNDELL, S., *Women in Ancient Greece*, Londres, 1995; BUGH, G. R., *The Horsemen of Athens*, Princeton, 1988; COHEN, E. E., *Athenian economy and society. A banking perspective*, Princeton, 1992; CALDERINI, A., *La manomissione e la condizione dei liberti in Grecia*; Roma, 1965; FIORE, L., *La condizione dello schiavo nell'antichita classica*, Teramo, 1968; DEVELIN, R., *Athenian Officials 684-321 B. C.*, Cambridge, 1989; DUCAT, J., *Les Hilotes*, París, 1990; ID., *Les Pénestes de Thessalie*, París, 1994; GAMER, R., *Law and Society in Classical Athens*, Londres, 1987; GARLAN, Y., *Les Esclaves en Grèce ancienne*, París, 1982; LACEY, W. K., *The Family in Classicak Greece*, Londres, 1968; GOMME, A. W., *The population of Athens in the fifth and fourth centuries B. C.*, Oxford, 1933; GSCHNITZER, Fr., *Historia social de Grecia. Desde el período micénico hasta el final de la época. The Size of the Sclave Population at Athens during the Fifth and Fourth Centuries before Christ*, Roma, 1971; HARRISON, A. R. W., *The Law of Athens*, Oxford, 1968-1971; ISAGER, S. y HANSEN, M. H., *Aspects of Athenian Sociey in the Fourth Century B. C.*, Odense, 1975; LONIS, R., (ed.), *L'Étranger dans le monde grec*, 2 vol. P. U. de Nancy, 1988-1992; LOTZE, D., *METAXY ELEYTHERON KAI DOYLON. Studien zur Rechtsstellung unfreier Landbevölkerung in Griechenland bis zum 4 Jht. v. Chr.*, Berlín 1959; MAC DOWELL, D. M., *Spartan Law*, Edimburgo, 1986; MOSSÉ, Cl., *Le citoyen dans la Grèce antique*, París. 1993; OLIVA, P. *Esparta y sus problemas sociales*, (trad. esp.), Madrid, 1983; OBER, J., *Mass and Elite in democratic Athens. Rhetoric, Ideology and the Power of the People*, Princeton, 1989; OSBORNE, M. J., *Naturalization in Athens*, 3 vol. Bruselas, 1981-83; OSBORNE, R, G., *Demos: Discovery of Classical Attica*, Cambridge, 1985; POWELL, A. (ed.), *Classical Sparta: techniques behind her success*, Londres, 1989; SARGENT, R. L., *The Size of the Slave Population at Athens*, Univ. Illinois, Stud. on Social Scien., XII, 3, 1924; SCHAFS, D. M., *Economic Rights of Women in Ancient Greece*, Edimburgo, 1979; SEALEY, R., *Women and Law in Classical Greece*, Londres, 1990; STRAUSS, B. S., *Fathers and sons in Athens. Ideologiy and sociiety in the era of the Peloponnesian War*, Londres, 1993; VATIN, C., *Citoyens et Non-citoyens dans le monde grec*, París, 1984.

b ECONOMÍA

La tierra

ANDREYEV, V. N., "Some Aspects of Agrarian Conditions in Attica in the Fifth to Third Centuries B. C.", *Eirene*, 12, pp. 5-46; AUDRING, G., "Über Grundeigentum und Landwirtschaft in der Kise der athenischen Polis", en *Hellenische Poleis*, vol. I, Berlín, 1973, pp. 108-13; ID., "Grenzen der Konzentration von Grundeigentum in Attika während des 4. Jh. v. u. Z.", *Klio*, 56, pp. 445-456; ASHERI, D., *Distribuzioni di terra nell'antica Grecia*, Turín, 1966; ID., "Sulla legge di Epitadeo", *Athenaeum*, 49, pp. 45-68; COZZOLI, U., *Proprietà fondiaria ed esercitio nello stato spartano dell'età classica*, Roma, 1979; FINE, J. V. A., *Horoi. Studies in mortgage, real security and land-tenure in ancient Athens*, Hesp., suppl. IX, 1951; FINLEY, M. I., *Studies in land and credit in ancient Athens 500-200 B. C.*, Rutgers Univ. Press, 195; HANSON, V. D., *Warfare and Agriculture in Classical Greece*, Pisa, 1983; HODKINSON, S., "Land Tenure and Inheritage in Classical Sparta", *CQ*, 36, pp. 378-406; WELLS, B. (ed.), *Agriculture in Ancient Greece*, Estocolmo, 1992; JAMESON, M. H., Agriculture and Slavery in Classical Athens, *CJ.*, 73, pp. 162-75; MOSSE, Cl., "Le statut des paysans en Attique au IV siècle", en FINLEY, M. I, (ed.), *Problemes de la terre en Grèce ancienne*, París, 1973, pp. 178-186.

Artesanado

BERTHIAUME, G., Citoyens spécialistes à Sparte", *Mnemosyne*, 29, pp. 360-4; BURFORD, A., *Craftsman in Greek and Roman Society*, Londres, 1972; ELLIS JONES, J., "The Laurion Silver Mines: A Review of Recent Researches and Results", *G. R.*, 29, 1982, pp. 169-83; FRANCOTTE, H., *L'industrie dans la Grèce ancienne*, Bruselas, 1900; GARNSEY, P. (ed), *Non-slave labour in the Greek-Roman World*, Cambridge, 1980; GUIRAUD, P., *La main d'oeuvre industrielle dans la Grèce ancienne*, París, 1900; HEALY, J. F., *Miniere e metallurgia nel mondo greco e romano*, Roma, 1993; LAUFFER, S., *Die Bergwerkssklaven von Laurion*, Wiesbaden, 1956; RIDLEY, R. T., "The Economic Activities of the Periokoi", *Mnemosyne*, 27, pp. 281-292; SINGER et alii, *A history of technology*, I-II, Oxford, 1954-1955; THOMPSON, The Athenian entrepreneur, *AC*, 51, 1982, pp. 53 ss; WILSDORF, H., *Bergleute und Hüttenmänner im Altertum*, Berlín, 1952; ZIOMECKI, J., *Les représentations d'artisans sur les vases attiques*, Acad. pol. Scienc., 1975.

Actividades comerciales

BOARDMAN, J., "The Athenian pottery Trade: The Classical Period", *Expedition*, 21. 4, pp. 33-39; ERDLEBEN, E., "Das Verhältnis des Handels zum Produktionsaufkommen in Attika im 5. und 4 Jh.", *Klio*, 57, 1975, pp. 365 ss.; FOXHALL, L. y FORBES, H. A., "Sitometreia: The Role of Grain as Staple Food in Classical Antiquity", *Chiron*, 12, pp. 41-90; GARNSEY, P., HOPKINS, K., WHITTAKER, C. R., *Trade in the ancient economy*, Londres, 1983; GAUTHIER, Ph., "De Lysias à Aristote (*A. P.* 51, 4). Le commerce du grain à Athènes et les fonctions des sitophylakes", *Rev. Hist. Droit*, 61, 1981, pp. 5 ss.; GERNET, L., *L'approvisionnement d'Athènes en au V au IV siècle*, París, 1909; HASEBROEK, J., *Trade and politics in Ancient Greece*, ed. alem. 1966, ed. ing. 1978; HOPPER, R. J., *Trade and industrie in Classical Greece*, Londres, 1979; KNORRINGA, H., *Emporos, data on trade and traders in Greek literature from Homer to Aristotele*, Amsterdan, 1926; KOESTER, K, *Die Lebensmittelversorgung der altgriechischen Stadt*, Berlín, 1939; MACDONALD, B. R., *The distribution of Attic Pottery from 450-375 B. C. The effects of politics trade*, Pensilvania, 1979; MONTGOMERY, H., "Merchants fond of coun: citizens and foreigners in the Athenian grain trade", *Symb. Osl.*, 61, 1986, pp. 43 ss; MUNN-ZIMMERMAN M. L., *Corinthian trade with the west in the classical period*, Dis. Bryn Mawr Collegue, 1983; NOONAN, T. S., "The grain trade of the Northern Black Sea in Antiquity", *A. J. Pl.*, 94, 1973, pp. 231 ss.; STANLEY, P. V., *Ancient Greek Market Regulations and Controls*, California, Berkeley, 1976; THOMPSON, H. A., "Stone, Tile and Timber: Commerce in building materials in Classical Athens", *Expedition*, 22. 3, pp. 12-26; VELISSAROPOULOS, J., "Le monde de l'emporion", *Dial. Hist. Anc.*, 1977, pp. 61 ss.

Dinero y Finanzas

BOGAERT, R., *Banques et banquiers dans les cités grecques*, Leiden, 1968; ID., *Les origines antiques de la banque de dépot*, Leiden, 1966; BRUNT, P., *Eisphora-Syntaxis-Stratioka. Recherches sur les finances militaires d'Athènes au IV siècle av. J. C.*, París, 1983; COHEN, E. E., *Athenian economy and society. A banking perspective*, Princeton, 1992; GABRIELSEN, V., *Remuneration of State Officials in Fourth Century B. C. Athens*, Odense, 1981; ID., *Financing Athenian Fleet. Public Taxation and Social Relations*, Baltimore y Londres, 1994; GERA, G., *L'imposizione progressiva nell'Antica Atene*, Roma, 1975; KALLET-MARX, L. *Money, expence and naval power in Thucydides'History 1-5. 24*, Berkeley, 1993; MIGEOTTE, L., *L'emprunt public dans les cités grecques*, París, 1984; RIEZLER, K., *Über Finanzen und Monopole im alten Griechenland*, Berlín, 1907; THOMSEN, R., *EISPHORA. A Study of direct taxation in Ancient Athens*, Kobenhavn, 1964; VANNIER, F., *Finances publiques et richesses privées dans le discours athénien aux V et IV siècles*, París, 1988.

XIX LITERATURA Y ARTE CLÁSICOS

El Siglo de Pericles.– La Atenas de la época de Pericles representan el Siglo de Oro del pensamiento y de la cultura griega. Nunca en la Historia de la Humanidad y en el espacio de dos generaciones, una civilización se desarrolló con tanta rapidez, ni nunca una ciudad griega dedicó al cultivo de la cultura los esfuerzos de tantos hombres eminentes. Atenas, una pequeña comunidad de varios miles de ciudadanos, no sólo dio carta de naturaleza a una nueva forma de gobierno, la democracia, sino que fue crisol de la cultura: sus arquitectos y escultores dieron cuerpo a las formas artísticas más diversas; la historia y la medicina alcanzaron la categoría de ciencias; el drama y la comedia, se convirtieron en artes; el pensamiento filosófico, del que la civilización occidental es deudora, se desarrolló de forma sistemática. De todo lo que afectaba a la propia esencia del hombre y del Estado, se hablaba y discutía en la Atenas democrática.

Durante los siglos V y IV, alcanzaron su plena madurez todos los géneros literarios y artísticos, así como el pensamiento filosófico. Y la mayoría de esa producción, especialmente el teatro y la comedia, era ateniense o realizada en Atenas. ¿Significa esto que ningún otro estado griego contó con auténticos creadores o que sus obras quedaron eclipsadas por las atenienses y no sobrevivieron en épocas posteriores? No es posible contestar satisfactoriamente a esta pregunta porque sólo ha llegado hasta nosotros una parte muy pequeña de la gran cantidad de obras producidas en la Época Clásica. Dos datos son reveladores a este respecto: de las casi 4.000 obras dramáticas representadas sólo en Atenas durante los siglos V y IV, únicamente conservamos cincuenta; del medio centenar de historiadores que escribieron durante este período apenas nos restan obras de tres de ellos. El azar y los gustos posteriores han determinado su conservación.

1. El drama y la comedia

La tragedia

Poesía épica y lírica.– Aunque por su propia naturaleza la poesía manifiesta ante todo los sentimientos personales del poeta, también es reflejo de los cambios y transformaciones operados en la sociedad de la que se nutre y alimenta. No permanece, por tanto, inalterable; cambia y se adapta a las nuevas circunstancias. Así, si en la Época Arcaica, la poesía, además de enaltecer el pasado, se coloreó de un tono individualista o moralizante, en el período de transición a la Época Clásica, al menos la poesía lírica adquirió un

matiz más general y comunitario, como se percibe en las obras de Simónides de Ceos, su sobrino Baquílides y el beocio Píndaro.

Pero estas formas de poesía épica y lírica se debilitan durante el Período Clásico y los poetas de esa época, especialmente los áticos, encauzan su inspiración y su espíritu creador hacia el desarrollo de la tragedia y la comedia como géneros literarios.

Orígenes y caracteres de la tragedia.– La tragedia, "canto del macho cabrío", tiene su origen en las representaciones de un coro, ataviado con pieles de este animal, que entonaba el "ditirambo" o canto coral, con argumento mítico, en honor de Dioniso. A mediados del siglo VI a.C., Tespis introdujo en Atenas el primer actor, que contestaba a las preguntas del coro, dando lugar, así, al nacimiento del drama. Hacia el 470, la tragedia ya había adquirido sus rasgos característicos de dignidad y nobleza, derivados del argumento: el enfrentamiento de un héroe a un destino dramático, del que no puede escapar.

Las representaciones formaban parte de las fiestas en honor de Dioniso y eran auspiciadas por la ciudad como certamen de competición: se elegía a tres poetas, que rivalizaban por el premio durante las fiestas dionisíacas. Para esta ocasión, cada autor debía escribir tres tragedias y un drama satírico y entrenar y dirigir al coro y a los actores. Todos los gastos corrían por cuenta del corego, elegido entre los ciudadanos más ricos de la ciudad.

Las representaciones teatrales tenían, pues, un carácter colectivo. Como parte de las fiestas en honor de Dioniso, las tragedias no podían desprenderse de su carácter religioso. Recordaban los mitos griegos, unidos en el corazón de los oyentes a su pasado heroico. Cada tema de la tradición heroica tratado en la tragedia procuraba proyectar una luz moralizante sobre las relaciones y comportamiento que había que mantener ante unos dioses que regían los destinos del mundo y del hombre con implacable y caprichosa justicia. El hombre justo y juicioso debía conocer su lugar en la vida y la conducta a seguir. El malévolo y soberbio desencadenaba sobre sí la cólera divina.

Esquilo.– Esquilo (525-456 a.C.), natural de Eleusis, es el más antiguo poeta trágico cuya obra se conserva. Participó como combatiente en la batalla de Maratón y quizás en la de Salamina. Fue huésped del tirano Hierón de Siracusa y murió en Gela.

Seis de sus tragedias –*las Suplicantes, Los Siete contra Tebas, Prometeo encadenado* y *La Orestíada*, integrada por las obras *Agamenón, Las Coéforas y Las Euménides*– dramatizan leyendas heroicas. Por el contrario, en *Los Persas*, escrita diez años después de la batalla de Salamina, Esquilo se aparta de las leyendas heroicas para tratar, de forma ponderada y comprensiva, sin exaltaciones patrioteras y sin desprecio por el enemigo, un asunto de su época. Acaso sea en el *Prometeo*, el titán que robó el fuego a Zeus para entregárselo a los hombres, donde Esquilo alcanza mayor elevación poética y donde planteó cuestiones trascendentales de difícil solución: el tema del progreso humano, que preocupaba en su época. Arquelao, maestro de Sócrates, consideraba el progreso como una conquista del hombre. Esquilo cree también en ese progreso, pero las técnicas que hacen posible los avances posteriores no son una adquisición de la inteligencia humana, sino un don divino.

Sófocles.– El segundo gran trágico en orden cronológico es Sófocles (496-406), que, además de desempeñar el cargo político de la helenotamía, fue elegido estratego en dos ocasiones. Escribió 123 obras, de las que sólo se conservan enteras siete: *Antígona, Ayax, Traquinias, Electra, Filoctetes, Edipo Rey* y *Edipo en Colono.*

Sófocles difiere de Esquilo por su estilo y su técnica. Introduce en la obra un tercer actor con lo que el diálogo, reducido a intervenciones sucesivas de dos personajes distintos, se hace más vivo y complejo. Rompió, además, con el sistema establecido por Esquilo conforme al cual las tres piezas de la trilogía desarrollaban un asunto único. Con él, cada pieza es independiente, dotada de una intriga y desenlace particulares. No son estas las únicas diferencias. En Esquilo, las figuras sublimes y heroicas que se ven arrastradas irremisiblemente a su ruina por una fuerza divina que obra desde fuera, no se encuentran suficientemente definidas e individualizadas; quedan difuminadas dentro del grupo o de fuerzas e ideas colectivas: Erinnias-Euménides en la trilogía de la *Orestíada*; persas-griegos en *Los Persas*; hijas de Danao-hijos de Egipto en *Las Suplicantes*. En Sófocles, por el contrario, la acción gravita sobre la individualidad del personaje, sobre sus cualidades morales y comportamiento religioso, que conforman desde dentro los caracteres. Son figuras individuales, no grupos, probadas en la angustia y el dolor, castigadas por el infortunio y asfixiadas por el sufrimiento que sólo ellas soportan: por seguir el mandato de su conciencia, como Antígona; por sed de venganza demoníaca, como Orestes y Electra; por deseo de luchar contra el destino, como Edipo.

Quizás en la actitud religiosa no difieran tanto las posturas de Esquilo y Sófocles. En este terreno, Sófocles ofrece un planteamiento tradicional que difiere del sustentado por otros pensadores, como el escéptico Protágoras. Para Sófocles, el progreso de la humanidad no se hubiera conseguido si el hombre no hubiese obrado como un ser social, útil a su ciudad, regulada por leyes y asegurada por el orden divino.

Eurípides.– El tercer gran dramaturgo, Eurípides, nació en el 480 en Salamina, el año de la batalla contra los persas, y murió en el 406, el mismo año que Sófocles. Ambos autores son, pues, de la misma generación, pero la visión que Eurípides tiene del mundo, de la religión y del arte le hacen aparecer más en consonancia con las manifestaciones de su época, influenciada por los sofistas contemporáneos.

Sus innovaciones en el drama son secundarias: un prólogo da la panorámica general del drama; el coro, con papel secundario, queda apartado del desarrollo de la acción; la oportuna aparición de un *deus ex machina* precipita el desenlace. Por claridad y finura de estilo supera a sus predecesores. Sus diálogos, en los momentos solemnes, alcanzan una elevación y grandeza dialéctica admirable. Es cierto que en otros se diluye en frágiles artificios retóricos.

A Eurípides se le atribuyen 92 dramas, de los que se conservan 19, de valor desigual. Lo mismo que sus predecesores, Eurípides toma el argumento de sus tragedias del pasado legendario griego. Pero sus personajes están aligerados de cualidades sobrehumanas e ideales sublimes y se les representa con todas sus flaquezas e incluso vilezas. Son héroes y heroínas en su aspecto exterior, pero movidos por sentimientos y pasiones comunes a todos los mortales. Discuten sobre cuestiones morales con una altura retórica que deja percibir la influencia sofística. Incorporan una serie de máximas morales y religiosas, aparentemente inconciliables con la creencia en los dioses, lo que le acarreó un proceso por impiedad. Para Eurípides, como para sus predecesores, el hombre es un ser indefenso, desamparado, movido por fuerzas despóticas que están fuera de su control, tanto si se identifican con las pasiones humanas o con fuerzas omnipotentes divinas.

Dos de sus tragedias, *Hipólito* y *Medea*, figuran entre las obras que mejor penetran en lo más profundo del alma humana, describiendo con toda su crudeza hasta dónde puede llegar el amor y el odio de una mujer despechada. Fedra, en el *Hipólito*, se consume en un incontenible deseo de amor por su hijastro y, no pudiendo soportar su rechazo, se suicida después de dejar contra él una falsa nota acusatoria. En la tragedia *Medea*, la protagonista amó tanto a Jasón que dejó todo para seguirle. Pero Jasón la abandona para contraer nuncias más ventajosas. Consumida por los celos y la desesperación, se ve arrastrada a buscar venganza en la nueva esposa y en sus propios hijos. Los celos y el odio incontenible acaban por transformar a la esposa amante en vengadora despiadada y a la madre solícita en monstruosa asesina de sus hijos.

Sus enemigos tachaban a Eurípides de misógino. Se trata, sin duda, de una etiqueta exagerada, porque también proporcionó imágenes conmovedoras de esposas solícitas (Alcestes, Evadne) y de hijas sacrificadas. La tragedia *Ifigenia* en *Áulide* constituye un buen ejemplo: la flota griega, estacionada en Áulide al mando de Agamenón, no puede zarpar si antes el caudillo no sacrifica a su hija Ifigenia. La heroína, movida por su nobleza de sentimientos, ofrece voluntariamente su vida por la patria.

En otras tragedias, vierte la protesta más vigorosa contra los horrores de la guerra, utilizando, intencionadamente, escenas de espeluznante realismo para alertar a los espectadores contra los demagogos y hacerles desear fervientemente la paz. En las *Troyanas*, Agamenón, el conductor del pueblo, es un ser plenamente humano que, para vengar su ofensa y rescatar a una esposa casquivana, no se detiene ante el sacrificio de su hija ni se horroriza por el derramamiento generoso de sangre troyana y griega.

La comedia

La Comedia Antigua.– Con las comedias, escritas también para los concursos de los festivales en honor de Dioniso, nos adentramos en un mundo diferente. La *Comedia Antigua*, libre de las servidumbres estilísticas y de la solemnidad a las que debían someterse los autores trágicos, tenía inmensas posibilidades para tratar los asuntos más diversos de la vida social y política griega: instituciones políticas y hombres públicos, costumbres, modas, tradiciones caducas, educación, religión... La esencia de la Comedia Antigua no residía en la trama o el argumento, en genera muy pobre, sino en la parodia y en la sátira de todo lo que ponía bajo su punto de mira. Los actores de la comedia eran prolijos en gritos y gesticulaciones y pródigos en la insinuación de obscenidades.

Aristófanes.– Aristófanes (ca. 450-ca. 388), máximo representante de este género, escribió cuarenta comedias, de las que se conserva un millar de fragmentos y once obras completas: *Los Acarnienses, Los Caballeros, Las Nubes, Las Avispas, La Paz, Las Aves, Lisístrata, Las Tesmoforias, Las Ranas, La Asamblea de las mujeres* y *Pluto*.

Aprovechándose de la tolerancia que la democracia ateniense proporcionaba, el comediógrafo recurría a todos los resortes de su profunda imaginación para zaherir con sus burlas y chanzas a políticos y demagogos, como Cleón, Hipérbolo y Cleofón, o a personajes de la vida de la cultura. De esas burlas jocosas no se escapó ni siquiera Sócrates, presentado como exponente de la nueva educación sofista en *Las Nubes*.

Hay que suponer que los ataques a los políticos y a las instituciones no eran del agrado de todos, especialmente de aquellos que tenían que soportar sus chanzas corrosivas. Pero su misma aceptación y el medio siglo largo en el que este tipo de comedia política dominó la escena ateniense son un indicio palmario de la libertad de expresión que garantizaba la democracia y de la confianza del pueblo en sus instituciones democráticas, hasta el punto de poder reírse de todos los principios y fundamentos más queridos de la sociedad, sin temer que con ello el sistema democrático y el mundo de creencias corriera algún riesgo.

La Comedia Media.– La Comedia Antigua, que floreció entre el 470 y el 390, no tuvo continuación. La derrota de Atenas en el 404, la pérdida de su imperio y su decadencia política se fue reflejando progresivamente en la comedia. Este cambio se percibe ya en las últimas obras de Aristófanes, de un tono más sosegado y menos fustigador, que dan paso a la *Comedia Media* (390-330). En este período, se renuncia a la sátira política, poco justificable en unos momentos en los que la *polis* lucha por sobrevivir; el coro se va debilitando progresivamente y queda relegado a un papel secundario. Los asuntos de las comedias se reducen a parodias míticas, como *El Anfitrión* de Arquipo, o a ridiculizar a filósofos y poetas.

2. Filosofía

Los presocráticos

Heráclito y Parménides.– En el siglo VI, la filosofía jonia centraba su preocupación científica en el cosmos, elemento constitutivo de todas las cosas. En oposición a las concepciones de la llamada escuela milesia, representada por Tales, Anaximandro y Anaxímenes, surgieron dos sistemas. Uno de ellos, la escuela eleática de Parménides, esta-

blecía el principio del ser eterno e inmutable. El otro, representado por Heráclito, defendía con vigor el cambio constante ("todo se mueve, nada permanece").

Empédocles y Anaxágoras.– Las concepciones filosóficas del pensamiento presocrático se complementan con los sistemas elaborados por otros filósofos, que restringen la eternidad e invariabilidad de los elementos constitutivos del ser y admiten que las cosas nacen y desaparecen –no en sentido pleno, sino relativo– a través de las uniones y separaciones de sus elementos. Para Empédocles, las cosas son combinaciones, en distintas proporciones, de las cuatro sustancias primarias: fuego, aire, agua y tierra. Dos fuerzas, el Amor y la Lucha, intervienen en la formación o desintegración de las diversas combinaciones. Para Anaxágoras, nada procede de la nada. La materia primordial está compuesta de un infinito número de partículas semejantes, *simientes*. "Todo está en todo", pero el predominio cuantitativo de una sustancia es lo que origina la aparición de un objeto determinado. El Entendimiento, una especie de materia sutil y ligera, dotada de fuerza motriz, es el que origina los cambios: "Al principio era el caos, después vino el Entendimiento que lo puso en orden".

Demócrito.– Demócrito, primer materialista en la historia de la filosofía, pensaba que no podía existir una destrucción de lo real, y, por tanto, el nacimiento y destrucción de las cosas necesitaba una explicación inteligible. Seguía la línea expositiva iniciada por Empédocles y Anaxágoras al admitir la existencia de pequeños elementos como materia primordial, pero con diferencias sensibles. Todas las cosas están constituidas por corpúsculos sólidos, los *átomos*, indivisibles, imperecederos y tan pequeños que no pueden ser percibidos por los sentidos. Sustancialmente son iguales, pero difieren en dimensión, peso y forma. Desde tiempo inmemorial, los átomos se mueven en el espacio vacío.

A diferencias de Empédocles y Anaxágoras, que introducen el Amor, la Lucha y el *nos* como fuerza motriz productora, los átomos de Demócrito tienen su propia fuerza interna que los impulsa por el espacio vacío. Las cualidades de los átomos, esto es, sus dimensiones, pesos y formas, unidas al movimiento y distancia que mantienen entre sí, explican las diferencias que nuestros sentidos perciben de los objetos. En esta concepción materialista no había lugar para la acción e intervención de los dioses en las cosas materiales y humanas. Demócrito no niega lo espiritual, sino el que haya una diferencia esencial entre lo espiritual y lo material.

Este audaz materialista también trasladó sus preocupaciones al ámbito de la ética. Las cosas no son objetivamente buenas o malas *per se;* el hombre, por medio de su entendimiento y raciocinio, debe hacer el mejor uso de ellas y vivir de la manera más digna.

Los pitagóricos.– Ya con anterioridad, algunos pensadores, como Pitágoras y sus discípulos, sin dejar de interesarse por el cosmos y por la naturaleza del ser, dirigieron sus reflexiones sobre el comportamiento ético del hombre y sobre sus relaciones con lo eterno. El alma, inmortal, está aprisionada en el cuerpo como consecuencia del pecado. Para liberarse de esa atadura, el hombre debe purificarse y perfeccionarse a través de sucesivas reencarnaciones.

Los sofistas

Hasta mediados del siglo V, las especulaciones filosóficas habían girado primordialmente en torno a la naturaleza, de la que el hombre era sólo una parte. Con los sofistas, educadores ambulantes que enseñaban sus conocimientos y habilidades en círculos selectos mediante el pago de elevados honorarios, la línea de investigación filosófica se invierte: el hombre como ser individual y social y sus problemas ocupan el primer lugar. La tarea de los sofistas era enseñar a las gentes a triunfar en la vida social y pública, algo que en el sistema constitucional ateniense resultaba imprescindible. En el sistema democrático, los órganos judiciales y políticos estaban en manos del pueblo. Quien aspirase a triunfar en la vida judicial y política necesitaba adquirir una habilidad dialéctica que le ayudase a convencer y a imponer a los demás su propia opinión. A los sofistas les preocupaba el arte de la persuasión y la oratoria, no la verdad objetiva; pero estaban convencidos de que su arte resultaba más poderoso y producía resultados más contundentes si se dominaban otras ramas del conocimiento, en especial, la filología, herramienta indispensable para los discursos.

El escepticismo, la imposibilidad de alcanzar un conocimiento absoluto, era moneda frecuente entre los sofistas. Lo justo e injusto, lo bueno y lo malo, las leyes y las costumbres que regulan las relaciones entre los hombres, no son verdades y principios absolutos, sino convenciones. Esta actitud queda reflejada en la célebre frase de Protágoras de que "el hombre es la medida de todas las cosas; de las que son en cuanto son, y de las que no son en cuanto no son". Consecuentemente, la verdad es relativa, lo mismo que las costumbres y normas que regulan la convivencia entre los hombres, que dependen de las circunstancias históricas concretas. Si las leyes y las normas de comportamiento social son una mera convención, cualquiera puede defender el derecho natural, el derecho del más fuerte, sobre el derecho positivo, tal y como proponían Menón y Calicles.

La utilidad era la fuerza de este movimiento y la causa de su popularidad. En el movimiento sofístico se significaron personajes que también destacaron en otras artes, como Pródico de Ceos, que cultivó entre otras materias los estudios lingüísticos; Hipias de Élide, historiador y matemático, que elaboró un tratado sobre los nombres de los pueblos, y Gorgias de Leontinos, que compuso un manual sobre los recursos de la oratoria.

Sócrates

En la Atenas de Pericles toda la ciudad conocía a Sócrates, personaje que ni fundó escuela alguna, ni promocionó ningún sistema filosófico concreto, ni al parecer escribió una sola línea. El Sócrates que conocemos es el que Platón refleja en sus diálogos. Su atractivo procedía de su amena conversación y de su método dialéctico, con el que hacia brotar en los interlocutores el pensamiento sobre lo bello y lo justo. A partir de los ejemplos

bellos, justos y piadosos, que tenían *en* común la belleza, la justicia y la piedad, se podía llegar a una definición común. En otras palabras, buscaba la moralidad subyacente tras la diversidad de costumbres, el concepto de justicia detrás de la casuística del derecho positivo y la religiosidad detrás de la pluralidad de dioses. Lo más importante para el hombre era conocerse a sí mismo. Era consciente de que "quien sabe lo que es el bien, hará igualmente el bien". Su forma de vida, en consonancia con sus ideas, le ocasionaron muchos enemigos. Llevado a juicio, en el 399, bajo la acusación de no creer en los dioses de Atenas y de corromper a la juventud, fue condenado a muerte.

Platón

Vida y obras.– La memoria de Sócrates fue reivindicada y engrandecida por su discípulo Platón (428-347), uno de los pensadores que más influencia ha tenido en la cultura occidental. Nacido en el seno de una de las familias más distinguidas de Atenas, tuvo muchas facilidades para dedicarse a la vida política y social. Pero su espíritu cayó muy pronto cautivo de la seducción que despertaban las enseñanzas de Sócrates. Tras la muerte del maestro, emprendió largos viajes por Cirene, Egipto y la Magna Grecia. Recaló en la corte del tirano de Siracusa, Dionisio, pero, enemistado con él, fue vendido como esclavo. Rescatado por un amigo, volvió a Atenas, en donde abrió una escuela en los jardines de Academo, la *Academia*. Dos veces más volvió a Siracusa con la esperanza fallida de animar a Dionisio el Joven al estudio de la filosofía.

Las obras, en las que se entrelazan y cruzan distintas corrientes del pensamiento, sometidas a la piedra de toque de su poderosa capacidad de análisis y de su creación personal, abordan cuestiones teológicas, metafísicas *(Parménides, Filebo, Timeo)* y lógicas *(Cratilo, Eutidemo y Menón)*, temas relacionados con el arte *(Ión)*, el amor *(El Banquete)*, la política *(La República)* y la moral. La forma en la que expone sus ideas adopta la forma de diálogo, en la que los distintos interlocutores exponen sus puntos de vista.

La teoría de las ideas.– De todas las ramas de la filosofía dedicó una atención especial a la ética. En contraposición a la teoría de Heráclito, que afirmaba que todo lo existente se encontraba en constante transformación y, consecuentemente, no podía conocerse, y en contraposición al relativismo cognoscitivo y ético de los sofistas, Platón elabora el original sistema del *mundo* de las ideas. La idea platónica participa de la eternidad e invariabilidad de lo que es, como predicaba Parménides, de la inmaterialidad del concepto sostenido por Sócrates y de la esencia del número pitagórico, en contraposición a la materia. Platón sostiene que detrás de los actos justos y honestos y de los objetos bellos están la Justicia, la Honestidad y la Belleza. Estos conceptos abstractos tienen una existencia independiente de las cosas y constituyen lo que él llama ideas. Los objetos del mundo cotidiano y las acciones humanas son un reflejo de estas ideas y participan, pálidamente, de la idea común de *Bondad*. Platón desarrolla la teoría de las ideas por la necesidad disponer de un criterio de conocimiento, una verdad absoluta, en medio del mundo sensorial y cambiable.

Platón une la teoría de las ideas con la teoría del conocimiento y la existencia de un alma inmortal y preexistente. El alma está prisionera en el cuerpo. La muerte es una liberación del alma, que le permite regresar al mundo de las ideas. Una vez que el hombre, especialmente el filósofo, ha tenido conocimiento de las cosas a través de la percepción sensorial, necesita liberarse de las ataduras sensibles para elevarse y rememorar el conocimiento de las cosas perfectas. Este es el fundamento de la adquisición del conocimiento.

La República.– Entre otros muchos problemas planteados por Platón, su *República*, obra de madurez, contiene, además de los postulados generales del Estado ideal, otras consideraciones relacionadas con el arte, la psicología, la educación, la legislación, la ley, las matemáticas y la inmortalidad. En este diálogo, la moral es un aspecto de la política. Era una idea básica de Platón y de los griegos en general que los hombres no eran iguales en sus almas ni mostraban los mismos comportamientos morales. No todos los hombres tienen la misma capacidad potencial de obrar de un modo racional. En la base de este planteamiento está, una vez más, su teoría del conocimiento, su metafísica: la existencia de verdades absolutas que los mejor preparados, más educados y moralmente superiores, los filósofos, conocen mejor. A ellos, pues, debe encomendarse el gobierno del Estado. Con ellos hay más posibilidades de que la justicia se haga realidad y de que el Estado vele por el bien común. Y como el interés particular y privado es inferior al público, para que nadie actúe en aras de su interés particular, propone la comunidad de mujeres, hijos y propiedades.

Aristóteles

Aristóteles (384-322) nació en Estagira, en la península Calcídica. Hijo de Nicómaco, médico de Amintas III de Macedonia, tenía 17 años cuando se hizo discípulo de Platón. Después de su muerte, se estableció en Asos con algunos otros platónicos. Tras una breve estancia en Mitilene de Lesbos, en el 342, fue invitado por Filipo de Macedonia a Pella para ser preceptor de Alejandro. Cuando Alejandro subió al trono, regresó a Atenas y fundó en un gimnasio construido junto a una arboleda consagrada a Apolo Licio una escuela filosófica propia, conocida después como *Liceo*. A la muerte de Alejandro Magno, amenazado por un proceso de impiedad instigado por el partido antimacedonio, se refugió en Calcis. Allí murió en el 322, el mismo año que Demóstenes.

Aristóteles carece del arrebato poético y del estilo cuidado de Platón. Fue, sobre todo, un hombre de ciencia, que no sólo llevó su investigación a todos los campos de la filosofía, sino que sistematizó el resto de las ciencias de su tiempo. Son obras secas y escuetas, que dan la apariencia de estar realizadas con notas tomadas para conferencias o con apuntes de sus discípulos. Hombre de ciencia a la vez que metafísico, abarcó todos los campos del saber hasta entonces conocido. Escribió de física, biología, meteorología, literatura, arte, metafísica..., y puso las bases de la clasificación de las ciencias.

En sus primeros escritos, Aristóteles es deudor de la filosofía platónica, aunque pronto comienzan a aparecer las diferencias. Platón presentaba las ideas como seres superiores

que tenían una existencia separada del mudo de los sentidos. Por el contrario Aristóteles, aunque no rechaza totalmente la existencia de realidades transcendentales, cree, no obstante, que los objetos del conocimiento filosófico deben entenderse dentro del mundo de los sentidos y no en el transcendental de las ideas absolutas, eternas e inmutables. Por razones semejantes, en su *Política*, se muestra en desacuerdo con el Estado ideal defendido por Platón. Las constituciones políticas del mundo real, diversas como la misma naturaleza, difícilmente pueden encerrarse en los estrechos moldes de un sistema fijo de formas eternas y preconcebidas. La formación de los estados y del orden estatal no depende del mundo de la ideas ni de una idea transcendente, sino del hecho de que el hombre es un ser sociable por naturaleza.

3. Historia

Los orígenes del pensamiento histórico: Los logógrafos

Durante muchos siglos el interés de los griegos por las cosas del pasado no fue de tipo histórico. El abigarrado mundo de mitos y leyendas, que creían remontarse a un pasado glorioso y real, satisfacía plenamente su curiosidad.

Las primeras elucubraciones históricas no pueden separarse de los avances realizados por la ciencia jonia. En la costa griega de Asia Menor, sometida primero a los lidios y luego a los persas, surgió la curiosidad de indagar sobre los orígenes de estas gentes. Los logógrafos realizaron una serie de trabajos sobre sus costumbres, geografía, política y religión, tan distintos de los griegos. Potencialmente, parte de esa información puede considerarse histórica. Suponía un avance muy importante para su tiempo, pese a que le faltaba la crítica racional y empírica que requiere todo trabajo histórico. Uno de sus representantes, Hecateo de Mileto, en su *Genealogía*, hace profesión de esa actitud crítica: "lo siguiente escribo, como me parece ser verdadero. Pues las historias de los griegos son, así me parece, contradictorias y risibles". Pese a que su intento racional se reduce a despojar algunas leyendas de elementos excesivamente fantásticos, es el primer intento serio de traspasar los umbrales del mito y ofrecer una investigación histórica.

Heródoto

Heródoto (ca. 484-450), es considerado por Cicerón como el padre de la Historia. Nació en Halicarnaso, ciudad de la Caria. Vivió desterrado en Samos por su oposición al tirano de su ciudad Lígdamis. Emprendió largos viajes por Oriente, Egipto, Siria y Babilonia, que le brindaron la oportunidad de realizar cuantiosas indagaciones personales, tanto orales como escritas, sobre el pasado de estos pueblos. A lo largo de su vida tuvo ocasión de visitar Atenas y se relacionó con Pericles. Pasó sus últimos años en la colonia ateniense de Turios, en la Magna Grecia.

Tomó como tema central de su obra, los nueve libros de *Historias*, la gran invasión persa y las Guerras Médicas, cuando apenas había transcurrido una generación. Pero no sigue al pie de la letra este hilo conductor. Con mucha frecuencia, cuando alude a un pueblo importante, vuelve hacia atrás para narrar los antecedentes. En otras ocasiones, realiza digresiones extensas llenas de colorido.

Su información, una masa ingente de datos históricos, referencias geográficas y etnográficas, procedía en parte de fuentes escritas anteriores, pero otros muchos datos dependían de la información oral obtenida por él mismo, que sometía a la piedra de toque de un análisis personal para poder establecer una opinión propia. Define de manera excelente el verdadero carácter y naturaleza de la Historia, la indagación. Pero al mismo tiempo participa de las limitaciones de muchos intelectuales de su época: admite lo sobrenatural en la Historia, el azar y las causas inmediatas de carácter personal.

Tucídides

Tucídides (471-401) pertenecía a una rica familia ateniense, con posesiones mineras en la costa tracia. En el 425, fue elegido estratego al mando de la escuadra que protegía las posesiones atenienses en el norte del Egeo. Fue condenado al destierro, en el 424, por haber llegado tarde en auxilio de Anfípolis, atacada por Brásidas. Vivió desterrado de Atenas durante veinte años, lo que le permitió visitar los escenarios de las batallas de la Guerra del Peloponeso, recabar información de los protagonistas de un bando y de otro y consultar copiosos documentos. Con la paz del 404 y la subsiguiente amnistía, es posible que regresase a Atenas.

Mejor que ningún otro historiador del mundo griego Tucídides llevó a feliz término lo que Heródoto entendía que debía ser la investigación histórica. El tema de su obra es la Guerra del Peloponeso, en la que participó y a cuyo estudio y análisis dedicó toda su vida. Lo que en Heródoto es poética elevación, relato novelesco, digresiones accidentales e ingenua credibilidad, en Tucídides se transforma en ceñimiento riguroso a la materia, expresión analítica y austera del pensamiento, que busca apasionadamente la veracidad por encima de cualquier concepción religiosa.

La Historia que escribe Tucídides es obra de los hombres; todo lo que acontece en el mundo histórico es natural y, por tanto, se pueden conocer los motivos que mueven las acciones de los hombres y se puede averiguar rigurosamente las causas de los hechos y sus conexiones, salvo la parcela imprevista del acontecer humano, que escapa a los cálculos racionales y que atribuye al azar. Para Tucídides, la Guerra del Peloponeso tiene un carácter de inevitabilidad y hubiera estallado en un momento u otro. Para esclarecer esa inevitabilidad utiliza un método muy semejante al empleado en su época por la medicina hipocrática, que diferenciaba los síntomas de la enfermedad y su causa: distinción entre las causas superficiales, los agravios y pretextos públicos esgrimidos por los futuros contendientes, y la "causa o motivo más verdadero", que agitaba el fondo del problema.

Observador penetrante de la naturaleza humana, que pone de manifiesto en su magnífica descripción de la peste desencadenada en Atenas, conocedor riguroso de la psicología popular, de los movimientos incontrolados de las masas y de sus comportamientos histéricos en las guerra y conflictos civiles, sabe que la acción política que rige los destinos de los estados descansa exclusivamente en el poder y no en la moral, y que las relaciones entre los estados y las relaciones internacionales sólo son equitativas en igualdad de fuerzas. En situaciones asimétricas prevalece –y en esto muestra la influencia de los sofistas– la ley del más fuerte. Esa es la ley cruel de la vida y la enseñanza de los conocimientos de valor verdadero. Sabe que el conocimiento de la naturaleza de los hombres no aporta una regla infalible de actuación ante cada caso concreto; pero da capacidad para entender las reglas de juego y los motivos que intervienen en cada acontecimiento.

Jenofonte

Jenofonte (ca. 430-354) no tenía ni la genialidad de Heródoto ni el método de Tucídides. Sus obras adolecen de falta de sistematización de la información y de la reflexión más somera de las causas y motivos que rigen los diversos acontecimientos.

Fue discípulo de Sócrates y participó en la expedición de Ciro el Joven, sublevado contra su hermano Artajerjes, dirigiendo la retirada de los griegos, cuyas peripecias narra magistralmente en la *Anábasis*. Luchó en Coronea contra sus compatriotas atenienses y los tebanos. Fue luego desterrado de Atenas y recibió de los espartanos una propiedad en Escilonte (Élide).

Su obra más importante son las *Helénicas*, una historia de Grecia desde el 411 hasta el 362 (batalla de Mantinea). Pese a sus defectos (imprecisiones cronológicas, omisión de acontecimientos importantes, manipulación ideológica a favor de Esparta), las *Helénicas* constituyen un documento imprescindible para conocer la sociedad del siglo IV.

Jenofonte escribió sobre muchos otros asuntos: sobre la cacería *(Cinegético)*, sobre la constitución de los lacedemonios *(La república de los Lacedemonios)*, sobre la buena administración doméstica *(Económico)*, sobre las medidas a emplear para acrecentar los ingresos atenienses *(Poroi)*. La *Ciropedia* es un relato imaginario sobre la educación del gobernante ideal. En sus *Memoralia*, *Apología* y *Banquete* ofrece un retrato de Sócrates distinto al de Platón. Hace, además, una defensa ardiente del maestro contra las acusaciones de impiedad y de corrupción de la juventud que le ocasionaron la muerte.

4. La oratoria

Antifón, Lisias e Isócrates

La oratoria formó parte del movimiento sofístico. Gorgias de Leontinos alcanzó gran celebridad por la belleza de estilo, el tono poético y las atractivas antítesis. Las instituciones democráticas proporcionaban grandes posibilidades a la oratoria para que ensanchase su campo de influencia. La natural facilidad de palabra que muchas personas poseían no era suficiente; litigantes, políticos y oradores de ocasión necesitaban de los recursos de la oratoria. Cada tipo de discurso –forense, político o apodíctico– tenía su propio estilo.

En el canon de los diez oradores áticos, establecido por Cecilio de Caleacte en época de Augusto, figuraban, entre otros, Antifón, Lisias, Isócrates y Demóstenes.

Antifón (480-410) participó activamente en el derrocamiento de la democracia ateniense en el 411. Al año siguiente, fue ejecutado por traición. De él se conservan dos discursos relativos a procesos por asesinato y tres tetralogías (acusación, defensa, réplica y nueva réplica), discursos-modelo con fines docentes, susceptibles de adaptación a casos concretos y reales.

Lisias (c. 450-378) era un meteco instalado en Atenas. Por causa de sus ideas democráticas y por su posición económica sufrió persecución durante el régimen ateniense de los Treinta Tiranos. De los 233 discursos que escribió, se conservan 34. Lisias destaca por dos cualidades: capacidad para provocar emociones intensas con la sencillez de su relato y excelencia de estilo, que se acomoda a las características temperamentales y anímicas de las personas que debían pronunciar los discursos.

Isócrates (436-338), hijo de un rico ateniense del *demos* de Erquia, se aseguro por medio de su riqueza una sólida formación, primero con Pródico y luego con Gorgias. La Guerra del Peloponeso mermó su patrimonio familiar y le forzó a dedicarse a la profesión de logógrafo, escribiendo discursos judiciales por encargo. Pero muy pronto abandonó esta profesión para dedicarse de lleno a la enseñanza de la retórica. En ella dio una gran importancia a la forma y a la composición cuidada del período, que destacaba por su cadencia y sonoridad. Sus discurso tienen como horizonte la educación y la política. En los discursos *Contra los sofistas* y en la *Antidosis* se ensaña contra la nefasta educación que proporcionaban los sofistas. Pero su interés es mayor cuando se refiere a los asuntos públicos. En el *Panegírico* y en el *Panatenaico* propone una modificación de la constitución ateniense para cerrar de manera satisfactoria la crisis que aquejaba a la ciudad. Isócrates miró más adelante que cualquiera de sus contemporáneos y comprendió la imperiosa necesidad de unión de toda la Grecia para librarse definitivamente de la amenaza persa. Entendía que Macedonia, con su rey Filipo, podía llevar a feliz término esta tarea mejor que cualquier otro estado griego.

Demóstenes

Demóstenes (384-322) es celebrado como el orador más famoso de la Antigüedad. Era hijo de un ateniense acaudalado, fabricante de armas. Llegó a la oratoria por circunstancias familiares, superando el defecto físico de la tartamudez. Huérfano de padre a los siete años, al llegar a la mayoría de edad hubo de entablar un proceso legal para recuperar el patrimonio paterno de las garras de sus tutores. Alentado por el éxito, se entregó al estudio de la oratoria.

Los discursos políticos *(Las Filípicas, Las Olintíacas, Sobre la Paz* y *Sobre el Quersoneso)*, pronunciados por Demóstenes ante la asamblea popular, son discursos contundentes, claros en su objetivo, traspasados de un arrebato apasionado de amor patrio, que buscan despertar las conciencias de sus conciudadanos y alertarles del peligro que para Grecia representa Filipo de Macedonia.

Pero la fama de Demóstenes se fundamenta también, y en igual proporción, en discursos forenses de encargo (*En defensa de Foción, Contra Estéfano)* y en discursos públicos, relacionados con causas político-legales que él mismo defendió ante los tribunales. En uno de ellos, *Sobre la embajada fraudulenta*, se enfrenta al también orador Esquines (389-414), acusándolo de haber aceptado el soborno de Filipo en ocasión de unas conversaciones de paz sostenidas con el rey de Macedonia. No obstante, la defensa de Esquines fue tan brillante y convincente que obtuvo la absolución. Era un éxito pasajero. Cuando en el 330 Ctesifonte propuso que Demóstenes recibiese una corona de oro por los servicios prestados al Estado, renacieron los viejos rencores. Esquines, en su discurso *Contra Ctesifonte*, se opuso con sólidos argumentos legales y aprovechó la ocasión para poner en duda la honradez política de su rival. En el discurso *Sobre la Corona*, Demóstenes se defiende y justifica su trayectoria política al servicio de Atenas.

5. Las artes plásticas

Caracteres generales

Durante el Período Clásico, al margen de las variedades locales y de los cambios de gusto, los griegos mostraron en sus manifestaciones artísticas una gran uniformidad, debido a la rapidez con la que se transmitían ideas e innovaciones, por la facilidad con la que los artistas se trasladaban de un lugar a otro y por la predisposición del artista a expresar los sentimientos y aspiraciones de la sociedad para la que trabajaba, sometiéndose a unas normas canónicas y a una jerarquización de valores.

El arte por el arte resulta un concepto extraño en la sociedad griega. El artista es, ante todo, un artesano que domina su oficio con exquisita habilidad. Sacrifica la búsqueda de la originalidad y la plasmación material de su inspiración en beneficio de la obra común, del trabajo colectivo. Miles de artesanos han trabajado en la Acrópolis, en el templo de Zeus de Olimpia, en el Mausoleo de Halicarnaso. Todos los equipos trataban de realizar con habilidad la parte encomendada de la obra, ajustándose todo lo posible a las directrices del director, sin dejar que su ingenio e inspiración se desbordara en detrimento del trabajo del conjunto. Todos los artistas se sometían a las orientaciones comunes y su exquisita habilidad técnica les permitía asimilar con rapidez el estilo del diseñador de la obra (por ejemplo, Fidias en el Partenón) para proporcionar la impresión de unidad sobre la diversidad de equipos.

Arquitectura

Las construcciones griegas, templos, teatros, edificios públicos..., no estaban destinadas a la sola satisfacción estética. Eran, ante todo, obras que perseguían un fin específico, religioso o práctico. Estas construcciones, excepción hecha de los santuarios levantados en terrenos sagrados, se concentraban en las ciudades.

Urbanismo.– Antes del siglo V, los asentamientos urbanos griegos carecían de una planificación urbanística. Sus calles eran estrechas y retorcidas y la plaza pública una aglomeración informe de edificios levantados en derredor suyo. Conforme a sus necesidades y recursos, la ciudad crecía, levantando nuevas casas y edificios sin ninguna simetría con el conjunto. El problema de planificar una ciudad estaba condicionado, aunque no exclusivamente, con las disponibilidades económicas y por la existencia de edificios singulares, religiosos y públicos, que debían respetarse, amén de otros prejuicios políticos y defensivos. Sólo cuando Atenas inició la remodelación del ágora y se proyectó el desarrollo urbanístico del Pireo se tuvieron en cuenta las ideas de Hipódamo de Mileto (ca. 500), arquitecto que proponía una planificación en cuadrícula, con calles perpendiculares y paralelas que se cruzaban en ángulo recto.

A los arquitectos del siglo IV, exponentes de una sociedad con otras inquietudes e intereses políticos, lo que les atraía del sistema hipodámico era las grandes posibilidades que proporcionaba para combinar armoniosamente las construcciones rectangulares de los templos y edificios públicos con las funcionales domésticas, alineadas a lo largo de calles perpendiculares. El máximo exponente de planificación urbana se encuentra en la reconstrucción, en época helenística, de la ciudad minorasiática de Priene.

Arquitectura religiosa.– El templo es el tipo de construcción más característico de la arquitectura griega. Antes que monumento arquitectónico, el templo era morada del dios. Lo que importaba era la forma, el tamaño, el color, la decoración, el juego de líneas verticales horizontales y verticales para crear la sensación visual de solemnidad y grandeza, ya que la atención ritual y religiosa de los fieles se concentraba en el altar, situado fuera del templo, donde se celebraban los sacrificios. Como las necesidades domésticas del dios eran prácticamente las mismas a lo largo del tiempo, una vez fijada la forma típica del templo griego, apenas se modificó, excepto en lo que se refiere a la escala, proporciones, estilos y ornamentación.

Durante la Época Clásica se acentúan las diferencias entre el estilo dórico y el jónico, de evolución más reciente. Por lo general, los templos dóricos dan la impresión de mayor solidez y firmeza, mientras los jónicos destacan por la esbeltez y elegancia que proporcionan sus gráciles columnas.

A lo largo del siglo V, se levantaron una gran cantidad de templos con una uniformidad impresionante, que no impidió la plasmación de sutiles y delicadas variantes de realización, reforzada por las estatuas y escenas de los frontones y metopas. El templo de Afea en Egina

es un modelo perfecto de la arquitectura dórica del siglo V, construido en piedra y revestido en estuco, técnica que se aplica también el el templo de Zeus en Olimpia (acabado en el 457). expresión arquitectónica del sentimiento de unidad del mundo griego. En el templo de Afea, los dos frontones están decorados con estatuas de mármol, talladas individualmente, que representan escenas de combates ante Troya. En esos frontones, Atenea, aislada, ocupa el centro del espacio escultórico. Por el contrario, en los frontones del templo de Zeus en Olimpia, decorados con escenas de la carrera de carros de Pélope y de luchas sangrientas entre griegos y centauros, los grupos escultóricos se tallan unitariamente y no con la misma profundidad, con objeto de producir la sensación de composición pictórica.

La Acrópolis de Atenas.– La Acrópolis, promontorio rocoso y escarpado sobre la llanura de Atenas, era el área sagrada, donde se levantaban los templos de la ciudad. Tras su destrucción por los persas en el 480, Pericles emprendió su reconstrucción con fines propagandísticos: Atenas debía demostrar, con la belleza y grandiosidad de sus edificios públicos, el poder que poseía. De esta forma, la Acrópolis ateniense se convirtió en un gigantesco complejo de construcciones que encarnaban la Atenas imperial.

Los arquitectos Ictinos y Calícrates fueron los encargados de la obra, bajo la supervisión de Fidias, que también diseñó la composición escultórica del Partenón, un grandioso templo, dedicado a Atenea *Parthenos*, la "virgen". La singularidad de este edificio, sin duda, el más hermoso de los templos griegos, se cifra, entre otras características, en tres rasgos significativos: la excelencia de los materiales utilizados (todo él está construido en mármol), la cantidad y calidad de su ornamentación (frontones y metopas, con temas relacionados con Atenea y el famoso friso con la procesión de las Panateneas) y la armoniosa combinación arquitectónica de elementos pertenecientes a los estilos jónico y dórico.

Al complejo se accedía a través de una impresionante entrada, los Propíleos. El proyecto de Mnesicles dio una solución satisfactoria a las dificultades que presentaba el desnivel del terreno.

En los últimos años de la Guerra del Peloponeso se levantó el templo del Erecteion, de dimensiones más pequeñas que las del Partenón. Esta construcción de estilo jónico se valora como una de las realizaciones más originales de la arquitectura religiosa griega. Su parte más hermosa es, sin duda, el pórtico de las Cariátides, donde las columnas han sido sustituidas por seis muchachas, portadoras de cestos en las fiestas panateneas.

Escultura: el siglo V

Caracteres comunes.– En los inicios de la Época Clásica, y como un exponente más de las innovaciones sociales y políticas producidas, los hábitos escultóricos de la Época Arcaica comienzan a ser abandonados. Los escultores clásicos poseen ya un mayor dominio del mármol y del bronce que les permite liberarse del convencionalismo y del hieratismo arcaico para imprimir a las esculturas una mayor variedad de actitudes y ademanes.

La escultura clásica reúne una serie de rasgos comunes. Son estatuas relacionadas con la arquitectura religiosa y la religión. Buscan la belleza ideal, que se plasma en cánones, esto es, en un sistema normativo en el que las diversas partes del cuerpo deben guardar una armonía y en un ritmo sujeto a proporciones matemáticas. La belleza humana ideal, liberada de las imperfecciones y de rasgos concretos identificadores (las estatuas de atletas no son representaciones de individuos concretos, sino idealizaciones), sirvió para representar a los dioses en imágenes llenas de armonía, autodominio y serenidad.

Fidias.– Ya conocemos a Fidias, amigo de Pericles, como supervisor de los trabajos de la Acrópolis. En la Antigüedad era muy alabada su gigantesca escultura crisoelefantina de Atenea, destinada a la *cella* del Partenón, así como su *Zeus* de Olimpia. Se trataba de figuras humanas idealizadas, realizadas en proporciones colosales.

Policleto.– Policleto de Argos expuso su teoría sobre las proporciones de la figura humana en un famoso tratado, el *Canon*. Sus dos obras más importantes, el *Doríforo* y el *Diadumeno*, conocidas por buenas copias romanas, encarnan ese canon. Son representaciones de jóvenes, de pesada musculatura y gran perfección formal, aunque con poco brío interior.

Mirón.– Mirón, natural de Eleutero, se aparta un poco de este esquema de equilibrio sereno. Su mayor preocupación es la expresión del movimiento, que plasma ejemplarmente en su famoso *Discóbolo*, atleta captado en el momento instantáneo del lanzamiento del disco.

La escultura: el siglo IV

La escultura del siglo IV, sin romper totalmente con la anterior, buscó nuevas formas expresivas, a veces contrapuestas entre sí. Cefisodoto, padre de Praxiteles, representa una fase de transición entre la apacible y serena belleza de las obras de Fidias y Policleto y la suavidad amable y relajada que muestran las obras de algunos escultores posteriores. En obras como *Eirene y Ploutos* (la Paz y la Riqueza) muestra un nuevo gusto en la representación de la niñez. La inclinación de la cabeza de la diosa es el medio expresivo utilizado por el artista para sugerir la sensación de suave y dulce simpatía que destila la imagen.

La mayoría de las corrientes escultóricas del siglo IV están relacionadas con sus tres escultores más importantes: Escopas, Praxiteles y Lisipo.

Escopas.– Escopas, que destacó, ante todo, como escultor, fue también el arquitecto del templo dedicado a Atenea Alea en Tegea, del que se conservan algunos fragmentos de las esculturas que adornaban los frontones. Su estilo singular se aprecia en los ojos encajados profundamente en las órbitas, para producir un efecto de convulsión e intranquilidad –*el pathos*–, que evidencia su *Ménade*. Formó parte del equipo encargado de decorar

el Mausoleo de Halicarnaso (ca. 350). Tres fragmentos encontrados en la excavación ofrecen rasgos muy próximos a su estilo.

Praxiteles.– Las fuentes literarias atribuyen a Praxiteles un gran número de esculturas en bronce y mármol. Siguió la huellas fijadas por Fidias en su modelo ideal de divinidades juveniles severas y serenas, aunque de líneas más suaves y enternecedoras. Crea también un tipo de figuras ligeramente flexionadas y reclinadas sobre un elemento de apoyo, como el *Hermes con Dionisio niño*, obra original encontrada en el templo de Hera de Olimpia. La obra más célebre de Praxiteles, y quizás de toda la Antigüedad Clásica, es la *Venus de Cnido*. El artista sorprende a la diosa, que enseña su desnudez en un pudoroso movimiento, ademán exquisito que le permite proyectar en amplitud sus caderas en contraste armonioso con la suave curva de los hombros.

Lisipo.– Lisipo de Sición, en el Peloponeso, escultor preferido de Filipo y de Alejando Magno, trabajó el bronce con exquisita habilidad. Retoma la tradición de las esculturas atléticas, pero con sustanciales modificaciones. Sus esculturas, el *Agias de Delfos* y sobre todo, el *Apoxiomenos* (atleta que rasca el aceite y el polvo de su cuerpo con el estrígilo), destaca por la elegancia de la forma, por la captación momentánea de la tridimensionalidad espacial –sugerida mediante la dispersión armoniosa de piernas y brazos– y por la adopción de un nuevo canon, de cabeza más reducida y miembros más largos.

Pintura

El reflejo de la cerámica.– Ninguna de las grandes obras pictóricas que decoraban los muros de los templos, los pórticos y los palacios ha sobrevivido. Los únicos ejemplos que permiten formarse una opinión concreta y fiable sobre el dibujo y la composición son las cerámicas pintadas. En la época que consideramos, estas cerámicas están decoradas con pinturas rojas. Su variada funcionalidad permitía una libertad temática (escenas mitológicas, religiosas, de la vida cotidiana y obscenas), vedada a otros artistas. Pero también tenían sus limitaciones, impuestas por la propia materia, la escala pequeña de la pieza, la necesidad de trabajar sobre superficies cóncavas y convexas y la escasa gama de colores que establecía la costumbre.

Por las fuentes literarias sabemos que las pinturas murales fueron muy abundantes y que en el arte pictórico destacaron muchos artistas, especialmente en el siglo IV, el Siglo de Oro de la pintura.

Polignoto.– Teofrastro recuerda que Polignoto fue el primero que introdujo la pintura en Grecia. No sabemos ciertamente en qué consistió su innovación pictórica. Parece que fue el primero en dibujar los grupos pictóricos a alturas diferentes al eje horizontal para dar la sensación de profundidad, novedad compositiva que se percibe en algunos vasos áticos de mediados del siglo V.

Apolodoro.– Los hitos posteriores de la pintura griega están encaminados en una dirección ilusionista, en el dominio del modelado de las figuras y en su proyección óptica. Apolodoro, llamado el pintor de las sombras, fue el primero en enfrentarse con el estudio de las luces y de las sombras para lograr una perspectiva óptica de alejamiento de los objeto por medio de los matices y tonalidades.

Zeuxis y Parrasio.– Su discípulo, Zeuxis, siguió profundizando en el estudio de las sombras y del modelado de las figuras. Por el contrario, su adversario pictórico Parrasio continuó aferrado a la composición lineal de las figuras y a acentuar el efecto ilusionista.

Apeles.– La figura de Apeles, retratista de Alejandro Magno, representa para los antiguos el punto culminante de la pintura griega. Sus obras y las de los miembros de su escuela incorporan los avances logrados hasta entonces en el tratamiento de los escorzos, en el juegos de luces y sombras y en la disposición y composición del espacio pictórico.

BIBLIOGRAFÍA

Literatura

BARNES, J., *Los presocráticos*, trad. esp., Madrid, 1992; BENSON, H. H., *Essays on the Philosophy of Socrates*, Oxford, 1992; BOWRA, C. W., *La Atenas de Pericles*, trad. esp., Madrid, 1988; BREMMER, J. N., *Greek Religion*, Oxford, 1994; BORDES, J., *Politeia dans le pensée grecque jusqu'à Aristotele*, París, 1982; CHATELET, F., *El nacimiento de la historia*, I-II, trad. esp., Madrid, 1978; CROMBIE, I. M., *Análisis de las doctrinas de Platón I-II*, trad, esp., Madrid, 1977; FARRINGTON, B., *Ciencia y Filosofía en la Antigüedad*, trad. esp., Barcelona, 1984; ID., *La ciencia griega*, Barcelona, 1984; FINLEY, M. I., *El nacimiento de la política*, trad. esp., Barcelona, 1986; GREEN, J. R., *Theatre in Greek Society*, Londres, 1994; GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la Filosofía griega. VI. Introducción a Aristóteles*, trad. esp. Madrid, 1993; ID., *Historia de la filosofía griega, vol. I, : los primeros presocráticos y los pitagóricos*, trad. esp., Madrid, 1991; IMMERWAHR, H. R., *Form and Thought in Herodotus*, Cleveland, 1966; JAEGER, W., *Aristóteles*, trad. esp., Madrid, 1983; LESKY, A., *Historia de la literatura griega*, trad. esp., 4 reimpr. Madrid, 1989; MEIER, Ch., *De la tragédie grecque comme art politique*, trad. franc, París, 1991; MOMIGLIANO, A., *La historiografía griega*, Barcelona, 1984; MORROW, G. E. R., *Plato's Cretan city. A historical interpretation of the laws*, Princeton, 1960; NESTLE, W., *Historia del pensamiento griego*, trad. esp., Barcelona, 1975; ROMILLY, J. de, *Histoire et Raison chez Thucydide*, París, 1956; ID., *La Tragédie grecque*, 4 ed, París, 1992; ID., *Les grands sophistes dans l'Athènes de Péricles*, París, 1988; TOVAR, A, *Vida de Sócrates*, Madrid, 1947; VERNANT, J. P. y VIDAL-NAQUET, P, *Mythe et Tragédie en Grèce ancienne I-II*, París, 1971; WEST, M. L., *Ancient Greek music*, Oxford, 1992.

Artes plásticas

ADAM, J-P., *L'Architecture militaire grecque*, París, 1982; BERVE, H., GRUBEN, G. y HIMMER, M., *Temples et Sanctuaires grecs*, París, 1965; BOARDMAN, J. y FINN, D., *The Parthenon and its Sculptures*, Londres, 1985; BOERSMA, J. S., *Athenian Building Policy from 561/0 to 405/4 B. C.*, Gronningen, 1970; CHARBONNEAUX, J, MARTIN, R. y VILLARD, F., *Grecia clásica (480-330 a. J-C)*, trad. esp., Madrid, 1970; DINSMOOR, W., *The Architercture of Ancient Greece*, Londres, 1950; KNELLE, H., *Perikleische Baukunst*, Darmstadt, 1979; LAWRENCE, A. W., *Greek Architecture*, 3 ed., Londres, 1973; LA ROCCA, E. (ed.), *L'esperimento della perfezione. Arte e società nell'Atene di Pericle*, Milán, 1988; MARTIN, R., *L'urbanisme dans la Grece antique*, París, 1968; PAPAIOANNOU, K., DUCAT, J., BOUSQUET, J. y TOUCHAIS, G., *L'Art grec*, París, 1993; PESANDRO, F., *La casa dei greci*, Mián, 1989; PÖHLMANN, E. y GAUER, W. (eds.), *Griechische Klassik. Erlanger Beiträge zur Sprache, Literatur und Kunst 75*, Nuremberg, 1994; RIDGWAY, B. S., *Fifth Century Styles in Greek Sculpture*, Princeton, 1981; ROBERTSON, M., *La Peinture grecque*, trd. fran., Ginebra, 1959; ID., *The Art of Vase Painting in Classical Period*, Londres, 1989; ROLLEY, C., *La Sculpture grecque. I. Des origines au milieu du V siècle*, Paris, 1994; SCHULLER, W., HOEPFNER, W. y SCHWANDNER, E. L., (eds.), *Demokratie und Architektur. Der hippodamische Städtebau und die Entstehung der Demokratie*, Munich, 1989; VILARD, F., *Les Vases grecs*, París, 1956.

EL MUNDO HELENÍSTICO

JOSÉ MANUEL ROLDÁN HERVÁS

XX ALEJANDRO MAGNO (336-323 A.C.)

El concepto de Helenismo

Con el término *Helenismo* se designa el proceso histórico, desarrollado en el mundo mediterráneo tras las conquistas de Alejandro Magno, cuya principal consecuencia fue la extensión de la lengua y cultura griegas, más allá de los límites del Egeo, a las poblaciones del Próximo Oriente. Cronológicamente abarca el espacio de tiempo comprendido entre la muerte de Alejandro Magno (323 a.C.) y la anexión por Augusto del último reino helenístico, el Egipto tolemaico (31 a.C.). No obstante, parece lógico incluir en el proceso el propio reinado de Alejandro, que constituye el preludio y la condición indispensable para la época helenística.

Fue el alemán Gustav Groysen, en su obra *Historia del Helenismo*, publicada en 1877, quien acuñó el término, con el que desde entonces se ha caracterizado esta época de la historia del mundo mediterráneo en la Antigüedad. Desde el punto de vista espacial, se incluyen en el mundo helenístico, además de la Grecia propia y de las regiones colonizadas por los griegos, los territorios conquistados por Alejandro y, desde entonces, helenizados: Asia Menor, Egipto y el Próximo Oriente, desde la costa siria hasta los confines de la India.

1. Los comienzos del reinado de Alejandro

Alejandro, rey de Macedonia.– Alejandro, nacido en el 356, era hijo de Filipo II de Macedonia y de la princesa epirota Olimpia. Educado en la cultura griega por maestros como Aristóteles, apenas tenía veinte años cuando el asesinato de Filipo (336) lo elevó al trono de Macedonia, no sin una fuerte oposición interior, dirigida por miembros de la casa real con el apoyo de los viejos compañeros de armas de su padre, como Parmenión. No obstante, los oficios del general Antípatro lograron la aclamación de Alejandro por la asamblea del ejército, a la que siguió un baño de sangre entre sus parientes y posibles contrincantes al trono.

La sumisión de Grecia.– La crisis constitucional suscitó en el mundo griego reacciones contra la hegemonía macedonia, que el joven rey se apresuró a sofocar. Con una demos-

tración militar, consiguió ser elegido general de la Liga Tesalia; por su parte, la anfictionía de Delfos le reconoció como *hegemón* de Grecia y, en Corinto, se transfirió a Alejandro la posición de Filipo como *strategos autokrator* de la Liga de Corinto, con el mando de la proyectada campaña contra el imperio persa.

Tampoco las fronteras septentrionales del reino permanecían tranquilas. Alejandro hubo de conducir una dura campaña contra grupos tribales, que, desde el otro lado del Danubio, pretendían infiltrarse en Macedonia. La ausencia del rey, la falsa noticia de su muerte y el oro persa provocaron un movimiento de sublevación en Grecia, dirigido por Tebas, con el apoyo o las simpatías de otras comunidades griegas. La reacción de Alejandro fue fulminante. En pocos días alcanzó la capital beocia, la sometió (verano del 335) y logró que la propia Liga de Corinto fijara el castigo para la ciudad rebelde: su destrucción y la venta de sus habitantes como esclavos. El cruel ejemplo bastó para disuadir a los griegos de cualquier nuevo intento de rebelión y Alejandro prefirió mostrar moderación con el resto de los sublevados, con vistas a la inminente campaña persa, cuyo inicio se fijó para la primavera siguiente.

2. La conquista del imperio aqueménide

Razones de la expedición

No conocemos con exactitud las razones de la expedición, fuera de la proclama oficial, que la presentaba como una guerra panhelénica contra el viejo enemigo de Grecia. Sin duda, obedecía más a intereses puramente macedonios: a la vieja aspiración de Filipo de unir a las comunidades griegas en un proyecto común, bajo la dirección de Macedonia, se añadían la necesidad de poner fin a las continuas injerencias persas en la política griega, que ponían en peligro la estabilidad del dominio macedonio, y la posibilidad, para Alejandro, de reafirmar su prestigio en el reino, frente a la oposición interna, con una brillante campaña.

En cuanto al alcance de la expedición, el proyecto original probablemente no iba más allá de expulsar a los persas de Asia Menor, liberando las ciudades griegas de la costa. Así parecen confirmarlo las modestas fuerzas que Alejandro llevó consigo, compuestas por la mitad del ejército macedonio, reforzado con contingentes de los estados miembros de la Liga de Corinto y mercenarios; en total, unos 40.000 hombres. Más modestas aún eran las fuerzas navales, constituidas en su mayoría por naves griegas, que obligaban a Alejandro a decidir la guerra por tierra. A su partida, Alejandro confió la regencia de Macedonia y la supervisión de Grecia a Antípatro, con la otra mitad del ejército y el título de "estratego de Europa".

Darío III.– El reino aqueménide se encontraba desde el 336 en manos de Darío III, un soberano mediocre, que, seguro en la inmensidad de su imperio, dejó en manos de los respectivos sátrapas y de sus ejércitos de mercenarios la defensa de Asia. Sólo el griego

Memnón de Rodas, al servicio de Darío, consciente de la gravedad del peligro, se hizo fuerte en el sur de la península y, con el apoyo de la flota persa, compuesta en su mayoría por naves fenicias, trató de controlar las aguas del Egeo.

Del Helesponto a Persépolis

Gránico.– En la primavera del 334, desembarcaba Alejandro en Asia Menor, donde cumplió su primer acto programático con una visita a Troya para rendir honores ante la tumba de Aquiles. En la propia Tróade, a orillas del río Gránico, tendría lugar el primer encuentro contra el ejército de los sátrapas, que terminó con la victoria griega. Alejandro pudo así avanzar hacia el sur, ocupando Sardes, Éfeso y otras ciudades de Jonia y Eolia, que, a excepción de Mileto, se entregaron sin resistencia. Alejandro sustituyó en estas ciudades los regímenes oligárquicos filopersas por otros democráticos, devolviéndoles su autonomía, restringida por especiales lazos de dependencia hacia el conquistador.

Issos.– Desde la costa occidental, Alejandro avanzó en el invierno del 334/333 por el interior de Asia –Licia y Panfilia– hasta Frigia, en el corazón de la península, en cuya capital, Gordión, estableció los cuarteles de invierno. Pero la actividad en aguas del Egeo de la flota fenicia, dirigida por Memnón, y los preparativos persas para una contraofensiva, encabezada por el propio Darío, impulsaron a Alejandro a abandonar la conquista de las zonas centrales y orientales de Anatolia, para acudir, atravesando Cilicia y la cadena del Tauro, al norte de Siria. En el otoño del 333, se enfrentaron por vez primera Alejandro y Darío en la llanura costera de Issos, en la frontera entre Anatolia y Siria. La caballería macedonia arrolló la formación persa, decidiendo a Darío a huir, con parte de su ejército, hacia el interior, al otro lado del Éufrates. En manos del macedonio cayó el campamento del Gran Rey con su madre, esposas e hijos.

La conquista de Fenicia.– La noticia de la victoria impulsó a gran parte del mundo griego a alinearse con Alejandro y frenó de momento las tendencias antimacedonias, a excepción de Esparta. La ayuda griega permitió reactivar la guerra en el Egeo, donde los persas perdieron una posición tras otra. Alejandro, consciente de la necesidad de expulsar a los persas del mar, decidió la conquista de las regiones costeras de Siria y Fenicia, para convertir el conflicto en una guerra de conquista continental. Una tras otra, las ciudades portuarias fenicias se entregaron al conquistador. Sólo Tiro ofreció resistencia y obligó a Alejandro a un largo asedio de ocho meses, que acabó con la rendición de la ciudad y una ejemplar matanza entre sus habitantes. Darío, consciente de la gravedad del ataque macedonio, intentó propuestas de paz, que fueron rechazadas. Fue quizá entonces cuando los limitados propósitos que habían promovido la expedición, se transformaron en la mente de Alejandro en un definitivo plan de conquista de todo el imperio persa.

La crucial decisión iba a alejar al conquistador de las tradiciones macedonias y griegas para intentar un proyecto de imperio universal de carácter despótico, más acorde con las concepciones políticas de los antiguos imperios orientales y del propio reino aqueménide.

La anexión de Egipto.– La conquista de Fenicia abría el camino de Egipto, donde, después de dos siglos de dominación persa, Alejandro fue recibido como un liberador e investido por los sacerdotes de Menfis con la doble corona de los faraones.

Dos hechos de gran trascendencia marcaron la estancia de Alejandro en Egipto: el primero, la fundación en el delta del Nilo de Alejandría, que habría de convertirse en el puerto comercial más importante del Mediterráneo; el segundo, de carácter simbólico, su visita al oasis de Siwa, en el desierto libio, sede de un prestigioso santuario y oráculo de Amón, identificado por los griegos con Zeus. Se propagó la noticia de que, en esta ocasión, Alejandro había sido reconocido por el dios como hijo suyo; su figura se rodeaba así, consciente o interesadamente, de un aura sobrehumana, que serviría de base para una nueva concepción de monarquía teocrática, desarrollada en los años siguientes.

Gaugamela.– En la primavera del 331, Alejandro abandonó Egipto y, a través de Siria, se dirigió a Mesopotamia, cruzando el Éufrates y el Tigris, para buscar el corazón del imperio persa. Darío había concentrado mientras tanto un gigantesco ejército, que chocó con el macedonio en la llanura de Gaugamela, cerca de Nínive. Una vez más, la caballería macedonia deshizo la formación persa y obligó al Gran Rey a huir hacia las regiones interiores del imperio.

La destrucción de Persépolis.– Quedaba libre el camino que conducía a Babilonia y a los centros neurálgicos del reino aqueménide, Susa y Persépolis. Babilonia y Susa fueron entregadas por sus respectivos sátrapas, que Alejandro confirmó en sus puestos; en cambio Persépolis, la ciudad santa del imperio, decidió resistir. El rey macedonio permitió que sus soldados la saquearan y ordenó entregar a las llamas el complejo palaciego, como simbólico acto de venganza por los sacrilegios de Jerjes en Grecia durante las guerras persas.

Alejandro, "rey de Asia".– Sería su último acto como caudillo de la Liga Panhelénica y, en cierto modo, significaba el fin de la expedición, proyectada en su día por Filipo. Alejandro era ahora el "Rey de Asia", heredero por derecho de conquista del imperio aqueménide e impulsor de un ambicioso proyecto político en el que Macedonia y Grecia eran ya sólo partes integrantes de un imperio universal, que debía abarcar y unir a griegos y asiáticos, bajo un soberano supremo de derecho divino.

Prostestas del ejército.– Materializar este proyecto requería capturar a Darío y adueñarse de las satrapías orientales del imperio, donde el rey persa había buscado refugio. Era un camino largo y difícil, por tierras inhóspitas y desconocidas, en el que se forjaría la epopeya y el destino del joven conquistador. Pero la aventurada expedición hizo surgir las primeras protestas en las filas del ejército, sobre todo, por parte de los contingentes griegos aliados. Alejandro los licenció, aunque enroló como mercenarios a los que decidieron permanecer. Era un signo más del nuevo carácter de la empresa.

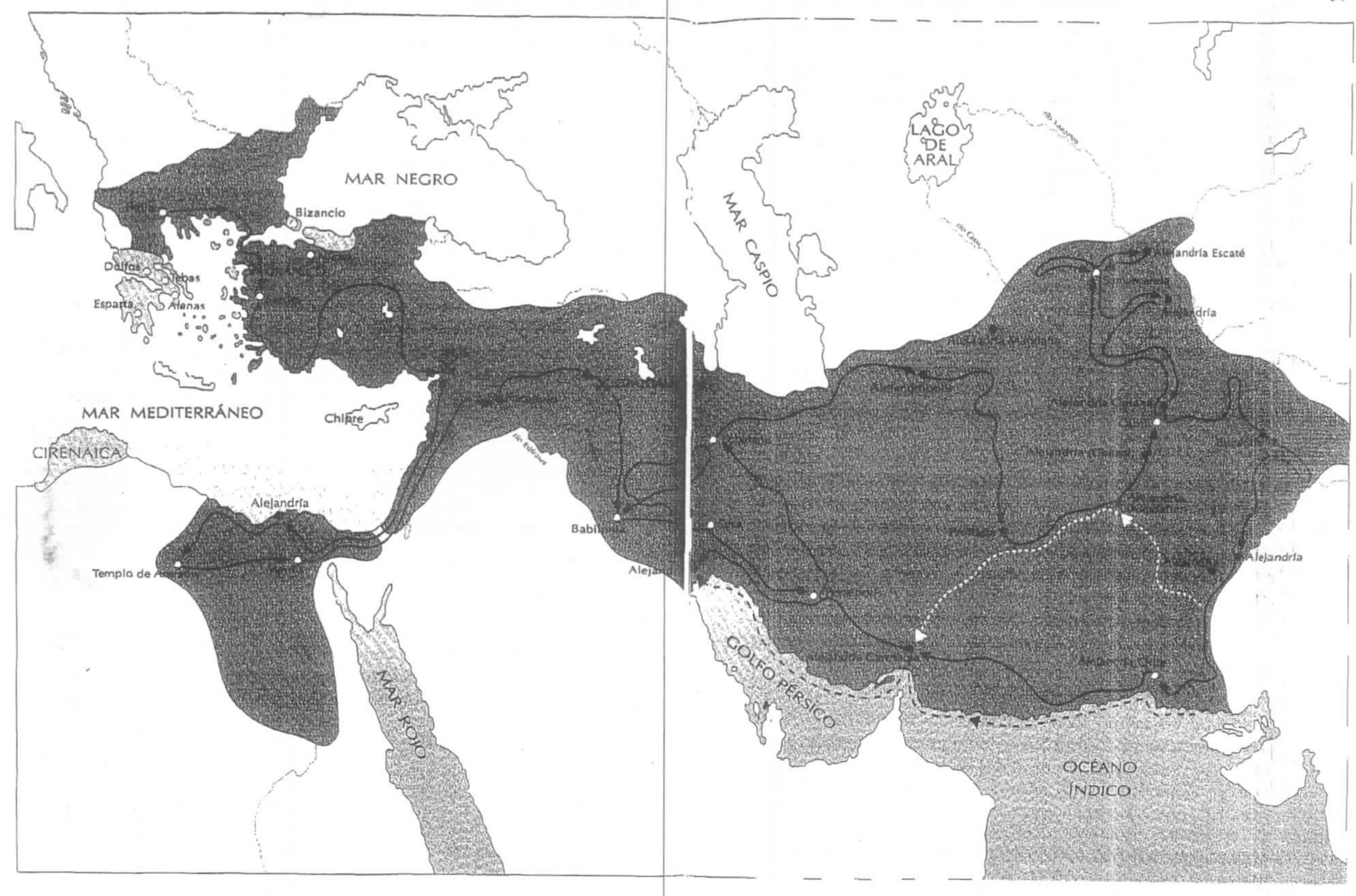
La conquista del Irán oriental

La muerte de Darío III.– En la primavera del 330 se inició la larga marcha, más allá de las Puertas Caspias, hacia el interior de Media y Partia. Fue entonces cuando Alejandro conoció el trágico destino de Darío, depuesto por sus generales y asesinado por Bessos, sátrapa de Bactriana (Afganistán), que asumió el mando y, finalmente, se proclamó rey con el nombre de Artajerjes IV.

La muerte del Gran Rey convertía a Alejandro en sucesor legítimo de los Aqueménides y, como tal, en responsable de vengar el magnicidio y acabar con el usurpador. El rey macedonio logró rescatar el cadáver de Darío, al que dio solemne sepultura, mientras acentuaba los componentes orientales de su monarquía, cada vez más alejada del modelo macedonio, con la adopción de una buena parte del pomposo ceremonial persa.

La crisis del 330.– Pero la decidida asunción de la herencia real aqueménide chocó con la incompresión de los viejos generales, compañeros de su padre Filipo, y dio lugar a la primera seria crisis en el seno del ejército macedonio, de la que sería víctima su lugarteniente Parmenión. Con frío cálculo, el rey acusó de alta traición al hijo de Parmenión, Filotas, que fue ejecutado después de denunciar entre tormentos a su padre. Alejandro contó entonces con el pretexto para hacerlo asesinar, mientras renovaba el estado mayor con comandantes leales, de su propia generación, y reorganizaba el ejército, incluyendo en él a contingentes persas e iranios. Era un paso más en el camino de transformar la realeza militar macedonia en una monarquía oriental, despótica y de carácter universal.

Las campañas en el Irán oriental.– Casi cuatro años (330-327) invirtió Alejandro en la conquista del este del Irán, salpicados de sangrientos encuentros, extenuantes marchas y fundaciones de colonias militares. A lo largo del 330, las regiones al sur del Caspio y en el área central y sudoriental del Irán (Aria, Drangiana, Gedrosia y Aracosia), pudieron ser ocupadas sin excesiva resistencia. Pero al otro lado de la imponente cadena montañosa del Hindu-Kush, esperaba el núcleo de la resistencia irania, en las regiones más orientales del imperio persa. En la primavera del 329, Alejandro atravesó el Hindu-Kush y ocupó Bactriana, mientras Bessos se retiraba al norte del Oxos (Amu Daria), a la satrapía más septentrional, Sogdiana. Allí, traicionado por sus generales, fue capturado por el ejército de Alejandro y ejecutado. Espitamenes, el sátrapa de Sogdiana, continuó, no obstante, la resistencia, con el apoyo de los nómadas de la estepa, escitas y masagetas. Finalmente, los nómadas, cansados de la lucha, asesinaron a Espitamenes y permitieron a Alejandro la ocupación del límite septentrional del imperio, a orillas del Yaxartes (Sir Daria).



11. LAS CAMPAÑAS DE ALEJANDRO

- Imperio de Alejandro Magno
- Estados dependientes de Alejandro
- Ciudades fundadas por Alejandro
- Expedición de Alejandro
- Expedición de Cratero
- Navegación de Nearco

Conjuras y represión.– Pero estos años estarían también marcados por el progreso del ideal despótico y orientalista del conquistador, tendente a fundir a todos sus súbitos en un gran reino con sede en Oriente, sin distinción de greco-macedonios y orientales. El matrimonio de Alejandro con Roxana, una noble sogdiana, el estrechamiento de los lazos con la aristocracia indígena, a la que se confiaron puestos de responsabilidad, la incorporación al ejército de 30.000 iranios, repercutieron en las relaciones de Alejandro con los círculos dirigentes macedonios más tradicionales, reluctantes a la idea de fusión. El deseo del rey de imponer en la corte, también para los griegos, el rito iranio de la *proskynesis* (genuflexión ante el monarca) fue contestado con una fuerte oposición y dio pie a un complot contra la vida de Alejandro por parte de jóvenes macedonios destinados a su servicio personal, la llamada "Conjura de los Pajes". Su inmediata represión condujo a la muerte, entre otros, de Calístenes, sobrino de Aristóteles e historiador oficial del soberano. Antes, en un arrebato de ira, Alejandro había atravesado con su lanza a su íntimo amigo Clito por atreverse a reprocharle su orientalización y por considerar la conquista persa como hazaña colectiva macedonia, restando importancia al papel del caudillo.

3. La expedición a la India y los últimos años de Alejandro

La conquista de la India

Razones de la expedición.– El descontento macedonio también provenía del cansancio y de la perplejidad ante la falta de objetivos concretos, después de tan largas campañas, que, no obstante, iban a prolongarse, a partir del 327, con una expedición militar a la India. Tampoco la historiografía moderna está en condiciones de explicar satisfactoriamente los auténticos propósitos de esta campaña entre un abanico de hipótesis: deseos desordenados de conquista, megalomanía, impulso hacia el infinito, irracionalidad... se contraponen a supuestos objetivos concretos, como la intención de consolidar los límites naturales e históricos del imperio persa en el río Indo o el deseo de abrir y controlar las vías de acceso entre el Irán y la India.

La lucha contra Poros.– La India, apenas conocida por los grecomacedonios, estaba fragmentada políticamente en reinos indepedientes y enemigos entre sí. Alejandro atravesó el Hindu-Kush, en el verano de 327, en dirección al Punjab, el país de los Cinco Ríos. Uno de sus príncipes, el monarca de Taxila, había solicitado la ayuda de Alejandro contra su vecino, el rey Poros, que dominaba los territorios a lo largo del Hidaspes (Jhelam). El encuentro con el formidable ejército indio, en el que formaban elefantes de guerra, desconocidos para los griegos, tuvo lugar al este del río y terminó con la victoria macedonia, aunque a un alto precio. Alejandro confirmó a Poros como príncipe vasallo y le ayudó a extender sus dominios, incorporando los territorios al este del Punjab, en campañas peligrosas y agotadoras, que llevaron al ejército macedonio hasta el río Hifasis (Beas-Sutlej), el más oriental de los cinco afluentes del Indo.

Fin de la expedición.– Se había alcanzado el límite del mundo conocido. Más allá, se abría el camino hacia un mundo misterioso, que el ejército de Alejandro, después de ocho años y medio de campaña y 18.000 kms. de marcha, se negó a emprender. El rey macedonio hubo de aceptar la decisión y dio, a su pesar, la orden de retorno, después de erigir a orillas del río doce altares en honor de los dioses olímpicos, como símbolo sacral del límite de sus conquistas.

La sumisión del valle del Indo.– A finales del 326, Alejandro inició su última campaña en la India, a lo largo del Indo, destinada a obtener la sumisión de los estados del valle. Tras duros combates, el ejército alcanzó la desembocadura del río, en Patala. Los territorios conquistados fueron incorporados al imperio y organizados en satrapías, que fueron encomendadas a los príncipes nativos.

La vuelta a Occidente.– El regreso se efectuó en tres columnas separadas. Mientras Cratero marchaba por el camino del norte, a través de Aracosia y Drangiana, Alejandro decidió abrir la ruta costera entre el Indo y el golfo Pérsico. Él mismo condujo, entre terribles privaciones y pérdidas humanas, parte de las fuerzas por tierra, a lo largo del desierto costero de Gedrosia (Beluchistán), mientras, paralelamente, el almirante Nearco transportaba el resto por mar, bordeando la costa. La operación obedecía a intereses militares y científicos: verificar la seguridad del Indo en su desembocadura e investigar las nuevas realidades geográficas. Finalmente, tras doce meses de aventuras, se realizó la conjunción en Carmania, a comienzos del 324, y Alejandro pudo instalarse en Susa.

Los últimos años de Alejandro

La larga campaña había repercutido negativamente en la estabilidad del imperio y generado intentos de rebelión. Las conquistas del Indo podían darse por perdidas; algunos sátrapas se habían sublevado o mantenían actitudes independientes; Harpalo, el tesorero real, había huido con un considerable botín, que trató de invertir en la creación de un estado independiente; en Grecia, el rey de Esparta, Agis III, había sublevado a la mayor parte del Peloponeso contra el dominio de Macedonia (332/331) hasta que Antípatro, el "estratego de Europa", logró hacerse dueño de la situación. Pero incluso en el propio ejército de Alejandro crecía el descontento, que estalló finalmente en abierto motín en Opis, junto al Tigris.

Restablecimiento de la autoridad.– El rey macedonio hubo de enfrentarse a la múltiple amenaza con medidas de emergencia encaminadas a restablecer su autoridad: un buen número de sátrapas iranios fueron sustituidos por macedonios; Harpalo, conducido a soluciones extremas, encontró la muerte a manos de sus propios soldados; las ciudades griegas fueron obligadas a aceptar a todos los exiliados como expresión de la voluntad real de

convertir a los aliados en simples súbditos; el ejército fue reorganizado con nuevos contingentes iranios y, tras el ajusticiamiento de los cabecillas del motín del Opis, se permitió el regreso a Macedonia de numerosos veteranos, al mando de Cratero, con el encargo de sustituir a Antípatro al frente de los asuntos de Grecia.

Política de fusión.– Pero el problema más grave seguía siendo el de la relación entre greco-macedonios e iranios por el rechazo de los primeros a la pretendida política de fusión perseguida por el monarca. En Susa, como respuesta programática y simbólica, Alejandro había desposado a una princesa aqueménide; su ejemplo había sido seguido por ochenta de sus oficiales y un gran número de soldados. Intentaba, con esta y otras medidas, como la institución de un cuerpo de elite, *antitagma*, compuesto de 30.000 jóvenes persas, armados y entrenados como los macedonios, la inclusión de numerosos iranios en la falange y en su propia guardia personal o la exigencia de honores divinos por parte de las ciudades griegas, superar el viejo concepto de monarquía militar macedonia por la figura de un "rey universal", de carácter autocrático y legitimidad casi divina, dispensador de beneficios a toda la humanidad, sin distinción de razas o culturas.

Muerte de Alejandro.– A comienzos del 323, Alejandro se instaló en Babilonia, la nueva capital del imperio, donde llegaron embajadas de todos los rincones del mundo para rendirle homenaje. Su mente trabajaba, mientras tanto, en nuevos proyectos, como la exploración del mar Caspio o la conquista de Arabia, que quedarían interrumpidos por la repentina muerte del monarca en el verano de ese mismo año. Se desconocen sus causas, naturales -paludismo endémico, pulmonía- o provocadas por un envenenamiento, urdido en su entorno íntimo. Dejaba tras de sí una herencia tan gigantesca como problemática.

4. La obra de Alejandro

Los instrumentos de poder

Los poderes del rey.– El imperio de Alejandro constituía una entidad estatal heterogénea, compuesta de tres elementos claramente diferenciados: el reino macedonio, la Liga Helénica y las conquistas asiáticas. Sólo la persona del soberano daba unidad a este complejo en su triple calidad de rey de los macedonios, caudillo de los griegos y dueño absoluto de los territorios conquistados en Asia. Los intentos de Alejandro de fundir los tres componentes en una sola monarquía de carácter despótico, según el modelo aqueménide, como hemos visto, chocaron con los elementos macedonios más tradicionales. En todo caso, el monarca gozaba de la totalidad de poderes, como rey y como jefe del ejército, que ejercía a través de un complejo aparato burocrático, con el concurso de un consejo de diez miembros, los *somatophylakes* guardia de corps, pertenecientes a la nobleza macedonia.

El instrumento básico de poder era, naturalmente, el ejército, que, a lo largo del reinado de Alejandro, estuvo sometido a importantes modificaciones. Su núcleo, en un principio, era macedonio, compuesto de cuerpos de infantería pesada, la falange de los *pezhetairoi*, y de caballería, los *hetairoi*, a los que se unieron contingentes de aliados griegos y tropas mercenarias especializadas. A este núcleo "nacional" se unieron crecientes contingentes de orientales, en parte, incluidos en las formaciones macedonias pero, sobre todo, encuadrados en cuerpos "paralelos", como el mencionado *antitagma*, exclusivamente compuesto de iranios. A este ejército de maniobra hay que añadir tropas de ocupación, en su mayor parte macedonias y griegas, establecidas en plazas fuertes o en colonias militares.

Administración y finanzas

Administración.– La administración y explotación del imperio se realizaba a través del sistema persa de las satrapías, circunscripciones territoriales cuyo responsable cumplía una serie de importantes funciones civiles: administración de las propiedades de la Corona, recaudación de impuestos y administración de justicia. Al principio, las satrapías fueron puestas en manos de oficiales macedonios, pero a lo largo de la conquista aumentaron los nombramientos de persas e iranios; tras el regreso de la campaña india, no obstante, volvieron a elegirse macedonios fieles al rey. Cada satrapía contaba con una guarnición militar, a las órdenes de comandantes macedonios. Altos funcionarios servían de nexo de comunicación entre el poder central y los sátrapas, como el jefe de la cancillería, encargado de la correspondencia, el tesorero real, que concentraba en sus manos el poder financiero del imperio, y el *quiliarca (chiliarchos)*, representante del rey, con responsabilidades en el campo de la política exterior.

Finanzas.– Los ingresos financieros de la Corona se nutrían de los tributos del imperio y de la explotación de los monopolios reales, que incluían tierras cultivables, recursos del subsuelo y derechos comerciales. Con ellos se hacía frente a los gastos generados por el mantenimiento del ejército, la familia real y la Corte.

Desarrollo del comercio.– Hay que subrayar la importancia concedida por Alejandro al desarrollo del comercio, que se vio favorecido por la apertura y ampliación de las grandes rutas comerciales entre el Mediterráneo y la India y por una política monetaria sometida al control real. Gran parte del tesoro de los Aqueménides fue convertido en moneda de curso legal; al lado de la tradicional moneda persa, el dárico de oro, se introdujo una nueva, el alejandrino, como intento de unificar el sistema monetario.

Política de colonización.– Alejandro consideró de importancia crucial para la consolidación del imperio la fundación de ciudades en los territorios conquistados. Se trataba en su mayoría de colonias militares, con finalidad estratégica, constituidas por asentamientos de soldados o veteranos griegos y macedonios, en establecimientos de nueva planta o en núcleos

urbanos preexistentes, provistos de nombre griego y de una organización al estilo de las *poleis*. Sin embargo, de las setenta fundaciones atribuidas a Alejandro, muy pocas le sobrevivieron. La emigración masiva de colonos griegos y la fundación de grandes ciudades en Oriente, elementos fundamentales del mundo helenístico, sólo se desarrollarán tras su muerte, por iniciativa de las monarquías surgidas de la desmembración del imperio alejandrino.

La significación de Alejandro

El mito de Alejandro.– La figura de Alejandro despertó un vivo interés ya en la Antigüedad. Una tradición que arranca de Diodoro de Sicilia y de Quinto Curcio, apoyada en fuentes contemporáneas, desgraciadamente perdidas, contribuyó a difuminar sus rasgos históricos para convertirla en mito y modelo: el prototipo de conquistador, fundador del primer y único imperio universal y protagonista absoluto de grandeza y excesos debidos a sus méritos individuales.

El nuevo concepto de monarquía.– Pero el rey macedonio es inseparable del contexto histórico en el que se inserta, a caballo entre el siglo IV y el mundo helenístico. En primer lugar, por lo que respecta al propio concepto de monarquía. Heredero de una monarquía nacional y militar, las conquistas asiáticas impulsaron a Alejandro a transformarla en despotismo orientalizante, cuyo carácter carismático necesitaba el apoyo de la identificación con la divinidad. En este proceso, la victoria se convirtió en elemento clave del poder, al que se le atribuyó un carácter sobrehumano. No obstante, esta realeza oriental no llegó a sustituir completamente a la concepción de un poder personal apoyado en la *arete*, en la virtud del soberano, acorde con la tradición aristocrática macedónica y con las doctrinas de Aristóteles. Ambas concepciones sobrevivirán en el mundo helenístico, dando origen a concepciones contrapuestas de la monarquía.

Oriente y Occidente.– Las conquistas de Alejandro abrirán, por otro lado, la polémica de las relaciones entre Occidente y Oriente, entre griegos y bárbaros. Frente a la teoría tradicional de la superioridad del griego sobre el bárbaro, que justificaba su esclavización, la política de fusión intentada por Alejandro trató de superar esta antítesis, mostrando nuevos caminos sobre los que, desde entonces, se moverá la historia política del mundo mediterráneo.

La muerte del rey dejó en suspenso la solución a los múltiples problemas que sus conquistas había generado. En todo caso, las conquistas de Alejandro abrieron un nuevo mundo, que hará de la historia de Grecia y Oriente una unidad inseparable.

CRONOLOGÍA

356	Nacimiento de Alejandro
336	Alejandro sucede a su padre, Filipo II, como rey de Macedonia y *hegemon* de la Liga de Corinto
335	Expedición de Alejandro a Tracia e Iliria. Destrucción de Tebas
334	Comienzo de la campaña en Asia. Batalla de Gránico
333	Batalla de Issos
332	Conquista de Siria y Fenicia. Asedio de Tiro
332-331	Anexión de Egipto. Fundación de Alejandría. Batalla de Gaugamela. Entrada de Alejandro en Babilonia y Susa
330	Saqueo de Persépolis. Asesinato de Darío III. Complot de Filotas y asesinato de Parmenión
330-327	Conquista del este del Irán
326-325	Campaña de la India
324	Las "bodas de Susa". Motín del Opis
323	Alejandro en Babilonia. Muerte de Alejandro

BIBLIOGRAFÍA

Alejandro Magno

A. A. V. V., *Alexandre le Grand. Image et réalité* (·Entretiens de la Fondation Hardt·, XXII). Ginebra, 1976; ADAMS. W. L., BONZA E. N. (eds.), *Philip II., Alexander the Great and the Macedonian Heritage*, Washington 1982; ALTHEIM F., *Alexander und Asien. Geschichte eines geistigen Erbes*, Tübingen, 1953; BAMM, P., *Alejandro el Magno (o la transformación del mundo)*, Barcelona, 1966; BENGTSON, H., *Philipp und Alexander der Grosse. Die Begründen der hellenistischen Welt*, Berlín, 1985; BORZA, N., *The impact of Alexander the Great*, Hinsdalle, 1974; BOSWORTH, A. B., *Conquest and empire. The reign of Alexander the Great*, Cambridge 1988; BRIANT, P., *Alejandro Magno, de Grecia al Oriente*, Madrid, 1989; CARY, G., *The medieval Alexander*, Cambridge, 1956; CLOCHÉ, P., *Alejandro Magno*, México, 1964; CROISILLE, J. M. (ed.), *Neronia IV. Alejandro Magno, modelo de los emperadores romanos* (Actes du IVe colloque international de la SEN), Bruselas, 1990; DASKALAKIS, A., *Alexander the Great and the Hellenism*, Tesalónica, 1966; DROYSEN, I. G., *Alejandro Magno*, México, 1988; EHRENBERG, V., *Alexander and the Greeks*, Oxford, 1938; FAURE, P., *Alejandro. Vida y leyenda del hijo de los dioses*, Madrid, 1990; FOX, R. L., *Alexander the Great*, Londres, 1973; GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d 'Alexandre (336- 270 av. J. -C.)*, 2 vols., Nancy, 1978-1981; GREEN, P., *Alexander of Macedon, 356-323 B. C. A historical biography*, Berkeley- Los Angeles, 1991; GRIFFITH, G. T., *Alexander the Great. The main problems*, Cambridge, 1966; HAMILTON, J. R., *Alexander the Great*, Londres, 1973; HAMMOND, N. G. L. -WALBANK, F. W, *A history of Macedonia, vol. II: 336-167 B. C.*, Oxford, 1988; HAMMOND, N. G. L., *Alexander the Great. King, commander and stateman*, Bristol, 1989; HAMPL, F., *Alejandro Magno*, Bilbao, 1969; HOMO, L., *Alejandro el Grande*, Barcelona, 1973; LAUFFER, S., *Alexander der Grosse*, Munich, 1981, 2a. ed.; LEVI, M. A., *Introduzzione ad Alessandro Magno*, Milán, 1977; MILNS, R. D., *Alexander the Great*, Londres, 1968; MONTERO DÍAZ, S., *Alejandro Magno*, Madrid, 1944; PEYREFITTE, R., *Les conquetes d'Alexandre*, Paris, 1979; PETIT, P., *Alexander der Grosse*, Darmstadt, 1972; RADET, G., *Alexandre le Grand*, París, 1980; SCHACHERMEYR, F., *Alexander der Grosse. Das Problem seiner Persönlichkeit und seines Wirkens*, Viena, 1973; SEIBERT, J., *Alexander der Grosse*, Darmstadt, 1972; SORDI, M., *Alessandro Magno tra storia e mito*, Milán, 1984; TARN, W. W., *Alexander the Great, vol. I: Narrative; vol. II: Sources and studies*, Cambridge, 1948; WELLES, C. B., *Alexander and the hellenistic Word*, Toronto, 1970; WILCKEN, U., *Alexander der Grosse*, Leipzig, 1931.

XXI LOS DIÁDOCOS (323-276 A.C.)

La muerte de Alejandro abre un período de cincuenta años, conocido tradicionalmente como *Época de los Diádocos* ("sucesores") y caracterizado, desde el punto de vista político, por las continuas guerras entre sus antiguos generales por alzarse con la dirección del imperio o afirmar un poder autónomo en distintas porciones de su territorio.

Si durante los dos primeros decenios todavía se defendió, entre sangrientas luchas, la idea de la unidad del imperio, paulatinamente se avanzó por el camino de su disgregación en estados separados, que quedó decidido en la batalla de Ipsos (301). Al final del período, tres dinastías bien establecidas, descendientes de otros tantos generales de Alejandro –los Seléucidas, en Asia; los Lágidas o Tolomeos, en Egipto, y los Antigónidas, en Macedonia– habían enterrado definitivamente el proyecto alejandrino de un imperio universal.

1. La lucha por la sucesión: del acuerdo de Babilonia a Ipsos

La sucesión de Alejandro

El acuerdo de Babilonia.– La muerte de Alejandro, sin heredero directo, abrió una espinosa cuestión sucesoria. En Babilonia, la asamblea del ejército macedonio, encargada de resolver el problema, trató de conciliar los encontrados intereses y ambiciones con una solución de compromiso: la realeza se repartía conjuntamente entre Filipo III Arrideo, un hermanastro de Alejandro, disminuido mental, y el hijo póstumo del conquistador, Alejandro IV, nacido de Roxana.

El auténtico problema, sin embargo, era la regencia, disputada por los *compañeros* de Alejandro, que, en nombre de los monarcas, debían ejercer efectivamente el poder. Cratero, como sabemos, en marcha hacia Macedonia al frente de los veteranos, recibió el título de *prostates* o representante oficial de los reyes; Perdicas, *quiliarca* o "primer ministro", asumió la dirección de los asuntos de Asia; Antípatro, como "estratego de Europa", retuvo el gobierno de Macedonia y la supervisión de Grecia.

Reparto de las satrapías.– También se procedió a un reparto de las satrapías: a Tolomeo, hijo de Lagos, le correspondió Egipto; Antígono *Monofthalmós* ("el Tuerto") ocupó el occidente y sur de Asia Menor; Lisímaco recibió Tracia, entre Macedonia y Asia; el griego Eumenes hubo de contentarse con los territorios interiores de Asia Menor, aún

por conquistar. Oficiales macedonios de menor prestigio se hicieron cargo de las restantes, de donde fueron desalojados, con muy pocas excepciones, los sátrapas de origen iranio.

Las relaciones de las satrapías con el imperio eran poco definidas. Aunque, en principio, no se cuestionó su unidad, se manifestaron muy pronto principios particularistas frente a la idea unitaria: la mayoría de los sátrapas trató de afianzarse en sus puestos, fortaleciendo o incluso ampliando sus territorios con la ayuda de cuerpos de ejército macedonios y poco dispuestos a subordinarse a los poderes centrales, considerados a lo más como centros de coordinación.

Conflictos entre los diádocos hasta Triparadiso

La Guerra Lamíaca.– Y, precisamente en las instancias centrales, las luchas por el poder estallaron de inmediato, favorecidas por la inestabilidad suscitada por la desaparición de Alejandro. Grecia se sublevó bajo la dirección de Atenas, y Antípatro, responsable de Macedonia y Grecia, que acudió a hacer frente a la coalición, se vio encerrado en la fortaleza de Lamia (Guerra Lamíaca). Cratero, con los veteranos que conducía hacia Macedonia, acudió en su ayuda, dejando en manos de Perdicas la custodia de los reyes. Con la ayuda de Cratero, la coalición griega fue vencida, tras las batallas de Amorgos y Cranón (322). Atenas pagó la derrota con la sustitución de su régimen democrático por una oligarquía promacedonia; las restantes ciudades griegas quedaron sometidas aún más estrechamente a sus amos del norte.

Mientras tanto, en Asia, Perdicas aprovechó la ausencia de Cratero para usurpar el título de *prostates* y alzarse con el poder único, provocando con ello la formación de un amplia coalición para poner freno a sus ambiciones. Antípatro y Cratero acudieron desde Grecia, mientras Lisímaco, Antígono y Tolomeo abrían las hostilidades en Asia.

Perdicas trató de repeler el múltiple ataque con la apertura de dos frentes: mientras su aliado, Eumenes, al que había ayudado a hacer efectivo su dominio sobre los territorios que le habían correspondido en el reparto de las satrapías, se aprestaba a la defensa de Asia Menor, él mismo invadió el país del Nilo, que consideraba el punto más débil de la coalición. Se encontró, sin embargo, con la dura resistencia de Tolomeo, que consiguió frenar su avance; poco después (comienzos del 321), una conjura de su estado mayor acababa con su vida, no obstante los enfrentamientos victoriosos en Asia Menor de su aliado Eumenes contra Antípatro y Cratero, en los que éste último encontró la muerte.

El acuerdo de Triparadiso.– La desaparición de Perdicas y Cratero dejaba como único superviviente del triunvirato que había asumido el poder central, al viejo Antípatro. En una reunión, efectuada en el 321 en Triparadiso (Siria), los miembros de la coalición que había luchado contra Perdicas, decidieron otorgarle la regencia y proceder a un nuevo reparto de las satrapías. Una de las más importantes, Babilonia, le fue asignada a Seleuco. Antígono fue nombrado estratego del ejército de Asia, con teóricos poderes de supervisión sobre los restantes sátrapas asiáticos. Con Casandro, hijo de Antípatro, como lugarteniente, su objetivo fundamental debía ser librar Asia de las fuerzas de Eumenes. El regente Antípatro, por su parte, llevó consigo a Macedonia a los reyes, trasladando así el punto de gravedad del imperio, de Asia a Europa.

De Triparadiso al acuerdo del 311

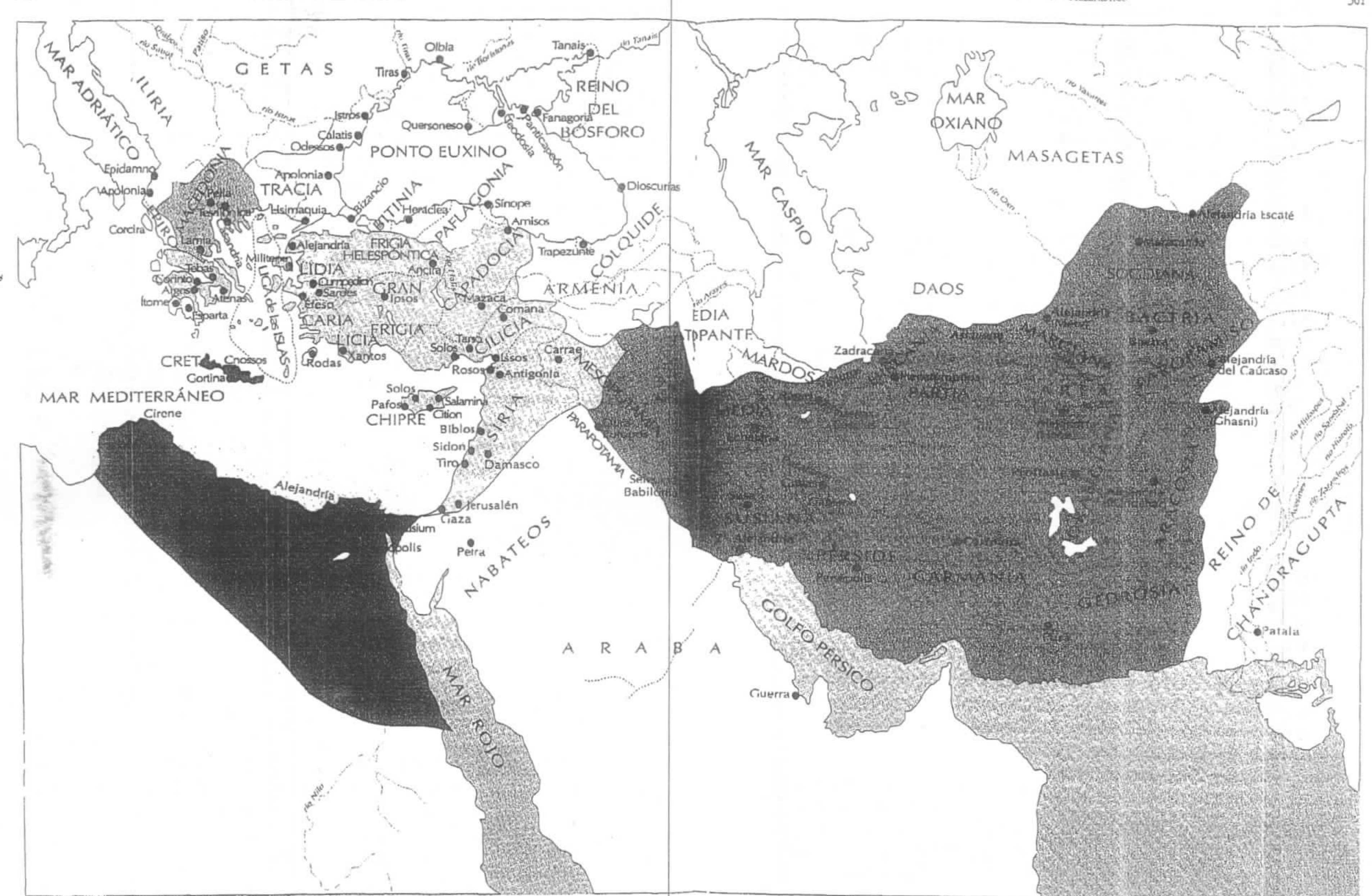
Las intrigas de Casandro.– Antípatro logró preservar, gracias a su prestigio y a su tacto político, la armonía entre las encontradas ambiciones que amenazaban con destruir la unidad, es cierto que sólo formal, del imperio. Al morir, en el 319, nombró como regente a su viejo compañero de armas, Poliperconte, mientras relegaba a su hijo Casandro –que, enfrentado con Antígono, había regresado a Europa al lado de su padre– a la condición de lugarteniente.

No fue una decisión acertada; Casandro, sintiéndose herido en sus intereses, provocó la formación de una coalición contra Poliperconte, en la que participaron los personajes más influyentes del momento: Antígono, el estratego de Asia; Tolomeo, sátrapa de Egipto, y Lisímaco, firmemente asentado en Tracia. Ante la imponente coalición, el regente buscó el apoyo de las ciudades griegas, a las que trató de atraerse con un decreto de libertad y autonomía, y logró en Asia la alianza de Eumenes, que, en apuradas condiciones, aún seguía resistiendo a Antígono.

La lucha contra Poliperconte.– En la cruel guerra que siguió, Poliperconte llevó la peor parte. Su proclama de libertad encontró escaso eco: la propia Atenas, en manos del tirano Demetrio Falerón, firmó un acuerdo con Casandro. Gracias a su alianza con la esposa de Filipo Arrideo, Casandro logró ser proclamado regente, mientras Poliperconte huía al Peloponeso, dejando la protección del pequeño Alejandro IV en manos de su abuela Olimpia, que, en venganza, hizo asesinar a Arrideo. Cuando Casandro entró en Macedonia, ordenó la ejecución de Olimpia y retuvo en su poder a Alejandro, el último representante de la realeza (316).

Antígono, señor de Asia.– Mientras, en Asia, Antígono lograba arrinconar a Eumenes, que pereció a manos de sus propias tropas. Suprimido el principal obstáculo, se apoderó de todas las satrapías de Asia, de Anatolia a los límites del Irán, incluida Babilonia, cuyo sátrapa, Seleuco, logró refugiarse en Egipto, al lado de Tolomeo (315).

Eumenes había defendido la unidad del imperio, luchando hasta la muerte por el legitimismo de la dinastía; Antígono hará suya la idea de unidad, pero ahora al servicio de sus propios intereses y desde su posición clave en Asia. El gobierno central y los derechos de la dinastía de Filipo dejan a partir de ahora de ser factores en el desarrollo político del mundo helenístico. Poco a poco, se va abriendo paso entre los diádocos la idea de una política de reparto con una meta previa: oponerse a las ambiciones imperiales de Antígono



12. LOS REINOS DE LOS DIÁDOCOS HACIA 303 a. C.

- Reino de Lisímaco
- Reino de Antígono Monoftalmós
- Ciudades fundadas por Alejandro
- Reino de Seleuco I
- Reino de Tomolomeo I

en defensa de intereses particularistas mediante una coalición, en la que participan Tolomeo, Lisímaco y el propio Casandro.

Coalición contra Antígono.– Los coaligados iniciaron su acción contra Antígono, en el 315, con un ultimátum, en el que se le conminaba a renunciar a buena parte de los terri- torios conquistados en Asia. La respuesta de Antígono, que contaba con un excelente auxi- liar en la persona de su hijo Demetrio, fue proclamarse regente, exigir a Casandro la entrega de Alejandro IV, proclamar, como antes lo había hecho Poliperconte, la "libertad de los griegos" y organizar con ciudades griegas de Asia Menor y de las Cícladas una "Liga Insular" para contar con una base de apoyo en el Egeo. Estas medidas, en su mayoría, esta- ban encaminadas a arrancar Macedonia y Grecia de las manos de Casandro. Pero en este frente, la lucha, difícil y complicada, por tierra y mar, apenas logró éxitos decisivos.

El acuerdo del 311.– Paralelamente, Antígono debía atender a un segundo frente con- tra Tolomeo en la Siria meridional (Celesiria). El punto culminante de las hostilidades fue la derrota en Gaza de Demetrio, el hijo de Antígono, que permitió regresar a Babilonia al ex sátrapa Seleuco, refugiado, como sabemos, al lado de Tolomeo (313). Con ello, Antígono perdió los territorios de Mesopotamia e Irán, y el revés le convenció de llegar a un entendimiento con sus rivales (311), que aceptaron negociar. Se reconoció a Antígono como señor de todo el Oriente, incluida la satrapía de Seleuco, que fue excluido de la negociación; Lisímaco y Tolomeo fueron confirmados en la posesión de Tracia y Egipto, respectivamente; a Casandro se le otorgaba el título de "estratego de Europa" hasta la mayoría de edad de Alejandro IV; finalmente, se ratificaba la autonomía de los griegos.

Las ambiciones de Antígono

El acuerdo del 311 era un mal compromiso que a nadie satisfizo, pero dejó libres las manos a Antígono para concentrarse en la reconquista de las satrapías orientales, en manos de Seleuco. La campaña (309/308) fracasó estrepitosamente y permitió a Seleuco exten- derse por los territorios al este de Babilonia. Es cierto que, en contrapartida, Seleuco hubo de abandonar las provincias de la India a Chandragupta, fundador de la dinastía maurya, a cambio de un cuerpo de elefantes de guerra.

Casandro, señor de Macedonia.– Mientras Antígono luchaba con tan mala fortuna en el este, Casandro daba el golpe final a la dinastía de Filipo asesinando a Alejandro IV y suprimía así el obstáculo –más ideológico que real– que se oponía a su dominio sobre Macedonia. Quedaba todavía el viejo Poliperconte, que intentó, en el 309, entrar en Macedonia. El intento acabó en un acuerdo con Casandro, que reconocía a Poliperconte el dominio del Peloponeso.

La lucha de Antígono en Occidente contra Casandro y Tolomeo.– El fracaso de Antígono en Oriente le empujó de nuevo hacia Occidente, con el objetivo de lograr el dominio sobre Grecia y el Mediterráneo oriental frente a Casandro y Tolomeo. En el 307, la flota de Demetrio, el hijo de Antígono, ocupó el Pireo y puso fin a la tiranía de Demetrio Falerón, que gobernaba Atenas en nombre de Casandro. Al año siguiente, Demetrio obte- nía frente a Tolomeo una decisiva victoria naval en aguas de Salamina de Chipre, que dio a los Antigónidas el dominio de la isla.

Fue el pretexto para que Antígono se proclamara rey, erigiéndose en sucesor de Alejandro. La pretensión fue contestada por Tolomeo, tras la victoriosa represión del sub- secuente ataque de Antígono sobre Egipto, con la adopción, por su parte, del título real, seguida en cadena por las de Casandro, Lisímaco y Seleuco (305/304). Quedaba así abier- ta la puerta al nacimiento de los reinos helenísticos.

Antígono, dueño de Chipre, intentó ahora ocupar la otra base egipcia en el Mediterráneo oriental, Rodas. El fracaso de su hijo Demetrio en el asedio de la plaza, que le proporció el apelativo de *Poliorcetes*, "sitiador de ciudades", convenció a Antígono de concluir la paz con Tolomeo (304).

Paralelamente se desarrollaba la lucha de los Antigónidas en Grecia, bajo el presu- puesto programático de sustituir en las ciudades helénicas el control directo de Casandro por regímenes democráticos de carácter autonómico. Los éxitos militares y diplomáticos de los Antigónidas se vieron coronados con la reconstrucción de la Liga Helénica de Corinto, que les aseguró la fidelidad de las *poleis* griegas (303).

Coalición contra Antígono: Ipsos.– Estos éxitos iban a ser, sin embargo, bien efímeros. Casandro logró, en respuesta, persuadir a Lisímaco, Tolomeo y Seleuco de emprender en coalición operaciones contra Antígono. En la primavera del 301, se desencadenó la ofensi- va contra Antígono en todos los frentes: Casandro, en Grecia; Tolomeo, en la costa fenicia; Lisímaco y Seleuco, en Asia. Ese mismo verano, en Ipsos de Frigia, las fuerzas conjuntas de Lisímaco y Seleuco obtenían la victoria decisiva, en la que Antígono perdió la vida.

Los repartos de Ipsos.– Los vencedores se repartieron los dominios asiáticos de Antígono: Lisímaco ocupó el occidente de Asia Menor hasta el Tauro, que unió a Tracia en un peculiar reino euro-asiático; Seleuco obtuvo Siria y extendió así su reino hasta el Mediterráneo. La zona meridional (Celesiria), ocupada por Tolomeo durante la campaña de Ipsos, escapó, sin embargo, al control de Seleuco, ante la negativa del rey egipcio a devol- verla. Sería el origen de un sangriento contencioso entre Tolomeos y Seléucidas, que se prolongará durante siglo y medio en las seis llamadas "Guerras Sirias".

Los nuevos estados territoriales.– Con Ipsos desaparece definitivamente la idea de un imperio unitario en favor de un sistema de estados territoriales, dirigidos por monarcas que consideran sus reinos como patrimonios privados, ganados por derecho de conquista, y,

como tales, trasmisibles por herencia. Lisímaco, en Tracia; Tolomeo, en Egipto; Casandro, en Macedonia, y Seleuco, en Siria, constituyen las cuatro columnas de este sistema en los decenios siguientes a Ipsos, en los que, como un cuerpo extraño, se desarrolla la actividad de Demetrio Poliorcetes, el hijo de Antígono.

2. Hacia la formación de los reinos helenísticos

Las aventuras de Demetrio Poliorcetes

El imperio naval de Demetrio.– Aunque privado de un reino de fronteras definidas, Demetrio contaba con fuerzas estimables: una poderosa flota y el control sobre Chipre, la Liga de las Islas y numerosas ciudades costeras del Egeo y del Mediterráneo oriental. Su energía y ambición, es cierto que sin metas claramente definidas, serán factores de inestabilidad en esta época crucial de redefinición y adaptación del mundo político helenístico.

Por otra parte, los acuerdos salidos de Ipsos no habían sido satisfactorios para los protagonistas de la victoria. Tolomeo y Seleuco se encontraban enfrentados a propósito de la Celesiria; Lisímaco, asentado en Tracia y Asia Menor, desconfiaba tanto de Casandro como de Seleuco, que podían amenazar respectivamente los flancos occidental y oriental de su reino euro-asiático.

Demetrio en Macedonia y Grecia.– Demetrio intentó pescar en aguas turbulentas estableciendo lazos diplomáticos con Seleuco, pero también con su adversario Tolomeo. No obstante, su oportunidad se presentó con la muerte de Casandro en el 297: aprovechando las disputas entre sus dos hijos, Demetrio logró instalarse en el trono de Macedonia y, desde allí, extendió su poder a casi toda Grecia, a excepción de Esparta, Etolia y el reino del Epiro, en el extremo noroeste de la península Balcánica, donde se había establecido Pirro, un aventurero, que turbará con sus impulsivas empresas militares el mundo político griego.

Pero las estimables cualidades militares de Demetrio se contraponían a su deficiente capacidad de estadista. Es cierto que pudo, con una incansable actividad bélica, triunfar sobre las frecuentes rebeliones griegas, que pretendían, con el apoyo del Egipto tolemaico, sacudirse el yugo de Macedonia en aras de la democracia y de la independencia nacional, mientras simultáneamente se defendía de los ataques que, por el este y el oeste, desencadenaban respectivamente Lisímaco y Pirro. Pero no logró, en cambio, conectar con las aspiraciones y deseos del pueblo macedonio, al utilizar su reino como mero trampolín para recuperar los territorios asiáticos sobre los que, en otro tiempo, había dominado su padre Antígono.

El ocaso de Demetrio.– Su posición en Macedonia se desmoronó; Pirro y Lisímaco invadieron el reino y se repartieron su territorio (288), mientras perdía, una tras otra, sus posiciones en Grecia y el Egeo. No obstante, continuó con el proyecto de invadir Asia: tras una lucha sin apreciables éxitos contra las posesiones asiáticas de su enemigo personal, Lisímaco, se vio empujado, tierra adentro, contra Seleuco, donde, abandonado por sus soldados, se vio obligado a rendirse (286). Dos años después moría en cautiverio una de las más asombrosas personalidades del temprano Helenismo.

El final de los diádocos

Tolomeo y Lisímaco.– Los dos principales beneficiarios de la caída de Demetrio fueron Tolomeo y Lisímaco. Tolomeo, en pugna contra el hijo de Demetrio, Antígono Gonatas, que aún controlaba un buen número de ciudades griegas, consiguió apoderarse de una parte de la flota de Demetrio y, con ella, extendió su control a la Liga de las Islas y a las ciudades portuarias fenicias, convirtiendo a Egipto en la mayor potencia naval del mundo helenístico. Pero el auténtico ganador fue Lisímaco. Dueño de la mitad de Macedonia, no tardó mucho en expulsar a Pirro de la otra mitad y controlar así todo el reino, desde el que extendió su influencia sobre Grecia. Amo así de Macedonia, Tracia y gran parte de Asia Menor, sus dominios se extendían hasta los límites del reino de Seleuco, al que superaba en poder.

El fin de Lisímaco: Curupedion– Una tragedia familiar, a la que no fue ajena la casa de Tolomeo, desencadenaría, sin embargo, el mecanismo que pondría fin a la brillante posición alcanzada por Lisímaco. Tolomeo, casado con Eurídice, había repudiado a su esposa para sustituirla por Berenice, y el hijo de ambos, declarado heredero al trono, sucedió pacíficamente a su padre en el año 283 con el nombre de Tolomeo II Filadelfo. El hijo de Eurídice, Tolomeo Cerauno (el "Rayo"), desbancado del trono, se exilió de Egipto y buscó refugio junto a Lisímaco, al que logró convencer con turbias intrigas para que condenara a muerte a su propio hijo Agatocles. Pero a continuación, escapó con su hermana, la viuda de Agatocles, y los partidarios del príncipe muerto hacia la corte de Seleuco, que se dejó convencer para invadir los territorios de Lisímaco. Cerca de Magnesia del Sípilo, en la llanura de Curupedion, tuvo lugar el encuentro decisivo en el que Lisímaco encontró la muerte (281).

Las intrigas de Tolomeo Cerauno.– El último superviviente de los diádocos pareció, por un momento, concentrar en sus manos todo el imperio de Alejandro, salvo Egipto. Pero cuando se disponía a instalarse en Macedonia, fue asesinado por Cerauno, quizá desilusionado en sus esperanzas de instalarse en el trono de Egipto con la ayuda de Seleuco. A continuación, el ejército de Lisímaco lo proclamó rey de Macedonia.

Las perspectivas del cínico e intrigante Cerauno para fortalecerse en el trono macedonio parecían favorables. Pirro, el rey del Epiro, había abandonado la península balcánica en pos de un ilusorio destino en Italia y Sicilia (pág. 353); Antígono Gonatas, ahora su único rival en Grecia, hubo de aceptar su superioridad militar; Antíoco I, hijo y sucesor de Seleuco, acuciado por graves problemas que amenazaban su reino, prefirió aceptar un acuerdo pacífico con el asesino de su padre.

La invasión de los gálatas.– La amenaza para Cerauno vendría de las fronteras septentrionales del reino. A principios del 279, bandas de emigrantes gálatas, de origen celta, desplazadas del valle del Danubio y de las llanuras del sur de Rusia por la presión de otros pueblos bárbaros, invadieron Tracia y Macedonia en busca de nuevas sedes. Cerauno acudió a conjurar el peligro y pereció en la lucha. Los galos penetraron en la península y, después de superar las Termópilas, se dispersaron por Grecia central. Fueron sobre todo los etolios los que se enfrentaron heroica y victoriosamente a los galos, impidiendo el saqueo del santuario de Delfos.

Antígono Gonatas, rey de Macedonia.– La retirada de los galos a través de Macedonia fue obstaculizada por Antígono Gonatas, a quien la desaparición de Cerauno había ofrecido una nueva oportunidad de conseguir el trono macedonio, en lucha con débiles rivales. Su victoria cerca de Lisimaquia, en el 277, contra los galos significó su reconocimiento como rey y, con ello, el establecimiento definitivo en Macedonia de la dinastía de los Antigónidas. Con Tolomeo II, en Egipto, como representante de los Lágidas, y el seléucida Antíoco I, en Asia Anterior, esta nueva generación que sucede a los diádocos, dirigirá los tres grandes reinos sobre los que basculará la historia política del mundo helenístico hasta la intervención de Roma.

CRONOLOGÍA

323	Acuerdo de Babilonia: Cratero, *prostates* y Perdicas, *chiliarca*, como regentes de Filipo III Arrideo y Alejandro IV. Reparto de las satrapías
323-322	Guerra Lamíaca. Batallas de Amorgos y Crannón
321	Muerte de Perdicas y Cratero. Acuerdo de Triparadiso: Antípatro, regente; Antígono, "estratego de Asia"
319	Muerte de Antípatro. Casandro, Antígono, Tolomeo y Lisímaco se alían contra el nuevo regente, Poliperconte, que se atrae a Eumenes
317	Demetrio Falerón, tirano de Atenas, firma un acuerdo con Casandro, proclamado regente en sustitución de Poliperconte. Olimpia ordena el asesinato de Filipo Arrideo
316	Muerte de Olimpia. Muerte de Eumenes. Antígono, señor de Asia. Su sátrapa, Seleuco, se refugia en Egipto, al lado de Tolomeo
315	Antígono se proclama regente en Tiro. Coalición de Casandro, Lisímaco, Tolomeo y Seleuco contra Antígono. Fundación de la Liga Insular
313	Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono, derrotado en Gaza. Regreso de Seleuco a Babilonia

311	Acuerdo de paz entre Antígono, Casandro y Lisímaco
310	Casandro asesina a Alejandro IV y Roxana
309	Seleuco asume el título de "Rey de Babilonia" y abandona la India al rey maurya Chandragupta
307	Demetrio Poliorcetes, enfrentado a Casandro, conquista Atenas: fin de la tiranía de Demetrio Falerón
306	Victoria de Demetrio sobre Tolomeo en Salamina de Chipre. Antígono y Demetrio asumen el título de "rey"
305	Tolomeo, Lisímaco, Casandro y Seleuco asumen también el título de "rey"
	Asedio de Rodas por Demetrio Poliorcetes
304	Paz entre Antígono y Tolomeo
303	Demetrio reconstruye la Liga de Corinto
302	Casandro atrae a Lisímaco, Tolomeo y Seleuco a una coalición contra Antígono
301	Batalla de Ipsos: muerte de Antígono. Casandro, rey de Macedonia. Tolomeo ocupa la Celesiria
297	Muerte de Casandro
294	Demetrio Poliorcetes, rey de Macedonia
288	Lisímaco y Pirro invaden Macedonia y se reparten su territorio. Alianza de Tolomeo, Seleuco y Lisímaco contra Demetrio
287	Demetrio deja en Grecia a su hijo Antígono Gonatas y pasa a Asia Menor
286	Demetrio, prisionero de Seleuco
285	Lisímaco, ocupa Macedonia y refuerza su posición en Grecia
	Tolomeo I asocia al trono a su hijo, Tolomeo II Filadelfo
283	Muerte de Demetrio Poliorcetes y de Tolomeo I. Tolomeo Cerauno, con Lisímaco y, luego, con Seleuco
282	Seleuco invade los territorios de Lisímaco
281	Batalla de Curupedion: muerte de Lisímaco
	Muerte de Seleuco a manos de Tolomeo Cerauno. Antíoco I Soter, rey de Asia
280	Tolomeo Cerauno derrota a Antígono Gonatas y ocupa Macedonia
279	Los celtas invaden Macedonia: muerte de Tolomeo Cerauno
278	Los celtas en Grecia central: los etolios defienden Delfos
277	Victoria de Antígono sobre los celtas en Lisimaquia
276	Antígono Gonatas, rey de Macedonia

BIBLIOGRAFÍA

El mundo helenístico

AUSTIN M. M., *The Hellenistic Word from Alexander to the Roman conquest*, Cambridge, 1981; AUBOYER J., *Oriente y Grecia antigua. Historia general de las civilizaciones I.* Barcelona, 1969; BENGTSON, H., *Herrschergestalten des Hellenismus*, Munich, 1975; BIANCHI-BANDINELLI, R. (dir.), *Historia y civilización de los griegos*, vols. VII, VIII y IX, Barcelona, 1983; CHAMOUX, F., *La civilization hellénistique*, Wiesbaden, 1952/3; KAERST, J., *Geschichte des Hellenismus, vol. II: Das Wesen des Hellenismus*, Berlin, 1926; KLOSE, P., *Die völkerrechtliche Ordnung der hellenistischen Staatenwelt in der Zeit von 280- 168 v. Chr. Ein Beitrag zur Geschichte des Völkerrechts*, Munich, 1972; LAUNEY, M., *Recherches sur les armées hellénistiques*, París, 1950; LÉVÊQUE, P., *Le monde hellénistique*, París, 1969; LOZANO, A., *El mundo helenístico*, Madrid, 1992; PREAUX, CL., *El mundo helenístico. Grecia y Oriente desde la muerte de Alejandro hasta la conquista de Grecia por Roma (323-146 a. J.)*, Barcelona, 1984 (2 vols.); RANOWITSCH, A. B., *Der Hellenismus und seine geschichtliche Rolle*, Berlin, 1958; ROSTOVTZEFF, M., *Historia social y económica del mundo helenístico*, Madrid, 1967; PETIT, P., *La civilization hellénistique*, París, 1965; TARN, W. W., *La civilización helenística*, México, 1969; TOVAR A.; -MARÍAS, J.; -FERNÁNDEZ GALIANO, M.; -D' ORS, A., *Problemas del mundo helenístico*, Madrid, 1961; WALBANK, F. W., *El mundo helenístico*, Madrid, 1985; WILL, E.. *Histoire politique du monde hellénistique I-II*, Nancy, 1979, 2a. ed.; WILL, E. -MOSSÉ, C. -GOUKOWSKY, P., *Le monde grec et l'Orient: le IVe. siècle et l'époque hellénistique. Peuples et Civilizations II*, París, 1975.

Los diádocos

CLOCHÉ, P., *La dislocation d'un Empire. Les premiers successeurs d'Alexandre le Grand*, París, 1959; ERRINGTON, R. M., "From Babilon to Triparadeisos: 323-320", *JHS* XC, 49 ss.; FONTANA, M. J., *Le lotte per la successione di Alessandro Magno dal 323 al 315*, Palermo, 1960; RABANAL ALONSO, A., *Alejandro Magno y sus sucesores*, Madrid, 1989; SEIBERT, J., *Das Zeitalter der Diadochen*, Darmstadt, 1983.

Personajes en particular:

Antígono el Tuerto y Demetrio Poliorcetes

BILLOWS, R. A., *Antigonos the One-Eyed and the creation of the Hellenistic state*, Berkeley, 1990; BRIANT, P., *Antigone le Borgne. Les débuts de sa carriere et les problemes de l''assemblée macédonienne*, París, 1973; ENGEL, R., *Untersuchungen zum Machtaufstieg des Antigonos I. Monophthalmos. Ein Beitrag zur Geschichte der frühen Diadochenzeit*, Kallmunz/Opf., 1976; MANNI, E., *Demetrio Poliorcete*, Roma, 1952; MÜLLER, O., *Antigonos Monophthalmos und das Jahr der Könige*, Bonn, 973; WEHRLI, C., *Antigone et Demetrios*, Ginebra, 1968.

Tolomeo I Soter

ELLIS, W. M., *Ptolemy of Egypt*, Londres, 1994; SEIBERT, J., *Untersuchungen zur Geschichte Ptolemaios I*, Munich, 1969; VOLKMANN, H., "Ptolemaios", *RE* XXIII 2, cols. 1966 ss.

Casandro

FORTINA, M., *Cassandro, re di Macedonia*, Turín-Génova, 1965.

Lisímaco

LUND, H. S., *Lysimachus. A study in early Hellenistic Kingship*, Londres, 1992.

Seleuco I Nikator

GRAINGER, J. D., *Seleukos Nikator. Constructing a Hellenistic kingdom*, Oxford, 1990; MEHL, A., *Seleukos Nikator und sein Reich, 1: Seleukos'Leben und die Entwicklung seiner Machtposition*, Lovaina, 1986

Tolomeo Cerauno

HEINEN, H., *Untersuchungen zur hellenistischen Geschichte des 3. Jahrhunderts v. Chr. Zur Geschichte der Zeit des Ptolemaios Keraunos und zum chremonideischen Krieg*, Wiesbaden, 1972.

Pirro

NENCY, G., *Pirro. Aspirazioni egemoniche ed equilibrio mediterraneo*, Turín, 1953; LÉVÊQUE, P., *Pyrrhos*, París, 1957.

Antígono Gonatas

TARN, W. W., *Antigonos Gonatas*, Oxford, 1913.

XXII LOS GRIEGOS DE OCCIDENTE EN LA ÉPOCA DE LOS DIÁDOCOS

Mientras los generales de Alejandro se disputaban los despojos de su inmenso imperio, los griegos de Sicilia y la Magna Grecia se enfrentaban a crecientes dificultades, surgidas de la evolución de los acontecimientos políticos en Occidente. Roma se había convertido en la potencia indiscutible de la Italia central, mientras los pueblos itálicos empujaban a los griegos del sur de Italia a la franja extrema del sur de la península. Por su parte, en la Sicilia griega, la muerte de Timoleón había abierto una crisis política interna, que permitió a Cartago reanudar sus agresiones, desde sus posiciones en el occidente de la isla. En estas circunstancias, dos hombres vendrían en ayuda del Helenismo occidental y, con sus acciones, contribuirían a aproximar, de forma temporal, los lazos políticos entre el este y el oeste de la cuenca mediterránea: Agatocles de Siracusa y Pirro, rey del Epiro.

1. AGATOCLES DE SIRACUSA

La conquista del poder.– Tras la desaparición de Timoleón de la escena política (337), el renacimiento de las luchas internas en Siracusa entre oligarcas y demócratas abrió el camino del poder a un demagogo de estimables dotes militares, Agatocles. Después de expulsar de Siracusa a sus adversarios políticos, obtuvo el cargo de *strategos autokrator*, "general con plenos poderes" (316), desde el que se impuso a la ciudad a la manera de los tiranos griegos, conjugando la violencia con medidas populares, como la abolición de las deudas y la redistribución de las tierras de cultivo. Pero, sobre todo, consiguió restaurar la hegemonía siracusana sobre la Sicilia oriental, que Cartago, en un principio, reconoció.

El enfrentamiento con Cartago.– No obstante, en el 311, un ataque dirigido contra Agrigento, reluctante a caer en la esfera siracusana, le enfrentó a los púnicos, comprometidos en la defensa de la ciudad. Los éxitos militares cartagineses impulsaron a otras ciudades griegas de la isla a sacudirse el yugo de Siracusa. Agatocles, comprendiendo que sólo una definitiva victoria sobre Cartago lograría restablecer duraderamente la hegemonía siracusana sobre Sicilia, tomó la atrevida decisión de trasladar la guerra a África.

La expedición a África.– Con un ejército de 14.000 hombres, desembarcó en las costas africanas y, después de una serie de éxitos iniciales, avanzó hasta las cercanías de

Cartago. Pero, incapaz con sus propias fuerzas de conquistar la ciudad, concluyó un pacto con el macedonio Ofelas, que gobernaba la Cirenaica en nombre de Tolomeo I, en el que se estipulaba el reparto de los dominios cartagineses (309). No obstante, las desavenencias entre los dos aliados terminaron con la muerte de Ofelas y la incorporación de sus fuerzas al ejército de Agatocles. Pero a pesar de nuevos éxitos militares, la imposibilidad de ocupar Cartago y el deterioro de la situación en Sicilia decidieron a Agatocles a poner fin a la expedición (307), dejando gran parte del ejército de África al mando de su hijo Arcagato, que, incapaz de detener la recuperación cartaginesa, fue asesinado por sus propias tropas.

Agatocles, rey.– Fue la inestabilidad interna siracusana la que aconsejó al tirano a llegar a un acuerdo con Cartago (306), que restablecía las viejas fronteras entre los dominios púnico y griego. Así, pudo recuperar el poder en Siracusa, donde, a imitación de los diádocos, asumió el título de rey.

Campañas en Sicilia y el Adriático.– Legitimado en el exterior y en el interior, Agatocles concentró su atención en la Italia meridional, donde el empuje de las poblaciones itálicas constituía una permanente amenaza para las ciudades griegas costeras. Tarento, el centro más importante de la Magna Grecia, después de la fracasada expedición de socorro, enviada por Cleónimo de Esparta en el 303, decidió recurrir al rey siracusano para contener a sus vecinos indígenas, los lucanos. Agatocles, además de vencer a los itálicos, consiguió crearse una cabeza de puente en el Adriático con la ocupación de la isla de Corcira (298), que ofreció a Pirro, el rey del Epiro, como dote de su hija Lanassa. Es cierto que, poco después, rompió con Pirro y entregó su hija y la isla a Demetrio Poliorcetes, en los cambiantes juegos de poder que caracterizan los primeros tiempos del Helenismo.

Fuera de este episodio, los últimos años de Agatocles estuvieron marcados por continuas intervenciones en el sur de Italia, donde trató de crear para su reino insular un apéndice en tierra firme, en lucha contra los brutios. Poco antes de su muerte, un drama familiar desencadenado por la sucesión al trono -la muerte de su hijo a manos de su nieto- impulsó al viejo tirano a restaurar la democracia en Siracusa (289), poniendo así fin a la efímera dinastía.

El fracaso final de su ambicioso proyecto –convertir a Siracusa en el núcleo de una poderosa monarquía territorial en el occidente griego– reavivó los tradicionales problemas de la historia política de Sicilia, en vísperas del enfrentamiento entre Cartago y Roma –la Primera Guerra Púnica–, que tendrá en la isla su principal escenario.

2. Pirro y el Occidente

Roma y la Magna Grecia.– Mientras, en Italia, la expansión romana hacia el sur, vigorosamente reanudada después de la Tercera Guerra Samnita (298-290), contribuyó a disminuir la presión de los pueblos itálicos vecinos sobre las ciudades griegas costeras, que vieron en Roma un posible aliado para poner freno a sus ataques. Una de ellas, Turios, amenazada por los lucanos, acudió a Roma en busca de protección. Roma aceptó el envío de tropas y una guarnición romana entró en la ciudad (282).

Tarento y la guerra con Roma.– Tarento, que volvía a ejercer el papel de protectora de las comunidades griegas italiotas, reaccionó a la injerencia de Roma en su esfera de intereses con el hundimiento de una flotilla romana que se encontraba en sus aguas y la expulsión de la guarnición de Turios. Aunque Roma intentó negociar, Tarento ya estaba decidida a la guerra y, para aumentar su capacidad bélica, recurrió, como en otras ocasiones, a los servicios de un ejército mercenario griego (281).

La expedición de Pirro.– La elección recayó en Pirro, rey del Epiro, a quien las fuentes antiguas califican como uno de los mejores estrategas de su tiempo. Frustado recientemente en sus aspiraciones de conseguir el trono de Macedonia, es probable que considerase la empresa como un paso previo para establecerse en Sicilia. En cualquier caso, Pirro, con la ayuda de Tolomeo Cerauno, reclutó un ejército, equipado con todos los adelantos de la técnica militar helenística, que desembarcó en Tarento en el año 280. Con la expedición de Pirro, el Oriente helenístico iba a incluirse significativamente en el último capítulo de la historia política del Occidente griego.

Victorias sobre los romanos.– El primer encuentro de Pirro contra las fuerzas romanas, cerca de Heraclea, resultó favorable al caudillo griego, que utilizó con eficacia la táctica de la falange macedonia y el uso de elefantes, animales desconocidos para los romanos. Las asustadizas ciudades griegas, que Roma había ganado a su causa, abandonaron a su reciente aliado, mientras los pueblos itálicos del sur se apresuraban a unir sus fuerzas a las de Pirro. Pero las ciudades de Campania y el Lacio permanecieron fieles a Roma y la victoria militar no tuvo, así, resultados prácticos.

Un segundo encuentro, al año siguiente, en Ausculum Satriano, a orillas del Ofanto, volvió a demostrar las dotes estratégicas de Pirro, pero, de nuevo, sin resultados decisivos. Pirro, consciente de haber vencido sólo una batalla pero no la guerra, intentó un acuerdo diplomático, que le permitiera abandonar Italia para acudir a la más prometedora Sicilia, donde las ciudades griegas de la isla solicitaban su concurso para combatir a Cartago. Y, aunque Roma no cedió, Pirro pasó con su ejército a la isla, mientras Roma firmaba con Cartago un tratado de alianza (278).

La campaña de Sicilia.– Así, mientras en Italia Roma, con el apoyo cartaginés, continuaba la guerra contra los pueblos itálicos del sur y contra Tarento, Pirro comenzaba su campaña siciliana, de la que sólo interesa su rotundo fracaso: el entusiasmo inicial con el que fue recibido el caudillo griego, dio paso rápidamente a la desilusión y, finalmente, al

enfrentamiento cuando Pirro exigió los primeros sacrificios y la incondicional sumisión de las ciudades a su autoridad. Amargado y frustrado, hubo de regresar a Italia (275).

La derrota de Pirro y la sumisión a Roma de la Magna Grecia.– De nuevo, el rey epirota enfrentó su potente máquina militar contra Roma. En el país samnita, cerca de Maleventum, el ejército romano resistió, con éxito, y Pirro comprendió las dificultades que le esperaban si continuaba la guerra. Decidió así abandonar Italia, mientras los romanos asediaban Tarento, que capituló en el 272. Poco después, la suscripción de alianzas con las restantes ciudades griegas italiotas completó la sumisión de la Magna Grecia bajo la hegemonía de Roma.

El fin de Pirro.– Pirro, por su parte, volvió a Grecia y consiguió, por un breve tiempo, disputar con éxito a Antígono Gonatas el trono macedonio (274). Poco después, se trasladaba al Peloponeso, acogido por las comunidades enemigas de Esparta como un libertador. Después de saquear el territorio de Laconia, logró entrar en Argos, donde, en un combate callejero, perdió la vida (272).

3. La conquista romana de Sicilia

Los estados campanos.– En Sicilia, después de la marcha de Pirro, las ciudades griegas continuaron sus suicidas discordias internas, impotentes para frenar la presión púnica, a la que vino a añadirse el nuevo peligro de los mamertinos.

Los mamertinos eran bandas de mercenarios itálicos, que, desde finales del siglo V, eran utilizados en Sicilia, por griegos y cartagineses, para prestar sus servicios en las interminables luchas que ensangrentaban la isla. Convertidos en ocasiones en verdaderos ejércitos, tras su licenciamiento, continuaban la práctica de las armas en provecho propio, saqueando ciudades o, incluso, apoderándose de ellas. Así se habían ido formando "estados campanos", semibárbaros, auténticos nidos de bandoleros, que introdujeron un nuevo elemento de inestabilidad en la isla.

Hierón II de Siracusa.– Una de estas bandas, en el año 286, logró apoderarse de la ciudad de Messana (Mesina) y, desde allí, extendió su actividad guerrera por las regiones vecinas. La ciudad más perjudicada era Siracusa, donde, apenas unos años después de la restauración de la democracia por Agatocles, iba a producirse un nuevo ensayo de poder personal. Ante la amenaza de los mamertinos, un oficial del ejército de Pirro, Hierón II, consiguió ser nombrado estratega con plenos poderes y, tras su victoria sobre los itálicos en el río Longano (270-269), asumió el título de rey.

Los orígenes de la Primera Guerra Púnica.– Los campanos, incapaces de frenar el empuje siracusano, recurrieron entonces al eterno enemigo de los griegos de Sicilia, Cartago, que colocó de inmediato una guarnición en Messana. Pero, o bien la guarnición cartaginesa llevó su protección tan lejos que los mamertinos buscaron quien les librase de ella, o fue el propio gobierno romano el que, interesado en Sicilia, encontró en Messana agentes que solicitaran su intervención. Esta petición de ayuda, en todo caso, fue cursada, y el gobierno romano decidió el envío de un cuerpo expedicionario, que ocupó la ciudad (264). Así comenzaba la Primera Guerra Púnica (264-241), que convertiría a los romanos en dueños de Sicilia y pondría fin a la presencia cartaginesa en la isla.

La alianza de Hierón con Roma.– En un primer momento, frente a la amenaza procedente de Italia, Hierón decidió aliarse con sus tradicionales enemigos, los cartagineses, para combatir al intruso. Pero el incongruente acuerdo se deshizo con las primeras victorias romanas. Hierón aceptó una paz separada con Roma y se convirtió desde entonces en fiel aliado de la potencia itálica.

La anexión de Sicilia.– El oportuno cambio de partido permitió a Siracusa mantener su independencia durante toda la larga vida del rey, mientras el resto de la isla era convertido en provincia romana (227). Sólo, después de su muerte (215), en el curso de la Segunda Guerra Púnica (218-202), la inclinación de los siracusanos hacia el bando cartaginés obligó a los romanos al asedio de la ciudad, que, tras su caída (212), fue incorporada a la provincia de Sicilia.

CRONOLOGÍA

316	Agatocles, *strategos autokrator* en Siracusa
311	Enfrentamientos con los púnicos.
310	Desembarco de Agatocles en África
309	Alianza entre Agatocles y Ofelas, gobernador de Cirene. Muerte de Ofelas
307	Agatocles regresa a Sicilia
306	Paz con Cartago. Agatocles se proclama rey
303	El espartano Cleónimo acude en ayuda de Tarento
298	Agatocles en Italia. Conquista de Corcira
295	Lanassa, hija de Agatocles, esposa a Pirro, rey del Epiro
289	Restauración de la democracia en Siracusa. Muerte de Agatocles
286	Los mamertinos se apoderan de Messana
282	Roma, a petición de Turios, interviene contra los lucanos; reacción de Tarento
281	Guerra entre Roma y Tarento

280	Pirro, rey del Epiro, acude en ayuda de Tarento. Batalla de Heraclea
279	Victoria de Pirro en Áscoli Satriano
278-275	Pirro en Sicilia
275	Derrota en Maleventum de Pirro, que abandona Italia
272	Muerte de Pirro en Argos
269	Hierón II vence a los mamertinos en el río Longano y toma el título de rey
264-241	Primera Guerra Púnica
227	Sicilia, provincia romana (a excepción de Siracusa)
218-202	Segunda Guerra Púnica
215	Muerte de Hierón II
212	Los romanos conquistan Siracusa y la incorporan a la provincia de Sicilia

BIBLIOGRAFÍA

Agatocles de Siracusa

BERVE, H., *Die Herrschaft des Agathokles*, Munich, 1953; ID., *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967, *I*, 441 ss., *II*, 728 ss.; MEISTER, K., "Agathocles", en *Cambridge Ancient History* VII, I, Cambridge 1984, 384 ss.

Pirro y el Occidente

LÉVÊQUE, P., *Pyrrhos*, Paris, 1957; NENCI, G., *Aspirazioni egemoniche ed equilibrio mediterraneo*, Turín, 1953.

La conquista romana de Sicilia

BERVE, H., *König Hieron II*, Munich, 1959; HEUSS, A, , *Der erste punische Krieg und das Problem des römischen Imperialismus*, Darmstadt, 1970; HOFFMANN, W., "Hanibal und Sizilien", *Hermes* 89, 1961, 478 ss.; MARCHETTI, P., "La deuxième guerre punique en Sicile. Les annés 215-214 et le récit de Tite-Live", *BIBR* 42, 1972, 5 ss.; ROUSSEL, D., *Les Siciliens etre les Romains et les Carthaginois à l'époque de la première guerre puniche*, Besancon-París, 1970; SCHENK GRAF VON STAUFENBERG, A., *Hieron der Zweite von Syrakus*, Stuttgart, 1933; SENSI SESTITO G. DE, *Gerone II, un monarca ellenistico in Sicilia*, Palermo, 1977.

XXIII EL SIGLO III: LA ÉPOCA DE TOLOMEO II FILADELFO (276-246 A.C.)

1. El mundo helenístico en el siglo III a.C.

El "equilibrio de potencias"

Con la consolidación de los Antigónidas en Macedonia en la tercera década del siglo III, se abre la época conocida con el nombre de "equilibrio de potencias", que se extiende a la mayor parte de la centuria. Los tres grandes reinos surgidos sobre las ruinas del imperio de Alejandro se aceptan entre sí y, delimitados por fronteras estables, se organizan en el interior. Se trata de estados independientes, que evolucionan paralelamente, sin pretender destruirse los unos a los otros en aras de una hipotética reconstrucción de la unidad del desmembrado imperio de Alejandro o empujados por las ambiciones imperialistas que habían caracterizado la época de los diádocos.

Es cierto que este "equilibrio" no es tanto el producto de una política consciente, aceptada y refrendada por medio de ordenamientos jurídicos específicos, como una situación de hecho, resultante de la incapacidad de cualquiera de ellos para absorber a los demás en su exclusivo provecho. En consecuencia, este "equilibrio", en realidad bastante precario, no supone la renuncia de ninguno de los estados helenísticos a aumentar sus territorios o su esferas de influencia en perjuicio de los restantes. De ahí, la complicada red de alianzas y la interminable serie de conflictos bélicos que caracterizan la historia política del alto helenismo.

Pero además, esta historia política se complica porque, al lado de los tres grandes reinos –Antigónidas en Macedonia, Seléucidas en Asia y Lágidas en Egipto–, basculan, en las distintas áreas de influencia, otros estados, cuya cambiante alineación al compás de intereses propios u obligados por la potencia más fuerte, marca los diferentes ritmos de desarrollo. Por ello, antes de narrar los acontecimientos de esta historia política, resulta necesario contemplar previamente los espacios en los que se desenvuelve, así como los intereses y aspiraciones que impulsan las trayectorias de los estados integrados en ellos.

Egipto

La monarquía egipcia de los Tolomeos era, sin duda, a comienzos del siglo III, el estado más sólido y fuerte. Su fundador, Tolomeo I Soter, durante las guerras de los diádocos,

trató de conservar la independencia e integridad del reino, que prolongó hacia el oeste, por el desierto libio, hasta los límites con Cartago, gracias a la anexión de la Cirenaica.

Para asegurar al reino un papel rector en la vida política y económica del Helenismo, era imprescindible obtener el control de las principales rutas comerciales y, en consecuencia, extender la hegemonía de Egipto sobre el mar Egeo. Con este fin, los Lágidas se esforzaron por añadir a sus posesiones bases de apoyo estratégicas en las costas de Asia Menor y de los Estrechos y extender su autoridad sobre los principales puertos griegos y sobre la Liga de las Islas. Más importante aún era el dominio sobre Palestina, Fenicia y el sur de Siria, territorios de vital importancia estratégica y económica y llave del Mediterráneo oriental.

La aspiración al control del Egeo también por parte de Macedonia y la reivindicación seléucida de los territorios sirio-palestinos, adjudicados a Seleuco tras Ipsos pero ocupados por Tolomeo I, obligaban a los Lágidas a hacer efectiva su política exterior a través de la guerra en un doble frente: contra Macedonia, en Grecia y en el Egeo; contra los Seléucidas, en la Siria meridional, entre Damasco y la frontera egipcia.

El reino seléucida

El territorio sobre el que se extendía el dominio de los Seléucidas se correspondía prácticamente con el antiguo imperio persa, a excepción de Egipto. Pero su inmensidad era también causa de su debilidad, porque incluía regiones de características muy heterogéneas, desde las costas de Siria y Asia Menor al desierto arábigo y a los límites con la India. La imposibilidad de mantener un control efectivo sobre tan extensos territorios se tradujo en la temprana desmembración de importantes porciones del reino.

Asia Menor.– En Asia Menor, después de Curupedion, algunas ciudades griegas de la costa septentrional (Heraclea, Calcedón y Bizancio, entre otras) proclamaron su independencia, coaligadas en la llamada Liga del Norte. Poco después, un príncipe de origen persa, Mitrídates, fundó el reino del Ponto, y el movimiento de defección fue seguido por la vecina Bitinia, bajo su rey Nicomedes I. También el gobernador de Pérgamo, el griego Filetero, manifestó veleidades autónomas bajo una apariencia de lealtad a Seleuco. Un ulterior factor de inestabilidad en Anatolia lo constituyeron las tribus galas, que, llamadas por los reyes de Bitinia y el Ponto, atravesaron los Estrechos y extendieron sus correrías por Asia Menor antes de su asentamiento en Frigia, donde dieron vida al estado de Galacia.

La Celesiria.– Pero la preocupación fundamental de los Seléucidas fue, sin duda, la recuperación de la Siria meridional, en manos de Egipto, ocasión de interminables guerras en las que se desgastará el reino. La importancia de la zona residía en la paradójica orientación de la política seléucida, que, teniendo su centro de gravedad en Mesopotamia, jamás quiso renunciar a jugar un papel en el Mediterráneo. Sin el dominio de las costas de Asia Menor y Siria, el reino corría el peligro de convertirse en una monarquía puramente oriental, aislada del mundo griego.

Las satrapías orientales.– El tercer frente estaba en las satrapías orientales. Ya en el 309/308, Seleuco hubo de renunciar a las provincias de la India en beneficio del príncipe maurya Chandragupta. La meseta irania y los territorios al este del Caspio, habitados por una gran variedad de pueblos y amenazados por las correrías de tribus nómadas, fueron siempre un ámbito conflictivo, dispuesto a rebelarse tan pronto como el poder central diera muestras de debilidad o abandono.

El reino seléucida, obligado así a dividir sus fuerzas entre el este y el oeste, en un permanente estado de guerra, sufrirá un progresivo agotamiento, en beneficio de fuerzas centrífugas, que irán reduciendo su extensión y, en consecuencia, su poder.

Macedonia y Grecia

Macedonia, por su parte, siguió orientando su política exterior, como en los días de Filipo, hacia el control sobre Grecia y el mar Egeo. El principal obstáculo para lograr este objetivo era la espinosa cuestión de las libertades griegas y los intentos de ciertos estados de suplantar la hegemonía macedonia con la extensión de su propia influencia. Así, en Grecia, a la lucha tradicional por la independencia contra Macedonia, se añadió otra interna, suscitada por la contraposición entre los viejos particularismos y los intentos de unificación de distintos campeones de una supuesta unión griega, como Esparta e, incluso, Atenas.

Las ligas federales.– No era sin embargo en las *poleis*, minadas por contradicciones internas, donde se encontraba el obstáculo principal para los intentos de dominación macedonia, sino en nuevas formas estatales, nacidas y fortalecidas precisamente como reacción a la decadencia que, desde el siglo IV, arrastraba la tradicional forma política griega, la ciudad-estado. Precisamente, en las regiones que se habían mantenido ajenas al desarrollo de la *polis*, surgieron estados, de extensión considerablemente mayor, constituidos por la agrupación de sus respectivas comunidades en ligas o confederaciones (*koina*).

En la Grecia central, surgió así, ya en el siglo IV, la Liga Etolia por asociación de comunidades vecinas, afines por el mismo dialecto, que, fortalecidas por su victoriosa oposición a las invasiones celtas (279/278), se transformaron en un auténtico estado federal. También, en el norte del Peloponeso, se formó, mediante la unión de pequeñas *poleis*, la Liga Aquea, dotándose de instituciones federales. Una y otra manifestaron muy pronto una extraordinaria capacidad expansiva, que incrementó sus respectivos territorios con la incorporación –voluntaria o forzada– de nuevos miembros. Habría que añadir aún otras confederaciones, como la arcadia, semejantes en organización, pero sin la influencia política de las dos primeras.

Estos rivales y enemigos griegos de Macedonia contaron en su lucha con la interesada ayuda de los Tolomeos y, en menor medida, de los Seléucidas, a quienes estorbaba por

igual la pretensión antigónida de domino sobre el Egeo. Para ello, utilizaron, sobre todo, instrumentos de propaganda ideológica en forma de concesiones o proclamas demagógicas de libertad, autonomía e incluso democracia para las ciudades griegas, con la intención de atraerlas a su esfera de influencia.

El Egeo.– No era muy diferente la situación en el Egeo. Las ciudades griegas de la costa minorasiática no cesaron de reivindicar su autonomía y libertad en el juego cambiante de influencias a que estaban sometidas por parte de Lágidas y Seléucidas, pasando de mano en mano al compás de las fluctuaciones de poder entre los dos reinos. Por su parte, las islas fueron objeto de las coincidientes ambiciones de Macedonia y Egipto, a las que trataron en vano de resistirse –si exceptuamos la mayor, Rodas– con una organización federal, la Liga de las Islas, en la que se agrupaban algunas de ellas.

Las fronteras septentrionales.– A las dificultades de Macedonia en esta política griega y egea, se sumaba la amenazante debilidad de sus fronteras septentrionales, presionadas por tribus ilirias, tracias, celtas y escitas, que requerían una constante atención bélica y, en consecuencia, una obligada distracción de los limitados recursos con los que contaban los Antigónidas para hacer efectiva su posición en el juego de las grandes potencias.

La complicada situación que esta constelación de intereses determina, convierte la historia política del mundo helenístico en el siglo III en una incoherente sucesión de acontecimientos diplomáticos y bélicos sobre los que sólo es posible establecer ciertas líneas de desarrollo.

2. Los reinos helenísticos en la primera mitad del siglo III a.C.

La política exterior de Tolomeo II Filadelfo

Durante un primer período, que se extiende aproximadamente hasta la mitad del siglo, el hilo conductor lo constituye la figura de Tolomeo II Filadelfo, cuyo reinado (283-246) coincide prácticamente con el de Antígono Gonatas en Macedonia (276-241) y con los sucesivos de Antíoco I (280-261) y Antíoco II (261-246) en el Asia seléucida.

Su poderosa personalidad, de rasgos contradictorios –magníficas dotes de organizador y diplomático, exquisita cultura, pero también desmedida ambición e indolencia–, fue puesta al servicio de engrandecer a Egipto, convirtiéndolo no sólo en la primera potencia marítima del Egeo, sino también en el mayor foco cultural del mundo helenístico. La capital del reino, Alejandría, con su puerto, el más importante centro comercial del Mediterráneo, coronado por un gigantesco faro, fue también la sede de un imponente complejo cultural, el Museo, donde desarrollaban su actividad científicos, eruditos y artistas bajo el patrocinio real.

En esta política de prestigio, sustentada por una activa red diplomática que extendía sus hilos, por Occidente, hasta Roma y Cartago y, por Oriente, hasta la India, jugó un destacado papel la segunda esposa del rey, su hermana Arsinoé II, antes casada con Lisímaco y con Cerauno, enérgica, ambiciosa e intrigante.

La política exterior de Filadelfo, tendente, como sabemos, a lograr el dominio del Egeo y sus costas, tenía que ponerlo necesariamente en conflicto con Macedonia, pero también con los Seléucidas, que, por su parte, aspiraban a la Siria meridional, en poder de Egipto. La consecuencia fue la larga serie de Guerras Sirias entre Egipto y los Seléucidas, paralelas a la confrontación bélica entre Egipto y Macedonia.

Egipto y los Seléucidas: La Primera Guerra Siria

Fue Tolomeo quien abrió las hostilidades contra Antíoco I en torno a Mileto, aprovechando la apurada situación del rey seléucida en Asia Menor, enfrentado a la invasión de los gálatas y a la rebelión de la Liga del Norte (280/279). A esta confrontación, siguió la Primera Guerra Siria (274-271): Tolomeo invadió el Asia seléucida, pero, derrotado, hubo de retirarse.

El contragolpe seléucida vino por vía diplomática. Antíoco consiguió que Magas, gobernador de la Cirenaica y medio hermano de Tolomeo, se proclamara rey, declarándose independiente. No pudo lograr en cambio que Magas invadiera Egipto, retenido en sus territorios por una revuelta indígena. En respuesta, Tolomeo envió una flota de guerra a las costas meridionales de Anatolia. La paz llegó en el 271 y se saldó con ganancias territoriales para el rey egipcio en el suroeste de Asia Menor.

Egipto y Macedonia: la Guerra Cremonídea

Antígono Gonatas: los comienzos de su reinado.– La guerra siria fue un conflicto directo entre Tolomeo y Antíoco, en que el rey de Macedonia, Antígono Gonatas, se mantuvo al margen. Antígono, personalidad franca y tenaz, amigo y discípulo de Zenón, que le enseñó los principios de la filosofía estoica, se aplicó a la tarea de devolver a Macedonia la primacía sobre el mundo griego.

Sus principios habían sido difíciles. Dueño apenas de unas pocas plazas en Grecia, su ocasión se presentó cuando el asesinato de Cerauno dejó vacante el trono de Macedonia. La victoria de Antígono sobre una horda de galos en Lisimaquia (277) le abrió las puertas del reino, que muy pronto tendría que defender contra Pirro. El rey epirota, tras su fracasada expedición a Italia y Sicilia, invadió Macedonia en el 274 y obligó a Antígono a huir, ocupando su lugar. Su permanencia en el trono macedonio sería, no obstante, bien efímera. Empujado a una nueva aventura en el Peloponeso, en lucha con Esparta, encontró la muerte en una refriega en las calles de Argos (272), mientras Antígono recuperaba el trono y trataba de consolidar su posición en Grecia.

Injerencias egipcias en Macedonia.– El Egipto lágida no había sido ajeno al derrocamiento de Antígono con los recursos de su diplomacia. Frente a la "dominación" macedonia había difundido en las ciudades griegas consignas "nacionalistas" de libertad y autonomía, que, en algunos casos, surtieron efecto, animando a algunas a abandonar a Antígono. Pero la muerte de Pirro significó el fracaso de esta política, mientras el rey macedonio recuperaba su prestigio en la Grecia continental y trataba de asegurar, con la imposición de guarniciones en una serie de puntos estratégicos de la Grecia central, las bases de su poder naval en el Egeo: Calcis, en la isla de Eubea, Atenas, con el Pireo, y Corinto, las llamadas "argollas" de Grecia. Con la alianza de Esparta y el establecimiento de gobiernos promacedonios en Megalópolis y Argos, Antígono consideró que Grecia estaba suficientemente asegurada para permitirle dedicar su atención a la reorganización del reino.

Los Lágidas no iban a permitir, sin embargo, que Antígono pudiera desarrollar en paz su labor de estadista. Pocos años después de finalizar la Primera Guerra Siria, en el 267, agentes de Egipto provocaron en Grecia la formación de una alianza contra el rey macedonio, encabezada por Esparta, al frente de una recién formada Liga del Peloponeso, Atenas y el propio Filadelfo.

Estalló así la Guerra Cremonídea (266-262), llamada así por el nombre del estadista ateniense Cremónides, que, con un inflamado decreto, abrió las hostilidades contra el rey macedonio. Antígono se apresuró a invadir el Ática, mientras fuerzas navales egipcias se aproximaban al golfo Sarónico para permitir al rey de Esparta, Areo, unir sus fuerzas a las de Atenas. Pero la conjunción no llegó a realizarse, gracias a la firme posesión de Corinto en manos macedonias, que impidió el traslado del ejército espartano desde el Peloponeso al Ática. Con el ejército aliado cortado en dos, Antígono pudo marchar contra Areo, que fue vencido y muerto en las proximidades de Corinto. Ni siquiera la maniobra lágida de lanzar al hijo de Pirro, Alejandro, contra Macedonia, pudo impedir que Antígono sitiara Atenas, abandonada a sus propias fuerzas, que hubo de rendirse.

La caída de la ciudad significó también el final de su historia política, aunque continuará siendo la capital de la cultura hasta el final de la Antigüedad. Antíoco firmó la paz con Egipto, pero la intervención naval lágida en la guerra, aunque inefectiva, convenció al monarca macedonio, más que nunca, de la necesidad de proveerse de una poderosa flota, que, con el dominio del Egeo, le proporcionara también los medios adecuados para combatir a Egipto con garantías de éxito.

El Asia Menor seléucida

A la neutralidad de Antígono en la Primera Guerra Siria entre Seléucidas y Lágidas, correspondió Antíoco I manteniéndose al margen de la Guerra Cremonídea. Bien es cierto que el monarca sirio había tenido que enfrentarse, mientras tanto, a graves problemas en Asia Menor. A la hostilidad de la Liga del Norte, en la que se incluyeron los reinos del Ponto y Bitinia, al permanente factor de inestabilidad que representaban las tribus celtas –vencidas, pero no aniquiladas, por Antíoco, en el 275, en la llamada "Batalla de los Elefantes"–, y a la ocupación lágida de vitales puntos estratégicos en las costas minorasiáticas, vino a añadirse, en el progresivo proceso de descomposición del dominio seléucida en Anatolia, la cuestión de Pérgamo.

Su gobernador, Filetero, como sabemos, había sabido conjugar una autonomía de hecho con la apariencia de lealtad al rey seléucida. Cuando murió, en el 263, su sobrino Eumenes dio el paso definitivo y, con ayuda lágida, se proclamó independiente. Antíoco hubo de renunciar a Pérgamo, después de ser vencido cerca de Sardes por el nuevo dinasta. Nacía así, en torno al valle del Caico, un modesto reino, que, bajo la dinastía atálida, ampliará su ámbito de influencia al noroeste de Asia Menor hasta convertirse en un apreciable factor de poder.

Egipto y la alianza sirio-macedonia

La Segunda Guerra Siria.– Antíoco I murió en el año 261 y fue sucedido por su hijo, Antíoco II, que prosiguió las líneas de política exterior de su padre. La tradicional neutralidad con Macedonia fue sustituida ahora por una alianza, dirigida contra Egipto, que desembocó en la Segunda Guerra Siria (260-255/253), librada, en realidad, en múltiples escenarios. Antíoco logró recuperar gran parte de los territorios ocupados por los Lágidas en los sectores occidental y meridional de Asia Menor y, más tarde, incluso la costa fenicia hasta Sidón.

La batalla naval de Cos.– Mientras, Antígono, con su recientemente adquirida fuerza naval, disputaba a Tolomeo el dominio del Egeo, arrebatándole el protectorado sobre la Liga Insular, para vencerlo posteriormente en aguas de Cos. Tolomeo, derrotado así por tierra y mar, se vio obligado a pedir la paz, que firmó sucesivamente con Macedonia (255) y Siria (253). Un año después, la paz entre Lágidas y Seléucidas se fortalecía con un matrimonio, de graves consecuencias para el futuro: Antíoco II repudió a su mujer, Laodice, para esposar a Berenice, hija de Filadelfo.

El desquite macedonio: la batalla de Andros

Las derrotas de Filadelfo no agotaron, sin embargo, su capacidad de intriga, dirigida ahora a crear problemas a Antígono en Grecia, donde logró empujar al gobernador de Corinto, Alejandro, a independizarse de Macedonia y proclamarse monarca de un peculiar reino, que comprendía, además de Corinto, la isla de Eubea (252). Hasta su recuperación, en el 247, Antígono se vio privado de las bases navales sobre las que fundamentaba su poderío en el mar. Filadelfo no llegó a presenciar el desquite macedonio. Meses después de su muerte (246), las escuadras de Macedonia y Rodas, aliadas, derrotaban a la flota de Tolomeo III en aguas de Andros y ponían definitivamente término a la influencia egipcia en las Cícladas.

El final de una época

La muerte de Filadelfo significó el final de una época. El mismo año moría también Antíoco II, en plena madurez, cuando regresaba de una expedición en el norte de Asia Menor, seguramente, envenenado por su primera mujer, Laodice. Antígono aún les sobrevivirá cinco años. Pero el ritmo militar y diplomático que Tolomeo II había imprimido a la historia política del mundo helenístico durante más de tres décadas desapareció con él. Egipto, expulsado de las Cícladas, ya sólo débilmente podrá interferir en la política griega.

Macedonia y el reino seléucida evolucionarán paralelamente, comprometidos en sus propios territorios por graves problemas internos: Macedonia, enfrentada a un nuevo movimiento de liberación en Grecia, protagonizado por Esparta y las Ligas Etolia y Aquea; los Seléucidas, entre continuos problemas sucesorios, impotentes para frenar la disgregación del todavía gigantesco reino. Apenas queda, como herencia del pasado, la vieja polémica entre egipcios y asiáticos a propósito de la Celesiria. Mientras, en el oeste, una nueva potencia, Roma, ahora dueña de Italia, disputa a Cartago la hegemonía del Mediterráneo occidental.

CRONOLOGÍA

	MACEDONIA Y GRECIA	EGIPTO Y REINO SELÉUCIDA
283		Tolomeo II Filadelfo, rey de Egipto (283-246)
280		Antíoco I, rey de Siria (280-261)
279		Rebelión de la Liga del Norte. Ataque egipcio a Mileto
277	Victoria de Antígono en Lisimaquia	
276	Antígono Gonatas, rey de Macedonia (276-241)	
275	Regreso de Pirro de Italia	Antíoco I derrota a los galos en la Batalla de los Elefantes
274	Pirro invade Macedonia	
274-271		Primera Guerra Siria. Antíoco derrota a Tolomeo II en Siria, pero con la paz pierde territorios del SO. de Asia Menor
273		Magas se proclama independiente de Egipto en Cirene
272	Muerte de Pirro en Argos	
267	Coalición de Atenas, Esparta y Egipto contra Antígono	Egipto se alía a Atenas y Esparta contra Antígono
266-262	Guerra Cremonídea	Guerra Cremonídea
265	Batalla de Corinto. Muerte de Areo II de Esparta	
263		Eumenes I sucede a Filetero como dinasta de Pérgamo
262	Antígono ocupa Atenas	
261	Paz entre Tolomeo II y Antígono	Paz entre Tolomeo II y Antígono Muerte de Antíoco I; le sucede Antíoco II (261-246)
260	Alianza de Macedonia con Siria	Alianza de Siria con Macedonia
260-255/253	Segunda Guerra Siria	Segunda Guerra Siria
258	Antígono se asegura la Liga Insular. Batalla de Cos	Batalla de Cos: fin del predominio marítimo de Egipto
255	Paz entre Macedonia y Egipto	Paz entre Egipto y Macedonia
253		Paz entre Siria y Egipto
252	Revuelta de Alejandro de Corinto	Antíoco II se alía a Egipto y esposa a Berenice II
251	Arato libera Sición	
247	Muerte de Alejandro de Corinto	
246		Muerte de Antíoco II; le sucede Seleuco II (246-236)
246		Muerte de Tolomeo II; le sucede Tolomeo III (246-222)
246	Antígono vence a Egipto en Andros	Derrota de Egipto en Andros

BIBLIOGRAFÍA

Egipto

BEVAN, E., *Histoire des Lágides*, París, 1934; BOUCHÉ-LECLERCQ, A., *Histoire des Lagides*, París, 1903-1907; HEINEN, H., "Heer und Gesellschaft im Ptolemaerreich", *Ancient Society* 4, 1973, 91-114; LOZANO, A., *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas*, Madrid, 1989; OTTO, W.. "Zu den syrischen Kriege der Ptolomaem", *Philologus* LXXX-VI, 1931, 400 ss; PREAUX, CL., "Das Ptolemäische Agypten", *Akten der internationalen Symposions 1976 in Berlin*, Berlin, 1978.

El reino seléucida

ALTHEIM, F. -STIEHL R., *Geschichte Mittelasiens im Altertum*, Berlin, 1970; BEVAN E., *The House of Seleucos*, Londres, 1902; BIKERMANN, E., *Institutions des Séleucides*, París, 1938; BIKERMANN, E., "The Seleucids and the Achaemenids", *Atti del Convegno sul tema: La Persia e il mondo grecoromano, (Roma, 1965), Acc. dei Lincei* 1966, 87- 117; BOUCHÉ-LECLECQ, A., *Histoire des Séleucides*, Paris, 1913; EDSON, CH., "Imperium macedonicum. The Seleucid Empire and the literary evidence", *ClPh* LIII, 1958, 153-170; LOZANO, A., *Las monarquías helenísticas. II: Los Seléucidas*, Madrid, 1989; MUSTI, D., "Aspetti dell'organizazione seleucidica in Asia Minore nell III sec. a. J.", *PP* XX, 1965, 153-160; MUSTI, D., "Lo Stato dei Seleucidi. Dinastia, popoli, città, da Seleuco I ad Antioco III", *Studi classice e orientali* 15, 1966, 61-197; ORTH, W., "Die frühen Seleukiden in der Forschung des letzten Jahrzehnts", en SEIBERT, J. (ed.), *Hellenistische Studien. Gedenkschrift für H. Bengtson*, Munich, 1991, 61-74; YARSHATER, E. (ed.), "The Seleucid, Parthian and Sasanian periods", *The Cambridge History of Iran, 3, 1*, Cambridge, 1983, 3 ss., 21 ss., 100 ss., 279 ss., 299 ss.

Asia Menor

BEAN, G. B., *Kleinasien* I, Stuttgart, 1969; HEINEN, H., The Syrian - Egyptian wars and the new kingdoms of Asia Minor. en *Cambridge Ancient History, VII, 1*, Cambridge, 1984, 412 ss.; LOZANO, A., *Asia Menor helenística*, Madrid, 1989.

Macedonia y Grecia

AYMARD, A, *Le royaume de Macedonie de la mort d'Alexandre a sa disparition*, Paris, 1949; BURASELIS, K., *Das hellenistische Makedonien und die Agais. Forschungen zur Politik des Kassandros und der drei ersten Antigoniden im ägaischen Meer und in Westkleinasien*, Munich, 1982; EHRENBERG, V., *Der Staat der Griechen, 2: Der hellenistische Staat*, Leipzig, 1958; ERRINGTON, M., *Geschichte Makedoniens*, Munich, 1986; HABICHT, Chr., *Untersuchungen zur politischen Geschichte Athens im 3. Jh. v. Chr.*, Munich, 1979; HAMMOND, N. G. L. - WALBANK, F. W., *A history of Macedonia, vol. III: 336 -167 B. C.*, Oxford, 1988; , OLIVA, P., "Zur politischen Lage im hellenistischen Griechenland", *Klio* 60, 1978, 151 - 162; RABANAL ALONSO, A., *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia*, Madrid, 1989; WALBANK, F. W., "Macedonia and Greece", en *Cambridge Ancient History, VII, 1*, Cambridge, 1984, 221ss.; 446 ss.

Tolomeo II Filadelfo

MÜLLER, B. J., *Ptolemaeus II Philadelphus als Gesetzgeber*, Colonia, 1968; EREMANS, W., "Ptolemée II Philadelphe et les indigenes égyptiens", *RBPhH*, 1933, 1.006 ss.

XXIV EL SIGLO III: DE LA MUERTE DE FILADELFO A LA INTERVENCIÓN DE ROMA EN ORIENTE (246-229)

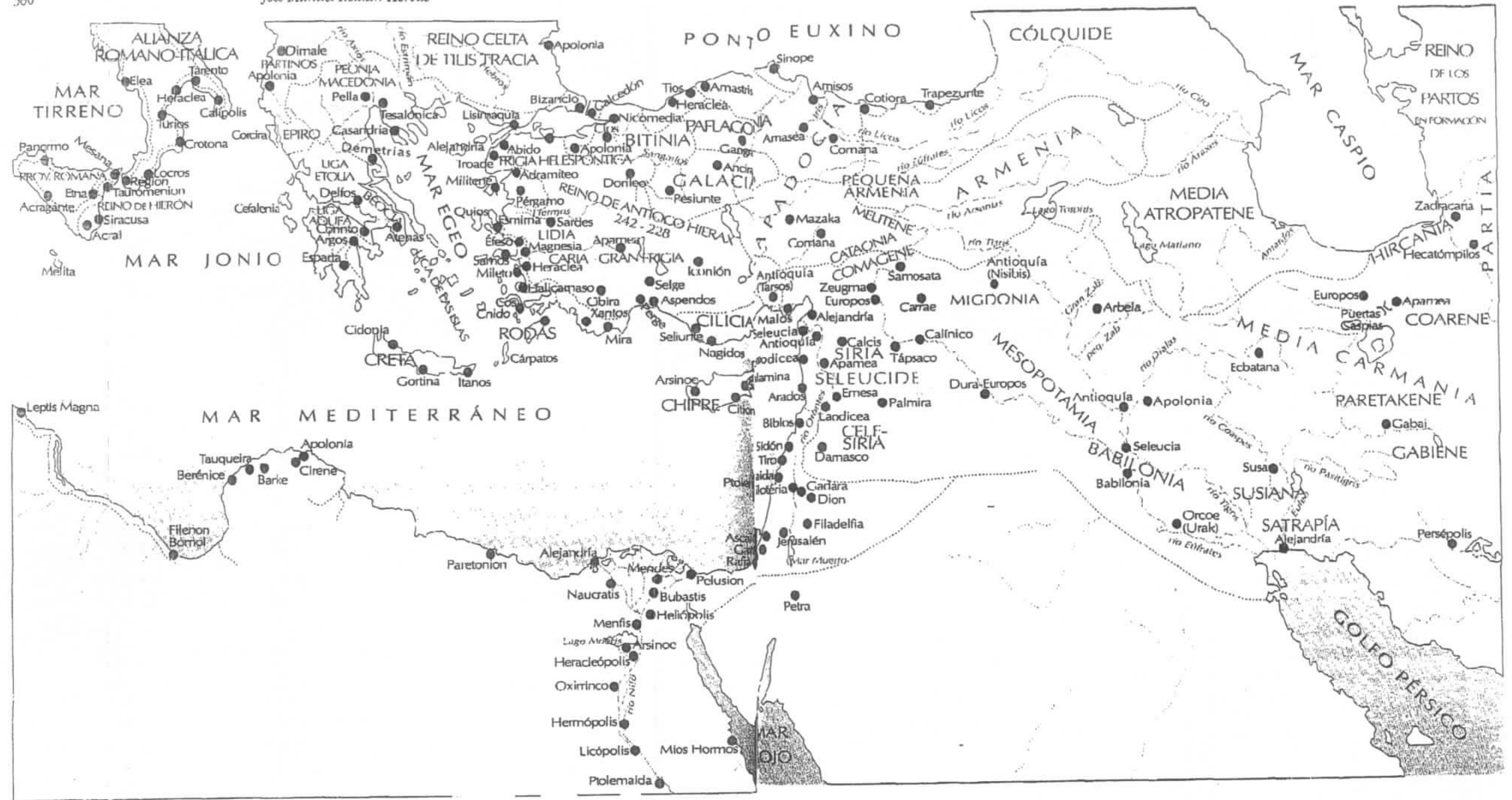
1. Macedonia, Grecia y el Egeo

El debilitamiento de la hegemonía egipcia en el Egeo, conseguido por Antígono tras las batallas de Cos y Andros, significó paralelamente una menor incidencia de la política lágida en los asuntos de la Grecia continental. Las comunidades griegas volvieron a encontrarse solas en su tradicional lucha por sacudirse el yugo macedonio. Así, en sus últimos años de reinado, Antígono Gonatas podía esperar una coyuntura más favorable para extender su dominio sobre Grecia. Pero precisamente en estos años, Macedonia asistiría a un oscurecimento del horizonte político en el sur de la península Balcánica como consecuencia de una nueva constelación, que, gestada durante la primera mitad del siglo III, se mostrará abiertamente ahora con toda su fuerza: el nuevo papel de las ligas federales.

Como habíamos observado, la decadencia de las ciudades-estado en Grecia y en la mayoría de las islas del Egeo propició, en el curso del siglo III, el desarrollo de confederaciones, que en estos años centrales del siglo pretenderán alcanzar un protagonismo político. Si las *poleis*, demasiado débiles para oponerse a la fuerza militar de las grandes potencias, se habían visto obligadas, para mantener su prosperidad económica, a colocarse bajo la sombra de un protector, estas nuevas formaciones políticas, más extensas y con superiores recursos militares, se encontrarán en condiciones de jugar un papel político independiente.

Algunas de ellas, como la Liga Beocia o la Arcadia, se remontaban al siglo IV. Otras, como la Liga de las Islas, en la que se incluían numerosas comunidades de las Cícladas, surgieron en la época de los diádocos. Más reciente era la Liga del Norte, que agrupaba a las ciudades griegas de la costa septentrional del mar Negro. Pero sólo las ligas etolia y aquea conseguirán adquirir el papel de "grandes potencias".

La Liga Etolia.– La fortuna de la primera se fundamentó, como vimos, durante las correrías de las tribus celtas en Grecia central, cuando, a la cabeza de las comunidades de la región, impidieron el saqueo del santuario de Delfos. Su papel de "salvadores" les permitió instaurar su hegemonía sobre la anfictionía de Delfos y extender su influencia a una gran parte de la Grecia central. Los etolios se dieron entonces instituciones federales: una asamblea general soberana, que, en reuniones periódicas, decidía sobre la paz y la guerra,



13. EL MUNDO HELENÍSTICO HACIA 240 a. C.

dictaba las leyes comunes y elegía a los magistrados federales, asistida por el Consejo de los Mil, constituido por representantes de las comunidades etolias, en proporción a su aportación militar. Treinta miembros de este Consejo, los *apokletoi* o "delegados", asumían, al lado de los magistrados federales, la función ejecutiva y, sobre todo, los asuntos de política exterior.

Los etolios, ajenos al fenómeno urbano, conservaban sus salvajes costumbres y sus tradiciones guerreras, que hacían de ellos una amenazadora fuerza, tanto en tierra, con sus razzias depredadoras sobre las ciudades vecinas, como en el mar, donde adquirieron pronto fama de temibles piratas. No obstante, durante el reinado de Antígono Gonatas, los etolios no plantearon problemas a Macedonia y, con el tácito acuerdo del monarca, pudieron continuar su espectacular expansión, que los convirtió en el mayor estado territorial de Grecia.

La Liga Aquea.– La Liga Aquea, fundada en el 280, surgió como una alianza de ciudades independientes en el Peloponeso septentrional, concertadas para el desarrollo de una

política exterior común. No se trataba de un estado unitario, pero contaba con una asamblea federal, que elegía un general y otros magistrados comunes con los votos, numéricamente iguales, de las ciudades que integraban la confederación.

Arato de Sición.– Su expansión comenzó en el año 251 cuando un ciudadano de Sición, Arato, asumió el poder en su ciudad, tras asesinar al tirano que la gobernaba, y para protegerse, consiguió que Sición entrara a formar parte de la Liga. Elegido general de la Confederación por primera vez en el 245, ejerció durante los veinte años siguientes una decisiva influencia sobre su política exterior, gracias a sus cualidades de estadista, ambicioso y carente de escrúpulos.

La política de Arato, dirigida fundamentalmente contra Macedonia y su sistema de dominación por medio de tiranos, consiguió su primer éxito espectacular, en el 243, con la liberación de Corinto, cuatro años después de que Antígono la hubiera recuperado. El viejo rey recurrió entonces a la Liga Etolia para enfrentarse a los aqueos; Arato, por su parte, concertó una alianza con el otro gran estado del Peloponeso, Esparta, e incluso obtuvo el apoyo económico de Tolomeo III. Después de un fracasado intento de invasión del territorio aqueo por parte de los etolios, la paz, firmada en el 241, consagró la pérdida de Corinto para Macedonia.

El problema de Esparta

Antígono Gonatas murió en el 239 y le sucedió su hijo, Demetrio II, que heredó de su padre una política exterior basada en la alianza con Etolia, frente a Esparta y la Liga Aquea, sostenida por el oro lágida. Pero, precisamente en estos años, la grave crisis interna sufrida por Esparta cambiaría radicalmente el panorama político griego.

Las reformas de Agis IV de Esparta.– La crisis espartana tenía un claro trasfondo social. Los ciudadanos de pleno derecho, que constituían el nervio del Estado, habían ido menguando, como consecuencia de la progresiva concentración de la propiedad agrícola en unas pocas manos, hasta quedar redudidos a apenas setecientos. Los ciudadanos empobrecidos, incapaces de hacer frente a las obligaciones económicas que exigía su condición, perdieron sus privilegios; endeudados y proletarizados, se vieron empujados a trabajar como jornaleros o alquilarse como mercenarios. Pero, para el Estado, esta disminución significó paralelamente la pérdida del potencial militar sobre el que se sustentaba su supervivencia.

Así surgió en el rey Agis IV (245-241) la idea de proponer un amplio programa de reformas, basado en la cancelación de las deudas y en una redistribución de tierras entre los estratos sociales inferiores, con el objeto de convertirlos en ciudadanos y reconstruir de este modo el cuerpo cívico, según la vieja constitución de Licurgo. La propuesta, lógicamente, chocó con una fuerte oposición por parte de los elementos conservadores, guiados por el otro rey, Leónidas II, que, aprovechando la ausencia de Agis –al frente de un contingente espartano de ayuda a los aqueos, cuyo territorio había sido invadido por los etolios–, se apoderó del poder. A su regreso, Agis fue condenado a muerte y ejecutado.

Cleomenes III.– El abortado programa de reformas iba a encontrar un continuador en la persona del hijo de Leónidas, Cleomenes III, que subió al poder en Esparta en el 235. Más consecuente y radical que Agis, pese a su tradición familiar conservadora, su programa de fortalecimiento del potencial militar espartano para devolver a su país el prestigio del pasado, con propuestas similares a las de Agis, produciría un convulsionamiento general de la política griega.

Macedonia y Grecia en la época de Demetrio II y Antígono Dosón

Demetrio II y la Guerra Demetríaca.– Antígono Gonatas, en los últimos años de su reinado, había dejado los asuntos de Grecia en manos de sus aliados los etolios, enfrentados a la Liga Aquea. Con la subida al trono de Demetrio II, decidido a recuperar la influencia macedonia en Grecia, la política etolia cambió de rumbo y se aproximó a los aqueos. La causa fue el freno que el rey macedonio puso a la expansión de los etolios por el Epiro, al anudar una alianza personal con el vecino reino. Etolios y aqueos unidos, desencadenaron en el 238 contra Demetrio la llamada Guerra Demetríaca: aunque el rey consiguió reprimir la influencia de Etolia, no pudo evitar que Megalópolis, una de las últimas plazas macedonias en el Peloponeso, se adhiriera a la Liga Aquea. Pero Demetrio no tuvo posibilidad de continuar interviniendo en la política griega, obligado a acudir a las fronteras septentrionales del reino para contener las incursiones de los dárdanos, donde murió en lucha contra ellos (229).

La muerte de Demetrio fue aprovechada por todos los enemigos de Macedonia para reanudar la ofensiva: los etolios apoyaron el movimiento secesionista de una parte de Tesalia, que entró a formar parte de la Confederación; Atenas se liberó de la guarnición macedonia, comprando su retirada; Arato, por su parte, consiguió la adhesión de Argos a la Liga Aquea y sustrajo así a Macedonia su último apoyo en el Peloponeso; los dárdanos rompieron las fronteras del reino. Todavía, en esta larga cadena de infortunios, Macedonia perdió la alianza del Epiro, donde las dificultades socioeconómicas condujeron a la sustitución de la tradicional monarquía por una república federal, que, para defenderse de etolios y aqueos, abrió las puertas del país a los piratas del vecino reino ilirio, gobernado por Teuta.

Antígono Dosón.– En esta caótica situación, la muerte de Demetrio dejó el reino en manos de su hijo Filipo, un niño de nueve años. Un primo de Demetrio II, Antígono Dosón, recibió la diadema real en nombre del joven monarca y abordó de inmediato, con increíble energía, los múltiples problemas que amenazaban con disgregar Macedonia. Restablecida la seguridad en la frontera norte, frente a los dárdanos, y recuperadas las regiones de Tesalia, que se habían pasado a la Liga Etolia, Dosón intentó volver a probar fortuna en el juego político griego. La evolución de los acontecimientos en el Peloponeso iba a venir en su ayuda.

Las reformas de Cleomenes III.– La expansión de la Liga Aquea, bajo la inteligente guía de Arato, terminó por despertar los recelos de los etolios, que, para neutralizarla, iniciaron un acercamiento a Esparta, la única potencia en el Peloponeso capaz de medirse con ella. Esparta, bajo Cleomenes III, y la Liga Aquea de Arato entraron así en guerra (Guerra Cleoménica). Los éxitos militares sirvieron a Cleomenes de trampolín para actuar el radical programa de reformas al que aspiraba desde su subida al trono. En el 227, regresó a Esparta, hizo eliminar al otro rey y suprimió la institución del eforado, quedando así como único dueño del Estado. Con la abolición de las deudas y una amplia redistribución de tierras consiguió aumentar el cuerpo cívico, base de un nuevo ejército, organizado de acuerdo con las viejas tradiciones de disciplina y austeridad que prescribía la constitución de Licurgo.

Fortalecimiento de Esparta.– Los ecos de la "revolución" espartana se extendieron por todo el Peloponeso y suscitaron también entre los campesinos aqueos esperanzas de justicia social. Pronto Cleomenes tuvo partidarios incluso dentro de la Liga Aquea por parte de quienes, frente al mantenimiento de los privilegios tradicionales de la clase dirigente, clamaban por una redistribución de las tierras. No es extraño que el rey espartano, en el conflicto que le enfrentaba a los aqueos, lograra continuos éxitos militares y diplomáticos, que amenazaron con el aislamiento político de la Liga. Los ejércitos espartanos, tras apoderarse de Arcadia, avanzaron por la Argólide y se presentaron ante las puertas de Corinto, mientras el rey de Egipto, Tolomeo III, transfería de los aqueos a Esparta la ayuda económica con la que sostenía la resistencia antimacedónica en Grecia. Más aún, la asamblea federal de los aqueos llegó a considerar la propuesta de alianza del rey espartano, a cambio de la entrega de Corinto y de su nombramiento como estratega de la confederación.

La traición de Arato.– Arato, movido por la deseperación al ver cómo peligraba su posición personal, traicionó los tradicionales ideales de libertad nacional contra la dominación macedonia, promovidos por la Liga, entablando negociaciones con Antígono Dosón. El rey macedonio no perdió esta oportunidad de intervención que los egoismos griegos le ofrecían de forma tan inesperada, y aceptó proporcionar ayuda a los aqueos.

La llegada de Antígono obligó a Cleomenes a abandonar, una tras otra, sus recién ganadas posiciones. Crecido en sus éxitos y en posesión nuevamente de la disputada Corinto, el rey macedonio promovió la creación de una Liga Helénica, bajo su presidencia, en la que se incluyeron, con Macedonia, la mayoría de las ciudades y federaciones de Grecia central y del Peloponeso. Sólo quedaron excluidas la Liga Etolia, Esparta, Atenas, Élide y Mesenia.

Selasia.– En su nueva condición de *hegemon* de la Liga Helénica, Antígono condujo el ejército federal hacia el choque definitivo con Esparta, que tuvo lugar en Selasia (222). Cleomenes, derrotado, huyó a Egipto, donde encontró la muerte. Esparta, por primera vez en su historia, fue ocupada por una guarnición macedonia.

Cuando Dosón murió al año siguiente, dejaba al joven rey, Filipo V, una Macedonia sólida en su interior y firmemente asentada como potencia hegemónica sobre la península griega.

2. Lágidas y Seléucidas

Si hacemos excepción de la ayuda económica proporcionada por Tolomeo III, primero a los aqueos y luego a Esparta, para debilitar la influencia macedonia en Grecia, la evolución política en la zona occidental del mundo helenístico –Macedonia, Grecia y el Egeo– se desarrolló, tras la muerte de Filadelfo (246), sin apenas interferencias por parte de los reinos lágida y seléucida, absorbidos en sus problemas internos y en la tradicional rivalidad que los enfrentaba.

La Tercera Guerra Siria

La muerte de Antíoco II abrió un conflicto dinástico que precipitaría un nuevo enfrentamiento con Egipto: la Tercera Guerra Siria (246-241). El trono seléucida fue ocupado por Seleuco II, hijo de Antíoco y de su primera mujer, Laodice. Berenice, la segunda esposa del rey, para defender los intereses de su hijo, requirió la ayuda de su hermano Tolomeo III Evergetes, que había sucedido a su padre, Filadelfo, en el trono de Egipto. Evergetes acudió a toda prisa, pero no pudo impedir el asesinato, mientras tanto, de Berenice y su hijo.

Dispuesto a vengar a su hermana, el rey egipcio ocupó Siria y condujo a continuación una victoriosa expedición por el interior del reino seléucida, que le llevó hasta Mesopotamia. Pero, requerido por conflictos internos surgidos en Egipto, hubo de volver sobre sus pasos, sin tiempo para asegurar las conquistas. Seleuco pudo entonces restablecer su autoridad y expulsar de Siria al ejército de ocupación egipcio. En manos del lágida quedaron, no obstante, la zona fenicia y la importante plaza de Seleucia de Pieria, el puerto de Antioquía. Desplazado del Egeo por Antígono Gonatas, tras la derrota naval de Andros (246), y perdido el protectorado sobre la Liga de las Islas, Tolomeo siguió conservando algunas importantes bases en las costas de Asia Menor y de los Estrechos.

La Guerra de los Hermanos

Tras la guerra con Egipto, Seleuco II tenía que reorganizar el reino. Ello le iba a enfrentar a un nuevo conflicto bélico, la llamada Guerra de los Hermanos (241-239). Seleuco, a instancias de su madre Laodice, había aceptado como corregente en Asia Menor a su hermano Antíoco Hiérax (el "Halcón"), que pronto manifestó veleidades de independencia. Cuando Seleuco intentó recuperar los territorios usurpados, Hiérax, con el apoyo de los reyes del Ponto y Bitinia y la ayuda militar de mercenarios gálatas, venció a su hermano en Ancira. Finalmente, los dos hermanos concluyeron una paz por la que Seleuco abandonaba a Antíoco toda el Asia Menor al norte del Tauro.

La ascensión de Pérgamo

Pero el estado de confusión generado por la guerra, desencadenó en Asia Menor múltiples movimientos de independencia, mientras los gálatas, estimulados por su alianza con Hiérax, extendían sus correrías por la península, imponiendo por todas partes tributos a cambio de su "protección". La caótica situación fue aprovechada por el dinasta de Pérgamo, Atalo I, que en el 241 había sucedido a su tío Eumenes, para convertirse en campeón del Helenismo frente a las hordas bárbaras. Los celtas, ante la negativa de Eumenes a satisfacer el tributo exigido, penetraron en el país hasta los muros de la propia Pérgamo, donde fueron definitivamente derrotados.

Tras la victoria, Eumenes tomó el título de rey y, en lucha contra Hiérax, acabaría anexionando la mayor parte de los dominios seléucidas en Anatolia. El rey subrayó su carácter de campeón del Helenismo, frente al orientalismo seléucida y frente a la barbarie celta, con el despliegue de una activa propaganda: respetó la autonomía de las ciudades griegas incluidas en su reino, exaltó sus victorias sobre los gálatas con fastuosos monumentos, tanto en Pérgamo como en la capital espiritual de los griegos, Atenas, y convirtió su corte en brillante foco intelectual y artístico.

Las satrapías orientales y el reino seléucida hasta el advenimiento de Antioco III

El secesionismo iranio.– Mientras con la afirmación de Pérgamo se sustraía a la autoridad seléucida la mayor parte de Asia Menor, continuaba desintegrándose la parte oriental del reino, en el ámbito iranio. Factores coincidentes contribuyeron a esta desmembración. Por una parte, el peso de la política seléucida había tenido que concentrarse en las regiones mediterráneas, en lucha con el reino lágida y con los movimientos secesionistas de Asia Menor, con el consiguiente descuido o relajamiento de la autoridad real en las satrapías orientales. Por otra, la orientación greco-macedonia de la administración seléucida impidió la integración de los elementos iranios más puros, apoyados ideológicamente en aspectos religiosos y nacionalistas claramente antigriegos. Se añadía todavía la dificultad del gobierno central para defender estas regiones de los continuos ataques de los nómadas esteparios del Asia Central. Así, fue creciendo a lo largo del siglo III una progresiva desafección hacia la dinastía, que, alimentada por bases ideológicas, desencadenaría los movimientos de independencia.

Los partos.– El primero de ellos surgió en Partia e Hircania, donde su sátrapa, Andrágoras, hacia el 245, aprovechó las dificultades de Seleuco II en la Tercera Guerra Siria para declararse independiente. Pocos años después (239), moría en lucha con los parnos, jinetes nómadas de origen escita, que, desde las estepas del Asia Central, penetraron en sus dominios, dirigidos por Arsaces, un príncipe iranio.

Seleuco II acudió desde Asia Menor para conjurar el nuevo peligro (230-227), pero, aunque consiguió, al parecer, empujar a los parnos de nuevo hacia las estepas, hubo de abandonar el Irán oriental a su suerte, reclamado una vez más por los problemas de Occidente. Arsaces volvió a Partia, tomó el título real e hizo de la región el núcleo de un estado feudal iranio, vinculado a las tradiciones aqueménides. Bajo la dinastía arsácida, el reino parto se extendió, a expensas de los Seléucidas, hasta Mesopotamia, convirtiéndose en el factor de poder más importante al este del Éufrates. Enfrentado a los romanos, desde comienzos del siglo I a.C., la rivalidad entre las dos potencias habría de marcar en los próximos siglos la evolución política del Próximo Oriente.

Bactriana y Sogdiana.– La invasión parta dejó aisladas del resto del imperio seléucida las satrapías orientales lindantes con la India, Bactriana y Sogdiana. También en ellas se produjo un movimiento secesionista, protagonizado en el 240 por Diodoto, el sátrapa de Bactriana. Pero, frente al carácter fuertemente iranio del estado parto, los reinos surgidos en estas regiones mantuvieron su impronta griega, en simbiosis con las culturas indígenas. Así, los cada vez más fragmentados reinos greco-bactrianos mantuvieron vivos los lazos con Occidente y contribuyeron durante siglos a la irradiación de la cultura griega hacia las regiones indias.

Los últimos años de Seleuco II.– Mientras Seleuco II luchaba en el Irán oriental contra los invasores partos, su hermano Hiérax, expulsado de Asia Menor por Atalo, preparaba en Antioquía un complot para derribarlo y apoderarse del trono (227). El rey seléucida hubo de abandonar Partia para hacer frente al usurpador, que había invadido Mesopotamia. Ante el avance de Seleuco, Hiérax huyó del país para acabar sus días en Tracia, asesinado por los galos. En el 226, moría también Seleuco, cuando se disponía a intentar la reconquista de Asia Menor.

Seleuco III.– Fue su hijo y sucesor, Seleuco III Soter (226-223), quien emprendió la lucha contra Pérgamo, cruzando con un ejército la cordillera del Tauro. Pero en plena campaña fue asesinado y el ejército logró a duras penas regresar intacto a Siria, conducido por Aqueo, un primo de Seleuco.

Leal a la dinastía, Aqueo rechazó las presiones que le instaban a apoderarse de la corona y proclamó rey a Antíoco III, un joven de dieciocho años, hermano de Seleuco III.

Así subían al poder, casi contemporáneamente, Filipo V, en Macedonia, y Antíoco III, en Siria. Ambos estaban dotados de excelentes cualidades, que hacían esperar, para sus respectivos reinos, una nueva época de estabilidad y prosperidad. Su destino, sin embargo, iba a enfrentarlos con un amenazador peligro procedente de Occidente, la república romana, que, tras imponer, frente a Cartago, su hegemonía sobre el Mediterráneo occidental, dirigía ahora su ávida mirada hacia Oriente.

	MACEDONIA Y GRECIA	EGIPTO Y REINO SELÉUCIDA
280	Fundación de la Liga Aquea	
251	Arato libera Sición	
247		Inicio de la era pártica
247-226		Muerte de Antíoco II; le sucede Seleuco II (247-226)
246		Muerte de Tolomeo II; le sucede Tolomeo III (246-222). Comienzo de la Tercera Guerra Siria
245	Arato, dirigente por vez primera de la Liga Aquea. Agis IV, rey de Esparta	Andrágoras se declara independiente en Partia e Hircania
243	Arato libera Corinto	
241	Muerte de Agis IV	Fin de la Tercera Guerra Siria: paz entre Seleuco II y Tolomeo III. Muerte de Eumenes I de Pérgamo; le sucede Atalo I (241-197)
241-239		Guerra de los Hermanos (Seleuco II y Antíoco Hiérax)
240		Independencia de Diodoto, sátrapa de Bactriana
239	Muerte de Antígono Gonatas; le sucede Demetrio II (239-229)	Muerte de Andrágoras en lucha contra los parnos
238	Guerra Demetríaca	
235	Cleomenes III, rey de Esparta	
230		Campaña de Seleuco II contra los partos. Guerra de Atalo I contra Antíoco Hierax
229	Muerte de Demetrio II; le sucede Antígono Dosón (229-221)	
228	Guerra entre Esparta y la Liga Aquea (Guerra de Cleomenes)	Atalo, dueño del Asia Menor seléucida
227	Revolución en Esparta	Arsaces I se proclama rey de Partia. Muerte de Hiérax
226		Muerte de Seleuco II; le sucede Seleuco III(226-223)
224	Alianza de Arato con Antígono Dosón. Dosón crea la Liga Helénica	
223		Muerte de Seleuco III; subida al trono de Antíoco III (223-187)
222	Batalla de Selasia. Antígono ocupa Esparta	
221	Muerte de Dosón. Subida al trono de Filipo V (221-179)	Muerte de Tolomeo III; le sucede Tolomeo IV (221-203)

BIBLIOGRAFÍA

Fortalecimiento de las ligas federales

AYMARD, A., *Les asamblées de la confederation achaienne*, Roma 1967; FERRABINO, A., *Il problema dell'unità nazionale nella Grecia antica. 1. Arato di Sicione e l'idea nazionale*, Florencia, 1921; FLACELIERE, R., *Les Aitoliens à Delphes. Contribution à l'histoire de la Grèce centrale au IIIe. siècle av. J. C.*, París, 1937; KOERNER, R., "Die staatliche Entwicklung in Alt-Achaia", *Klio* 56, 1974, 457-495; LARSEN, J. A. D., *Greek Federal States*, Oxford, 1968; URBAN, P., *Wachstum und Krise des achaischen Bundes. Quellenstudien zur Entwicklung des Bundes von 280 bis 222 v. Chr.*, Wiesbaden, 1979; WALBANK, F. W., *Aratos of Sicyon*, Cambridge, 1933.

El problema de Esparta

BERVE, H., *Die Tyrannis bei den Griechen*, Munich, 1967, I, 406 y ss.; II, 714; HADAS, M., "The social revolution in third century. Sparta", *Class. Weekly* 26, 1932-33, 65 y ss.; KAZAROW, G., "Zur Geschichte der sozialen Revolution in Sparta", *Klio* 7, 1907, 45 y ss.; MARASCO, G., *Sparta agli inizi dell 'età ellenistica: il regno di Areo 1(309/8 -265/4 a C.)*, Florencia, 1980; STERN, E. V., "Kleomenes III und Archidamos", *Hermes* 50, 1915, 554 y ss.

Antigono Dosón

BETTINGEN, W., *König Antigonos Doson von Makedonien*, Jena, 1912; BOHEC, S. LE, *Antigone Doson, roi de Macédoine*, Nancy, 1993; EHRHARDT, C. T. H., *Studies in the reigns of Demetrius II and Antigonus Doson*, Nueva York, 1976; GOLAN, D., "Aratus'policy between Sycion and Argos", *Riv. Stor.*, 3, 1973, 59 y ss.; ID., " Aratus and the Achaean alliance with Macedonia", *Historia*, 21, 1972, 609 y ss.; HONIGMANN, E., *RE*, II, A (1923), cols. 1317 y ss., s. v. «Sellasia»; TREVES, P., "Studi in Antigono Dosone", *Athenaeum* 12, 1934, 381-411; 13, 1955, 22-56.

La ascensión de Pérgamo

CARDINALI, G., *Il regno di Pergamo*, Roma, 1906; HABICHT, Chr., "Über die Kriege zwischen Pergamon und Bithynien», *Hermes* LXX, 1956, 90 ss.; HANSEN, E. V., *The Attalids of Pergamon*, Londres, 1971; McSHANE, R. B., *The foreign policy of the Attalids of Pergamum*, Urbana, 1964.

Las satrapías orientales

COLLEDGE, M. A. R., *The Parthians*, Londres, 1967; DEBEVOISE, N. C., *A political story of Parthia*, Chicago, 1938; NARAIN, A. K., *The Indo-Greeks*, Oxford, 1957; SCHOBER, L., *Untersuchungen zur Geschichte Babyloniens und der oberen Satrapien von 323 - 303 v. Chr.*, Frankfurt-Berna, 1981; TARN, W. W., *The Greeks in Bactria and India*, Cambridge, 1951; WOLSKI, J., "Les Iraniens et le royaume gréco-bactrien", *Klio* 38, 1960, 113-115; WOLSKI J., "L'effondrement de la domination des Séleucides en Iran au III siecle av. J. C.", *Bull. intern. de l'Acad. des Sciences et des Lettres*, 1939-1945, Cracovia, 1947.

XXV LA INJERENCIA DE ROMA HASTA LA PAZ DE APAMEA (229-188)

1. La intervención romana en Iliria y la Primera Guerra Macedónica

Las Guerras Ilirias

El reino pirata ilirio.– Fue en Iliria donde el mundo griego chocó por primera vez con la potencia expansiva de Roma.

Las costas dálmatas, frente a la fachada adriática de la península Itálica, con sus costas recortadas y sus abundantes refugios naturales, habían dado lugar desde antiguo a la proliferación de la piratería, recurso del que vivían las distintas tribus que poblaban la zona, desde el golfo de Venecia al canal de Otranto. A mediados del siglo III, surgió, de la unión de estas tribus, un estado fuerte, que, bajo el rey Agrón, dio comienzo a una política de expansión, apoyada precisamente en la piratería. El reino de Agrón se convirtió así en una pesadilla para el comercio del Adriático y para la propia integridad de las ciudades griegas vecinas a la costa iliria.

A la muerte de Agrón (231), su mujer Teuta continuó la política de fortificación y expansión del reino, atacando el Epiro y las ciudades griegas del canal de Otranto –Corcira, Apolonia y Epidamno–, que, indefensas, pidieron ayuda a las ligas etolia y aquea. Las exiguas fuerzas navales enviadas por los griegos fueron vencidas y la propia Corcira fue ocupada por una guarnición al mando de Demetrio de Faros, un griego unido a la causa de Teuta.

La Primera Guerra Iliria.– Pero, mientras tanto, las quejas de los mercaderes itálicos, cuyas naves eran asaltadas por los piratas de Teuta, decidieron la intervención romana en los asuntos de Iliria. El senado envió, en el 230, una embajada para exigir a la reina el cese de las actividades piráticas contra sus navíos, que, al ser ignorada, provocó, al año siguiente, la guerra con Iliria (Primera Guerra Iliria, 229-228).

El cuerpo expedicionario romano encontró un inesperado aliado en Demetrio de Faros, que, traicionando a Teuta, entregó Corcira y puso sus fuerzas al servicio de la causa romana. Los ilirios, incapaces de resistir la superioridad de las fuerzas enemigas, pidieron, en el 228, la paz, que significó la renuncia de Iliria a todas sus conquistas en la costa occidental griega y el establecimiento de un límite a su expansión, al sur de Lissos (Lezha).

El "protectorado" romano en la costa iliria.– Los territorios liberados –varias islas y una franja de tierra en el continente– recuperaron su soberanía y firmaron con Roma acuerdos de amistad, que significaron de hecho el establecimiento de un "protectorado" romano en la fachada oriental del Adriático, lindante con Macedonia.

Con el posterior envío de embajadas a los etolios y aqueos para informar de los hechos, Roma afirmaba su intención de ser tenida en cuenta como factor político en el horizonte helénico. En correspondencia, Corinto, que pertenecía a la Liga Aquea, decidió la admisión de Roma a los Juegos Ístmicos, lo que equivalía a considerar a la potencia itálica como un miembro más de la comunidad griega.

La actividad de Demetrio de Faros.– Pero la precaria estabilidad impuesta por Roma en la costa nordoccidental griega sería de corta duración. El "protectorado" romano dañaba los intereses de Macedonia, que tenía en estos territorios su salida natural al mar Adriático. No obstante, absorbido por la complicada situación política en Grecia, Antígono Dosón se había abstenido de intervenir, al menos directamente, contentándose con atraer a Demetrio de Faros a una alianza, que puso la actividad del dinasta al servicio de los intereses macedonios en Grecia. Demetrio, que, gracias a su oportuno alineamiento con Roma, había reforzado notablemente su posición, logró hacerse, mientras tanto, con la mitad meridional del reino ilirio y, escudado en su doble calidad de amigo de Roma y aliado del rey macedonio, emprendió una activa política no sólo en el Adriático, sino también en el Egeo, cuyas costas volvieron a ser víctimas de la piratería iliria.

La Segunda Guerra Iliria.– Roma se vio obligada de nuevo a intervenir militarmente (Segunda Guerra Iliria, 221-219), en un momento particularmente inoportuno para Demetrio, puesto que su aliado macedonio acababa de morir y su joven sucesor, Filipo V, debía enfrentarse a nuevos problemas en Grecia. Un ejército romano, enviado a la costa dálmata, conquistó las fortalezas de Dimale y Faros, obligó a huir a Demetrio y restauró el "protectorado" en sus primitivos límites.

El conflicto que había impedido a Filipo hacer frente a la nueva intromisión de Roma, había sido provocado por las operaciones de bandidaje de los etolios contra ciudades de la Liga Aquea. Los aqueos, impotentes para frenar al ejército etolio, apelaron a Filipo como presidente de la Liga Helénica, que, no sin reticencias, se vio obligado a defender a sus aliados, aceptando ponerse en campaña contra los etolios.

Filipo V y la Guerra de los Aliados

La guerra que siguió (Guerra de los Aliados, 219-217), dividió a Grecia en dos campos. Frente a Filipo y las ciudades de la Liga Helénica, los etolios consiguieron atraerse a Esparta, Élide y Mesenia. Siguieron una serie de operaciones en el Peloponeso y Grecia central, que abocaron finalmente a un congreso de paz, celebrado en Naupacto, por iniciativa del rey macedonio. Fue un éxito diplomático para Filipo, en el que se apeló a la



14. GRECIA CONTINENTAL EN TIEMPOS DE LA PRIMERA GUERRA MACEDÓNICA

unidad de los griegos contra la "nube que se cernía al oeste", la amenaza de Roma, que, por esos días, sufría su tercera derrota consecutiva frente a Aníbal en el lago Trasimeno.

La Primera Guerra Macedónica

Filipo V en Iliria. Tratado con Aníbal.– El compromiso de Naupacto dejó a Filipo las manos libres para intentar extender su influencia en Iliria, aprovechando la comprometida

situación de Roma en Italia. A las operaciones militares que emprendió en la región, siguió, en el 215, la firma de un tratado con el propio Aníbal, por el que Filipo se comprometía a prestar al caudillo púnico ayuda militar a cambio de una garantía diplomática en Iliria.

Alianza romano-etolia.– Las comunidades agredidas por Filipo solicitaron la ayuda de Roma, que ante la imposibilidad de distraer efectivos militares en un teatro de guerra marginal, vio la solución en el acercamiento a los tradicionales enemigos de Macedonia en Grecia, las ciudades de la Confederación Etolia. A finales del 212, los etolios firmaron un tratado con Roma por el que se comprometían a atacar a Filipo por tierra, con apoyo naval romano; el eventual botín se repartiría entre ambos aliados. Poco después se sumaban a la alianza el reino de Pérgamo, Esparta, Mesenia y Élide.

Así se inició una brutal guerra de depredación (Primera Guerra Macedónica (215-205), en la que Macedonia volvió a encontrarse aislada frente a un múltiple enemigo, que la acosaba por tierra y por mar. Filipo apenas si contaba con la Liga Aquea, donde la desaparición de Arato de Sición (214) le había privado de su mejor consejero.

Mantinea. Paz entre la Liga Etolia y Macedonia.– Una serie de favorables circunstancias, no obstante, vinieron en ayuda de Filipo. Roma dejó de prestar, poco a poco, interés al conflicto, mientras Atalo de Pérgamo regresaba a Asia Menor, donde le reclamaban otros problemas. Los etolios se encontraron así sin apoyo en el mar, mientras el nuevo dirigente de la Liga Aquea, Filopemén, vencía en Mantinea (207) al principal aliado etolio en el Peloponeso, Esparta. Los contemporáneos éxitos de Filipo en Iliria convencieron a los etolios a tratar por separado la paz con Macedonia (206).

Paz de Fénice.– El gobierno romano, enfrentado ahora en solitario a Filipo tras la defección etolia y a punto de iniciar el definitivo asalto contra Cartago, se avino a una conferencia de paz, que se celebró en Fénice (205) con la participaron de casi todos los estados griegos. Aunque Roma perdía parte de su protectorado ilirio, arrebatado por los macedonios en el curso de la guerra, el acuerdo significaba su inclusión definitiva en el mundo político helenístico. Tres años después, en el 202, con la victoria de Roma sobre Cartago en Zama, concluía la Segunda Guerra Púnica. Afirmada definitivamente su hegemonía en el Mediterráneo occidental, la potencia itálica podía prestar toda su atención a Oriente, donde una serie de graves acontecimientos iban a provocar una nueva intervención, cargada de consecuencias para el futuro.

2. Lágidas y Seléucidas: el desequilibrio de poder

Antíoco III y el restablecimiento de la autoridad real

Mientras el occidente helenístico asistía a una remodelación de las relaciones políticas como consecuencia de la inserción del nuevo factor romano, en la parte oriental, el equilibrio de fuerzas entre Lágidas y Seléucidas, que había determinado un cierto factor de estabilidad, amenazaba con romperse como consecuencia del aumento de poder del reino sirio.

En esta situación había sido determinante la energía desplegada por el nuevo monarca, Antíoco III, que, en el 223, sucedió a su hermano, Seleuco III, en circunstancias difíciles: en Asia Menor, Pérgamo mantenía los territorios seléucidas al oeste del Tauro; en las satrapías superiores de Media y Persia, el nuevo gobernador, Molón, se declaró independiente. Antíoco confió a su primo Aqueo las operaciones contra Pérgamo, mientras él mismo acudía a Babilonia para enfrentarse al usurpador. Ambas empresas resultaron favorables para la causa seléucida. Antíoco logró vencer a Molón y restablecer en Babilonia la autoridad real; Aqueo, por su parte, recuperaba, mientras tanto, casi todo el territorio conquistado por Pérgamo.

La Cuarta Guerra Siria

Restaurada la unidad del reino, Antíoco consideró llegado el momento de intentar una vieja aspiración de la monarquía seléucida: liberar el sur de Siria de la ocupación lágida con una gran expedición militar contra Egipto (Cuarta Guerra Siria, 221-217). La coyuntura política parecía especialmente favorable. En el 221 había muerto Tolomeo III Evergetes y su sucesor, Tolomeo IV Filopátor, en manos de un ambicioso y sanguinario consejero, Sosibio, comenzaba su reinado con un baño de sangre, en el que cayó, entre otros miembros de su familia, su propia madre, la reina Berenice.

Rafia.– Antíoco ocupó Fenicia y continuó su avance hacia un Egipto desguarnecido. Pero Sosibio consiguió frenar la inminente invasión proponiendo una tregua, que utilizó para armar a toda prisa un ejército, en el que fueron incluidos –caso insólito en el reino tolemaico– veinte mil indígenas. Y este ejército egipcio, contra todo pronóstico, venció a las fuerzas de Antíoco en un decisivo encuentro en Rafia, en el desierto de Gaza (217). El rey sirio hubo de retirarse, mientras Fenicia y el sur de Siria volvían a manos de Tolomeo.

El "Anábasis" de Antíoco III

La desafortunada campaña de Egipto iba a tener para Antíoco un desagradable corolario. Aqueo, que, hasta el momento, había gobernado fielmente, en nombre del monarca seléucida, los territorios conquistados a Pérgamo en Asia Menor, aprovechó la derrota de Rafia para declararse independiente con el título de rey. Mientras, en el otro extremo del reino, las satrapías iranias, una vez más, se desligaban de la obediencia a los Seléucidas.

Antíoco se enfrentó con todas sus energías a la apurada situación. En Asia Menor, acabó con su primo Aqueo y firmó un acuerdo de reparto de territorios con Pérgamo. Estabilizado así el dominio seléucida en Anatolia, Antíoco emprendió a continuación una larga campaña en Oriente (212-205), el célebre "Anábasis", con la que restauró la soberanía seléucida hasta los límites de la India. Es cierto que esta soberanía, en gran parte, era sólo nominal, pero dio a Antíoco el prestigio suficiente para recibir el sobrenombre de "Grande", como

emulador de las hazañas de Alejandro. Podía ahora reintentar la revancha contra Egipto, donde la reciente muerte de Tolomeo IV (205) abría un nuevo período de incertidumbre.

Debilitamiento del poder real en Egipto

Tolomeo IV fue más un intelectual que un estadista, ocupado, sobre todo, en una incansable actividad constructora y en la reorganización del culto real, mientras se desmoronaban los pilares sobre los que se asentaba el poder lágida. El único éxito militar de su reinado, la victoria de Rafia, había sido obra de su consejero Sosibio. Pero la forma de conseguirlo –el reclutamiento de indígenas– se volvería directamente contra la dinastía.

Tolomeo III había intentado consolidar el elemento griego de la población como sostén de la monarquía, frente a la masa indígena, que, excluida de las decisiones políticas y agobiada por la presión fiscal, comenzó por entonces a dar síntomas de intranquilidad. El malestar se recrudeció durante el reinado de Tolomeo IV, con violentas protestas, provocadas por las arbitrariedades de los recaudadores de impuestos, y con un aumento del bandolerismo. En estas circunstancias, el reclutamiento de indígenas decidido por Sosibio y la posterior victoria de Rafia despertaron los sentimientos nacionalistas y una toma de conciencia política del elemento autóctono frente a los griegos que dominaban el país. Ante el peligro de una escisión del reino, el gobierno lágida hubo de hacer concesiones, que debilitaron el potencial económico y, en consecuencia, la fuerza política de Egipto frente al exterior.

El expansionismo sirio-macedonio

El acuerdo sirio-macedonio.– La subida al trono, en el 205, del hijo de Evergetes, Tolomeo V Epífanes, un niño de apenas seis años, no podía ser desaprovechada por los tradicionales enemigos de Egipto, Seléucidas y Antigónidas. Antíoco III, como hemos visto, acababa de regresar triunfante de su campaña en Oriente; Filipo V de Macedonia había resuelto favorablemente con la paz de Fénice el conflicto romano-etolio. No es sorprendente que ambos soberanos se pusieran de acuerdo, en un tratado secreto firmado en el 202, para repartirse las posesiones egipcias en Asia y el Egeo. Con su puesta en práctica, desencadenarían la descomposición política del mundo helenístico como consecuencia de la directa intervención de Roma.

La Quinta Guerra Siria.– El objetivo de Antíoco era, como siempre, la Siria meridional. El rey seléucida invadió las posesiones lágidas y, tras una decisiva victoria en Panión, obtuvo de los tutores del pequeño Tolomeo la cesión de Palestina y la Celesiria (Quinta Guerra Siria, 202-200).

Campañas de Filipo V en el Egeo.– Menos favorable resultó la actividad de Filipo en el Egeo, que pretendía restaurar la vieja influencia de Macedonia en sus costas septentrionales y orientales y en las Cícladas. Tras una campaña en el norte de sus fronteras, el rey macedonio se dirigió contra las ciudades del norte del Egeo, Tracia y los Estrechos, algunas de las cuales eran aliadas de sus viejos enemigos, los etolios, que, sin posibilidad de prestar una ayuda efectiva, resolvieron acudir a Roma (202), aunque sin resultado positivo. Al año siguiente, Filipo, con la extensión de sus actividades a las costas de Asia Menor, comenzó a inquietar a los estados de la zona, especialmente a Rodas.

Alianza de Rodas y Pérgamo contra Filipo.– Tras la ocupación de la base lágida de Samos, ya no hubo duda para los rodios de la necesidad de una reacción armada que pusiera freno al rey macedonio. Pero, demasiado débiles y tras una derrota marítima, los rodios consiguieron atraer contra Filipo al rey de Pérgamo, Atalo I.

A un primer enfrentamiento de las flotas reunidas de Pérgamo y Rodas contra los macedonios en aguas de Quíos, siguió el bloqueo de los barcos de Filipo por las victoriosas escuadras aliadas en Caria, en el que quedó atrapado el propio rey. Cuando al fin logró escapar para regresar a Macedonia, donde la situación parecía comprometida, Rodas y Pérgamo habían emprendido un paso diplomático de incalculables consecuencias, al presentarse ante el senado romano pidiendo ayuda militar contra Filipo.

La intervención romana.– El senado, tras muchas vacilaciones, decidió enviar una comisión a Oriente, mientras Filipo ordenaba emprender operaciones militares contra Atenas, que declaró también la guerra a Filipo, uniéndose a Rodas y Pérgamo.

En estos difíciles momentos, la comisión senatorial alcanzaba Atenas y daba el primer paso de intromisión en el conflicto al pedir al comandante de las fuerzas macedonias que operaban en el Ática, que transmitiera a su rey el deseo romano de un inmediato cese de las hostilidades contra las ciudades griegas. Filipo, como respuesta, mandó recrudecer el ataque contra el Ática, mientras él, personalmente, reemprendía las operaciones en el Egeo con una ofensiva sobre Tracia y los Estrechos, que le llevó ante los muros de Abido.

Hasta allí se desplazó un miembro de la comisión para volver a exponer las exigencias romanas en forma de ultimátum: prohibición de llevar la guerra no sólo contra los griegos sino también contra las posesiones egipcias y pago de una indemnización a Pérgamo y Rodas. Filipo repitió su actitud de ignorar las exigencias romanas y tomó al asalto la ciudad que sitiaba; mientras tanto, un ejército romano desembarcaba en Iliria, dando con ello comienzo a la Segunda Guerra Macedónica (200-197).

3. La Segunda Guerra Macedónica

El "imperialismo" romano y la intervención romana en Oriente

Múltiples explicaciones han intentado resolver el problema de las causas que empujaron a Roma a involucrarse políticamente en Oriente, sin un motivo directo y cuando aún estaban vivas las heridas de la guerra contra Cartago. Descartada la justificación oficial roma-

na, basada en la obligación de proteger a sus aliados griegos contra las arbitrariedades de Filipo, la investigación se ha orientado hacia el tema del "imperialismo". Una tesis, la del llamado "imperialismo defensivo", supone que el estado romano habría reaccionado ante un temor a ver peligrar la integridad de su territorio o su posición en el Mediterráneo a consecuencia de la política expansiva de Macedonia. Otra subraya los componentes abiertamente imperialistas de la política exterior romana: ambiciones de poder, gloria, y riqueza de la nobleza senatorial; "militarismo" de una sociedad que considera la guerra como una profesión lucrativa; expansión de intereses financieros y comerciales por el camino de la conquista...

Razones de la intervención.– Sin duda, en la grave decisión romana de declarar la guerra a Macedonia, hubo componentes defensivos e imperialistas, pero, sobre todo, consideraciones bien meditadas de política exterior. El estado romano, tras la Segunda Guerra Púnica, había incluido todo el Mediterráneo, oriental y occidental, en el horizonte de su política exterior. En el ámbito oriental, el senado descubrió, como fuente de hipotéticos temores, la política expansionista de Filipo V, un monarca que, en la Segunda Guerra Púnica, como sabemos, después de aliarse con Cartago, se había enfrentado a los romanos en Iliria y en cuya corte había encontrado refugio Aníbal después de su derrota. El rey macedonio amenazaba con dislocar el precario equilibrio del mundo helenístico y el gobierno romano reaccionó con una intervención armada para restablecerlo de acuerdo con sus propios intereses. Pero esta intervención llevaba implícita la necesidad de convertirse en árbitro del precario equilibrio, con la aceptación de un papel hegemónico. La continua potenciación de esa hegemonía, entre continuas vacilaciones, conducirá finalmente a Roma por el camino del imperialismo.

El desarrollo de la guerra

Las fuerzas contendientes.– La posición de Roma, al iniciar la guerra, era ventajosa con respecto a Filipo. Contaba con las flotas de Rodas y Pergamo, la simbólica presencia de Atenas y el concurso de los príncipes semibárbaros del norte, enemigos de Macedonia. Pero la diplomacia romana se aseguró también la neutralidad seléucida, al no interferir en la actividad bélica de Antíoco III contra las posesiones lágidas del sur de Siria y de Asia Menor. Filipo, por el contrario, no pudo atraer abiertamente a su lado ni siquiera a su tradicional aliada, la Liga Aquea, que, prudente y oportunista, prefirió esperar el discurso de los acontecimientos para elegir partido. Macedonia, aislada, hubo de acudir a frentes múltiples, que, desde distintos puntos, trataban de invadir su territorio.

No obstante, en un principio, Filipo logró mantener intacto el territorio macedonio, bloqueando el paso del río Aoos, que, por el oeste, daba acceso al país, al tiempo que rechazaba los ataques de grupos armados bárbaros en la frontera septentrional y lograba frustrar una invasión de Tesalia, decidida unilateralmente por la Liga Etolia, que, sin firmar una alianza con Roma, había abierto por su cuenta las hostilidades contra el rey.

Flaminino.– La llegada a Grecia como comandante de las fuerzas romanas del cónsul Tito Quincio Flaminino, en el 198, iba a cambiar el curso de la guerra. Buen militar y excelente diplomático, su admiración por la cultura helénica le atrajo de inmediato las simpatías de los griegos. Obligó a Filipo a evacuar el paso del Aoos y penetró en Macedonia, mientras el rey se retiraba a Tesalia, y, sin contratiempos, llevó sus tropas a lo largo de Grecia central hasta el golfo de Corinto. Un gran éxito diplomático de Flaminino fue la atracción de la Liga Aquea, cuyas ciudades rompieron con Filipo y entraron en la alianza antimacedonia.

Cinoscéfalos.– El rey, impotente ante el robustecimiento de las posiciones enemigas, intentó una negociación en Nicea, que fracasó ante las exigencias romanas. Flaminino penetró en Tesalia y, en junio del 197, se produjo el encuentro decisivo en la línea de colinas de Cinoscéfalos ("Cabezas de Perro"), donde las legiones romanas se impusieron a la falange macedónica.

La paz de Tempe.– La victoria romana marcó el final de Macedonia como potencia. En la paz de Tempe, Filipo fue obligado a evacuar todas las posesiones griegas de Asia y Europa, reducir drásticamente su potencial militar y pagar una fuerte indemnización de guerra; no obstante, conservó íntegro su reino y fue aceptado como aliado de Roma.

La intervención romana en Grecia

La "liberación" de los griegos.– Liquidada la guerra, quedaba aún por materializar la consigna que Roma había esgrimido como propaganda mientras luchaba: la liberación de los griegos. En Corinto, durante la celebración de los Juegos Ístmicos del año 196, Flaminino leyó, entre el entusiasmo de la muchedumbre, el senado consulto que proclamaba solemnemente la libertad de las ciudades que habían estado bajo la soberanía macedonia. El principio, una y otra vez utilizado por las potencias helenísticas desde la época de los diádocos, tampoco en este caso tenía un contenido real. Puesto que, al erigirse en garante de la libertad, en un mundo sacudido por antagonismos y ambiciones, Roma se obligaba a una política de intervencionismo: el mantenimiento de las relaciones pacíficas entre los estados griegos exigía arrogarse un papel policial para garantizarlas.

La guerra contra Nabis.– Todavía reciente la victoria sobre Filipo, se encendió una nueva hoguera en Grecia, consecuencia de la vieja hostilidad entre la Liga Aquea y Esparta por el control del Peloponeso. El tirano de Esparta, Nabis, se había alineado con Filipo, que pagó sus servicios con la cesión del territorio de Argos. Pero Nabis supo, en el momento justo, cambiar de partido para unirse a la causa romana. Acabada la guerra, la Liga Aquea exigió la entrega de la ciudad para unirla a la confederación. Y Flaminino, obligado a decidir entre dos aliados, optó por los aqueos. Como presidente de la reconstituida Liga de Corinto, el general romano presentó el problema de Argos: sus miembros, dando

expresión a un generalizado rencor contra el tirano de Esparta, que había resucitado el programa de reformas sociales de Cleomenes III, votaron la guerra contra Nabis. Todos los estados griegos, incluido Filipo de Macedonia, enviaron contingentes armados; Nabis, obligado a capitular (195), tuvo que renunciar a Argos, que pasó a manos aqueas.

Evacuación romana de Grecia.- La integración partidista del estado romano en un conflicto puramente griego equivalía a dividir Grecia en dos campos, el de los aliados y protegidos y el de los enemigos y descontentos, forzando con ello nuevas intervenciones.

No obstante, tras la guerra contra Esparta, Flaminino, considerando alcanzados los objetivos que habían conducido a la intervención en Oriente, es decir, la restitución de un equilibrio que diera satisfacción a la seguridad del estado romano, procedió, en el verano del 194, a la total evacuación de sus tropas.

Pero la anhelada liberación de Grecia llegaba tarde. Las endémicas rencillas de los estados griegos, por una parte, y los errores romanos, por otra, ya habían sembrado la semilla de nuevos conflictos, que exigirían la intervención del Estado que, ahora, con su gesto de evacuar Grecia, parecía afirmar su voluntad de mantenerse al margen. El nuevo problema sería Antíoco III, el monarca seléucida.

4. Antíoco III y su enfrentamiento con Roma

Expansionismo sirio en el Egeo

Cuando Roma declaró la guerra a Filipo de Macedonia, Antíoco III creyó ver en la presencia romana un inesperado aliado que venía a favorecer sus propios planes de expansión. Y, tras finalizar con éxito la Quinta Guerra Siria, se decidió a recuperar los territorios de Asia Menor y las posiciones de la ribera septentrional del Egeo, en la zona de los Estrechos, aprovechando la ocasión que la debilidad de Egipto y los apuros de Macedonia parecían favorecer. Pero el monarca sirio, confiado en la tolerancia con la que la diplomacia romana parecía haber asistido a su conquista de la Celesiria, cometió el grave error político de pensar que el vacío dejado por Macedonia en el Egeo podía aprovecharlo él mismo para imponer su presencia en la zona.

Así, en el 197, condujo operaciones en Asia Menor, desde Cilicia al Helesponto, que le proporcionaron el dominio de un buen número de plazas costeras macedonias y tolemaicas. Pero sus conquistas afectaban también a territorios controlados por dos aliados de Roma, el reino de Pérgamo y la república insular de Rodas, que, desde entonces, se convirtieron en sus acérrimos enemigos.

Intervención romana

Al año siguiente, el rey seléucida cruzó los Dardanelos y comenzó a someter la costa tracia. Pero, para su desgracia, Roma acababa de finalizar la guerra contra Filipo de Macedonia y se disponía a hacer realidad sus consignas de liberación de Grecia, que las actividades de Antíoco parecían comprometer con la reciente adquisición de ciudades griegas en Tracia y los Estrechos. Y cuando Antíoco envió una embajada a Corinto, de respeto y amistad para los vencedores de Filipo, Flaminino, en respuesta, exigió al rey renunciar a la conquista de cualquier ciudad autónoma de Asia, liberar las que ya habían caído en sus manos y suspender cualquier actividad bélica en Europa.

Antíoco consideró la petición romana como una provocación y contestó con otra, pasando a Europa e instalándose en la ciudad tracia de Lisimaquia. Hasta allí llegó una comisión senatorial, que reiteró las exigencias romanas, sin ningún resultado. Las respectivas posiciones se fueron endureciendo hasta convertirse en una verdadera "guerra fría", aunque, por el momento, no parecía que Roma se preparase para una intervención armada, ni siquiera cuando, en el 195, Aníbal, el viejo enemigo de Roma, encontró asilo en la corte seléucida. Por el contrario, al año siguiente, como sabemos, las fuerzas romanas abandonaban Grecia.

El estado romano, no obstante, siguió manteniendo con creciente dureza todas las exigencias expuestas a Antíoco, en una desesperante guerra de nervios, hasta encontrar el momento oportuno a sus propios intereses, que vino a proporcionar muy pronto el desarrollo de los acontecimientos políticos en Grecia.

Las intrigas etolias

El desencadenante fue la actitud antirromana de la Liga Etolia, descontenta por no haber recibido compensación territorial alguna después de su participación en la derrota de Filipo. Los etolios se convirtieron así en cabeza de una coalición que intentó atraer a los estados griegos que podían albergar sentimientos de hostilidad hacia la potencia itálica: en Grecia, Filipo y Nabis; en Asia, Antíoco.

Sólo Nabis aceptó de inmediato pasar a la acción, no tanto contra Roma, sino contra su tradicional enemiga en el Peloponeso, la Liga Aquea, que, con apoyo romano, declaró la guerra al tirano. Filipo, en cambio, se mantuvo fiel a la alianza romana, mientras Antíoco intentaba todavía el camino de la negociación. Pero cuando la intransigente actitud romana hizo comprender al rey sirio la inutilidad de sus esfuerzos, aceptó unirse a la alianza, después de dejarse convencer por los etolios de que su presencia en Grecia, como liberador contra la prepotencia romana, le atraería un buen número de apoyos.

Pero Nabis no tardó en ser eliminado, y Antíoco se encontró preso en su propia trampa, condenado a materializar la prometida ayuda a los etolios, mientras Esparta era obligada a ingresar, con el resto del Peoloponeso, en la Liga Aquea.

La guerra contra Antíoco

La guerra en Grecia.- La guerra, declarada en el 192, comenzó con una amarga desilusión para el rey seléucida. Tras desembarcar en Grecia con modestas fuerzas, comprobó

el escaso eco que la pretendida coalición antirromana había encontrado. Frente al poderoso bloque compuesto por las fuerzas aqueas y macedonias, la coalición sirio-etolia apenas si logró algunas modestas alianzas, mientras, a comienzos del 191, desembarcaba en Apolonia un ejército romano. En el histórico paso de las Termópilas, donde Antíoco se había hecho fuerte para bloquear la entrada en Grecia central, los romanos, con ayuda de Filipo, mostraron su superioridad y el rey seléucida, tras la derrota, hubo de retirarse a Asia Menor. Sin su ayuda, los etolios estaban condenados al fracaso y aceptaron firmar un armisticio, que dejó a los romanos las manos libres para concentrarse en el principal enemigo, Antíoco.

La guerra en Asia Menor.– El ejército romano enviado a Asia fue encomendado al cónsul Lucio Cornelio Escipión, en cuyo estado mayor se encontraba su hermano Publio, el vencedor de Aníbal, como verdadero jefe de la expedición. Dos encuentros navales, en Side y Mionesos, probaron la superioridad romana en el mar, gracias sobre todo al concurso de las flotas de Rodas y Pérgamo, los dos aliados de Roma en Asia. Antíoco se apresuró a pedir la paz en las condiciones impuestas antes de comenzar la guerra. Pero ya era demasiado tarde. El estado romano exigía ahora, además, la renuncia del rey seléucida a Asia Menor y la retirada de sus fronteras al otro lado del Tauro. La inaceptable propuesta empujó a Antíoco a una deseperada decisión militar, que tuvo lugar, a comienzos del año 189, en Magnesia de Sípilo. Las fuerzas conjuntas de Roma y Pérgamo batieron completamente a las tropas sirias y Antíoco hubo de aceptar la rendición.

Mientras llegaba la confirmación del senado sobre las condiciones de paz, las fuerzas romanas no permanecieron inactivas. Su comandante, el cónsul Cneo Manlio, que había sustituido a Escipión, recorrió Asia Menor en una gigantesca y brutal expedición de saqueo contra los gálatas, aliados de Antíoco, que fueron sometidos.

La paz de Apamea

Los dictados de Apamea.– La paz con Antíoco se firmó finalmente, en el 188, en Apamea de Frigia y significó la desaparición de Siria como potencia mediterránea. El rey debía renunciar a Asia Menor hasta el Tauro, entregar su flota y sus elefantes de guerra y pagar una fuerte indemnización. Pero la cláusula que exigía la entrega de Aníbal no pudo cumplirse: el caudillo púnico logró escapar a Bitinia.

Nueva regulación de Asia Menor.– Los territorios desgajados del reino seléucida fueron repartidos entre Pérgamo y Rodas, los dos aliados de Roma con intereses en la zona. Pérgamo recibió el Asia Menor seléucida situada al norte de la cordillera del Tauro y del río Meandro, con parte de las costas panfilia y tracia; la república insular de Rodas, los territorios de Licia y Caria, al sur del Meandro. Algunas ciudades griegas, costeras e insulares, fueron declaradas autónomas y exentas de tributos, pero aquellas que habían estado sometidas a Antíoco fueron repartidas también entre Rodas y Pérgamo. La nueva regulación de Asia por el gobierno romano transformaba el mapa político de la zona. Era Pérgamo el estado que más se beneficiaba de este cambio, convertido, de precario estado secundario, en potencia mediterránea, como auténtico heredero de los Seléucidas en Asia Menor y puente entre Macedonia y Siria.

La significación de Apamea.– La paz de Apamea constituye un hito en la historia del mundo helenístico. Debilitado Egipto por problemas internos y vencidas Macedonia y Siria, las relaciones políticas del Mediterráneo oriental, basadas en el equilibrio de los tres grandes reinos, experimentaron un sustancial cambio con la multiplicación de entes políticos de potencial limitado, sin fuerza suficiente para crear un auténtico peligro a la política exterior romana.

Pero también, con los dictados de Apamea, el estado romano plantaba los fundamentos de su hegemonía sobre Oriente. A la liberalidad de la proclama de Flaminino, en la que el estado romano se situaba por encima, pero al margen de la política helenística, sucedía, apenas ocho años después, la intervención directa y la regulación partidaria en beneficio de sus "aliados", no otra cosa que estados clientes. Roma descubría así su auténtico rostro imperialista.

CRONOLOGÍA

	MACEDONIA Y GRECIA	EGIPTO Y EL REINO SELÉUCIDA
231	Teuta, reina de Iliria	
229	Primera Guerra Iliria	
228	Rendición de Teuta: "protectorado" romano en la costa iliria. Demetrio, señor de Faros	
227	Admisión de Roma en los Juegos Ístmicos	
224	Alianza de Demetrio de Faros con Antígono Dosón	
223		Muerte de Seleuco III; subida al trono de Antíoco III (223-187)
222		Restablecimiento de la unidad del reino seléucida
221		Muerte de Tolomeo III; le sucede Tolomeo IV (221-205)
221	Muerte de Antígono Dosón; le sucede Filipo V (221-179)	

221	Comienzo de la Segunda Guerra Iliria	Comienzo de la Cuarta Guerra Siria.
219	Restablecimiento del "protectorado" romano en Iliria. Comienzo de la Guerra de los Aliados	
217	Paz de Naupacto entre Filipo y los etolios	Batalla de Rafia. Paz entre Antíoco III y Tolomeo IV. Revuelta de Aqueo contra Antíoco
216		Antíoco III y Atalo I contra Aqueo. Revueltas indígenas en Egipto
215	Filipo V se alía con Aníbal. Comienzo de la Primera Guerra Macedónica	
214	Muerte de Arato	
212	Tratado entre Roma y los etolios	Muerte de Aqueo. Comienzo del "Anábasis" de Antíoco III
210		Antíoco en Media
209		Antíoco en Partia. Paz con Arsaces III
208		Antíoco en Bactriana
207	Filopemén derrota a Esparta en Mantinea	
206	Los etolios concluyen una paz separada con Filipo. Nabis, rey de Esparta	Paz de Antíoco con Eutidemo de Bactriana
205	Paz de Fénice entre Filipo y Roma	Fin del "Anábasis" de Antíoco III
205		Muerte de Tolomeo IV; le sucede Tolomeo V (205-181)
202		Acuerdo de Antíoco y Filipo contra Egipto. Antíoco invade la Celesiria (Quinta Guerra Siria). Campañas de Filipo en los Estrechos. Rodas y Pérgamo declaran la guerra a Filipo
201	Guerra entre Esparta y la Liga Aquea. Atenas se une a Rodas y Pérgamo contra Filipo	Filipo en Asia Menor: batalla de Quíos
200	Ultimátum romano a Filipo. Comienzo de la Segunda Guerra Macedónica	Filipo en la costa tracia: toma de Abido. Victoria de Panión. Fin de la Cuarta Guerra Siria
199	Los etolios se unen a Roma	
198	Victoria de Flaminino en el Aoos.	Antíoco conquista la Celesiria
	Los aqueos se unen a Roma	
197	Derrota de Filipo en Cinoscéfalos. Paz de Tempe	Operaciones de Antíoco en Asia Menor. Sube al trono de Pérgamo Eumenes II
196	Proclama de Flaminino en Corinto	Antíoco en Tracia. Embajada romana. Entronización de Tolomeo V como rey de Egipto
195	Guerra contra Nabis	Paz entre Antíoco y Egipto. Antíoco de nuevo en Tracia. Aníbal, al lado de Antíoco
194	Evacuación de Grecia por los romanos	Negociaciones de Antíoco con Roma
193	Los etolios ofrece su apoyo a Antíoco. Nabis ataca a los aqueos	Embajada romana a Antíoco. Ruptura con Roma
192	Derrota y muerte de Nabis. Declaración romana de guerra contra Antíoco, que pasa a Grecia	
191	Derrota de Antíoco en las Termópilas.	Eumenes y Rodas se unen a Roma
190	Armisticio de Roma con los etolios	Los Escipiones en Asia: derrota de Antíoco en Side y Mionesos
189		Derrota de Antíoco en Magnesia.
		Expedición de Cneo Manlio contra los gálatas
188		Tratado de Apamea

BIBLIOGRAFÍA

Las Guerras Ilirias

HAMMOND, N. G. L., "Illyris, Rome and Macedon in 229-205 B. C.", *JRS* 58, 1968, 1-21; MAY, J. M. F., "Macedonia and Illyria (217-167 B. C.)", *JRS* 36, 1946, 48-52; PÁPAZOGLU, F., "Les origines et la destinée de l 'Etat illyrien: Illyrii proprie dicti", *Historia* 14, 1965, 143-179.

Filipo V de Macedonia y Guerra de los Aliados

ANTWERPFINE, J. v., "The background of the social war of 220-217 B. C", *AJPh.* 61, 1940, 129-165; LARSEN, J. A. O., "Phocis and the social War", *Phoenix* 19, 1965, 116 y ss.; WALBANK, F. V., *Philip V of Macedon*, Cambridge, 1940.

La Primera Guerra Macedónica

BICKERMANN, E., "An Oath of Hannibal", *TAPhA* 35, 1944, 87 ss.; ID., "Hannibal'covenant", *AJPh* 73, 1952, 1 y ss.; CHROUST, A. H., "International treaties in Antiquity. The diplomatic negotiations between Hannibal and Philip V of Macedon", *Class. et Med.* 15, 1954, 60-107; GROAG, E., *Hannibal als Politiker*, Viena, 1929; HOPITAL, R. G., "Le traité romano-aetolien de 212 av. J. C. ", *RD* 42, 1964, 18-48; 204-246; KLAFFENBACH, G., "Der römisch-aetolische Bundnisvertrag vom Jahre 212 v. Chr. ", *Sitzungsbericbte der Akad. der Wissenschaften*, 1954, 1; MUYLLE, J., "Le traité d'amitié entre Rome et la ligue étolienne", *L'Ant. Class.* 38, 1969, 408-429; RADITSA, L., "Bella macedonica", *ANRW I, 1*, Berlin, 1972, 564, 589; REGIBUS, L. DE, *La repubblica romana e gli ultimi re di Macedonia*, Génova, 1951; STIEHL, R., "Der Vertrag zwischen Römern und Aitolern vom Jahre 212 v. Chr. ", *WZ*, Leipzig, 1955-1956, 289-294.

El expansionismo sirio-macedonio

BICKERMANN, E., 'Les préliminaires de la seconde guerre de Macédoine", *Rev. Phil. Lit. Hist. Anc.* 9, 1935, 1 ss.; ERRINGTON, R. M., "The alleged Syro-Macedonian pact and the origins of the second Macedonian War", *Athenaeum* 49, 1971, 336-354; MAGIE, D., "The "agreement" between Philip V and Antiochos III for the partition of the Egyptian Empire", *JRS* 29, 1939, 32-44.

La intervención romana en Oriente

ACCAME, S., *L'espansione romana in Grecia*, Nápoles, 1961; ID., *Roma alla conquista del mediterraneo orientale*, Roma, 1966; ASTIN, A. E. -. WALBANK, F. W. -FREDERIKSEN, M. W. -OGILVIE, R. M. (eds.), "Rome and the Mediterranean to 133 B. C.", *Cambridge Ancient History, VII, 1*, Cambridge, 1989; AYMARD, A., *Les premiers rapports de Rome et de la confédération achaienne (198 - 189 avant J. -C)*, Burdeos-París, 1938; COLIN, G., *Rome et la Grece, de 200 à 146 avant Jésus-Christ* (Paris, 1905), ed. anast., Roma, 1965; HEIDEMANN, M. -L., *Die Freibeitsparole in der griechisch-römischen Auseinandersetzung (200 - 180 v. Chr.)*, Bonn, 1966; DEININGER, J., *Der politische Widerstand gegen Rom in Griechenland, 217-86 v. Chr.*, Berlin-New York 1971; DEROW, P. S., *Rome and the Greek world from the earliest contacts to the end of the first Illyrian war*, Princeton, 1970; GRIMAL, P., *Le siècle des Scipions. Rome et l'hellénisme au temps des guerres puniques*, Paris, 1975; GRUEN, E., *The hellenistic world and the coming of Rome, I-II*, Berkeley, Los Angeles, Londres, 1984; HAMMOND, N. G. L. -WALBANK, F. W., *A history of Macedonia, III: 336 - 167 B. C.*, Oxford, 1988; HEIDEMANN, M. L., *Die Freibeitsparole in der griechisch-römischen Auseinandersetzung (200-168 v. Chr.)*, Bonn, 1966; HEUSS, A., "Die römische Ostpolitik und die Begründung der römischen Weltherrschaft", *NJAB* 1, 1938, 337-352; HOLLEAUX, M., *Rome, la Grece et les monarchies hellénistiques au IIIe siecle av. J. C. (273-205)*, Paris, 1921 (reimpr. 1969); ROLDÁN HERVÁS, J. M., *La república romana*, Madrid, 1981; ID., *El imperialismo romano*, Madrid, 1995; STIER, H. E., *Roms Aufstieg zur Weltmacht und die griechische Welt*, Colonia, 1957; VOLLMER, D., *Symploke. Das Übergreifen der römischen Expansion auf den griechischen Osten. Untersuchungen zur römischen Aussenpolitik am Ende des 3. Jahrhunderts v. Chr.*, Stuttgart, 1990; WILL, E., *Histoire politique du monde hellénistique (323 - 30 av. J. -C.), II: Des avenements d 'Antiochos III et de Philippe V à la fin des Lagides*, Nancy, 1982.

La Segunda Guerra Macedónica

BADIAN, E., *Titus Quinctius Flamininus, Philhellenism and Realpolitic*, Cincinnati, 1970; BALSDON J. P. V. D., "Titus Quinctius Flamininus", *Phoenix* 21, 1967, 177-190; ECKSTEIN, A. M., "T. Quinctius Flamininus and the campaign against Philip in 198 B. C. ", *Phoenix* 30, 1976, 119-142; FERRO, B., *Le origini della II guerra macedonica*, Palermo, 1960; GUNDEL, H. G., *RE* XXIV (1963), cols. 1075 y ss.; s. v. "T. Q. Flamininus"; LARSEN, J. A. O., "The Peace of Phoinice and the Outbreak of the second Macedonian War", *CPh* 32, 1937, 15-31; Mc DONALD, A. H. -WALBANK, F. W., "The origins of the second Macedonian War", *JRS* 27, 1937, 180-207; ZARILLO, A., *Tito Quinzio Flaminino e i suoi rapporti con la Grecia*, Marcianise, 1963.

La intervención romana en Grecia

EHRENBERG, V., *RE* XVI, cols. 1471 y ss., s. v. "Nabis"; HEINEMANN, M. L., *Die Freibeitsparole in der griechisch-römischer Auseinandersetzung (200-168 v. Chr.)*, Bonn, 1966; LARSEN, J. A. O., "The Treaty of Peace and the Conclusion of the second Macedonian War", *CPh* 31, 1936, 342-348; ID., "Was Greece free between 196 and 146?", *CPh* 30, 1935, 193-214; MOSSÉ, CL., "Un tyran grec a l'epoque hellénistique: Nabis "roi" de Sparte", *Cahiers d'Hist.* 9, 1964, 313-323; SHIMRON, B., *Late Sparta. The Spartan revolution 243-146 B. C.*, Oxford, 1972.

Antíoco III y su enfrentamiento con Roma

BADIAN E., "Rome and Antiochus the Great: a study in cold war", *ClPh*, LIV, 1959, 81 ss.; BROWN, T. S., "Polybius'account of Antiochos III", *Phoenix* XVIII, 1964, 124 ss.; DELL, H. J., "Antigonus III and Rome", *CPh* 62, 1967, 94-103; HOLLEAUX, M., "Antiochos Megas", *Études III*, 159 ss.; HOLLEAUX, M., "Recherches sur l'histoire des négotiations d'Antiochos III avec les Romains", *REA* 1913, 1-24; LEUZE, O., "Die Feldzüge Antiochos des Grossen nach Kleinasien und Thrakien", *Hermes* 58, 1923, 187-229; 241-287; MASTROCINQUE, A., *Manipolazione della storia in eta ellenistica: i Seleucidi e Roma*, Roma, 1983; PASSERINI, A., "Studi in storia ellenistico-romana. Lo scoppio della guerra siriaca", *Athenaeum* 10, 1932, 325-343; ID., "La pace con Filipo e la relazioni con Antioco", *Athenaeum* 10, 1932, 105-126; SCHMITT, H. H., *Untersuchungen zur Geschichte Antiochos der Grossen und seiner Zeit*, Wiesbaden, 1964; WILL, E., "Rome et les Séleucides", *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt, I, 1*, Berlin, 1972, 590-632; ID., , "les premieres années du regne d'Antiochos III", *REG* LXXV, 1962, 72-129; ID., "A propos d'Antiochus III et son temps", *RPh* 40, 1966, 293 y ss.

La paz de Apamea

HOLLEAUX, M., "La clause territoriale du traité d'Apamée", *Etudes d'epigraphie et d'histoire grecque, V*, Paris, 1957, 208 y ss.; Mc DONALD, A. H., "The Treaty of Apamea (188 B. C.)", *JRS* 57, 1967, 1-8; POLACEK, A., "Le traité de paix d'Apamée", RIDA, 18, 1971, 591-621.

XXVI DE LA PAZ DE APAMEA A LA SUMISIÓN DE GRECIA (188-146 A.C.)

1. El ámbito de influencia romano en Oriente tras Apamea

Roma, árbitro de Oriente.– Los estados sobre los que Roma había construido el nuevo equilibrio pluralista en Oriente -Pérgamo, Rodas y la Liga Aquea- no dudaron en utilizar o tratar de utilizar la ventaja que les ofrecía su condición de protegidos del poderoso estado itálico para adquirir mayor fuerza y prestigio. La política romana se vio acorralada entre el difícil equilibrio de contentar las exigencias de sus criaturas y cumplir el papel programático de patrono de Oriente, responsable del libre desarrollo autónomo de sus entes políticos.

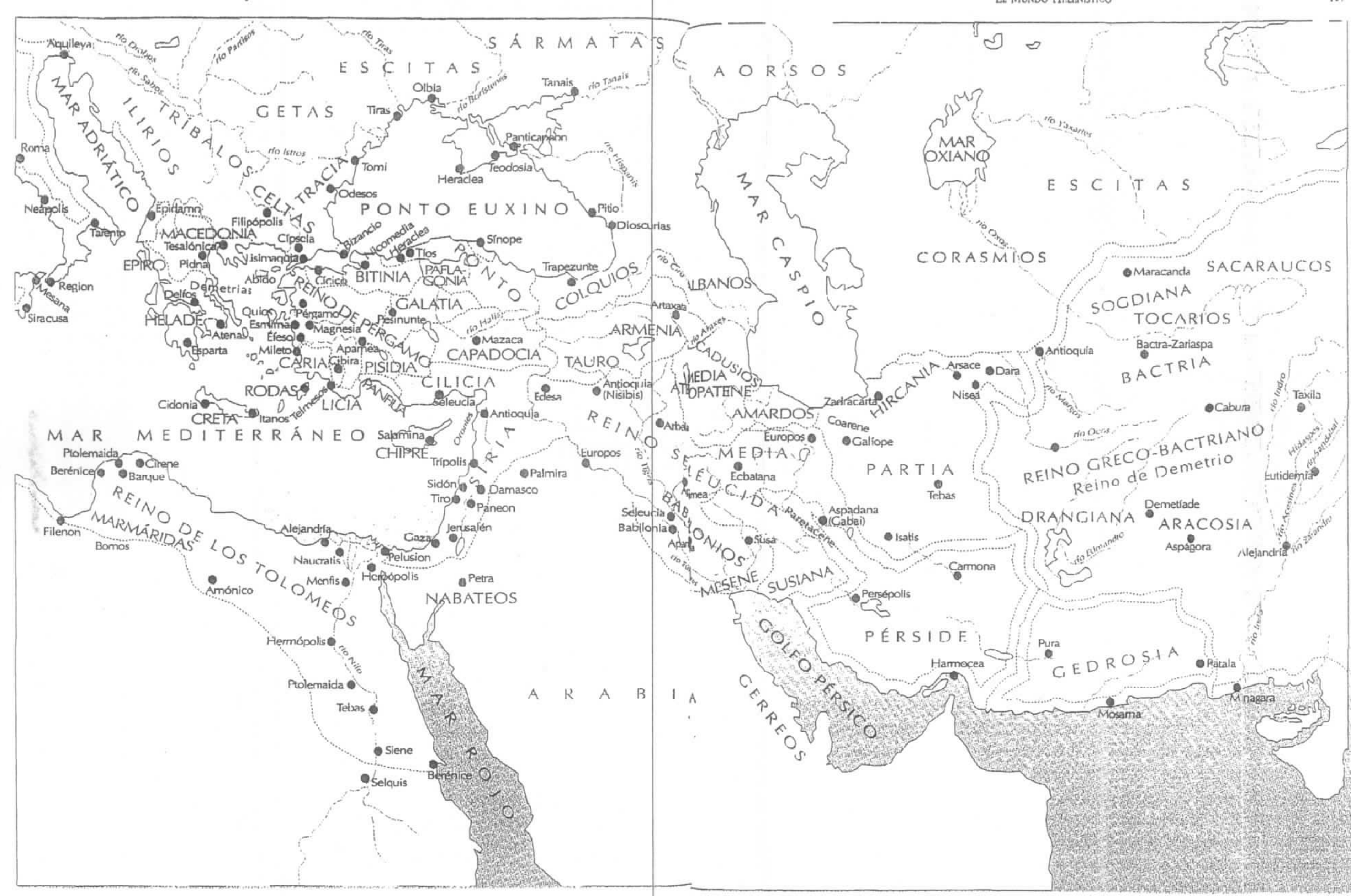
La ciudad de Roma se convirtió ahora en el verdadero centro del mundo helenístico y hacia ella confluyó un sistemático peregrinaje de embajadas, portadoras de reivindicaciones, quejas, denuncias y rumores, que el senado intentó atender con más o menos imparcialidad y mejor o peor suerte.

La crisis socio-económica.– Pero todavía fue más dramático que Roma hubiera de cumplir, entre errores e injusticias, su papel hegemónico sobre un mundo azotado por graves inestabilidades internas, que potenciaban aún el cada vez más difícil equilibrio exterior.

En efecto, la crisis política del mundo helenístico había ido acompañada de otra socio-económica, todavía más grave. Las intervenciones romanas en asuntos domésticos de cualquier estado griego se inclinaban invariablemente hacia la protección y el favorecimiento de las burguesías acomodadas en el poder, en perjuicio de las clases más débiles, contribuyendo así a abrir más profundamente el abismo entre ricos y pobres. Esta actitud facilitó a la oposición antirromana argumentos para hacer responsables de la miseria social no sólo a las clases acomodadas asentadas en el poder, sino también a sus protectores romanos. Así se fue creando una explosiva mezcla de nacionalismo y reivindicaciones sociales contra Roma, en la que se enmarca la agonía del mundo helenístico.

Problemas políticos

No debe extrañar, pues, que, entre la conciencia de un fracaso y la necesidad de reconducir las relaciones exteriores, la política romana cambiara el curso, hasta cierto



15. EL MUNDO HELENÍSTICO HACIA 185 a. C.

punto, liberal de los primeros tiempos por una más opresiva injerencia, entre temores y suspicacias, para abocar finalmente en un abierto imperialismo.

Grecia.– Sin duda, era la Grecia continental donde la situación ofrecía mayores motivos de preocupación. La urgencia de la guerra contra Antíoco en Asia Menor había obligado a orillar problemas precariamente resueltos.

En el invierno del 190/189, la Liga Etolia había vuelto a abrir las hostilidades contra Filipo de Macedonia, ocupando los territorios circundantes al golfo de Ambracia. Roma rompió entonces el armisticio con los etolios y envió un ejército al mando del cónsul Marco Fulvio Nobilior, que reemprendió, en concierto con Macedonia y la Liga Aquea, la lucha contra la confederación. Las operaciones se desarrollaron en torno a la ciudad de Ambracia, defendida por los etolios, que finalmente hubieron de capitular. En las condiciones de paz impuestas por el cónsul (189), la Liga Etolia quedó subordinada a Roma en materia de política exterior, aunque conservó su autonomía interna y la mayor parte de su extensión territorial.

Su derrota sólo podía favorecer a la Liga Aquea, convertida ahora, bajo la benevolencia de Roma, en el estado más poderoso de Grecia continental. Su dirigente, Filopemén, aprovechó la favorable coyuntura para incluir en la confederación a todo el Peloponeso. Había estados que se resistían a esta inclusión y, entre ellos, Esparta, que denunció ante el senado la presión aquea. En respuesta, Filopemén asaltó Esparta, derribó sus muros y abolió la constitución de Licurgo, restableciendo en el poder a los oligarcas y conduciendo al destierro o a la esclavitud a muchos de los nuevos ciudadanos creados por las reformas sociales de Nabis. La insurrección de Mesenia, poco después, se intentó resolver del mismo brutal modo, pero terminó con la captura y muerte de Filopemén a manos de los mesenios (183). Licortas, el padre del historiador Polibio, continuó la política de expansión aquea, pero su rival, Calícrates, representante de los intereses romanos, a petición del senado, hizo volver a Esparta a los desterrados, reconstruyó la muralla y reimplantó las instituciones de Licurgo (181).

Pérgamo.– Tampoco las fronteras de Asia Menor, surgidas de Apamea, se mantuvieron estables. En el 186, estalló un primer conflicto entre Pérgamo y el reino de Bitinia por la posesión de una parte de Frigia. Los contendientes buscaron el arbitraje de Roma, que resolvió a favor de su protegido. Pero cuando, no mucho después, Pérgamo hubo de enfrentarse a la agresión del vecino reino del Ponto, Roma ignoró la petición de ayuda de Eumenes. Es cierto que la guerra (183-179) le fue favorable, pero la victoria no hizo sino atraer la suspicacia del gobierno de Roma, temeroso de un excesivo engrandecimiento de Pérgamo.

Rodas.– Rodas, el otro gran beneficiado de la intervención romana en Asia Menor, tampoco iba a verse libre de estas suspicacias. La república insular era cabeza de una poderosa confederación de ciudades y su floreciente comercio marítimo le aseguraba una próspera economía. Había recibido en Apamea la región de Licia, que, contra la resistencia de sus habitantes, anexionó simple y brutalmente. Los licios apelaron a Roma, que, sorprendentemente, resolvió en contra de Rodas. El arbitraje podía interpretarse como un aviso sobre los inconvenientes de desarrollar una política exterior en desacuerdo con las líneas, a veces difíciles de adivinar, exigidas por Roma.

Macedonia.– Mientras, en los años siguientes a Apamea, Filipo, el vencido de Cinoscéfalos, se había concentrado en la restauración interna de Macedonia, en el marco de una escrupulosa fidelidad a la alianza con Roma, suscrita en la paz de Tempe. Y esta fidelidad produjo sus primeros frutos cuando le fue autorizado al rey macedonio anexionar, como pago de su colaboración en la guerra contra la Liga Etolia, territorios de la Grecia septentrional. Pero Filipo, confiado en la aparente benevolencia romana, decidió además añadir a su estado los últimos restos del dominio seléucida en Tracia y, con ello, se enfrentó a Eumenes de Pérgamo, que reclamaba estos territorios. El arbitraje de Roma obligó a Filipo a renunciar a sus recientes conquistas para regresar, defraudado y lleno de rencor, a su país, donde le esperaba un conflicto dinástico que amargaría sus últimos días.

El conflicto surgió de la enemistad entre los dos hijos del rey, Perseo, el primogénito y presunto heredero, y Demetrio, educado como rehén en Roma, donde había ganado amistades y simpatías. Los partidarios del diálogo con Roma y el propio senado confiaban en verle como sucesor de Filipo. Pero el rey se decidió por Perseo y ordenó asesinar a Demetrio.

2. La Tercera Guerra Macedónica

Perseo, rey de Macedonia.– Cuando Filipo murió en el 179, Perseo ocupó el trono y se apresuró a pedir el reconocimiento de Roma y la renovación de la alianza que había suscrito su padre. Pero tenía en su contra la animadversión del senado, que complejas circunstancias de política exterior iban a transformar en enemistad abierta.

Perseo se propuso como objetivo reafirmar el prestigio de Macedonia en Grecia con métodos conciliadores y abiertos, que le granjearon un buen número de simpatías. La caótica situación de la península, con sus dramáticas tensiones sociales, le ofreció un vasto campo de acción como campeón de las reivindicaciones de los débiles contra las clases acomodadas que ejercían el poder. Pero el hecho de que estas clases fueran filorromanas empujaba al rey a un terreno resbaladizo y, aun en contra de su voluntad, se convirtió en representante de la creciente opinión antirromana, que ganaba en Grecia, de día en día, nuevos partidarios. La desconfianza que Roma abrigaba contra Perseo sólo necesitaba ya de un pretexto para convertirse en abierta hostilidad. La ocasión iba a ofrecerla el antiguo enemigo de Filipo y de cualquier intento de robustecimiento de Macedonia, Eumenes de Pérgamo.

Las intrigas de Pérgamo.– Eumenes veía con preocupación el restablecimiento del prestigio de Macedonia en Grecia, pero, sobre todo, los éxitos diplomáticos de Perseo en

el exterior, perjudiciales para Pérgamo. El rey macedonio mantenía excelentes relaciones con los rodios, adversarios de Pérgamo en Asia Menor, y, con una hábil política matrimonial, se había atraído al reino seléucida y a la casa real de Bitinia, contra la que Eumenes, como sabemos, había entrado recientemente en conflicto abierto.

En el año 172, Eumenes expuso personalmente en Roma una larga lista de reclamaciones contra Perseo, que decidieron al senado a intervenir en Macedonia. Un atentado sufrido por Eumenes a su regreso, en Delfos, del que fue culpado Perseo, sirvió de pretexto para declarar la guerra, aunque se entretuvo al rey macedonio con fingidas tratativas para dar tiempo a movilizar las fuerzas necesarias.

La guerra contra Perseo: Pidna.– La ofensiva comenzó en la primavera del 171, pero Perseo consiguió, gracias a sus prudentes tácticas de defensa y a la incompetencia militar romana, mantenerse imbatido durante los tres primeros años de guerra, mientras solicitaba una y otra vez, infructuosamente, la apertura de negociaciones de paz. El callejón sin salida en el que parecía discurrir el conflicto llevó a otros estados, como el Epiro e Iliria, a inclinarse por Perseo o a mantener una equívoca postura en espera de los acontecimientos siguientes. Incluso Rodas y Pérgamo, los más fieles aliados de Roma, intentaron pasos de reconciliación entre los dos contendientes, que el estado romano calificó de abierta traición.

Pero, en el 168, asumió la dirección de las operaciones el cónsul Lucio Emilio Paulo, un general capaz, que logró sacar a Perseo de sus inexpugnables posiciones y atraerlo a un combate abierto en la llanura de Pidna. La falange macedonia no pudo resistir el choque de las legiones romanas y la batalla terminó en una auténtica carnicería. Perseo logró huir, pero, capturado finalmente, sirvió de adorno en el cortejo triunfal del cónsul. Poco después moría en una cárcel romana.

3. La reorganización de Oriente tras Pidna

Atomización política.– La victoria sobre Perseo enfrentaba al estado romano con una nueva organización de Oriente. Pero, como alternativa al fracaso de la política de patronazgo conducida hasta el momento, el senado sólo supo aplicar una mayor dureza y una fuerte desconfianza hacia amigos y enemigos. Al sistema de equilibrio pluriestatal decidido en Apamea, seguirá ahora un ensayo de atomización política. La victoria sobre Perseo facilitaba esta tarea en Macedonia pero también se llevaría a cabo en los otros estados medios del anterior sistema –Rodas, Pérgamo, la Liga Aquea–, si bien solapadamente y con métodos equívocos. Así, el antiguo patronazgo cederá a la intervención directa con el exclusivo fin de servir a los intereses romanos. Roma dejará caer finalmente la máscara liberal y filohelena con la que había ingresado en el mundo helenístico para enseñar su auténtico rostro de potencia imperialista, donde Oriente es ya sólo un campo abierto a la corrupción, al egoismo y a la avidez de su clase dirigente.

Macedonia, Iliria y el Epiro.– Las consecuencias de Pidna alcanzaron, ante todo, con especial dureza a la vencida Macedonia. La monarquía fue eliminada y se suprimió incluso la propia integridad nacional del reino. Declarada república, es decir, "libre", su territorio se dividió en cuatro cantones independientes, con la prohibición expresa de cualquier relación jurídica y política mutua.

Los estados vecinos que se habían pronunciado directamente contra Roma, compartieron el duro destino de Macedonia. Ya antes de la batalla de Pidna, a comienzos del 168, los romanos habían puesto fin a la guerra en Iliria. También aquí, suprimida la monarquía, se dividió el territorio en tres repúblicas independientes. En el Epiro, las regiones que se habían pronunciado abiertamente por Perseo hubieron de soportar una brutal expedición de castigo, que arrasó setenta ciudades y condujo a la esclavitud a 150.000 hombres.

Grecia.– Tampoco Grecia se salvó de la brutalidad romana. La guerra contra Perseo había mostrado la existencia, en el interior de los estados griegos, de una fuerte opinión antirromana. Con la victoria, se desencadenó una feroz represión contra las fuerzas políticas convictas o sospechosas de hostilidad o tibieza. Así, un millar de políticos aqueos, acusados de connivencia con Perseo o partidarios de la neutralidad, fueron deportados a Italia, entre ellos, el historiador Polibio. Calícrates, dócil instrumento de los intereses de Roma, asumió la dirección de la Liga. Peor suerte les cupo a los etolios. Su liga fue disuelta y Etolia quedó reducida a sus fronteras de origen. Por todas partes, emergieron los elementos prorromanos, que, viendo la hora del desquite y del enriquecimiento, se arrogaron el papel de verdugos de sus propios conciudadanos como gobiernos títeres al servicio de Roma. Sus estrechos y egoistas horizontes precipitarían el caos en Grecia.

Rodas.– Tampoco escaparon a la brutal política de debilitamiento, decidida tras Pidna, los dos fieles aliados del estado romano en Asia Menor, Rodas y Pérgamo. Roma no podía perdonar a los rodios sus intentos de mediación en el conflicto con Macedonia. Como castigo, la república insular fue privada de la mayor parte de sus posesiones en el continente, pero, sobre todo, se infirió un golpe mortal a su prosperidad comercial: la decisión romana de ceder a Atenas la isla de Delos y declararla puerto franco, exento de impuestos, acabó con los ingresos del puerto de Rodas y precipitó la decadencia económica de la república. La eliminación de Rodas como potencia marítima del Egeo tuvo como consecuencia un enorme aumento de la piratería, que volvió a hacer inseguras las aguas del Egeo.

Pérgamo.– En cuanto a Eumenes, Roma apenas podía achacarle una actitud pasiva en la guerra y un supuesto papel de mediador pacífico en el conflicto. Pero, en esta política general de debilitamiento, Roma no necesitaba pretextos, ahora que los servicios de Pérgamo ya no se consideraban necesarios. Y, cuando el rey hubo de hacer frente, en el 168, a una insurrección de las tribus gálatas que amenazaban el reino, el senado contestó a su angustiosa petición de ayuda, recabada personalmente en Roma, con el silencio. Humillado y aban-

donado a sus propias fuerzas, Eumenes, no obstante, logró vencer a los invasores, pero el senado romano le arrebató los frutos de la victoria con la irritante decisión de declarar, en el 166, autónomos a todos los gálatas. Hasta su muerte, en el 159, Eumenes hubo de conducir su política exterior entre el rencor y el temor inspirados por Roma.

4. Lágidas y Seléucidas de Apamea a Pidna

Aunque al margen de los acontecimientos que habían precipitado la guerra con Macedonia, tampoco los restantes estados helenísticos se libraron del nuevo rumbo político de intervencionismo y debilitamiento decidido por Roma.

Los últimos años de Antíoco III.– Después de la paz de Apamea, Antíoco III, aunque expulsado de Asia Menor, siguió conservando Palestina y la Celesiria, arrebatadas en la Quinta Guerra Siria a Tolomeo V, y su reino seguía siendo poderoso. Pero, no obstante sus muchos recursos económicos, el reino seléucida se vio hipotecado por las grandes sumas anuales que el tratado de Apamea exigía entregar a Roma y el propio Antíoco murió asesinado en el 187 cuando intentaba recaudar impuestos en un templo de Susiana.

La subida al trono de Antíoco IV.– Le sucedió su hijo, Seleuco IV (187-175), cuyo reinado, sin incidencias notables en política exterior, estuvo marcado por los mismos problemas del padre: la satisfacción de la deuda con Roma. Cuando murió, en el año 175, su hermano Antíoco, que había vivido catorce años en Roma como rehén, se encargó de la regencia hasta la mayoría de edad del hijo de Seleuco. Pero el asesinato del heredero, en el 170, le elevó a la dignidad real con el nombre de Antíoco IV.

Los problemas egipcios: la Sexta Guerra Siria.– Mientras tanto, en Egipto, Tolomeo V intentaba, tras la pérdida de Siria meridional y Palestina, acabar con los focos de rebelión indígena que minaban la unidad del país. Sólo al precio de costosas concesiones económicas en beneficio del alto clero se logró acabar con la secesión del Alto Egipto, pero la debilidad de las finanzas reales impidió emprender cualquier iniciativa de política exterior.

Cuando Tolomeo murió, en el 181, asumió la regencia en nombre de los tres hijos del rey –Tolomeo VI, Cleopatra II y Tolomeo VIII–, su viuda Cleopatra, hija de Antíoco III, que cuidó de que las relaciones con el eterno rival de Egipto, el reino seléucida, discurrieran sin contratiempos. Pero tras su desaparición, en el 176, la situación cambió. Los nuevos regentes, dos eunucos de origen oriental, hostiles a los Seléucidas, sin tener en cuenta la debilidad política y la falta de recursos económicos de Egipto, proyectaron la reconquista de la Siria meridional. Tras declarar a Tolomeo VI mayor de edad y asociarle en el trono a sus dos hermanos, emprendieron operaciones militares en Palestina, que dieron origen a la Sexta Guerra Siria (170-168).



16. GRECIA CONTINENTAL HACIA 180 a. C.

Embajadores egipcios y seléucidas presentaron en Roma sus reivindicaciones, pero el senado, en plena guerra contra Perseo, renunció pronunciarse. Antíoco IV no tuvo apenas dificultad en derrotar al ejército invasor y penetrar en Egipto hasta el delta del Nilo. Dueño del país, a excepción de la capital, Alejandría, concluyó un tratado con Tolomeo VI, que, prácticamente, hacía de Egipto un protectorado seléucida (169). Pero un motín en Alejandría había depuesto mientras tanto al joven rey en favor de sus hermanos. Antíoco fracasó en su intento de apoderarse de la capital y, poco después, reclamado por otros problemas, abandonaba el suelo egipcio. Cuando, al año siguiente, volvió a presentarse con

su ejército hasta las puertas de Alejandría, le esperaba una desagradable sorpresa: Roma, recién liquidada la guerra contra Perseo, se había decidido finalmente a intervenir.

El ultimátum romano a Antíoco IV.– En las afueras de la capital, un legado del senado, Cayo Popilio Lenas, amigo de Antíoco durante su época de rehén en Roma, transmitió al rey las exigencias romanas: cese de las hostilidades, devolución de las conquistas e inmediato abandono del suelo egipcio. Antíoco solicitó del legado una reunión de su consejo antes de tomar una decisión. Popilio, en respuesta, trazando en la arena un círculo en derredor del rey, le conminó a que decidiera antes de traspasarlo. Antíoco no dudó en plegarse al ultimátum y renunció para siempre a su sueño de unir en un gran reino las posesiones lágidas y seléucidas para volver su atención a los problemas internos de su imperio (pág. 429).

Con la expeditiva intervención a favor de Egipto –el estado más débil y, por ello, el menos peligroso– Roma extendía sus intereses al resto del mundo helenístico. Egipto languidecerá bajo la protección romana, mientras el reino seléucida, corroído por problemas dinásticos y por las contradicciones de su propia composición interna, iniciará, tras la muerte de Antíoco IV (163), una lenta agonía.

5. El fin de la independencia griega

Nacionalismo antirromano.– La falta de un programa constructivo por parte del estado romano en la reorganización política de Macedonia y Grecia sólo produjo un caos, en el que salieron a la luz, aún más virulentas, las profundas contradicciones internas, aumentadas por el desastroso gobierno de los títeres prorromanos. No podía evitarse la identificación de la miseria social con este desgobierno, imputable a Roma. Su consecuencia fue la aparición de un sentimiento nacionalista, que, en su desesperación, llegó incluso a adoptar formas grotescas.

La rebelión de Andrisco y la anexión de Macedonia.– En Macedonia, los sentimientos monárquicos, aún muy arraigados, y el descontento contra los oligarcas filorromanos fueron aprovechados por un aventurero, Andrisco, que, haciéndose pasar por Filipo, un hijo de Perseo, muerto en Italia, reclamó la corona y, con ayuda de un régulo tracio, intentó sublevar el antiguo reino. Sus consignas nacionalistas y la ardiente defensa de los débiles le proporcionaron numerosos partidarios, con cuyo apoyo se proclamó, en el 149, rey de los macedonios. Al año siguiente, se atrevió incluso a invadir Tesalia y derrotó a una legión romana. Pero el envío a Macedonia del pretor Quinto Cecilio Metelo con fuerzas considerables puso fin a la aventura del "falso Filipo" en el mismo escenario donde fuera vencido Perseo, Pidna (148).

El senado romano, considerando demasiado peligroso e inseguro mantener sometido el país con métodos indirectos, prefirió la ocupación militar permanente y, en consecuencia, Macedonia fue declarada provincia romana, la primera de Oriente. Para facilitar el control militar y civil de la provincia, a la que se añadió el Epiro y parte de Iliria, fue construida una gran calzada, la *via Egnatia*, que puso en comunicación la costa adriática con el mar Egeo.

Caos político en Grecia: la Liga Aquea.– No eran mucho mejor las condiciones políticas y sociales en Grecia, donde los perros guardianes de los intereses romanos, la oligarquía en el poder, ofrecía un triste espectáculo de adulación y avidez, de envidias y suspicacias. Su propia incapacidad sería el instrumento con el que se daría fin a la historia griega.

La Liga Aquea era, después de Pidna, la única fuerza política con cierta entidad en la península, que Calícrates dirigía como servil ejecutor de las órdenes romanas. Pero el descontento general, impulsado por el regreso de los políticos aqueos exiliados en Italia, favoreció la elección de nuevos dirigentes, como Dieo y Critolao, de tendencias nacionalistas, decididos a una suicida política de enfrentamiento con Roma.

La ocasión fue uno más de los estériles conflictos de fronteras en el Peloponeso: un arbitraje de los aqueos en contra de Esparta fue contestado con la decisión de los espartanos de separarse de la Liga y presentar ante el gobierno romano sus reivindicaciones. La comisión del senado, enviada a Corinto, en el 147, para mediar en el conflicto, ratificó no sólo la independencia de Esparta, sino también la de Corinto, Argos y Orcómenos, que durante generaciones habían sido partes integrantes de la Liga.

Destrucción de Corinto.– Los irritados aqueos, en la primavera del 146, declararon la guerra a Esparta y arrastraron a su lado a numerosos estados de la Grecia central: Beocia, Eubea, Fócide y Lócride. En contestación, el gobierno romano se decidió a intervenir militarmente. Quinto Cecilio Metelo acudió desde Macedonia y venció a a las fuerzas aqueas que mandaba Critolao. Dieo, el otro dirigente de la Liga, trató de hacerse fuerte en torno a Corinto, pero fue derrotado por el sucesor de Metelo, Lucio Mumio, que, poco después, entraba en la ciudad, cuartel general de la confederación. El senado creyó que era necesario un "ejemplo" para convencer a los griegos de la inutilidad de enfrentarse con Roma y ordenó el saqueo y la destrucción de la rica ciudad comercial. Ese mismo año, era también arrasada hasta los cimientos Cartago, la vieja enemiga de Roma.

Pero, en Grecia, Roma no se atrevió a dar el paso definitivo de la anexión. Sólo los estados que habían luchado al lado de la confederación fueron colocados bajo la autoridad del gobernador de Macedonia. Los demás permanecieron jurídicamente libres, aunque, en realidad, no menos sometidos al poder romano. Grecia, uncida desde ahora al carro de Roma, finalizaba así su larga historia política.

CRONOLOGÍA

	MACEDONIA Y GRECIA	EGIPTO Y EL REINO SELÉUCIDA
190	Guerra entre los etolios y Macedonia	
189	Roma somete a los etolios. Esparta se separa de la Liga Aquea	
188	Filopemén somete Esparta	
187		Muerte de Antíoco III; le sucede Seleuco IV (187-175)
186		Prusias de Bitinia ataca Pérgamo
184	Demetrio, hijo de Filipo V, rehén en Roma	
183	Insurrección de Mesenia: muerte de Filopemén	Guerra entre el Ponto y Pérgamo
182		Muerte de Aníbal en Bitinia
181	Expedición de Filipo en Tracia	Muerte de Tolomeo V; regencia de Cleopatra I (181-176) en nombre de Tolomeo VI, Cleopatra II y Tolomeo VIII
180	Filipo ordena la muerte de su hijo Demetrio	Fin de la guerra entre el Ponto y Pérgamo
179	Muerte de Filipo; le sucede Perseo (179-168)	
176		Subida al trono de Tolomeo VI (176- 145). Se le asocia su hermano Tolomeo VIII Fiscón (176-116)
175		Muerte de Seleuco IV; le sucede Antíoco IV Epífanes (175-163)
172	Eumenes de Pérgamo, en Roma, acusa a Perseo	
171	Comienzo de la Tercera Guerra Macedónica	
170		Comienzo de la Sexta Guerra Siria
169	Intentos de negociación de Rodas y Pérgamo a favor de Perseo. Epiro e Iliria se alían a Perseo	Tratado de Antíoco IV con Tolomeo VI, que es depuesto en favor de Tolomeo VIII Fiscón y Cleopatra II
168	Batalla de Pidna. Campaña romana en Iliria	Ultimátum de Roma a Antíoco. Delos, puerto franco. Sublevación de los gálatas contra Pérgamo
167	Saqueo del Epiro. Macedonia, dividida en cuatro repúblicas independientes. Deportación de mil aqueos a Roma. Disolución de la Liga Etolia	
166		Roma declara autónomos a los gálatas
163		Muerte de Antíoco IV
159		Muerte de Eumenes II; le sucede Atalo II
149	Revuelta de Andrisco en Macedonia. Esparta se separa de los aqueos	
147	Roma ratifica la independencia de Esparta	
146	Guerra entre Roma y la Liga Aquea. Derrota de Dieo; destrucción de Corinto	

BIBLIOGRAFÍA

Roma y Oriente

AYMARD, A., *Les premiers rapports de Rome et de la confédèration achaienne (198-189 av. J. C.)*, Burdeos, 1938; E. BADIAN, E., "The Treaty between Rome and the Achaean League", *JRS* 42, 1952, 76-80; BICKERMANN, E., "Le statut des villes d'Asie apres la paix d Apamée", *REG* 50, 1937, 217-239; CASTELLANI, A. M., "Le relazione fra Roma e la confederazione achea da T. Quinzio Flaminino a L. Emilio Paolo", *Contr. Ist. filol. class., Sez. storia antica, I*, Milán, 1963, 66-136; ERRINGTON, R. M., *Philopoemen*, Oxford, 1969; GRUEN, E. S., "Rome and Rhodos in the 2nd. Century B. C.: a historiographical Essay", *Class. Quart.*, 1975, 58-81; HABICHT, CHR., "Ueber die Kriege zwischen Pergamon und Bithynien", *Hermes* 84, 1956, 90-111; HOFFMANN, W., *RE* XX, 1 (1941), 88 y ss., s. v. "Philopoimen"; SCHMITT, H. H., *Rom und Rhodos. Geschichte ihrer politischen Beziehungen seit der ersten Berührung bis zum Aufgehen des Inselstaates im römischen Weltreich*, Munich, 1957.

La Tercera Guerra Macedónica

GIOVANNI, A., "Les origines de la troisieme guerre de Macédoine", *BCH* 1969, 853-861; GRUEN, E. S., "Class Conflict and the third Macedonian War", *Amer. Jour. Ancient History*, 1976 29-60; ID.., "The last years of Philip V", *GRBS* 1974, 221-246. GWYN MORGAN, M., "Metellus Macedonicus and the Province Macedonia", *Historia* 18, 1969, 422-446; P. HEILLAND, *Untersuchungen zur Geschichte des Konigs Perseus von Makedonien (179-168)*, Jena, 1913; KAHRSTEDT, U., "Zum Ausbruche des dritten römisch-makedonischen Krieges', *Klio* 11, 1911, 415-430; MELONI, P., *Perseo e la fine della monarchia macedone*, Roma, 1953; MEYER, ED., "Die Schlacht bei Pydna", *Kleine Schriften, II*, Halle, 1924, 465-494.

La reorganización de Oriente tras Pidna

AYMARD, A., "L'organisation de la Macédoine en 167 et le régime représentatif dans le monde grec", *CPh* 45, 1950, 96-107; BRISCOE, J., "Eastern Policy and Senatorial Politics 168-146 B. C. ", *Historia* 18, 1969, 49-70; FEYEL, M., "Paul-Emile et le synedrion macédonien", *BCH* 70, 1946 187 y ss.; FRANK, T., "Representative Government in the Macedonian Republics", *CPh* 1914, 49-59; KAMPTER, H. D., *Die Römer auf Delos*, Münster, 1913; MAGIE, D., *Roman Rule in Asia minor*, 2 vols., Princeton, 1950; ROUSSEL, P., *Délos colonie athénienne*, Paris, 1916; SHERWIN-WHITE, A. N., "Roman Involvement in Anatolia 167-88 B. C. ", *JRS* 67, 1977, 62-75

El fin de la independencia griega

ACCAME, S., *Il dominio romano in Grecia dalla guerra acaica ad Augusto*, Roma, 1946 (reimpr. 1972); BERNHARDT, R., "Der Status des 146 v. Chr. unterworfenen Teils Griechenlands bis zur Einrichtung der Provinz Achaia", *Historia* 26, 1977, 62 ss.; CONSTANZI, V., "La condizione giuridica della Grecia dopo la distruzione di Corinto", *RFIC* 45, 1917, 402-424; CROOK, J. A. -LINTON, A. -RAWSON, E. (eds.), "The last age of the Roman republic, 146-43 B. C.", *Cambridge Ancient History IX*, Cambridge, 1994; DAHLHEIM, W., *Gewalt und Herrschaft. Das provinziale Herrschaftssystem der römischen Republik*, Berlin-New York, 1977; DEININGER, J., *Der politische Widerstand gegen Rom in Griechenland, 217-86 v. Chr.*, Berlin-Nueva York, 1971; FUKS, A., "The bellum Achaicum and its social aspects", *JHS* 90, 1970, 78-89; GRUEN, E. S., "The origins of the Achaean War", *JHS* 96, 1976 46-69; HILL, H., "Roman Revenues from Greece after 146 B. C.", *CPh* 41 1946, 35-42; ROLDÁN HERVÁS, J. M., *La república romana*, Madrid, 1981; SCHWERTFEGER, T., *Der achäische Bund von 146 bis 27 v. Chr.*, Munich, 1974; SHERWIN-WHITE, A. N., *Roman foreign policy in the East, 168 BC. to A. D. 1*, Londres, 1984.

XXVII LA DESINTEGRACIÓN DE LOS REINOS HELENÍSTICOS

Los reinos helenísticos y Roma.– La batalla de Pidna (168) señala el principio del fin de los grandes reinos surgidos de la desmembración del imperio de Alejandro, reducidos, durante el resto de su existencia política, al papel de simples comparsas frente al continuo intervencionismo de Roma, auténtico centro de gravedad del mundo helenístico.

La ruptura del equilibrio político en Oriente, desencadenada por la intervención de Roma, supuso un debilitamiento de las grandes monarquías, que permitió el desarrollo en su interior de factores internos de descomposición. La propia Roma no fue ajena a esta ruina interna: en su propósito de evitar la recomposición de estados fuertes y potencialmente peligrosos para sus intereses imperialistas, favoreció, es cierto que de forma incoherente, los factores de disgregación presentes en el mundo oriental.

Así, el elemento común en la última fase de la historia política del mundo helenístico es la progresiva descomposición interna de los grandes reinos y su disgregación en múltiples entes políticos, que el estado romano tendrá que combatir, anexionar o atraer a su esfera de influencia. De este modo, la historia helenística en su última fase se mezcla, en gran medida, con la propia historia de Roma.

1. El reino seléucida

Este desarrollo es especialmente evidente en lo que respecta al reino seléucida, que, todavía, después de Pidna, ejercía su soberanía sobre un inmenso territorio, desde la costa siria y palestina hasta las fronteras con la India.

Antíoco IV y el problema judío

Antíoco IV, en el 168, como sabemos, había renunciado, forzado por Roma, a sus propósitos de anexionar Egipto. Pero, durante la frustrada campaña, iba a abrir un espinoso problema en Palestina, del que resultaría un acontecimiento de enormes consecuencias históricas: la creación del primer estado judío independiente, tras cuatrocientos años de sumisión a persas, Tolomeos y Seléucidas.

Las tensiones judías.– Los judíos constituían un estado sacerdotal, con sede en Jerusalén, que, en el año 200 a.C., había caído bajo la soberanía seléucida, tras la conquista

por Antíoco III de la Celesiria, arrebatada a los Tolomeos en la Quinta Guerra Siria. Tanto Antíoco como sus sucesores respetaron el hecho diferencial del estado judío y garantizaron su autonomía judicial y religiosa, dictada por la estricta ley mosaica. No obstante, también entre los judíos había comenzado a penetrar la cultura helénica, especialmente fuera de Palestina, entre los emigrados de la diáspora, y, en Jerusalén, entre las clases altas, que se dividieron en dos tendencias: una, progresista, que participaba con entusiasmo en los ideales helenísticos, y otra, conservadora, aferrada a sus tradiciones. Pero también entre el pueblo llano caló la helenización y dio lugar, como reacción, a la aparición de los ***hasidim*** o "devotos", estrictos observantes de la ley judía.

El problema, de contenido cultural y religioso, se complicó con tensiones sociales -la masa de agricultores y artesanos conservadores frente a los ricos filohelenos- y políticas, especialmente entre la casta sacerdotal, escindida en su apoyo a Tolomeos y Seléucidas, las dos potencias que se disputaban el control del país.

La toma de Jerusalén.– En el año 175, un judío helenizante, Jasón, logró hacerse nombrar Sumo Sacerdote y obtuvo de Antíoco IV su apoyo para trasformar Jerusalén en una ciudad helenística a cambio del pago de un tributo mayor. Tres años después era sustituido por Menelao, que aumentó todavía más la presión fiscal y prosiguió con mayor ahínco el proceso de helenización de Jerusalén. Desencadenó con ello graves tumultos de carácter popular, que Antíoco IV, al regreso de su frustrada campaña en Egipto (168), reprimió con extrema dureza: Jerusalén fue tomada al asalto y el Templo, saqueado y profanado, fue convertido en un santuario sirio, dedicado a Baal Shamin; se suprimió el culto a Jahvé y se dictaron medidas represivas contra la religión judía, al tiempo que una colonia militar siria era instalada en Akra.

Judas Macabeo.– La represión sólo tuvo el efecto de radicalizar la lucha, que asumió desde entonces caracteres religiosos y nacionalistas. La resistencia armada de los ***hasidim*** fue dirigida por Judas Macabeo (el "Martillo"), de la familia de los Asmoneos, que, tras victoriosas luchas contra los generales seléucidas, logró restablecer, en el año 164, el culto de Javhé y purificar el Templo. Antíoco IV hubo de renovar las concesiones a los judíos y reconocer la incompatibilidad de helenismo y judaísmo, pero el problema, precariamente resuelto, volvería a resurgir en los años siguientes.

Antíoco IV y las satrapías orientales

La intervención de Roma en favor de Egipto y el problema judío, que cerraban a Antíoco las puertas de una política mediterránea, empujaron al monarca hacia las regiones orientales del imperio, para asegurar la dominación seléucida en el Irán, debilitada por el fortalecimiento de tendencias independentistas en Pérside y Bactriana y por el empuje expansivo del estado parto. Pero la expedición militar, iniciada en el 165, con grandes medios militares, quedó interrumpida por la muerte del rey en circunstancias oscuras (163).

Antíoco IV fue el último soberano seléucida digno de ese título. Intentó, es cierto que sin conseguirlo, una política de gran estilo y trató de contrarrestar las debilidades estructurales de su heterogéneo reino con una política cultural y religiosa basada en un entusiasta filohelenismo y en la exaltación divina de la figura del soberano. Su fracaso personal, pero también el progreso de las tendencias disgregadoras del reino y las nuevas circunstancias exteriores, precipitarían la descomposición del imperio y la decadencia de la dinastía, sacudida desde su muerte por continuas y sangrientas querellas dinásticas.

Demetrio I

El sucesor de Antíoco IV, su hijo Antíoco V, de corta edad, apenas pudo mantenerse en el trono un año. Su primo Demetrio, hijo de Seleuco IV, tras escapar de Roma, donde estaba retenido como rehén, logró en Siria el apoyo de numerosos partidarios y, tras mandar asesinar al rey, ocupó su lugar.

Restauración del poder real.– El reinado de Demetrio I (162-150) estuvo marcado por el intento de restaurar la autoridad real en el interior de sus dominios. Tras reprimir la sublevación de Timarco, sátrapa de Media, dedicó su atención al problema judío, reavivado por las discordias internas entre filohelenos y ortodoxos. La expedición enviada por el rey logró ocupar Judea, tras la muerte de Judas Macabeo. Pero su hermano Jonatán prosiguió la lucha, que acabó, en el año 152, con un acuerdo que contemplaba amplias concesiones para el estado judío.

La usurpación de Alejandro Balas.– Su conflictiva política exterior le atrajo la enemistad de Egipto, Capadocia y Pérgamo, que se aunaron para apoyar, con el beneplácito de Roma, a un pretendiente al trono, Alejandro Balas ("el favorito de Baal"), supuesto hijo de Antíoco IV. En la lucha que siguió, Demetrio encontró la muerte y Alejandro fue proclamado rey. Para fortalecer su posición, aceptó como esposa a una hija de Tolomeo VI, Cleopatra Thea ("diosa"), que habría de jugar en los siguientes reinados un singular papel.

El fin de Alejandro Balas.– Balas no consiguió, sin embargo, consolidarse en el trono. La eterna manzana de la discordia entre Lágidas y Seléucidas, la cuestión de la Celesiria, impulsó a Tolomeo VI a abandonar la causa de su yerno para apoyar al hijo mayor de Demetrio, que, al frente de un ejército de mercenarios, se había sublevado contra Balas, proclamándose rey con el nombre de Demetrio II. Tolomeo concedió ahora la mano de Thea a Demetrio, mientras emprendía contra Balas una expedición militar en la Celesiria, en uno de cuyos combates ambos contendientes perdieron la vida (145).

Demetrio II

La independencia judía.– Tampoco Demetrio II Nicátor se vio libre de las endémicas usurpaciones, que iban agotando las escasas energías del reino. Un comandante militar, Diodoto Trifón, se pronunció a favor de un supuesto hijo de Alejandro Balas, y, tras hacerlo asesinar, se proclamó rey y extendió su autoridad a la Siria mediterránea. El conflicto de poder fue aprovechado por Jonatán Macabeo para afirmar su posición al frente del estado judío e iniciar una expansión por la Celesiria. A su muerte, su hermano Simón, oportunamente unido a la causa de Demetrio, logró del rey la concesión de una amplia libertad tributaria y el desalojo de la guarnición siria de Akra (143/142), impuesta veinticinco años antes por Antíoco IV. Era el nacimiento del estado judío independiente, bajo la familia de los Asmoneos.

El problema parto.– El problema judío, no obstante, era de alcance menor en comparación con la amenaza que se cernía sobre los territorios orientales del reino. Como sabemos, desde finales del siglo III, se había ido formando en las regiones del noroeste del Irán el estado de los partos, que, bajo la dinastía de los Arsácidas, fue progresivamente fortaleciéndose.

A comienzos del siglo II, un gran movimiento migratorio en el interior de Asia, protagonizado por los hunos, hizo ponerse en movimiento hacia el oeste a otros pueblos, como los tocarios, de estirpe indoeuropea, y los sacas. En relación directa con estas migraciones, iba a producirse la expansión territorial de los partos.

Uno de sus reyes, Mitrídates I (171-137), en alianza con los sacas, sometió casi todo el Irán oriental y extendió su soberanía, por el este, a las antiguas satrapías orientales (Sogdiana, Bactriana, Gedrosia y Aracosia) hasta las fronteras con la India, y, por el oeste, a amplios espacios del reino seléucida. Convirtió así el pequeño estado parto en un gigantesco reino, extendido, de norte a sur, desde el Caspio al Golfo Pérsico, y de este a oeste, del Indo al Éufrates. A mediados de siglo, Mitrídates ya había anexionado Media e Hircania y convertido Elimais y Pérside en estados vasallos; unos años más tarde, se apoderaba de Babilonia.

Demetrio II, dejando en manos de su consorte, Cleopatra Thea, la defensa de la capital, Antioquía, contra el usurpador Trifón, invadió Babilonia a comienzos del 140, pero, tras algunos éxitos militares, fue derrotado y hecho prisionero por los partos (139). Al año siguiente, moría Mitrídates y era sucedido por su hijo, Fraates II.

Antíoco VII Sidetes

El encarcelamiento de Demetrio puso el trono en manos de su hermano, Antíoco VII Sidetes, que tomó por esposa a su cuñada, Thea. Fue el último representante digno de la casa de los Seléucidas e intentó con energía taponar las múltiples brechas que se abrían en el reino. En primer lugar, acabó con el usurpador Trifón, al que capturó y obligó a suicidarse, para volver luego su atención a la cuestión judía y al problema, más grave, de las satrapías orientales, arrebatadas por los partos.

En relación con el primero, tras la muerte del Sumo Sacerdote Simón (134), Antíoco se enfrentó a su sucesor, su hijo Juan Hircano, y puso sitio a Jerusalén. A pesar de la desesperada apelación de los judíos a Roma, la ciudad cayó (131) y hubo de someterse de nuevo al poder seléucida, que, no obstante, respetó su autonomía interna y sus tradiciones religiosas.

Menos afortunado sería Antíoco en su campaña oriental, iniciada en el 130. Tras unos primeros éxitos, que le permitieron recuperar Babilonia y Media, fue atacado por sorpresa por los partos y pereció en el combate.

El regreso de Demetrio II y la desintegración seléucida

Usurpación de Zabinas y muerte de Demetrio.– La derrota señaló la ruina del reino seléucida, que quedó definitivamente sellada durante la segunda parte del reinado de Demetrio II (129-125), liberado por los partos durante la campaña de Antíoco. Su inoportuna intromisión en la política lágida impulsó a Tolomeo VIII a enfrentarle un competidor, Alejandro Zabinas (el "Comprado"), supuesto hijo de Balas, que, tras derrotarlo, le obligó a buscar refugio en la costa fenicia, donde fue asesinado.

Caos dinástico.– A su muerte, una larga serie de reyes rivales se disputaron sin tregua los jirones de la herencia seléucida. Cleopatra Thea, triple viuda de Balas, Antíoco VII y Demetrio II, accedió al trono tras envenenar a uno de sus hijos, para perecer a su vez, víctima de la misma suerte, a manos de otro de ellos, Antíoco VIII Gripo. Gripo logró desembarazarse de Zabinas, pero hubo de sufrir la competencia de uno de sus hermanos, Antíoco IX Ciciceno. Desde entonces y durante toda la generación siguiente, efímeros dinastas, apenas otra cosa que cabecillas de bandas armadas, enfrentados entre sí, desangraron, entre saqueos y pillajes, el desgraciado país, todavía más castigado por la proliferación en su interior del bandidaje y de la piratería en sus costas.

El caos dinástico, con la consiguiente desaparición de la autoridad real, fue aprovechado por las ciudades griegas y fenicias del reino para conquistar su completa independencia, mientras, en los bordes del desierto, surgían innumerables poderes locales, en manos de jeques árabes al frente de sus tribus. Pero, sobre todo, en la descomposición seléucida, se fortalecieron los estados nabateo y judío.

Los nabateos.– El pueblo árabe de los nabateos, asentado en el noroeste de la península arábiga con capital en Petra, constituido en reino, se hizo con el control del comercio caravanero del Egeo a Mesopotamia y extendió su territorio, por el norte, hasta Damasco.

El estado judío.– En cuanto al estado judío, tras la muerte de Antíoco VII (129), reconquistó su independencia y, bajo el Sumo Sacerdote, Juan Hircano, inició un vigoroso proceso de expansión territorial con la anexión de Samaria e Idumea. Su hijo, Alejandro Janeo

(103-76), fue el primero en añadir a su cargo de Sumo Sacerdote el título de rey, dando así inicio a la dinastía real de los Asmoneos. Su talante despótico y la secularización del Sumo Sacerdocio le sustrajeron el apoyo de los judíos ortodoxos, los viejos *basidim*, que por entonces comenzaron a ser conocidos como fariseos o "separados". Engrandeció el territorio judío en múltiples campañas, que le enfrentaron con los Lágidas de Egipto y con los reyes sirios y nabateos. A su muerte, el reino asmoneo se extendía desde la costa filistea y Galilea hasta el otro lado del Jordán, por gran parte de Transjordania.

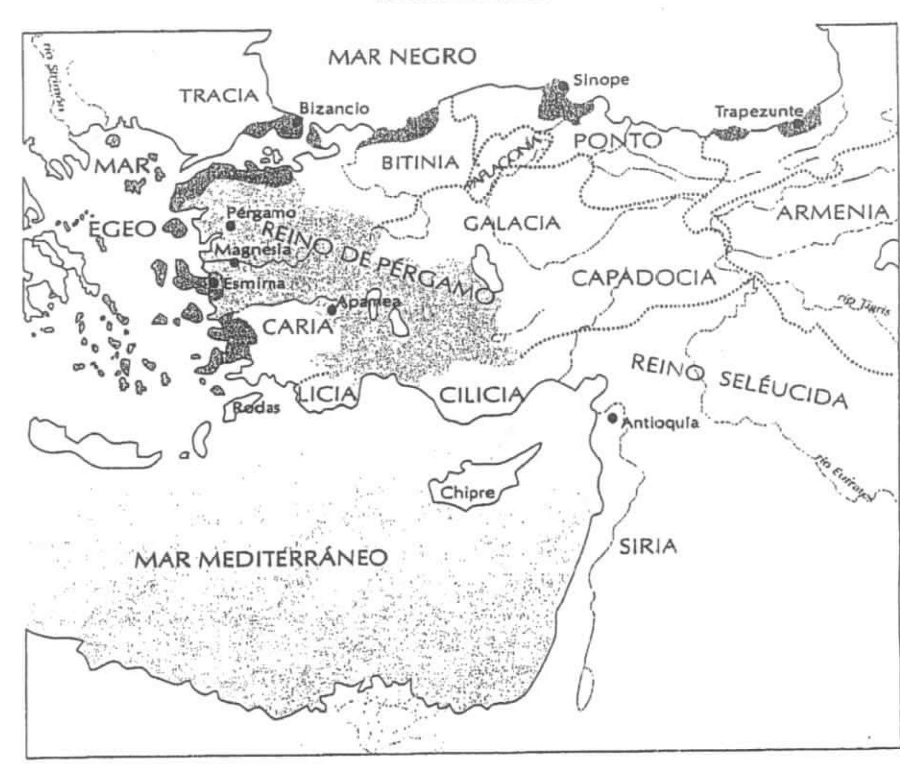
La anexión de Siria por Tigranes.– Por lo que respecta al reino seléucida, reducido al norte de Siria y a la Cilicia oriental, cayó, entre el 83 y el 69, en manos de Tigranes, que lo convirtió en el apéndice meridional de su imperio armenio. El efímero intento de restauración seléucida en la persona de Antíoco XIII, instalado en Antioquía bajo protección romana, acabó con la campaña oriental de Pompeyo (págs. 414 y sigs.), que, impulsado por el temor de que el país se convirtiera en botín de partos, árabes y judíos, lo convirtió en la provincia romana de *Siria* (64 a.C.). Roma se encontró así directamente enfrentada con los partos y las relaciones entre los dos imperios marcaron desde entonces y durante los próximos siglos la gran política internacional en el ámbito oriental.

2. Asia Menor

El reino de Pérgamo

Atalo II.– Después de Pidna, en el Asia Menor helenística, Pérgamo seguía siendo la potencia más fuerte, a pesar de la equívoca política romana con su antiguo aliado Eumenes II. Cuando el rey murió, en el 159, le sucedió su hermano y fiel colaborador Atalo II (159-139), cuya política exterior estuvo marcada por el enfrentamiento con el reino de Bitinia. El expansionismo de su rey Prusias decidió a Roma a apoyar de nuevo al reino de Pérgamo, para lograr un equilibrio de poderes en la península. Eumenes, aliado con los reinos del Ponto y de Capadocia, emprendió una breve campaña, que terminó con la intervención diplomática romana a favor de Pérgamo. Prusias fue obligado a pagar una indemnización de guerra, pero Pérgamo, aunque victorioso, no consiguió ningún aumento territorial. Poco después, Eumenes conseguía, esta vez por vía diplomática, entronizar en Bitinia a su protegido, el joven Nicomedes II, hijo de Prusias (149).

Atalo III: el testamento a favor de Roma.– La sólida posición de los Atálidas en Asia Menor era más aparente que real, puesto que estaba basaba en la benevolencia romana. Quizas, por ello, resulte menos extraña la única decisión de interés tomada por el sucesor de Eumenes, su sobrino Atalo III (139-133). El nuevo soberano, que carecía de hijos, legó por testamento sus bienes –la mayor parte del reino, a excepción de la propia capital, Pérgamo, y de algunas ciudades griegas– al pueblo romano. Se desconocen en absoluto los motivos que guiaron al rey en esta decisión: se esgrimen, entre otros, además de la citada carencia de



17. EL MEDITERRÁNEO ORIENTAL
Y EL REINO DE PÉRGAMO HACIA 133 a. C.

Ciudades griegas libres
Reino de Pérgamo

herederos, la tensa situación social o la conciencia de que, tarde o temprano, el reino estaba condenado a caer en manos romanas, probablemente en condiciones más traumáticas.

La rebelión de Aristónico.– Pero el legado no estaba destinado a transmitirse sin violencias. Un hijo bastardo de Eumenes II, Aristónico, con el nombre dinástico de Eumenes III, se rebeló contra el testamento y, explotando entre la población oprimida, urbana y rural, el fácil juego de las reivindicaciones sociales, inició la resistencia armada. El movimiento se extendió por todo el interior de Asia Menor y tomó pronto un decidido carácter de revuelta social contra las clases posesoras y contra el poder romano que las protegía. Aristónico, que llamó a sus partidarios heliopolitas ("ciudadanos del Sol"), introdujo refor-

mas sociales igualitarias y concedió a los esclavos el derecho de ciudadanía. Las tropas romanas enviadas a Anatolia, con el concurso de las ciudades griegas costeras y de otros estados de la zona –Bitinia, Ponto y Capadocia–, lograron, después de tres años de guerra, sofocar la revuelta (130).

La provincia romana de Asia.– Al año siguiente, una comisión senatorial decidía transformar la mayor parte del reino en la nueva provincia romana de *Asia.* El resto del territorio –las regiones interiores, más pobres y menos helenizadas– fue entregado a los dinastas vecinos que habían colaborado en la represión de la revuelta. El desgraciado reino, devastado en el curso de la guerra, hubo de soportar desde ahora la avaricia de la administración romana y de sus agentes fiscales, los publicanos.

Los estados de Asia Menor.– Con la creación de la provincia de Asia, Roma extendió por vez primera sus intereses directos al otro lado del Egeo, en vecindad con una serie de estados, surgidos del desmembramiento del imperio seléucida, de fronteras inestables y pretensiones expansivas: por la costa septentrional anatolia, de este a oeste, se extendían los reinos de Bitinia y el Ponto, los dos estados más fuertes de la península, separados por Paflagonia; el interior del Asia Menor central, al oriente de la provincia romana de Asia, estaba repartido entre el débil país de los gálatas, Galacia, y el reino de Capadocia; finalmente, en el sureste, incrustado entre Capadocia y el reino seléucida, se hallaba el reino de Comagene. Más hacia el este, entre el mar Negro y el Caspio, a lo largo de la cordillera del Cáucaso, se extendía Armenia, cuya frontera meridional lindaba con el reino seléucida y con el poderoso estado parto.

La inestable geografía política de Asia Menor todavía se incrementó con nuevos y peligrosos factores de desequilibrio: el renacimiento de la piratería en el Egeo, tras el debilitamiento de la república insular de Rodas, que perjudicaba las actividades económicas de las ciudades griegas de la costa anatolia, y la opresiva política fiscal romana en la provincia de Asia, que extendió el odio contra los nuevos dominadores. Existían así condiciones favorables para que cualquier estado de la zona, con ambiciones de expansión, intentase unificar en beneficio propio el mapa político de la península. Este fue el objetivo de Mitrídates VI Eupátor, rey del Ponto, que, durante treinta años, protagonizó el último gran episodio político del helenismo.

3. Mitrídates VI del Ponto y la lucha contra Roma

El Ponto hasta el reinado de Mitrídates VI

Farnaces I.– La dinastía mitridática del Ponto, perteneciente a la más alta nobleza irania, se remontaba a los tiempos de Ipsos. Uno de sus primeros reyes, Mitrídates, logró gradualmente construir un reino en el nordeste de Anatolia y defenderlo de Seleuco I. Pero fue Farnaces I (183-170) quien marcó las líneas expansivas del reino: hacia el sur, en competencia con sus vecinos, Bitinia, Pérgamo y Capadocia, y hacia el norte, con el objetivo de anexionar las ricas ciudades griegas de la costa meridional del mar Negro.

Mitrídates V.– Uno de sus sucesores, Mitrídates V Evergetes (150-121), ayudó a los romanos en la Tercera Guerra Púnica (149-146) y, posteriormente, en el 133, contribuyó al aplastamiento de la rebelión de Aristónico. Concluida la rebelión, anexionó, en competencia con el rey de Bitinia, Nicomedes II, los restos del reino de Pérgamo no incluidos por Roma en la nueva provincia de Asia. Se esforzó, sobre todo, por conseguir la colaboración de las ciudades griegas de la costa póntica, presentándose como un entusiasta filheleno: desarrolló centros urbanos más o menos helenizados y contribuyó con matrimonio mixtos y relaciones sociales a la helenización de la aristocracia irania. Pero los elementos grecoiranios en el Ponto nunca se fundieron en una unidad. Era un reino con una costa griega y un interior oriental.

Mitrídates VI

Política expansionista.– El asesinato de Evergetes en un complot cortesano fue aprovechado por Roma para reducir el Ponto a las dimensiones anteriores a la revuelta de Aristónico, temerosa del poder y, en consecuencia, del peligro que podía representar el reino. Y en estas circunstancias subió al trono Mitrídates VI Eupátor (121-63). Orgulloso de su cultura griega tanto como de su ascendencia irania y dotado de apreciables cualidades militares, se propuso devolver al Ponto la grandeza que había tenido en el primer cuarto del siglo II, bajo el reinado de Farnaces I, con una política exterior de expansión por las costas del mar Negro, al norte, y por Asia Menor, hacia el sur y el oeste.

Las primeras anexiones, en la costa septentrional y oriental del mar Negro –reino del Bósforo (Crimea) y Cólquide–, aumentaron extraordinariamente los recursos del Ponto, pero la dirección fundamental de la política exterior del reino apuntaba hacia Asia Menor. La fragmentación política de Anatolia prometía una acción provechosa: sólo el reino de Bitinia, gobernado por Nicomedes II, parecía una fuerza apreciable, si hacemos excepción de la provincia romana de Asia.

Tras un corto entendimiento entre Mitrídates y Nicomedes para anexionar Paflagonia y Galacia, regiones del interior de Anatolia, la entente se rompió a propósito de Capadocia, donde Mitrídates expulsó al protegido de Roma, Ariobarzanes, y entronizó a uno de sus hijos, mientras el senado romano, ocupado en problemas más urgentes, asistía pasivamente al fortalecimiento del Ponto. Más aún, tras la muerte de Nicomedes II de Bitinia, Mitrídates orilló al heredero legítimo, Nicomedes III, y puso en el trono de Bitinia a su candidato.

La intervención romana: Aquilio.– En el año 89, Roma, finalmente, pudo centrar su atención en Oriente. Una comisión senatorial, presidida por Manio Aquilio, repuso en los tronos de Capadocia y Bitinia, respectivamente, a Ariobarzanes y Nicomedes III y, además,

exigió a Mitrídates una indemnización. La negativa del rey a satisfacerla impulsó a Aquilio, con precipitación y poco tacto diplomático, a exigir de los reyes de Capadocia y Bitinia que invadieran el Ponto. Sólo Nicomedes respondió a la convocatoria y dio pie a Mitrídates para invadir Capadocia en el invierno del 89/88, lo que significaba la guerra con Roma.

Ocupación de Asia por Mitrídates.– La provincia de Asia era el territorio natural donde debían desarrollarse las operaciones, en las que Mitrídates no sólo invirtió sus tropas, sino una activa propaganda, que la lamentable gestión romana le había puesto en bandeja. Presentándose como libertador, el rey del Ponto se hizo dueño de la provincia e instaló su cuartel general en Éfeso. Allí dio la orden de eliminar a todos los itálicos residentes en la península, que costó la vida, de creer a las fuentes, a 80.000 personas.

Atracción de Grecia.– Dueño de Asia Menor, el siguiente objetivo era la ocupación de las islas del Egeo, como paso previo a la Grecia continental: la atracción de los griegos era de suma importancia para el rey, para contar con los recursos materiales e ideológicos que le permitieran crear un fuerte imperio oriental. Sólo Rodas ofreció resistencia; el resto de las islas fue conquistado. La cabeza de puente en la Grecia continental se la ofreció a Mitrídates Atenas, cuya población fue levantada contra Roma por un demagogo, Aristión, que se hizo dueño de la ciudad. Así, desde Atenas, las fuerzas del Ponto extendieron su influencia a una parte de Grecia.

La guerra mitridática de Sila.– En estas circunstancias, Sila desembarcó en el Epiro y dedidió atacar directamente Atenas, que logró ocupar en el 86. En una campaña muy dura, las batallas de Queronea y Orcómenos de Beocia, en las que el ejército de Sila resultó vencedor, decidieron la suerte de Grecia. El general romano pasó, a continuación, a territorio asiático y logró forzar al rey del Ponto a una capitulación.

El encuentro entre Sila y Mitrídates tuvo lugar, en la primavera del 85, en Dárdanos: el vencido rey aceptó retirarse de todos los territorios ocupados, devolver los prisioneros, entregar parte de la flota y pagar una indemnización de guerra. Pero la auténtica perdedora del conflicto fue la provincia de Asia: librada a la rapiña de los soldados y cargada con pesados impuestos y contribuciones, ofreció a Sila los recursos necesarios para garantizarse la fidelidad de un ejército enfervorizado, con el que, a comienzos del 83, regresó a Italia para imponer en Roma su dictadura.

Mitrídates y la alianza con Tigranes.– Sila había sacrificado los intereses romanos en Oriente a la afirmación de su poder sobre el estado romano. La precaria paz de Dárdanos, firmada con Mitrídates, era apenas una tregua, que el rey del Ponto decidió olvidar de inmediato. Tras la marcha de Sila, Mitrídates, después de reorganizar su reino, reanudó sus intentos expansionistas, utilizando para ello los ingentes recursos bélicos de su aliado y yerno, el rey Tigranes de Armenia.

En efecto, Tigranes había aprovechado la transitoria debilidad de sus vecinos, los partos, para reunir toda Armenia bajo su poder, a la que añadió el norte del imperio parto. En el año 83, anexionó a sus dominios los jirones del reino seléucida, Siria y Cilicia, y se convirtió así en el monarca más poderoso de Oriente.

Mitrídates incitó a Tigranes a invadir Capadocia y desencadenó con ello una nueva intervención militar romana (Segunda Guerra Mitridática, 82 a.C.). A duras penas, se restituyó una paz, más ficticia que real, que no desvió a Mitrídates de sus propósitos expansionistas.

Con el apoyo de su yerno, Tigranes de Armenia, el rey del Ponto creó en Asia Menor un complejo de poder, que sólo esperaba el momento favorable para una nueva ofensiva. Y Mitrídates encontró la ocasión cuando, a la muerte del rey de Bitinia, Nicomedes III, los romanos, siguiendo los expresos deseos del monarca, convirtieron el reino en provincia. Mitrídates se apresuró a invadir Bitinia y el senado se vio obligado a reanudar la guerra, encomendando su dirección a los gobernadores de Bitinia y Asia, Aurelio Cotta y Licinio Lúculo, respectivamente.

La Tercera Guerra Mitridática: Lúculo.– En las operaciones de esta Tercera Guerra Mitridática (74-64), Mitrídates venció a Cotta en Calcedón y ocupó toda la Bitinia, pero su colega Lúculo logró no sólo reconquistar la región, sino invadir el Ponto. Mitrídates hubo de buscar refugio en Armenia, junto a su yerno Tigranes (72), mientras Lúculo, tras ocupar las ciudades del Ponto, regresó a su provincia de Asia, que requería urgentes medidas de administración. Lúculo intentó aliviar las trágicas condiciones económicas que sufría la población desde la campaña de Sila, fijando tasas más moderadas de impuestos. Pero, con ello, se atrajo el odio de los empresarios y *publicani*, que, como una plaga, exprimían la provincia.

En el año 69, Lúculo invadió el reino de Tigranes, que se había negado a entregar a su suegro a los romanos, y se apoderó de la nueva capital de Armenia, Tigranocerta. Pero cuando intentó proseguir su avance hasta el corazón del reino, sus soldados se negaron a seguirle (68). Ante la impotencia de Lúculo, Mitrídates y Tigranes reagruparon sus fuerzas y lograron recuperar sus posesiones. La guerra, pues, fue un rotundo fracaso.

La guerra mitridática de Pompeyo y la reorganización de Oriente

La victoria sobre Mitrídates.– En esta difícil coyuntura para los intereses romanos en Asia, Pompeyo consiguió que se le encargara de la la conducción de la guerra contra Mitrídates. Con un inteligente juego diplomático, Pompeyo logró aislar al enemigo de cualquier ayuda exterior. Más aún, logró convencer al rey de Partia, Fraartes III, de que invadiera Armenia por la retaguardia, mientras él atacaba a Mitrídates. El rey del Ponto se manifestó dispuesto a pactar, pero Pompeyo no le dejó otra alternativa que el combate. Vencido, Mitrídates intentó buscar refugio en Armenia, pero Tigranes, en esta ocasión, no quiso acogerle. A duras penas, el rey logró finalmente instalarse en sus posesiones del sur de Rusia, pero una revuelta de su propio hijo, Farnaces, le obligó a quitarse la vida (63).

La ocupación de Armenia.- Vencido Mitrídates, Pompeyo invadió Armenia. El rey Tigranes, viendo perdida su causa, se rindió al general romano, que lo confirmó en el trono como amigo y cliente del pueblo romano. Así, Armenia, como estado vasallo, cumplió a partir de entonces el papel de tapón y protector de las provincias romanas de Anatolia, frente al reino de los partos, extendido al oriente del Éufrates. Pero, tras la reposición de Tigranes, Fraartes se consideró traicionado, aunque no hubo reacción bélica. Desde entonces y durante varios siglos, los partos serán una amenaza constante para la frontera oriental del imperio.

Anexión de Siria.- Todavía, creyó Pompeyo conveniente anexionar los últimos restos del imperio seléucida, que, desde el último cuarto del siglo II, se debatía en la agonía, entre un progresivo proceso de descomposición dinástica y una presión constante de los pueblos limítofes, judíos, árabes y partos, sobre sus fronteras. En el 83, como sabemos, Tigranes de Armenia había puesto un fin provisorio al estado sirio anexionando Fenicia, Siria y Cilicia. Pero las campañas de Lúculo, en el 69, obligaron a Tigranes a evacuar el territorio sirio y permitieron la reposición, con la aprobación de Roma, de Antíoco XIII. Sin embargo, Siria era ya simplemente un juguete en manos de sus vecinos, sin fuerzas para resistir. Pompeyo decidió, por ello, proclamar la deposición de los Seléucidas y convertir el reino en provincia (64). De este modo, el dominio romano entró en vecindad directa con el estado judío, entre el desierto sirio y el mar.

Pompeyo y los judíos.- En Palestina tenía lugar una guerra fratricida entre los dos príncipes de la dinastía asmonea, Hircano y Aristóbulo, hijos de Alejandro Janeo. Hircano era apoyado por los fariseos, estrictos cumplidores de la ley judía; Aristóbulo, por su parte, contaba con las simpatías de los saduceos, partidarios de la política expansionista tradicional de la dinastía. Ambos pretendientes intentaron atraerse a Pompeyo, que se decidió por el menos peligroso, Hircano. Pero los partidarios de Aristóbulo se hicieron fuertes en Jerusalén y Pompeyo hubo de asaltar la ciudadela, donde se hallaba el Gran Templo, que fue profanado con la presencia romana. Palestina fue convertida en estado tributario de Roma, bajo el gobierno de Hircano, que fue confirmado como Sumo Sacerdote pero sin el título de rey. (63).

Reorganización del Oriente.- Pompeyo tenía ahora ante sí la ingente tarea de reorganización de los territorios conquistados, lo que suponía una nueva sistematización política de todo el Oriente. En Anatolia, la mayor parte del reino del Ponto fue unido a Bitinia en una sola provincia, que se sumó a las dos existentes, Asia y Cilicia. El interior de la península y los territorios limítrofes con el imperio parto fueron encomendados a reyes y dinastas, clientes de Roma. Esta reorganización administrativa fue completada con una revitalización de la vida municipal en las provincias romanas, con el otorgamiento de privilegios políticos y fiscales a las viejas ciudades griegas y helenísticas del Oriente y con la creación de más de tres docenas de nuevos centros urbanos en Anatolia y Siria, cuyos nombres –Pompeópolis, Magnópolis, Megalópolis– proclamaban la gloria de Pompeyo.

El nuevo mapa político de Oriente.- En conjunto, la ordenación de Oriente obedecía a un plan general, cuyo esquema se basaba en una combinación del sistema de hegemonía directa, por medio de estados clientes, con el control directo provincial. Se trataba de una solución compleja, que pretendía proteger las regiones costeras del Mediterráneo –sin excepción, sometidas a la administración provincial directa– con estados clientes, que, en el interior, sirvieran de amortiguadores a la eventual presión del imperio parto. Lo mismo que Anatolia, Armenia quedaba aislada de las provincias romanas por los estados clientes del Ponto, Capadocia y Comagene –estos dos últimos también fronterizos con el imperio parto–; la nueva provincia romana de *Siria* fue protegida en sus flancos meridionales con el estado tributario judío. Sólo la frontera oriental de la provincia quedaba bajo la vigilancia directa de las armas romanas, frente al desierto y la vecindad árabe y parta.

El Oriente romano.- Aún cuando la perduración de Egipto como reino independiente mantuvo el fantasma del mundo político helenístico todavía durante treinta años, las campañas de Pompeyo representaron, de hecho, un golpe de muerte para el sistema creado como consecuencia de las conquistas de Alejandro. El acercamiento fecundo del Oriente mesopotámico y del Occidente griego, en una original amalgama político-cultural, generada por el conquistador macedonio y progresivamente enraizada, venía a ser sustituido ahora por un rígido sistema fronterizo, en el que un Mediterráneo totalmente romano se protegía y aislaba, mediante una barrera armada, del Oriente iranio. Pompeyo dio vida a una geografía política en Oriente, que mantendría su vigencia hasta el final de la Antigüedad.

4. El fin de los Lágidas

La decadencia de la dinastía

Debilidad del poder real y crisis dinástica.- El perentorio ultimátum romano, en el 169, a las pretensiones de Antíoco IV (pág. 424) salvó a Egipto de ser anexionado al imperio seléucida. Pero no impidió que la situación interior y exterior del país fuera deteriorándose progresivamente en el marco de una endémica crisis dinástica. La debilidad de la monarquía, desgarrada en continuas luchas por el poder entre soberanos ineptos y muy jóvenes, juguetes de innumerables intrigas cortesanas, repercutió negativamente en la autoridad real, que había sido el principal factor del poder y de la prosperidad de Egipto.

La grave crisis dinástica afectó a las estructuras administrativas y socio-económicas del reino y repercutió negativamente en las finanzas estatales, drásticamente disminuidas como consecuencia de las frecuentes concesiones a clero y funcionarios. Esta falta de autoridad permitió el fortalecimiento de un agresivo nacionalismo, manifestado en continuos moti-



18. ORIENTE DESPUÉS DE LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA DE POMPEYO

nes y revueltas de la población indígena. No obstante, el plegamiento a las consignas de Roma, en el papel de estado satélite, permitió a Egipto mantener precariamente su independencia con la tolerancia romana.

Tolomeo VI.– Como sabemos, en el año 169, un motín popular en Alejandría depuso al rey Tolomeo VI Filométor en favor de sus dos hermanos, Cleopatra II y Tolomeo VIII Fiscón, el "Obeso". Filométor para recuperar el trono acudió a Roma y el problema se resolvió transitoriamente con la división del reino: Tolomeo VI y su hermana-esposa Cleopatra reinarían en Egipto y Chipre; Fiscón, en la Cirenaica. No obstante, las disputas entre los dos hermanos continuaron. En el 154, Fiscón, que se consideraba perjudicado en el reparto, intentó arrebatar a su hermano el dominio de Chipre, aunque sin éxito.

El reinado de Tolomeo VI, tras la recuperación del trono (163-145), estuvo marcado en política exterior por la participación activa de Egipto en los conflictos de la dinastía seléucida. Con el propósito de recuperar la Celesiria, Tolomeo apoyó al pretendiente Alejandro Balas contra Demetrio I y le ofreció la mano de su hija Cleopatra Thea. Luego, como sabemos, se enfrentó a Balas y acabó su vida en el curso de una campaña militar en Siria (145).

Tolomeo VIII.– La muerte de Filométor permitió a su hermano, Tolomeo VIII Fiscón, recuperar Egipto y Chipre durante un largo reinado (145-116), sacudido por gravísimas querellas dinásticas, que desangraron el reino. Desposó a su hermana, Cleopatra II, la viuda del rey, y se desembarazó del heredero al trono, su sobrino, aún niño, Tolomeo VII. Pero, poco después, la decisión de Fiscón de repudiar a su hermana para desposar a la hija de ésta y de Filométor, su sobrina Cleopatra III, desencadenó un mutuo y feroz odio entre los dos hermanos. El conflicto de alcoba degeneró en guerra civil: Cleopatra II era sostenida por la población judía y griega de Alejandría; Tolomeo VIII, por los indígenas.

La larga lucha terminó con la victoria de Fiscón y con la posterior reconciliación de la familia real, que celebró el acontecimiento con un amplio decreto de amnistía. Pero sus secuelas afectaron gravemente al país y a la monarquía. Durante la guerra, Fiscón descargó su odio contra los intelectuales griegos de Alejandría, considerados cómplices de su hermana. Persecuciones y destierros acabaron con el florecimiento de la ciencia alejandrina, que había tenido en el Museo el centro más prestigioso del mundo helenístico. La preocupación por restablecer el orden, por otra parte, obligó a la monarquía a otorgar privilegios y concesiones a amplios sectores de la sociedad, con el consiguiente detrimento para las arcas reales.

La lucha por el poder a la muerte de Tolomeo VIII.– La desgraciada dinastía siguió, tras la muerte de Tolomeo VIII, sometida a las endémicas disputas por el poder. De los dos hijos de Fiscón, Tolomeo IX Soter (116-80), apoyado por la población de Alejandría, obtuvo la corona de Egipto, mientras su hermano menor, Tolomeo X, aunque preferido por su madre, Cleopatra III, hubo de contentarse con el dominio de Chipre. Una vez más estalló la guerra civil entre los dos hermanos, que, con alternantes vicisitudes, acabó en el 88 con la victoria de Soter y la reunificación de Egipto y Chipre. Por su parte, la Cirenaica se independizó, bajo el gobierno de un bastardo de Tolomeo VIII, Tolomeo Apión, que, a su muerte (96), legó sus dominios a los romanos, aunque no fueron convertidos en provincia hasta veinte años después.

Si Egipto, tras la muerte de Tolomeo IX (80), consiguió mantener su independencia todavía durante las siguientes cuatro décadas fue, sobre todo, debido a las luchas de poder en Roma: el gobierno senatorial era reluctante en ofrecer a uno solo de sus miembros la gloria y las ganancias derivadas de la anexión de Egipto.

Tolomeo XII Auletés.- El dictador Sila impuso en el trono egipcio a un hijo de Tolomeo X, Tolomeo XI, que, tras apenas veinte días de reinado, pereció en el curso de un motín de la población de Alejandría. El hijo mayor de Tolomeo IX, Tolomeo XII Auletés, el "Flautista" (80-51), consiguió entonces que los ciudadanos de la capital le eligieran rey provisional de Egipto, mientras su hermano menor se hacía independiente en Chipre.

Sólo en el 59 logró Auletés que él estado romano le reconociera como soberano, gracias, sobre todo, al apoyo de César. Pero la anexión de la isla de Chipre por los romanos, al año siguiente, obligó al rey a huir de la indignada población alejandrina y refugiarse en Roma. Cuando regresó, en el 55, bajo protección romana, desencadenó en Egipto un régimen de terror político y fiscal, que hundió aún más en el caos al infeliz país.

Cleopatra VII: la anexión de Egipto por Roma

La guerra civil.- A su muerte, en el año 51, fue sucedido por sus hijos, Tolomeo XIII, débil juguete en manos de una intrigantes camarilla, y la enérgica Cleopatra VII, cuyo singular destino dio un digno final a la dinastía de los Lágidas. Las desavenencias entre los dos hermanos provocaron el exilio de Cleopatra, que regresó en el año 48 con una pequeña fuerza de mercenarios árabes para luchar por el trono. En estas circunstancias, desembarcaba Pompeyo en Egipto, tras la derrota de Farsalia, para solicitar ayuda de la monarquía. La petición no podía ser más inoportuna; los consejeros de Tolomeo XIII decidieron, por ello, asesinar a Pompeyo.

César y Cleopatra.- Cuando César, tres días después, llegaba a Alejandría, recibió como macabro presente la cabeza de su rival. Pero aprovechó la estancia en la capital del reino para obtener ventajas materiales y políticas e intentar, al mismo tiempo, la reconciliación entre los dos hermanos. La camarilla del rey, como respuesta, asedió a César y a Cleopatra, con sus reducidas tropas en el palacio real. La llegada de refuerzos permitió a César resolver la apurada situación: venció a las fuerzas enemigas y Tolomeo encontró la muerte en su huida; Cleopatra fue restituida en el trono.

La unión de César y Cleopatra, más allá de su vertiente sentimental, beneficiaba políticamente a ambos: la reina podía contar ahora con la protección del poderoso dictador; César, por su parte, con los siempre ricos recursos de Egipto. Pero el asesinato de César, en el 44, puso fin a esta relación. Desde Roma, donde se encontraba, Cleopatra regresó a Egipto.

Cleopatra y Marco Antonio.- Unos años después, en el 41, se producía su encuentro con el triunviro Marco Antonio, comienzo de una unión en la que se mezclaron, no sabemos en qué proporción, la pasión y el cálculo.

Antonio repudió a su mujer, Octavia, la hermana de su colega en el triunvirato, y, esposado con Cleopatra, trató de hacer realidad un fantástico proyecto político: la unificación de todo el Oriente bajo gobierno egipcio. En la nueva jerarquía de poderes, Antonio mantenía un doble papel equívoco: como magistrado, representaba los intereses romanos en Oriente; como esposo de la reina de Egipto, asumía el carácter de soberano helenístico divinizado.

Accio.- El sistema contenía puntos débiles suficientes para ser convertido por su rival Octaviano en objeto de una gigantesca campaña de propaganda, con el único objetivo de eliminar a Antonio. El triunviro fue presentado como instrumento en manos de una reina extranjera, la "egipcia" enemiga de Roma, cúmulo de vicios y perversiones, que utilizaba la debilidad de un romano para destruir el Estado. Octaviano, así, consiguió convertir la lucha contra su rival en cruzada nacional. La derrota de Antonio en Accio (31 a.C.) decidió el destino de Egipto. Cleopatra se suicidó, y el último superviviente de los reinos surgidos del imperio de Alejandro entró a formar parte del Imperio Romano.

CRONOLOGÍA

200	Judea bajo soberanía seléucida
186	Prusias de Bitinia ataca Pérgamo
183	Guerra entre el Ponto y Pérgamo. Farnaces I, rey del Ponto (183-170)
182	Muerte de Aníbal en Bitinia
181	Muerte de Tolomeo V; le sucede Tolomeo VI Filométor (176-145). Tolomeo VIII Fiscón (176-116), asociado al trono
180	Fin de la guerra entre el Ponto y Pérgamo
175	Muerte de Seleuco IV; le sucede Antíoco IV Epífanes (175-63). Jasón, Sumo Sacerdote de Jerusalén
171	Sube al trono de Partia Mitrídates I (171-137)
170	Comienzo de la Sexta Guerra Siria
169	Motín en Alejandría: deposición de Tolomeo VI en favor de Cleopatra II y Tolomeo VIII Fiscón
168	Conquista de Jerusalén: intentos de helenización de los judíos
166	Comienzos de la revuelta de los Macabeos
165	Antíoco en Oriente; amenazas de los partos
164	Restablecimiento en Jerusalén del culto a Yahvé por Judas Macabeo
163	Muerte de Antíoco Epífanes; le sucede Antíoco IV (163)
162	Subida al trono sirio de Demetrio I (162-150)
160	Derrota y muerte de Judas Macabeo.

159 Muerte de Eumenes de Pérgamo; le sucede Atalo II (159-139).

Prusias obligado a concluir la paz con Pérgamo

157 Judea comienza a convertirse en estado sacerdotal independiente

152 Alejandro Balas, rival de Demetrio, reconoce a Jonatán como Sumo Sacerdote

150 Muerte de Demetrio Soter. Le sucede Demetrio II (150-139; 129-125). Mitrídates V, rey de Partia (150-121)

149 Atalo entroniza a Nicomedes II (149-94) como rey de Bitinia

145 Intervención egipcia en Siria. Muerte de Tolomeo VI y Alejandro Balas.

Tolomeo VIII Fiscón, rey de Egipto (146-116)

142 El usurpador Trifón, rey de la Siria mediterránea. Independencia de los judíos, gobernados por Simón

141 Mitrídates I de Partia se anexiona Babilonia

139 Derrota y captura de Demetrio por los partos. Antíoco VII Sidetes (139-129) sube al trono de Siria. Muerte de Atalo II de Pérgamo; le sucede Atalo III (139-133)

138 Muerte de Trifón

134 Muerte de Simón: Juan Hircano, Sumo Sacerdote. Restablecimiento del dominio sirio en Judea

133 Muerte de Atalo III de Pérgamo. Testamento a favor de Roma

132 Revuelta de Aristónico en Asia

131 Guerra civil en Egipto: Tolomeo Fiscón, expulsado de Alejandría; Reinado de Cleopatra II

130 Derrota de Aristónico. Muerte de Antíoco VII Sidetes

129 Creación de la provincia romana de Asia. Segunda parte del reinado de Demetrio II (129-125).

Usurpación de Alejandro Zabinas. Decadencia de los Seléucidas.

Juan Hircano, Sumo Sacerdote de Jerusalén: expansión del estado judío

124 Mitrídates II de Partia consolida su reino

121 Asesinato de Mitrídates V del Ponto; le sucede Mitrídates VI (121-63)

118 Reconciliación de Tolomeo VIII Fiscón y Cleopatra II: amnistía general

116 Muerte de Tolomeo Fiscón. Cirene se separa de Egipto bajo Tolomeo Apión.

Siguen los conflictos dinásticos:

Tolomeo IX Soter (116-80) contra Tolomeo X, que se apodera de Chipre

115 Inicio de las campañas de Mitrídates VI del Ponto en el mar Negro

103 Alejandro Janeo, Sumo Sacerdote de Judea, asume el título de rey (103-76)

101 Mitrídates VI y Nicomedes II de Bitinia se dividen Paflagonia y ocupan Galacia

100 Mitrídates VI ocupa Capadocia. Cilicia, provincia romana

96 Muerte de Tolomeo Apión. Cirene dejada en herencia a Roma, que la anexiona en el 74

95 Mitrídates obligado por Roma a retirarse de Paflagonia y Capadocia.

En Capadocia es instalado como rey Ariobarzanes. Sube al trono de Armenia Tigranes

94 Muerte de Nicomedes II de Bitinia; le sucede Nicomedes III (94-74)

93 Tigranes, yerno de Mitrídates, expulsa a Ariobarzanes de Capadocia

92 Sila restaura en el trono a Ariobarzanes

90 Aquilio empuja a Nicomedes III contra Mitrídates VI

88 Mitrídates en Asia Menor ordena una matanza general de romanos e itálicos.

Asedio de Rodas. Atenas se alía a Mitrídates (Primera Guerra Mitridática).

Tolomeo IX vence a Tolomeo X y recupera Chipre

87 Sila en Grecia: asalto de Atenas

86 Caída de Atenas. Batallas de Queronea y Orcómenos

85 Paz de Dárdanos. Restablecimiento de Nicomedes III y Ariobarzanes

82 Operaciones de Murena contra Mitrídates (Segunda Guerra Mitridática)

Tigranes de Armenia anexiona Siria (hasta el 69)

Murena, rechazado de Capadocia. Sila ordena el cese de las hostilidades

80 Muerte de Tolomeo IX; Tolomeo XI, entronizado por Sila, es asesinado; le sucede Tolomeo XII Auletés (80-51)

76 Muerte de Alejandro Janeo

75 Muerte de Nicomedes III de Bitinia, que deja su reino a los romanos

74 Comienzo de la tercera Guerra Mitridática: Mitrídates invade Bitinia

72 Victorias de Lúculo sobre Mitrídates

71 Mitrídates se refugia junto a su yerno Tigranes de Armenia

69 Lúculo invade Armenia y ocupa Tigranocerta.

Tigranes evacúa Siria, donde es entronizado Antíoco XIII

68 Mitrídates regresa al Ponto. Descontento entre las tropas de Lúculo

66 Pompeyo sustituye a Lúculo y firma un acuerdo con Fraates III de Partia, que ataca Armenia.

Derrota final de Mitrídates

65 Campaña de Pompeyo en Armenia. Rendición de Tigranes, que es confirmado en el trono

64	Pompeyo en Siria: fin de la monarquía seléucida. Siria, provincia romana
63	Muerte de Mitrídates. Pompeyo en Judea: caída de Jerusalén y fin del poder de los Asmoneos.
62	Pompeyo organiza Oriente: Bitinia y Cilicia, provincias; anexión de Creta. Imposición de reyes clientes
59	El senado reconoce a Tolomeo XII Auletés como rey de Egipto
58	Anexión de Chipre a la provincia de Cilicia: Tolomeo expulsado de Alejandría
54	Reposición de Auletés
51	Muerte de Tolomeo XII Auletés; le suceden Tolomeo XIII y Cleopatra VII
49	Guerra entre Tolomeo XIII y Cleopatra VII
48	Desembarco y muerte de Pompeyo en Egipto. Llegada de César. "Guerra de Alejandría"
34	Antonio en Alejandría: reparto de Oriente entre los miembros de la familia real de Egipto
31	Batalla de Accio
30	Muerte de Antonio y Cleopatra

BIBLIOGRAFÍA

El reino seléucida

BELLINGER, A. B., *The End of the Seleucids*, New Haven, 1949; FISCHER, TH., *Untersuchungen zum Parther-Krieg Antiochos VII. im Rahmen der Seleukidengeschichte*, Tubingen, 1970; ID., *Beiträge zur Seleukidengeschichte und zu den politischen Ereignissen in Judäa während der 1. Hälfte des 2. Jahrhunderts v. Chr.*, Bochum, 1980; GRUEN, E. S., "Rome and the Seleucids in the Aftermath of Pydna", *Chiron 6, 1976, 73-95; HASNSEN, H.L., Die Politik Antiochos des IV.*, Oslo, 1943; HENGEL, M., *Juden, Griechen und Barbaren: Aspekte der Hellenisierung des Judentums im vorchristliche Zeit, Stuttgart*, 1976; MORKHOLM, O., *Antiochus IV of Syria*, Copenhague, 1966; SWAIN, J. W., "Antiochus Epiphanes and Egypt", *CPh* 39, 1944, 73 y ss.; VAN'T HOF, P., *Bijdrage tot de kennis van Antiochus IV Epiphanes Konig van Syrie*, Amsterdam, 1955; WILL, E., "Rome et les Seleucides", *ANRW, I, 1*, Berlín, 1971, 590-632.

El reino de Pérgamo

AFRICA, T., "Aristonicus, Blosius and the City of the Sun", *Intern. Rev. Soc. Hist.* 6, 1961, 110-124; CARRATA HOLNES, F., *La rivolta di Aristonico e le origini della provincia romana d'Asia*, Turin, 1968; CHAPOT, V., *La province romaine d'Asie depuis ses origines jusqu'a la fin du Haut Empire*, Paris, 1904 (reimpr., 1967); FOUCART, P., "La formation de la province romaine d'Asie", *Mém. Acad. Inscript.* 37, 1904, 297-339; HANSEN, E. V., *The Attalids of Pergamon*, Ithaca and Londres, 1971; HOPP, J., *Untersuchungen zur Geschichte der letzten Attaliden*, Munich, 1977; TIBILETTI, G., "Roma and the ager pergameneus", *JRS* XLVII, 1957, 63 ss.; VOGT, J., "Pergamon und Aristonikos", *Atti del terzo Congresso Internationale di Epigraphie greca e latina*, Roma, 1959, 45 ss.; VAVRINEK, V., *La révolte d'Aristonicos*, Praga, 1957; ID., "Aristonicus of Pergamum: Pretender to the Throne or Leader of a Slave Revolt?", *Eirene* 13, 1975, 109-129; VOGT, J., "Pergamon und Aristonikos", *Atti Terzo Congr. Intern. Epigr. Gr. e Lat.*, Roma, 1957, Roma, 1959, 45-54.

Mitrídates VI del Ponto y la lucha con Roma

CASTAGNA, M., *Mitridate VI Eupatore, re del Ponto*, Portici, 1938; ECKARDT, K., "Die armenischen Feldzüge des Lucullus", *Klio* 10, 1910, 72-115; 193-231; GLEW, D., "Mithridates Eupator and Rome: a study of the background of the 1st Mithridatic war", *Athenaeum* 55, 1977, 380 ss.; ID., *The Outbreak of the First Mithridatic War*, Princeton, 1971; HOBEN, W., *Untersuchungen zur Stellung kleinasiatischen Dynasten in den Machtkampfen der ausgehenden römischen Republik*, Maguncia, 1969; LINTOTT, A. W., "Mithridatica", *Historia* 25, 1976, 489-491; MAGIE, D., *Roman Rule in Asia minor*, 2 vols., Princeton, 1950; McGING, B. C., *The foreign policy of Mithridates VI Eupator king of Pontus*, Leiden 1986; OLSHAUSEN, E., "Mithridates VI und Rom", *ANRW, I, 1*, Berlín, 1972, 806-815; OOTEGHEM, J. v., *Lucius Licinius Lucullus*, Bruselas, 1959.

La guerra mitridática de Pompeyo y la reorganización de Oriente

ANDERSON, J. G. C., "Pompey's Campaign against Mithridates", *JRS* 12, 1922, 99 y ss.; BELLINGER A. R., "The end of the Seleucids", *Trans. Connecticut Acad. of Arts and Sc.* 38, 1949 51-102; BURR, V., "Rom und Judäa im I. Jahrhundert v. Chr. Pompeius und die Juden", *ANRW, I, 2*, Berlin, 1972, 875-886; CHAPOT, V., *La frontiere de l'Eufrate de Pompée a la conquête arabe*, París, 1907; DOBIAS, J., "Les premiers rapports de Rome avec les Parthes et l'occupation de la Syrie", *Archiv Orientalni* 3, 1931, 215-256; DOWNEY, G., "The occupation of Syrien by the Romans", *TAPhA* 82, 1951, 149 ss.; DREIZEHNTER, A., "Pompeius als Städtegrunder", *Chiron* 5, 1975, 213-246; GUZE, F., "Die Feldzüge des dritten mithridatischen Krieges in Pontos und Armenien", *Klio* 20, 1926, 332-343; LEWIS, M. F., *A History of Bithynia under Roman Rule 74 B. C. -14 A. D.*, Minneapolis, 1973; MARSHALL, A. J., "Pompey's organisation of Bithynia-Pontus: two neglected texts", *JRS* 58, 1968, 103-109; PULCI BREGLIA, D., "La provincia Cilicia e gli ordenamenti di Pompeo", *RAAN* 47, 1972, 327-387; RIZZO, F. P., "Le fonti per la storia della conquista pompeiana della Siria", *Kokalos*, Suppl., 2, 1963; SMALLWOOD, E. M., *The Jews under Roman Rule, from Pompey to Diocletian*, Leiden, 1976; VITUCCI, G., "Gli ordinamenti costitutivi di Pompeio in terra d'Asia", *RAL* 8, 1947, 428-447; ID, *Il regno di Bitinia*, Roma, 1953.

El fin de los Lágidas

AYMARD, A.: "Tutelle et usurpation dans les monarchies hellénistiques", *Aegyptus* XXXII, 1952, 85 ss.; HUSS, W., *Untersuchungen zur Aussenpolitik Ptolemaios IV.*, Munich, 1976; MANNI, E., "L'Egitto tolemaico nei suoi rapporti politici con Roma I. L' 'amicitia'", *RFIC* 27, 1949, 79-106; II. "L'instaurazione del protettorato romano", *ibid.*, 28, 1950, 229-262; OLSHAUSEN, E., *Rom und Agypten von 116 bis 51 v. Chr.*, Erlangen-Nürnberg, 1963; PASSERINI, A., "Roma e l'Egitto durante la terza guerra macedonica", *Athenaeum* 13, 1935, 317-342; PEREMANS, W. - VANT DACK, E., "Sur

les rapports de Rome avec les Lagides", *ANRW, I, 1*, Berlin, 1972, 660-667; WINKLER, H., *Rom und Aegypten im 2. Jahrbundert v. Chr.*, Leipzig, 1933.

Cleopatra VII

BUCHHEIM, H., "Die Orientpolitik des Triumvim M. Antonius", *Abh. Heidelb. Akad. Wiss. Phil-bist. Kl.* 3, 1974; CRAVEN, L., *Antonys oriental Policy*, St. Louis, 1920; LINDSAY, J., *Cleopatra*, Londres, 1970; TARN, W. W. -CHARLESWORTH, M. P., *Octavian, Antonius and Kleopatra*, Munich, 1967; VOLKMANN, H., *Kleopatra*, Munich, 1953; WEIGALL, A., *Cleopatre. Sa vie et son temps*, París, 1952; ZWAENEPOEL, A., "La politique orientale d' Antoine", *LEC* 19, 1950, 3-15.

XXVIII EL MUNDO HELENÍSTICO: ESTADO, SOCIEDAD Y ECONOMÍA

1. El Estado

Las nuevas monarquías

La innovación más importante del Helenismo en el ámbito político es la creación de monarquías militares de carácter absolutista en los estados surgidos como consecuencia del desmembramiento del imperio de Alejandro. Frente a las *poleis* griegas, donde eran los ciudadanos quienes constituían el Estado, éste tiene ahora carácter territorial: el rey, como único dueño, ejerce su poder sobre todos los habitantes del reino.

Con excepción de Macedonia, que conservó su carácter nacional, los restantes estados helenísticos fueron considerados por sus reyes como territorios ganados por derecho de conquista y, por consiguiente, transmisibles por herencia como un bien privado. Sus habitantes, sin excepción, eran súbditos del monarca, aunque no en el mismo grado: era la gracia del rey la que establecía las altas posiciones sociales, que podían ser revocadas en todo momento y que, en principio, estaban reservadas a los conquistadores, macedonios y griegos.

No obstante, no todos los estados surgidos del imperio de Alejandro fueron organizados del mismo modo; las diferencias de población y de tradiciones obligaron a los soberanos a resolver de distinto modo los problemas estructurales con los que se encontraron en sus correspondientes reinos. Pero también existieron en ellos semejanzas, en sus estructuras y en sus instituciones, que permiten trazar un perfil común de la monarquía helenística.

Rasgo común de los reinos helenísticos es su amplitud territorial y su gran número de habitantes: así, el reino de Seleuco se extendía por una superficie de tres millones y medio de kilómetros cuadrados, con unos treinta millones de habitantes; Egipto, por su parte, llegaba a los cien mil, con siete millones y medio u ocho de almas. Si bien los restantes estados no llegaban a esas cifras, siempre eran muy superiores a las del limitado horizonte del mundo de las *poleis*.

Caracteres de la monarquía helenística

Diferentes elementos confluyeron en la caracterización de la monarquía y le proporcionaron su justificación ideológica.

Justificación ideológica: antecedentes.– Desde el siglo IV, los filósofos habían difundido en Grecia el concepto del hombre fuerte y providencial, llamado a ejercer la soberanía sobre los hombres e impartir justicia gracias a su personalidad superior, dotada de caracteres divinos. Alejandro, si bien monarca de un reino patriarcal, que debía contar con una fuerte nobleza y que, por ello, en Macedonia, apenas si era algo más que un *primus inter pares*, consiguió, gracias a sus victorias, ir imponiendo la convicción del carácter semidivino de su persona. En el camino hacia la concepción teocrática de la monarquía fue determinante la estancia de Alejandro en Egipto y la salutación por parte del clero como "hijo de Amón", pero, sobre todo, el contacto con la monarquía aqueménide y la determinación del rey macedonio, una vez muerto Darío, de convertirse en su heredero legítimo. Confluyeron así en Alejandro la concepción teocrática de la monarquía aqueménide –el rey, representante del orden estatal como descendiente de la divinidad– y la mística de la victoria, es decir, los éxitos militares como prueba del favor de los dioses. Esta concepción teocrática aún se vio reforzada cuando Alejandro exigió de manera expresa su reconocimiento como divinidad, que, tras su muerte, dio origen a la institución de un culto oficial a su persona.

La ideología monárquica.– Sus sucesores, los diádocos, tras veinte años de sangrientas luchas, enterraron para siempre incluso la idea de imperio con su decisión de proclamarse reyes, a partir del 305. Si bien los estados donde se entronizaron eran "territorios ganados por la lanza", es decir, conseguidos por medio de la conquista y, como tales, bienes privados, necesitaban legitimar su monarquía y estabilizarla con la fundación de una dinastía. Recurrieron para ello a la filosofía cínica y estoica y a sus concepciones sobre el derecho monárquico: es la inteligencia y la capacidad política y militar de una personalidad individual sobresaliente la que justifica el carácter de rey, que, a imagen de Zeus en el cielo, materializa en la tierra el orden racional como ley viva y encarnada *(nomos empsychos)*. Pero también intervinieron en la caracterización de estas monarquías los factores teocráticos orientales, ya presentes con Alejandro: el soberano dispone de un poder absoluto como hijo de la divinidad y dios él mismo. No obstante, la filosofía griega impuso a este monarca absoluto, como norma de legitimidad, ciertas obligaciones morales: piedad, magnanimidad, filantropía...

El culto al soberano.– El culto al soberano se convirtió en otro factor de legitimidad. Al culto tributado a Alejandro, pronto se añadieron honores divinos a los reyes difuntos y, posteriormente, al soberano reinante y a su esposa. Lágidas y Seléucidas encontraron en el culto oficial al soberano un excelente medio de vinculación de los súbditos a la monarquía y de otorgar mayor solemnidad y fuerza a las decisiones reales.

El culto estatal, manifestado en la erección de imágenes, consagración de templos e institución de sacrificios y conmemoraciones, se convirtió así en fundamento de la monarquía y en la expresión más evidente del gobierno absoluto. A subrayar el carácter divino de los monarcas contribuyeron la presencia de la imagen del rey en las monedas y la asunción de calificativos divinos por parte de los monarcas en las titulaturas oficiales, como "bienhechor", *Epífanes* "manifestación de la divinidad" o "salvador".

Símbolos reales.– Era la diadema, una cinta que rodeaba la frente, el símbolo material más importante de la dignidad real, a la que se sumaron los vestidos de color púrpura, el cetro, los anillos con sello y el fuego sagrado, la mayoría de ellos tomados de la corte aqueménide.

Caracteres hereditarios.– La monarquía helenística, aunque personal en su origen, se convirtió en hereditaria, precisamente por la consideración del reino como bien privado. Se formaron así una serie de dinastías, que dieron estabilidad a la transmisión del poder, no exenta, sin embargo, en ocasiones, de violencias, como hemos visto al considerar la evolución política de los distintos reinos. La transmisión, en general, de padre a hijo, respetaba la primogenitura.

En muchos casos, para asegurar la transmisión de la dignidad real al sucesor, se instituyó por parte de los reyes helenísticos la corregencia: el padre asociaba al trono al hijo y podía cederle, como virrey, parte de los territorios del reino. Este fue el caso, por ejemplo, de los Seléucidas, donde el príncipe cumplía el papel de gobernador general de las satrapías orientales, al este del Éufrates.

El papel de las reinas.– Innovación helenística fue la importancia reservada a las reinas, que podían participar, a veces con un papel superior al del propio soberano, en el gobierno. La monogamia fue la regla general en los matrimonios reales, entre contrayentes de igual o semejante categoría. A imitación aqueménide o en seguimiento de costumbres indígenas egipcias, se extendió el uso entre las casas reinantes del matrimonio consanguíneo para mantener la pureza de la raza o quizá para evitar posibles pretendientes extranjeros al trono. Nombres como los de Laodice y Berenice, Arsinoe II, las tres primeras Cleopatras o Cleopatra Thea han contribuido a extender la imagen de las reinas helenísticas ambiciosas, crueles y exentas de escrúpulos, pero también grandes estadistas.

La organización de los reinos

La corte.– En torno del rey se forma una corte *(aule)*, constituida por los elementos más cercanos a la persona del soberano. Lentamente surge en ella una etiqueta, destinada a diferenciar al rey y su entorno del común de los súbditos, y proliferan los títulos honoríficos, como las designaciones de "parientes" o "amigos" del rey, con múltiples graduaciones, que contribuyen a la formación de una especie de nobleza personal. Sede de la corte es la capital del reino, donde se levanta el palacio real. Estas capitales –Alejandría, Antioquía, Pella, Pérgamo–, a veces de nueva planta, fueron embellecidas por los monar-

cas con espléndidos monumentos y se convirtieron en importantes centros de cultura griega, al congregar en torno al palacio real a sabios, literatos y artistas.

Las Asambleas del Ejército.– Los grandes reinos helenísticos –Macedonia, Egipto y Siria– mantuvieron, como herencia de la monarquía electiva macedonia, la existencia de "Asambleas del Ejército", sobre cuyas funciones se discute. En principio, estas asambleas tenían como funciones principales el derecho de aclamación del rey y atribuciones jurisdiccionales específicas, como el enjuiciamiento de los reos de alta traición. Aunque el carácter hereditario de la monarquía les hizo perder importancia –con excepción del reino de Macedonia, donde mantuvo sus prerrogativas–, pervivieron durante toda la existencia política del Helenismo, aunque suplantadas por las guarniciones de las capitales de los reinos, Alejandría y Antioquía.

La administración.– Estas asambleas no intervenían en las decisiones de Estado, patrimonio exclusivo del rey, que, como ley animada y viviente, legislaba y tomaba decisiones no sometidas a ningún órgano de ratificación o supervisión. La ley, pues, emanaba directamente del monarca, que la hacía conocer a través de textos con formas variadas: ordenanzas, cartas, reglamentos, decretos... Pero aunque rey y Estado se identificaban, la imposibilidad de conocer y decidir directamente sobre todos los asuntos del reino obligaba al monarca a descargar las tareas de administración en "amigos", que cumplían el papel de ministros y funcionarios por libre voluntad real. La gran extensión territorial de los reinos helenísticos obligaba a subdivisiones administrativas, generalmente calcadas de las existentes antes de la conquista de Alejandro. Así, el reino seléucida estuvo dividido, como en época aqueménide, en satrapías; Egipto, por su parte, en *nomos*. Al frente de estos distritos, un prepósito representaba directamente al monarca, pero con el tiempo fueron sustituidos por *strategoi*, es decir, comandantes dotados de poderes civiles y militares.

El ejército.– No obstante, dos funciones eran prerrogativa exclusiva del rey: el sacerdocio supremo y el mando del ejército. Si se tiene en cuenta que el fundamento en el que se apoyaba la monarquía helenística era el derecho de victoria y la capacidad de guiar un ejército, se comprende la importancia que tuvo la institución militar en todos los reinos.

Su organización continuó siendo la misma del ejército macedonio de Filipo II y Alejandro y se basaba en una infantería pesada en formación compacta –la falange–, combinada con escuadrones de lanceros de caballería, ambos de origen macedonio, apoyados por tropas ligeras *(peltastas)* y mercenarios de diferentes procedencias. Si en un primer momento se constata una febril búsqueda de soldados macedonios y griegos, que fueron atraídos a los varios estados con diversos expedientes, la incapacidad demográfica de la península Balcánica para hacer frente a la constante necesidad de efectivos obligó a buscarles sustitutos en otras regiones, como Tracia y Asia Menor, y, finalmente, recurrir a los propios indígenas: iranios, semitas y egipcios.

El amurallamiento de las ciudades obligó a perfeccionar el arte del asedio o poliorcética, con máquinas de artillería, como la ballesta y la catapulta, torres y diversos tipos de arietes e ingenios cada vez más complejos. Por otro lado, el irrenunciable propósito de los tres grandes reinos de controlar el mar Egeo y el Mediterráneo oriental contribuyó a hacer progresar la industria naval de guerra, con enormes flotas y navíos, en ocasiones, de impresionantes dimensiones.

2. La sociedad

Griegos e indígenas

El encuentro entre diferentes pueblos y culturas y las mutuas influencias derivadas de este encuentro son, sin duda, los elementos determinantes que caracterizan el mundo helenístico. Su consecuencia fundamental fue una tendencia a la uniformidad, que derivó en una cultura común de corte griego pero teñida de elementos orientales.

Este encuentro en sus orígenes no fue pacífico, puesto que se produjo como consecuencia de la superposición de una clase de conquistadores greco-macedonios a una masa de indígenas orientales vencidos.

La emigración griega a Oriente.– La emigración hacia Asia y Egipto de elementos macedonios y griegos, tanto del continente como de las costas de Asia Menor, fue el primer y más evidente modo de contacto social y cultural, aunque en un principio existieran reacciones de defensa tanto de los greco-macedonios para preservar su pureza –teniendo en cuenta su desproporción numérica frente a la masa indígena– como de los orientales para conservar sus costumbres tradicionales. No obstante, la fusión fue finalmente el denominador común, si hacemos excepción de ciertas tendencias contrarias, sobre todo en Judea y en el mundo iranio, que basaron en el nacionalismo cultural su lucha por la independencia.

Los emigrantes que se trasladaban a Oriente –soldados, funcionarios, comerciantes, artistas...– eran todos ellos portadores de la civilización griega, una civilización de carácter urbano, que trató de reproducirse en las nuevas sedes de diferentes maneras.

La urbanización.– En seguimiento de la política urbanizadora de Alejandro, los reyes helenísticos trataron de dotar a sus estados de numerosas ciudades. La única excepción fue Egipto, aunque en su territorio se levantaba la ciudad más importante del Helenismo, Alejandría.

Estas comunidades eran de diferentes tipos: algunas eran de nueva planta, fundadas por los monarcas por diversas razones, favorecimiento de la economía, atracción del elemento griego, política de helenización, intereses de defensa o administrativos... Surgen así ciudades como Alejandría de Egipto, Antioquía, Laodicea o Seleucia, dotadas de murallas y de edificios monumentales, para albergar a una población mixta de ciudadanos greco-macedonios, indígenas libres y esclavos. Son verdaderas *poleis*, cuya autonomía municipal

sin embargo tiene que tolerar la supervisión de un representante del monarca. En otros casos, se trata de ciudades ya existentes que recibían una colonia griega, generalmente de funcionarios o de soldados, establecidos como guarnición. Es el caso de Pérgamo, Tarso o Sardes, que, con el tiempo, asumieron el aspecto de ciudades griegas, con las típicas instituciones de la *polis*.

Pero incluso cuando no se produce esta política de urbanización, como es el caso de Egipto o de las numerosas colonias militares (*katoikiai*) del reino seléucida, los griegos formaron comunidades sociales y religiosas con elementos culturales, como gimnasios, fiestas y cultos, característicos del mundo griego.

Las clases sociales

El establecimiento de elementos griegos produjo una incipiente helenización de las poblaciones locales, que fue profundizándose con el tiempo. La sociedad helenística fue una sociedad colonial, donde el criterio étnico determinaba en gran medida la posición social. En un principio, pues, estaba reservado a los conquistadores el poder y la riqueza. Pero, con el tiempo, al criterio étnico se superpuso la diferenciación social basada en la riqueza y no en la raza. Si bien los puestos más elevados, tanto en la milicia como en la burocracia, estaban reservados a macedonios y griegos, desde el principio, tanto en Asia como en Egipto, numerosos indígenas ocuparon puestos de responsabilidad en la administración, primero como funcionarios medios e inferiores y luego también como titulares de altos cargos. En todo caso, puesto que la administración utilizaba el griego como lengua oficial, estos funcionarios hubieron de helenizarse: de este modo, la carrera administrativa posibilitó una estrecha relación entre griegos e indígenas.

En la sociedad helenística, el funcionario constituye un tipo característico, sin el que apenas podría concebirse la administración centralizada de reinos tan vastos. Como agentes del monarca, los funcionarios eran los encargados de hacer cumplir la voluntad real y de asegurar la explotación de los recursos económicos del reino. Sin duda, el sistema no era perfecto y dio origen a un buen número de abusos, pero fue la base de una administración eficaz, que los romanos luego tomarían como modelo.

La "burguesía".– Pero también es característica del helenismo la existencia de una "burguesía", numerosa y acomodada, enriquecida gracias a actividades artesanales, comerciales, financieras o al arrendamiento de contratas estatales, y propietaria de bienes inmuebles, urbanos y agrícolas. Generalmente, disfrutaban de un apreciable nivel de vida, no sólo por los medios materiales con que contaban sino por su elevado nivel intelectual. Si los griegos contaron en principio con mejores posiciones de salida para enriquecerse en las múltiples actividades públicas y privadas que generó el Helenismo, la posibilidad de hacer fortuna no estuvo vedada a los indígenas, que consiguieron a menudo ocupar en la jerarquía social un lugar a veces más elevado que muchos griegos y acumular enormes

patrimonios. Fue en esta burguesía donde se extendió la nueva cultura helenística común que, posteriormente, se exportaría a Roma.

El clero indígena.– No obstante, entre los estratos privilegiados o acomodados de la sociedad helenística hay una excepción que no hizo de esta cultura común una seña de identidad. Se trata del clero indígena, al servicio de los dioses nacionales, egipcios o asiáticos. Los monarcas desarrollaron una política de tolerancia o, aún más, de favor con un colectivo que, como depositario de la religión, tenía el poder de controlar a las masas. Así otorgaron a santuarios y sacerdotes continuos privilegios, inmunidades y regalos. Mientras la monarquía fue fuerte, este clero, conservador y oportunista, pudo ser utilizado al servicio del Estado, pero, desde el siglo II a.C., aprovecharon la debilidad del trono para aumentar su influencia, poder y riqueza, utilizándolos incluso contra el monarca para arrancarle aún más privilegios.

Los soldados.– Fueron los soldados, sin duda, el factor esencial en el proceso de helenización de Oriente. Las continuas guerras dieron al ejército un papel esencial y convirtieron la captación de soldados por parte de los reyes helenísticos en factor prioritario. Frente al sistema de reclutamiento cívico, característico de la *polis*, en el mundo helenístico se impuso por doquier el mercenariado. Si, como hemos dicho, durante el siglo III el elemento greco-macedonio fue el preferido, la creciente demanda abrió las filas de los ejércitos a mercenarios procedentes prácticamente de todo el mundo conocido: Tracia, el Danubio, Asia Menor, Siria y Fenicia, pero también el interior de África, el Occidente y la India. Cada vez en mayor medida, los soberanos se vieron en la necesidad de recurrir a soldados indígenas, con graves repercusiones políticas, como ocurrió en Egipto tras la batalla de Rafia (vid. pág. 401).

El soldado como factor social experimenta a lo largo de la época helenística una profunda evolución. Si en el siglo III está bien retribuido y se superpone a la población indígena como elemento privilegiado y, en consecuencia, prepotente y odiado, en el II, al compás del empobrecimiento de las monarquías, la condición del soldado –mal pagado– se acerca a la del campesino, con quien hace causa común, no en pequeña medida por el carácter indígena de uno y otro.

Las colonias militares.– La necesidad para los soberanos de atraer y mantener mercenarios en sus reinos explica la fundación de *katoikiai* o colonias militares, como ocurre en el Asia seléucida, o la original institución de la cleruquía, esto es, la atribución a soldados de lotes de tierra cultivable, característica del Egipto lágida. Aunque la concesión era a título personal e inalienable y retornaba al rey a la muerte del cleruco, si no existía descendencia masculina que tomara el oficio de las armas, con el tiempo y al compás del progresivo empobrecimiento del reino lágida, la necesidad de asegurar el cultivo del suelo

llevó a los soberanos a hacer concesiones hasta convertir las parcelas en hereditarias e incluso alienables.

El campesinado libre.– El soldado marca la línea de transición entre los estratos privilegiados –burguesía, funcionarios, clero– y el mundo del trabajo, entre el mundo urbano de los explotadores y el rural de los explotados.

Aunque la esclavitud se generaliza en el mundo helenístico, la masa de los trabajadores –campesinos y artesanos– es libre. La agricultura es la actividad básica y continúa en las precarias condiciones de épocas anteriores, sin apenas mejoras técnicas. El campesino tiene que arrastrar una vida penosa entre la ingratitud de la tierra, las exigencias del Estado y la avidez de los funcionarios, que le exprimen cada vez más. Es en Egipto donde mejor conocemos las opresivas condiciones de la vida agrícola, que generaron como rechazo la huida del campesino *(anachoresis)* hacia Alejandría, los templos o el desierto.

Los esclavos.– En la base de la pirámide social se encuentran los esclavos. En época helenística la esclavitud era aceptada como un aspecto normal de la vida social y el número de los esclavos era elevado, aunque no disponemos de estadísticas fiables. Sus fuentes de reclutamiento eran, como antes, las guerras –con la consiguiente esclavización de prisioneros– y el comercio a gran escala, especialmente activo en la región del mar Negro.

El esclavo, considerado como "instrumento viviente" por Aristóteles, era utilizado en una gran variedad de actividades: desde el penoso trabajo en minas y canteras, a las haciendas agrícolas y talleres artesanales y, sobre todo, en el servicio doméstico. La filosofía estoica luchó por suavizar los rasgos más brutales de la esclavitud, tratando de devolver al esclavo su dignidad humana.

La corriente de esclavos tracios, escitas, semitas y anatolios que en el siglo III había afluido hacia el Mediterráneo oriental, cambió de dirección a partir del siglo II a.C., cuando Roma intervino militarmente en el mundo helenístico. Desde entonces y sin solución de continuidad, afluyeron a Roma e Italia ingentes masas de griegos, orientales y de otros pueblos helenizados, en correspondencia con la creciente demanda por parte romana para su utilización en la agricultura latifundista de mercado o como objeto de lujo.

La *koiné* helenística

El fenómeno más llamativo de esta sociedad fue la fusión de razas. Si es cierto que los emigrantes griegos fueron contagiados por los usos indígenas, sobre todo en el ámbito religioso, tuvo mayor alcance el fenómeno contrario: los indígenas, por sincera admiración o por interés, trataron de imitar a los conquistadores, especialmente en las ciudades y en los medios burocráticos y comerciales; el gimnasio, así, se convirtió por todas partes en el símbolo ideal del estilo de vida helenístico. En ello incidieron, como hemos visto, la emigración de griegos y macedonios, la fundación de ciudades, la fusión de razas, el mercenariado, el tráfico comercial y la afluencia de esclavos. Todos estos factores contribuyeron a formar una raza y una civilización homogéneas, con una lengua común, la *koiné* griega, que se impuso a las lenguas locales. Y, cuando, en el curso del siglo II a.C., Roma puso su pie en el Oriente mediterráneo, estas corrientes se extendieron también a Occidente, traídas y llevadas por comerciantes y banqueros, soldados y esclavos. Las ideas y los modelos procedentes de Oriente influyeron en el arte, la literatura, la religión y el derecho e impregnaron la cultura romana de elementos griegos y helenísticos.

3. Economía

Desde el punto de vista económico, el mundo helenístico continuó sirviéndose de los sistemas ya existentes en la época clásica aunque con un ritmo más rápido y a mayor escala. También se vio afectado por una serie de fenómenos, entre los que merecen destacarse el nuevo factor representado por las monarquías territoriales griegas y su incidencia en la producción, la ampliación de los horizontes geográficos y la correspondiente intensificación del comercio, la fuerte urbanización y la extensión de la economía monetaria. No obstante, el largo período de tres siglos que abarca la historia del mundo helenístico y la falta de homogeneidad entre sus diversos componentes territoriales sólo permiten señalar, entre muchos puntos oscuros, ciertos caracteres generales.

Agricultura

La agricultura continuó siendo el sector básico de la producción, como antes muy poco evolucionado, en el que se insertaría el Estado como factor esencial.

Los reyes griegos de los estados orientales, como sucesores de los faraones o de los Aqueménides, heredaron un régimen de tierra que los puso en posesión de una parte considerable del suelo. La mayor parte de la tierra pertenecía así, por derecho de conquista, al rey: era la tierra real *(chora basilike)*, explotada mediante arrendamientos a "campesinos reales". No obstante, no toda la tierra era propiedad del monarca. Por una parte, los soberanos se vieron obligados a hacer concesiones, tanto a colectividades –ciudades, templos...– como a individuos, dignatarios y soldados; por otra, existía una propiedad privada, anterior a la conquista macedonia y luego incrementada por la venta de parte de la tierra real.

Es lógico que los monarcas trataran de sacar los mayores rendimientos posibles de estas propiedades, mediante sistemas de explotación que sólo son bien conocidos en Egipto, gracias a la abundancia de la documentación que proporcionan numerosos papiros.

El "mercantilismo" egipcio.– En el viejo país del Nilo, con una economía esencialmente agrícola, se incrementaron los esfuerzos de producción por dos razones: la necesidad de alimentar a los conquistadores, improductivos, y los enormes gastos de la corte y de la administración, pagados en moneda, que obligaron al poder a aumentar las exportaciones para transformarlas en masa monetaria. De ahí, que el monarca organice y controle exhaus-

tivamente la producción agrícola, con un régimen de monopolios y de opresiva fiscalidad. No obstante, este esfuerzo de productividad, estimulado por el poder, no repercutió en una mejora de las condiciones sociales de los campesinos, ni en un aumento del consumo, ya que los productos obtenidos fueron desviados hacia el comercio exterior para aumentar las reservas del tesoro real.

Esta política, considerada como "mercantilista" o de "dirigismo estatal", estableció una relación constante entre producción y fiscalidad no sólo en la agricultura sino también en ciertas ramas del artesanado, como el aceite y la cerveza, los tejidos de lino o el papiro, considerados como monopolio del Estado.

Mucha menos información tenemos sobre los restantes reinos, en los que no parece poder atestiguarse una verdadera política de productividad agrícola o artesanal, aunque sin duda sus respectivos gobernantes se interesaron por un aumento de la producción.

Comercio

Los nuevos factores.– Este aumento se produjo más bien indirectamente como consecuencia de las conquistas de Alejandro, que, al ampliar el horizonte del mundo conocido, permitieron una intensificación y una mayor extensión del comercio internacional. Factores convergentes vinieron en ayuda de este incremento, como el perfeccionamiento de las técnicas de navegación, la construcción de mejores puertos, la mayor practicabilidad de rutas terrestres y, sobre todo, la considerable demanda tanto de productos vitales como de mercancías de lujo. Es cierto que, en contrapartida, las frecuentes guerras y la proliferación de la piratería impusieron condiciones desfavorables a este desarrollo.

Por otra parte, la ampliación de las áreas accesibles al comercio griego no incluyó ámbitos de producción nuevos, cuyos objetos, como antes, sólo llegaban a manos griegas a través de intermediarios extranjeros, como es el caso del ámbar y el estaño, la seda o las especias. Además, en perjuicio del comercio griego, vino a añadirse la fuerte competencia de Cartago y Roma en el Mediterráneo; de árabes y partos en el comercio caravanero con el Asia Central, la India y el Lejano Oriente.

Corrientes comerciales.– Diferencias con respecto a la Época Clásica fueron la desaparición de la economía de tipo colonial, esto es, la colocación de productos griegos en regiones subdesarrolladas, la potenciación del comercio de los diferentes reinos helenísticos entre sí y con Grecia y la llegada de productos exóticos del Lejano Oriente y del interior de África al Mediterráneo.

El desplazamiento de los centros de poder hizo perder a Grecia su papel central en el comercio marítimo, que pasó a concentrarse en los puertos de Asia Menor, Siria y Egipto. Apenas dos plazas, Rodas y Corinto, conservaron su vieja importancia, que, en cualquier caso, no podían competir con Alejandría, centro de una actividad económica intensa como

único puerto auténtico de Egipto, de importación, exportación y tránsito de mercancías procedentes del interior de África, de la India y de Arabia.

Desde los grandes puertos, las mercancías circulaban hacia el interior gracias a la correspondencia con vías de comunicación terrestres o fluviales o mediante el comercio caravanero. Los objetos de intercambio no eran muy variados pero sí objeto de un tráfico intenso: en primer lugar, alimentos y materias primas –metales, maderas y mineral–, tejidos corrientes y finos –lana, lino, sedas–, vestidos y bordados, cerámica, recipientes y objetos de metal y vidrio, piezas de orfebrería y mercancías exóticas como incienso, marfil, especias, perlas y piedras preciosas y semipreciosas. Característico, por otra parte, del Helenismo es la extensión general del intercambio comercial, que abarca incluso a los pequeños objetos baratos de producción doméstica.

Sin embargo, las condiciones favorables del período inicial del Helenismo para un desarrollo de los tráficos en beneficio de comerciantes griegos apenas duraron un siglo. A partir del siglo II y especialmente después de la Tercera Guerra Macedónica y del castigo infligido al puerto de Rodas (pág. 421), el Mediterráneo se llenó de comerciantes itálicos, que fueron monopolizando cada vez en mayor medida los tráficos en el Egeo.

La economía monetaria.– El comercio contó para su expansión con una generalizada difusión del uso de la moneda, incluso en regiones, como Egipto, que tradicionalmente habían permanecido estancadas en una economía "natural" basada en el trueque. La extensión de la economía monetaria se produjo como consecuencia de diversos factores, de los que fue fundamental la gran cantidad de metal, acumulada por los Aqueménides, que las conquistas de Alejandro pusieron en circulación. Los enormes gastos de las cortes helenísticas –entretenimiento de ejércitos y flotas, pagas de funcionarios, gastos de culto, trabajos públicos, mecenazgo, gastos suntuosos...–, traducidos en moneda, acrecentaron la circulación de plata y dieron indirectamente un gran impulso a la vida económica.

La banca.– La difusión del uso de la moneda estimuló las actividades bancarias, que podían ofrecer a sus clientes un buen número de servicios: operaciones de cambio, créditos –con un interés, por lo general, de un diez por ciento– cuentas corrientes, letras de cambio, cheques, depósitos de inversión y transferencias entre clientes de un mismo banco.

El negocio de la banca –en su mayoría, en manos privadas– estimuló la creación de instituciones bancarias municipales, templarias e incluso estatales. Así, ciudades, grandes santuarios y, en el caso específico de Egipto, la monarquía lágida crearon sus propios bancos. En Egipto, la banca era monopolio del Estado y cumplía un doble servicio: al tiempo que realizaba las mismas operaciones que los bancos privados –aunque con un interés del 24 por ciento– recibía los impuestos que afluían de todo el país, haciéndolo fructificar.

Si bien el mundo helenístico se mantuvo fiel al monometalismo –el oro tuvo en las acuñaciones sólo una importancia secundaria frente a la plata–, se descompuso en dos esferas económicas separadas por dos sistemas monetarios en competencia. Seléucidas y

Antigónidas mantuvieron el sistema ático, impuesto por Alejandro. Los Lágidas, en cambio, utilizaron un *etalon* más ligero, semejante al púnico, extendido en el Mediterráneo occidental. También la república comercial de Rodas adoptó una ley inferior en sus monedas, adoptada del sistema de Quíos. Pérgamo, por su parte, imitó más tarde el sistema egipcio.

Evolución del comercio helenístico.– Con estos distintos sistemas se desarrolló un vasto negocio internacional, que, durante el siglo III, dio a Egipto el monopolio de los tráficos en el Mediterráneo occidental y meridional en competencia con la zona de comercio libre de las ciudades griegas, extendida por Grecia, el mar Egeo y el mar Negro. Desde inicios del siglo II, la creciente intervención de Roma puso fin a esta situación. Si en un principio, gracias a su condición de aliada de la potencia occidental, Rodas consiguió imponer su supremacía comercial, a partir del 168, los comerciantes itálicos fueron monopolizando cada vez más la vida económica del Mediterráneo, primero desde el puerto franco de Delos y, luego, con su progresivo establecimiento en las plazas costeras del Egeo.

Así, si el siglo III fue un período de alta coyuntura económica, con una creciente subida de los precios y cierre de prósperos negocios, esa prosperidad fue disminuyendo cada vez más a partir del siglo II. Desde entonces, la plata se desvió progresivamente hacia Occidente y no fueron raros los períodos de deflación y de escasez monetaria, hasta llegar en el siglo I a.C. –con las guerras civiles, los impuestos y las continuas requisas romanas– a casos de auténtica bancarrota.

La economía urbana

La extensión del comercio helenístico fue estimulada por la creciente urbanización, que ejerció una notable influencia en la vida económica. El aumento de la población urbana significó un aumento del número de consumidores no productores en artículos de primera necesidad, que, como el trigo, los textiles baratos u otros productos artesanales, crearon en ocasiones difíciles problemas de abastecimiento. La alimentación básica de áreas tradicionalmente deficitarias como el Egeo se vio aliviada por la multiplicación de los países proveedores de cereal, ya que al mar Negro se agregaron Asia Menor, Siria y, sobre todo, Egipto. Pero el que sepamos que soberanos acumulaban reservas de grano para períodos de penuria es un índice de las dificultades que en ocasiones podían esperarse en cuanto a la regularidad de estos abastecimientos.

Por lo demás, la economía urbana helenística no fue esencialmente diferente de la época anterior, si no es por la mayor escala de los fenómenos conocidos. En el sector artesanal siguieron compitiendo el trabajo libre con el esclavo, aunque, a partir del siglo II, este último experimentó un fuerte incremento, si bien fue desviado desde los mercados helenísticos hacia Italia.

Estancamiento de la técnica.– La abundancia de mano de obra servil fue, sin duda, un obstáculo para intentar frenar gastos inútiles en la fuerza de trabajo. Apenas si en ciertas parcelas, como la ingeniería naval y militar, se produjeron innovaciones, algunas de ellas más curiosas que efectivas. Este estancamiento de las estructuras impidió, por su parte, un aumento cuantitativo de la producción artesanal. Si bien es cierto que hubo una especialización de talleres como consecuencia de la diversificación de la producción, no puede hablarse de una producción masiva, ni siquiera en los ejemplos que conocemos de manufacturas reales, con empleo de una abundante mano de obra servil. Así los progresos de la ciencia no tuvieron una aplicación práctica en la industria: las técnicas y las condiciones de trabajo siguieron siendo extraordinariamente primitivas e inhumanas.

Riqueza y pobreza

En líneas generales, la época helenística fue próspera si se tiene en cuenta el total de la riqueza acumulada e incluso su reparto geográfico. Pero es preciso hacer una serie de matizaciones.

En primer lugar, la cantidad de productos ofrecidos al consumo no tuvo correspondencia con una bajada generalizada de los precios, como consecuencia de muchos factores: inestabilidad política, desorganización de los mercados, impuestos fiscales, monopolios estatales, acaparamiento de mercancías y especulación con artículos de primera necesidad... La consecuencia primera fue difíciles condiciones de vida para amplias masas –campesinos, artesanos, asalariados...– frente a sectores restringidos que utilizaron en su provecho esta situación. Por tanto, el volumen de riqueza no se correspondió con su reparto social.

La riqueza tendió, pues, a concentrarse en la cúspide de la pirámide social –aparato de Estado, grandes productores, transportistas...– y profundizó la fosa de separación entre ricos y pobres. Las condiciones de vida para amplias masas apenas cambiaron con relación al siglo IV. Si en el campo, el problema de las deudas, las tensiones sociales y la ruina del pequeño campesinado nos descubren las dificultades de los sectores agrarios, la pobreza en la ciudad se manifiesta en las frecuentes liberalidades de los ricos para sus conciudadanos y en las medidas para asegurar trigo barato y, con ello, un artículo de primera necesidad. Se trata, en suma, de un mundo complejo, donde los factores políticos determinan y condicionan la coyuntura económica, que es además diferente de país en país. Aunque no se modificaron las estructuras anteriores de la vida económica, el factor nuevo desde mediados del período fue su extensión a Occidente. Roma, efectivamente, después de la Segunda Guerra Púnica, adoptó las estructuras económicas del mundo helenístico y, después de extender su hegemonía política sobre Oriente, unificó desde el punto de vista económico todo el ámbito del Mediterráneo, es cierto que en su propio beneficio.

BIBLIOGRAFÍA

El Estado

BAR-KOCHVA, B., *The Seleucid army. Organization and tactics in the great campaigns*, Cambridge, 1976; BIKERMAN, E., *Institutions des Séleucides*, París, 1938; COHEN, G. M., *The Seleucides colonies. Studies in founding, administration and organization*, Wiesbaden, 1978; GRIFFITH, G. T., *The mercenaries of the Hellenistic World*, Groningen, 1968; HAMMOND, N. G. L., *The Macedonian state. Origins, institutions, history*,Oxford, 1989; HEUSS, A., *Stadt und Herrscher des Hellenismus in ihrer staats- und völkerrechtlichen Beziehungen*, Aalen, 1963; JONES, A.H.M., *The Greek City. From Alexander to Justinian*, Oxford, 1940; LOZANO, A., *El mundo helenístico*, Madrid, 1992; MACURDY, G. H., *Hellenistic Queens. A study of woman-power in Macedonia, Seleucid Syria and Ptolemaic Egypt*, Baltimore-London-Oxford, 1932; PRÉAUX, C., *El mundo helenístico. Grecia y Oriente* (323-146 a.C.), vol. I, Barcelona, 1981; WALBANK, F. W., "Monarchie and monarchic ideas", Cambridge Ancient History VII, 1, 2a. ed., Cambridge, 1984, 175 ss.; WILL. Ed., *Histoire politique du monde hellénistique (323-30 av. J. -C.)*, I-II, Nancy, 1979-1982.

Sociedad y economía

BLAVATSKAJA, T. V. -GOLUBCOVA, E. S. -PAVLOVSKA, A. I., *Die Sklaverei in hellenistischen Staaten im 3. -1. Jh. v. Chr*, Wiesbaden, 1972; BOGAERT, R., *Banques et banquiers dans les cités grecques*, Leiden, 1968; CASSON, L., *Ancient Trade and Society*, Detroit, 1984; FUKS, A., *Social conflict in ancient Greece*, Leiden, 1984; FINLEY, M. I., *La economía en la Antigüedad*, México, 1986; FINLEY, M. I. (ed.), *Problèmes de la terre en Grèce ancienne*, París-La Haya, 1973; FRÉZOULS, E. (ed.), *Sociétés urbaines, sociétés rurales dans l'Asie Mineure et la Syrie hellénistiques et romaines*, Estrasburgo, 1987; GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Rebeliones y conflictos sociales en las ciudades del mundo helenístico*, Alcalá de Henares-Zaragoza, 1984; KREISSIG, H., *Wirtschaft und Gesellschaft im Seleukidenreich*, Berlin, 1978; LOZANO VELILLA, A., *La esclavitud en el Asia Menor helenística*, Oviedo, 1980; PRÉAUX, C., *L'économie royale des Lagides*, Bruselas, 1939; ROSTOVTZEFF, M., *Historia social y económica del mundo helenístico*, 2 vols., Madrid, 1967; STE. CROIX, G. E. M. de, *The class struggle in the ancient Greek word*, Londres, 1981.

XXIX EL MUNDO HELENÍSTICO: LA CULTURA

1. Caracteres generales

La época helenística significó desde el punto de vista cultural la adopción y la asimilación de la civilización griega por poblaciones hasta entonces extrañas al Helenismo. Ello fue posible gracias a las nuevas condiciones políticas creadas a partir de las conquistas de Alejandro y de la fundación de reinos dirigidos por soberanos greco-macedonios. Como consecuencia de ello, se produjo una gigantesca corriente de emigración desde Grecia a los nuevos territorios conquistados, que extendió la lengua, las formas de vida y las instituciones políticas y culturales griegas por todo el Oriente.

La *koiné* cultural: el gimnasio

Los emigrantes y colonos griegos mostraron desde el principio una actitud despectiva hacia las formas culturales que encontraron en los nuevos territorios, convencidos de su propia superioridad, que les empujó pura y simplemente a una helenización de Oriente. Se constituyó así una *koiné* o comunidad cultural con una misma lengua –el griego ático–, una común base jurídica –el derecho ateniense– y un mismo modo de vida, reflejado en el gimnasio, una institución pedagógica y cultural que cumplió el fundamental papel de conservar y transmitir los valores tradicionales de la *paideia*, la educación helénica.

El gimnasio, donde se alternaba el entrenamiento físico practicado en la palestra con una educación literaria y musical, se convirtió en el centro de la vida cultural griega y en polo de atracción para los medios indígenas dirigentes de los centros urbanos, que aspiraban a helenizarse para poder acceder a las ventajas materiales que ofrecía el poder. Así, la elite de los reinos helenísticos estuvo constituida por griegos e indígenas helenizados, la llamada "gente del gimnasio".

Pero aunque superpuesto como cultura oficial de los conquistadores greco-macedonios, el Helenismo no pudo sustraerse a la recepción de influencias procedentes de las viejas civilizaciones indígenas, especialmente en ciertos ámbitos como la religión; así, las bases tradicionales de la cultura griega experimentaron un nuevo desarrollo, que se distingue de la Época Clásica.

La mayor seguridad y rapidez en las comunicaciones hizo más fluida la relación cultural y más intensa la circulación de hombres e ideas, contribuyendo a definir y fijar los caracteres comunes de la civilización helenística, que, desde Oriente, pudo así, a partir del siglo II a.C., extenderse también a Occidente para convertir todo el Mediterráneo en una comunidad cultural.

Ciudad y cultura

La ciudad, perdido el significado político que había tenido en el pasado, siguió siendo, como antes, el marco de esta cultura. Pero además vino a añadirse el hecho de que algunas de ellas, como capitales de los nuevos reinos, fueron convertidas por sus soberanos en importantes centros culturales. El soberano, investido de un poder, legitimado por la sabiduría y la filantropía entre otras virtudes, acuerda su protección a filósofos, literatos, artistas y científicos y erige y mantiene centros de cultura y de investigación.

El ejemplo de Alejandría.– El caso paradigmático es, sin duda, Alejandría, la capital de los Tolomeos, que se convertiría en el más importante centro intelectual del Mediterráneo. Fue el propio Ptolomeo I quien fundó el Museo, una institución oficial de enseñanza e investigación, que serviría de modelo a otros centros semejantes de la Antigüedad. Científicos y artistas, bajo la protección real y con su ayuda material, encontraban excelentes condiciones para dedicarse, libres de preocupaciones, a sus actividades intelectuales. Unidas al Museo se hallaban otras instalaciones: un observatorio astronómico, un instituto de anatomía y un parque zoológico, pero, sobre todo, la famosa Biblioteca, con más de medio millón de volúmenes. Sabios y eruditos, como Zenódoto de Éfeso, Apolonio de Rodas o Aristófanes de Bizancio, como bibliotecarios al frente de esta institución, contribuyeron con su trabajo al desarrollo de la filología y a la invención de la crítica textual y literaria.

A imitación de los Lágidas, otros soberanos emprendieron con mayor o menor éxito una política de prestigio cultural. Los Atálidas hicieron de su capital, Pérgamo, un estimable centro intelectual, que atrajo a sabios y eruditos. Focos de cultura eran también Antioquía, Esmirna, Rodas, la isla de Cos –especializada en la ciencia médica– y la vieja Atenas, antes como ahora centro de irradiación del saber filosófico.

2. Filosofía y Religión

Filosofía

Desde el siglo V, la filosofía griega dependía de las enseñanzas de Sócrates y de su tema fundamental: el ser humano. La búsqueda de la sabiduría a través del análisis del pensamiento humano era la preocupación fundamental de las dos escuelas clásicas, la Academia, que reunía a los discípulos de Platón, y el Perípato o Liceo, donde se continuaban las enseñanzas de Aristóteles.

Pero la especulación sobre la conducta y los valores del ciudadano en la vida política y social, que había marcado la preocupación dominante en ambas escuelas, se avenía mal con la decadencia de los valores tradicionales de la *polis* y con la paralela conversión del ciudadano en súbdito.

La Academia y el Liceo.– La Academia, tras la muerte del maestro, trató de profundizar en sus enseñanzas cosmológicas y teológicas, desarrollando la teoría de los démones, seres intermedios entre el mundo divino y humano, divididos en buenos y malos. El Liceo, por su parte, con representantes secundarios, se encerró en un saber enciclopédico y didáctico, extendido a las diversas ramas de la ciencia: botánica, zoología, etnografía o literatura.

Los nuevos sistemas.– A su lado, surgió un pensamiento preocupado por los problemas prácticos de comportamiento moral y religioso, destinado a liberar al ser humano de las angustias y miedos producidos por su aislamiento en un universo político inmenso e inestable, y proporcionarle la tranquilidad moral e intelectual necesarias para asegurarle una vida ordenada y apacible.

Dos nuevas sistemas enfrentados entre sí, el estoicismo y el epicureísmo, con sus diferentes respuestas a estas preocupaciones, prevalecerían sobre las escuelas tradicionales y darían su auténtico semblante espiritual al mundo helenístico.

Estoicismo.– La escuela estoica de filosofía fue fundada en Atenas, hacia 300 a.C., por Zenón de Citio (Chipre) y tomó su nombre de la *Estoa Poikile* o Pórtico, donde enseñaba el maestro.

El sistema estoico es, ante todo, ético y con un fuerte componente educador y moralizante. La naturaleza está controlada por la razón, el *logos*, que se identifica con la Divinidad y con el Destino: todo lo que sucede está de acuerdo con la razón divina. Por ello, la aspiración del sabio que conoce la verdad es vivir en armonía con la naturaleza y aceptar las desgracias con resignación.

El hombre, como portador de una chispa de la esencia divina, debe aspirar a la hermandad universal, sin distinción entre libres o no libres, griegos o bárbaros. El centro del individuo ya no es la *polis*; antes que "animal político" el hombre es un "animal social". El objetivo, por tanto, de la ética estoica no es convertir al hombre en un buen ciudadano, sino en un ser independiente y equilibrado en sí mismo.

Epicureísmo.– También en contraposición con el viejo ideario de la *polis* está el epicureísmo. Su fundador, Epicuro de Samos, se trasladó a Atenas a finales del siglo IV y allí, en el huerto de su casa, enseñó su doctrina, de donde el nombre de "Jardín" que recibió la escuela.

Para Epicuro, el universo se formó de una concentración de átomos, cuya dispersión puede producir su fin. También el ser humano es un compuesto de átomos, lo mismo que el alma, que perece con el cuerpo. Aunque los dioses existen, no se preocupan ni de la naturaleza ni del ser humano. Este sólo puede ser feliz si consigue la tranquilidad de espíritu, a través de una exacta comprensión de la naturaleza. En la naturaleza de los hombres está el placer, que se identifica con el bien y que, por consiguiente, hay que procurar satisfacerlo. Pero se trata de un placer sobre todo síquico, logrado mediante la limitación del deseo, y basado en la *ataraxia*, la ausencia de cualquier perturbación. Este estado se alcanza superando el miedo a lo sobrenatural, manteniéndose apartado de la vida pública y evitando toda emoción desordenada.

El Pórtico y el Jardín, aunque rivales, proponían como máxima "vivir de acuerdo con la Naturaleza" y acuñaron el ideal de sabio, que busca en el equilibrio interior, más allá de las contingencias del destino, la felicidad. La diferencia principal está en que el epicureísmo propone para esa felicidad la retirada del mundo, mientras el estoico puede conseguirla sin abandonar sus quehaceres cotidianos, incluso de carácter político. De ahí que los estoicos tomaran parte en la vida del Estado como consejeros reales, proponiendo al sabio como modelo ideal de monarca.

Religión

El hombre culto buscaba en cualquiera de los sistemas filosóficos expuestos una respuesta al aislamiento del individuo en un universo inmenso e inestable. Para la inmensa mayoría fue, en cambio, la religión y el cultivo de lo irracional la vía elegida para superar la angustia individual.

El sincretismo religioso.– Sin duda, el Helenismo fue una época de inquietud y efervescencia religiosa. La conquista griega no trató de imponer sus creencias y cultos en los territorios sometidos. Pero la mezcla de griegos y orientales, con sus correspondientes tradiciones religiosas, actuó en favor de una mezcla de atributos de divinidades griegas e indígenas y de elementos religiosos procedentes de sistemas distintos en un creciente sincretismo. A ello contribuyó no sólo esta mezcla de pueblos, sino otros factores como el plegamiento indígena al prestigio de todo lo griego, la voluntad de unificación religiosa expresada por los soberanos como elemento de cohesión política, la tendencia espontánea del griego a la síntesis o las doctrinas filosóficas tendentes a considerar como manifestaciones de un Dios único a las distintas divinidades locales.

La religión cívica.– La religión cívica tradicional griega sobrevivió a la decadencia política de las ciudades. Aunque la cohesión interna entre Estado, nacionalidad y religión se descompuso, continuó perviviendo en el marco municipal el culto a los antiguos dioses, en ocasiones, con un esplendor inusitado, como muestran los colosales templos erigidos en Grecia y Asia Menor y la atracción que siguen ejerciendo sobre las multitudes los grandes santuarios. No obstante, esta religión se convirtió en una situación convencional, en una simple y fría fórmula, vacía de contenido.

La religión personal: los cultos mistéricos.– Frente a la religión oficial de las ciudades y de los grandes santuarios panhelénicos, se sitúa la religión personal, que elige sus propios dioses y, en ocasiones, les da forma según sus deseos. Se trata de una concentración del sentimiento religioso en el interior del individuo, que busca, al margen de la religión oficial, aislado o en pequeños grupos cultuales, una liberación de las angustias y medios de este mundo a través de un obsesivo deseo de salvación personal.

De ahí, el inusitado éxito que en época helenística experimentaron viejos y nuevos cultos mistéricos, con su posibilidad de contacto directo con la divinidad y sus promesas de redención. En el mundo griego y greco-oriental siguieron teniendo una enorme fuerza de atracción los viejos cultos mistéricos de Deméter en Eleusis y el de los Cabiros de Samotracia. Pero, sobre todo, se generalizó el culto de Dioniso, una dios de la fertilidad, procedente de Tracia, que había encontrado temprana acogida en el mundo griego. Los ritos de iniciación extáticos y las fiestas de carácter orgiástico que exigía su culto, ejercían una evidente fascinación. Pero también la agrupación de los adeptos en cofradías con la celebración de ágapes y la participación en el secreto común ataban los lazos de una fraternidad que superaba fronteras y razas.

Los cultos orientales.– Pero también viejos dioses regionales del Oriente tomaron entre los griegos nuevos atributos y formas de manifestación y se convirtieron en divinidades universales, que participaron de estos rasgos salutíferos y mistéricos. La frecuente confusión de sus rasgos originarios y el sincretismo a que se vieron sometidos con divinidades griegas sería un paso más en el camino hacia el monoteísmo, hacia la búsqueda de una divinidad originaria y única.

El territorio seléucida contribuyó con sus dioses a la constitución de esa inmensa comunidad religiosa. El culto a la Gran Madre, Cibeles, con su compañero Attis, cargado de ceremonias extáticas, no podía dejar de atraer a un creciente número de creyentes griegos y orientales, lo mismo que el de Sabacio, identificado con Dioniso e incluso con el Yahvé judío, o los de Atargatis, Baal, Adonis, Mitra y Anahita.

También Egipto contribuyó a esta comunidad de creencias con dos divinidades importantes, Isis y Sarapis. Si la primera, equiparada por los griegos con Deméter, era conocida desde antiguo, Sarapis es un producto típico de mezcla de la nueva religiosidad helenística. En efecto, Tolomeo I, consciente de la importancia de la religión como instrumento político, creó una divinidad que compartía los rasgos de Apis, el buey sagrado adorado en Menfis, y de Osiris, el dios infernal, hermano-esposo de Isis, que cada primavera regresa del mundo de los muertos para fecundar el mundo. El intento sincretista tuvo una enorme aceptación y muy pronto la pareja Isis-Sarapis y los misterios ligados a su culto se hicieron familiares en todo el Mediterráneo.

Otras manifestaciones religiosas.– El tradicional Panteón griego, los cultos mistéricos y las nuevas y viejas divinidades orientales no agotan el rico sentimiento religioso del Helenismo o la búsqueda en lo irracional de soluciones a las angustias vitales. De ahí, la proliferación de "taumaturgos" y "hombres divinos", supuestos hacedores de milagros, la multiplicación de magos y de prácticas mágicas y encantamientos o el espectacular éxito de la astrología.

Por muy groseras que puedan parecer, estas y otras prácticas son manifestaciones de una religiosidad, que, al margen de la religión oficial, busca satisfacer los impulsos del corazón a través de una nueva devoción, del misticismo o, incluso, mediante el desordenado desbordamiento de los apetitos de la carne. Pero esta efervescencia religiosa inspira también una renovación de las artes y de la literatura, que prestan su imagen característica a la época helenística.

3. Literatura y ciencia

Literatura

La comedia.– Como en otros muchos aspectos, la nueva literatura que surge tras Alejandro tampoco representó una total ruptura con el pasado. El género más típicamente helenístico, la Comedia Nueva, que surge en Atenas a finales del siglo IV, tiene sus raíces en la Comedia Media, que nace y se desarrolla con el siglo, durante la crisis de la *polis*. Es cierto que la vieja sátira política del siglo V fue sustituida por una crítica de la sociedad. Sus máximos representantes, Menandro y Filemón, se propusieron analizar y clasificar los tipos humanos de la sociedad contemporánea, llevando a escena "caracteres" de la clase media y baja de la sociedad: el mercenario fanfarrón, los jóvenes enamorados, las cortesanas ávidas... Como nudo de la acción y resorte esencial de la intriga, el género utilizó el tema del amor, que de ese modo ganó dignidad literaria y dio pie para el nacimiento de otros géneros, como la novela o la elegía amorosas.

El mimo.– No obstante, ni la comedia ni, menos aún, la tragedia, ganaban el ánimo de las masas, que se dejaban arrastrar por espectáculos más sencillos, como el mimo: una pequeña pieza, cantada o hablada, representada por actores itinerantes, que, con un lenguaje vivo y vulgar, trataba sobre las pequeñas realidades de la vida, con el acompañamiento de danzas, números de magia y prestidigitación.

Lírica: la escuela de Alejandría.– También en la lírica y la épica florecen ahora formas literarias, consideradas hasta entonces como secundarias: el epinicio, o canto de victoria; el encomio o cántico de alabanza a los poderosos. Es característico de la poesía su concentración en Alejandría, en torno al Museo, protegida por el mecenazgo de los Tolomeos. Los poetas, libres de preocupaciones materiales, podían dedicarse a su arte, naturalmente a cambio de renunciar a la libertad de expresión. De ahí, una poesía, alejada de la realidad y preciosista, vuelta hacia el pasado. La espontaneidad y la pasión ceden ante el espíritu de escuela. La poesía se convierte en un oficio, en un asunto de iniciados, cuya máxima aspiración es la originalidad. Las largas tiras de versos son sustituidas por breves poemas, elegantes y densos, destinados a una difusión restringida.

Sin duda, el más importante poeta de su tiempo fue Calímaco de Cirene, bibliotecario del Museo de Alejandría, muerto hacia 235 a.C. Conservamos sólo una pequeña parte de su obra, piezas breves como los *Himnos* y las *Aitiai* ("Causas"), de contenido religioso y mitológico, y un buen número de epigramas. De asombrosa fecundidad y de una gran originalidad y variedad, fue a la vez poeta y erudito. Recibió de Tolomeo Filadelfo el encargo de redactar el gran catálogo de todos los libros de la Biblioteca, que llegó a contar con 120.000 volúmenes.

También formó parte del Museo durante cierto tiempo otro gran poeta, procedente de Siracusa, Teócrito (primera mitad del siglo III), creador del género bucólico o *idilio* pastoril, donde presenta escenas de la vida campestre idealizadas, que contienen un verdadero sentimiento de la Naturaleza. Su lenguaje realista y expresivo, el tono sentimental de sus escenas pastoriles, tendrían una gran influencia en Virgilio.

Geografía descriptiva.– La ampliación de los horizontes geográficos que sigue a la conquista de Alejandro abrió el interés por otros espacios y por los pueblos que los habitaban. En seguimiento de un género de vieja tradición entre los griegos, la descripción de estos paisajes y de sus gentes proporcionó tema a buen número de obras de carácter geográfico y etnográfico, que tienen en Estrabón de Amasia, contemporáneo de Augusto, el autor más relevante. En su obra se condensan las experiencias de autores anteriores como Artemidoro de Éfeso, Agatárquides de Cnido o Posidonio de Apamea.

La novela.– Pero de forma indirecta, el interés por paisajes exóticos daría origen a un nuevo género típicamente helenístico, la novela: una narración que coloca al individuo como centro de la acción, enfrentado a un destino al que, tras innumerables peripecias, vence. Aunque en los relatos eróticos de Arístides de Mileto (ca. 200 a.C.) encontramos un precedente, las primeras novelas son ya del siglo II –*El Estado del Sol*, de Yámbulo; *Nino y Semíramis*...–, para alcanzar su madurez plena en el siglo siguiente.

La historia.– Finalmente hay que mencionar, entre los géneros literarios, el cultivo de la historia y de la biografía, también en gran medida impulsados por las campañas de Alejandro. El propio conquistador sintió la necesidad de dejar constancia de sus acciones, cuya redacción encargó a Calístenes, sobrino de Aristóteles. Sabemos que compañeros de Alejandro, como Tolomeo I y Nearco, cultivaron el género, aunque se hayan perdido sus obras.

Del siglo III son Jerónimo de Cardia, que redactó una historia de los diádocos, y Timeo de Tauromenio, autor de una historia de Sicilia y a quien se deben los fundamentos de la moderna cronología con su lista de las Olimpíadas. Pero el cénit de la historiografía se

alcanza con Polibio de Megalópolis (ca. 200-ca. 118 a.C.). Estratego de la Liga Aquea, tras la derrota de Perseo fue conducido a Roma, donde entró en contacto con el Círculo de los Escipiones. Su obra, que cubre el período entre la Primera Guerra Púnica y la destrucción de Corinto (264-146), es una auténtica Historia Universal, que toma como hilo conductor el expansionismo romano. Su apasionada búsqueda de la verdad, la constante preocupación por hallar la causa de los acontecimientos, su estilo claro y sencillo, desprovisto de retórica, le convierten en uno de los grandes historiadores de la Antigüedad.

La ciencia

Tras la muerte de Alejandro se asiste a un nuevo florecimiento de la ciencia griega, que alcanzó en todas las ramas del saber las más altas cotas del mundo antiguo.

Matemáticas.– Fueron, sobre todo, espectaculares los avances en matemáticas. Euclides (hacia 300 a.C.) escribió una célebre geometría (*Los Elementos*), que aún tiene vigencia. Pero, sin duda, el nombre más famoso es el de Arquímedes de Siracusa (muerto en 212 a.C.), que escribió sobre temas muy variados. A él se deben, entre otras cosas, los límites del valor de π, las bases del cálculo infinitesimal y los fundamentos de la hidrostática. Fue también el más grande teórico de la Antigüedad en mecánica, algunos de cuyos principios puso en práctica, como la polea compuesta o el tornillo sin fin.

Astronomía.– Inseparablemente ligada a las matemáticas, la astronomía griega se nutrió de la vieja experiencia de los babilonios. Frente a la consideración de la Tierra como centro fijo sobre el que giran el Sol, la Luna y los planetas, Heráclides, de Heraclea Póntica, descubrió que la Tierra se movía sobre su eje y que Mercurio y Venus giraban alrededor del Sol. Pero el nombre más grande del siglo II es el de Hiparco de Nicea (ca. 146-126 a.C.), creador del sistema geocéntrico que perviviría hasta Copérnico y autor del primer catálogo científico de las estrellas.

También la geografía científica, como la descriptiva, se beneficiaron de la actividad de Alejandro, que ordenó una serie de mediciones, base durante mucho tiempo de la geografía de Asia. El más ilustre geógrafo del siglo III fue Eratóstenes de Cirene, que trabajó en Alejandría y fue especialista en un sinfín de campos: crítica histórica y literaria, cronología, matemáticas, filosofía... Midió la circunferencia de la Tierra con un escaso margen de error, estudió las mareas y aseguró que partiendo de España y navegando hacia el oeste, podría alcanzarse la India.

Medicina.– En medicina, los dos grandes nombres de comienzos del siglo III son los de Herófilo de Calcedonia y Erasístrato de Iulis, en Ceos, maestros de dos escuelas rivales, que serían eclipsadas por una tercera, la empírica, fundada por Filino de Cos, discípulo de Herófilo. Pero la medicina científica corrió paralela a popular. Eran famosas las curas de

los templos de Asclepio y Sarapis, donde el paciente mientras dormía en el recinto se suponía que era curado en un sueño por el dios. Y efectivamente, la ciencia médica en época helenística tuvo que competir duramente con magos, taumaturgos y curanderos.

En general, aunque la ciencia helenística alcanzó importantes cotas, contó también con serias limitaciones: a la insuficiencia de los instrumentos de observación se añadieron cortapisas de carácter mental y social. En fuerte dependencia con la filosofía, fue excesivamente dogmática y teórica, alejada del gran público y apenas encauzada a adelantos de carácter práctico.

4. El arte helenístico

Arquitectura y urbanismo

Urbanismo: el trazado hipodámico.– Si la cultura helenística es urbana, es lógico que el urbanismo tenga un puesto importante. No es tanto su originalidad, como el monumentalismo lo que llama la atención en las creaciones urbanísticas del Helenismo. Partiendo de experiencias ya ensayadas en los siglos V y IV –Mileto, el Pireo, Olinto o Priene–, se generaliza el llamado trazado hipodámico, creación de un famoso arquitecto del siglo V, Hipódamo de Mileto. Se basa en un sencillo plano formado por una cuadrícula rectangular, en la que las calles delimitan áreas sensiblemente iguales, dentro de las cuales se levantan las viviendas particulares. La ciudad, generalmente rodeada de una muralla, tiene una serie de elementos monumentales: puertas de ingreso, ágora, teatro, gimnasio, templos y edificios públicos civiles, columnatas y pórticos.

Alejandría.– De las docenas de ciudades, levantadas en época helenística, destaca sobre todas Alejandría de Egipto, la capital de los Tolomeos, convertida en el centro comercial más importante del Mediterráneo. Sobresalía en ella su doble puerto, conseguido mediante la unión al continente de la isla de Faros, donde se levantaba el famoso faro, construido por Filadelfo. Imponente era el barrio real, donde se alzaban los palacios reales y los grandes edificios, santuarios, parques de recreo y un zoo, así como el Museo y la Biblioteca.

Otras ciudades dignas de mención eran Pérgamo, la capital de los Atálidas, que la estructura del terreno obligó a levantar sobre terrazas, Antioquía, Dídima o Dura-Europos.

Arquitectura.– La técnica arquitectónica se modificó poco. Aparecieron el arco, la cúpula y la bóveda y siguieron utilizándose los tres órdenes clásicos, con un predominio cada vez mayor del corintio, aunque no es rara la fusión armoniosa de los tres en una misma edificación.

Sin duda, en las construcciones prevalece el colosalismo, lo gigantesco y ostentoso, quizá como reflejo del nuevo poder real. Ejemplos característicos son el citado Faro, la estatua de Helios, el dios Sol, en Rodas (el famoso "Coloso", destruido por un terremoto

en el 225 a.C.), el gran altar de Pérgamo y numerosos templos, como el Artemision de Éfeso, el Serapeum de Alejandría, el templo de Apolo en Dídima o el de Zeus Olímpico en Atenas.

Artes plásticas

Las artes ornamentales, escultura y pintura, experimentan un florecimiento semejante al de la arquitectura. Con el Helenismo, la plástica cambia de carácter, alejándose de la mesura clásica. La sencillez cede ante formas barrocas, empeñadas en conseguir un efecto teatral, carente de limitaciones y falto de reposo; con frecuencia, frente a la belleza, prima la búsqueda del patetismo, de lo expresivo, que no se detiene ni siquiera ante la fealdad misma. Es característico, por otra parte, el triunfo del individualismo, expresado en el arte del retrato.

Escultura.– La popularización de la plástica, que inunda incluso las casas particulares, extendió el número de escuelas y talleres, en los que se observa una gradual transición del arte al oficio. Esta proliferación de obras todavía se incrementará cuando la moda de la estatuaria griega alcance, desde comienzos del siglo II a.C., también al mundo romano.

En Alejandría, donde existió al parecer una escuela, siguió siendo grande la influencia de Praxiteles, que ejemplifica la *Venus de Cirene,* aunque la ciudad egipcia destacó, sobre todo, en las artes menores, el mosaico y el camafeo. En estatuaria, son Rodas y Pérgamo las dos escuelas más sobresalientes.

Rodas siguió fiel a la influencia de Lisipo, con tipos masculinos atléticos, que degeneran, más tarde, en formas atormentadas, en grupos como el *Laocoonte* y los *Toros Farnesio.* A la influencia de Lisipo se debe también el tipo de *Tiché* o la diosa Fortuna, como la de Antioquía, cubierta, con una corona en forma de torre y una palma en la mano.

El gran arte de Pérgamo deriva de las victorias de Atalo I sobre los galos y debe mucho a Escopas. Quedan del monumento a la victoria figuras como el *Galo Moribundo* o el *Galo Suicida,* que impresionan por su realismo y fuerza de expresión. También hay que destacar el colosal friso del altar de Zeus en Pérgamo, hoy en Berlín, que desarrolla en 120 metros de longitud, con impresionante teatralidad, la batalla de los dioses contra los titanes.

La obra maestra del Helenismo o, al menos, la más representativa es la *Victoria alada de Samotracia,* en exquisito movimiento, que subrayan los paños, pegados al cuerpo por la fuerza del viento.

Pintura.– Muy poco ha sobrevivido de la gran pintura helenística, considerada por los griegos tan valiosa como la escultura. Apenas la copia en mosaico de Alejandro en Issos proporciona un reflejo del arte de Apeles y de su escuela. Es cierto que conservamos en los muros de Pompeya restos de pintura decorativa, con temas mitológicos y grotescos, paisajísticos y florales.

BIBLIOGRAFÍA

La civilización helenística

BENGSTON, H., "Wesenszüge der hellenistischen Zivilization", *Kleine Schriften zur alten Geschichte*, Munich, 1974, 274 ss.; "Cultural, social and economic features of the Hellenistic world", *Cambridge Ancient History VII 1*, Cambridge, 1984, 257 ss.; HADAS, M., *Hellenistische Kultur. Werden und Wirkung*, Stuttgart, 1963; PIÑERO, A., *La civilización helenística*, Madrid, 1989; SCHNEIDER, C., *Kulturgeschichte des Hellenismus*, 2 vols., Munich, 1967-1969; TARN, W. W. - GRIFFITH, G. T., *La civilización helenística*, México, 1969.

Filosofía y religión

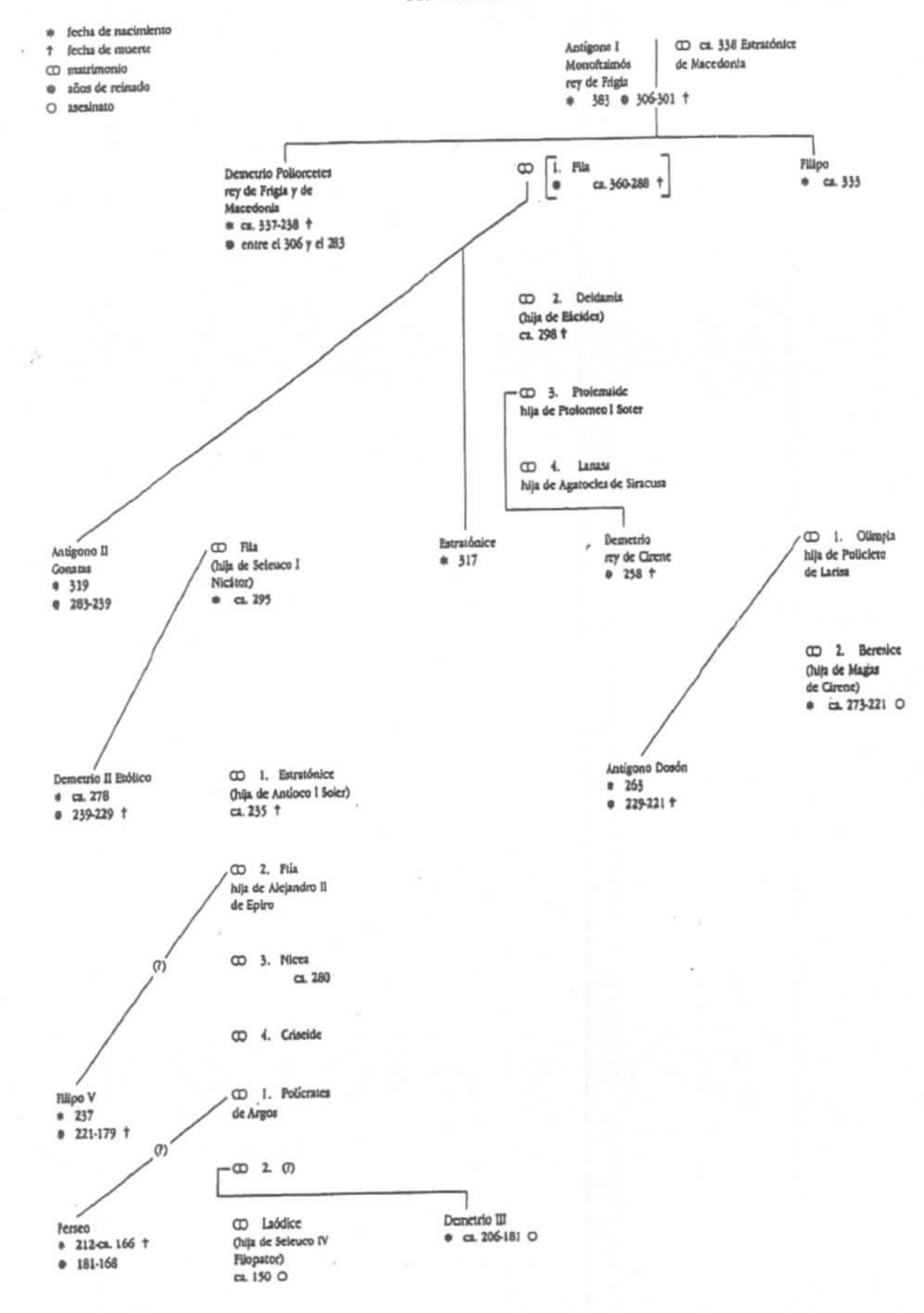
ADORNO, F., *La cultura ellenistica. Filosofia, scienza, letteratura*, Milán, 1977; ERKSKINE, A., *The Hellenistic Stoa. Political thougt and action*, Londres, 1990; NILSSON, M. P., *Geschichte der griechischen Religion*, vol. 2, Munich, 1950; ID., *The Dionisiac mysteries of the Hellenistic and Roman age*, Lund, 1957; POHLENZ, M., *Die Stoa. Geschichte einer geistigen Bewegung*, Göttingen, 1955; REYES, A., *La filosofía helenística*, México, 1978.

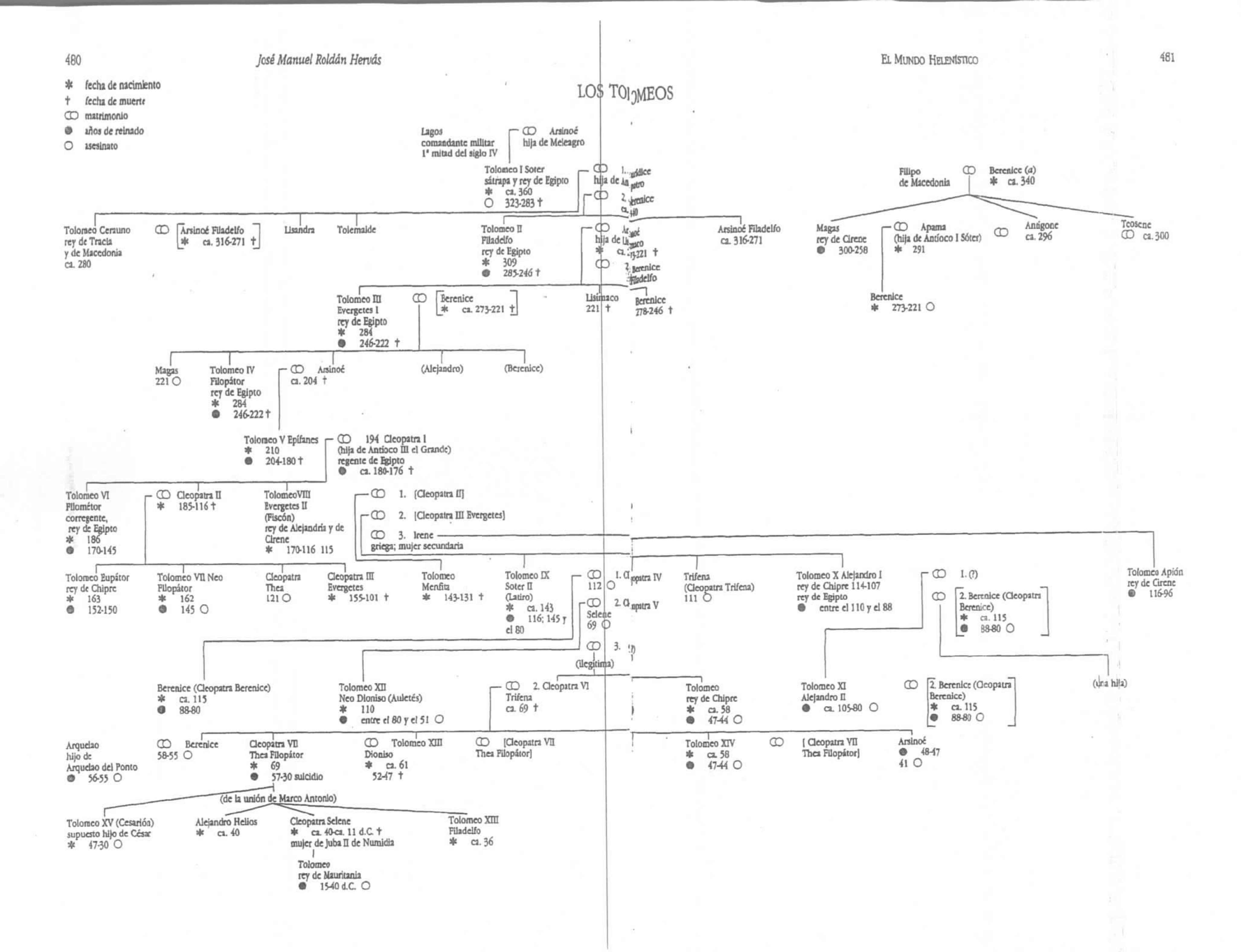
Literatura, ciencia y arte

FARRINGTON, B., *Ciencia griega*, Barcelona, 1979; GARCÍA GUAL, C., *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1991; KÖRTE, A., *Die hellenistische Dichtung*, Suttgart, 1960 LAUTER, H., *Die Architectur des Hellenismus*, Darmstadt, 1986; LESKY, A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1976, 672 ss.; LLOYD, G. E. R., *Greek science after Aristotle*, Londres, 1973; MARTIN, R., *L'urbanisme dans la Grèce antique*, París, 1974[2]; ONIANS, J., *Art and thought in the Hellenistic age. The Greek world view 350-50 B. C.*, Londres, 1979; SARTON, G., *A history of science, II: Hellenistic science and culture in the last three centuries B. C.*, Cambridge (Mass.), 1959.

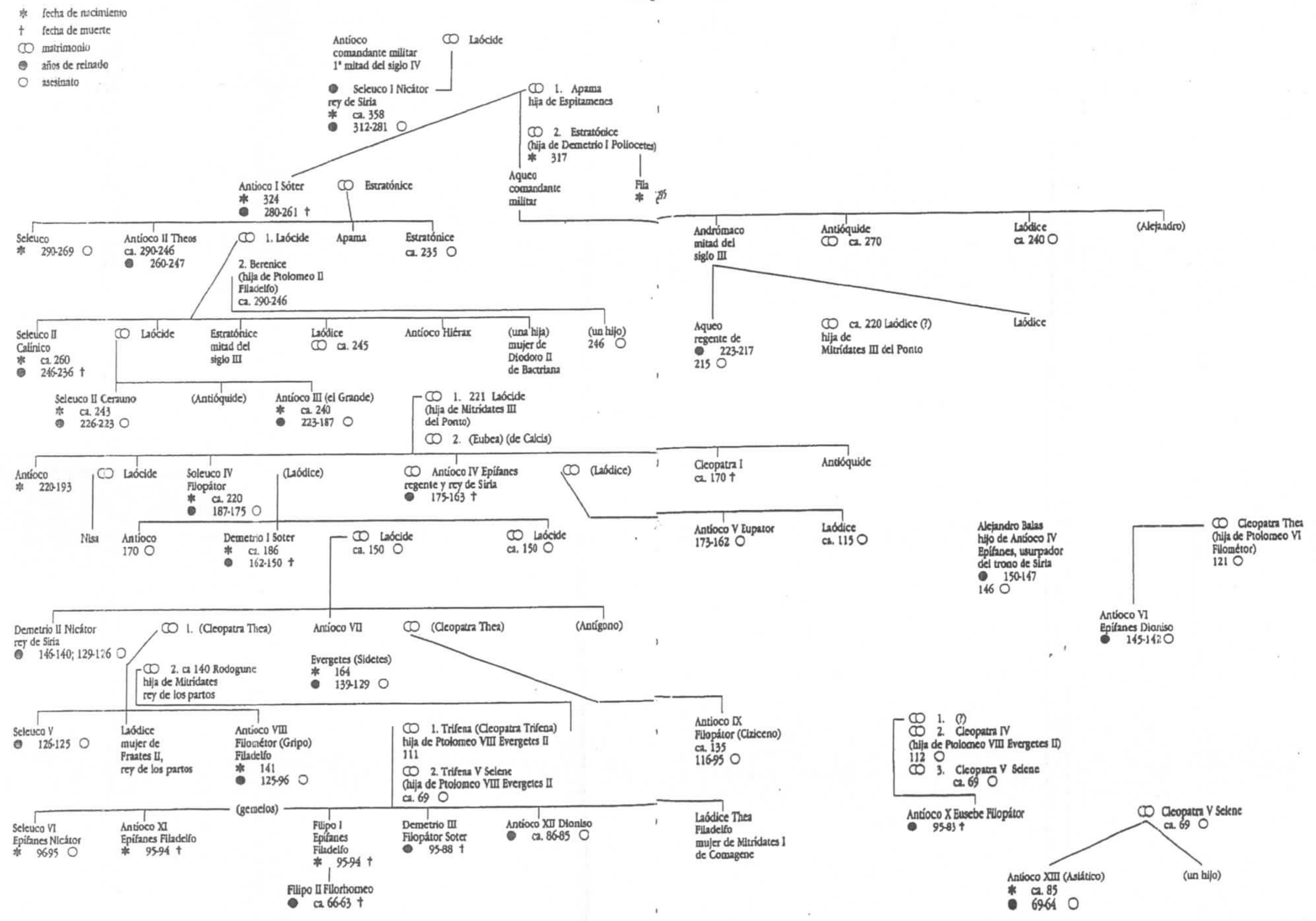
CUADROS GENEALÓGICOS

LOS ANTIGÓNIDAS

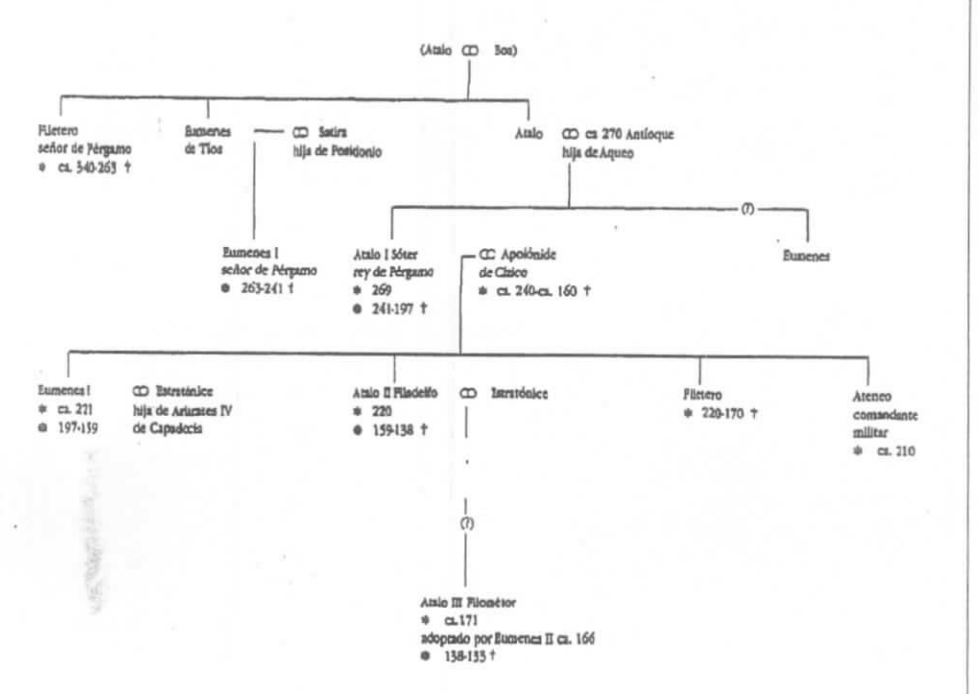



LOS TOLMEOS
✻ fecha de nacimiento
† fecha de muerte
matrimonio
años de reinado
asesinato
Lagos
comandante militar
1ª mitad del siglo IV
Arsinoé
hija de Meleagro
Tolomeo I Soter
sátrapa y rey de Egipto
✻ ca. 360
323-283 †
Tolomeo Cerauno
rey de Tracia
y de Macedonia
ca. 280
Arsinoé Filadelfo
✻ ca. 316-271 †
Lisandra
Tolemaide
Tolomeo II
Filadelfo
rey de Egipto
✻ 309
285-246 †
Arsinoé Filadelfo
ca. 316-271
Filipo
de Macedonia
Berenice (a)
✻ ca. 340
Magas
rey de Cirene
300-258
Apama
(hija de Antíoco I Sóter)
✻ 291
Antígone
ca. 296
Teosene
ca. 300
Berenice
✻ 273-221
Tolomeo III
Evergetes I
rey de Egipto
✻ 284
246-222 †
Berenice
✻ ca. 273-221 †
Lisímaco
221 †
Berenice
278-246 †
Magas
221
Tolomeo IV
Filopátor
rey de Egipto
✻ 284
246-222 †
Arsinoé
ca. 204 †
(Alejandro)
(Berenice)
Tolomeo V Epífanes
✻ 210
204-180 †
194 Cleopatra I
(hija de Antíoco III el Grande)
regente de Egipto
ca. 180-176 †
Tolomeo VI
Filométor
corregente,
rey de Egipto
✻ 186
170-145
Cleopatra II
✻ 185-116 †
Tolomeo VIII
Evergetes II
(Fiscón)
rey de Alejandría y de
Cirene
✻ 170-116 115
1. [Cleopatra II]
2. [Cleopatra III Evergetes]
3. Irene
griega; mujer secundaria
Tolomeo Eupátor
rey de Chipre
✻ 163
152-150
Tolomeo VII Neo
Filopátor
✻ 162
145
Cleopatra
Thea
121
Cleopatra III
Evergetes
✻ 155-101 †
Tolomeo
Menfita
✻ 143-131 †
Tolomeo IX
Soter II
(Latiro)
✻ ca. 143
116; 145 y
el 80
Selene
69
(ilegítima)
Trifena
(Cleopatra Trifena)
111
Tolomeo X Alejandro I
rey de Chipre 114-107
rey de Egipto
entre el 110 y el 88
1. (?)
2. Berenice (Cleopatra
Berenice)
✻ ca. 115
88-80
Tolomeo Apión
rey de Cirene
116-96
(una hija)
Berenice (Cleopatra Berenice)
✻ ca. 115
88-80
Tolomeo XII
Neo Dioniso (Auletés)
✻ 110
entre el 80 y el 51
2. Cleopatra VI
Trifena
ca. 69 †
Tolomeo
rey de Chipre
✻ ca. 58
47-44
Tolomeo XI
Alejandro II
ca. 105-80
2. Berenice (Cleopatra
Berenice)
✻ ca. 115
88-80
Arquelao
hijo de
Arquelao del Ponto
56-55
Berenice
58-55
Cleopatra VII
Thea Filopátor
✻ 69
57-30 suicidio
Tolomeo XIII
Dioniso
✻ ca. 61
52-47 †
[Cleopatra VII
Thea Filopátor]
Tolomeo XIV
✻ ca. 58
47-44
[Cleopatra VII
Thea Filopátor]
Arsinoé
48-47
41
(de la unión de Marco Antonio)
Tolomeo XV (Cesarión)
supuesto hijo de César
✻ 47-30
Alejandro Helios
✻ ca. 40
Cleopatra Selene
✻ ca. 40-ca. 11 d.C. †
mujer de Juba II de Numidia
Tolomeo XIII
Filadelfo
✻ ca. 36
Tolomeo
rey de Mauritania
15-40 d.C.

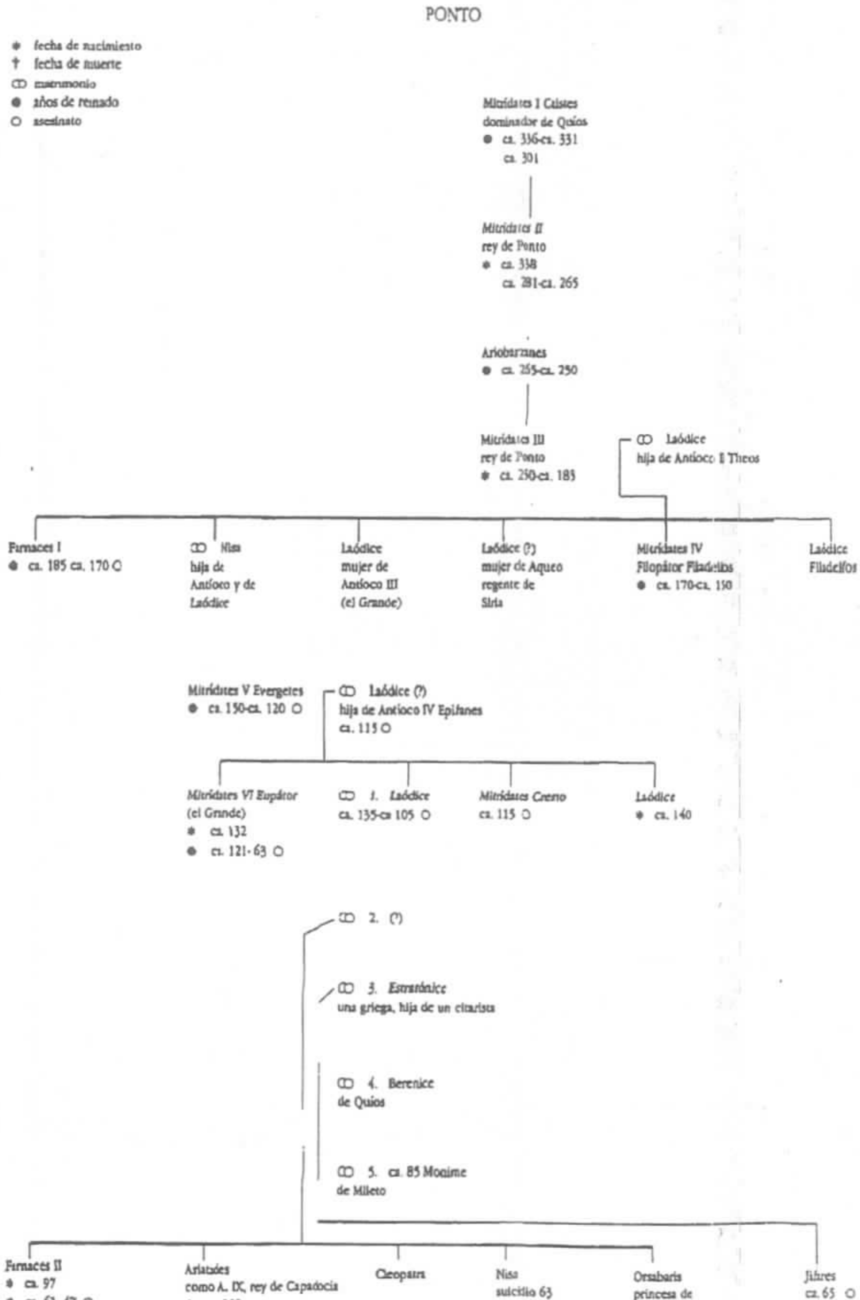
LOS SELÉUCIDAS



LOS ATÁLIDAS



PONTO



BIBLIOGRAFÍA GENERAL

AYMARD, A. y AUBOYER, J., *Oriente y Grecia antigua.*, Barcelona, 1967; BENGTSON, H., *La Grecia Arcaica e Classica*, I-II, Bolonia, 1985; BIANCHI BANDINELLI, R. (dir.), *Historia y civilización de los griegos*, 10 vols., Barcelona; 1982; BLAZQUEZ, J. M., LOPEZ MELERO, R. y SAYAS, J. J., *Historia de Grecia antigua*, Madrid, 1989; BOARDMAN, J. - GRIFFIN, J. y MURRAY, O, *Historia Oxford del Mundo Clásico, I, Grecia*, Madrid, 1988; BURN, A. R., *The History, of Greece*, Harmondsworth; 1979; BURY, J. B. y MEIGGS, R., *A History of Greece to the Death of Alexander the Great*, Londres, 1975; CARLIER, P., *Le IV siècle grec jusqu'à la mort d' Alexandre*, París, 1995; EHRENBERG, V., *From Solon to Socrates. Greek History and Civilization: the sixth and fifth centuries*, Londres, 1976; ID., *The Greek State*, Oxford, 1974; FERNANDEZ NIETO, F. J., *Los acuerdos bélicos en la Antigua Grecia*, 2 vols., Santiago de Compostela, 1975; GARCIA MORENO, L. A., *La Antigüedad Clásica*, Pamplona, 1980; GSCHNITZER, F., *Historia social de Grecia*, Madrid, 1987; HAMMOND, N. G. L., *A History of Greece to 322 B. C.*, 2 ed., Oxford, 1967; HATZFELD, J., *Histoire de la Grèce ancienne*, París, 1975; LAFFORGUE, G., *Oriente y Grecia*, Madrid, 1975; LAISTNER, M. L. W., *A History of the Greek World 479 to 323 B. C.*, Londres, 1936; LEVY, E., *La Grèce au V siècle*, París, 1995. ROBINSON, C. E., *A History of Greece*, Londres, 1972; RUIPEREZ, M. S. y TOVAR, A., *Historia de Grecia*, Barcelona, 1978; RUZÉ F. y AMOURETTI, M. C., *El mundo griego antiguo*, Madrid, 1987; STRUVE, V. V., *Historia de Grecia*, Madrid, 1979; SCHULLER, W., *Griechische Geschichte*, Munich, 1980; De SANTIS, G., *Storia dei Greci*, I-II, Florencia, 1939; SCHACHERMAYR, F., *Griechische Geschichte*, Stutgart, 1960; SEALY, R., *A History of Greek States 700-338 B. C.*, California, 1976; SORDI, M., *Storia Greca*, Milán 1971; GLOTZ, G. y COHEN, R., *Histoire grecque*, 4 vols., París, 1924-1938; VV. AA, *The Cambridge Ancient History*, vols., V-VIII, Cambridge, 1928, rev. desde el 1964; V. V. A. A., *Le Monde grec aux temps classiques. Tome 1. La Ve siécle*, Paris, 1995; WILL, E., *Le Monde Grec et l'Orient. Vol. I: Le Ve siècle (510-403)*, Paris, 1972.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

1. El comercio en el mundo micénico 64
2. Los dialectos griegos (s. VIII a.C.) 74
3. Grecia arcaica 94
4. La colonización griega (750-550 a.C.) 112
5. El territorio de Ática tras la reforma de Clístenes 162
6. Grecia hacia 480 a.C. 197
7. El imperialismo ateniense (461-431 a.C.) 216
8. Grecia en el 431 a.C. 228
9. Grecia en el 362 a.C. 268
10. Macedonia bajo Filipo II (356-336 a.C.) 283
11. Las campañas de Alejandro 350
12. Los reinos de los diádocos hacia 303 a.C. 362
13. El mundo helenístico hacia 240 a.C. 388
14. Grecia continental en tiempos de la Primera Guerra Macedónica 401
15. El mundo helenístico hacia 185 a.C. 418
16. Grecia continental hacia 180 a.C. 425
17. El Mediterráneo oriental y el reino de Pérgamo hacia 133 a.C. 437
18. Oriente después de la organización política de Pompeyo 444